

LEÓN DEGRELLE

LA CAMPAÑA DE RUSIA

LUIS DE CARALT

EDITOR BARCELONA

Título de la obra original LA CAMPAGNE DE RUSSIE

Versión española de EUGENIO TEJADA

Primera edición: Febrero de 1951

Impreso en España

Talleres Gráficos Hesperia - Diputación, 293, Barcelona

Digitalizado y maquetado por Triplecruz (25 de Junio de 2011)

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
I. LA AVALANCHA SOBRE UCRANIA	8
CONQUISTA DE UCRACIA.....	11
DNIÉPOPETEOVSK.....	13
EL FRENTE DEL BARRO.....	14
UNA ALDEA.....	16
II. INVIERNO EN EL DONETZ.....	18
CARRETERAS DE HIELO.....	19
NAVIDAD EN CHEBBINOWKA.....	21
ITALIANOS EN EL DONETZ.....	22
EL AULLIDO DE LA ESTEPA.....	24
COSACOS.....	26
ROSA LUXEMBURG.....	28
DESHIELO Y HELADA.....	31
DÍAS DE INFIERNO.....	33
GBOMOVAJA-BALKA.....	36
FRENTE DE HIELO.....	40
III. LA BATALLA DE KARKOW	42
EL CANTO DEL CUCLILLO.....	44
JABLENSKAYA.....	46
CINCUENTA GRADOS.....	48
A ORILLAS DEL DONETZ.....	51
SANGRE Y TRAMPAS.....	53
CAMINO DE ASIA.....	55
IV. AL CÁUCASO A PIE.....	57
PASO DEL DON.....	59
MAIKOP.....	63
LA RATONERA.....	65
PRUSSKAJA.....	67
TJERJAKOW.....	69
DESFILE SANGRIENTO.....	71
CIENTO VEINTISÉIS HORAS.....	73
ARMENIANSKI.....	76
AL ACECHO.....	77
SELVA Y MONTES.....	78
HURACANES Y PRECIPICIOS.....	82
EL INDJUC.....	85
LOS ÚLTIMOS.....	87
V. AGARRADOS AL DNIÉPER.....	92
EL OLCCHANKA.....	94
IRDYN.....	97
FESTIVIDADES.....	101
SAKREWKA.....	102
PRIMEROS CRUJIDOS.....	104
TECLINO.....	105
SETECIENTOS BUNKERS.....	108
LA JAULA CERRADA.....	110
VI. CERCADOS EN TCHERKASSY.....	112
LOSOKOW.....	115
STAROSSELJE.....	120
SKITI.....	123
TREINTA KILÓMETROS.....	126

LA CABEZA DE PUENTE	128
MENOS CINCO	130
SALIDA DE KORSUM.....	132
NOWO-BUDA	135
DOSCIENTOS MUERTOS	137
SANDEKOWKA	138
A LAS VEINTITRÉS HORAS	141
LA ÚLTIMA NOCHE	143
POR DONDE SEA	146
LYSJANKA.....	149
EL GOLLETE	153
CON HITLER	155
BRUSELAS	157
VII. LA EPOPEYA DE ESTONIA.....	159
GOLFO DE FINLANDIA	160
FRENTE A FRENTE	161
EL MOLINO DE PATSKA.....	163
LA EPOPEYA DE ESTONIA	164
KAMBJA.....	165
LEMNASTI	168
EL EMBACH	171
LA NOCHE DE NOELA	174
TREINTA Y DOS.....	176
ROMMEL Y MONTGOMERY	178
VIII. LA VÁLVULA DE LAS ARDENAS	181
SORPRESA	183
NAVIDAD EN BÉLGICA.....	184
RUTAS PERDIDAS.....	187
DÍAS DE ESPERA	189
UNA MAÑANA.....	190
IX. LUCHA A MUERTE EN POMERANIA.....	193
ANTE STARGARD.....	194
LINDENBEEG.....	196
LA ÚLTIMA OFENSIVA	199
EL FRACASO	201
EL DILUVIO	204
LOS SOVIETS EN STARGARD.....	206
ACOSADOS POR LOS TANQUES.....	208
AUGUSTENWALDE	211
EL PUENTE DE STETTIN	214
X. AGONÍA EN EL BÁLTICO	218
ADIÓS, ODER.....	220
HACIA LUBECK.....	223
«HITLER HA MUERTO»	226
MALENTE	229
KIEL-COPENHAGUE	232
MAQUIS E INGLESES.....	234
OSLO, 7 DE MAYO DE 1945	237
¡VIVIR!	240

PRÓLOGO

Fui, en 1936, el jefe político más joven de Europa.

A los veintinueve años hice vibrar las fibras más recónditas de mi país. Centenares de millares de hombres, de mujeres, de jóvenes, de muchachas, me seguían con fe y pasión ilimitadas. Como un huracán introduje en el Parlamento belga diputados y senadores a docenas, y estuvo en mi mano el ser ministro; con una palabra mía entraba en el juego de los partidos.

Pero me pareció mejor, al margen del lodazal oficial, el duro combate del orden, de la justicia, de la decencia, porque imperaba en mí un ideal enemigo de componendas y compromisos.

Ambicioné librar a mi país de las fuerzas del dinero, corruptoras del Poder, falsificadoras de las instituciones, ruina de la economía y del trabajo. Quise sustituir legalmente el régimen anárquico de los viejos partidos, envilecidos todos por asquerosos escándalos político-financieros, por un Estado fuerte y libre, disciplinado, responsable, representación de las verdaderas energías del pueblo.

No se trataba ni de tiranía ni de «fascismo», sino de sentido común. Un país no puede vivir en el desorden, la incompetencia, la irresponsabilidad, la inseguridad, la podredumbre.

Exigía autoridad en el Estado, solvencia en las funciones públicas, continuidad en las operaciones de la nación, un contacto real y vivo entre las masas y el Poder, una fructuosa concordia entre los ciudadanos, separados entre sí por luchas artificiales: luchas de clases, religiosas y lingüísticas, minuciosamente azuzadas por constituir ellas la vida misma de los partidos rivales que, con idéntica hipocresía, o se disputaban teatral-mente las ventajas del Poder o, con discreción suma, se las repartían.

Escoba en mano, arremetí contra esas bandas corrompidas, sanguijuelas del vigor de mi Patria, y las zurré de lo lindo, haciendo añicos, ante el pueblo, los sepulcros blanqueados que disimulaban sus ignominias, sus fechorías, sus lucrativas connivencias. Desencadenó sobre mi tierra un soplo de juventud y de idealismo, exaltando las fuerzas espirituales y los excelsos recuerdos de lucha y de gloria de un pueblo tenaz, laborioso, amigo apasionado de la vida, la abundancia y la belleza.

Rex fué una protesta contra la corrupción de una época. Rex fué un movimiento de renovación política y de justicia social. Rex fué, más que nada, un arranque fervoroso hacia lo grande, una ascensión de miles de almas ansiosas de respirar, de alzarse por encima de las bajezas de un régimen y de un tiempo.

Esa fué mi lucha hasta el mes de mayo de 1940.

La segunda guerra mundial — que yo había maldecido — lo trastornó todo en Bélgica, como en todas partes: instituciones viejas, doctrinas anticuadas se derrumbaron como castillos de madera corroída, podridos hacía tiempo.

Rex no estaba en modo alguno supeditado al Tercer Reich triunfante, ni a su jefe, ni a ninguno de sus propagandistas. Han sido cogidos los archivos todos del Tercer Reich. Pues bien: ¿ha descubierto alguien la más mínima prueba de que, antes de 1940, el rexismo dependiese, directa o indirectamente, de Hitler? Teníamos las manos y el corazón limpios; nuestro amor patrio, lúcido y ardiente, ignoraba cualquier compromiso.

La avalancha alemana dejó a nuestro país aniquilado.

Para el noventa y nueve por ciento de belgas y franceses, la guerra había concluido en 1940; la supremacía del Reich era un hecho; el régimen democrático y financiero, por su parte, dióse prisa por adaptarse a ella cuanto antes.

Los mismos que en 1939 insultaban a Hitler, forcejearon por postrarse antes que nadie a los pies del vencedor de 1940. Jefes de los grandes partidos de izquierda, magnates de las finanzas, propietarios de los principales periódicos, ministros masones de Estado, ex gobernantes: todos mendigaron, haciendo proposiciones, suplicando una sonrisa, una posibilidad de colaboración.

¿Ibase a dejar el campo libre a aquellos fantasmones desacreditados de los viejos partidos, a

los «gangs» de una hacienda que no reconoce más Patria que el oro, a siniestros piratas sin talento, sin dignidad, dispuestos a las más bajas faenas de servidumbre con tal de satisfacer su ambición o su codicia?

El problema no sólo era dramático; imponíase apremiante.

Casi todos los observadores consideraban a los alemanes como vencedores absolutos. Urgía, pues, decidirse. ¿Éranos lícito, por miedo a las responsabilidades, abandonar nuestro país a la corriente?

Durante varias semanas lo estuve meditando, y sólo tras solicitar y obtener en altas esferas un parecer completamente favorable me decidí a permitir la reaparición del periódico del movimiento rexista, «Le Pays Réel».

La colaboración belga, iniciada por nosotros a fines de 1940, desarrollábase no obstante en un ambiente difícil. Las autoridades alemanas de ocupación sentían mayor inclinación por las fuerzas capitalistas que por las idealistas. Además, nadie penetraba con exactitud los designios del Reich.

Con valor digno de encomio, el rey de los belgas, Leopoldo III, quiso enterarse y saber a qué atenerse. Pidió que Hitler le recibiera, y le fué concedida la audiencia. Pero, pese a toda su buena voluntad, volvió de Berchtesgaden sin lograr nada.

Resultaba evidente que nuestro país tendría que aguardar hasta la paz. Pero, ¿no sería entonces demasiado tarde? Antes de que concluyeran las hostilidades era menester ganarse el derecho de negociar eficazmente y de hablar con dignidad en nombre de un pueblo noble y antiguo.

Pero, ¿cómo llegar a tratar sobre semejantes bases?

La colaboración dentro del país no era más que un continuo roer, un cerco lento, una lucha de influencias cotidiana y abrumadora contra subalternillos cualesquiera. Aquella labor no sólo no conferiría prestigio a quien cargase con ella, sino que incluso lo desacreditaría.

No quise caer en la trampa. Yo buscaba y aguardaba algo distinto. Y eso se produjo súbitamente: la guerra de 1941 contra los Soviets.

Surgió entonces la ocasión única de ganarnos el respeto del Reich, a fuerza de combates, de sufrimientos y de gloria.

En 1940 éramos los vencidos ; nuestro Rey, un rey prisionero.

De repente, en 1941, ofrecíase nos la posibilidad de convertirnos en compañeros de los vencedores, iguales a ellos. Todo dependía de nuestro valor. Había llegado, por fin, la ocasión de conquistar el prestigio que, en el día de la reorganización de Europa, nos autorizaría a hablar con la frente alta, en nombre de nuestros héroes, de nuestros muertos, del pueblo que ofreciera su sangre.

Corriendo al combate en las estepas del Este hemos querido, claro está, cumplir con nuestro deber de europeos y de cristianos. Pero — lo decimos sin remilgo, y desde el primer día lo hemos proclamado escuetamente — hemos ofrendado ante todo nuestras juventudes para garantizar el porvenir de nuestro país en el seno de una Europa redimida. Por ese país es por quien, en primer lugar, han caído varios millares de camaradas nuestros. Por él, miles de hombres lucharon, lucharon durante cuatro años, sufrieron durante cuatro años, sostenidos por esa esperanza, impulsados por esa voluntad, alentados por la seguridad de que iban a alcanzar la meta.

El Reich perdió la guerra.

Pero hubiera podido ganarla.

Hasta 1945 la victoria de Hitler fué posible.

Tengo la seguridad de que, de haber vencido, Hitler habría reconocido a nuestro pueblo el derecho a vivir y a ser grande, derecho que para él fueron mereciendo, poco a poco, duramente, nuestros miles de voluntarios.

Dos años enteros de luchas épicas fueron menester para forzar la atención del Reich. En 1941, la Legión belga antibolchevique «Valonia» pasó inadvertida. Nuestros hombres multiplicaron los actos de valor, expusieron cien veces su vida antes de encumbrar el nombre de su país en los

aires de la leyenda, y, en 1943, nuestra Legión de voluntarios era célebre en todo el frente del Este por su idealismo e intrepidez. En 1944, cuando la odisea de Tcherkassy, alcanzó la cima de la fama. El pueblo alemán, más que cualquier otro pueblo, es sensible a la gloria de las armas. Nuestra posición ante el Reich se reveló única, incomparablemente superior a la de los demás países ocupados.

En dos ocasiones aquel año vi largamente a Hitler; visita de soldado, pero que me reveló inequívocamente que teníamos ganada la partida. Estrechándome con fuerza la mano en sus dos manos, al despedirse de mí, Hitler me dijo, con vibrante afecto: «Si tuviera un hijo, querría que fuera como usted.» ¿Cómo me habría rehusado luego para mi Patria el derecho de vivir dignamente? El sueño de nuestros voluntarios era realidad: en el caso de una victoria alemana, habían asegurado rotundamente la resurrección y la grandeza de su pueblo.

La victoria aliada ha inutilizado de momento aquel terrible esfuerzo de cuatro años de combate, el sacrificio de los caídos y el calvario de los supervivientes.

El mundo se ceba hoy en los vencidos; condena a muerte a nuestros soldados, a los heridos y a los mutilados, o bien los acorralla en campos y prisiones infames. Nada respeta, ni el honor del combatiente, ni a nuestros padres, ni nuestros hogares.

Pero la desgracia no nos arredra.

Nunca fué vana la grandeza; las virtudes templadas en el dolor y en el sacrificio pueden más que el odio y la muerte; tarde o temprano resplandecerán, igual que el sol que surge de las profundidades de la noche.

Y, en el porvenir, tal rehabilitación no bastará. Los hombres no sólo se inclinarán ante el heroísmo de los soldados del frente oriental de la segunda gran guerra; dirán, además, que éstos estaban en lo cierto; que tenían doblemente razón: negativamente, ya que el bolchevismo representa el fin de cualquier valor; positivamente, puesto que la Europa unida por quien luchaban constituía la única — quizá la última — posibilidad de sobrevivir para un viejo continente maravilloso, solar de la dulzura y del fervor humanos, pero mutilado, partido, triturado hasta la agonía.

Amanecerá el día en que lamentarán amargamente la derrota, en 1945, de aquellos paladines constructores de Europa.

Mientras tanto, contemos con términos veraces lo que fué su epopeya, cómo padecieron sus cuerpos, cómo sus corazones se entregaron.

A través de la gesta de los voluntarios belgas — una unidad entre centenares de unidades — es el frente todo de Rusia el que surgirá, en los luminosos días de las grandes victorias, en los días más emocionantes aún de las grandes derrotas, impuestas por la materia, pero recusadas por la voluntad.

Unos hombres vivieron en las inacabables estepas lejanas. Lector, amigo o enemigo, contéplalos; porque estamos en una época en que es preciso buscar mucho para dar con verdaderos hombres, y éstos, verás, lo eran hasta la medula.

I. LA AVALANCHA SOBRE UCRANIA

El 22 de junio de 1941 amaneció como cualquier hermoso domingo de verano.

Había vuelto, distraídamente, el botón de la radio. De pronto, unas palabras retuvieron mi atención: ¡Las tropas del Tercer Reich acababan de cruzar la frontera europea de la U. E. ¡a. S. !

La campaña de Polonia de 1939, la campaña de Noruega, las de Holanda, Bélgica y Francia en 1940, la campaña de Yugoslavia y la campaña de Grecia en la primavera de 1941 habían representado meras operaciones preliminares o bien pasos en falso. La guerra auténtica, la que decidiría el porvenir de Europa y del mundo, principiaba entonces. Guerra no sólo de fronteras y de intereses; guerra también de religión. A la par que todas las contiendas religiosas, sería inexorable.

Antes de comprometer sus tanques en las estepas, el Reich, como un gato al acecho, había vacilado mucho.

La Alemania nacional-socialista de 1939 estaba realizando un esfuerzo sin antecedentes. Pero su resurgimiento habíase producido entre descargas eléctricas tan violentas, en el trueno y los relámpagos de tan duras tempestades, que Europa entera y el Universo se estremecían. Si la masa enemiga del Oeste se arrojaba sobre la Renania y el Ruhr; si, al mismo tiempo, el alud soviético se extendía hacia la Prusia Oriental, entonces Hitler y Berlín quedarían ahogados sin remedio. Solía aquél repetir que Guillermo II perdió la guerra de 1914-1918 por no haber rehuido el combate en dos frentes. Esta vez iba a ocurrir algo más: un día deambularían juntos por las ruinas de la Cancillería de Berlín no sólo escoceses y mujiks, sino también negros de Harlem y felinos Tjirgischs de los desiertos asiáticos.

* * *

En agosto de 1939, en vísperas de la explosión polaca, Hitler evitó «in extremis» el estrangulamiento.

Normalmente Stalin tenía que ajustarle una vieja cuenta al nacional-socialismo; su colaboración, pues, con las «democracias» parecía asegurada de antemano, y Londres y París mantenían ante el zar soviético unas misiones militares cacareadas por estruendosa propaganda. Pero, mientras tanto, Hitler, en un silencio absoluto, había logrado aflojar el nudo.

Stalin, como él, oponía maña a astucia. Si las democracias plutocráticas y el nacional-socialismo se debilitaban, mejor que mejor, puesto que él era el enemigo de ambos; cuanto más flojos quedaran, más fácil sería la labor del comunismo. Stalin hizo su juego de zorro asiático y de jefe de banda internacional seguro de sus hombres. Pudo, con toda ostentación, aliarse al Tercer Reich. La disciplina comunista revelóse perfecta en todo el mundo.

Los efectos de tan extraña solidaridad no tardaron en dejarse sentir. Según la versión oficial, la causa de la guerra mundial fué que Hitler invadió Polonia. Quince días más tarde, Stalin hizo otro tanto y nadie, sin embargo, en las cancillerías alindas, esbozó una reacción.

El jefe soviético agredía por la espalda a Polonia, la apuñalaba impunemente y anexionaba más de la tercera parte de su suelo: los aliados no se atrevieron a declarar la guerra al Gobierno de la U. E. S. S.

Aquella abdicación militar y moral inyectó en las mesnadas comunistas diseminadas por Europa una confianza indestructible. ¡ Se había tenido miedo a Stalin! ¡ Se había retrocedido ante él! Lo que, hecho por Hitler fuera reputado intolerable, se les consentía a los Soviets.

Las democracias tragaron sapos, culebras, escorpiones y principios morales por miedo a afianzar la alianza de Stalin con el Tercer Reich. Por temor también al sabotaje minuciosamente preparado e incluso aplicado por los diferentes partidos comunistas introducidos en cada uno de los países aliados. Como siempre, el interés pudo más que cualquier consideración de otra índole.

En realidad, la supuesta «guerra del Derecho» duró quince días. A partir de septiembre de 1939, los aliados no pensaron más que en una cosa: no desagradar a la U. E. S. S., iniciar una reconciliación con Stalin no obstante la agresión soviética contra el aliado polaco.

Stalin pudo multiplicar sus «diktats», acabar con la independencia de Estonia, de Lituania, arrancar Besarabia a los rumanos. Sólo importaba una cosa: que los rusos pudieran cambiar de bando.

En menos de dos años fué asunto concluido.

* * *

En 1939 y 1940, Alemania había ganado las batallas de Polonia, Noruega y Occidente. Pero llevaba ya luchando quinientos días sin lograr lo esencial: desembarcar victoriosamente en tierra inglesa.

Inglaterra, por su parte, no se sentía capaz, en 1941, de poner pie en el continente europeo: Churchill hablaba de una preparación de varios años. A Stalin, pues, se le presentaba el camino libre, libre en dirección del Reich y, sobre todo, en los Balcanes.

Desde entonces se jugó de firme.

Los alemanes habían adelantado hábilmente sus peones hacia Bucarest, Sofía y Belgrado. La ocurrencia de Yugoslavia de romper, en marzo de 1941, el pacto concluido ocho días antes con el Reich produjo el acontecimiento decisivo. Los Soviets, secretos instigadores de la operación y más listos que el joven rey Pedro, telegrafiaron públicamente su simpatía al Gobierno yugoeslavo.

Los tanques alemanes, es cierto, barrieron en dos semanas Belgrado, Sarajevo, Salónica y Atenas; los paracaidistas del mariscal Goering ocuparon Creta; pero la grieta germano-soviética era más que evidente: la alianza con el Reich estaba ya pasada de moda. A los Soviets les había procurado cuanto Stalin podía desear: un trozo apetecible de Polonia, los tres países bálticos, posiciones importantes en Finlandia, la magnífica Besarabia.

Habían exprimido todo el jugo del limón hitleriano. Ahora le tocaba el turno al otro limón: el democrático. Sabido es el zumo que este último proporcionó a los Soviets en 1945: la ocupación de territorios habitados por doscientos millones de europeos y asiáticos; el Ejército rojo en Turingia, en el Elba, ante Lubeck, en Petsamo, en Manchuria, en Corea, en los Kuriles.

La media vuelta yugoeslava, las públicas pretensiones de Molótov sobre los Balcanes, los preparativos militares soviéticos en la primavera de 1941, no dejaban dudas a Hitler respecto a las ambiciones de la U. E. S. S. Cuanto más esperara, más se incrementaría la capacidad de resistencia de Moscú. A fin de concentrar sus fuerzas en el Este, renunció provisionalmente a su plan de invasión de Inglaterra e intentó de diversas maneras llegar a un arreglo pacífico en el conflicto que separaba a Alemania del Reino Unido. Pero era demasiado tarde. Los ingleses no querían ya anular el match: una vez lanzados, no se detendrían.

Cada uno de los dos países llevaba dos años calculando fríamente según la ley milenaria del egoísmo nacional y del interés. Al fin y al cabo, habían llegado todos a la misma conclusión. Los rusos, excitados astutamente por los ingleses y por nuevas perspectivas de ganancia, no tardarían en dar el salto. Sintiendo que los dados estaban echados, los alemanes no tenían más que cogerles la delantera. El 22 de junio de 1941 empezó la batalla sin cuartel entre el Reich nacional-socialista y la Rusia soviética: dos imperialismos, dos religiones, dos mundos, rodaron abrazados por los suelos, en las chirriantes arenas del Este.

* * *

Inglaterra, separada de Europa por el mar, con sus principales riquezas desperdigadas en tierras lejanas, podía no percatarse con exactitud de la importancia del duelo. Reaccionó, en efecto, pensando más en su interés inmediato — la liberación de la isla — que en lo que sería el destino de Europa en caso de victoria soviética. Al contrario, para nosotros, pueblos del Continente, aquel combate se presentaba como un combate decisivo.

De producirse una victoria nacional-socialista, Alemania ocuparía, al Este, una zona prodigiosa de expansión, adosada a su mismo flanco, unida directamente a ella por los ferrocarriles, los ríos, los canales, abiertos así a su genio de organización y de producción. El Gran Reich germánico, en pleno resurgimiento, provisto de una magnífica armazón social, enriquecido por esas tierras fabulosas que en un solo bloque abarcaban desde el Mar del Norte al Mar Negro y al Volga, conocería una potencia tal, una fuerza tal de atracción, que esos territorios constituirían el punto de partida de la indispensable federación europea, soñada por Napoleón, pensada por Renán,

cantada por Víctor Hugo.

Pero, por el contrario, si los Soviets se apuntaban la victoria, ¿quién les resistiría en Europa, una vez arrasado el enorme baluarte germánico? ¿Polonia, exangüe? ¿Los Balcanes caóticos, anegados, podridos, ocupados, esclavizados? ¿Francia, despoblada, disparando discursos contra doscientos millones de asiáticos y contra la ideología bolchevique fortificada por la victoria? ¿Grecia, Italia, charlatanas y encantadoras, con sus pueblos pobres repantigados al sol como lagartijas? ¿El puzzle de los pequeños países europeos, residuos de mil años de guerra civil, incapaces de costear por separado cien tanques? Cuando los Soviets se deshiciesen del Reich, Stalin caería sobre el cuerpo de una Europa agotada y a punto para la violación.

* * *

Naturalmente, más tarde — algo tarde—se intentaría salvar a esa Europa soviétizada ya en sus dos terceras partes. Los aliados de ayer iban a sentir miedo, porque la U. R. S. S. no se contentaría con las presas inmediatas; porque sus garras ávidas se alargarían, no bien acabada la segunda guerra mundial, hacia el Pacífico, hacia China, hacia el Golfo Pérsico, hacia el Mediterráneo, hacia el Canal de Suez, haciendo peligrar las colonias, los consorcios, las materias primas, los grandes trusts internacionales.

Pero los angloamericanos no pensarían entonces en salvar a Europa por tratarse de Europa, sino, simplemente, por conservar en Occidente un trampolín que les permitiese salvaguardar su imperialismo y reaccionar contra el imperialismo soviético ; dispuesto, además, si la coyuntura se presentara, a transformar un día aquel trampolín en un derribo fenomenal, a base de bombas atómicas.

Nosotros, hijos de Europa, pensábamos en la vida de Europa.

Fuese cual fuese nuestro parecer sobre las circunstancias iniciales de la guerra, por mucho que sintiésemos el pasado, por mal que nos supiese la ocupación extranjera en nuestras patrias, cada uno de nosotros comprendió que, más allá de las satisfacciones y los sinsabores experimentados desde 1939 hasta 1941 por los distintos países europeos, estabase decidiendo el destino entero de Europa.

Así se explica la sacudida extraordinaria que electrizó a innumerables muchachos de Oslo a Sevilla, de Amberes a Budapest.

Aquéllos no abandonaron sus queridos hogares de Jutlandia o de la Beauce, de las Ardenas o de la Putzka, del Limburgo o de Andalucía para secundar intereses meramente alemanes. Partieron para defender dos mil años de la civilización más excelsa ; pensando en el bautisterio de Florencia y en la catedral de Reims, en el Alcázar de Toledo y en el Ayuntamiento de Brujas. Murieron, allá lejos, no por los «Dienststellen» de Berlín, sino por sus países antiguos, patinados por los siglos, y por su Patria común, Europa, la Europa de Virgilio y de Ronsard, la Europa de Erasmo y de Nietzsche, de Rafael y de Durero, la Europa de San Ignacio y de Santa Teresa, la Europa de Federico el Grande y de Napoleón Bonaparte.

Escogieron sin titubeos entre esa Europa milenaria y el torrente soviético, con su nivelación horrible y el hervidero desbordante de sus poblaciones. A lo largo y a lo ancho de Europa se alzó toda una juventud: rubios gigantes de Escandinavia y de los países bálticos, bigotudos húngaros soñadores, rumanos rechonchos y morenos, enormes croatas de violetas hopalandas, italianos caprichosos y sentimentales, españoles de ojos azabache, franceses burlones, daneses, holandeses, suizos; todos acudieron al combate de Europa. Allí estaban todos los pueblos. Enroláronse incluso unos ingleses, una docena, nada más; una docena, al fin y al cabo.

* * *

Repartidos según su lengua, miles de belgas compusieron una legión flamenca y otra valona; primero dos batallones; luego, en 1943, dos brigadas; por fin, en 1944, dos divisiones: la División «Valonia» y la «Flandes».

Durante cuarenta y seis meses iba a ser yo uno de esos voluntarios de Europa; conocería, con mis camaradas, la más terrible y grandiosa de las epopeyas: avanzar en dos años, palmo a palmo, hasta los umbrales de Asia, y luego retroceder interminablemente, desde el Cáucaso hasta Noruega; pasar de la embriaguez de las ofensivas de 1941 y 1942 a la gloria amarga de la derrota

y del destierro, mientras la marea amarilla de los Soviets vencedores se esparcía sobre la mitad de la exhausta Europa.

CONQUISTA DE UCRACIA.

En octubre de 1941 necesitábanse dos o tres semanas para ir de la frontera del Reich hasta el frente ruso.

Dejamos atrás Lemberg, con sus tranvías engalanados con banderitas ucranianas blancas y azules, y no bien entramos en los campos, hacia el Sudoeste, comprendimos la envergadura de los desastres militares infligidos a los Soviets. Infinidad de coches blindados yacían volcados a lo largo del camino; cada encrucijada era un cementerio de chatarra.

El espectáculo duró una media hora; luego fueron desapareciendo las huellas del combate. Pisábamos el corazón mismo de Ucrania, una Ucrania intacta que alzaba en la inmensidad de sus embarradas llanuras, centenares de gigantescos almiarés, largos como zepelines.

Mansas aldeas desparramaban sus isbas, blancas o celestes, con techos de paja, recogidas entre bosquecillos de jóvenes cerezos cobrizos.

Las paredes de las isbas son de adobe; los artistas locales tallan en madera, para el marco de las ventanas, ingenuas esculturas, pájaros de amor, flores, flechas y festones, realzando con vivos colores las tallas y los postigos. Las ventanas dobles, herméticamente cerradas, estaban divididas por una tabla de la anchura de la mano, en que descansaban sobre algodón abalorios, naranjas o tomates de cemento pintarrajeado.

Ante las pequeñas granjas iban y venían muchachotas de chatas mejillas y de cabellos rubios anudados en pañuelos de color rojo o azul, con chaquetas de bayeta que les daban aspecto de buzos lapones. Chapoteaban desenvueltamente en el barro, con botas a lo cosaco, entre los chillidos de los cerdos.

El tren se detenía horas y horas en pleno campo o ante las casas perdidas. Comprábamos gallinas y las cocíamos en el agua ¿e la locomotora. Los chiquillos ucranianos nos enseñaban ufanos sus deberes de alemán. En el mismo cuaderno las primeras páginas rezaban: «Stalín es el primer hombre del mundo»; luego, las últimas, la fórmula corregida por el prudente maestro: «Hitler es el primer hombre del mundo». Lo cual parecía importarle un bledo a la chiquillería.

* * *

De vez en cuando algunos espectáculos nos permitían figurarnos un poco lo que habían sido las victorias de septiembre y octubre de 1941 ; por ejemplo, los trenes que acarreaban hacia el Reich fantásticas hordas de prisioneros.

En cada parada corríamos a contemplar en los furgones a aquellos extraordinarios colosos, hirsutos, azafranados, de lucientes ojillos felinos; muchos venían de Asia. Estaban amontonados, de ochenta a cien, de pie, en cada vagón.

Cierta noche, en una estación, nos despertaron unos gritos espantosos. Corrimos, abrimos la puerta de un coche de prisioneros: unos asiáticos, voraces como murenas, se disputaban pedazos de carne, carne humana, los restos de un mongol, cortado en tiritas con hojas de latas de conserva. Algunos de los prisioneros se consideraban perjudicados en la distribución, y protestaban. Los huesos roídos, arrojados fuera, aparecían rojos de sangre, junto al furgón.

Más tarde nos enteraríamos de que los cientos de miles de hombres apilados de aquella manera permanecían a veces hasta tres semanas de pie, comiendo sólo cuando se encontraba alimento en la proximidad de las vías. Muchos de esos asiáticos, traídos de las estepas salvajes, preferían una costilla de kalmuk de tártaro a morir de hambre. En cierta ocasión vi a algunos desenterrando unos gusados colorados, eléctricos, grandes como & mano. Los tragaban como quien engulle un huevo, y la nuez de aquellos vermívoros subía y bajaba con evidente complacencia.

Una mañana llegamos al río Bug; el gran puente metálico aparecía derribado en el fondo del valle. Tuvimos que soltar toda impedimenta y acampar en la ciudad de Pervemaïsk.

Según las noticias del parte los avances no eran tan prodigiosos como dijeran los charlatanes del ferrocarril; al contrario, el empuje alemán se moderaba. Moscú no había caído ni tampoco Leningrado. Hacia rostov la situación no aparecía muy clara. En medio del optimismo, grande aún, observamos algunas reticencias; los alemanes de Pervemaïsk aludían con discreción a las dificultades y tropiezos de las divisiones lanzadas a mil kilómetros de las fronteras del Reich.

Contemplando aquel barro pensábamos en el mar de limo interpuesto entre los ejércitos de la ofensiva y sus antiguas bases. De Pervemaïsk arrancaba un camino hacia el Dniéper, en un cieno negruzco, denso como pez, en el que los camiones embarraban hasta el eje y los motores más fuertes se detenían, impotentes.

Tampoco podían utilizarse las vías del ferrocarril. Nadie seguramente desde el tiempo de los Zares había tocado aquellas líneas ; los trenes avanzaban a paso de tortuga, y eso que los rieles subían y bajaban como columpios. Pese a que se hubiesen ensanchado rapidísimamente las vías, el tráfico escaseaba y los trasbordos acababan de echarlo todo a perder. Una vez en el Bug era menester meterse a pie hasta el fondo del valle y remontarlo por un fangoso rodeo de varios kilómetros. En la pista, un verdadero río, caminábamos con el agua hasta la rodilla.

Todos los refuerzos de los ejércitos del Sur debían pasar en aquellas condiciones, más allá de los puentes rotos.

Los ejércitos alemanes se habían arrojado como un torbellino hacia el Este. Audaz operación que el éxito habría podido coronar, de realizarse en brevísimo plazo, porque las tropas victoriosas se las arreglarían provisionalmente en el terreno mismo, mientras el cuerpo de ingenieros, organizando con sosiego las comunicaciones de retaguardia, mejorando caminos, reconstruyendo en pocos meses los puentes, evitaría el drama.

Por desgracia para el Reich, la guerra no acabó con la rapidez prevista por el Alto Mando. Las divisiones intentaron progresar aún, pero el diluvio de otoño había convertido la estepa en un lodazal, y las comunicaciones, la gasolina, los refuerzos indispensables anduvieron arrastrándose durante largas semanas a través de aquella Rusia dislocada.

Un ejército que combate traga como un pozo. Ahora bien, se avecinaba el invierno. En 1812, exactamente en la misma época, Napoleón hubo de decidirse, muy a pesar suyo a abandonar Moscú.

Los ejércitos alemanes permanecían en Rusia.

Mas no se trataba de una cuña, como la del emperador de los franceses, sino de un frente de tres mil kilómetros, del mar Báltico al mar Negro.

Estaciones vacías, puentes destruidos, camiones hundidos en el lodo recordábannos a los millares de hombres aventurados en el fondo de Rusia que iban a intentar lo que no osara Napoleón: permanecer a pesar de todo en plena estepa, con el enemigo delante, el desierto detrás, las nieve cayendo del cielo, y las heladas que corroen los huesos y el ánimo.

Tan lejos alcanzaba sin embargo la confianza en la infalibilidad del Alto Mando alemán, que no prolongamos excesivamente las reflexiones. Antes de los grandes fríos la guerra podía acabar. Y, si no, todo estaría previsto, como siempre...

Tras cruzar el valle inundado del Bug nos unimos a otro convoy. De día reinaba una tranquilidad absoluta en el país. De noche menudeaban los disparos contra los trenes; luego, por la mañana, a lo largo de la vía aparecían cadáveres de soldados soviéticos, víctimas de intentos aislados de golpes de mano, acurrucados en los amplios capotes violetas.

La helada, empezó a apretar de firme. Para lavarnos por la mañana en las paradas, teníamos que quebrar el hielo de las zanjias.

Después de diecisiete días de viaje, a razón de cuarenta soldados por furgón, el 2 de noviembre, temprano, franqueamos importantes trincheras antitanques cavadas en colinas de color rojizo.

El tren prosiguió. Fueron acompañándonos interminables, calcinados muros de fábricas. Luego, maravilloso, un fluir azul, esplandeciente, lavado por el sol, y de más de un kilómetro de anchura: el Dniéper.

DNIEPOPETEOVSK

Entre el Dniéper y la Galitzia no se había combatido. Echada abajo la puerta de Lemberg, la batalla de cerco de Balta había decidido la suerte de la maravillosa llanura de Ucrania, hundida en el maíz y el trigo, y tachonada de grandes pueblos blancos y azules entre el brillo de miles de cerezos. Los tanques del Reich progresaron sin tropiezo hasta Dniepopetrovsk. Eudo había sido el combate ante la ciudad: más de seiscientas tumbas alemanas se codeaban en un cementerio, cerca de la estación. Calles enteras habían sido incendiadas, pero la ciudad ofrecía aún muy buen aspecto; la perspectiva Karl-Marx, bautizada avenida Adolfo Hitler, estirábase, interminable y ancha como los Campos Elíseos.

La guerra había cruzado ya el río; la última imagen que de ella encontraran las fuerzas alemanas al penetrar en los barrios populares resultó más pintoresca- que terrorífica: filas de borrachos, tirados panza arriba a la vera de verdaderos arroyos de vodka ; unos trescientos mil litros escapados de los barriles destruidos por los bolcheviques en retirada. Los borrachones habían lamido el alcohol en el mismo barro para luego, náufragos en una mar de felicidad, aguardar tripa al aire la llegada del vencedor.

En Dniepopetrovsk el régimen staliniano había realizado un magno esfuerzo de construcción.

Al principio, los grandes cubos de cemento de los inmuebles proletarios levantados por los Soviets en los arrabales de la ciudad llamaron poderosamente nuestra atención; líneas modernas, edificios enormes y numerosos. No cabía duda, algo había hecho el comunismo en favor del pueblo. Si la miseria era grande, por lo menos al obrero parecían haberle aprovechado los tiempos nuevos.

Pero había que visitar y examinar de cerca aquellas casas. Seis meses largos permanecimos en la cuenca hollera del Donetz y nos fué dado verificar con detenimiento las comprobaciones que hiciéramos al entrar en Dniepopetrovsk. Aquellas construcciones, tan impresionantes desde lejos, no eran más. que una gigantesca mixtificación para engañar a, los viajeros del Inturist y a los espectadores de los documentales del cine.

En cuanto se acercaba uno a aquellos bloques de viviendas subía a las narices un hedor insoportable de fango y excrementos, despedido por el cinturón de charcos de los edificios. Ni losas, ni adoquines, ni casquijo; allá, como en todas partes, reinaba el barro ruso. La evacuación del agua de lluvia efectuábase en el mismo suelo. Una cañería u otra colgaba de los goterones, inundándolo todo en torno. Las paredes desconchabas, hechas con materiales de ínfima calidad, se desmoronaban de arriba abajo. Los balcones aparecían todos despegados; las escaleras de cemento, desmenuzadas y gastadas. ¡Y eran construcciones de unos años a esa parte!

Cada piso contenía unos departamentos encalados, con una sola cocina, minúscula, para uso común de varias familias. Los hilos eléctricos corrían como girándulas. Los tabiques de paja y de barro, en cuanto intentaba uno clavar una punta, se hacían polvo.

En general, el servicio de agua no funcionaba y, dada la imposibilidad de utilizar las instalaciones higiénicas, la población proletaria solía evacuar alrededor de las viviendas, de modo que todo aquello resultaba una grandísima letrina. Con el frío, las balsas de excrementos se petrificaban, pero a cada deshielo recuperaban su prístina forma, esparciendo olores pestilenciales. Departamentos, al fin y a la postre, más precarios que las miserables isbas en que, sobre las tierras más ricas de Europa, millones de campesinos rusos vegetaban sórdidamente, harapientos, comiendo en escudilla común, con cucharas talladas en trozos de palo.

El setenta y cinco por ciento de nuestros soldados eran trabajadores manuales. Muchos habíanse mostrado antaño sensibles a la propaganda soviética. El estado de postración y de miseria del proletariado ruso los dejaba ahora con la boca abierta; meneando la cabeza consideraban repetidamente el espectáculo como resistiéndose a creer en él.

Hitler había aceptado así una atrevida experiencia. Centenares de millares de trabajadores alemanes movilizados en el frente del Este habrían podido establecer comparaciones peligrosas si realmente los Soviets hubieran realizado algo grande ^a favor de la clase obrera.

El alemán, por el contrario, recordaba las encantadoras viviendas obreras del Reich, su confort, el jardincillo familiar, las clínicas, las maternidades populares, las distracciones, las vacaciones pagadas, los magníficos cruceros por Escandinavia o el Mediterráneo. Se acordaba de su mujer, de sus hijos, saludables, alegres, bien vestidos; el espectáculo del pueblo ruso andrajoso, de las isbas sórdidas, de los pisos obreros, lúgubres y tambaleándose, le sugería conclusiones absolutamente netas.

Nunca había podido una masa obrera realizar semejante viaje de estudio.

Cuatro años más tarde la comparación obraría en sentido inverso: después de robar relojes, alhajas y vestidos, por todo el Este de Europa, el soldado soviético volvería refunfuñando a la UBSS, añorando el confort de los países no comunistas y asqueado de su paraíso de cucharas de madera, de vestidos deshilachados y de estercoleros pantanosos alrededor de casas-cuarteles.

* * *

Transcurridos tres días, recibimos nuevamente orden de marchar ; pasaríamos en las últimas horas de la noche a la orilla izquierda del Dniéper, alcanzando la zona de combate.

La Legión se reunió a las seis de la tarde en una terraza que dominaba el río y donde sonaba el canto amplio del agua. Salí de filas y repetí por última vez a los camaradas sus deberes de europeos, de patriotas, de revolucionarios. Una emoción extraña nos embargó a todos. ¿Quién de entre nosotros volvería a cruzar el río?

Nuestras columnas formaron a media noche.

Cruzamos el Dniéper por un puente de madera de mil trescientos metros de largo, hundido en varios sitios por la artillería y la aviación soviéticas. Fuertes baterías antiaéreas protegían el estrecho pasadizo, única vía de enlace con el frente del Sur. Bancos de enormes témpanos blancos florecían cual el loto de las leyendas en la masa negra del río, alrededor de cascos de barcos hundidos.

Nos apresurábamos, callados, con la emoción de haber acudido a la cita, allí donde la guerra aguardaba.

EL FRENTE DEL BARRO

Quien no se dé cuenta cabal de la importancia del barro en el problema ruso no comprenderá en absoluto lo que durante cuatro años ocurrió en el frente del Este. El cieno no es allá exclusivamente la riqueza en que revive la estepa; constituye también una defensa del territorio de mayor eficacia aún que la nieve y el hielo.

No es imposible triunfar del frío, avanzar con cuarenta grados bajo cero. Pero el barro ruso está más seguro de su poder; nada puede con él, ni el hombre ni la materia. Durante largos meses reina en la estepa; suyos son primavera y otoño, y hasta cuando el sol abrasador del verano resquebraja los campos, tormentas diluvianas descargan cada tres semanas. Es un barro en extremo pegajoso, pues el suelo rezuma materias oleosas; el mazut impregna el país entero. El agua no corre, se estanca; la tierra se coge a los pies y aprisiona los tiros de los carruajes.

Al desembarcar en el Bug, en el mes de octubre, nos había extrañado ya el espectáculo de los camiones tragados por aquel cieno negruzco. Pero no comprendimos perfectamente la situación hasta no caer nosotros mismos dentro del pantano ucraniano.

* * *

Desde Dniepopetrovsk los trenes no circulaban ya; puentes y vías férreas habían sido volados.

En octubre de 1941 las fuerzas alemanas habían arremetido hasta el fondo del Donetz, dejando tras sí un país inmenso que, al llegar las lluvias, transformóse en una zona muerta, virtualmente inaccesible. Las unidades disparadas como flechas tuvieron que combatir, durante semanas, separadas de Dniepopetrovsk por una charca de trescientos kilómetros de profundidad.

Stalin se salvó del desastre por quince días. Quince días más de sol, en efecto, y todo el convoy de los vencedores habría podido proseguir. Stalin, que apuraba ya las heces de la derrota,

se vió salvado por aquel engrudo soberano que logró lo que no pudieran ni sus tropas ni su material.

Tenía Hitler aplastados millones de soldados soviéticos, aniquiladas su aviación, su artillería, sus fuerzas blindadas, pero nada pudo contra los torrentes que caían del cielo, contra aquella gigantesca esponja aceitosa que engullía los pies de los soldados, las ruedas de los camiones cisternas, las cadenas de los *panzers*. La victoria militar más rápida y grande de todos los tiempos quedó frenada, en su fase final, por el barro, sólo por el barro, el barro elemental, viejo como el mundo, impasible, más poderoso que los estrategias, que el oro, que el cerebro y el orgullo humanos.

* * *

Nuestra Legión puso los pies en Ucrania justo para combatir— o mejor dicho para forcejear — con ese enemigo.

Lucha sin gloria, agotadora; que embrutecía y asqueaba. Lucha que infundió ánimos en miles de soldados soviéticos, desparramados a los cuatro vientos por las oleadas de tanques alemanes que dos o tres semanas antes se les adelantaran.

Como los franceses de 1940, en un principio creyeron que todo había terminado (¿no era acaso evidente?) y el miedo los soterró en sus escondrijos. Entonces fué cuando empezó a llover.

Desde el linde de los sotos o de entre la paja de las isbas donde se camuflaban, fueron percatándose de que las maravillosas tropas del Reich que tanto les impresionaran no eran ya invencibles: sus camiones estaban hundidos, sus tanques vencidos. Oían las maldiciones de los conductores impotentes junto a sus motores. Motociclistas con mala suerte lloraban de rabia sin poder sacar sus máquinas atascadas. Poco a poco, los fugitivos rusos se crecieron.

Así nació la resistencia, del respiro que les dio el barro, y del espectáculo de la vulnerabilidad de las fuerzas del Reich, irresistibles pocas semanas antes cuando sus fantásticas columnas blindadas pasaban como un vendaval bajo el sol.

El barro era un arma; la nieve lo sería también. Stalin podía contar con esos dos aliados gratuitos. Nada decisivo ocurriría antes de seis meses. ¡Seis meses de tregua, cuando ya estaban tocando el suelo con las espaldas! Hasta mayo de 1942 basta-ríale con contener las fuerzas del Reich que, agobiadas por los elementos, no deseaban más que invemar tranquilamente. Los guerrilleros empezaron a organizarse a espaldas de las divisiones alemanas, hostigándolas como los mosquitos de pantanos, que aparecen, pican y se van.

Habíamos soñado con combates deslumbradores. Tuvimos que conocer la verdadera guerra, la de desgaste, la de los fangos que absorben el cuerpo, la de los camaranchones nauseabundos, la de las marchas interminables, la de las noches de diluvio y de vendavales aulladores.

Llegábamos al frente, una vez concluida la ofensiva de verano, cuando los ejércitos de Hitler se hallaban luchando a brazo partido con barrizales monstruosos, cuando los guerrilleros surgían de todas las matas, preparando sus trampas a cada paso. En cuanto salimos de Dniepopetrovsk nos lanzaron contra ellos. Teóricamente teníamos el frente a doscientos kilómetros del Dniéper; de hecho, a cincuenta metros de la carretera. Millares de guerrilleros anidaban en un abetal, a caballo sobre una corriente, el Samara, a escasas leguas del río. Al atardecer, los puentes de las cercanías saltaban, caían los soldados aislados, estallaban diez incendios misteriosos; la noche de nuestra llegada a la importante localidad de Nowo-Mosco el garaje, con noventa camiones de la Wehrmacht, ardió iluminando la región entera.

Con objeto de acorralar y reducir a aquellos invisibles asaltantes, nuestra Legión recibió orden de desplazarse al oeste, al sudoeste y al sur de aquella selva enmarañada, madriguera del enemigo.

* * *

Salvar el cinturón de barro que nos separaba del bosque representó una tarea diabólica: cada metro de cieno era un obstáculo, un esfuerzo, un sufrimiento.

La comarca entera yacía sepultada en una oscuridad espesa, aguachinosa. No se distinguía ni el temblor de una lámpara. Caíamos de bruces en las pozas, soltando las armas que luego había

que buscar a tientas, con el agua a medio muslo. Los agujeros eran tan peligrosos que decidimos atarnos de tres en tres, para poder retener a tiempo a aquel de nosotros que de pronto se hundiese.

Veinte horas empleamos en el recorrido de aquellos kilómetros, hechos una sopa de pies a cabeza. Equipajes y bagajes quedaron abandonados en el agua. Por fin nos derrumbamos en unas isbas desiertas y con paja y tablones de tabiques improvisamos unos fuegos. Habíamos tenido que quitarnos toda la ropa. El barro pútrido, del color gris de las focas, nos rebozaba enteramente el cuerpo. Tras restregarnos largo tiempo con heno, despidiendo un hedor insoportable, y desnudos como Adamitas, espÉramos en la humareda acre que volviera la luz.

Centenares de millares de soldados batracios trataban de ese modo de luchar en un frente de tres mil kilómetros.

Había que afrontar al enemigo por delante, por detrás, por los lados, con la inquietud en el espíritu y con el cuerpo sin fuerzas.

El barro asfixiaba a las almas y los menos fuertes se venían abajo. Estábamos tan sólo en los preliminares cuando uno de nuestros camaradas cayó de espaldas con la cabeza hecha trizas: no pudiendo aguantar más se había disparado el fusil en la boca.

La tierra tiene también su arsenal; el viejo suelo ruso hollado por el extranjero esgrimía sus armas de costumbre, para su defensa y su venganza.

En aquel otoño chorreante de 1941 comenzaban ya sus represalias, mientras nosotros mirábamos el charco de sangre color malva estancado en el barro impenetrable, negro, liso...

UNA ALDEA

El pueblo de Karabinoska, donde pasamos tres semanas conteniendo a los guerrilleros, aparecía atravesado de punta a cabo por un interminable sendero de campo, de cincuenta metros de anchura, bordeado de isbas, de setos, de cercas de madera y de cerezos.

Las chozas diseminadas, con su grueso techo de rastrojo, se parecían todas, excepto en el color de la cal. Be entraba en un pequeño vestíbulo oscuro, o directamente en la habitación común. Un relente rancio se apoderaba de uno, olor de suciedad, de tomates, de respiración y de la orina de los animalitos que, durante el invierno, se acuestan mezclados con la gente.

Durante la estación fría no hay quien saque a los rusos de los banquillos y taburetes cojos de la isba. Los padres sólo salen para cuidar, en la otra punta de la casa, del cerdo, de la vaca, del buey, volviendo cargados de cañas de maíz o de girasoles, alimento del horno.

Este sirve de todo: cocina, calefacción central y cama para la familia entera. Es un cubo imponente de ladrillos y barro con paja, encalado, que ocupa la tercera parte o incluso la mitad de la habitación y que con sus dos pisos alcanza a medio metro de la bóveda. Dos o tres veces al día acomodaban en el llar un haz de juncos o algo de leña. Por la noche, la familia, sin faltar uno, se encaramaba en el piso superior de la estufa: padre, madre, hijos dormían en montón, acurrucados directamente sobre la argamasa tibia, cubiertos de trapos y de algunas colchas rojas por donde asomaba la fila de pies desnudos, chatos, ennegrecidos. Los chicos pasan los seis o siete meses del invierno en lo alto del horno, como titíes sobre un organillo, llevando por todo vestido una camiseta hasta la barriga. Todos mugrientos y chillones, y con las narices llenas de moco. En Rusia la mortandad infantil es enorme; una selección despiadada efectúase en el mismo punto de partida.

* * *

Un rincón de la isba pertenece a los iconos. Algunos, particularmente hermosos databan del siglo XV ó XVI. Los fondos de aquellas miniaturas eran encantadores: castillos verdes y blancos, venadillos graciosos. Las más de las veces aparecía San Jorge acuchillando al dragón, o San Nicolás, barbudo y bonachón, o la Virgen de serio semblante y ojos avellanados, con un Niño Jesús de primitivo italiano. Todo ello rodeado de guirnalda de papel verde y rosa. Los campesinos se persignaban veinte veces al día al pasar delante. A veces quedábales aún un viejo libro de

oraciones, medio carcomido, y con maravilloso fervor leían por la noche algunas páginas a la luz de un quinqué agonizante.

Gente que no reñía nunca, que miraba a lo lejos con ojos azules o verdes cargados de sueños...

Plantas invernales de anchas hojas aceitosas y de dos metros de altura, casi la del techo, prestaban un aspecto de jungla a aquellos fétidos cuchitriles.

Anejo a la isba, el cobertizo de los animales.

Los campesinos ricos, los kulaks, hacía tiempo que habían salido a millones para Siberia, donde se les enseñaba a despreciar los bienes de este mundo. Los que excusaran el destierro diéronse por satisfechos con una vaca negra, uno o dos cerdos, una docena de gallinas, algunas palomas.

Era su capital, objeto de todos sus afanes. En cuanto caía la primera helada cobijaban cochinillos y terneros en el calor de la habitación única.

El kolkose en que cada uno servía por fuerza al régimen acaparaba la casi totalidad del trigo, del maíz, del aceite de la comarca. Gracias a tan brutal expropiación, Stalin podía fabricar tanques y cañones y preparar la revolución universal; pero al campesino, después de tragar tristemente por la noche su pitanza de patatas o cebollas, no le quedaba otra cosa por hacer sino rezar ante sus iconos, fatalista, con sus ojos puros y su hura voluntad.

* * *

Se iba el otoño. Perdió el aire su ligera humedad, tornáronse secas las noches, y al cabo de unos días el barro se endureció. Luego nevó y heló. Primeros compases del gran invierno ruso. Brillaban los arbustos salpicados de millares de estrellitas. El cielo apareció pintado de frágiles oros, de azul, de blanco. Un sol muy pálido subía por encima de los sauces de los lagos. Y una mañana toda la población de la aldea bajó a los saucedales.

Los juncos, lanzas de tres metros de altura, coronados de plumeros grises y rosas pululaban en las grandes estanques. La helada apretujaba sus tallos grises. Los campesinos comprobaron primero la consistencia del hielo negro espolvoreado de nieve. Resistía.

Entonces fueron todos por sus hoces y guadañas.

Comenzó una extraña siega. Como en julio cortara los trigos, el pueblo bajo el frío sol de noviembre cortó los grandes juncos que luego abrigan el techo de las isbas rubias.

Caía la mies en bloques magníficos; nubes de pajarillos regordetes piaban y se revolcaban en las orillas. En tres días los estanques quedaron pelados. La población entonces se metió en las casas y cerró las puertas para el invierno.

Era hora de soterrarse: las balas se hundían a puñados en el revoque y partían las ramas de los cerezos.

II. INVIERNO EN EL DONETZ

Los guerrilleros soviéticos constituían formaciones militares de una clase particularísima.

No estaban en ninguna parte y se nos atravesaban por todas. Sus centinelas, agazapados durante el día en un bosquecillo, en una parva, en la buharda de una isba, observaban en silencio cada paso del adversario, y señalaban los hangares y el material, los lugares de paso, la marcha de los trabajos de los ingenieros.

Luego, por la noche, he aquí que un puente salía volando por los aires, unos camiones se incendiaban, de un talud partía una granizada de metralla. Corríamos, pero demasiado tarde. En los alrededores dábamos con una vieja *schaipska* de piel o con la huella de botas de fieltro. Nada más. El bosque se había engullido tácticamente a los fugitivos.

Sólo disponíamos de una compañía para la protección de varios kilómetros de carretera de Dnepropetrovsk a Stalino y para vigilar una legua de bosque, separado éste de nuestro pueblo por uno o dos kilómetros de landa azulada donde temblaban macizos arbustos.

Los puestos distaban trescientos metros de las isbas. En el frío agudo montábamos guardia, con la nariz blanca y las manos agrietadas, faltos en absoluto de indumentaria de invierno.

Por lo demás, no bastaba con permanecer al acecho en los hoyos, pues, al amparo de la noche los rusos se escurrían felinamente entre nuestras posiciones y rebasándolas podían cometer comodísimamente sus fechorías. La mitad de nuestros efectivos tenía por lo tanto que estarse patrullando sin parar por las dehesas desde la aldea hasta el bosque.

Hundidos en los pozos nevados y espiando cualquier manifestación de vida aguzábamos el oído.

Diez veces rodábamos por los barrancos de nieve, tiritando luego, roídos por las horas interminables en que hacíamos de arbustos, volviendo congelados hasta los huesos. Junto a la lumbre de cañas de girasol nuestras armas heladas quedaban humeando largo tiempo.

* * *

Día tras día nuestro cerco en torno al pinar se fué estrechando. Por dos veces practicamos profundas incursiones en el bosque, descubriendo por todas partes sobre la nieve crujiente, huellas de botas de fieltro. Pero no se movía ni una rama. No silbaba una bala. La guerra de maquis era una serie de golpes de mano astutos; rehuían la batalla campal.

A nuestra derecha las tropas alemanas entraron a su vez en contacto con el enemigo. En las noches secas, cuajadas de estrellas, los esqueletos negros y las traviesas de las isbas incendiadas fueron destacándose sobre fondos de oro. Los rojos intentaron entonces abrirse paso en dirección nuestra. Una noche, hacia las once, llegaron; echados en la nieve, vaciamos las cintas de nuestras ametralladoras. Las balas luminosas volaban como puñados de flores y durante una hora entera las flechas resplandeciente rayaron la estepa. Comprobado que hubieron la solidez de la barrera, los rusos volvieron a desaparecer en sus guaridas.

En el límite noroeste de la selva, sobre la orilla derecha del Samara, tenían construidos fuertes blocaos.

El río estaba helado.

Nuestros hombres recibieron orden de tomar al asalto las posiciones del enemigo. Acogida en los alrededores del agua por un fuego violento, la tropa tuvo que cargar, franqueando a descubierto veinticinco metros de hielo raso. Aquel día tuvimos pérdidas sangrientas, pero nos hicimos con los bunkers, cosiendo a los rojos a la nieve u obligándoles a huir.

La tierra rusa abríase a nuestros muertos. ¡Cuántos iban a caer, en la escarcha, en el barro o en el oro del sol, desde el Donetz al Don, en el Cáucaso y en Estonia!... Pero aquellas manchas rosas, pétalos deshojados en la nieve del Samara, revestían la pureza inolvidable de la primera donación, de las primeras lilas, y de las primeras lágrimas...

* * *

Fué preciso abandonar las tumbas y sumarnos, en la punta extrema del frente, a una División que se había adentrado en el fondo de la cuenca carbonífera del Donetz. A últimos de noviembre, pues, sin guantes, sin pasamontañas, sin pieles, con nuestra ligera indumentaria militar atravesada por el cierzo, iniciamos un avance de doscientos kilómetros.

CARRETERAS DE HIELO

La helada metamorfoseó completamente los caminos del Donetz, a fines del otoño de 1941. El río de cieno trocóse en un escabroso río de lava. El légamo se había ido solidificando, al tiempo que una infinidad de camiones lo acuchillaba y trituraba, quedando así petrificado en un entrevero de crestas rocosas con aristas y superficies del color liso del mármol; un verdadero revoltijo marmóreo de bloques agrietados con una anchura de cincuenta y cien centímetros.

Inútil querer meter por aquellas ranuras los coches ordinarios. Los depósitos de los automóviles se rompían en los primeros kilómetros. Sólo los camiones pesados y los coches llamados «para cualquier terreno» muy altos de eje, podían introducirse por aquellos hielos y bandearse entre las hendiduras.

En cuanto a la marcha de la infantería era un verdadero desastre ; apenas nos atrevíamos a levantar el pie; lo empujábamos hacia adelante, porque en aquel hielo duro como metal las caídas resultaban en extremo dolorosas.

Además las armas debían encontrarse listas para el combate, a la menor alarma, Ahora bien, por aquel entonces el equipo de un soldado ametrallador representaba más de treinta kilos de chatarra, sin contar los víveres para tres días y la impedimenta de costumbre. Tanto esfuerzo para no resbalar nos abrasaba los tendones, a tal punto que teníamos que descoser con los cuchillos el talón de los zapatos para facilitar los movimientos, y apretar, los dientes para aguantar el dolor.

De vez en cuando, destrozados los nervios por el esfuerzo, un hombre se desplomaba de cara contra el hielo. Oíamos su estertor; lo echábamos en el primer camión que pasaba, sobre el montón de pan o de municiones, y la columna seguía, bamboleándose en los hielos oscuros.

El país, sin embargo, era en su conjunto de agradable aspecto. Centenares de miles de tallos de girasoles rayaban la inmensa estepa blanca. Revoloteaban nubes de gorriones, como locas bolitas de lana. El cielo en particular, bacía gala de admirable pureza de cristal, de un azul pálido, tan limpio que cada árbol destacaba contra el horizonte, con ática precisión, cada una de sus ramitas despojadas.

A veces los lugareños nos señalaban un platanar o una hilera de viejos abedules, postrer vestigio de propiedades señoriales. Pero de la construcción de antaño, ni una tabla, ni una piedra; ni rastro siquiera de los antiguos cimientos. Todo aparecía arrasado, nivelado, devuelto a la vegetación.

Lo mismo había ocurrido con la mayoría de las iglesias. Quedaban algunas, profanadas hacía tiempo y convertidas en granjas, depósitos, salas de reunión, cuadras o centrales eléctricas; su bulbo verde y dorado resplandecía, siempre bello, por encima de los muros blancos. A veces, descubríamos restos de artesonados o alguna que otra pintura antigua que los albañiles no habían podido alcanzar en lo alto de las bóvedas. Pero el maíz o el estiércol cubrían el pavimento. Por otra parte, aquellas iglesias-establos, iglesias motorizadas, depósitos de girasoles o salas de reunión del soviét local eran rarísimas. Durante dos años, tras recorrer más de dos mil kilómetros a pie, desde Dnepropetrovsk hasta la entrada del Asia, con los dedos de la mano pudimos contar las iglesias, y todas, sin distinción, profanadas.

* * *

A poco de comenzar diciembre, atravesamos Pawlograd y acampamos luego en unos caseríos completamente vacíos, sin un alma. Las salidas se efectuaban a las cuatro o cinco de la mañana entre los torbellinos de la tormenta ; las ráfagas de nieve nos azotaban, nos cegaban y necesitábamos horas y horas para empujar hacia el camino las carretas de hierro, atiborradas de material. Los caballos resbalaban en el hielo, quebrándose las patas ; en medio de los silbidos del vendaval los pobres animales resoplaban en vano, incorporándose un poco, para desplomarse de

nuevo, enloquecidos.

Cayó tan espesa la nieve, que pistas y estepa se confundieron por completo. No se habían empajado aún los altos postes con que los rusos, conocedores de su país, balizan el camino cuando el invierno viene a nivelar la inmensidad.

Al quedar pues cubiertas de montones de nieve las flechas indicadoras; las tropas no tardaron en extraviarse.

Para colmo de desgracia, las localidades que buscábamos habían mudado el nombre dos o tres veces en los últimos veinticinco años; los mapas antiguos indicaban el nombre zarista; los de 1925, otro, más rojo que sangre de toro, fruto de la revolución; los de 1935, el de algún cacique soviético, a imitación de Stalingrado o Stalino. Pero, como muy a menudo el cacique de marras recibiera desde entonces una bala en la nuca en los sótanos de la GPU, había sido necesario otro bautismo más. Dábase el caso, por el contrario, de montones de pueblos rusos de la estepa designados con el mismo nombre, el de mujeres o hijas de zares, adoptados y conservados por pereza.

En la etapa que debía conducirnos a Grichino, estuvimos durante un día entero dando vueltas en el huracán, y no fuimos a parar a dicha aglomeración sino después de meternos en los zapatos la friolera de cincuenta y tres kilómetros. Y el Grichino aquel no era para nada nuestro Grichino; la localidad había sido rebautizada tres veces en veinticinco años. Existían además dos Grichinos: el Grichino-estación y el Grichino-poblado, a siete kilómetros uno del otro. Complicaciones auténticamente eslavas. Llegamos a Grichino, al nuestro, por la mañana, con nieve hasta la rodilla.

Éramos los primeros, e iban a transcurrir cuarenta y ocho horas antes de que se presentaran las demás Compañías; una de ellas, extraviada, anduvo vagando durante quince días, perdió los caballos y apareció el día de Navidad en el frente, escoltando una caravana merovingia de grandes bueyes blancos uncidos a sus camiones.

* * *

Por desgracia, la odisea no paraba siempre en una mera transformación de equipajes. Aquella zona, en que la tormenta jugaba con nosotros, se hallaba trufada de minas rusas, que la nieve había tapado lo mismo que los postes de protección plantados aquí y allí por los primeros equipos de gastadores alemanes.

Perdida entre las ráfagas que barajaban la nieve hasta tres metros de altura, una de las Compañías se metió en una zona minada, con el comandante, a su frente, a caballo. La cabalgadura tropezó con uno de los terribles artefactos ; fué lanzada verticalmente a dos metros de altura y volvió a caer desparramando los intestinos, mientras el jinete yacía en la nieve roja, con las piernas hechas pedazos.

La estepa bramaba, rugía su victoria. Mediante dos trozos de madera, nuestros hombres fijaron los miembros destrozados y transportaron sobre unas ramas de abeto al pobre capitán. Unos kilómetros más lejos dieron con una isba abandonada.

Sólo veintiséis horas más tarde una ambulancia de urgencia llegó en auxilio del moribundo, a quien se le contaron once fracturas. El fumaba, despidiendo breves bocanadas de humo. Del dolor, gruesos goterones de sudor le chorreaban por el rostro. Dijo adiós a los muchachos y sucumbió sin una queja, dando una postrera chupada al pitillo.

* * *

Después de los Grichino les tocó el turno a los Alexandrowska; todos los Alexandrowska de Donetsk nos vieron de romería.

Encontramos, finalmente, las ciudades obreras; nos acercábamos a la meta; pero antes, un deshielo repentino vino a acarreamos una última etapa de barro. Por fin, más allá de los campos legamosos, brilló el hielo deslavado de Cherbinowka, centro carbonífero de cuarenta mil habitantes. Al penetrar en la ciudad, éstos nos miraban fijamente, inquisitivamente, con un rictus malo, inmóviles y mudos contra las paredes.

Las tropas bolcheviques se habían replegado en la estepa, a tres kilómetros al Este ; mas, a espaldas nuestras, sentíamos el acecho de los comunistas dispuestos a obrar.

NAVIDAD EN CHEBBINOWKA

En diciembre de 1941 el frente remedaba el caprichoso dibujo de una playa. Los ejércitos del Reich habían progresado cada uno según sus posibilidades. En efecto, a fines de octubre las unidades se habían encontrado embarradas en los traidores lodazales, con grandes zonas desguarnecidas a derecha e izquierda, conociendo además imperfectamente la situación y las intenciones de un enemigo que también había corrido a más no poder, en un desorden que tuvo a menudo su algo de vodevil.

Gracias al barro, los rojos manifestaron ciertas reacciones y lograron recuperar Kostow, donde, por falta de gasolina, los alemanes abandonaron y quemaron centenares de camiones.

Ese éxito local los alentó, y redoblaron su actividad al este del Donetz, en el ala izquierda de nuestro sector; de Slaviansk hasta Artemosk, sus asaltos tornáronse violentísimos.

La presión soviética se ejerció ante todo a veinte kilómetros al noroeste de nuestros bunkers. Al principio, el enemigo no profundizó frente a nuestras posiciones de Cherbinowska-, estando, como estaba, trabado, al igual que nosotros, en terrenos que hubiéranse dicho asentados sobre un lago caliente.

El abastecimiento tardaba cincuenta horas o más en recorrer los veinte kilómetros que nos separaban de los depósitos de Constantinowska. Ni un solo motorista logró pasar. Los caballos morían de agotamiento, con el hocico en el barro.

Cherbinowka transformóse pronto en un muladar.

Los excrementos descongelados apestaron el aire.

La suciedad y la miseria de la ciudad decían trágicamente lo que el régimen soviético realizara en los grandes centros proletarios. Las instalaciones carboníferas continuaban con el material de 1900 o 1905, adquirido en la época fácil de los empréstitos franceses. Los pozos, dinamitados por los bolcheviques en retirada, ya no servirían nunca para nada.

Lo mismo había ocurrido con el montaje industrial de la Rusia ocupada. Sistemáticamente, con diabólica sagacidad, equipos de especialistas soviéticos destruyeron las fábricas, las minas, los depósitos de cada cuenca, de cada ciudad, de cada arrabal.

¡Tierra quemada! ¡Subsuelo quemado!

Hasta los caballos habían sido sacrificados en los fosos, y el nauseabundo olor de aquellos animales putrefactos difundíase por toda la localidad, ya que los pozos de aireación de las hulleras se abrían a la vera misma de las calles. Unas pocas tablas tapaban las excavaciones, y los gases carbónicos y las emanaciones asfixiantes de las carroñas subían sin cesar de los agujeros.

Habiéndose llevado los Soviets, o destruido, todo el abastecimiento de la ciudad, el pueblo comía cualquier cosa. Un trozo de caballo muerto en el barro era pura golosina que la población se disputaba con encarnizamiento. Un día en que nos habíamos visto obligados a matar un caballo incurable, de aspecto horrible, plagado de pústulas repugnantes, no nos dio tiempo ni de ir en busca de un carro para transportar el cadáver fuera de la ciudad. Veinte personas se abalanzaron sobre los restos inmundos, arrancando la piel, agarrándose a la carne humeante aún.

Al fin no quedaron más que las tripas, más asquerosas todavía que lo demás. Dos viejas tiraban, cada una por su lado, del estómago y los intestinos. La panza reventó, embadurnando a las dos mujeres con una pasta verde y amarilla; la que se quedó con el tesoro salió corriendo, sin limpiarse siquiera la cara y apretando braviamente su presa contra el seno.

* * *

Los acantonamientos de la tropa no le iban en zaga a tales maravillas. Al bajar de nuestras posiciones teníamos que amontonarnos en las construcciones escolares levantadas recientemente por el Estado: tres largos edificios del mismo estilo moderno, punto por punto, que lo que viéramos en Dnepopetrowsk. El primer soldado que quiso plantar un clavo en la pared para colgar sus armas lo hundió íntegro de un solo martillazo. El entarimado lo componían tabloncillos separados entre sí por donde se colaba el aire, y bajo este piso de ocasión abríase el vacío, pues el edificio

descansaba sólo sobre unas cuantas estacas.

El terreno baldío interpuesto entre las tres construcciones era tan fangoso que tuvimos que instalar cajones y construir pasarelas para ir de una casa a otra. Un tufo de gas carbónico, rancio, obstinado, difundíase incesantemente alrededor de la escuela.

Hacia el 20 de diciembre volvieron la nieve y las heladas, y, de la noche a la mañana, nos encontramos con veinte grados bajo cero, tiritando sobre las tablas desunidas, arrebujados en una manta única.

Llegaron las fiestas, las de los demás.

La misa del gallo se dijo en la iglesia que volviéramos al culto, y donde un coro ruso lanzaba sus gritos agudos y desgarradores mientras parte de nuestros soldados, acostados tras las ametralladoras, ocupaba posiciones de combate en los cuatro rincones del edificio. Fuera, nevaba densamente.

Pero de tanto vagar en aquellas semanas incoloras, en aquel silencio que embarcaba sin rumbo nuestros sueños, nos sentíamos el alma helada.

En 1941, las Legiones europeas, populares en los periódicos del Reich, fueron acogidas en el frente con escepticismo.

Algunos generales alemanes temían la intrusión en sus divisiones escogidas, de tropas envidias al Este con fines propagandísticos, no comprendiendo siempre bastante la suma de patriotismo y de buena voluntad que suponían nuestras unidades voluntarias.

Semejante desvío nos dolía.

Aguardaríamos, pues, a que surgiera el acontecimiento o el accidente capaz de hacer justipreciar nuestro idealismo. Pero, ¿cuándo llegaría aquella hora?

Mientras tanto, desconocidos e ignorados, teníamos que consumir nuestra donación en un servicio de pequeñeces y amargura.

Vivimos Navidad y Año Nuevo sin alegría, arrinconados en el humo de las habitaciones; un Pesebre trazado con carbón sobre la argamasa nos recordaba diciembre en casa... Echados en la paja, entre el humo de unos miserables candiles, contemplábamos el vacío. Allá, en la cima de la loma, sobre las cruces de madera, los cascos de acero de nuestros muertos ostentaban penachos de nieve, semejantes a crisantemos blancos caídos del cielo.

ITALIANOS EN EL DONETZ

Los contingentes extranjeros abundaban en el frente antisoviético. En el Sur, las Legiones de Europa Central y de los Balcanes; legiones muy originales, pero devoradas por las rivalidades; húngaros y rumanos, por ejemplo, siempre dispuestos a arrancarse los ojos por un hays de los Cárpatos o por diez metros de alfalfa de la Puzta. Los croatas, más eslavos que los ucranianos, dividíanse en musulmanes y católicos.

Los italianos constituyeron, en 1941, la unidad extranjera más numerosa del frente oriental: unos sesenta mil, repartidos en tres divisiones y en numerosos destacamentos de especialistas. Se les encontraba por doquier, del Dniéper al Donetz; pequeños, morenos, con sus curiosos gorritos de dos puntas, o semejantes a aves del Paraíso bajo los cascos de «bersaglieri», verdaderos torrentes de plumas de gallo y de faisán en el viento de la estepa.

Sus fusiles eran como de juguete, y disparaban con suma puntería sobre las gallinas de la región. Los conocimos al echar pie a tierra en Dniepopetrowsk, alrededor de un tonel enorme... ¡de Chianti!, instalado en un vagón, y en seguida aquilatamos su espíritu de iniciativa y su astucia. Habían practicado en el barril un agujerito casi invisible, en plena panza, plantando en él una paja: el líquido brotaba como por milagro.

El invento encontró el éxito más rotundo entre nuestros bebedores, que pasaron y volvieron a pasar, en tropal, por aquella fuente de maravilla, digna de las juergas borgoñonas de Carlos el Temerario y de Felipe el Bueno.

Seguros del porvenir — era un recipiente de dos mil litros —, los italianos nos dejaban sitio con mucha amabilidad. A partir de aquel momento, los voluntarios valones se enamoraron perdidamente de Italia y de su colaboración oriental.

* * *

No consistía el frente en una línea de un solo trazo, sino en una serie de puntos de apoyo. Nuestras posiciones de Cherbinowka, por ejemplo, no tenían, a derecha e izquierda, más que nieve, y para alcanzar a los primeros italianos, cuyo sector se escurría al sur de Stalino, era menester marchar por la estepa durante dos horas.

En los instantes de tregua, íbamos a charlar con ellos. Algo tenía que ver, desde luego, en la visita el chianti y los limones, mas también obraba su atractivo.

Lo malo era que detestaban a los alemanes.

Estos no podían soportar su merodeo, sus amores incandescentes en las isbas en ruinas, su presentación de fantasía; la pintoresca dejadez latina, llena de irreverencia, de indolencia, de gracia y de alegres parloteos, tan ajenos a la rigidez prusiana.

A los italianos, por su parte, les dolían el cuello y la laringe con sólo ver a un alemán cuadrarse o gritar órdenes. No congeniaba aquéllo con sus manos en los bolsillos, sus plumeros tornasolados, sus picardías. Tampoco los nacionalismos andaban de acuerdo. Los italianos querían a Mussolini, y a cada momento gritaban «¡Duce!, ¡Duce!, ¡Duce!», hasta quedar afónicos ; pero se trataba de excesos meramente sentimentales; los sueños de grandeza imperial de Mussolini no hacían mella en ellos. Orgullosos como gallos, carecían de ambición.

Un día en que insistían sobre su deseo de paz a toda costa, les objeté:

—Pero, si ustedes no luchan hasta el fin, perderán sus colonias.

— ¡Bah! — contestaron—, ¿para qué pelearse por unas colonias? Somos felices en nuestra tierra. No necesitamos nada. Tenemos sol. Tenemos fruta. Tenemos amor...

Filosofía tan buena como la que más. Horacio ha dicho lo mismo, pero con menos franqueza.

Reputaban igualmente inútil excederse en el trabajo. Nuestras ideas al respecto los dejaban viendo visiones. ¿ Para qué trabajar tanto?... Y reanudaban la blanda, encantadora y melodiosa letanía: sol, fruta, amor...

—Pero, ¡vamos a ver!—repliqué, extrañado—. ¡El trabajo es una alegría! ¿No? ¿A ustedes no les gusta?

Entonces, un italiano del Sur, con gracia principesca, me dio esta respuesta, magnífica de naturalidad y de solemnidad:

—Pero, señor, el trabajo estropea...

[Estropea! Al oír semejantes declaraciones, los alemanes se quedaban sofocados una semana entera y a un dedo de la apoplejía.

* * *

Desgraciadamente, las guardias de día y de noche también estropeaban, así como el duro servicio en la nieve y en el hielo.

Los centinelas charlatanes abandonaban a menudo la guardia, prefiriendo el calorcito de una isba, donde bromeaban, sisaban, charlaban o estudiaban muy de cerca las características de las deidades locales. Los rusos acabaron por darse cuenta, y nuestros simpáticos camaradas de allende los montes, pagaron muy cara su romántica negligencia.

Una noche, fuertes destacamentos de cosacos se infiltraron al sur del sector con sus caballos, entre el espesor de la nieve, pudiendo cercar tranquilamente, al alba, tres aldeas ocupadas por los italianos y descuidadas por los centinelas, sumidos en el sueño o en el amor. La sorpresa fué total.

Los Soviets odiaban especialmente a los italianos, más todavía que a los alemanes, tratándolos siempre, en el frente del Este, con extraordinaria crueldad. En un santiamén se adueñaron, pues, de las tres aldeas. Nadie tuvo tiempo de enterarse. Condujeron a los prisioneros junto a los pozos, los desnudaron de arriba abajo y el suplicio comenzó. Los cosacos sacaban cubos de

agua helada y, muertos de risa, los derramaban sobre el cuerpo de sus víctimas. Hacía treinta y cinco grados bajo cero; los desgraciados murieron todos helados vivos.

No se libró ni uno, ni los médicos, ni siquiera el capellán, que, desnudo como un mármol romano, sufrió también el suplicio del agua y del hielo. Dos días después reconquistamos aquellos pueblos. Por doquier, sobre la nieve, los cuerpos desnudos se retorcían encogidos, como achicharrados.

Desde aquel día, las tropas italianas del Donetz fueron reforzadas por tanques pesados del Reich; totalmente pintados de blanco, resoplaban sin cesar en la nieve mullida, a lo largo de sus líneas.

* * *

La medida urgía.

La actividad rusa, en efecto, se iba acentuando; a derecha e izquierda librábanse combates encarnizados, y el cañoneo sacudía ya día y noche la estepa. Los aviones soviéticos cavaban con sus bombas grandes agujeros grises en torno a nosotros. El frío fué intensificándose; a mediados de enero el termómetro marcó treinta y ocho grados bajo cero.

Nuestros caballitos tenían el pelo blanco de escarcha, y de sus hocicos, empapados en sangre, gota a gota iban cayendo por las pistas regueros de manchas rosas, dentadas como hojas de clavel.

EL AULLIDO DE LA ESTEPA

En nuestras madrigueras de Cherbinowka la vida se hizo intolerable.

Tapamos como pudimos, con manojos de paja, las ventanas, la mitad de cuyos cristales habían sido hechos añicos cuando la retirada soviética; pero el cierzo seguía colándose, silbando entre las tablas desvencijadas del entarimado. Para dormir, arropados en nuestra escasa indumentaria, hundíamos los pies en las mangas de los capotes. Pero, ¿qué es un capote, una manta delgada, un puñado de paja, en una barraca atravesada por el viento de la maldita estepa?

La margarina, el salchichón, el pan, duros como guijarros, había que partirlos a hachazo limpio; los raros huevos que nos enviaba el abastecimiento llegaban helados, casi grises.

Aquellas eran las horas de descanso...

* * *

Nuestras posiciones avanzadas distaban tres kilómetros de Cherbinowka, hacia el Este.

Nos dirigíamos a ellas por equipos, a través de una nieve de cuarenta a cincuenta centímetros de espesor, con un frío que oscilaba entre veinticinco y treinta y cinco grados bajo cero.

Ciertas compañías cavaron sus pequeñas casamatas en los montones de escoria de las hulleras; las demás se las arreglaron en plena estepa.

La nieve no tenía ninguna importancia; lo atroz era la tormenta, que chillaba, bramaba, disparándonos a la cara, con agudos silbidos, miles de flechitas cortantes como puñados de cristales.

Por fin nos distribuyeron unos pasamontañas y guantes de punto muy delgados que nos protegían apenas. Pero seguíamos sin pieles y sin botas de fieltro.

Quitarse los guantes era tener los dedos helados en el acto. Los pasamontañas los alzábamos hasta la nariz, y, al atravesarlos, la respiración se transformaba en montones de escarcha a la altura de la boca, y en largos bigotes blancos pegados a nuestras cejas. Las lágrimas mismas se helaban, y cual gruesas perlas soldaban dolorosamente las pestañas, costando muchísimo deshacerse de ellas. A cada momento, una nariz, una mejilla, amarilleaban como el parche de un tambor; para evitar la congelación era preciso frotar enérgicamente la carne con nieve. Pero a menudo era ya tarde.

* * *

Aquellas vertiginosas borrascas daban a las tropas soviéticas de choque una superioridad evidente. Los rusos, con sus esquíes, sus perros, sus trineos, sus nerviosos corceles, estaban acostumbrados y perfectamente adaptados a su clima alucinante. Vestían, para protegerse del frío, chaquetones acolchados de algodón, y calzaban botas de fieltro refractarias a aquella nieve seca como polvo de vidrio. Tenían inevitablemente que beneficiarse de los indecibles sufrimientos de los miles de soldados europeos lanzados en temeraria ofensiva en aquellas nieves, aquel cierzo, aquel hielo, sin equipo y sin el adecuado entrenamiento.

Escurriéronse pronto por todos los rincones. Sus espías, disfrazados de paisano, se insinuaron entre nuestros puestos y alcanzaron los nudos obreros entrando en contacto con sus cómplices. La mayoría de los lugareños lo ignoraban todo del comunismo, excepto sus exacciones; pero en los centros industriales la propaganda soviética habíase insinuado entre los trabajadores jóvenes. A ellos era a quienes se dirigían los espías del Ejército rojo, agitadores valientes y convencidos.

Un día formé parte de un pelotón de ejecución para fusilar a dos de ellos que lo habían confesado todo ante el Consejo de Guerra.

Una vez en la estepa nos pusimos en fila. Los dos condenados, con las manos en los bolsillos, no decían una palabra. La descarga los tumbó. Hubo un segundo extraordinario de silencio, en que el estallido de la fusilería se fué propagando. Uno de los dos comunistas, como si quisiera recoger un hálito de vida, se agitó; extrajo la mano derecha de su bolsillo, la irguió con el puño bien cerrado, por encima de la nieve, y escuchamos un grito, el último grito, en alemán, para que todos lo entendieran: «¡Heil Staline!».

El puño crispado cayó junto al muerto.

Aquella gente contaba también con sus idealistas.

En general, los rusos condenados a la pena capital aceptaban su suerte con fatalismo, con los brazos caídos, y como atontados.

Para no molestar más a la tropa y, al mismo tiempo, impresionar la imaginación popular, los alemanes optaron por ahorcar a los espías. Los sentenciados se acercaban abúlicos, con la mirada perdida; luego subían a una silla encaramada sobre una mesa y allí, sin chistar, sin pedir nada, aguardaban. La cuerda colgaba encima de ellos; se la dejaban atar al cuello. «Es la vida... ¿Qué se le va a hacer?»... Se abandonaban, y un punta-pió volteaba la silla rematando la tragedia.

Un día en que los alemanes tenían que ajusticiar a cinco de una sola vez, a uno de los ahorcados se le rompió la cuerda y rodó por el suelo. Sin decir una palabra se alzó, colocó él mismo la silla sobre la mesa, subió de nuevo y, con la mayor tranquilidad, esperó que se le echara otra sogá.

En el fondo de aquellos corazones alentaban un fatalismo oriental, la inocencia infantil y también la inveterada costumbre de recibir golpes y de sufrir. No se rebelaban contra la muerte; no protestaban; ni siquiera procuraban comprender. Acogían el paredón pasivamente, como aceptaron la isba sórdida, el *knout* de los señores y la esclavitud comunista...

* * *

En la segunda quincena de enero de 1942 se registró la mayor agitación y mucho desplazamiento de tropas, con ataques, tres y cuatro veces por día, de los aviones soviéticos.

Aun desconocíamos lo ocurrido.

Unidades rusas escogidas, traídas de Siberia, habían salvado los hielos del Donetz, al norte de nuestra cuenca industrial, y, dando la vuelta a las defensas alemanas, habían alcanzado importantes líneas ferroviarias, en particular la vía Kiew-Poltawa-Slaviansk. Apoderáronse luego de depósitos considerables y arremetieron violentamente hacia el Oeste. Rusos y siberianos habían hundido así una cuña profundísima en dirección del Dniéper y amenazaban con copar todo el ejército del Sur; el río Samara había sido rebasado ya. Avanzadas cosacas se aventuraron incluso a doce kilómetros de Dniepopetrowsk.

El comandante alemán reunió a toda prisa las- fuerzas disponibles para la contraofensiva.

I Una contraofensiva... con el termómetro oscilando entre treinta y cinco y cuarenta grados bajo

cerol! Cuando una orden urgente nos dio la alarma, ni siquiera barruntábamos lo que nos esperaba.

Nos relevaron aquella misma noche. A las cuatro de la mañana, en medio de un inimaginable vendaval que aventaba con furia la nieve y nos cegaba a todos, empezamos a patalear detrás de las carretas, ignorándolo todo de nuestro destino. Y, sin embargo, la hora de la sangre y de la gloria acababa de llegar.

COSACOS

Era, si bien recuerdo, el 26 de enero de 1942.

No sabíamos, a punto fijo, hasta dónde habían llegado las tropas siberianas sobre sus trineos de perros y los cosacos sobre sus caballejos nerviosos que lo resistían todo.

El enemigo no debía andar muy lejos: no pudimos sacaren limpio nada más. Nosotros, los soldados rasos, sabíamos muy pocas cosas; nos imaginamos, incluso, ingenuamente, que aquello era la retirada. Simple soldado por aquel entonces, viviendo estrictamente la vida de la tropa y desconectado por completo del escalafón superior a mi Compañía, yo sabía lo que mis cantaradas, ni más ni menos.

Nuestro objetivo conocido era, por segunda vez, la localidad de Grichino, a sesenta kilómetros de Cherbinowka. Durante toda la marcha íbamos a remontar, sin duda, a lo largo de las fuerzas enemigas. En la primera etapa se nos impusieron atajos poco frecuentados.

Cuatro largas horas perdió nuestra columna en arrancar en la tormenta de nieve; no veíamos a diez metros de nuestras narices. Por el camino que escalaba y bajaba sin cesar cerros cortos y empinados, teníamos que ir empujando algunos «stahlwagen», carromatos de hierro de más de una tonelada de peso, excelentes para las carreteras adoquinadas o macadamizadas de Europa, pero del todo inútiles en la nieve y el hielo de la estepa. Los campesinos rusos utilizaban sólo trineos y coches de madera ligerísimos, de ruedas muy altas y finas. Cuesta abajo, nuestros ingentes coches fúnebres, con los frenos bloqueados y todo, rodaban a velocidades de vértigo, atropellando a los caballos y acabando, naturalmente, por volcar. Pero en las subidas, más de veinte hombre debíamos engancharnos para mover un solo armatoste. Al cabo de unas horas, numerosos «stahl-wagen» quedaron encenagados o ruedas arriba en los agujeros de nieve de los montecillos.

La etapa no preveía más de doce kilómetros. Sin embargo hubimos de trabajar toda la noche, y sólo a las seis de la tarde del día siguiente concluyóse el acarreo del material. Cuatro siberianos habían patrullado hasta el pueblo, haciéndose matar junto a las primeras isbas.

* * *

A las cinco de la mañana reanudamos la marcha.

Habían cesado los torbellinos de la nevisca. Pero la helada recrudeció. Por el sendero montuoso, resbaladizo, endurecido bajo la nieve como una pista de patinaje, los caballos no lograban adelantar; muchos se quebraron las patas. A mediodía teníamos recorrido... ¡un kilómetro!

Delante de nosotros abríase un valle encajonado, donde la tempestad descargara «stocks» fenomenales de nieve. El batallón entero tuvo que poner manos a la obra y ahuecar un pasadizo de unos cincuenta metros de largo por tres de profundidad. La subida era áspera, y la ascensión de los «stahlwagen» resultó terrible. Llegamos a la altura, con los primeros carros, a las nueve de la noche. ¡Dieciséis horas cabales para un recorrido de tres kilómetros.

Una vez encerrados nuestros tiros en un cobertizo, sólo unos cuantos hombres pudieron hallar sitio junto a ellos. Un lugareño nos indicó la existencia de un caserío aislado en un valle, a cerca de cuatro kilómetros, y parte de la Compañía emprendió la marcha, bajo la luna, por hondonadas donde la nieve nos cubría el vientre. Dimos, por fin, con unas isbas más miserables que cuanto viéramos hasta entonces; diez de nosotros nos instalamos sobre el suelo mismo de tierra, en la habitación única de una de aquellas cabañas, repleta de campesinos, escondidos sin duda y en espera de los siberianos. Una muchacha gorda, coloradota como una langosta, pasaba, meneándose, de ruso a ruso, a la luz de un quinqué, con una camisilla, como único vestido, que le

llegaba a mitad del cuerpo. Prosiguió así su infatigable manejo, con una risita procaz, hasta agotar el circuito.

Encaramóse entonces, contoneándose, encima del horno y empezó a prodigar desde allí chocarrerías de lo más verde ; pero los hombres, terminada la operación, estaban ya roncando.

Algunos animales se agitaron. Los olores nos revolvían el estómago. A las seis de la mañana, nos hundimos otra vez en la nieve, con nuestros carrmatos.

Desde lo alto de la meseta divisamos el grueso de la Compañía bloqueada la víspera, deslomándose tras los coches de hierro, cuya ascensión duraría sin duda hasta entrada la noche.

Enviéronme, en patrulla, en busca de acantonamientos hacia un kolkose señalado a cuatro kilómetros al Este; en una troika que descubrimos en un corral partí con dos compañeros.

El kolkose existía realmente, pero estaba lleno de rusos. El cuarto habitable, con el suelo pelado de costumbre, se hallaba invadido por unos cuantos terneros que, huyendo del frío, fraternizaban con la familia junto a la lumbre. A cada momento se ponían a regar el suelo, y la clásica cacerola llegaba siempre tarde. Un perfume más.

Uno de mis compañeros salió con el trineo para guiar la tropa ; el otro camarada, un minero con un nombre y apellido de epopeya, Aquiles Roland, permaneció conmigo. Los campesinos aquellos tenían unas cataduras que refrigeraban el ambiente. Aviones soviéticos volaban sobre el kolkose, arrojando octavillas anunciadoras de la llegada del Ejército rojo, y nuestros indígenas oteaban el cielo y la línea de las lomas.

Hacia las dos de la tarde pasaron unas siluetas de jinetes; los mujicks cruzaban miradillas de inteligencia; por entre los párpados achinados nos estaban vigilando calladamente.

* * *

A las cuatro de la tarde ninguno de nuestros camaradas había regresado aún. Temíamos de un momento a otro la aparición de los cosacos en el umbral de la granja; la ametralladora, armada en el vestíbulo, los esperaba. Además, el rosario de granadas de nuestro cinturón restablecería rápidamente el orden a retaguardia si a los mujicks les daba por asaltarnos.

Bastante impresionados, callaban. Una muchachita ucraniana, encantadora — dieciséis años, hermosos cabellos de reflejos pardos y verdes—, se puso a nuestro lado, vigilando los manejos de la tribu y haciéndonos guiños con disimulo. Sin duda porque le merecíamos tanta consideración como los terneros de la familia, igual que a ellos nos sirvió una leche espesa, suave como la piel.

Fuera, la tormenta volvió a aullar. De cuando en cuando, pertrechado de granadas, salía para inspeccionar los parajes entre torbellinos de nieve prodigiosos. No cabía duda, con semejante tiempo los camaradas no podrían ya venir a refugiarse allí. Además, ¿por dónde andaban? ¿No los habría dislocado algún ataque cosaco o siberiano en la meseta donde iban empujando afanosamente sus carros de hierro?

Obscureció. Dieron las siete. Las ocho. Y nadie. Los mujicks aguardaban ; saltaba a la vista que nos habrían degollado con sumo gusto, pero las sargas de cartuchos montadas sobre nuestras ametralladoras los incomodaban. Acabaron, pues, por recostarse en medio del ganado, con la cacerola al alcance de la mano.

El viento seguía bramando, abriendo estrepitosamente la puerta de miserables tablones y arrojándonos encima paladas de nieve. ¿Qué ocurriría por la mañana?

Mi compañero decidió salir en reconocimiento en cuanto amaneciera, en dirección de nuestra compañía. No había más remedio.

A un momento dado me pareció que el reloj marcaba las cinco de la mañana. El intrépido Aquiles se aventuró, pues, en la tormenta. Una hora después reaparecía hecho un papá Noel arropado en un metro cúbico, por lo menos, de nieve; se había hecho un lío en la borrasca. «Además — me dijo—, ¿está usted seguro de la hora? ¡Está eso más negro!...».

Nos miramos. Era, más o menos, la una y media de la madrugada : habíamos confundido las cinco con las doce y veinticinco. El pobre Aquiles pegó un bufido y se fué a calentar un poco contra la estufa de yeso. Luego, estirados junto a la ametralladora, aguardamos a que amaneciera de veras. El día llegó, pero solo. Tan fantástica era la tempestad que ni cabía imaginar que la

infantería pudiera alcanzarnos. Un día pasaría; y dos, y entonces, calmado el delirio de la estepa, los cosacos habrían cortado el camino... De pronto, a las once de la mañana, un trineo frenó en seco ante la puerta, levantando nieve hasta el rastrojo de la techumbre. Mi antiguo jardinero de Bruselas, suboficial valón, habíase precipitado en la borrasca, con cuatro vigorosos caballos que azotó de muerte; uno de ellos, al parar ante la granja, se desplomó sin vida. Ajustamos los arreos y nos lanzamos a rienda suelta. A pesar de las ráfagas de nieve, los rusos acudieron ante la puerta; sus ojos relampagueaban ; pero, a espaldas de aquellos brutos, la bonita ucraniana nos envió, ruborizándose, un gracioso beso. Quedaba pagada, con creces la aventura.

Una hora más tarde habíamos alcanzado la tropa, siempre inmóvil en lo alto de la loma: el huracán tumbaba a los que intentaban dar un paso por la cumbre pelada. Nos amontonamos todos en la granja, contra los caballos, todos igualmente congelados. No había nada que hacer, sino esperar. La estepa era más fuerte que nosotros.

EspÉramos.

* * *

El viento amainó a la mañana siguiente y enviamos algunas patrullas por la carretera, cubierta por un metro de nieve.

Pero era ya imposible seguir estacionados allí.

Mientras formábamos nuestra columna para la salida, unos puntos grises motearon el horizonte; media hora después se nos presentó un extraño cortejo: nuestro comandante venía a nuestro encuentro, desde la víspera por la noche, empujando ante sí una columna de ciento ochenta rusos que, a palada limpia, le abrían un pasillo en el océano de la estepa. Veinte kilómetros recorrimos nosotros también de ese modo, rompiendo a bayonetazos los trozos de nieve que se formaban sin cesar sobre los zapatos; al crepúsculo, por un pasadizo de cuatro metros de profundidad, desembocamos en la localidad de Ekomiskoíé.

Pero no disfrutaríamos un instante de reposo: a media noche nos fueron anunciados trescientos cosacos. Otra vez en línea, en la nieve, al pie de un admirable molino que alargaba sus aspas negras en el claror de la luna. La estepa, blanca y azul, refulgía con todos sus cristales; millones de astros alumbraban la noche, corriendo suaves pieles temblorosas a través del cielo. Era tan hermoso que casi nos olvidamos del frío que atenazaba nuestros cuerpos. A mediodía, tras cubrir cuatro leguas, entramos en Grichino, víctima desde hacía varias semanas de un bombardeo sin precedentes de la aviación rusa, que no había dejado un cristal sano. Cosacos y siberianos merodeaban a las puertas de la ciudad, y, como se hiciesen con ella, uno de los grandes nudos de carretera y de ferrocarril del Donetz habríase perdido.

Hubo, pues, que apercibirse para un próximo encuentro.

Nos acantonaron en un aula de escuela, naturalmente sin cristales, con dos mantas delgadas para cubrirnos; en el termómetro, cuarenta bajo cero.

No es difícil imaginar cómo se descansa con semejante frío, en un edificio abierto por los cuatro costados. Nos fué imposible pegar un ojo; ni siquiera podíamos estar sentados.

Por otra parte, no nos quedó mucho tiempo para filosofar sobre nuestras desventuras; a la una de la madrugada formamos por compañías: ¡ la contraofensiva!

ROSA LUXEMBURG

En ciento cincuenta años, Rusia no había conocido invierno más crudo que aquel de 1941-1942.

Cierto número de unidades alemanas, acantonadas en sectores relativamente tranquilos, fueron adaptándose al frío espantoso y a la falta de prendas de pieles. Otras, al contrario, soportaron violentas embestidas, teniendo que contener las penetraciones enemigas ; desbordadas muy a menudo, resistiendo en islotes, lanzando heroicos contraataques durante semanas enteras, vivieron odiseas extraordinarias.

En el sector del Donetz, uno de los más agitados, los soviets arrojaron tropas magníficas,

penetrando profundamente. Costó esfuerzos indecibles frenarlos y luego rechazarlos. En pleno Donetz subsistió una bolsa soviética, liquidada tan sólo a fines de mayo de 1942, cuando la batalla de Karkov.

La tragedia culminó a mediados de febrero de 1942, al desplegarse los rusos hasta escasos kilómetros del Dniéper. Imponíase la necesidad de una contraofensiva alemana de feroz energía, y así fué.

El Alto Mando lanzó las tropas al asalto, con todos los medios a su disposición, no muchos por desgracia.

Así, el 3 de febrero partimos al combate en unos cuantos furgones arrastrados por un quitanieves; la nevada en efecto era tan espesa que hubiese demorado excesivamente nuestra marcha. En cuanto a la vía, opinaban que no había sido sabotada. Encaramados en los vagones de animales, partimos, pues, tras el enemigo.

* * *

Nos dieron, en calidad de víveres, un pan redondo que atamos como pudimos contra nuestra mochila o sobre el pecho. Todo cuanto poseíamos, más las armas y abundantes municiones, tuvimos que llevarlo al hombro, ya que ni caballos ni carretas, ni tampoco las cocinas, podían acompañarnos; únicamente saldría lo que cada uno podía cargar sobre el cuerpo; es decir, para un ametrallador como yo, una carga de cuarenta kilos, treinta de los cuales sólo para la ametralladora y las cajas de cartuchos.

El quitanieves tardó catorce horas en decidirse a partir y en recorrer luego veinte escasos kilómetros. En los coches, sin calefacción, con el piso desnudo como un guijarro, la helada apretaba cada vez más: ¡cuarenta y dos grados bajo cero, aquella mañana! ¡ Cuarenta y dos! Para no perecer de frío no teníamos más remedio que corretear sin descanso uno tras otro, dentro de los furgones.

Pronto nos hartamos de aquella ridícula zarabanda de horas y horas de la que, sin embargo, dependía nuestra vida. Uno de los camaradas, extenuado, renunció a la carrerilla y echóse en un rincón. Creímos que dormía. Fuimos a sacudirlo; estaba congelado. En la primera parada lo friccionamos con nieve de pies a cabeza durante más de cincuenta minutos. Entonces se reanimó algo, prorrumpiendo en un formidable mugido, como de vaca aplastada. Año y medio permaneció en el hospital, desdentado como un armadillo.

La locomotora hendía masas de nieve de más de dos metros de altura, verdadera muralla helada, infranqueable, que nos detuvo al fin. Los Bolcheviques patrullaban a tres kilómetros de aquel sitio.

Al apearnos en la estepa pensamos en verdad que allí nos moríamos todos: los torbellinos nos abofeteaban, nos tiraban al suelo ; oficiales y soldados rodaban por la nieve, algunos con la cara horriblemente jaspeada, violácea y con trazos sangrientos en los ojos. A mí la ametralladora y los centenares de cartuchos de mis cajas de municiones me inmovilizaban las manos, y se me heló una mejilla. A otros se les helaron las orejas, que parecerían gruesos albaricoques manando pus anaranjado.

Más desgraciados aun aquellos a quienes el frío atacó en los órganos sexuales. Era un sufrimiento inaguantable... Los pobres muchachos anduvieron durante toda la guerra de hospital en hospital, y para nada: aquella abominable tarde, la carne, espantosamente tumefacta, habíase calcinado hasta la entraña.

Surgió ante nosotros el pueblo por ocupar: era Rosa-Luxemburg, nombre de la famosa política judía de Berlín. A nuestra llegada, los rusos que, por lo visto tenían tanto frío como nosotros, recogieron velas sin pedirnos explicaciones. Sólo tuvimos un muerto, nuestro voluntario más joven, de dieciséis años, de una ráfaga de fusil ametrallador en pleno vientre. A las cinco nos apodÉramos de las primeras isbas, mientras un sol encarnado, prodigioso, aparecía a poniente para zozobrar en el acto en el remolino de la estepa.

* * *

Acampamos a la buena de Dios.

Mi grupo apiñóse en dos isbas, simples cabañas, habitada una de ellas por dos mujeres y siete crios, los cuales hacían sus necesidades en medio de la habitación ; las madres empujaban negligentemente las deyecciones contra la pared, luego seguían cogiendo de encima del horno puñados de semillas de girasol, que escupían incansablemente.

La mitad de la noche hubo de pasarse en la estepa, en los puestos de vigilancia; los rusos, en efecto, podían volver a atacar. Pero ¿qué habríamos hecho en tal caso? Las ametralladoras mismas estaban bloqueadas por el frío siempre de cuarenta bajo cero. No podíamos disparar una sola arma: nos quedaba sólo la lucha con el cuchillo y la granada.

A las seis de la mañana un alba esplendorosa se alzó, desgajando en el cielo oros, violetas, malvas, amarantos y blancos, con ribetes de plata pura. Contemplábamos el cielo en verdadero éxtasis, y yo arrojé con amor todo mi sufrimiento en aquella hoguera de colores que caían a raudales por la estepa desnuda. ¡Lo bello ante todo, fuese cual fuese su precio! Las luces más hermosas del mundo resplandecían sobre mí. Antaño había contemplado el cielo de Atenas ; pero mi emoción y mi alegría fueron aun más intensas ante la suntuosidad y la limpidez de aquel cielo ruso. Nariz, mejilla, ametralladora: todo estaba helado; pero mi sensibilidad se abrasaba entera. En el alba diáfana de Rosa-Luxemburg me sentí más feliz que Alcibíades contemplando en mar vinoso desde las terrazas de la Acrópolis.

Dos días más tarde, nuevo asalto hacia el Este.

Punzaba menos el frío. Un pus rojizo rezumaba de nuestras caras agrietadas por la helada.

La tropa avanzó a lo largo de dos colinas bastante alejadas una de otra desplegándose a usanza de los ejércitos de Luis XV. Era un agradable espectáculo. Los tanques, en vanguardia, aplastaban las posiciones de los Soviets, facilitando nuestra progresión.

Hicimos un alto en un pueblo tan sucio como los demás, pero habitado esta vez por una tribu de gitanos. Las mujeres, de pelo negro casi azul, con faldas harapientas, sentadas encima del horno de la isba, con las piernas cruzadas a la turca, chupaban en silencio grandes pipas, y escupían con convicción.

A la mañana siguiente llegamos al pueblo de Blagodach donde momentos antes concluyera un furioso combate de vanguardias. En las inmediaciones de un depósito de municiones soviético, que había recibido un impacto directo, yacía un cuerpo desnudo, degollado. Un agujero negruzco y resquebrajado hundióse en el sitio del cuello; la grasa de los muslos achicharrada se abría en largas hendiduras blancas.

Buscando la cabeza de aquel artillero vi de repente, pegada a una chapa de hierro, una máscara humana de verdadera pesadilla: la explosión había escalpado al desgraciado arrancándole la piel del rostro, los ojos y la parte anterior del cuero cabelludo, que el frío terrible congeló en el acto conservándole con exactitud forma y color: los ojos miraban, azules; el mechón de pelos rubios seguía ondeando. Era aquello de un realismo tan espantoso que entraban ganas de gritar.

A fin de desalojar a unos alemanes que habían logrado saltar con ametralladoras pesadas dentro de la aldea, los rusos habían vuelto por tres lados a un tiempo, lanzándose como chiquillos al asalto.

Al galope, erguidos sobre las monturas de aluminio y de mimbre de sus ágiles corceles habían cargado por un costado los cosacos maravillosos, de espléndidos uniformes azules y con cabezas de águila en la empuñadura de los sables. Todos, despiadadamente, habían sido barridos, hasta el último. Los caballos se desplomaron, con las patas delanteras dobladas como arcos, y los apuestos jinetes rodaron por la nieve o bien, unidos en la muerte a su cabalgadura, el frío los petrificó en su misma silla.

La infantería siberiana había atacado tan ingenuamente como los cosacos, lanzándose desde las otras dos colinas, por la estepa desnuda. Ni uno de los asaltantes logró arrimarse a más de treinta metros de las casas. Centenares de cadáveres siberianos estaban allí salpicando la nieve, todos equipados con magnificencia, vistiendo franelas gruesas, de fabricación americana, y otra prenda fina cubierta a su vez por un espeso uniforme de bayetón, una túnica y una hopalanda blanca.

De esa forma bien podían resistir el frío atroz.

Casi todos de raza amarilla, con pelos duros como cerdas de jabalí, quedaron momificados por la helada en el mismo instante de su caída. Uno de ellos mostraba el ojo empujado fuera de la órbita por la bala; cuajado instantáneamente, salía bajo la arcada de las cejas, largo como un dedo, y semejante a un espantoso instrumento de óptica; la pupila nos miraba con fijeza, como si el mongol no fuera cadáver. Con aquellos fríos de cuarenta grados, los ojos de los muertos conservaban una claridad extraordinaria.

* * *

La situación del pueblo era más que miserable.

Pasamos la noche con el ganado salvado de la matanza. En nuestra cuadra había, sin contar un ternero y gallinas, una docena de palomas que se arrullaban tiernamente, sin cuidarse de la ferocidad de los hombres.

Al despertar nos esperaba una sensación nueva: el deshielo, el deshielo total, el pueblo chapoteando en veinte centímetros de líquido. Pero el soldado combate con cualquier tiempo; partimos, pues, contra el enemigo entre los cadáveres que flotaban como barcas perdidas sobre el agua.

DESHIELO Y HELADA

Los deshielos rusos se efectúan con rapidez extraordinaria.

Cuarenta y dos grados bajo cero hacía a principios de febrero de 1942, y cuatro días después las pistas estaban ya convertidas en ríos de treinta centímetros de profundidad.

Escalamos afanosamente una cuesta atestada de cadáveres que de Blagodach salía rumbo al este, remolcando varios trineos hallados en las isbas; tiraban de ellos unos rocines que sorprendiéramos vagabundeando por la nieve de los campos. Sin arneses como estábamos, sin tiros, sin cabestros, no hubo más remedio que atar los animales con cables telefónicos, que se partían cien veces y que anudábamos sin parar.

Al pasar encontramos un trineo soviético cuyos animales y conductor fueron abatidos por la misma descarga: el soldado, rechoncho mongol de color castaño oscuro, tieso, miraba la carretera con unos ojazos desorbitados, junto a una damajuana verde, con veinte litros de zumo de tomate. Mongol y caballos estaban muertos, pero la damajuana seguía intacta.

Al apearnos fué menester forcejear en plena inundación. Los campos se derretían desaguándose por miles de canalitos en la pista; aquí y allí flotaban trozos de hielo: el agua glacial seguía subiendo, llegándonos a la rodilla.

Siguiendo la costumbre de pernoctar en algún caserío entramos esa noche en uno, compuesto en total de dos casas; ochenta voluntarios croatas, de pie, apretábanse en cada una de ellas, en la habitación única.

Dentro de aquellas conejeras humanas, no cabía un hombre más. Una masa idéntica de soldados, ateridos y en la imposibilidad de secarse, bullía en las dos pequeñas pocilgas.

No hubo más remedio que trepar por la rampa, del heno al hueco interpuesto entre el cielo raso y el techo de paja; en la línea divisoria, el espacio libre alcanzaba casi medio metro de altura. Pero era menester avanzar de viga en viga, so pena de descolgarse a través del adobe sobre la cabeza de los ochenta croatas. Más de cien hombres debimos introducirnos hasta los caballetes de la techumbre y colocarnos en fila india sobre los travesaños, en los dos oscuros agujeros, y, naturalmente, agachados o acurrucados. Posición extenuante, sobre todo con los pies ateridos en botas repletas de agua helada.

Desde por la mañana no habíamos echado en el estómago más que un zoquete de viejo pan militar; y eso, los más afortunados, que muchos no tenían siquiera un mendrugo.

* * *

A las nueve de la noche una linterna surgió del escotillón en lo alto de una escalerilla: «¡De pie,

nos vamos!».

¡Nos íbamos en plena noche, por las pistas anegadas, bajo un cielo negro que se confundía con el suelo!

Debíamos pisar los talones al enemigo en retirada y ocupar, antes del día, más hacia el este, un gran kolkose.

Sin distinguir ni al vecino íbamos adelantando en el agua, a ciegas. Lo peor era el hielo: una verdadera pista de patinaje se extendía bajo el agua y los hombres resbalaban a cada instante. Tocóme el turno a mí también y me espatarré hacia adelante abrazado a la ametralladora; luego me escurrí sobre los talones, cayendo hacia atrás y me bebí la carretera a tragos. Andábamos empapados hasta las orejas, bufando en una oscuridad tan densa y en un diluvio tal que cruzamos el río Samara (que se paseaba sobre los hielos con unos veinticinco metros de anchura) sin que uno solo de los soldados se enterase de que habíamos salvado una corriente de agua. Hacia la una y media de la madrugada desembocamos por fin en la entrada del kolkose, acogidos por una docena de caballos muertos sobre la nieve derretida; ni un rincón habitable, excepto tres cuadras reducidísimas y repletas de estiércol.

* * *

En una de ellas nos metimos cuarenta.

Los residuos de un viejo arcón de harina nos proporcionaron una hoguera, a cuya llama corrí a acercar, en la punta de un alambre, mis calzoncillos y mi camisa. Lo hice todo muy bien, luciendo mi acostumbrada torpeza: y así la ropa ardió en el acto, iluminando el establo que daba gloria varío. El percance no me costó más que seguir combatiendo hasta el fin de la ofensiva de invierno vestido únicamente con una chaqueta y un viejo pantalón raído.

El olor del estiércol nos sirvió de plato único hasta el día siguiente por la noche. El kolkose era siniestro; inspeccioné el talud que descendía hacia el Samara y me pareció distinguir un cuerpo en la nieve derretida; bajé y descubrí con horror a un joven alemán a quien rojos particularmente sádicos habían aserrado ambas piernas a la altura de la rodilla... El trabajo había sido realizado con una sierra de carnicero, indiscutiblemente por un entendido. El desgraciado formaba parte de una patrulla de reconocimiento desaparecida dos días antes. Veíase que después de la mutilación se había arrastrado aún unos quince metros, con la desesperada voluntad de los seres jóvenes que rehusan morir...

* * *

La helada reapareció tan bruscamente como se produjera el deshielo. En una noche, el termómetro marcó los veinte bajo cero y por la mañana siguiente, el Samara se nos presentó helado otra vez.

El camino, a lo largo del valle, se había convertido en una pista resbaladiza horrible: los cadáveres rusos que, dos días antes, flotaban sobre el agua, quedaron helados en el sitio mismo. Una mano, o una bota, o una cabeza emergían del cristal del hielo.

Los trineos iban eliminando gradualmente esos obstáculos, acepillando narices y mejillas, que se desmoronaban como serrín.

En pocos días quedó todo nivelado: al ras del hielo escarchado subsistieron sólo mitades de manos y de caras, como monstruosos peces contra los cristales de un acuario.

* * *

No bien encontramos el hielo lo bastante firme prosiguió el avance. Bajo la dura metralla de la aviación rusa, dimos, dos kilómetros más allá, con las proximidades del Samara. El andar era lento. Una escuadrilla soviética cayó entonces con encarnizamiento de avispa sobre nosotros.

Picaban, viraban, volvían. Un carromato de municiones averiado quedó atascado en medio de la pista, blanco descubierto que saltaría de un momento para otro; con unos camaradas me arrojé para despejarlo. Empujando estaba con toda mi alma para izarlo junto a un talud, cuando los aviones se nos echaron encima. En un movimiento de báscula el vehículo me pilló. No vi nada más. Media hora después me reanimé en una isba, distinguiendo como un torbellino de manchurroneos color malva, con vago aspecto de orquídeas.

Tenía dos fracturas en el pie izquierdo.

Comprendí que querían enviarme a un hospital y eso me reanimó por completo. Los sanitarios que me trajeron disponían de un trineo estrecho y un caballo; hice que me acostaran encima y por entre los muertos incrustados en el hielo lancé al animal en dirección este.

Una hora más tarde, junto a mis camaradas y acostado sobre tres tablones, penetré en Nowo-Andrieska. Los aviones rusos, que seguían hostigándonos nos hicieron un muerto y varios heridos. Pero por la noche la Legión «Vaionia» acampaba en el pueblo.

* * *

Había que ir más lejos.

Mi pie parecía una cabeza de choto negro. Un camarada halló en la nieve una de aquellas enormes botas de fieltro que los tanquistas ponían sobre el calzado ordinario ; era justamente una bota izquierda. Mi pie herido se encontró dentro a las mil maravillas. ¡Además otra vez con la Compañía, estirado en el trineo!

Por tercera vez cruzamos sobre el hielo el curso sinuoso del Samara. Los aviones soviéticos habían reanudado la caza. En plena travesía de la corriente helada bajaron hasta rozarnos, nos ametrallaron y soltaron tres bombas de gran calibre a tan corta distancia del suelo que a ninguna le dio tiempo de tomar la posición vertical y resbalaron entre nuestras piernas como tres perrazos grises.

Escalamos la orilla perdiendo algunos hombres.

Debíamos ocupar unos montes erguidos sobre el valle, pues dominar el altozano aquel era controlar la bajada del Samara. Hacia las once de la mañana, el 17 de febrero, pusimos el pie encima.

A ambos lados de extensos estanques de hielo un villorrio desperdigaba sus isbas.

En el momento mismo en que íbamos a alcanzarlo, los rusos abrieron sobre nosotros un fuego de artillería violentísimo.

Logró la tropa correr hasta las cabañas y resguardarse un poco. Sin poder dar un paso, disimulado en el fondo de la lastra oía yo rebotar los cascos de bombas contra las tablas de los costados. Un croata que corría con los brazos abiertos, vino a desplomarse encima de mí: en lugar de los ojos abríase un monstruoso agujero colorado, del tamaño de dos puños.

Tal fué nuestra entrada en la aldea de Gromovaja-Balka, donde, entre muertos y heridos, perderíamos la mitad de nuestros legionarios.

DÍAS DE INFIERNO

En Gromovaja-Balka lo mismo que en todas partes, no existía un frente continuo: a izquierda, un hueco de siete kilómetros; a derecha, a unos mil metros, las fuerzas amigas — unos SS— situadas en un poblado.

El grueso de las fuerzas rusas aguardaba a unos kilómetros al este, pero sus puestos avanzados vigilaban próximos a nosotros, dentro de unos almiarés de heno que enarcaban sus lomos en la estepa.

Colocado como estaba el pueblo de Gromovaja-Balka en una leve depresión, subimos a la cresta nuestras posiciones, no ya cavadas en el suelo, más duro que la piedra, sino formadas por bloques de nieve helada desbastados a hachazos.

Las posiciones de socorro las construimos detrás, cerca de las isbas, prefiriendo los voluntarios abrirlas en los estercoleros, de más fácil perforación. Consuelo imprevisto: en la operación desanidaron dos cajas de coñac francés, escondidas a toda prisa por los rusos en retirada.

Único alivio, por desgracia, aquél, pues los nuestros iban a pasar en Gromovaja-Balka días de infierno.

* * *

Como alojamiento disponíamos de dos o tres isbas por compañía, de las que casi todos los cristales habían saltado a nuestra llegada. Los bolcheviques, según su costumbre, había acabado con los animales. Sus cadáveres yacían dentro o en el umbral de las casuchas; un caballo, al morir, se había atravesado sobre una de las ventanitas de nuestra isba, tapándola en sus tres cuartas partes; otros dos caballos muertos estaban despatarrados en la cuadra.

Como el enemigo nos hostilizaba noche y día, la mitad de los efectivos tuvo que mantenerse constantemente en las posiciones de nieve; el frío impuso además a las compañías relevos en dos grupos, cada dos horas.

Durante aquellos diez días, pues, los soldados no pudieron dormir más de una hora y media seguida. Un cuarto de hora antes de la guardia era preciso despertarlos. A la vuelta se les iba otro cuarto de hora en instalarse de nuevo. Por lo demás, aun cuando más de la mitad de los hombres hubiese podido descansar a un tiempo, ¿cómo meterles en la única habitación de aquellos exiguísimos tugurios? Los veinticinco que bajaban de la guardia para descansar dos horas, no pudiendo ni alargarse en el suelo, se quedaban de pie o en cuclillas, entre el frío que se colaba sin cesar por las ventanas rotas, imposibles de obstruir completamente.

Yo, con el pie partido, no pude extenderme sino en una especie de banco de artesano empotrado en la pared, a un metro de altura, y desde aquella percha, arrecido, impotente, asistí día y noche al despertar y al retorno de mis infelices camaradas.

* * *

El abastecimiento escaseaba, pues los trineos tardaban de cuarenta a cincuenta horas en llegar. Si se aventuraban de día, la artillería enemiga seguía implacable sus manchas negras durante los últimos kilómetros. Si procuraban llegar de noche se extraviaban en la estepa, yendo a parar a uno u otro de los puestos soviéticos.

Se nos suministró lo indispensable para no desfallecer: pan, que partíamos a bayonetazos, latas de carne, congelada en la fábrica y recongelada estupendamente en las troikas.

La falta de sueño aniquilaba al soldado. El frío, en efecto, cansa atrozmente y exige una reacción del cuerpo entero; ahora bien, doce horas sobre veinticuatro, los hombres debían permanecer en pozos de hielo, con los pies sobre el hielo, sin moverse un metro, con el hielo como único punto de apoyo y en una temperatura de menos de veinte grados. El escaso sosiego de la isba no les permitía ni calentarse — por reinar en ella un frío casi tan intenso como fuera — ni recuperar las fuerzas, ya que no les era posible ni echarse, ni sentir un poco de despreocupación.

A cada instante, en efecto, caían granizadas de obuses, reventando las chozas y haciendo polvo lienzos enteros de tabiques.

En unos cuantos días, la artillería rusa nos envió varios millares de proyectiles. Algunas isbas ardieron; otras, alcanzadas en el techo, desparramaban su paja a veinte metros a la redonda. Muchos voluntarios murieron.

Una de nuestras ametralladoras pesadas recibió un impacto directo, saliendo despedida con el artillero, a cuatro metros de altura; aquél cayó intacto, con la empuñadura del arma en la mano; pero de sus dos compañeros quedó un picadillo informe.

Otra vez un obús se coló por la ventana de una isba donde descansaban unos treinta camaradas, haciendo una carnicería. En el hacinamiento de muertos y heridos que retiramos de la choza destripada, faltaba un soldado; pegados en el yeso descubrimos al día siguiente unos residuos de carne y hueso, en papilla: cuanto quedaba de nuestro pobre compañero. El obús le había dado en mitad del pecho.

El enemigo cortaba incesantemente nuestras líneas telefónicas.

Sobre los cuarenta muchachos encargados de asegurar las comunicaciones entre las compañías y el puesto de mando del batallón y entre el batallón y la división, ensañáronse desde el principio de la ofensiva dolores sin cuento. Cada noche, durante nuestros avance, por fríos de cuarenta grados, en medio de los ríos del deshielo, tenían que extender kilómetros y kilómetros de hilos de teléfono y volvían de la estepa con horribles quemaduras en las manos, en las mejillas, en las orejas, en la nariz.

En Gromovaja-Balka, los diez días y las diez noches los pasaron arrastrándose por el hielo y la nieve, bajo la metralla, a lo largo de sus malditos hilos, seccionados tres o cuatro veces por hora.

Ahora bien, era indispensable mantener las comunicaciones: los alambres eran las arterias del batallón. Muchos de nuestros telefonistas murieron por aquellos hilos.

Trabajaba con ellos un buen abuelo, cano ya, siempre el primero en el deber. A él también le dieron; antes de expirar halló fuerzas aún para sacar de su bolsillo una pequeña Biblia y recitar dos o tres líneas de un salmo...

La miseria extrema en que penábamos veíase agravada aún por otras calamidades más íntimas.

La mayoría estábamos cubiertos de misteriosas llagas llamadas por los soldados del Este «plagas rusas». Eran, en efecto, plagas del país. Innumerables escozores en los pies y en las pantorrillas delataban la aparición del mal.

Resultaba poco menos que imposible no rascar. Pero si uno empezaba a hacerlo, las complicaciones no se hacían esperar; llagas azules, irritantes como si estuviesen espolvoreadas con sal y pimienta, sangraban y supuraban. Era un espectáculo repugnante. Hubiera sido preciso no rascarse, pero los nervios se rompían de tanta tensión, y si durante el día se había tenido la energía necesaria para resistir a la mordedura del veneno, por la noche, entre sueños, las manos se iban inconscientemente a los pies, a las pantorrillas; las uñas hacían presa en aquellas manchas corrosivas, se hundían en ellas, sanguinolentas. Debíamos conservar las botas puestas para que no nos vencieran, dormidos, los terribles escozores.

Miles, decenas de miles de soldados del Este fueron evacuados del frente, víctimas de la tenacidad de aquellas heridas icorosas. En Gromovaja-Balka, algunos de los camaradas estaban roídos hasta el hueso. Las tres cuartas partes de la tropa, por lo menos, envolvían en infames harapos sus piernas sangrientas. Pero a pesar de las vendas, los agujeros violetas de las llagas, quemadas por sus ácidos secretos, atraían los dedos, atraían las uñas, de noche y de día.

* * *

Centenares de piojos nos devoraban.

Toda la ofensiva del Donetz la hicimos sin poder mudarnos de ropa. Cada una de las chozas miserables en que nos metíamos había recibido antes hordas de mongoles, de tártaros, de siberianos, cargados de parásitos. La convivencia de cuarenta, cincuenta hombres apiñados en semejantes condiciones nos entregó naturalmente a una plaga de liendres ávidas, despiadadas.

Muchos, agotados hasta la medula, no querían malgastar todavía una hora de su pobre sueño en cazas inútiles. ¿Que uno eliminaba sus piojos? Bien; el vecino no mataba los suyos y, al despertar, la mitad de sus inquilinos había emigrado al territorio fronterizo... ¿Y cómo organizar un espulgo general en aquel hacinamiento de cuerpos acurrucados, incapaces de estirarse o moverse?

Nos limitábamos a meter la mano bajo los brazos o entre las piernas extrayendo puñados de piojos asquerosos. Los había pequeños, vivos, blanquecinos; otros, largos, con cuerpos como dardos; otros, con un estómago rojo, gordo como una cabeza de alfiler.

Su color se adaptaba extraordinariamente al color de los uniformes.

Deleitábanse sobremanera con el contacto de las heridas, escabullándose numerosos bajo los vendajes. A lo largo de mi pie fajado, los sentía bullir incesantemente. Nada que hacer, sino dejarse comer vivo y crispas los nervios.

La agresividad soviética crecía de día en día.

Llevábamos ya una semana sin casi pegar un ojo. Aun cuando los hombres bajaban para sus dos horas de descanso en la isba, las granadas y los obuses llovían tan abundantes que todos debían arrojar al suelo, confundidos, esperando el súbito estallido de un obús en plena habitación.

Carecíamos de sótanos y de refugios.

A partir del 25 de febrero, al caer el día aparecieron los tanques soviéticos. Se aproximaban a

algunos centenares de metros de nosotros y hacían unos disparos, esfumándose luego en la sombra.

Nuestras patrullas se enzarzaron en sangrientos cuerpo a cuerpo con los puestos avanzados rusos, en los almiars.

Las tropas soviéticas ejecutaban un plan de elemental simplicidad: hacer saltar los obstáculos uno tras otro. Arremetieron primero con todas sus fuerzas contra la aldea ocupada por los SS a tres kilómetros al sur de nuestro punto de apoyo. De sucumbir aquel bastión, quedaríamos solos para defender la bajada hacia el Samara, objetivo contra el cual los soviets habían decidido concentrar todo su potencial disponible.

Los SS eran unos doscientos, de lo mejor. Nuestros mismos rompe-nucas que aseguraban el enlace con su puesto de mando quedábanse pasmados ante su flema. Ametrallados de casa en casa por los rusos atrincherados a treinta metros, aguantaban diez asaltos por día de un enemigo veinte veces más numeroso, inquebrantables, jugando a los naipes a cada momento de tregua.

Al cabo de una semana, sin embargo, ya no les quedó hacia el Oeste, sino un pasillo de unos cien metros. Las tres cuartas partes de aquellos héroes habían caído.

El 28 de febrero de 1942, a las cinco de la mañana, varios millares de rojos se abalanzaron sobre los cincuenta supervivientes. Durante una hora se acuchillaron salvajemente. Sólo un puñado de alemanes se libró de la matanza y los vimos acudir a nosotros a través de la nieve, seguidos de cerca por los bolcheviques. Llegaron para asistir a nuestra propia desgracia: no sólo, en efecto, su aldea acababa de sucumbir, sino que al mismo tiempo, la masa de las tropas soviéticas concentradas la víspera al este de Gromovaja-Balka lanzábase al asalto en dirección nuestra.

A las seis de la mañana, dos regimientos, cuatro mil hombres, apoyados por catorce tanques, cayeron sobre nosotros.

Éramos apenas quinientos, sin un solo blindado.

GBOMOVAJA-BALKA

Durante la noche entera nuestro batallón había estado alerta, pues las patrullas tenían señalados importantes movimientos enemigos. Sentíamos inminente el choque. El fin de la aldea de los SS nos había dejado aislados en medio de quince kilómetros de estepa y los soviets se tomarían seguramente el desquite, tratando por segunda vez de bajar al valle de donde escaparan quince días antes.

Nada escatimaron, en todo caso, para que su éxito fuese decisivo. Su artillería nos dominaba y acompañaba cualquiera de "nuestros movimientos en Gromovaja-Balka, apisonando la localidad misma. Nuestros soldados eran verdaderos espectros.

A media noche prodújose una alerta, la primera. Otra, a las seis de la mañana, empujó a la compañía a los puestos de combate. Casi en seguida una catarata de metralla se nos despeñó encima.

* * *

Acostado sobre mis dos tablas, en la isba, a cuarenta metros detrás de las casamatas de hielo, hacia el Este, seguía con ansiedad el estruendo de la batalla. De pronto empezó a chisporrotear el techo; la paja ardía.

Saltando a la pata coja, me asomé a la ventana: en filas compactas avanzaba una masa formidable de rusos.

Al principio pensé que eran voluntarios croatas, vestidos más o menos con los mismos capotes violáceos. Pero no: los obuses estallaban alrededor de ellos; la artillería alemana de refuerzo disparaba casi a quemarropa sobre aquellos millares de hombres.

Desembocaron de una torrentera corriendo hacia el centro del pueblo, para coger por detrás las posiciones de nuestras compañías. Habríase dicho que estaban de maniobras; su impasibilidad

era extraordinaria; sólo a unos cien metros de mi isba, la primera al noroeste, se desplegaron y entonces divisé los catorce tanques soviéticos que arremetían tras ellos.

Mi compañía, desbordada, retrocedió sobre la segunda isba.

No tenía un minuto que perder. En dos semanas mis meta-carpíos debían haberse soldado: rompí el almacén que envolvía el pie y apoyándome sobre el fusil salvé, renqueando, el terreno que me separaba de mi grupo de combate.

* * *

Ocupé mi puesto de ametrallador, olvidando el sufrimiento y soltando largos haces de fuego sobre el enemigo. Éramos unos diez, instalados a veinte metros ante la segunda casa; yo me metí entre dos caballazos muertos, duros como piedras, sobre los cuales las balas sonaban de modo extraño.

El enemigo se había desparramado de este a noroeste, frente por frente de las dos isbas del pueblo. Nos atacaba al tiempo que, del otro lado del estanque, asaltaba las casas defendidas por nuestros cantaradas de la segunda compañía-Habían éstos derrochado prodigios de valor para contener al enemigo, pero la avalancha acabó por sumergir los puestos avanzados. Sostenidos por unos oficiales sublimes, los hombres se hicieron matar en el terreno para retrasar el avance de la jauría. Rusos y asiáticos rebasaron las primeras casas al noroeste. Un degüello espantoso, en cuerpo a cuerpo, ensangrentó el lugar.

Alzóse entonces uno de nuestros viejos cantos rexitas; en aquella época de la guerra, la tropa seguía aún costumbres de otros tiempos y nuestros soldados cargaban cantando. Los supervivientes de la segunda compañía contraatacaron y contuvieron a los rusos. Su comandante había saltado adelante con una pistola ametralladora en las manos. Su compañía reapareció tras él junto a las primeras casas, llegando hasta las antiguas posiciones de nieve.

Pero cada uno de los hombres tenía que habérselas con un enjambre entero de rojos, y los tanques soviéticos por su parte aplastaban los focos de lucha. El comandante se pegó a la ametralladora y disparó hasta que los rusos estuvieron a unos pasos de él; una bala dióle entonces en lo alto del pecho y murió de cara sobre el arma...

Los bolcheviques se apoderaron de las primeras casuchas del noroeste. Vimos sus tanques, corriendo sobre nuestros heridos, pillarlos y triturarlos bajo las cadenas de hierro.

* * *

No era mucho más risueña nuestra situación.

Los rojos que ocupaban ahora los escombros humeantes de nuestra primera isba y rebasaban las dependencias, se pusieron a barrernos, desde el noroeste, con numerosas ametralladoras Maxim. Entre ellos y nosotros extendíase un hangar todo horadado: las tejas imbricadas del alero y las cobijas, arrancadas por los disparos, revoloteaban como juegos de naipes.

Las balas explosivas mutilaban espantosamente a nuestros hombres. En un memento dado, uno de mis camaradas se desmoronó contra mí; su cara no era más que un aro macabro: ojos, nariz, boca, mejillas, habían desaparecido, vaciados por la explosión.

Los rusos no sólo estaban frente a nosotros ; no sólo se habían metido en las casas a nuestra izquierda ; habían también alcanzado nuestras antiguas posiciones de nieve sobre las lomas del Oeste, dominando en absoluto desde allí todo el pueblo.

Nuestros soldados estaban incrustados en el terreno en pequeños grupos tremendamente activos, que no se dejaban barrer así como así. Con objeto de ahorrar municiones, luchábamos más que nada con el fusil; un bolchevique por disparo. Aquella gente avanzaba con una inconsciencia asnal. Un hermoso sol de oro habíase levantado sobre la nieve, a espaldas de los asaltantes ; instalados en nuestras antiguas posiciones de hielo, los rusos constituían de esa forma unos objetivos negros perfectamente recortados. Toda cabeza que se aventurase durante unos segundos por encima de nuestros antiguos fortines alojaba infaliblemente una bala.

Pero también nosotros sufríamos grandes pérdidas.

Al cabo de una hora, entre los cadáveres de los potros helados, verdaderos muros de protección, quedé solo de mi grupo. Las balas rebotaban por todas partes; una de ellas trazó en la

culata del fusil, junto a mi mejilla, una ranura de un dedo de largo. Los rusos me habían rebasado completamente a izquierda, y treinta por lo menos de ellos disparaban frente a mí. Fué entonces cuando sentí que por el pie bueno tiraban hacia atrás. Un joven cabo de mi pelotón, viéndome perdido, se había arrastrado hasta mí y me llevaba así sobre el vientre, como si remolcase un haz de leña.

Al cabo de veinte metros de ese imprevisto ejercicio llegué hasta el umbral de la cabana, donde estaba defendiéndose el resto de mi Compañía. Mi heroico salvador, por desgracia, tuvo menos suerte que yo: un puñado de cascotes de granada le rajó profundamente la planta de los pies y murió en medio de atroces dolores.

Eran quizá las nueve de la mañana. Los *panzers* soviéticos que habían invadido el sector operaban ahora a varios centenares de metros detrás de nosotros, practicando una monstruosa caza al hombre, rodando junto a las isbas, divirtiéndose en aplastar a nuestros camaradas, uno por uno, ya estuviesen muertos, heridos o sanos. Sentimos exactamente que a nuestra vez íbamos a ser rodeados y aplastados por aquellos mastodontes, tanto más cuanto que el sector sudeste estaba ya soportando el choque de las tropas soviéticas procedentes de la aldea donde sucumbieron los últimos focos de resistencia de los SS.

Constituíamos el blanco de un tiro infernal; el hielo se descostraba alrededor nuestro como un baile de florecillas. Nos resguardamos como pudimos detrás de los trineos de los campesinos o al ras de los antepechos de las ventanas.

Un antiguo combatiente de 1914-1918, llamado Steenbruggen, que había demostrado un encarnizamiento particular, se desplomó alcanzado por una bala en la nuca, levantó la mano derecha y gritó: «¡Adiós, camaradas! ¡Rex vencerá!». Lo creímos muerto. Un cuarto de hora después un cuerpo se levantó: «¡C...! ¡Si no he muerto!». Era nuestro veterano que se reanimaba. ¡Con la bala en la cabeza y todo, vivía! Pudo arrastrarse hasta el puesto de socorro. Nació con estrella, se libró.

Pero lo bueno acaba siempre pronto. Un carro armado soviético, decidido a ajustarnos de una vez las cuentas, viró hacia nosotros, salvó el estanque de hielo y arremetió como una flecha contra nuestra cabaña.

* * *

Cuando apuntó el cañón de a bordo, nos tiramos todos al suelo como un solo hombre. Tres obuses, disparados con perfecta puntería, volaron completamente la fachada. Una carga de escombros nos sepultaba. La paja ardía. Algunos hombres chorreaban sangre; uno tenía el brazo izquierdo cortado.

Por suerte, uno de los tres obuses abrió una brecha en la pared trasera de la habitación, a un metro de altura. Apuamos a los heridos y pasamos nosotros también por el agujero.

Para alcanzar la casa siguiente había que correr unos treinta metros. Los que lo hacían de un tirón eran cazados sin remedio. Para despistar al enemigo en su puntería era preciso correr a lo sumo cinco metros, luego tirarse al suelo, correr otros cuatro o cinco metros y a tierra de nuevo; el tirador ruso, fastidiado cada vez por esas fintas, buscaba entonces un blanco menos móvil.

Uno de nuestros jóvenes se había refugiado junto a un cuerpo tumbado, sin mirar nada ya en su espanto. De pronto, junto a los suyos, distinguió los ojos fijos, color azul gris, del muerto: era su padre, un buen sastre de Bruselas.

* * *

Nos instalamos en la isba vecina, mas ésta también se incendió, empezando por arriba. Entonces nos atrincheramos en el dintel de la casa, detrás de un talud de hielo, amarillo de orina helada.

Los tanques nos abrumaban; centenares de rusos disparaban casi a boca-jarro; el techo de la choza, derrumbado, ardía a nuestros pies como una antorcha enorme.

Los blindados habían completado casi su vuelta detrás de nosotros. Conscientes del valor de cada cartucho, sólo usábamos el fusil. El desenlace no podía tardar. Nuestro comandante de Compañía me puso la mano sobre la mía: «Si usted muere — me dijo, sencillamente—, no

sobreviviré». Ni él ni yo íbamos a morir. Lo que entonces ocurrió no lo comprendimos muy bien. Un trueno rugiente nos rozó las cabezas. ¡Tanques, isbas, racimos enteros de rusos, volaron por los aires!

¡Los «Stukas» del Reich!

Con una precisión extraordinaria daban de lleno en los carros armados soviéticos y aplastaban los grupos de asaltantes, estúpidamente apilados, como de costumbre. Huyeron los *panzers* a toda marcha, para evitar los tiros en picado, y, detrás de ellos, toda la infantería, corriendo como locos.

El jefe de nuestro batallón lanzó inmediatamente al contraataque las últimas fuerzas existentes, que como una marejada nos rebasaron vociferando. A mediodía, la Legión «Valonia» reocupaba enteramente Gromovaja-Balka, adueñándose incluso de las dos primeras isbas a ambos lados del estanque. Cuerpos rusos cubrían el terreno. Hicimos muchos prisioneros: mongoles feos como macacos, kirghisches y siberianos que, atónitos de haber sido repelidos con semejante furia, repetían sin parar: «¡Belgiski, karok ! ¡Belgiski. karok!» (¡Estupendos, los belgas!), y guiñaban sus ojillos amarillos.

Todos nuestros heridos, desgraciadamente, habían muerto triturados intencionadamente por los tanques o asesinados a bayonetazos.

* * *

Concluido su providencial asalto, los «Stukas» alemanes desaparecieron ; los rusos se reagruparon, sus tanques reanudaron el avance, y vuelta a empezar.

¿Qué hacer contra aquellos blindados? El puño antitanque, «panzerfaust», no existía aún por aquellas fechas. Carecíamos de cañones antitanques y ni siquiera teníamos minas.

Desde el comienzo del imposible combate, la 100ª División alemana de que tácticamente dependíamos nos prometió ayuda. Una columna de *panzers* enviada a Gromojava-Balka había quedado interceptada por una sección de tanques rusos, con quien llevaba varias horas luchando en la estepa; los refuerzos de infantería también habían sido bloqueados en la refriega.

Los nuestros, pues, tuvieron que aceptar otra vez el combate defensivo, de isba en isba, de granja en granja, de talud en talud, y, a las tres de la tarde verse arrinconados de nuevo en las últimas casas y en un cerezal, al sudeste de la aldea.

Dejarnos expulsar de aquel postrer reducto equivalía a caer en medio de la estepa lisa, sin un matorral, rodeada de leguas y leguas de espesa nieve.

Había que evitar semejante extremo. El jefe reunió los restos de todas las Compañías y, granada en mano, se arrojó delante de todos al asalto, lanzando nuestro viejo grito: «¡Rex vencerá !». La gente válida del batallón lo siguió, incluso los armeros, los cocineros, los enlaces, los conductores. Fué un cuerpo a cuerpo frenético. Nos apuñalábamos dentro mismo de las casas. Entre las hojas de las puertas, disparos de revólver a quemarropa saltaban en pedazos las cabezas. Faltos de municiones, los tanques rusos corrían a derecha e izquierda para pillar a nuestros soldados. En lo más duro del cuerpo a cuerpo, los infantes soviéticos, enloquecidos y agotados, comenzaron a flojear, a ceder terreno. Refuerzos alemanes de Infantería aparecieron en la nieve, al Oeste. La desbandada enemiga se generalizó. Por tercera vez tomamos el pueblo.

Los tanques rojos se divirtieron aún, durante cierto tiempo, en su caza al hombre. Pero nuestros *panzers*, vencedores del combate en la llanura, surgieron a su vez en el altozano y, media hora después, blindados e infantería rusos se habían eclipsado en las nieves azules del Nordeste.

Atardecía.

Éramos dueños de la situación.

Setecientos cadáveres rojos yacían en la nieve, en los hielos del estanque, cabe las ruinas de las casas. Nosotros hubimos de lamentar doscientos cincuenta camaradas, muertos o heridos, víctimas de aquellas doce horas de furor.

Una hora más tarde, los tanques alemanes partieron rumbo a otro sector amenazado, al tiempo que las isbas de Gromovaja-Blaka, puñados de cenizas y brasas, acababan de consumirse en el anochecer helado.

FRENTE DE HIELO

Sí, por la noche del 28 de febrero de 1942, los restos humeantes de Gromovaja-Blaka se encontraban en nuestras manos.

Pero hubo que rendirse a la evidencia: en el pueblo demolido y, lo que era peor aún, encajonado en lo hondo de un valle, con el enemigo en la vertiente oriental, al tanto de cualquiera de nuestros movimientos, la posición era insostenible.

Durante diez días largos habíamos martilleado, sin dejarnos cobrar alientos. Si pese a los asaltos de cuatro mil soldados soviéticos y de catorce tanques habíamos podido mantenernos en el pueblo, sólo fué porque andaba de por medio el honor de nuestro país. Todos nosotros preferíamos morir a no cumplir. Un patriotismo ardiente animaba a los nuestros: representantes de la Patria, por ella sola la mitad yacía ya en el frío de la muerte o en el tibio baño de la sangre. ¿Quién sino el orgullo nacional había permitido el milagro de los tres contraataques y de la reconquista?

Sin embargo, ¿para qué repetir en vano, al día siguiente, aquel combate? La cordura aconsejaba abandonar las ruinas y disponer la defensa en la vertiente oeste que también dominaba la depresión.

No nos diezmaría allí, a placer, un tiro de fácil precisión.

El jefe de la 100.^a División, general Sanne, ordenó, pues, que nuestro batallón pasara a aquella cresta a favor de la noche. Los puestos avanzados se mantuvieron hasta el último minuto, y los rusos no se dieron cuenta de nada. Al alba reanudaron un fuego infernal sobre las ruinas desocupadas de Gromovaja-Balka. Luego atacaron el vacío.

Tocó entonces a nuestra artillería el hacerles una vida tan imposible en el hueco de la aldea que tampoco ellos pudieron conservar allí sus efectivos; batidos sin tregua, optaron por retirarse a unos cientos de metros sobre la colina del Este.

Desde entonces, de loma a loma, nos miramos y ametrallamos. El pueblo no fué más que una, tierra de nadie, unas cuantas chimeneas ennegrecidas sobre los escombros de las isbas y la blancura del invierno.

* * *

Nuestras nuevas posiciones improvisadas en la estepa abríanse directamente en la nieve y en el hielo... y a treinta grados bajo cero.

Algunos tanques pesados alemanes, de vuelta, disparaban, jalonando chirriantes y amazotados cual baluartes medievales, la línea de la cumbre, mientras la artillería del Reich disponía sus piezas en la depresión de un valle al Oeste.

No disponíamos de una barraca: en hoyos de hielo, a la intemperie, sin ropas de invierno, los doscientos supervivientes tenían que arrostrar el empuje soviético.

Los obuses se desparramaban en todas direcciones; un depósito de municiones explotó. Traspasados por el frío hasta la última fibra, los nuestros, corroídos desde la noche anterior por la helada, daban diente con diente, como castañuelas. Y sobrevino otra noche, más áspera aún. No cabía en la cabeza que, en plena estepa, con fríos tan tremendos, unos hombres extenuados por un mes de batalla, pudiesen vivir inmóviles durante horas y horas, aniquilados por la temperatura.

El batallón, formado en cuadro, juró resistir hasta el fin. Evacuábamos sólo a los desmayados. Al día siguiente, al alborear, la Legión «Valonia» seguía en su puesto. Ni los rusos ni la helada habían podido con su tenacidad.

* * *

Para animarnos y resistir mejor, parangonábamos nuestros males con los de los ciento cincuenta de nuestros heridos transportados en trineo por la llanura. En Gromovaja-Balka había sido preciso aguardar la noche para evacuar a la mayoría de los camaradas, pues de día las ametralladoras soviéticas se cebaban en los convoyes sanitarios, negros y netos sobre el brillo de

la nieve, y muchos heridos habían sido alcanzados allí nuevamente.

Los trineos podían correr justo a siete kilómetros de nuestras posiciones, al pueblo de Nowo-Andriewska, descargar allí los sangrientos bultos y volver a toda prisa.

Para los primeros transportes utilizamos las escasísimas mantas que salváramos del incendio de las isbas. Luego hubo que limitarse al forraje seco o a la paja de las últimas casas del villorrio. Traqueteando por la nieve en la noche terrible, los infelices heridos, cubiertos con algunos trapos o un poco de paja o de heno, padecían lo indecible.

Como los médicos del puesto de Nowo-Andriewska no sabían dónde alojarlos, yacían por docenas en el suelo desnudo de las cabañas. El pueblo, además, era sólo una posta; los desgraciados tenían que ser evacuados nuevamente a cuarenta kilómetros de allí, a Grichino. La tempestad, aventando rabiosa la estepa blanca, había vuelto.

Los trineos tardaron hasta dos y tres días en llegar a Grichino, al hospital de sangre. Los heridos, vendados o entablillados someramente, ateridos de frío, con cascos de granada y balas en el cuerpo, sufrieron un martirio horroroso.

El hacinamiento de heridos en Grichino resultó inimaginable: once mil en cinco semanas. Antes de que se les quitara el apósito provisional, ennegrecido y duro como una chapa, algunos de los heridos graves tuvieron que esperar ciento veinte horas. La mayoría, desconocedores del alemán, se explicaban trabajosamente. Ni una palabra de aliento les pudo llegar en su congoja; el dolor del cuerpo y el del corazón lo apuraron hasta las heces. Muchos no pasaron de aquellos lazaretos, concluyendo su calvario en los amplios cementerios militares, bajo el casco de hierro y los colores negro, amarillo y rojo de la patria por quien tan denodadamente lucharan, tan hondamente padecieran...

El 2 de marzo de 1942, por la mañana, la Legión «Valonia» contaba con la tercera parte de sus efectivos. De los veintidós oficiales, quedaban dos; a uno de ellos lo evacuamos, poco después, con los nervios destrozados.

Aproximábanse unas fuerzas alemanas de relevo. Para que resistieran con menos incomodidad en el alto, barrido por la tormenta, los zapadores les cavaron refugios subterráneos. Sin embargo, pese a dichos refugios, el batallón que nos reemplazó perdió, helados, sólo en el mes de marzo, más del treinta por ciento de sus efectivos.

El relevo tuvo lugar a mediodía.

Bajaron nuestros muchachos, descarnados, hirsutos, con el orgullo en la mirada. Ya se comentaba, a lo largo del Donetz, el heroísmo de su actuación. El general de la 100.^a División acababa de concederles treinta y tres Cruces de Hierro, cifra extraordinaria en aquella época para un batallón. Y, honor más brillante aún, fueron citados especialmente en la Orden del Día de la Wehrmacht, en el Parte del Gran Cuartel General.

En Blagodacht nos instalaron en segunda línea.

Habían desaparecido de los campos de nieve los centenares de cadáveres de cosacos azules y de mongoles de blancas hopalandas, que, un mes antes, dejáramos atrás en la ofensiva.

Tuvimos casas, pobres, miserables, todo lo que se quiera, pero, al fin y al cabo, casas. Y ya no brincaban delante de nosotros, como gatos monteses, para el cuerpo a cuerpo terrible, las hordas asiáticas de minúsculos ojos relampagueantes.

Pero nos mirábamos y buscábamos... Los camaradas muertos, hermanos de sueños, iban y venían alrededor nuestro, oprimiendo nuestra alma. Cada uno había perdido amigos entrañables. Porque la Legión era una cohorte de hermanos donde todo nos unía. Asomado a aquel vacío, nuestro corazón sangraba...

Así mordimos en la gloria, como en un fruto frío y amargo.

III. LA BATALLA DE KARKOW

La batalla de Gromovaja-Balka señaló el último gran esfuerzo soviético en el Donetz, durante el invierno de 1941 a 1942.

Nuestra Legión, acantonada en Blagodacht, en reserva, aguardaba, lista para intervenir al menor peligro.

Pero nada amenazó seriamente el frente.

Por la noche estallaban violentos tiroteos de ametralladora; desde el dintel de las isbas contemplábamos los fuegos entrecruzados en la estepa. En realidad, el 28 de febrero los bolcheviques habían recibido el golpe de gracia en el sector, y su ofensiva de invierno, rechazada de veras, quedó frenada.

Tratábase, pues, de esperar la primavera.

Fuertes nevadas sumergieron todavía Blagodacht, alternando con nuevas heladas ; hubiérase dicho que teníamos invierno para siempre. Diez meses llevábamos en aquella blancura, que acabó por convertirse en una obsesión: la estepa blanca, los techos blancos; allá arriba, el cielo entoldándolo todo de blanco...

* * *

Devastado por los combates, el caserío era en extremo pobre. Dormíamos sobre tablas o paja en el mismo suelo, con el tímpano roto por los berridos de la lívida chiquillería. Aquella pobre gente vivía sólo de patatas con sal; las vacas habían muerto; la población había arrojado los caballos muertos, junto con quinientos cadáveres de soldados soviéticos, a una vasta cantera, de donde salían fuera cabezas humanas y pezuñas.

Para beber utilizábamos el agua del pozo lugareño. Un día, el cubo cayó y se hundió. Un soldado bajó una cuerda con un gancho para rastrillar el fondo del pozo, y el gancho se agarró a algo, al cubo, seguramente. Resultaba pesadísimo. Varios soldados tuvieron que echar una mano y finalmente, apareció en el brocal un horrible mongol patudo, medio putrefacto, cogido por el cinturón.

Durante varias semanas nos habíamos estado bebiendo a aquel mongol.

* * *

Las isbas no eran sino nidos de piojos. En la nuestra, alfombrada con una reserva de grano para la siembra, los bichos pululaban a tal punto que el grano bullía como un hervidero.

La mayor parte de los hombres se encontraban aquejados de la fiebre de piojos, o fiebre volhidiana, algo como una fiebre palúdica que nos dejaba postrados, con treinta y nueve grados de calentura por la noche y treinta y cinco o treinta y cinco y medio a lo sumo por la mañana. A la comida le tirábamos apenas unos pellizcos, debilitándonos paulatinamente; alrededor nuestro las cosas giraban ; no acertábamos ni a salir ni a trabajar.

La crisis, aun sin llegar a ser aguda duraba cinco o seis semanas, pasadas las cuales nos levantábamos hechos un trapo, con caras de jamelgos melancólicos.

Raramente queda uno curado en una sola vez; al igual que la malaria, la calentura de los piojos reaparecía de vez en cuando. Para combatir aquella enfermedad del país, nuestros médicos no disponían de medicina alguna, excepto la eterna aspirina, panacea de todos los ejércitos de la tierra.

Procuramos volver a las costumbres normales de higiene. Durante una hora acaparábamos el amasadero de la casa, parecido a una pequeña piragua chata, tallada a hachazos en un tronco; hacíamos derretir dentro medio metro cúbico de nieve y luego nos sentábamos en la minúscula y cómica embarcación, que al primer ademán brusco nos enviaba al suelo con la tina.

Los rusos no se lavaban el cuerpo en todo el invierno; sólo la cara, y de pintorescas maneras; llenábanse, por ejemplo, la boca de agua, expulsando el líquido en cuatro o cinco veces sobre las

manos, para luego pasárselo sobre las mejillas. Del mismo modo rociaban la cara de sus críos llorones.

Las sesiones de matanza de piojos constituían verdaderas ceremonias. Venía la vecina, se acurrucaba sobre el suelo, destrenzaba sus cabellos sobre las rodillas de la comadre y ésta pasaba una hora o dos extirpando legiones de bichitos con una lendrera de madera. Sentábase luego en el suelo y la otra, a su vez, cotorreando, le devolvía la cortesía.

En verano, las operaciones tenían lugar en los dinteles de las puertas: los piojos morían en común. Juicioso comunismo.

* * *

A medida que fueron restableciéndose nuestros heridos leves, pensóse en reformar las Compañías, pero con efectivos reducidos a la mitad.

De cabo que fuera durante la contraofensiva, había pasado, en medio de la batalla de Gromovaja-Balka, a ser suboficial; desde entonces vigilé el desmontaje de las ametralladoras y la calidad del rancho con tanta aplicación como si dirigiera una manifestación de cincuenta mil partidarios políticos. Me gustaba la vida de soldado, recta como un huso, sin contingencias mundanas, ni ambiciones, ni interés.

Meses llevaba ya sin la menor noticia de los jaleos de la plaza pública. El viperino hervidero de las rivalidades, de las susceptibilidades y de las indecencias del politiqueo me daban náuseas. Prefería mi isba sórdida a los palacios de los ministros; mi chaqueta raída de quinto, al confort sofocante de la mediocridad burguesa. Érame dado contemplar los ojos de mis soldados, lavados por el sacrificio; sentía subir hacia mí el don sano de su ideal, y por mi parte les daba cuanto ardía en mi corazón.

* * *

Solíamos recibir la visita de los camaradas alemanes; también íbamos nosotros a pasar la velada en sus refugios, donde discutíamos, horas y horas, los problemas de la postguerra.

¿Qué habría más allá de los muertos?

Las cuestiones de fronteras y las materiales nos interesaban a medias. El vivir en continua intimidad con la muerte nos había enseñado en grado superlativo la importancia de las fuerzas espirituales. Si el frente se mantenía, sólo y exclusivamente era debido a que en él existían almas, almas que creían, que se consumían, que irradiaban. Las victorias no eran sólo efecto de las armas, sino también de las virtudes.

Idéntico sería el problema de la postguerra.

No bastarían victorias económicas, ni reorganizaciones políticas. Impondríase la necesidad de una redención moral, purificadora de las manchas de nuestro tiempo y que devolviera a las almas la pasión del aire fresco y del servicio incondicional.

Revolución nacional, sí. Revolución social, sí. Revolución europea, sí. Pero ante todo revolución espiritual, mil veces más necesaria que el orden exterior, que la justicia exterior, que la fraternidad de palabra.

El mundo nacido de las matanzas y los odios de la guerra reclamaría ante todo corazones limpios, con fe en su misión y entregados a ella.

Nuestras discusiones se animaban como fuegos, a la luz de un rústico quinqué que subrayaba los rasgos de los rostros. ¡Rostros en verdad iluminados! Habíamos afrontado aquel invierno de sufrimientos para purificación de nuestros sueños, y nunca en nuestros corazones habíamos sentido tanta fuerza, tanta limpidez, tanta alegría.

Pudimos' antaño llevar una vida banal, mancillada por las abdicaciones de las necesidades cotidianas; mas el frente vino a devolvernos el gusto del desprendimiento. Vírgenes de cualquier rencor, de cualquier deseo, habíamos domado el cuerpo, matado las ambiciones, purificado y presentado nuestro don. No temíamos ya ni a la muerte.

* * *

La nieve duró mucho tiempo. El Jueves Santo cayó todavía, en copos enormes, durante horas

y horas.

Luego el aire se suavizó.

Espiábamos la estepa blanca, donde los tallos de los girasoles iban alargándose más y más. Las colinas revistieron claridades grises de postrimerías de invierno. El terreno surgía.

Los gorriones hacían mil diabluras en la paja. El sol apretó en la llanura, y el agua empezó a chorrear. Con hachas, martillos y azadones, los campesinos rompieron los treinta o cuarenta centímetros de hielo que aprisionaban las cabañas. Unos días de deshielo dejaron el caserío convertido en una inmensa cloaca. Los campos resbalaban como jarabe; para ir de una punta del pueblo a la otra debíamos montar a caballo y dar un amplio rodeo por las cimas. Algunos, más audaces, fabricaron unos acuaplanos y circulaban a través del Blagodacht, en traje de baño, arrastrados por muías. De isba a isba, sobre medio metro de barro, armamos unas pasarelas. El agua, alimentada por mil arroyos, bajaba de los cerros con ímpetu de río, se extendía sobre cuarenta o cincuenta metros de anchura, formando retumbantes cascadas. La primera carreta campesina que quiso pasar fué arrollada, y su conductora desapareció dando cien tumbos en la corriente.

* * *

Tras dos semanas de sol, pudimos ir, en lo alto de la cima, hasta las parvas del otoño anterior y acostarnos allí y sentirnos como nuevos, ofreciendo el torso desnudo a aquella ardiente vida primaveral.

Desapareció el hielo de los estanques del poblado: grandes carpas congeladas flotaban a granel cerca de las empalizadas de las presas.

Un día me fui galopando, muy lejos, hacia el oeste, donde el río hacía un recodo; un bosquecillo empezaba a engalanarse con verdes tiernos y amarillos. De pie sobre los estribos, aspiraba a bocanadas la primavera nueva, tan perfumada. ¡El sol había podido con el invierno!

Los caminos se secaron. El molino volteaba sobre un cielo del todo azul. Vino mayo. El 10 recibimos un pliego secreto: cambiábamos de sector aquella misma noche. Cerníanse inminentes grandes acontecimientos militares. Traqueteando, pues, y alegres como unas pascuas, abandonamos nuestras isbas, cantando la guerra, la gloria, la aventura y la cálida primavera, trasunto fiel de nuestro corazón.

EL CANTO DEL CUCLILLO

Nunca, durante el espantoso invierno de 1941-1942, la duda había rozado un instante la mente de un alemán o de un voluntario europeo del frente del Este.

Los sufrimientos fueron indecibles, mas la tropa sabía que las únicas causas de nuestros infortunios habían sido el cierzo desencadenado, la helada con sus cuarenta y dos grados bajo cero, la falta de equipos. Stalin no había tenido nada que ver en ello. Ahora, las líneas férreas comenzaban a funcionar como era debido; se habían reconstruido los puentes; la correspondencia llegaba rápidamente. Se nos distribuyeron incluso pieles, voluptuosas pieles femeninas y viejos pellejos de cabra de pastores bávaros, que recibimos en pleno deshielo, justo para divertirnos un rato con ellos y devolverlos.

Ninguna noticia grave turbó la primavera. América, en guerra desde diciembre de 1941, coleccionaba reveses. Los ingleses, incontestables campeones hasta entonces del reembarque, habían evacuado Hong-Kong y Singapur, batiendo los «records» de velocidad de las panteras y demás felinos de la jungla de Birmania. El ejército del frente oriental creía firmemente que ingleses y americanos, duramente golpeados en Asia, no significaban ya ningún peligro para el Reich. Mientras siguiesen encajando palizas en sus últimos refugios polinesios, Alemania asestaría tranquilamente a la U. E. S. S. el golpe de gracia.

¿Que Stalin había reaccionado?... ¿Que había recuperado terreno durante el invierno? Muy bien. Pero, durante el otoño precedente, los ejércitos del Reich habían progresado hacia el Este a galope tendido, alcanzando a veces sectores imposibles de defender y creando así, por

consiguiente, momentos de peligro. Pero, pese a la irregularidad de los avances, al frío y a los contratiempos, la situación se restableció precisamente en el mismo invierno, con magnífico vigor. En 1941, los rusos habían sufrido pérdidas enormes; su ofensiva invernal había resultado un fracaso, un fracaso innegable.

Ahora íbamos a caerles encima en el último «round». Para todos los combatientes del Este la lucha tenía un desenlace decidido de antemano.

* * *

Nunca había sido tan bello el Ejército alemán.

El Reich había realizado un esfuerzo prodigioso para reparar los daños del invierno y tener listas de nuevo las unidades. Los regimientos formaron con sus efectivos completos, añadiéndose además a las divisiones batallones de reserva con cada uno hasta mil quinientos soldados, a fin de colmar los huecos al compás de las necesidades de la nueva campaña,

Cada unidad rebosaba material flamante y armas perfectas. La alimentación era excelente. Daba verdadero gusto contemplar aquellas divisiones de quince o diecisiete mil magníficos mocetones, rectos y fuertes como árboles, encuadrados por oficiales o suboficiales como nunca los poseyó ejército alguno sobre la tierra.

¡Cuan presto olvidamos el invierno! Como no fuera de broma, ni lo mentábamos ya; cuanto más se sufre, efectivamente, en un momento dado de la vida, mayor placer se experimenta luego en contar las desgracias pasadas. Se trataba de sentar quién había tenido la nariz más helada, la isba más asquerosa, el pan más averiado, los piojos más antropófagos. Era un gusto; una vez metidos en esas discusiones, los hombres no paraban.

* * *

Un acontecimiento imprevisto y sensacional permitió al Mando alemán evidenciar una vez más su soberbia maestría. Los oficiales superiores alemanes poseían una ponderación y una calma de todo punto inigualables ; frente a los mapas del Estado Mayor, los generales se instalaban como campeones de ajedrez ante el tablero, sin prisas, reaccionando con sosiego.

El 10 y el 11 de mayo de 1942 el Mando del Reich había puesto en movimiento todas sus fuerzas del Donetz para atacar en dirección Este. Pero he aquí que, en pleno trájín de tropas, el mariscal Timochenko, en formidable avalancha, se lanzó él mismo a la ofensiva en la extremidad norte de nuestro sector y desembocó por debajo de Karkov, soltando centenares de miles de hombres hacia Poltava y el Dniéper.

La brecha fué profunda. Stalin publicó partes de victoria rimbombantes ; las radios de Londres y de Moscú pregonaron la inminente llegada de los rusos al Dniéper; y hasta nosotros llegaban fugitivos propagando rumores siniestros.

Sin más ni más, el Mando alemán se había dejado ganar por la mano por los soviets. Aguantó el contratiempo sin alterarse, sin una palabra inútil y, sobre todo, sin cejar en su propio plan de ofensiva. Exactamente como había previsto, prosiguió madurando sus proyectos. ¿Los rusos corrían?... Se les dejó correr cinco días y adentrarse en una excrecencia enorme cuyo centro radicaba en Poltava. Cada batallón alemán ocupó, mientras tanto, tranquilamente, sus posiciones. Ni una sola operación se adelantó en una hora.

* * *

Nuestra Legión no había sido completada aún con nuevos reclutas. No obstante, se les adjudicó un sector bastante extenso, justo en un gollete del frente del Donetz.

Bunkers y trincheras se hallaban en perfecto estado, excavadas en las cimas de altos cerros pelados que dominaban un valle, un río y una localidad llamada Jablenskaya. Jablenskaya formaba un desfiladero transformado por los rusos en retirada en un potente cerrojo. Su artillería cogía de enfilada todo el valle, y los obuses venían a dar bajo nuestras posiciones, como esferas en el fondo de un juego de bolos.

Por la noche, voluntarios de la Legión se escurrían, ágiles como comadreas, entre las minas diseminadas en nuestro sector, para huronear en el sector ruso. Su misión era escabullirse dentro del dispositivo enemigo, pasar un día en acecho, observando minuciosamente el ir y venir de los

rojos, el emplazamiento de sus nidos de ametralladoras y de su artillería.

Al amanecer inspeccionábamos con los gemelos las lomas soviéticas. De vez en cuando de un montón de paja salía una mano sacudiendo brevemente un pañuelo: alguno de los nuestros estaba camuflado dentro. Manteníamos entonces bajo el fuego de las ametralladoras todo el terreno circundante, para ayudar a aquellos valientes en caso de refriega gorda. Para esas operaciones se arriesgaban cada noche equipos compuestos cada uno de dos hombres. En la oscuridad sentíanse leves roces en el punto escogido para pasar; nos arrastrábamos al borde de nuestra red de minas y acogíamos a los exploradores, sanos y salvos, en posesión de datos precisos y de una serie de desopilantes historias para solaz de los camaradas.

* * *

El 16 de mayo por la noche llegaron las órdenes de asalto.

Ignorábamos a dónde nos conduciría el ataque. Los objetivos indicados correspondían, naturalmente, sólo a la labor del primer día ; en el ejército no hay por qué devanarse los sesos inútilmente ni tratar de ver más allá de lo inmediato. Para nosotros, la guerra, el 16 de mayo de 1942. era el gollete de Jablenskaya. La ofensiva se desencadenaría a las dos y cincuenta y cinco de la mañana. En nuestra ala izquierda, sobre la vertiente noroeste del río, los tanques alemanes acometerían en masa y pasado Jablenskaya descenderían al valle.

íbamos a comprometer sólo parte de nuestros voluntarios, encargados de dislocar, provocándolos de frente, a los defensores rusos de Jablenskaya, en un ataque de simple finta, pues una vez distraídas así las tropas soviéticas, los panzers alemanes desencadenarían sobre el flanco nordeste el asalto principal. El resto de nuestras fuerzas permanecería provisionalmente en las posiciones de la altura, en espera de los acontecimientos.

* * *

La noche del 16 al 17 de mayo resbaló gota a gota, en extraordinario silencio. A las dos y media de la mañana insinuáronse los primeros estremecimientos del alba. Miles de hombres listos para atacar contenían la respiración. Ni un disparo que quebrase la paz compañera de la aurora.

En la arista de las lomas fueron creciendo morosas claridades plateadas y verdes. De pronto, en arranques, breves, alegres, apasionados, un canto inesperado brotó. «¡Cu-cú! ¡Cu-cú!», cantaba un cuclillo. Para él solo, por encima del valle donde un instante después retumbaría el trueno y pasaría la muerte.

— ¡Cu-cú! ¡Cu-cú!

La voz enmudeció. Un estruendo de cadenas de tanques rodó hasta el firmamento... 17 de mayo de 1942. Las tres menos cinco. La ofensiva Donetsk-Karkov empezaba.

JABLENSKAYA

El comienzo de una ofensiva sume repentinamente en el estupor a miles de hombres, como si sobre ellos se desatara un huracán.

Por la mañana del 17 de mayo de 1942, las fuerzas soviéticas de la cuenca del Donetsk no esperaban nada. Borrachas de alegría por su ofensiva Karkov-Poltava, no se les ocurría que, cuanto más a Oeste corrieran sus divisiones, ¡más se adentraban en el desastre!

Ni un disparo había partido desde hacía tiempo del caserío de Jablenskaya, en el fondo del valle; un final de noche como otro cualquiera.

Pero no bien se esparció el ruido de los tanques alemanes, hileras de espaldas encorvadas se agitaron febrilmente en las trincheras de los fortines soviéticos.

El rodar de los panzers martilleaba los campos de la meseta ; en la frescura verde y anaranjada del alba ascendente sólo existió durante diez minutos el férreo estruendo de sus blindajes. Luego rugió la artillería, con centenares de piezas a la vez.

Desde las posiciones de la colina, asistíamos, estupefactos, a la caída de los obuses en la aldea rusa reventada, deshecha, cual si un gigante la estuviera destripando con un inmenso

azadón.

Fué entonces cuando nuestros hombres irrumpieron en el valle.

* * *

En lo hondo de los ribazos empinados y desnudos, el río arrimábase al lado enemigo y costeara campos tachonados de viejos almiarés. El gollete de penetración era muy angosto; luego, por espacio de unos mil quinientos metros, los campos se dilataban en ambas márgenes hasta las primeras casas de Jablenskaya, encaramadas en un espolón.

De acuerdo con el plan, nuestros voluntarios debían tan sólo inquietar al enemigo, distraer sus fuerzas, en tanto los tanques limpiaban las alturas. Pero nuestros muchachos eran impetuosos. Una vez lanzados en el valle, en vez de detenerse a tiempo, de disimularle en las quebradas y hostigar de lejos a los rusos, siguieron avanzando a paso de carga y recorrieron de un salto unos mil cien metros.

Admiramos su arrojo, pero la importancia de la posición enemiga nos decía la inminencia de la catástrofe.

Esta, en efecto, no tardó mucho. Torrentes de proyectiles se despeñaron de pronto sobre el pequeño llano por donde los nuestros corrían, aminorando apenas el ritmo de la carga, enredándose en las alambradas, pero sin cejar en la arremetida hacia Jablenskaya. Vimos el instante en que aquel puñado de hombres iba a llegar ya a las primeras casas.

En ese momento las explosiones arreciaron; altos manojos de tierra surgían por doquier; los nuestros iban cayendo en todos sentidos. Pronto casi todos los cuerpos yacieron inertes ; los creímos exterminados. Con los anteojos descubrimos sólo a algunos heridos acurrucándose tras un repliegue del terreno y tratando de desenrollar las vendas.

Ir en su ayuda hubiera sido imposible; un telón de obuses y de granadas, tan compacto que traspasarlo constituiría una falta imperdonable, habíase corrido ante la entrada del desfiladero.

Sin embargo, solos, magníficamente y con los medios a mano, nuestros soldados iban a salir de apuros.

Tardamos mucho en descubrir su estratagema.

Nuestros anteojos escudriñaban de parva en parva ; cuando volvimos a enfocarlas nos parecía que algunas no se encontraban ya en el mismo sitio que antes. Observamos, pues, una bastante tiempo: se movía, sí, no cabía duda; imperceptiblemente e indiscutiblemente se desplazaba.

Bajo el chaparrón de hierro, cierto número de nuestros hombres se habían arrojado detrás de los montones de paja, habíanse escabullido debajo y como tortugas enderezaban hacia el enemigo su furtiva progresión.

Espectáculo tan extraño como apasionante. Los rusos no podían estarse ametrallando indefinidamente el valle; a cada pausa de su tiro las parvas adelantaban unos metros, tan discretamente que sólo podían apreciar el resultado por medio de señas fijas.

Los soldados-tortuga andarían sin duda llamando en voz baja a los camaradas que, extendidos en plena estepa, se hacían los muertos. Llevaban algunos así una hora en la inmovilidad de bloques de piedra. Pero el montículo de heno se acercaba; un ligero deslizamiento... y el supuesto cadáver iba a juntarse bajo la hierba con sus camaradas.

Dado que los almiarés eran numerosísimos, resultaba casi imposible para los rusos adivinar cuáles protegían el avance de nuestros astutos compañeros. Al cabo de dos horas, la táctica logró un éxito completo: la mayoría de los hombres pudo, gracias al original camuflaje, alcanzar el pie de las pequeñas crestas, a cien metros del enemigo, y desde allí abasar con sus ametralladoras las instalaciones rusas.

Durante toda la mañana cumplirían así con su misión, más allá de toda esperanza, obligando a los rusos a mantener sus fuerzas en el gollete, mientras, a lo largo de la colina, los tanques amigos habían progresado ya varios kilómetros.

Detrás de los panzers avanzó la Infantería del Reich, deslizándose a lo largo del talud del Nordeste, con la prudencia admirable de las unidades alemanas, tan distinta de la impetuosidad de

los valones, impulsivos como cabras; al cabo de unas horas las verdes filas de la Wehrmacht habíanse extendido profundamente, y la situación de los rusos de Jablenskaya resultó desesperada.

* * *

Se defendieron con un coraje admirable. Nuestras ametralladoras batían sus parapetos; la artillería alemana, con precisión impecable, los inundaba de obuses, dando de lleno en sus bunkers; los refugios saltaban, las isbas se desmoronaban; los rojos, empero, volvían incansables, escabullándose en las ruinas, reorganizando sus posiciones. Carros armados soviéticos acudían veloces desde un pueblo retirado a tres kilómetros, pero la artillería alemana tenía bien encuadrados sus puntos de mira, volatizándolos sobre la pista. Y no obstante, pese a tanta destrucción, los refuerzos afluían sin cesar.

Entonces se produjo la intervención de los «Stukas» alemanes.

En los combates de invierno, la Aviación del Reich nos había secundado bastante poco, apareciendo en las situaciones extremas, y con pocos aparatos. Esta vez, más de sesenta «Stukas» giraban en el cielo deslumbrador. Exactamente sesenta y cuatro, para nuestro solo sector. Aquello era una grandiosidad; el cielo entero cantaba el poder de los hombres. Los aparatos se deslizaban uno tras otro; luego, como una masa de plomo, se descolgaban en el aullido de las sirenas, enderezándose en el último segundo, al par que un geyser de tierra, de hombres, de techos destrozados se elevaba a diez metros de altura. En orden impecable volvían, viraban, reanudaban la zambullida.

En cuanto los «Stukas» restablecían la posición, los rusos, con heroica tenacidad, se revolvían en las ruinas, agachándose, acurrucándose en otro agujero, y reanudaban el tiro.

* * *

Aquella inaudita resistencia terminó a las tres de la tarde.

Los tanques, seguidos por la Infantería, bajaron por detrás de la localidad de Jablenskaya. Entonces nuestros soldados saltaron fuera de los haces de paja, queriendo para sí el honor de entrar los primeros en la localidad incendiada; se echaron a través del río, escalaron una rampa y cayeron sobre las últimas posiciones rusas.

Una de nuestras Compañías, partiendo al mismo tiempo de nuestras posiciones de espera, se apoderó de un pueblo lindante con Jablenskaya, del otro lado del agua.

El valle quedaba abierto.

No había que dejarle un momento de respiro al enemigo.

El destino de Jablenskaya había amedrentado seguramente la retaguardia soviética, y el Mando alemán pretendía aprovechar en el acto la situación. A las ocho de la noche comenzó el segundo salto hacia adelante.

Entre las llamaradas de grandes henares que iluminaban los montes, millares de hombres nos introdujimos en los campos de minas de los rojos, arrastrándonos casi continuamente, porque los incendios destacaban las siluetas. De vez en cuando, un soldado tropezaba con un explosivo y salía volando en pedazos; en el valle, los caballos de la artillería saltaban, cuatro o seis a un tiempo, con su cañón. Pero había que seguir adelante, llegar antes del alba a una nueva línea de alturas, a ocho kilómetros más hacia el Este.

La alcanzamos a las cuatro de la mañana; allí nos aguardaba una sorpresa deslumbradora. La víspera, el calor, había subido bruscamente a más de cuarenta grados sobre cero, y en una sola noche centenares de cerezos habían echado sus flores en las oquedades del valle.

Así, hendiendo un mar de pétalos blancos y frescos, nos abalanzamos sobre el enemigo.

CINCUENTA GRADOS

La batalla de Jablenskaya había constituido un elemento de la de Karkow. En el recodo entero del Donetz las fuerzas soviéticas fueron desalojadas, barridas y aplastadas del mismo modo que

en el fondo de nuestro sector. Los tanques y los «Stukas» habían roto por todas partes el frente estabilizado desde principios de marzo; las oleadas de asalto dejaron atrás las fortificaciones rojas. ¿A dónde y cómo se agarrarían los soviets? De hecho, en toda la cuenca del Donetz se batían en retirada: el 18 de mayo de 1942, cuando nuestra zambullida matinal en el valle, habíamos tropezado tan sólo con sus retaguardias y con los rezagados. Era preciso irle a los alcances al enemigo; el Mando nos lanzó a toda marcha por la estepa polvorienta.

* * *

Hizo un sol achicharrante, más aún que la víspera.

Caminábamos alegres dentro de una nube de polvo de tres o cuatro metros de altura, adelantándonos a infinitud de mujeres y niños fugitivos, campesinas de pañuelos rojos o azules, chiquillos descalzos, vacas tirando del ternero fuertemente trabado para que no se pusiera a retozar. En las carretas livianas se apilaban sus pobres riquezas: una o dos fanegas de trigo, la amasadera de madera, las colchas escarlatas, el cubo del pozo. A las muchachas de mejor tipo les guiñábamos el ojo; la columna deducía de ello que no éramos unos antropófagos, y se detenía; la encaminábamos entonces en sentido opuesto, hacia los pueblos conquistados, mientras los chotos brincaban cómicamente atados al rabo de la madre...

Veinte kilómetros hicimos así, a todo correr, cubiertos de polvo, lamiéndonos los labios, que brillaban, rosados, en nuestras caras de negros.

Una nube más elevada que la nuestra se alzó en la pista. ¡La Caballería... como en las guerras de antaño! Los soviets tenían en el Donetz varias divisiones de cosacos magníficos. La Caballería alemana se nos adelantó al galope, persiguiéndolos.

* * *

¡Vibrantes días de primavera, aquéllos!

Parábamos en pueblos penetrados de aromas; el capellán nos distribuía la comunión bajo millones de flores de guindo atravesadas por los rayos del sol. En ese mismo Donetz, donde en febrero aguantáramos cuarenta y dos bajo cero, conocimos hasta cincuenta y cinco grados sobre cero; una diferencia de casi cien grados, y los mismos uniformes exactamente.

Bajo el follaje naciente brillaban las granjas. Todo era bello: la paja gris y rubia, los postigos azules, verdes, rojos, con palomas y flores silvestres esculpidas en los marcos de madera. Los cerdos correteaban, negros y rosados. Las mujeres abrían ojos felices, felices de no tener más miedo, felices de ver tanto muchacho...

Al entrar en las aldeas nos quedábamos en pantalones cortos para estirar al sol nuestros miembros pálidos. El agua de los ríos seguía helada, pero por el gusto de sentir nuestra vida más fuerte que el invierno vencido, nos tirábamos de cabeza; luego, con las espaldas bien pegadas al suelo, brazos y piernas abiertos, bebíamos el calor y nos tostábamos, repletos de savia nueva. Casi desnudos hemos galopado sobre nuestros caballos en una borrachera de viento, de juventud, de pujanza, ebrios de dominar con nuestros ojos ardientes la ardiente estepa.

En las gargantas sombrías de los valles blanqueaban aún trozos de nieve; pero las aspas de los molinos giraban en el cielo añil, cantaba la curruca, masticábamos pétalos de cerezos, y el enemigo seguía huyendo.

* * *

Alcanzamos unas selvas.

La batalla había sido dura en el umbral de aquellos bosques denonadamente defendidos; pudríanse en las pistas numerosos cadáveres de rojos, pilas de tártaros y mongoles, rezumando larvas amarillentas por todos los orificios. En el avance topamos también con un campamento soviético abandonado.

Estaba admirablemente dispuesto, camuflado bajo los árboles, dividido en callejuelas de chozas redondas y puntiagudas, al estilo de los lapones. La entrada de los refugios, en los cuales los rojos dormían en cubetas de hojas secas, era minúscula. Allí dentro, el invierno habría resultado sin duda más llevadero que en nuestras isbas agujereadas y sin cristales. Particularmente ingeniosas y sencillas nos parecieron las instalaciones para los caballos. Un auténtico campo de

tribu siberiana. La horda conocía mejor que nosotros el medio de resistir a poca costa a aquel invierno mortal.

Lo que en Rusia estaba decidiéndose era la lucha del bárbaro y del civilizado; el bárbaro, que se abarraca en cualquier sitio, como cualquier cosa ; el hombre civilizado, esclavo de sus 4 costumbres, de su necesidad de confort, de su ignorancia de la Naturaleza. Un nido de hojas le bastaba al tártaro, al samoyedo, al mongol. Pero nosotros, ¿cómo hubiéramos podido privarnos de esos cepillos de dientes que tardaban dos meses en llegar?

El material complicado, los equipajes, el farrago de la civilización, tenían que ser infaliblemente vencidos. Y el hombre que descansaba en la hojarasca tras millares de kilómetros recorridos sin necesidades, vencedor en la pugna del salvaje contra el civilizado, acabaría por desfilar, risueño y peludo, bajo la cuadriga gloriosa del Unter den Linden...

* * *

Plantamos nuestras tiendecillas verdes en una región del bosque en que abundaban menos los cadáveres.

Refrescó el tiempo, tornándose lluvioso, y bajo la lona mojada empezamos a tiritar.

La guerra devolvió a la selva su aspecto de jungla. Muchos caballos, ahuyentados por el azar de los combates, habían retornado a la vida salvaje, lejos de los hombres y las isbas, en la sombra de los boscajes.

Nuestros hombres, metamorfoseados en cow-boys, los acechaban al borde de los estanques negros, a veces con éxito, y volvían, triunfantes, con unos animales piafadores, de ojo altivo y encolerizado.

A veces traían una yegua. Desde nuestras tiendas veíamos luego, a través del follaje, un hociquito tembloroso: un potrillo, de ocho días quizá, trémulo sobre sus largas patas, en busca de la madre.

Adoptamos a muchos de ellos y no fué menester atarlos; trotaban a pasitos menudos y jugueteaban a lo largo de la columna, paseando la cabecilla nerviosa y los ojos tiernos y vivarachos. En la parada estiraban su largo cuello bajo el vientre de la madre, mamando despacio; luego nos miraban, traviesos, relamiéndose, como si dijeran: «¡Vaya, qué cosa más rica!».

Pero aquel oficio de cow-boy resultó peligroso; nuestra selva disimulaba también en los oscuros matorrales soldados soviéticos que habían observado nuestras mañas y venían a agazaparse junto a los estanques. Varios hombres murieron o resultaron heridos, y muy a pesar nuestro, hubo que renunciar a la incipiente vocación de domadores de potros.

Tratábase de domar a los soviets.

La marcha reanudóse, una noche, por senderos gredosos, blancos y húmedos. El torno se estrechaba; las divisiones de bolcheviques arrinconadas en Poltava habían refluído hacia el Este, estrellándose en vano forcejeo contra las murallas de hierro de la Wehrmacht.

El Mando alemán, temeroso de una salida desesperada en dirección de Isjum, ciudad santa sobre el Donetz, nos colocó allí como barrera, y para poder desplazarlos más rápidamente en todo el sector, recibimos camiones.

Pero las tropas soviéticas quedaban cercadas sólidamente. Muy pocos hombres se arriesgaron a pasar, y todos cayeron. Las divisiones de Timochenko, aniquiladas, se fueron rindiendo una tras otra.

Nosotros teníamos delante dos divisiones rusas de Caballería. Los cosacos sienten mucho cariño por sus animales, caballitos nerviosos, medio salvajes, de ojo avispado, husmeando siempre los olores de la estepa seca; no quisieron que ellos figuraran en el botín del vencedor. Hiciéronlos avanzar a millares en un valle y cada hombre mató a su compañero de correrías: finalmente, más de doce mil cadáveres de caballos se acumularon unos sobre otros.

Sólo entonces se rindieron los cosacos.

El hedor de las doce mil carroñas hízose pronto tan tremendo que no podía uno acercarse a aquel matadero a tres kilómetros a la redonda.

Había concluido la batalla.

Las campesinas volvieron a los campos, bellos campos, negros, calientes. Plantaban el maíz con la mano, hundiendo los granos uno por uno en el suelo. A veces se detenían, entonando en coro canciones ardientes, palpitantes y melancólicas.

De Bélgica llegaron nuestros reclutas, centenares de muchachitos que admiraban, curiosos y risueños, las aldeas caldeadas por el sol, las isbas desvives colores, las mujeres robustas, sencillas, chillonas como criaturas.

Toda la mugre de Rusia pintada de primavera.

Acabamos de rastrear los últimos abedulares ocupados por fugitivos; luego, una noche, bajo un diluvio, subimos hacia las márgenes verdes del Donetz.

A ORILLAS DEL DONETZ

Las tormentas rusas tienen algo de apocalíptico.

Mayo y junio son ardientes; la tierra se atiborra de calor; más al cabo de tres días el cielo se resquebraja, se parte y en un cuarto de hora transforma campos y pistas en estanques y pantanos negros.

Una gran ofensiva en aquella época es irrealizable.

En julio, agosto y septiembre, las tormentas son menos frecuentes ; de tres en tres semanas. Entonces sí se puede partir, a condición empero de detenerse en cuanto se desencadena el huracán.

La batalla de Karkov en mayo de 1942, muy rápida, arrojó el enemigo al valle del Donetz, desde el este de Karkov hasta Isjum, línea en que aguardaríamos los meses secos.

A fines de mayo, pues, nos trasladamos al río mismo.

Pasamos media noche luchando con el barro en el camino que llevaba a las colinas de la margen derecha; la tropa se extraviaba en los bosques sumergidos; ni un carro de municiones pudo seguir; las patas de los animales se quedaban pegadas en el cieno como si fuera cola.

Hacia la una de la madrugada pisamos la cima de los montes desde los cuales bajaríamos hasta las orillas del Donetz.

Para alcanzar las posiciones, las compañías tenían que seguir un pequeño sendero forestal que zigzagueaba durante tres kilómetros subiendo y bajando. No se veía ni pizca. Pura guiarse, cada uno apretaba preciosamente un hilo de teléfono, verdadero hilo de Ariadna en la sombra.

* * *

Nuestras posiciones extendieron sobre siete kilómetros, más arriba de la ciudad de Isjum, cuyas cúpulas brillaban lisas al pie de las altas riberas blanquecinas.

Colinas de laderas muy pendientes, cubiertas de bosque, atravesadas por claros y corta-fuegos de cincuenta metros de ancho camuflaban el ala izquierda de nuestro sector. Franquear esos terrenos descubiertos, barridos por el tiro de los rojos, resultaba de día poco menos que irrealizable.

Nuestros agujeros daban al río gris y verde que se deslizaba sin cuidados entre las orillas de arena blanca. Carros volcados, material de propaganda y bolsas de correo rusos atestaban el bosque, el ribazo y una veredilla que conducía allí. Las cartas, plegadas en triángulo y garabateadas torpemente con lápiz de anilina, terminaban casi todas con consejos piadosos e invocaciones a la protección divina.

Ese correo militar nos mostró — y todo en Rusia europea lo probaba — que si bien el campesino había sufrido el comunismo, en modo alguno lo había asimilado intelectualmente. Los agricultores ingenuos y primitivos escribían exactamente las mismas cartas que en tiempo de los popes y del zar, bendiciendo a su familia, hablando del pueblo y de la isba. Ni uno mentaba el nombre de Stalin.

Rebaños desgraciados empujados por los politruks, ni siquiera sabían por quién luchaban; no pensaban sino en volver a su casa. Sólo el puño de hierro de la *maffia* policiaca de Moscú, el terrorismo bestial ejercido por sus sicarios en el frente, mantuvieron en las filas a aquellos mujicks, sumergiéndolos en ríos de asiáticos casi salvajes, y arrojaron varios millones de ellos a la muerte, envenenando luego políticamente a los supervivientes.

En 1942, los campesinos rusos eran todavía los campesinos de 1912.

* * *

Cadáveres de hombres y de caballos pudriéndose al sol salpicaban la arenilla de la ribera. Los caballos tendían los arcos calados de sus costillares grisáceos. Hediondos roedores trepaban y se escabullían en el vientre de los soldados muertos; a veces los cuerpos ennegrecidos se movían como si vivieran aún. Por la noche, los animales aquellos organizaban una siniestra zarabanda.

Los rusos espiaban a un tiro de ballesta del agua; la orilla izquierda del Donetz, muy chata, ostentaba espesas arboledas donde aparecían y desaparecían las cabezas rusas. La menor imprudencia, en ellos y en nosotros, costaba la vida: una llamarada larga de una descarga a través de las hojas verdes y un hombre caía de bruces; al entreabrir su guerrera aparecían manchones de sangre a medio coagular. Era demasiado tarde.

Las ramas pendientes de los árboles acariciaban el río en su majestuoso descender; corriente de vida solemne y clara, el agua lustrosa resplandecía.

Zumbaban en el bosque feroces insectos. Para protección de la cara, nos distribuyeron pequeños mosquiteros verdes, más los bichos nos picaban lo mismo con rabiosa avidez. Cada mañana amanecíamos desfigurados por docenas de hinchazones.

Dentro del bosque obraba el encanto de millones de florecillas blancas de fresas silvestres. Nubes de mariposas azules, de un azul delicado y suavísimo, dormían en lo alto de las hierbas de los claros. La primavera desparramaba así su gentileza y su poesía mientras a nuestros pies las ratas voraces pululaban en las entrañas podridas de los cadáveres soviéticos.

* * *

Teníamos unos vecinos tumultuosos: los rumanos. Los oficiales, con sus quepis como tartas, venían a vernos de vez en cuando, hablando casi todos un francés ceceante y musical.

Sus soldados armaban un zafarrancho de mil demonios; más de veinte mil en nuestra ala izquierda tiroteaban sin parar. ¡Y eso que estábamos a la defensiva! Aquel fuego incesante nos aburría a nosotros, estimulaba a los rusos y acarreaba reacciones inútiles. En una sola noche, los rumanos gastaban tantos cartuchos como el resto del sector en dos semanas. Aquello no era ya la guerra, sino un festival nocturno.

¡Ojalá las legiones de Europa se hubieran compuesto exclusivamente de voluntarios! Noruegos, suecos, daneses, holandeses, flamencos, valones, franceses o españoles, todos ellos se batieron magníficamente hasta el último día. Las participaciones forzosas, al contrario, provocaron desastres. La propaganda soviética tenía minados a miles de soldados rumanos. Resultó clarísimo cuando la tragedia de Stalingrado: fué contra ellos y contra los italianos — llegados igualmente sin entusiasmo — contra quienes Stalin lanzó hábilmente su ofensiva, en noviembre de 1942. Y los deshizo.

Desde junio de **1941**, los soldados rumanos habían realizado hazañas incontestables: liberación de Besarabia, y conquista de Odessa; luchas gloriosas en Crimea y en el Donetz. Pero eran de una naturaleza salvaje y asesinaban a los prisioneros, suscitando así represalias que recaían sobre todos. Aquellas matanzas no sólo eran una salvajada; eran una estupidez.

Muchos rusos hastiados de comunismo y desmoralizados por un año de fracasos estaban encantados de rendirse. Desde nuestros puestos de escucha, por la noche, los oíamos apartar el ramaje del otro lado del Donetz ; conteníamos la respiración ; sonaba el chapoteo del cuerpo dentro del agua ; el hombre se aproximaba. Murmurábamos: «¡Suda! ¡Suda!» (¡Ven! ¡Ven !). Y el ruso surgía casi en cueros. Lo llevábamos a calentarse, le dábamos un cigarrillo y recobraba la mirada dichosa del animal tranquilizado. Una hora después nos había contado con todos sus pelos y señales cuanto ocurría del otro lado. Y se encaminaba a retaguardia, con los del abastecimiento, contento como unas pascuas de haber acabado con la guerra y con el bolchevismo.

Una noche pescamos a un muchachote que, para abordarnos con mayor facilidad, no llevaba puesto más que el pantalón. Entre los dientes apretaba uno de aquellos «passierscheinen» que la aviación alemana tiraba a montones sobre las líneas rusas, breves salvoconductos que garantizaban la vida del tránsfuga y engolosinaban a los mujicks provocando miles de deserciones.

El fugitivo de aquella noche tenía una cara muy despierta y ojos brillantes.

Pero no atinábamos a hacernos comprender de él. Cada uno sacó a relucir las cuatro palabras que sabía de ruso. Como si nada. Por fin, harto ya, uno de nosotros soltó un «M...» retumbante.

— [Pero, vaya! ¿Son franceses ustedes? — exclamó el ruso, con un acento parisino incomparable.

Era intérprete de la Agencia Intourist y había vivido varios años en Montmartre. La exclamación «M...» lo transportó súbitamente a las cumbres del lirismo. Estaba en la gloria. El piojerío soviético le tenía asqueado y nos contó mil historias sabrosísimas sobre los de enfrente. Le entregamos una camisa y un par de zapatos. Silbaba. Partió a su vez, con los bidones vacíos de los cocineros, hacia el puesto de mando del general.

* * *

Desgraciadamente, los rumanos, a pesar de nuestras suplicas, siguieron asesinando a todos los rusos que se presentaban a ellos. Los desdichados que chapoteaban en el agua, con los brazos en alto, caían acribillados antes de poner el pie en seco. Y si lograban pasar entre las descargas, eran fusilados por la mañana, entre risotadas. Los asesinos danubianos tiraban al agua los cuerpos perforados a balazos, que seguían lúgubrementemente la corriente del Donetz.

Agazapados tras las ramas, los rusos que veían pasar aquellos bultos macabros, perdieron por completo en pocos días el gusto de atravesar el río. Se volvieron rabiosos, enconados, sedientos de venganza. Desde luego íbamos a pasar semanas bastante animadas.

SANGRE Y TRAMPAS

Nuestras posiciones del bosque, en junio de 1942, estaban relativamente bien camufladas ; con un poco de prudencia podíamos desplazarnos tras los árboles. Las balas, sin embargo, silbaban al azar, aplastándose contra una encina o metiéndosele en el cuerpo al infeliz soldado que se sentase un instante en el dintel de la chavola.

Por el contrario, a medida que nuestras posiciones se avecinaban a la ciudad de Isjum, el terreno íbase despojando. El frente se abría ampliamente, durante un kilómetro, a través de pantanos agrietados por el sol. Como única vegetación de aquellas tristes hondonadas, alzábanse manojos de juncos sucios y escuálidos avellanos.

Nuestro pelotón de gastadores estaba instalado en el centro de aquella laguna limosa, disponiendo «a lo erizo» los puestos, desde donde las ametralladoras mantenían bajo su fuego el curso del Donetz. Tiznados de mugre, tostados por el calor, los muchachos aparecían negros como topos. Miríadas de mosquitos los devoraban.

De día era, por decirlo así, imposible acercarse a sus fortines. Para lograrlo, tuve que lanzarme una vez en una carrera desenfrenada, en las propias narices de los rusos. Lo hice sólo para dar ánimos a nuestros enlaces. Pero el fuego se desencadenó tan infernal que ya nadie se atrevió a repetir el intento.

Desde entonces tuvimos que contentarnos con los enlaces nocturnos. Algunos voluntarios, cargados de sacos de pan, se aventuraron hacia aquellas posiciones del pantano entre las ráfagas que rayaban constantemente el terreno iluminado sin descanso por los cohetes. Algunos hombres caían de rodillas y el pan duro llegó a veces mojado en la sangre de un mensajero que traían, amarillo, con los ojos extraviados, agarrándose el vientre...

* * *

Más al sur de la región de légamos, junquerales y avellanos crecían unos herbazales, seguidos de cultivos y de un caserío.

Por la noche nuestras avanzadas cubrían desde la aldea hasta el mismo curso del río, y poco antes que rompiera el alba se replegaban. A partir de ese instante, y durante quince horas, era preciso hacerse juiciosamente el muerto, pues recorrer veinte metros de una isba a otra era perder irremediablemente el pellejo.

Se bajaba a aquel caserío por una pendiente árida, extraordinariamente despejada.

A pesar de los combates, las campesinas trabajaban la tierra. Entre el Donetz y el pueblo, es decir, entre el enemigo y nosotros, mediaban doscientos metros de tierra de miga, particularmente fértiles; las ucranianas no querían perder la cosecha; las dejábamos ir a sus terrenos; como nosotros, los rojos toleraban aquellas humildes faenas lugareñas.

Cincuenta mujeres, pues, entre ambas líneas de ametralladoras trabajaban en los campos negros, engavillando el heno. ¡Excelente distracción para la tropa! ¡Y espectáculo siempre delicioso el de una buena mocetona que se agacha y se levanta! Contemplábamos el vaivén de las caderas, escuchábamos los cantos, interiormente arrobados, pero con el dedo en el gatillo.

Ya a las nueve, oscurecía; sin embargo, había que desconfiar de las postreras claridades que recortaban las siluetas sobre la colina. Dadas las diez, los nuestros se escurrían hasta los puestos avanzados, cerca del agua. Los pasadizos de acceso los conducían por debajo de unos hangares, zigzagueando en las tierras ; al final, debían gatear unas cuantas docenas de metros.

Para iluminar la zona, los rusos recurrían a distintos procedimientos. Poblaban el cielo de fuegos artificiales, en una pirotecnia agradabilísima. Pero como no podían estar disparando cada treinta segundos y abarcar todo el sector, acabaron por adoptar un método mucho más sencillo: disparar con balas incendiarias sobre una o dos isbas hasta que ardieran. De esa forma el pueblo brillaba como un espejo, hasta la mañana.

Aquellas antorchas alumbraban perfectamente la noche, cálida y transparente. Para los desplazamientos teníamos entonces que arrastrarnos despacio a lo largo de las cercas, deteniéndonos largamente, mientras las balas partían los tablones sobre nuestra cabeza o nos mandaban puñados de tierra a la cara.

Nuestros soldados apostados cerca del dique del Donetz, a cien metros más allá de la iluminación, se hallaban a merced de los golpes de mano y a menudo se vieron en grandes aprietos. De hoyo en hoyo, iba a charlar un poco con ellos. Luego me deslizaba hasta el borde del agua, escuchando los menores ruidos de la otra orilla. Muchas veces los rusos cuchicheaban a veinticinco metros, sin sospechar que un hombre, estirado sobre la arena, los estaba espiando...

* * *

Una noche, a las diez, llegó un capellán a decir misa en nuestro puesto de mando de combate.

Muy buena idea; los telefonistas, el cocinero, los enlaces lo encontraron muy bien. Pero no eran ellos quienes más necesitaban de aliento; propuse al buen clérigo me siguiera a los puestos avanzados.

Toda la noche anduvo arrastrándose en los labrantíos. Las balas que llovían en torno nuestro lo impresionaban muchísimo. Se quedaba pegado al suelo. Tenía que volver a él:

—Señor capellán, ¿cree o no en el Paraíso?

—Sí...

—Entonces ¿ por qué le atormenta tanto el ir allí?

El buen hombre tenía naturalmente que proclamar su pasión por los viajes celestiales y volver a gatear detrás de mí...

Los cohetes bailaban encima de nuestras cabezas. Las balas descostraban la tierra. Por fin nos dejábamos caer en un hoyo pequeño de centinelas. Yo cogía la ametralladora de los compañeros ; la confesión tenía lugar a espaldas mías; luego la comunión. Cuando salían a relucir los pecados gordos intentaba no oír nada. Y a otro pasadizo, y en otro pozo, otra cabeza roñosa, secretamente trasfigurada por la pequeña hostia blanca,alzada un instante a unos cuantos metros de los bolcheviques.

El desgraciado capellán no podía con su alma, de cansancio y de emociones. Diez veces

estuvo en un tris que nos agujerearan. A las dos de la mañana, por fin, lo dejé en la cumbre de la colina. ¡Era hora! Empezaba a clarear. El cura se enjugaba el sudor, enviando al cielo efusiones y gratitud. «¡Deo gratias! ¡Deo gratias!» repetía infatigable.

Los Santos de servicio nocturno sonreían sin duda indulgentes allá arriba, en los puestos de observación del Paraíso.

* * *

Por dos veces patrullas de voluntarios dejaron de noche nuestros agujeros, atravesaron el Donetz y, cargados de explosivos, fueron a varios kilómetros detrás de los bunkers rusos, a minar la vía del ferrocarril por donde les llegaba el material.

Sospechábamos que los rusos realizaban operaciones idénticas contra nosotros, Por mucho que nuestros puestos observasen, en efecto, distaban demasiado uno de otro ; era posible infiltrasen entre ellos. Una noche ya no me quedaron dudas.

Por aquel entonces, nombrado oficial de órdenes, tenía que vigilar los enlaces. Era la una de la mañana. Con unos de mis hombres intentaba alcanzar la punta sur de nuestro sector. Había que atravesar cerca de dos kilómetros de rozas y de cerros pelados y, antes, un barranco y un bosquecillo. Los cohetes desparramábanse uno tras otro. Al consumirse uno de ellos, dije a mi compañero:

—Espera aquí. Voy corriendo hasta los árboles. Si todo sale bien, vente volando.

De un salto me tiró como una piedra hasta la entrada del bosque.

Allí, dando un grito, salí rodando sobre mí mismo durante unos treinta metros, hasta el pie del cerro. Acababa de experimentar la sensación física de presencias humanas, justo en el linde del negro follaje. ¡Sólo diez o veinte metros me separaron de varios cuerpos, que sentí en cada partícula' de mi ser! Por eso había saltado como un resorte, dando aquel respingo loco.

Tras un buen rodeo encontré a mi camarada. Conté el incidente al estado mayor donde no quisieron creerme. Sin embargo, estaba seguro; mi electricidad había sentido a aquellos espías con mayor evidencia que si los hubiera visto o tocado. Dos días después, trágicamente, iban a darme la razón.

* * *

Una patrulla de cuatro hombres de la primera compañía realizó aquella noche el mismo enlace, pero en sentido inverso.

Nuestros muchachos tenían que pasar inevitablemente por el borde del bosquecillo.

A alcanzarlo iban, cuando una docena de rojos cayeron sobre ellos con mantas. Uno de los soldados, cogido por un ruso por el pelo, logró librarse, pero con tanta fuerza se desasíó de las manos que lo tenían preso, que salió horriblemente escalpado. Corriendo como un rayo vino a desplomarse ante uno de nuestros puestos, inerte, con el cráneo y la cara chorreando sangre. Los demás, cogidos en la red. forcejearon en vano ; los rojos los arrastraban hacia el Donetz. Habíamos oído sus gritos. Seguían intentando desasirse y gritando en el agua, pero los bolcheviques, tres o cuatro veces más numerosos, llegaron a la otra orilla.

Nuestros pobres camaradas gritaron aún en la selva soviética ; seguramente los estarían apaleando. Pero no dejaban de pedir auxilio. Luego las voces, más lejanas, se apagaron.

Pequeña tragedia, entre mil, de una noche en el frente... El Donetz silencioso seguía, empujando sus aguas lustrosas, agitadas un instante. Y un cohete blanco, mensajero de la muerte, corrió por el cielo negro y terso...

CAMINO DE ASIA

El mes de mayo de 1942 vio la batalla Donetz-Karkow y el aniquilamiento de las fuerzas de Timochenko.

El segundo testarazo que debía romper el frente ruso en dos mitades se asestó en junio de

1942 ; los ejércitos alemanes irrumpieron sobre la ciudad de Voronech, la tomaron y cruzaron el Don, estableciendo una cabeza de puente en la orilla izquierda del río.

Más cerca de nosotros, también se atravesó el Donetz, alcanzóse Kupjansk y nuestro frente pasó al otro lado del río. Tras dos días de avance por ardientes y profundos arenales cercamos Isjum. Las bases de lanzamiento de la gran ofensiva de verano estaban listas.

Las divisiones que iban a saltar a la estepa partieron a retaguardia para disfrutar de algunos días de descanso (la única semana de tregua que hayamos probado en el frente del Este). En dos etapas nos encontramos en nuestro pueblo de vacaciones, a treinta kilómetros al sur de Slaviansk.

* * *

Ordenes secretas informaron a nuestro mando que la ofensiva comenzaría el 9 de julio.

Mas no tuvimos que esperar ese día, porque una sorpresa iba a precipitar las operaciones. En la noche del seis al siete de julio, unas patrullas alemanas del sector de Slaviansk, merodeando cerca de las líneas soviéticas, y extrañadas de la quietud reinante, penetraron algo más.

Por todas partes el mismo silencio raro. Un hombre se deslizó hasta un bunker y lo halló vacío. ¡Toda la línea estaba vacía ! En el mayor silencio, los rusos se habían eclipsado.

Era preciso correr a toda costa contra el enemigo, impedir que escapara, forzarlo a luchar, a agotar hombres y material.

De otro modo, era caer en la trampa.

Se dio en el acto a todas las divisiones la orden de pasar a la ofensiva. El 7 de julio de 1942, por al noche, con todo el ejército del Este, partió la legión «Valonia». Ya no se detendría hasta las puertas de Asia, al pie del Elbrouz.

IV. AL CÁUCASO A PIE

Los meses de verano de la ofensiva de 1942, en Rusia, fueron los más vibrantes de la guerra antisoviética.

¡El Sur! ¡¡Sus frutos resplandecientes, su vegetación casi tropical, su sol africano, sus ríos caudalosos deslumbradores!

Al término de aquella milagrosa cabalgata, cada uno veía la victoria. Los soviets ni siquiera habían aceptado el duelo; huían. A una velocidad de vértigo centenares de miles de hombres los acosaban.

Ya el 8 de julio por la mañana, nuestra legión pasó Sla-viansk, alcanzando al este de la ciudad un parque en que plátanos gigantescos sombreaban mansiones en ruinas, antaño suntuosos palacios imperiales, en cuyos salones los caballos muertos por los bolcheviques yacían ahora sobre metros cúbicos de estiércol seco.

. Se había llegado al Donets al sudeste de Slaviansk y los pontoneros alemanes se afanaban por ensamblar barcas y maromas.

Al día siguiente escalamos las alturas de la orilla derecha del río, desde donde los rusos hubieran podido cortarnos cómodamente el paso, desde sus bunkers cavados en montañas de una creta blanca, cruda, que hería la vista; posiciones bien construidas, dominando todos los caminos, y rodeadas de anchas zonas de alambradas.

Los rojos ni siquiera se habían llevado consigo ese material; no había volado un solo refugio; se habían esfumado en el misterio más absoluto lba ya de vencida la tarde cuando bajamos al borde del Donetz. Pero allí era preciso esperar turno.

* * *

Aguardamos con paciencia dos días y dos noches, pues los convoyes de municiones de las tropas blindadas enviadas a vanguardia pasaban antes.

Los puentes consistían en el acoplamiento de una media docena de lanchas de goma sobre las cuales se tendieron tablones; unos cables corrían de una orilla a otra y servían para mantener las barcas.

Aquello resultaba muy divertido. Caballos y mulos, presas de pánico, se caían fatalmente entre dos botes, lanzando miradas enloquecidas; había que cortar las cuerdas: abandonadas entonces a la corriente, las caballerías nadaban hacia la orilla, a donde llegaban bien destacadas, echando las patas al aire con miradas de victoria.

Del otro lado del Donetz, donde un terraplén arenoso dificultaba mucho los desembarcos, unos tractores tuvieron que encaramar los coches hasta lo alto de las cimas.

Nosotros esperábamos filosóficamente nuestro turno, en nuestras tiendecillas sobre la hierba, pescando irisados pececillos que jugueteaban incautamente por el agua.

Al cabo de dos días, sin embargo, acabamos por inquietarnos, porque nuestra división, que había tenido la suerte de poder seguir la carretera principal, a varios kilómetros más arriba del Donetz, a esas horas estaría ya lejos. Por otra parte, al ir a preparar los acontecimientos en la ribera opuesta, a siete kilómetros del puente de botes, quedé espantado: ¡la pista había desaparecido completamente! Una infinidad de tanques, de camiones, de carros habían pulverizado la arena ardiente hasta medio metro o un metro de profundidad. El panzer sobre el que monté tardó varias horas en avanzar, frenar, arrancar, antes de salvar tan corto espacio. Era la arena en extremo sutil y aun a pie se enterraba uno hasta las rodillas.

Tirábamos de carros abarrotados de carga y en particular de carretas de hierro, de ruedas bajísimas, pegadas a la caja sobre la que se adaptaban las ametralladoras y las municiones.

A la entrada de una aldea, en una bifurcación de la estepa, tuve que aguardar, al acecho y muerto de sueño, exactamente cincuenta y una horas.

Acabé por creer que mi batallón o se había extraviado o había seguido otra dirección. Pero no: pasadas cincuenta y una horas aparecieron las pequeñas carretas. Dos días y dos noches malgastamos aún en empujar los vehículos en la arena, después de llevar a pulso todas las municiones, caja por caja, de kilómetro en kilómetro.

Por fin pisamos la carretera principal y en una nube de polvo fantasmagórica, cubrimos veinte kilómetros escurriéndonos entre miles de camiones, de tanques, de pontones, de carromatos de todas clases. Cuando, chorreando sudor y reventados, nos detuvimos por la tarde, se nos avisó que llevábamos tres días de retraso.

¡En seguida, a las seis de la tarde, vuelta a partir!

* * *

Durante dos semanas aquello fué la caza a la división.

Caminábamos de noche en la estepa ondulada que alzaba a media altura, como camelias, lagos pequeñitos, azules, encalados de luna; cruzábamos arroyuelos con sus puentes destruidos, encuadrados por escombros de isbas. Durante kilómetros y más kilómetros seguimos barrancos de creta empapados por las lluvias en que hombres y caballos echaban los bofes.

Y volvimos a caer en la arena. La ruta principal quedaba a menudo bloqueada, y era preciso meterse en atajos, pistas bosquejadas apenas, buenas tan sólo para las carretas de los campesinos rusos, altas de eje y livianas. Preferíamos no entrar en las isbas, estufas insoportables donde pululaban las moscas, y nos tendíamos a lo largo de las galerías, o en las terrazas de tierra, envueltos en una manta.

Como el sol alcanzó pronto los cincuenta y cinco grados, nos resolvimos a andar por las noches, descansando en pleno día. A la entrada de las granjas nos echábamos bajo un árbol con la cabeza dentro del mosquitero y los puños en los bolsillos, rodeados del pío-pío de los pollitos.

* * *

Cruzamos grandes aglomeraciones obreras, siniestras, con sus bloques de pisos-cuarteles, sus Casas del Partido repletas de papelotes y de bustos rotos de los señores del Régimen.

Observando su táctica habitual, los bolcheviques habían desmontado o destruido todas las instalaciones. Lo que más nos extrañó fué que aquellos saqueadores lo habían destruido todo desde hacía mucho tiempo. Los rieles del ferrocarril aparecían cortados cada ocho o diez metros; evidentemente los soviets habían emprendido aquel sabotaje colosal mucho antes del avance alemán sobre Voronech.

Las destrucciones más espectaculares las constituían los incendios de las hulleras. Los enormes depósitos de galleta e incluso los montones de escorias, altos de treinta o cuarenta metros, ardían desde hacía días, con un rojo encarnado oscuro de profundos reflejos azules y negros. Bajo el sol, aquellos conos despedían un calor de infierno.

Pero era imposible alejarse de ellos, porque todas las inmediaciones de la pista de arena habían sido minadas por el enemigo: tiros destrozados, monstruosos cadáveres de caballos, de color gris verde, hervideros de gusanos, bien a las claras advertían que la menor imprudencia costaba la vida. Nuestros caballos, hundidos en la arena hasta el vientre, forcejeaban, pataleaban; algunos, hostigados en vano, murieron, rígidos, humeantes, con los ojos fuera de la cara.

Inútil echar los bofes, dormir apenas o no dormir nada, cruzar la estepa bajo la luna, atravesar como un rayo las cuencas industriales abrasadas, los barrancos gredosos y los vados; centenares de kilómetros llevábamos en las piernas; habíamos dejado Ucrania y penetrado en la gran curva del Don, justo enfrente de ¡Stalingrado; nuestra división de cazadores galopaba siempre más veloz que nosotros, con cinco etapas ya de ventaja.

Dos comunicaciones nos llegaron al mismo tiempo: primero, que la división torcía hacia el Sudoeste, para participar en el asalto final de Rostov; segundo, que si no la alcanzábamos en brevísimo plazo, iba a pedir al Cuerpo de Ejército se la liblara de nuestro peso muerto.

Aquella división nos interesaba, porque era famosa, y queríamos compartir su gloria; nos dimos, pues, unas carreras insensatas, llegando de nuevo al Donetz, pero a un Donetz grandioso a punto de juntarse con el Don en Kamensk. Faltaban aún setenta kilómetros para alcanzar la 97.^a

División ; en una sola etapa los recorrimos.

Pero aquel mismo día sucumbió Rostov, y los cazadores recibieron orden de remontar en el acto el curso del Don. Nos dio tiempo de lavarnos apenas. Partimos ya, tragados otra vez por la llanura ardiente.

PASO DEL DON

La marcha triunfal de los ejércitos del Reich hacia Stalingrado y el Cáucaso tuvo lugar en medio de fatigas sobrehumanas, pero con un optimismo radiante como el cielo.

Aquellas tierras entre el Donetz y el Don, entre el Don y el Kubán, prodigaban tales esplendores que, al rayar el alba, ante el oriente verde y naranja, nuestra alma cantaba ya. Durante la noche, sin embargo, habíamos hecho a pie de treinta a treinta y cinco kilómetros; marchas agotadoras por la arena tamizada, por pistas angostas, en tres o cuatro columnas de frente siempre expuestas a entrechocar. El avance estaba cronometrado como las carreras ciclistas; mas la oscuridad no podía impedir que aquellos hombres se encontraran en los puentes estrechos, improvisados. Nos hundíamos en los baches. Los carros volcaban. A veces, con un relincho agudo, un caballo se dejaba aplastar bajo un camión o un tanque.

Pero el alba nos resarcía de todo.

Hacia la una y media de la madrugada, frágiles como seda, claridades verdes y oro pálido despuntaban al Este, derramándose por el cielo, invadiéndolo y remansándose luego en inmensos embalses diáfanos de luz verde, anaranjada y rosa.

Asistíamos al despertar de los infinitos campos de girasoles, margaritas gigantes de dos metros de altura, con unos pétalos de oro largos como dedos y un corazón oscuro henchido de miles de granos. Un mismo campo abarcaba kilómetros enteros; los millones de cabezas de heliantos se volvían hacia el sol naciente, siguiéndolo en la marcha, como aspirados por su fuerza. Nuestros cuerpos percibían aquella potencia elemental que amalgamaba el suelo, el cielo y la gigantesca floración. Todo era fuerza, vida, esplendor, grandeza; la tierra, una balsa de oro. Con el cuello de la guerrera abierto aspirábamos los efluvios, lanzando al cielo nuestros cantos de juventud penetrados de ensueño.

A veces, inmensidades de cardos enlazaban con las inmensidades de girasoles; cardos hasta el horizonte, pero no los nuestros, ridículos, que ensucian y pinchan, sino cardos palmeados, como chumberas, altos como los caballitos de la estepa, coronados de flores rosas o azul violeta, suaves plumeros que surgían a millones rozando el cielo.

A través de girasoles, cardos y maíz tieso y recio como lanzas, llegábamos, hacia las nueve de la mañana, a un pueblo u otro que llevaba bastante tiempo ya brillando a nuestra vista y donde nuestros hombres se desperdigaban, agotados por el sol.

Eran pueblos ricos los del Don. Las isbas, más confortables que en el Donetz, contaban con tres o cuatro cuartos de mobiliario escaso, pero decorados a veces por un aparador, una salsera o un arca antiguos primorosamente labrados.

En las granjas abundaban gallinas, ganado, buena porción de trigo proveniente del saqueo del kolkose, cuyo edificio, rodeado de máquinas de arar, segar, sembrar y trillar, dominaba el caserío. Los lugareños se habían vengado del régimen vaciando los establos y los hangares; los cerditos de las gorrineras del Estado, libres, galopaban y bullían en todas direcciones, encantados de tan imprevistas vacaciones; los gansos graznaban y los pavipollos cloqueaban que era un encanto.

Los indígenas nos recibieron con alegría evidente.

A menudo éramos las primeras tropas que entrábamos en un caserío. Aquella buena gente corría en seguida a las dependencias y sacaba los iconos de viejos escondites, colgándolos de nuevo de las paredes de adobe, en medio de efusiones y lágrimas.

El regalo más agradable para ellos era un retrato de Hitler. Las más de las veces lo ponían junto con los iconos o bien entre las fotos de sus muchachos vestidos con el uniforme del ejército soviético y con la estrella roja en el gorro.

Encontraban muy naturales esas fraternizaciones fotográficas. ¿Acaso no querían mucho a sus hijos y también a Hitler, que venía a liberar la aldea? ¿Por qué, pues, no iban a estar juntos?

Habíanse dictado órdenes muy estrictas para que la tropa fuera amable con la población. En 1941, los alemanes creyeron encontrar en cada ruso un bolchevique. La experiencia les demostró luego que los mujicks, saqueados y robados por los soviets, no habían sufrido su contagio.

Eran los seres más pacíficos del mundo, simpáticos, condescendientes, deseosos sólo de trabajar y de prestar ayuda. En las altas esferas acabóse por establecer una diferencia entre esas masas campesinas de la Rusia europea, toscas e ingenuas, y la maffia bolchevique y policíaca de Moscú. Castigábase en el acto cualquier abuso: el viejo «pan» y la vieja «mamka» eran amigos de la tropa.

Además, no había que molestarse en pedir nada a los aldeanos. Nos llevaban ellos al gallinero; nos ofrecían sin tasa sus pastas de grano, sus patatas, sus ocas cebonas, una miel untuosa, penetrada de las esencias salvajes de las flores potentes de la estepa. Golosos como monos, pasábamos horas enteras entre los cerezos abarrotados de guindas y sangrientas cerezas.

Dormíamos pocas horas. El sol nos devolvía las energías perdidas; la vieja «mamka» nos traía en una taza de asperón leche fresca como agua de manantial, para conducirnos luego al umbral de sus riquezas: un agujero cuadrado, a diez metros de la isba; desbloqueada la trampa, bajábase por una escalerilla a una bodega magníficamente fresca, auténtica nevera para conservar todo lo fácilmente averiable.

Un horno de panadero funcionaba fuera, junto a la puerta, para que la isba, con sus ventanucas y el techo bajo, conservase algo de frescura. Al aire libre, pues, a la sombra de álamos y acacias, preparábamos nuestra comida animados por la campesina, que diez veces se llegaba a nosotros, con los brazos cargados, para ayudarnos a tostar las aves.

Tras el agotamiento de las marchas nocturnas, nuestros soldados recuperaban sus fuerzas con una pantagruélica magnificencia; por algo pertenecían al país de las kermesses. Llegaron a tragar y a digerir cantidades increíbles. Conocía a algunos que, a su llegada a la estepa, y como desayuno, se metían regularmente entre pecho y espalda un kilo de tocino fresco con una vuelta de sartén. Dos de ellos, en tres días, engulleron la friolera de 21 gallinas, desde la molleja hasta la rabadilla. Como tente en pie a las nueve de la mañana, liquidaron otros una oca entera. Un día, delante de mí, uno de mis jóvenes oficiales se merendó 39 huevos al plato. Por fin, para rociar el plato fuerte matinal, una jarra de leche; y luego, el sueño, satisfecho, desabotonado, como en un cuadro viejo de Flandes.

Al caer el día, nuestros tragones la emprendían con enormes platazos de patatas salteadas, de manojos de rábanos y montañas de verduras. Impresionados a la par por nuestro apetito y por nuestra simpatía, los campesinos nos acompañaban hasta la salida del pueblo.

En toda la campaña no hubimos de lamentar un solo incidente. Se nos recibía como en casa. No sabiendo a veces cómo decirnos adiós, aquella buena gente nos bendecía.

Y partíamos otra vez, felices, protegidos por la bendición de los corazones puros, en un océano de girasoles.

De tanto andar, acabamos alguna vez por dar con una u otra de las unidades en fuga. Los combates eran breves.

El avance tenía que hacerse tan rápido que resultaba materialmente imposible enterrar, después de cada refriega, los despojos de los enemigos muertos. Cadáveres horrendos jalonaban el camino. Con los cincuenta grados de calor, los cuerpos segados por los «Stukas» se descomponían y liquidificaban en dos o tres días; luego, el sol los secaba. Los caballos reventados exhalaban emanaciones insoportables; cien metros antes había que taparse la nariz; de la panza, globo monstruoso, a menudo abierto, arroyos de larvas verdes subían y bajaban. Los bolcheviques muertos quedaban más negros que los negros, brillantes.

Rindiéronse millares de soldados rusos, hartos ya de todo. La ofensiva la hicimos en realidad más bien con los pies que con los fusiles. Muchos de los nuestros, agotados, se quedaban en el camino. ¿Qué más daba? Ya nos alcanzarían. Los soldados soviéticos se dejaban coger. Miles de ellos, sentados, chupábanse los dedos de los pies, desnudos y sanguinolentos.

En su mayoría asiáticos, con unas cabezotas de caníbales, parecían encantados de que no nos los comiéramos, y repetían incansablemente: «¡Staline kapout! ¡Staline kapout!», interrumpiendo sólo su monólogo para meterse de nuevo en la boca simiesca los callos hinchados.

Sin tiempo para vigilar y conducir aquel tropel, escogíamos a los individuos más avisados de la columna y, poniéndoles un fusil en la mano, los nombrábamos guardianes de sus camaradas. En seguida arqueaban el pecho. Provistos del nombre de una ciudad a cien o doscientos kilómetros al oeste y contentos como pájaros, aquellos simplotes partían charlando.

Problema a la verdad sencillísimo: se iban solitos a Alemania...

* * *

Íbamos acercándonos a un vado del Don que días antes ya hubiéramos debido cruzar, pero, durante dos kilómetros, el camino se había presentado interceptado por un embrollo tal de material y de cadáveres soviéticos tumbados por la Aviación, que fué menos que impracticable para la impedimenta.

Llevábamos varios días corriendo hacia el Este.

Por fin, una noche desembocamos en el río de las leyendas.

Hacia las dos de la mañana, en el preciso instante en que amanecía sobre la vasta superficie verde y gris, subimos a una colina de la orilla izquierda dominada por dos solemnes kourganés.

En la pista, alzado sobre los estribos, contemplé anonadado el grandioso espectáculo, ante un bazar enorme de camiones rusos de marca americana, de carros destruidos, de innumerable material; sólo importaba el Don, el Don inconmensurable, enmarcado en lustroso follaje y engalanado con las colgaduras verdes, rosadas, anaranjadas y de plata que caían del cielo. Lo mismo que todos los grandes ríos del sur de Rusia, presentaba el Don la orilla derecha abrupta y la izquierda tan lisa como la corriente del agua. Cuando los rusos se encontraban arrinconados en uno de esos valles, les era imposible resistir de alto abajo, en la otra orilla; la margen izquierda del Don quedaba a merced nuestra. La Aviación rusa desgranó en vano bombas y más bombas en el barranco de tierra bermeja por donde bajamos. Los pámpanos oscuros de los primeros viñedos relucían entre las ruinas de las isbas. Antes que nadie, nuestro general se quitó la ropa y con una ametralladora en la espalda cruzó a nado el Don. Echóse rápidamente un puente de barcas, sobre el cual pasamos, entusiasmados. Nos acercábamos al país de los kalmucos. Un camello solitario chilló junto al camino, estrambótico, con su hocico husmeador y húmedo y el cuero raspado como el de un viejo sillón.

Lo adoptamos: olía ya a esa Asia a donde volábamos.

En la primera, semana de agosto de 1942, los ejércitos del Reich lo arrollaron todo, campo adelante, desde el Don hasta el Cáucaso.

Lucía un sol esplendoroso.

Una gigantesca antorcha grisácea marcaba las aldeas a varios kilómetros de distancia, como si toda la localidad ardiese; pero no eran más que torbellinos de polvo levantados por las oleadas de los tanques.

En nuestra cara, enteramente gris, cortada por el manchurrón rosado de los labios, el blanco de los ojos resultaba extrañamente. Inútil oponerse a ese embadurnamiento, pues el polvo volaba a varios metros por encima de nuestra cabeza. Motociclistas de verdadera película cómica surgían de la polvareda con el rostro pintarrajeado, portadores de nuevos mapas. Dada la rapidez del avance, en efecto, cada día se precisaban mapas nuevos, y unos camiones especiales introducidos en nuestras columnas los iban imprimiendo según el desarrollo de la ofensiva.

Los menores detalles obedecían a un orden maravilloso.

A cada unidad se le asignaba su objetivo, sus pueblos de paso, el sitio donde descansar. Caían millares de localidades sin que a retaguardia pudiese subsistir foco alguno de resistencia enemiga. No hacíamos más que atravesar los poblados, pero el barrido se efectuaba metódico, sin un olvido ni un contratiempo.

Las bajas fueron insignificantes. Los millares de soldados rusos que dejábamos atrás hechos un pingajo por los kilómetros recorridos y los kilos de tierra tragados, hubieran entregado sin

pestañear, por un vaso de agua, a Stalin, a Kalinin, a Molótov y a diez señorones más de tan encopetada alcurnia.

* * *

Problema grave entre todos, en efecto, el de la bebida.

A menudo, en veinte kilómetros no dábamos con un litro de agua potable. Charcas verdes pudríanse al sol; nuestros hombres se tiraban al cieno para lamer su costra corrompida. Era preciso enfadarse, alejarlos por las malas. Los caballos sacaban largas lenguas temblorosas. Sólo en nuestra columna éramos más de veinte mil soldados. Ahora bien, la pista atravesaba un ^pueblo cada dos o tres leguas, con un pozo, o dos, o tres, para los indígenas y el ganado del lugar. En un abrir y cerrar de ojos, la cabeza de la columna se zampaba toda el agua. Luego se disputaban el barro. Por fin, miles de soldados y cientos de caballos se encontraban los pozos lamidos, absolutamente resecos.

De cuando en cuando, un molino aspiraba agua en abundancia. Pero entonces, ¡a esperar el turno cinco, ocho, diez horas, con la lengua hinchada en la garganta ! Los animales tragaban cantidades increíbles de líquido; mi potro «Cáucaso», cinco grandes cubos, o sea cuarenta litros, sin parar. Los hombres se hinchaban como pellejos, mojándose luego cuello, brazos y espalda calcinados por el sol.

Todo en vano: lo mejor era beber apenas y sacudir aquí o allí un cerezo.

La búsqueda del agua exigía más tiempo que los kilómetros.

* * *

Una noche nos encontramos en el Manitch, junto a la comarca de los Calmucos.

A mitad de camino entre el mar de Azov y el Caspio, ese río desgrana una serie de lagos maravillosos.

Nuestro camino montaba por un dique, dinamitado por los rojos, que servía de presa en uno de aquellos embalses. La masa del agua se despeñaba por una brecha de veinte metros, sobre la cual los pontoneros alemanes echaron un pasadizo para infantería y caballos ; los equipajes pesados los transportaría un barco a vapor.

Durante varias horas aguardamos nuestro turno ante aquel estanque. A la luz de la luna, que sembraba sobre las ondas una fantástica floración de margaritas, los aviones soviéticos pugnaron por romper nuestro puente improvisado, pero sus bombas no hacían más que incendiar las isbas cercanas, convertidas a su vez, en la oscuridad, en antorchas rojas y anaranjadas, patéticos esplendores asociados a la poesía del lago en flor y de la noche cuajada de estrellas.

A las dos de la madrugada, la salida del sol. El cielo verde se adhería al campo, inundado hasta donde alcanzaba la vista por las aguas de la catarata, surcadas por los matices del alba, un verde fresco con reflejos de oro suavísimo, casi diáfano.

¿ Quién, ante aquella magia, hubiera pensado en las fatigas de las marchas nocturnas, en la pesadumbre de los días tórridos? En líneas impecables y cantando, avanzaban las columnas, con los oficiales al frente, a pie, para dar el ejemplo; detrás de ellos, los palafreneros, llevando de la brida los caballos. Las monturas servían sólo para los enlaces, tarea a veces muy ardua: para ir a un Puesto de Mando de división, por ejemplo, recorrí a galope tendido, en el brasero de la estepa, en un solo día y de un tirón, cien kilómetros.

Pero las etapas normales se hacían a pie, oficiales y soldados fraternalmente unidos en la fatiga como en la batalla.

* * *

Los mosquitos, cada vez más numerosos, se arremolinaban por la noche en racimos estridentes alrededor de la menor lucecilla.

Otros animalitos habíanse hospedado en cierto número de soldados: feroces ladillas, incrustadas en el vientre, aferradas en sus zonas preferidas en apretadas hileras, como postes plantados en el suelo; aparecía justo el rabillo de los glotones chupadores, negro y grueso como una cabeza de alfiler.

Las infelices víctimas de semejante invasión sufrieron como condenados. Por si fuera poco, tenían que tragar las pullas de toda la columna cuando, agotada la paciencia, se apartaban a la vera del camino para intentar extirpar «coram populo» tan indiscretos roedores...

El 7 de agosto de 1942 estábamos a veinte kilómetros del Kubán. Nos bebíamos los vientos. La orilla derecha del río desplegó a la una de la tarde ante nuestra vista sus barrancos cortados a pico sobre el país llano. La corriente brotaba deliciosamente verde a lo largo de un bosque tupido.

La artillería soviética procuró resistir, pero tras una breve réplica optó por retirarse.

¡Pisábamos ya el corazón del Cáucaso! La última gran llanura antes de los glaciares relumbraba alanceada por los fuegos de un regío verano. A las tres de la mañana nos pusimos de nuevo en marcha, remontando el curso del Kubán, antes de llegar a un claro más abajo de Armavir. íbamos miles y miles, escalonados al borde de los precipicios, por las cornisas de doscientos metros de altura cortadas a pico sobre el río verde, atropellados por rebaños numerosísimos de vacas negras que azuzaban arrieros eslovacos de cara dura y tostada.

Antes de entrar en el pasadizo de pontones echado sobre el agua tumultuosa, estuvimos aburriéndonos, esperando más de treinta horas. El río despedía chorros blancos y verdes por encima del obstáculo.

En un pueblecillo del otro lado del agua descubrimos, refugiada en un pozo de provisiones, a una hermosa mujer de diecisiete años. Por querer permanecer junto a la isba familiar, una granada, explotando junto a ella, le había arrancado un pecho ; se estaba abrasando en el suelo ; sus ojos echaban lumbre. El seno desgarrado se ennegrecía. Hicimos lo imposible por salvarla. Las lágrimas bañaban sus mejillas encarnadas de fiebre... Pobrecilla, hubiese querido vivir; sin embargo, contemplando su joven pecho destrozado sabíamos que moriría.

Morir cuando por encima de la llanura perfumada lucía un firmamento divinamente puro, sin una nube, espléndidamente azul, atravesado de temblores de plata y oro...

MAIKOP

La llanura del Kubán es el paraíso de Rusia. Explotaciones agrícolas de diez mil hectáreas yerguen bajo los fuegos del sol maizales sin fin ; millones de plantas de dos metros de altura alzan en el aire candente sus mazorcas maravillosamente ordenadas, vestidas de brillantes membranas que chisporrotean como si las atravesara un fluido eléctrico.

A la sombra de las selvas de oro de las cañas maduran sandías verdes, sandías largas como el brazo. Las rajábamos con el cuchillo y, deslumbrados, sorbíamos el jugo fresco de la pulpa estriada de bandas verdes, coloreadas, amarillentas, igual que el alba de la estepa, y continuábamos el avance con la cabeza hundida en enormes rajadas de tan divina fruta.

El sol incendiaba el cielo, infinitamente límpido, saciándonos de vigor y poesía en el seno de un maravilloso intercambio de fuerzas, calor y frescura de colores que subían del suelo y descendían del firmamento. Todo era nuevo, puro, rudo, grandioso: los maizales enhiestos como lanzas con sus banderines, los melonares sembrados por los dioses como innumerables fuentes, la nube metálica y cegadora. ¡Tierra de oro, cielo de fuego, arco iris de la fruta partida!

Delicias inauditas también las de los torrentes.

Saliónos al paso el río Laba, que se despeña tumultuoso por las vertientes del Elbrouz. Antes de descubrirse a nosotros, la línea de las montañas enviábanos, cual primer regalo, aquellas potras verdes y heladas brincando sobre millones de guijarros herrumbrosos.

¡Qué importaban ya las interminables esperas ante los puentes improvisados ! Nos zambullíamos en el irresistible torbellino para que nos llevara entre las grandes piedras pulidas, azotadas por la corriente, donde nos inundaban chorros de esmeraldas. ¡Qué bien le iba a nuestro cuerpo el áspero morder de aquellas aguas de cristal que lo abrazaban, vivificándolo, purificando los miembros, sacudiendo a latigazos la sangre! Luego corríamos al sol, como potros.

¡Y qué magnífica la vida, y enterrarse en su luz, en su calor, en su esplendor, en sus colores sin mancha, como si de pronto nos hubiéramos sumergido en los primeros días de la creación,

cuando almas bajas y materias corrompidas no habían empañado aún ningún elemento, ninguna aspiración 1

Tal veloz fué la fuga de los soviéticos, que casi no hacíamos prisioneros. La estepa había quedado vacía en manos del sol triunfante y de las fuerzas vencedoras.

Una tarde topamos con el ferrocarril de Maikop.

Centenares de convoyes rusos abandonados se alineaban en ambas vías, sobre unos veinte kilómetros, vagón contra vagón. Los «Stukas» habían cortado implacablemente los carriles, imposibilitando la marcha hacia atrás o hacia adelante de los trenes aventurados en aquel gigantesco callejón sin salida.

Mercancías sin cuento llenaban millares de furgones en los que los soviets habían intentado evacuar sus riquezas: motores de aviación, piezas sueltas, tanques en fabricación, máquinas, «stoks» variadísimos de materias primas, filas interminables de coches-cisternas enrojecidos por el fuego o pringosos de ríos de gasolina derramados por las vías.

En conjunto, y exceptuando las brechas abiertas aquí y allí por lo «Stukas», el fantástico botín aparecía más o menos intacto. A los rojos ni siquiera les había dado tiempo de incendiar tan inmensos depósitos.

Una vez en la línea férrea, cada división pegaba en seguida etiquetas declaratorias de sus derechos de propiedad sobre los despojos.

Naturalmente, los vagones de alcohol fueron objeto de atenciones particularísimas.

Descubrimos, incluso, un depósito de caviar en frascos ; sentándose en los taludes, cada uno untó su pan con medio kilo por lo menos de las succulentas huevas, encargándose el vodka de la digestión: acabábamos también de pescar treinta mil frascos, bonitos como botellas de agua mineral.

Pero no se trataba entonces de sucumbir a la tentación de esos festines de Capua. Las órdenes nos imponían cuanto antes la conquista de las montañas. Se nos concedieron, pues, breves horas de sueño por tierra; a las tres o a las cuatro de la madrugada nos despertaron ya los gallináceos de la vecindad, profundamente intrigados por los acontecimientos.

Abordamos unos cerros muy abruptos en que los carromatos, al bajar, caían a toda velocidad sobre la grupa de los caballos. Hacia la una de la madrugada siguiente, con la brisa, reanudamos la marcha. De pronto, al rayar el día, creímos todos que estábamos soñando: un hilillo de un intenso azul extendíase hacia el Sur, festoneando el horizonte. ¡El Cáucaso!

Distaba todavía unos cincuenta kilómetros, pero sus cumbres se destacaban claras en el cielo. Una alegría punzante nos invadió. ¡Allí estaban, por fin, los picos erguidos, desde hacía tantas semanas, en nuestra imaginación! Apretamos el paso en la arena pesada.

Columnas de tanques alemanes volvían en dirección nuestra, habiendo cumplido su misión de perseguir al enemigo hasta las selvas. Ahora le tocaba a la Infantería concluir la tarea. A las nueve de la mañana entramos por unas largas calleas rectilíneas, todas idénticas. ¡Maikop!

Nuestros panzers habían despejado la ciudad sin que los rusos volasen el puente, cuyo arco magnífico saltaba por encima de un valle encajonado ; en el fondo mugía la corriente verde del Bjelaja ; algunas casas se erguían altivas sobre el barranco. Sin pérdida de tiempo pasamos al otro lado para ocupar inmediatamente una montaña que dominaba la región y desde donde evitaríamos cualquier reacción eventual del enemigo vencido.

La cuesta se alzaba poblada—¡por fin! — de árboles. Nuestras ametralladoras fueron instaladas sin combate en las cimas, desde donde, hacia el Sur, ofrecíase un panorama grandioso de torrentes, cascadas y montes de color azul-ciruela. La cadena del Cáucaso bordeaba el horizonte entero.

En la selva circundante, enmarañadísima, muchos soldados soviéticos andaban aún escondidos, esperando la ocasión de rendirse.

Esta se les presentó al fin, una ocasión a lo Rabelais. Uno de nuestros oficiales habíase deslizado bajo las frondas umbrías para aligerarse, lejos de miradas indiscretas, y, con el papel en la mano, estaba ocupándose en lo suyo sin dejar de admirar la verdura. Armado, así,

exclusivamente de su trozo de viejo periódico, no resultaba muy terrible. Era el instante propicio aguardado por los rusos: el ramaje se agitó y nuestro camarada vio acercarse, con los brazos en alto, una larga hilera de soldados soviéticos, seguros de rendirse así en mejores condiciones. El pobre suboficial no tuvo más remedio que ajustarse a toda prisa un uniforme cuyo prestigio podía quedar seriamente comprometido.

Minutos después se llegó a nosotros con sorna, escoltado por una verdadera caravana de mujicks, serios como mayordomos a pesar del carácter cómico de la rendición.

De ese modo cayeron prisioneras las últimas fuerzas del encinar de Maikop, no muy poéticamente, por cierto, pero dejando la selva limpia, y a nuestro oficial, algo corrido al principio, más orgulloso que Aquiles de su aventura.

* * *

Mientras tanto el grueso de la división ocupaba Maikop. Unánimemente creíamos la guerra concluida; todo había sido barrido. Cruzaríamos la cadena del Cáucaso. Las órdenes para la División indicaron como objetivo Adler, luego Succhum, no lejos de la Turquía asiática.

Y apostábamos: en Navidad a Tiflis; en primavera en Babilonia. A la vera de los ríos sagrados enlazaríamos con Rommel desembocando de Suez. ¡La guerra concluiría en la cuna misma del mundo!

Para festejar el 15 de agosto, el Mando distribuyó a la tropa uña bebida parecida al vino, a razón de cuatro litros por cabeza. Nosotros, confiadamente, nos lo echamos gatzate abajo. Pero se trataba de un alcohol de ciruela silvestre, de una fuerza tremenda. Los tragos nos pusieron en seguida de una euforia inaudita y la algazara duró hasta el amanecer.

Entonces, titubeando un poco, la 97.^a división y la legión «Valonia» se pusieron en marcha. ¡16 de agosto de 1942! Mirábamos los picos del Cáucaso, primero de un color oscuro, luego, allá arriba en el cielo, blancos y rosados... ¡Succhum, su litoral y sus palmeras! ¡Tiflis y sus casas colgadas de las rocas del Transcáucaso! ¡Los lagos lunares del Azerbaidjan! ¡La gran bajada de las arenas cristalinas hacia el golfo pérsico! Los ojos nos brillaban pensando en tan prodigiosa epopeya.

* * *

Nos salió al paso un gran río que saltaba sobre los restos de un puente dinamitado. Un soldado se adelantó a horcajadas sobre el tablero hecho astillas; de pronto entre los árboles de la otra orilla sonó un disparo y el hombre cayó al torrente.

Otro intentó. Luego un tercero. Alcanzados también, se fueron abajo.

El Cáucaso, aun a veinte kilómetros, nos hacía ya una advertencia.

Habíamos corrido hacia el Sur mil ciento cincuenta kilómetros y creíamos haberlo superado todo. Los tres cadáveres que rodaron al abismo nos dijeron bruscamente que la guerra del Sur, en lugar de acabar, empezaba.

LA RATONERA

Según las previsiones del Alto Mando, las tropas lanzadas al asalto del Cáucaso no debían encontrar muchos obstáculos.

Asigné a cada división un campo de acción fantástico. La 97.^a división, a la que pertenecíamos entonces tácticamente, atravesaría con sus regimientos de infantería y nuestra legión una comarca grande como dos veces Bélgica. Ahora bien, las montañas por salvar subían hasta tres mil doscientos metros y los encinares medían cerca de doscientos kilómetros de profundidad.

Uno de los regimientos avanzó inmediatamente hacia el Oeste, en dirección de Tuapse ; el otro, el regimiento Otte, al que fuimos agregados, se hundió en la jungla, con Adler, sobre el mar Negro, como primer objetivo.

El general de división se metió audazmente entre las dos flechas que se separaban cada vez

más, cubierto únicamente por una compañía de Estado Mayor compuesta más de especialistas de la pluma y del matasellos que de la ametralladora y de la granada.

Los batallones se turnaban. Los que íbamos en cabeza cuando la caída de Maikop, durante los primeros días del avance de montaña, formaríamos la retaguardia. Eegistráronse algunas escaramuzas con soldados bolcheviques que habían vuelto hasta la entrada del pueblo; avisados en el acto por los campesinos, les ajustamos las cuentas rápidamente.

El 18 de agosto hubo que tomar al asalto una aldea a quinientos metros más arriba de la nuestra, donde fuerzas enemigas rebasadas por el regimiento Otte se habían atrincherado. Dos de nuestras compañías treparon en silencio hasta la altura y arremetieron cuerpo a cuerpo. Los rojos resistieron poco, abandonando todo el material.

Aquello iba bien.

En tres días, con increíble audacia, el regimiento Otte habíase abierto un pasillo de más de ciento cincuenta kilómetros de profundidad a través de la jungla, de los barrancales y de los precipicios. Las noticias eran excelentes. Las vanguardias se hallaban a tres kilómetros del camino que bajaba al mar Negro.

¡Magnífico!

Los temores del primer día se desvanecieron. Ahora nos tocaría a nosotros ir al frente y en una semana pisaríamos las huertas de Georgia.

* * *

Todo cambió aquella misma noche.

Nuestro regimiento habíase adentrado, sí, profundamente en las montañas y se aproximaba al objetivo. Pero he aquí que detrás de sus fuerzas, alargadas sobre docenas de kilómetros, los tropas soviéticas acababan de cortar todas las vías de comunicación.

Disimulados en los tenebrosos bosques de ciruelos, los rojos habían dejado pasar a los dos mil hombres, cerrando luego la ratonera. Acechaban en todos los barrancos ; el regimiento intentó replegarse y fué cayendo de trampa en trampa, expuesto a los mayores peligros.

En el centro, la compañía de Estado Mayor que con el general Rupp avanzaba sola a varios kilómetros de los dos regimientos de Infantería, copada, también, llevaba varias horas de cerco en el pueblo de Schirwenskaja. Viejos de cuartel, secretarios, veterinarios y furrieles luchaban como Dios manda, pero los aledaños del lugar estaban ya en manos de los bolcheviques.

Una poderosa posición en la encrucijada más alta en poder de los rojos cortaba el camino de enlace entre Schirwenskaja y la retaguardia.

Un mensaje por radio nos llamó apremiantemente ordenando a nuestra legión hacer esa misma noche veinte kilómetros de montaña, caer sobre el enemigo y unirse al Puesto de Mando divisionario en Schirwenskaja.

La noche estaba negra como un velo de funeral, sin una estrella. Tras una hora de marcha nos vimos en la imposibilidad de proseguir; uno de nuestros hombres se había roto ya la crisma y varios caballos rodaban por precipicios de cientos de metros de profundidad.

Desde las dos de la madrugada seguimos adelante en la claridad del alba que paseaba sobre las montañas nubarrones blancos y morados. Tras bordear pintorescos barrancos nos metimos en unas selvas de robles gigantescos. Árboles recién cortados interceptaron el camino: el enemigo no estaría lejos. Avanzábamos con el dedo en el gatillo.

Un bochorno sofocante nos abrumaba; por el cielo andaba rondando una tormenta. Hacia las diez de la mañana, en el flanco pelado del monte de enfrente, divisamos el caserío blanco de Prusskaja, última etapa antes de entrar en contacto con el enemigo.

Entonces reventó el aguacero, río fulminante que como una masa se nos cayó encima desde lo alto del cielo, dejándonos empapados en un santiamén como si emergiéramos de una corriente. Un barro arcilloso, de quince centímetros de espesor, impedía virtualmente cualquier avance ante las primeras isbas.

* * *

Pero había que avanzar.

Dos oficiales alemanes se presentaron ante nosotros, a pie. Sus coches, con varios otros vehículos, habían ido a parar antes de la tormenta en medio de las posiciones rusas. Gracias a un furioso cuerpo a cuerpo pudieron librarse.

Escampó. Los valles humearon en poderosas volutas que desenroscándose en las honduras se difundían por las cimas; el sol doraba allá arriba retazos de hierba húmeda.

Hicimos aún dos kilómetros, acarreado en los zapatos grandes bloques de cieno. Luego fué menester esconderse: allí enfrente teníamos la montaña ocupada por los soviets. El camino subía, daba una vuelta y se hundía en la selva. Toda la cumbre aparecía poblada de árboles y el robledal se desparramaba al sudeste, remontando luego hasta la cima de otra montaña impresionante.

El jefe dio órdenes de combate a las tres columnas que iban a atacar. Del enemigo sabíamos sólo que contaba con dos batallones de infantería, un escuadrón de caballería, artillería de campaña, vehículos automóviles y artillería antitanque. Creído, sin duda, que desconociendo también la situación íbamos a caer en la trampa, guardaba un silencio absoluto.

Al ver el despliegue de nuestra compañía se dio cuenta de nuestras intenciones.

Nos fué posible todavía bajar la cuesta sin incidente. Nada, ni un tiro quebró la paz extraña de los valles; únicamente en lo alto de la montaña ardían dos coches.

Deseábamos subir hasta un jaral que nos ampararía provisionalmente. A rastras me fui hacia él, y apoyándome sobre el codo izquierdo, con el revólver en la diestra, me metí en un pequeño soto. Los hombres esperaban a veinte metros. Alcancé la cana del cerro: ¡ a unos pasos de mí, un oficial ruso venía avanzando boca abajo, exactamente igual que yo! Disparamos en el mismo segundo. Su bala me silbó en el oído; la mía dio a mi desgraciado adversario en mitad de la cara. Había empezado el combate de Prusskaja.

PRUSSKAJA

Unas ondulaciones arboladas precedían la encrucijada entre Prusskaja y Schirwenskaja, meta de nuestro asalto en la tarde del 19 de agosto de 1942. Cuesta abajo, pues, nos precipitamos hacia el grueso del enemigo, arrojándonos al suelo cada quince o veinte metros, cada vez que el terreno ofrecía un pliegue o aparecía camuflado por uno o dos ciruelos.

Frente a nosotros, casi desnuda, subía la cuesta. Al ver los rojos que íbamos a cruzar el fondo del valle, les vino una inspiración diabólica: prendieron fuego a unos camiones de municiones alemanes de que se habían apoderado y los empujaron hacia nosotros. Los mastodontes vinieron rodando monte abajo a una velocidad de espanto, mientras las cajas de explosivos saltaban en todas direcciones. En medio de un torbellino de cascos, hundimos la nariz en el suelo.

El ataque frontal se presentaba mortífero. Escogí, pues, tres voluntarios especialistas en golpes difíciles; mientras las compañías avanzaban como Dios les daba a entender, me escurrí por el flanco derecho, alcancé unas matas de acebos, luego el bosque, y logré deslizarme entre los primeros puestos de los rusos seguido a diez metros por mis tres muchachos. Quería coger por detrás al enemigo. Caí exactamente a sus espaldas y entre las ramas vimos su campamento.

En aquel instante nuestros hombres escalaban la cuesta y arremetían. Era el momento: me abalancé por detrás sobre el enemigo, rayando el espacio con las descargas de la ametralladora y dando unas voces estentóreas; mis compañeros habían saltado detrás de mí armando idéntico estruendo. Fué un pánico tremendo. Creyéndose rodeados, los rusos andaban como una devanadera de un lado a otro y acabaron echándose en tumulto por el barranco del sudoeste. Estaban completamente enloquecidos: cuatro como éramos les habíamos desalojado de sus guaridas, haciéndonos con todos sus camiones, magníficos Ford, alineados en rectángulo con la llave en el contacto. También cayeron en nuestras manos los cañones que nos cogían de enfilada, unas diez ametralladoras, material, equipajes, municiones, cestos repletos de fruta. Había de todo. Nuestros gritos y disparos a retaguardia habían logrado, pues, que varios centenares de rusos se creyeran en medio de un cataclismo y se escabulleran al otro lado de la meseta.

Vociferando cada vez con mayor brío y quemando todos los cartuchos de las ametralladoras nos precipitamos a sus alcances. Poco después, una de nuestras compañías se nos juntó a paso de carga en la encrucijada.

* * *

Pero era indispensable no abandonar a los rusos, que como alma que lleva el diablo, corrían por el bosque. Recibimos orden de perseguirlos y aniquilarlos.

Nuestro empuje era irresistible. A granada limpia nos apoderamos del último cañón antitanque que los rojos intentaban remolcar por el encinar en la pista de barro, y pisamos el fondo del valle, verdadera jungla ecuatorial inundada por las aguas de la tormenta de por la mañana y cortada por estrechos barrancos de diez o quince metros de altura, perpendiculares como árboles.

Nos dejamos resbalar sobre los talones, para remontar luego otra pendiente agarrándonos a las raíces y a los troncos. La vegetación, frondosísima, difundía olores que se subían a la cabeza, e infinidad de enjambres de abejas dispersados durante el combate zumbaban en torbellinos rabiosos. Agotadas todas las municiones de la ametralladora, no me quedaban para el cuerpo a cuerpo sino el revólver y unos veinte cartuchos. Corríamos de árbol en árbol, acribillando al enemigo en la arcilla y en los zarzales. Barrimos así lo esencial de sus fuerzas hasta la otra falda del monte, completamente despejada, rayada por una pista cenagosa, en extremo ardua. Los rojos corrían en tumulto.

Mientras tanto, la artillería alemana encargada de secundarnos emplazó sus piezas en la encrucijada que conquistáramos, justo enfrente del camino descubierto. La caballería rusa, que no había podido combatir en los jarales, trataba en ese momento de salvar a los animales escurriéndose por aquel espejo de barro, vertical casi como un poste.

Ni soñado un blanco más claro: los obuses del Reich llovieron despedazando a la tropa y a los animales; los bolcheviques huían por todas partes enmarcados implacablemente por las explosiones. Nuestros lanzagranadas se sumaron a la zarabanda y prácticamente no quedó ni rastro de la columna soviética.

Pero muchos rusos se habían disimulado en los matorrales y en los oscuros légamos del valle.

El frenesí de la acción nos llevó demasiado lejos. Casi sin municiones, viendo por otra parte aniquilados a los fugitivos, quisimos volver a nuestro punto de partida.

Pero andábamos en plena jungla, distraídos, por la acometida, de la dirección del combate, y apenas hubimos retrocedido un centenar de metros, una descarga de ametralladora nos cerró el paso. Los bolcheviques estaban en las breñas. Desde ese momento no hicimos más que tropezar con ellos; se creían perseguidos y disparaban. Los nuestros se extraviaban en la espesura de los zarzales o forcejeaban en la tierra esponjosa.

Tenía yo el uniforme hecho jirones; del pantalón de montar, rajado de arriba abajo por el entrepiernas, quedaban dos harapos embarrados: único aspecto cómico de la situación. El crepúsculo, en efecto, se nos había echado encima y ya no se veía nada: atravesar los barrancos cortados a pico resultaba peligrosísimo. Creímos que íbamos a pernoctar en el dédalo de aquellos breñales, entre las emboscadas rusas.

Dos kilómetros más o menos nos separarían del grueso del batallón. Reuní cuantas fuerzas me quedaban y, exponiéndonos a atraer sobre nosotros a todos los enemigos desperdigados por la espesura, empecé a llamar con voz de trueno en la oscuridad húmeda de la selva. Escuchamos con ansia. Voces lejanas, casi imperceptibles, nos respondieron. Avanzamos a su encuentro.

Los rusos, escarmentados, no debían encontrarse en mejor situación que nosotros. También ellos habían perdido su unidad. De vez en cuando nos deteníamos para descansar algo y gritar de nuevo. Nos respondían más distintamente. De barranco en barranco, de lodazal en lodazal, nos fuimos acercando. De pronto un tropel de voces confusas nos llamó: una patrulla de las nuestras. ¡Estábamos salvados!

* * *

Nos reunimos en la noche.

El enemigo no intentó ya la menor resistencia; sin duda alguna los grupos diseminados por los

bosques y en los cienos del valle huían hacia el sudoeste, para juntarse con sus batallones diezmados por el asalto. Tornamos derecho hacia el sur por el agua fangosa y a la una de la madrugada nuestra columna de cabeza penetró sin tropiezos en Schirwenskaja.

A la mañana siguiente enterramos nuestros muertos, cubriendo sus tumbas con girasoles, flor de grandeza y de gloria.

Tal cantidad había de barro que ya no podía uno desplazarse como no lo hiciera a caballo. Los soldados montaban la guardia descalzos, en veinte centímetros de agua. Ni una motocicleta circulaba por la región.

El 20 de agosto por la tarde el sol apretó de firme, y el crepúsculo desplegó magníficas hogueras violáceas y rojas. Buen tiempo anunciaba lucha. Nuevos combates se avecinaban.

TJERJAKOW

El 29 de agosto de 1942 muy de mañana reanudamos la marcha a través del Cáucaso. Salvado el río impetuoso sobre un puente construido a toda prisa por los pontoneros, nos hundimos en la selva. Unos kilómetros de subida, un claro y luego unas isbas de donde un puñado de soviéticos escaparon sin disparar: el pueblo se llamaba Paparotni, y tenía al sol hermosas viñas, manzanos y ciruelos.

Había que proseguir el avance durante una docena de kilómetros, hasta el poblado de Tjerjakow. En Paparotni un radiotelegrama indicó la situación a nuestro jefe: «Tjerjakow fuertemente ocupado por el enemigo». Dejando en un claro bagajes y material pesado, nos introducimos con cautela entre las jaras y los robledales gigantes.

De lo alto de una cima descubrimos a nuestra derecha, por una abertura, un poblachón alargado ocupado por los rusos. íbamos siguiendo una veredilla desdibujada, cubierta de gramíneas y de hierbajos; según los mapas, Tjerjakow no podía estar muy lejos. Dejando la pista, brújula en mano, nos adelantamos por las frondas durante unos veinte minutos.

Cantó un gallo.

Tjerjakow.

Deslizándose bajo los árboles y entre unos peñascales grises, una patrulla partió en reconocimiento, alcanzando el límite. Tjerjakow brillaba en el hueco de las montañas, encaramado en un cerro; parecía bastante extenso, pero enteramente engastado en los maizales que, con sus dos metros de altura, invadían hasta los techos de paja de las isbas. Sobre un cerro, una escuela. En lo más bajo, el kolkosc, a la salida de nuestra selva.

Los exploradores no perdían detalle. En torno de una cocina de campaña, a cosa de veinte metros, tres rusos reían a carcajadas, fanfarroneando, sin sospechar lo que se avecinaba. Los nuestros se arrastraron hasta una cerca, acercándose sin ser vistos a los cocineros y de pronto les apuntaron con sus revólveres a la nariz.

Ni uno de los tres se atrevió a dar una voz ni a hacer un ademán ; la patrulla los llevó en el acto hasta el encinar, sin un disparo.

En el bolsillo de uno de los rusos la lista para la cena indicaba trescientos cuarenta hombres; no cabía mayor exactitud de información. Supusimos también que el enemigo disponía de artillería y de cañones antitanques.

* * *

Acababan de cantar los tres «vatels» stalinianos cuando un tiroteo estalló a treinta metros de nosotros; los rusos nos pagaban en la misma moneda.

Acaso uno de los suyos, yendo a visitar a los pinches, encontró la cocina abandonada... Escamados, los bolcheviques se habían adelantado en silencio por la orilla del bosque para coger-nos desprevenidos. -Pero uno de nuestros suboficiales los descubrió justo a tiempo y disparó la pistola ametralladora. Cayó hecho un colador con los pulmones perforados, vomitando sangre, pero dispaando lo mismo. Aunque en un principio, un momento de pánico alborotó nuestras filas,

el heroísmo del suboficial nos permitió reagruparnos. El se derrumbó luego, cuando por encima de él nos arrojamos al cuerpo a cuerpo.

Las dos compañías que tenían que asaltar el poblado partieron sin perder un segundo. Ya que estábamos descubiertos, ¿no era mejor acabar de una vez?

Como oficial de órdenes debía generalmente enardecer los ánimos de los nuestros cuando el golpe se presentaba duro o cuando los hombres flaqueaban.

Parte de nuestras tropas iba a caer sobre Tjerjakow por el kolkose, mientras la otra, tras un rodeo, se descolgaría desde las alturas. Nuestros hombres no las tenían todas consigo ; muchos reclutas para quienes aquello constituiría el bautismo de fuego vacilaban en salir de detrás de los árboles y de las peñas.

Seis soldados más decididos, armados con fusiles ametralladores, se habían metido en un rincón de un hangar del kolkose ; con una ametralladora en los puños me uní a ellos. En pocos minutos alternando los disparos, nos metimos unos cien metros dentro de Tjerjakow.

Desgraciadamente nuestros antitanques disparaban demasiado corto, dándonos de lleno ; por su parte, los rojos atrincherados en una isba barrían la calle.

Dejando que los camaradas descargasen sus armas contra aquella posición salté dentro de los maizales, alcancé el costado oeste de la casa y derribé la ventana lateral de la isba, emplazando en medio la ametralladora. La descarga en plena habitación produjo un efecto fulminante. Los supervivientes arrinconados se rindieron. Una mujer que combatía con les rojos se retorció por los suelos en plena crisis de histeria.

Lánceme por la aldea en persecución de los soldados soviéticos, disparando, de pie, con la ametralladora. Pronto me rodeó un tropel de prisioneros ; no sabiendo qué hacer con ellos les distribuí a cada uno un pedazo de papel de periódico bruselés que destinara a usos más prosaicos que el alimento espiritual. «¡Dokument! ¡Dokument!» grité a cada uno. Aquellos mofletudos borricos creían en la magia del «dokument». Con los brazos en alto, agitando su papel, corrieron todos a retaguardia, donde, al principio causó sorpresa tanto lector mongol de la prensa belga; pero enseguida comprendieron allí que algunos ingeniosos y expeditivos valones debían haberse entrevistado antes con ellos...

Para el cuerpo a cuerpo nada como tirarse a «tumba abierta». Corrí pues hasta la extremidad del pueblo soltando de paso, en cada ventana cortas ráfagas de ametralladora. Sólo me detuve más allá del caserío, mientras mis seis valientes iban extrayendo bolcheviques de las isbas y de los establos. Muchos salían de los campos y de los maizales.

Mi ametralladora estaba bien emplazada. A los veinte minutos toda una compañía valona pudo llegar junto a mí y los camaradas que bajaban de la cumbre se nos unieron a su vez.

No sólo pudimos alinear una interminable fila de prisioneros, sino que también teníamos conquistados los cañones y piezas antitanques de los rusos, en perfecto estado, con abundantes municiones.

Guaseándonos visitamos el kolkose donde seguían aguardando las cocinas de campaña de los soviets, repletas de succulenta sopa, en su punto, y una tinaja de sémola ; sobre un carro abandonado amontonábanse barras de pan. Llamamos de nuevo a los cocineros, contentos como unas pascuas de reanudar sus funciones, en los cucharones y en los hornos. En su vida habían preparado el rancho en tan movidas circunstancias, poco antes bolcheviques, luego prisioneros a cajas destempladas, por fin auxiliares valones, ¡todo en menos de una hora ! La sopa ni siquiera se había quemado. En las anchas caras azafranadas, sus dientes de roedores brillaban de gusto. ¡La vida tiene cada cosa!

* * *

No nos cabía en el cuerpo la satisfacción de haber conquistado así el pueblo, alegre y pintorescamente, con un máximo de ganancias. Sopa y sémola las saboreamos sazonadas con el regusto de nuestras hazañas. A nosotros mismos nos extrañaba que todo hubiera pasado tan pronto y tan bien.

Demasiado pronto. Demasiado bien. Las balas volvieron a maullar. Unas pocas primero ; luego

a bandadas.

En un segundo nos pegamos al suelo, detrás de los troncos, entre las marmitas volcadas. ¿Qué pasaba?

Nos miramos aturridos.

Caía el crepúsculo. Águilas negras volaban en círculos trompeteando lúgubrementemente por encima del valle. Toda la selva que bajaba desde el sur sobre los maizales de Tjerjakow escupía un fuego violentísimo.

DESFILE SANGRIENTO

Encontrarnos a la caída del día, doscientos hombres en el fondo de un desfiladero, agobiados por todas partes por las altas montañas caucásicas, violáceas y negras al este, ribeteadas de grana al oeste, pero todas igualmente inhumanas y traicioneras, fusilados por mil enemigos invisibles en las matorrales, era situación que en nada podía reconfortarnos aquella noche del 22 de agosto de 1942, a las ocho.

Por suerte, en cuanto hubo caído Tjerjakow, habíamos instalado fuertes puestos de vigilancia a la salida de los campos de maíz y a lo largo de los jarales; ellos aguantaron denodadamente el primer choque.

Con toda celeridad organizamos el combate. El enemigo era numeroso y el asaltante que nos ametrallaba, nos dominaba. En un abrir y cerrar de ojos apostamos nuestras piezas antitanques y disparamos a quemarropa sobre los rusos que acometían en masa, a cincuenta metros delante de nosotros, a la salida de los árboles. Los obuses fulguraban en las lindes del bosque como bolas de fuego. Volvimos también las baterías cogidas al enemigo. Bajo el diluvio de hierro la masa soviética se detuvo. El cuerpo a cuerpo empezó; duraría cinco angustiosas horas. Sólo uno de nuestros puestos fué liquidado, con nuestros camaradas muertos sobre sus armas, resistiendo todos lo demás.

Por fin, hacia medianoche, el fuego enemigo fué menguando, hasta cesar completamente. Pasamos por encima de filas de cadáveres ; pero las fuerzas rusas se habían eclipsado.

* * *

A la una de la mañana prodújose un nuevo estruendo, esta vez hacia el norte, en el bosque en que por la tarde nos disimuláramos para acercarnos a Tjerjakow. Librábase allí un combate violentísimo, seguramente en los alrededores del pésimo camino forestal de Paparotni.

Una angustia mortal nos atenazó. No cabía duda: era el resto de la legión que, escoltando los equipajes, tenía orden de unírseles, el que estaba luchando.

Llegaron unos enlaces, con los ojos desorbitados: su columna había recibido de sopetón un alud de rusos dispuestos a cortar la larga fila del convoy y estaban ametrallándose a unos metros. Pero, al parecer, los nuestros en conjunto resistían bien.

Lanzamos en dirección de la refriega cuanto nos quedaba disponible. Hacia las tres terminó la lucha y nuestros hombres y carros llegaron en tumultuosa cabalgata.

Todos rivalizaban en relatar las hazañas más extraordinarias. Los heridos eran los más locuaces, revolviéndose en la paja enrojecida y añadiendo mil detalles chuscos al relato de la tropa.

Hubo que interrogar a los prisioneros para comprender algo. Pertenecían a un regimiento reforzado, en retirada, a quien habíase indicado Tjerjakow como posición amiga. Descuidadamente, al crepúsculo, y media hora después de que la ocupáramos nosotros, habíanse acercado a la aldea. Durante cinco horas intentaron forzar el paso en vano, sufriendo grandes pérdidas. Uno de los obuses antitanques les habían estallado en pleno puesto de mando. Renunciando por fin a pasar, trataron de rodear el pueblo por el norte, llevándolos su mala estrella a chocar con nuestra columna de refuerzos y bagajes.

Habían empezado por ponerla en grave aprieto, pero también allí el encarnizamiento de los nuestros les cortó el camino; desconociendo, pues, nuestras fuerzas, dislocados, agotados, se'

retiraron por segunda vez, desordenadamente.

En lo que quedó de noche, allá lejos, hacia el sur, oímos el traqueteo de una columna: los restos del regimiento soviético alejándose con sus carretas por las pistas del bosque.

Al rayar el día fuimos a recuperar los vehículos cuyos animales habían sido muertos. El espectáculo decía la violencia salvaje del encuentro: dos oficiales rusos muertos sobre nuestros caballos apretaban aún el fusil ametrallador en sus manos amarillas, atravesados por una docena de balas.

Enterramos nuestros caídos junto a la escuela y los girasoles de costumbre cubrieron la tierra removida.

Ni un disparo turbó el sosiego del valle.

Era domingo. En el paisaje grandioso de montañas pasamos el día embriagándonos de sol y de colores. El crepúsculo inenarrable de anchas claridades rojas, moradas, salpicadas de nubes color de rosa, entoldó largamente las cumbres mientras en el fondo del desfiladero iba sumergiéndonos el terciopelo azul de la noche.

* * *

Esta noche no fué larga.

Serían acaso las tres de la mañana ; no había oído nadie ni el quebrarse de una ramita seca, y, sin embargo, resbalando con sus ligeras zapatillas de piel de cerdo, grupos nutridos de bolcheviques habían llegado junto a los maizales por la parte baja del caserío. Un horrible alarido nos arrancó de la modorra: «Ourra ! Pcbleda!» (¡Hurra ! ¡Victoria !), gritaban dos batallones soviéticos cerrando contra nuestras líneas. Infinidad de enemigos aullaron por los maizales y saltaron sobre las isbas. Una refriega tremenda, surcada por los trazos ardientes de las ráfagas, echaba unos sobre otros a los asaltantes y a nuestros soldados ; dentro de las cuadras crepitaban las pistolas ametralladoras ; los caballos caían fulminados sobre los soldados del tren cubiertos de sangre.

¡Hora realmente terrible! ;. Qué «esperaba, pues, para aparecer, el alba, que nos permitiría ordenar la refriega... con tal de que no nos barriera el enemigo antes de ese minuto?

Sin dejar de disparar oteábamos las malditas cumbres. Por fin se iluminaron, echando pálidas claridades en el valle: los enemigos pululaban por todas partes, pero sin ocupar, prácticamente ningún punto esencial. Hasta en el borde del bosque nuestros puestos resistían con furor.

Las fuerzas rojas que pugnaban por estrangular las unidades alemanas metidas en las selvas del Cáucaso componíanse de batallones de choque, los más fanáticos entre los bolcheviques, traídos del Donetz al Cáucaso, reforzados por bandas de matones, delincuentes de derecho común, liberados de las cárceles. Seguíanlos también oleadas de tipos medio salvajes recogidos a toda prisa por las autoridades soviéticas en el Azerbaidján y entre los kirghises. Los dos batallones que nos atacaban desde la noche hubieran debido pulverizarnos, pero sólo lograron hacerse con unas cuantas isbas. Desde allí, para poner pie en la cornisa en que estábamos encaramados, no les quedaba más remedio que trepar unos cincuenta metros; nuestras ametralladoras barrían cada una de sus olas de asalto.

Hacia mediodía, un regimiento soviético se instaló en la otra vertiente, al este, dentro de los robledales que dominaban por completo la aldea y nuestras posiciones. Disponía de un batallón con un armamento especialísimo: unos lanzagranadas pequeños como sombrillas femeninas. Pero cien artefactos así representaban una catástrofe para combatientes situados a su alcance.

* * *

Durante todo el día del lunes los rusos multiplicaron sus intentonas.

Resistíamos a duras penas; a cada dos por tres, docenas de hombres debían abandonarnos para arrastrarse hasta los puestos de socorro, y estábamos rodeados de cadáveres de camaradas desfigurados por las abominables balas explosivas de los soviets, que arrancaban la mitad de la cabeza o la vaciaban por completo.

Poco más o menos estábamos cercados, dueños sólo del kolkose en el valle y de un desfiladero por donde, en los momentos de tregua, podíamos enviar a retaguardia a los heridos.

Los rusos controlaban la parte inferior del poblado y todos los bosques que, desde el sur, el este y el oeste, bajaban hacia nosotros. Para coparnos definitivamente les bastaría, por consiguiente, apoderarse del kolkose y del desfiladero norte. A las cinco de la tarde, varios centenares se arrojaron sobre aquella construcción, situada a cuarenta metros bajo nuestra cornisa.

Disparamos furiosamente con las ametralladoras, pero sin poder impedir que los rusos se colasen como un vendaval en el edificio. Iba a anochecer; si el enemigo se quedaba en el kolkose, kirghises y presidiarios soviéticos completarían nuestro cerco en la oscuridad. A costa de lo que fuese, había que desalojarlos antes de que cerrara la noche.

Empujamos febrilmente dos piezas antitanques hasta el mismo borde del parapeto, y a pesar de la ducha de balas y granadas rusas, desencadenamos un fuego de destrucción, casi en línea vertical, justo sobre los techos del kolkose. Diez, veinte, cincuenta obuses destriparon el tejado, levantando enorme torbellinos de polvo y de llamas.

Los rojos huían, saltaban en el maíz, corrían hacia el bosque. Otra vez los nuestros se re'instalaron en el kolkose, en un batiburrillo enorme de cadáveres bolcheviques, de caballos despachurrados, de vigas partidas.

CIENTO VEINTISÉIS HORAS

Ciento veintiséis horas duró el combate de Tjerjakow, ciento veintiséis horas de cuerpo a cuerpo que casi no cesó un instante, excepto durante las horas escasas en que la noche paseaba sobre la cumbres de los montes una extraordinaria luna pajiza, cuyos fulgores color herrumbre suscitaban en el cielo una vida mágica. Las nubes ostentaban gracias de flores y suavidades de paños de seda.

La luz flotaba entre las cimas y daba apenas en nuestro glacis, encajonado en lo hondo del valle. Aprovechamos esa corta tregua para cavar la tierra gredosa blanca como cal y acostar dentro los cuerpos rígidos de docenas de camaradas, cuyos brazos cruzamos a imagen y semejanza de los yacientes de piedra de nuestras catedrales. Sobre el corazón nos iban cayendo las paladas de tierra que tapaban primero las piernas, luego el busto, para velar por fin el rostro. Nos dábamos prisa. Porque cada uno de los muertos era un hermano, un viejo compañero de sufrimiento, de gloria y de fe.

Pasamos el resto de la noche segando el maíz interpuesto entre nuestras posiciones y el enemigo. Sus tallos pesados llevaban un metro a un hombre de pie, y gracias a ellos los rojos se venían sin ser vistos, pudiendo sorprendernos a cada instante. Armados de hoces y de escardillos nos escurrimos en la sombra y en unas cuantas noches, metro por metro, desbrozamos todo el terreno.

Tarea asaz desagradable, porque los rojos también se paseaban, y producíanse encuentros que alborotaban todos los alrededores. Luego, desde las cuatro de la mañana, era preciso permanecer enterrados en los pequeños bunkers. Las primeras claridades verdes se insinuaban entre los desgarrones de las montañas y se posaban sobre las cabezas de los girasoles plantados sobre las tumbas recientes. En general, la trifulca gorda se armaba entonces.

* * *

Terriblemente contraídos, y sin posibilidad alguna de retirada, cada vez se nos hiao más ardua la resistencia en Tjerjakow. Hubo que tomar disposiciones para desbaratar como fuera el cerco. Concertamos, pues, asestar un buen golpe al sudoeste, bajo el pueblo, donde el enemigo demostraba mayor agresividad. El kolkose seguía expuesto a sus asaltos y cada noche corríamos riesgo de hacernos atropellar y luego aniquilar sobre nuestro terreno.

Contraatacar a los rojos picando sobre ellos era exponerse a perder la mitad del batallón y con exiguos resultados. A cien metros de las isbas, en efecto, al final de los campos de maíz, corría un río y un bosque se empinaba detrás de él; en combate frontal jamás cruzaríamos el agua, y sobre todo nunca limpiaríamos el monte.

Apelamos, pues, a los voluntarios; tendrían que unir maña y fuerza. El jefe de la Legión y yo imaginamos una solución de mucha audacia: insinuarnos por el pequeño desfiladero del norte,

avanzar profundamente hacia el oeste, volver entre los árboles a espaldas de los rojos, caerles encima de sopetón y arrojarlos sobre nuestras posiciones de Tjerjakow.

Los golpes imposibles son los que salen bien, porque nadie piensa en precaverse.

Unos muchachos de la compañía de la Juventud bajaron al barranco y se colaron a contra sesgo bajo los árboles. Durante diez horas aguardamos a que se produjese el ataque.

Pero no ocurrió nada, y al comenzar la tarde nuestros cervatillos reaparecieron extenuados: el terreno era muy accidentado ; patrullas soviéticas infestaban el bosque ; el oficial juzgaba que nuestro plan era irrealizable. De acuerdo con sus atribuciones había ordenado el repliegue.

* * *

Sin embargo, la operación tenía que hacerse.

El enemigo arremetía con violencia acrecentada, y si no le asestábamos un mazazo decisivo, nos lo daría él. O intentarlo todo o perderlo todo; ese era el dilema. Pedí de nuevo voluntarios: la misma expedición de antes, íntegra, solicitó partir de nuevo, y el oficial, convencido de la necesidad del golpe de mano, volvió a encargarse de los hombres. A media voz, los arengué en el fondo del barranco.

Los ojos de los muchachos relampagueaban, soberbios; algunos habían recibido la Cruz de Hierro por la mañana y ansiaban honrarla. Partieron.

Con los anteojos los seguimos un instante.

Otras dos horas pasaron. Eran las cinco de la tarde. Los rojos, decididos a apoderarse de nuevo del kolkose, nos asaltaron aullando ferozmente, como de costumbre.

Otro grito, estridente, de voces más débiles, les contestó. La horda roja no había desembocado aún cuando nuestros jóvenes, que aguardaban el momento oportuno disimulados detrás de ellos, se precipitaron como leones, saltando al combate.

Los bolcheviques se creyeron cercados. La mayoría, no sabiendo dónde meterse, se vinieron hacia nuestras ametralladoras o se tiraron al suelo, junto a las hayas. Muchos, gigantes de ojos oblicuos, verdaderos tipos de gorilas, se rindieron domados a culatazos por nuestros chicos imberbes.

Desgraciadamente, la mitad de aquellos héroes niños habían caído fulminados a la salida del zarzal o al atravesar el agua; sus cuerpos gráciles flotaban bajo las cascadas. Vencimos, sí, pero la sangre más fresca y más pura fué el precio de la victoria...

Cada uno de nuestros jóvenes héroes valía más que la cama-da de prisioneros brozosos, de cabeza amarilla y chata, erizada de pelos como alfileres, que temblaban acurrucados en los sótanos de la escuela. Contraste brutal, acabada ilustración del alcance del duelo: o Europa, afinada por veinte siglos de civilización, o aquellas mesnadas de Asia, con su mueca animal, tras las insignias rojas de los soviets. Nuestros pequeños voluntarios habían escogido; tan valientemente como nuestros veteranos, habían muerto por el ideal que brillaba en sus ojos nuevos.

* * *

Desangrados por esa operación, los rusos se replegaron por el bosque, al Oeste y al Sudoeste, y ya no se arriesgaron en los cuerpo a cuerpo en ese sector, cubierto de cadáveres de compañeros suyos.

Algunos cerdos deambulaban antes los puestos soviéticos, devorando sin escrúpulos los cuerpos nauseabundos, rápidamente corrompidos por el sol. Los rojos contemplaban con envidia aquellos guarros creófagos que chapoteaban a veinte metros de ellos en los intestinos verdes de sus compatriotas; visiblemente, ansiaban atraer a sus líneas alguno de aquellos bichos asquerosos. Por fin lograron hacerse con uno, y oímos sus gritos de entusiasmo. En Tjerjakow, la antropofagia se practicaba con un cerdo de por medio.

* * *

Pronto tuvimos los datos necesarios sobre la situación de tan delicados aficionados al cerdo. Uno de nuestros enfermeros, un tal Brohet, había caído prisionero mientras trataba de salvar a un herido derribado junto al agua.

Los rojos le fueron llevando de puesto en puesto.

Como muchos de los nuestros, había aprendido el ruso; era, además, de los listos. Hombre de buen pico, prodigó sus discursos y cuando, por fin, lo condujeron a retaguardia había tenido tiempo de comprobar la fuerza y las posiciones del enemigo. La oscuridad cayó durante la marcha. Al bordear la pista un precipicio muy hondo, ni corto ni perezoso, nuestro enfermero rodó por el barranco. Por más que los rusos dispararon, Brohet escapaba...

Diez veces se extravió. Al quebrar el alba vimos surgir de un lodazal, a cincuenta metros de nosotros, una cabeza. ¡Era nuestro hombre! A gatas, se llegó a las líneas, sano y salvo, verde y embarrado como un hipopótamo del Níger. Desde ese momento los rusos se vieron arrinconados al Oeste, machacados por nuestra artillería antitanque hasta en sus instalaciones de la selva.

Quedaban los encinares del Sudeste, desde los cuales el batallón soviético de los lanzagranadas nos hostigaba terriblemente. De la mañana a la noche teníamos que guarecernos en reductos cavados en el suelo gredoso o bajo las isbas. Al realizar una brevísima inspección, nuestro jefe había recibido tres cascos de granada.

Era absolutamente necesario limpiar las alturas, desalojar a aquellos endemoniados «lanza-patatas», como decía la tropa. Una de nuestras compañías realizó la batida, rechazando al batallón ruso con todo su material.

Pero el contraataque nos costó caro. Una granada se llevó al Jefe nacional de la Juventud Rexista, el preboste Juan Hagermans, antiguo estudiante comunista de la Universidad de Bruselas, convertido a nuestro ideal, heraldo de la grandeza de nuestros viejos Países Bajos, guía épico y encantador, apasionadamente querido por la nueva generación.

* * *

Tjerjakow quedó parcialmente despejado.

Nuestras expediciones rechazaban cada día al enemigo.

Pero en cuanto nuestros soldados se acercaban a las isbas, el fuego estallaba a cien metros de ellos, dándoles apenas tiempo de meterse en los bunkers. El adversario se replegaba, luego volvía, como un acordeón de muerte. Tiradores escogidos de los soviets se habían encaramado en los árboles, como jaguares. A veces apercibíamos uno; apuntábamos cuidadosamente; el cuerpo se venía abajo o quedaba colgando de las ramas.

Pero la mayoría de los trepadores soviéticos resultaban invisibles, y doce de ellos bastaban para imposibilitar cualquier movimiento, para que no se pudiese avanzar diez metros en terreno medio descubierto. Tjerjakow se hallaba rodeado de estos tiradores, parques de cartuchos e increíblemente diestros.

Aquel hostigamiento no podía cambiar nada, sin embargo, en lo esencial: Tjerjakow estaba salvado y los rusos fuera del desfiladero, indispensable para sus contraataques.

Fuimos nosotros los únicos en conservar una posición avanzada en las selvas del Cáucaso del Sudoeste; por todos los demás sectores registráronse repliegues. Tjerjakow quedó plantado como una cuña en el sector soviético, y de él partiría, en octubre, la última ofensiva del Cáucaso Oeste.

Nuestra división se escurrió más hacia el Sur. Relevados por fuerzas de la División SS «Viking», tomamos parte en ese movimiento. Una tarde luminosa de fines de agosto abandonamos las tumbas de nuestros muertos y nos metimos prudentemente, por destacamentos aislados, a través de los encinares del Oeste, por donde aun patrullaba el enemigo. En cierta ocasión, nuestro grupo se cruzó con una larga hilera de soldados soviéticos, fusil en mano. Siete u ocho veces más numerosos que nosotros, pasaron por una cima a pocos metros sobre nuestras cabezas sin adivinar nuestra presencia en los matorrales.

Tras dos horas de marcha, topamos con una aldehuela que ponía su mancha dorada entre los montes azules: Kubano-Armianski, lugarejo levantado y habitado, en tiempo de los zares, por una tribu de armenios fugitivos. Ante las chozas, unos crios extraños, color ciruela, con cabecitas de buhos inquietos, estaban suspendidos, inmóviles como fetiches, sobre unos postes de madera.

ARMENIANSKI

El mes de septiembre de 1942 fué un mes de descanso para las divisiones del oeste del Cáucaso.

Por falta de tropas bastante numerosas para abrir el paso y asegurar el control de las zonas conquistadas en la selva, había fracasado el asalto alemán de la segunda quincena de agosto. Las fuerzas lanzadas hacia adelante habrían bastado quizá si, como en julio, se hubiera tratado de una ofensiva en el vacío. Pero aquella carrera fácil había concluido. Paciente, el enemigo esperó para reaccionar a que, a mil trescientos kilómetros de nuestro punto de partida, nos enmarañáramos en la jungla. Cuando los desfiladeros y los barrancos nos tuvieron bien encajonados, cortándonos de nuestras retaguardias kilómetros y kilómetros de selvas tenebrosas, desencadenóse la guerrilla, violenta, hostigadora, a menudo invisible, siempre mortífera.

En muchos sitios hubo que retroceder; luego esperar la llegada de las divisiones de refuerzo, pues, sin ellas, cualquier avance hubiera sido un puro sueño.

Esperóse, pues.

El pueblo armenio de Kubano-Armianski había sido conquistado por una de nuestras compañías el mismo día en que nos adueñamos de Tjerjakow. El enemigo no había reaccionado, dejándose echar más allá del claro. El frente se estabilizó cerca del límite del bosque.

Nunca habíamos visto un pueblo como aquél. Las isbas, en vez de descansar sobre el suelo, como en la estepa, apoyábanse sobre estacas, por temor a los animales salvajes, que durante el invierno salían de la selva y venían a merodear y comer en el valle. Los armenios se sentían tranquilos allí arriba. Para los animales domésticos tomaban más precauciones aún que para los niños y las mujeres: los establos distaban del suelo cuatro o cinco metros; el ganado era empujado penosamente en lo alto de aquellas perchas para que pasase dentro los meses de nieve, mientras bandadas de lobos hambrientos aullaban al pie de las estacas.

* * *

Los habitantes conservaban intactas las costumbres de las poblaciones del Asia Menor. Las mujeres, de ojos almendrados, negros como el carbón, igual que los que se ven en la alfarería cretense, vivían en medio de millones de moscas, agitando horas y horas con los dedos de los pies un tonelillo fino lleno de leche, suspendido del techo por medio de una cuerda. Al cabo de medio día de semejante batido, retiraban del recipiente una mantequilla medio líquida. Era leche de búfalo, el búfalo negro de largo cuello que pende hasta el suelo como una boa.

Naturalmente, se cultivaba el maíz; las campesinas hacían secar en el suelo las mazorcas brillantes, antes de sacarlas de los sedosos envoltorios.

El paisaje era más impresionante aún que en Tjerjakow.

El esplendor del cielo y de los montes nos obligaba a detenernos veinte veces, cuando, al caer el día, bajábamos de patrulla.

Las montañas escalonaban cada una su color, desde el oro hasta el púrpura y el violeta. Peñascales ciclópeos aparecían ya negros a contraluz, pero de un negro afelpado de terciopelo. Kubano-Armianski, en lo hondo del valle, se hundía en un crepúsculo azulado, con las cintas blancas de algunos fuegos de noche ondeando en los mástiles de las chimeneas.

Bajábamos despacio, contemplando, entre los fustes de los árboles, los colores deslumbrantes que festoneaban las peñas, y el pueblo, anegado en aquella sombra de ardiente azul...

Quince kilómetros de cumbres nos separaban del puesto de mando de la 97.^a División. Yo montaba un caballito ruso que, como una cabra montes, se agarraba a las crestas más estrechas. ¡Qué abismos maravillosos, y, para terminar, qué panorama inaudito! Un circo gigantesco, con murallones de mil metros de altura; en el fondo, una lucecita amarilla cuadrada: el pueblo. El caballejo incrustaba como garras los cascos entre las rocas inestables. Abajo corría un torrente de color verde pálido, tumultuoso, frío como el hielo.

* * *

Muy pronto aquellos enlaces resultaron irrealizables. Comprobando los rusos que nuestro

empuje se había roto, pasaron de la defensiva a la ofensiva, no ya enojándose sobre nosotros en batallones enteros, como en Tjerjakow, sino infiltrándose en pequeños grupos a, través de los bosques, en que robles seculares calcinados por el rayo embrollaban sus troncos ennegrecidos y donde mil matorrales tenebrosos favorecían la emboscada. Nuestras patrullas se desplazaban penosamente en la jungla espesa, desconocida, de la que los mapas no nos entregaban secreto alguno.

Felizmente, las poblaciones de los claros eran acérrimamente antibolcheviques. Algunos de nuestros campesinos armenios partían a quince y veinte kilómetros de Kubano-Armianski para retornar dos días después con una larga fila de soldados rojos. El odio de los lugareños hacia el régimen soviético nos llenaba de estupefacción: pobres, incluso miserables, hubieran debido dejarse tentar por el bolchevismo. Por el contrario, lo aborrecían, al punto de arriesgar sus vidas cada día para ayudarnos. Un viejo campesino, ya cano, que los rojos condenaron a varios años de trabajos forzados, nos demostró una abnegación particularmente fanática; calzado con leves zapatillas de cerdo, conducía cada día nuestras patrullas, infiltrándose por doquier. A pesar de que varios de nuestros guías cayeron en manos bolcheviques y fueron asesinados, el ardor de la" aldea no disminuyó.

* * *

Nuestra situación, sin embargo, hacíase cada vez más precaria. El enemigo no estaba en ninguna parte, pero obraba en todas. Pasamos días enteros explorando, adentrándonos profundamente en el sector opuesto. ¡Ni una silueta de adversario! Pero, al día siguiente, a la entrada misma de nuestro pueblo, una descarga de ametralladora nos tumbaría a varios hombres.

Al fin nos vimos completamente cercados por enemigos invisibles agazapados en cualquier parte, bajo los árboles, como los jabalíes y que vivían de manzanas silvestres y de, rapiña.

La radio hubo de encargarse de las comunicaciones con la división. Los enlaces con la retaguardia exigieron expediciones en regla, en que cada vez hubo de comprometerse la mitad del batallón. íbamos a aprender a costa nuestra lo que son las guerrillas asiáticas.

AL ACECHO

En la guerra de trampas entablada dentro de las selvas del, Cáucaso poco hacía al caso el número de soldados; tres cazadores agazapados en los breñales liquidaban en pocos segundos una patrulla, y una vez realizado el golpe huían. Al día siguiente las trampas acechaban en otro lugar.

El abastecimiento nos venía de la base de Schirwenskaia, situada a unos doce kilómetros de nuestras posiciones de Kubano-Armianski. Dos veces por semana, algunos carromatos arrastrados por bueyes avanzaban hasta el pueblo de Paparotni, recorriendo luego, por un angosto sendero ahogado por la vegetación, de cinco a seis kilómetros de compacto robledal. Iba éste a parar a un pequeño riacho encajonado, con un puente de madera hecho astillas. El convoy bajaba hasta el lecho pedregoso del torrente, siguiéndolo unos centenares de metros, para aventurarse nuevamente entre los matorrales y las majestuosas encinas.

Un día, los rusos, emboscados, dejaron acercarse los bueyes a dos metros de sus zarzas. Las descargas fulminaron hombres y animales. Dos soldados sólo lograron escabullirse en la espesura ; el resto de la escolta pereció sin que les dieran tiempo a mover un brazo.

Desde entonces fué menester enviar la mitad de nuestros hombres dos veces por semana a Paparotni, al encuentro del convoy. A ambos lados de la vereda, los hombres iban purgando metódicamente el bosque.

¡Con qué ansia esperábamos! Generalmente, el convoy aparecía hacia las seis de la tarde. Mientras tanto no podíamos apartar la mirada del claro del bosque de donde, en lo alto de la cuesta, desembocaba el sendero forestal.

Sonaba un tiroteo; ráfagas de ametralladora, estallidos de granadas conmovían los huecos del valle; y, de pronto, surgía una carreta y luego las demás, bajando a galope tendido la falda de la montaña ; luego conducíamos a la enfermería a los heridos, que respiraban afanosamente.

Al día siguiente, de nuevo en patrulla a Paparotni, porque renunciar a ello habría sido capitular. Aquellas emboscadas asqueaban a los nuestros; encabecé, pues, a los hombres encargados del enlace, marchando, para evitar una matanza general, a veinte metros delante de ellos. ¡Menudo suspiro se nos escapaba del pecho al meternos, por fin, entre los manzanos y ciruelos de Paparotni, frontera de abundancia y tranquilidad.

* * *

Auténticos felinos al acecho de la presa, los bolcheviques venían a agazaparse, durante horas y horas, hasta unas docenas de metros de las isbas. Había que dormir vestidos, con el fusil ametrallador junto al cuerpo. Los fumadores, por muy empedernidos que fueran, lo pensaban dos veces antes de escurrirse hasta las plantas de tabaco de los armenios.

Una tarde, uno de nuestros cocineros quiso desenterrar unas patatas en un campo lindante con el bosque. Los rusos, que vigilaban detrás de unos espinos, lo dejaron llegar junto a ellos. Sonó un disparo. El cocinero cayó, con una bala en la pierna, y los bolcheviques saltaron sobre él, echándolo bajo el ramaje. Llamé a dos hombres y corrí tras lea rojos. Oíamos los gritos del desgraciado herido, arrastrado por sus verdugos sobre las rocas y las raíces. Cuando estuvimos sobre ellos, los rojos tuvieron que soltarlo. El pobre camarada, al inclinarme sobre él, me miró con sus ojos llenos de lágrimas; una espuma sangrienta le salía de la boca. La patrulla soviética, antes de abandonarlo, le había abierto el pecho con una docena de puñaladas. Se ahogaba. Las heridas palpitaban y se abrían como si estuviesen vivas. Media hora resistió a la muerte. Tuvimos que cubrirle la cara con un mosquitero, a tal punto se apiñaban las moscas en torno a su boca sanguinolenta. Las burbujas temblaron por última vez: «¡Mamá! ¡Mamá!» repitió, con esa voz de niño que encuentran los hombres en el momento de morir.

Lo enterramos junto a los demás, en lo alto de un talud.

Fuertes estacas de madera circundaban nuestro pequeño cementerio, para protegerlo contra los animales feroces del invierno. ¿Pero quiénes eran más feroces, las alimañas del bosque o esos bolcheviques que, rehusando el combate leal, se soterraban como asesinos, acechando y apuñalando a sus víctimas?

* * *

Los preparativos de la nueva ofensiva alemana estaban por terminar.

Cada día, poco antes de anochecido, aviones soviéticos venían, de tres en tres, a vigilar el sector. Su aparición no duraba nunca más de unos minutos: uno a dos aparatos, alcanzados en seguida por la antiaérea, zigzagueando incendiados, y los paracaidistas perneaban encima de la selva.

Una mañana, a principios de octubre, varias docenas de «Stukas» alemanes velaron sobre nuestras cabezas y picaron verticalmente hacia Tjerjakow. Cada hora volvían, haciendo retemblar los montes. Empezaba la ofensiva de otoño.

Nosotros también, el 8 de octubre de 1942, nos pusimos en marcha. En el fondo del valle contemplamos por última vez Kubano-Armianski en el azul de las primeras sombras. Allí quedaron nuestros muertos entre las grandes estacas negruzcas, alrededor de las cuales, en las próximas nieves, rondarían los hocicos famélicos y las patas nerviosas de los lobos. Aquí y allí, las montañas verdes erguían oriflamas rojos y pardos, pendones del otoño bañados por el oro crepuscular.

Luego cerró la noche y avanzamos en silencio, hasta por la mañana, bajo el dosel de las encinas majestuosas, caladas por los fuegos plateados e inquietos de millones de estrellas...

SELVA Y MONTES

La ofensiva de octubre de 1942 sobre el frente del Cáucaso se había hecho esperar y comenzó en una atmósfera de malestar.

En agosto, el Alto Mando alemán había atacado el formidable macizo por ambas alas; al Sudeste, por el río Terek, hacia los petróleos de Bakú; al Sudoeste, en nuestro sector, en dirección de Batum y de la frontera turca.

La batalla de Terek resultó en extremo dura, sin resultados decisivos. Las divisiones blindadas del Reich viéronse bloqueadas cerca de Grosni. En octubre no fueron mucho más allá.

También nuestro asalto hacia Adler había fracasado.

En octubre, el empuje no tuvo ya por objetivo Georgia y el Transcáucaso; miró a Tuapse, sobre el mar Negro y el control del oleoducto que desembocaba en ese puerto. El oleoducto no era más grueso que el cuerpo de un niño. ¡Por aquel tubo íbamos a luchar durante semanas!

Los únicos pozos de petróleo conquistados por el Reich y no incendiados eran los de Maikop y hallábanse en realidad en Neftegorsk, entre Maikop y Tuapse. Las instalaciones habían sido dinamitadas por los rojos; el petróleo seguía desparramándose, invadiendo con sus oleadas espesas todos los arroyos, ennegreciendo los juncos y las hierbas. Los alemanes, con su genio de la organización, se obstinaron en volver a explotar los yacimientos, de extraordinaria riqueza y particularmente aptos para la Aviación. Cuando, por la mañana del 9 de octubre, llegamos a Neftegorsk, quedamos maravillados viendo la labor desarrollada en mes y medio por los ingenieros del Reich. Extendíanse imponentes edificios de ladrillos, flamantes, enteramente terminados.

Pero para que los millones de litros de tan precioso líquido pudiesen dirigirse regularmente a los barcos petrolíferos del Mar Negro había que completar el trabajo con la conquista del oleoducto de Tuapse. Eso incumbía a los soldados. La operación de otoño constituiría, pues, una operación de orden económico tanto como militar. No era la primera vez — ni acaso la última— que miles de hombres caerían por un tubo de petróleo.

* * *

Los rojos defendían potentemente la carretera y el ferrocarril de Maikop a Tuapse, sabedores como nosotros de la importancia de aquel tubo tan violentamente deseado. En el mes de agosto, los tanques del Reich habían atacado las barreras soviéticas sin resultado; a principios de octubre de 1942, el Mando alemán lanzó las divisiones de asalto, a las que pertenecíamos, en una operación ingeniosamente ideada: a través de las montañas de mil metros o más de altura, cubiertas de árboles y sin caminos, decenas de millares de soldados se abrirían paso, a hachazos, desde el Este y el Sur; irían gradualmente a atacar por retaguardia las barreras enemigas, reuniéndose, a espaldas de los rusos, en el camino de Tuapse, a veinte, luego a cuarenta, luego a cincuenta kilómetros de Neftegorsk.

Nuestra división de cazadores, especializada en las operaciones de montaña, nos llevó con ella. Al abandonar la cuenca petrolífera, diluviaba. Tras dos días de marcha en los barrizales, afrontamos los montes elevados, dorados de nuevo por el sol.

* * *

Los bosques, fantásticamente frondosos, se componían de gigantescas encinas, nunca explotadas, y de millones de manzanos silvestres, que nos penetraban con su ácido perfume.

Trepamos hasta las cumbres, donde los rojos ocuparan un gran campamento, lleno aún de despojos, y por los claros se nos presentó un prodigioso panorama de robledales, siempre verdes, enmohecidos por las hojas pajizas de los manzanos, vencidos ya por el otoño.

Luego bajamos por las vertientes, a todo correr. Los caballos daban resbalones de quince o veinte metros ; había que aferrarse a las raíces. Acampamos, bajo tiendas, en un minúsculo villorrio, de nombre curioso: Travalera. Asaltando aquellas casuchas perdidas cayeron más de cien soldados.

Era el último pueblo; detrás, la selva, de varios kilómetros de profundidad, crecía salvaje como la jungla del Congo.

* * *

El ejército combatió más que nada con el hacha, el serrucho y el azadón. Tropas de vanguardia perseguían al enemigo, desalojándolo, kilómetro a kilómetro. Detrás, regimientos de zapadores construían en el flanco mismo de la montaña, y venciendo los peores obstáculos, una carretera enteramente nueva. Era increíble. El camino, con un suelo de decenas de millares de rodillos, se agarraba a cornisas colgadas sobre barrancos vertiginosos, apuntalados por imponentes murallas de estacas. Los coches-orugas más potentes podían seguir cómodamente aquellas pistas durante

muchos kilómetros y alcanzar así las cumbres. Cada doscientos o trescientos metros, para facilitar los cruces, redondeábanse espaciosas terrazas.

A medida que avanzábamos por delante, el empleo de los vehículos se nos fué haciendo difícil, y acabamos por renunciar a ellos. Miles de prisioneros transformados en cargadores hicieron las veces de camiones. Hubiérase dicho la selva ecuatorial. Cada uno de ellos transportaba, atado a las espaldas, un recipiente de madera ingeniosamente ideado, sobre el cual se colocaba o una caja de municiones, o un bidón de agua, o un saco de abastecimiento. Todo, incluso la bebida, tenía que llevarse a hombros. Las hileras de cargadores seguíanse día y noche.

Nuestra división había llevado consigo innumerables mulos magníficamente albardados; nosotros, igualmente, algunos caballos. Pero en las alturas no existían pastos, y estábamos sin un manojo de heno o un grano de avena. No pudiendo darles forraje, los conductores alimentaban a los animales con ramas de abedul. Las hachas golpeaban interminablemente los troncos, viniéndose abajo girones enteros de bosque, sólo para ser podados. Pese a que las caballerías comiesen con avidez los haces de ramas, los flancos se les adelgazaban a ojos vistas.



Ilustración 1. León Degüelle



Ilustración 2. León Degrelle saliendo de alistarse como voluntario para la lucha contra el comunismo

Mientras el zapador abría la ruta hacia Tuapse, el cazador y el arriero esperaban acampando en cabañas construidas por la tropa misma.

Verdaderas ciudades forestales nacieron así. El alemán lleva metido dentro un chalet de montaña. Algunas de aquellas pequeñas construcciones eran obras maestras de gracia, de confort y de solidez. Cada una llevaba su nombre; la más deplorable de todas, humorísticamente, el de «Casa del Arte alemán».

El otoño fué muy apacible. Nos desbastamos mesas de madera y bancos rústicos, y comíamos ante nuestras cabañas silvestres. El sol sólo atravesaba la enramada. Los aviones buscaron en vano nuestros campamentos. Por la noche, a lo lejos, en los valles, veíamos arder las estaciones de la línea férrea Maikop-Tuapse, y a quince kilómetros de distancia, unos trenes incendiados ; con anteojos distinguíamos muy bien los esqueletos negros y el cuadrado de color rojo vivo de cada departamento. Los «Stukas» hacían la vida imposible a las fuerzas de la U. B. S. S.

En la extremidad de la selva, las tropas de vanguardia y los zapadores habían alcanzado, por fin. un camino de herradura que empalmaba, tres kilómetros más allá, con la famosa carretera del Mar Negro. Los rojos se defendieron con saña. Los peñascales más altos fueron conquistados tras durísimos cuerpo a cuerpo; numerosos cadáveres, chamuscados por el incendio de los árboles, ennegrecían el suelo color bronce.

Toda nuestra división se puso en movimiento para el poseer asalto por el sendero improvisado por los ingenieros. En cada uno de los recodos, carteles humorísticos, pintados con mucho talento, indicaban los peligros, bastante visibles por lo demás sin carteles. Mulos testarudos, cargados de

cajas de municiones o de cacerolas, rodaban, en un estruendo infernal, yendo a reventar sobre las rocas, a cien metros debajo de nuestras botas.

Llegamos al valle y al camino de leñador que, recto como una regla, se estiraba entre dos colinas rocosas. Los rojos llevaban ocho días barriendo despiadadamente el desfiladero, aniquilando a cuanta patrulla alemana se acercara a sus posiciones.

Los «Stukas», por su parte, trituraban cotidianamente los bunkers rusos. Aquel día, los destrozos fueron tales que pudimos alcanzar las trincheras enemigas, convertidas en un osario espantoso.

En compañía de uno de mis oficiales, me llegué, por la noche, hasta los montones de cadáveres acumulados desde hacía una semana y ya en un estado monstruoso de putrefacción. Más que nada me impresionó una fila de rojos tumbados por una descarga de ametralladora y alineados unos sobre otros, como un paquete de naipes, cada uno con el fusil ametrallador en la mano podrida.

Por la mañana siguiente quise fotografiar la macabra escena.

En el momento en que miraba por el enfocador, me pareció que uno de los cuerpos se movía ligeramente. Cierto que millares de gusanos asquerosos, amarillentos, bullían sobre ellos; pero quise cerciorarme perfectamente. El cadáver que parecía haberse estremecido tenía la capota vuelta sobre la cabeza ; me acerqué, revólver en mano, y bajé bruscamente el uniforme. Dos ojos enfurecidos se clavaron en mí como dos brasas.

Era un agitador bolchevique; acostado en aquel pudridero desde la víspera, había dejado que las larvas lo cubrieran. Llevaba consigo un testamento en que declaraba que, judío como era, estaba decidido a todo con tal de vengar a los judíos.

La pasión de los hombres no conoce límites...

* * *

Los «Stukas» habían aplastado de manera inimaginable la intersección del sendero forestal y de la carretera del mar. Infinidad de cadáveres soviéticos colmaban los hoyos de los fusileros, apretando aún algunos en sus dedos endurecidos las vendas desenrolladas demasiado tarde. Un oficial herido en las piernas había podido apenas bajarse el pantalón, cayendo muerto, de cabeza en un nido de ametralladora. Su trasero, blanquecino, por donde correteaban puñados de pringosas orugas, brillaba al nivel del suelo .

Al principio de las operaciones, es decir diez días antes, tres jóvenes alemanes habían logrado escurrirse en patrulla hasta las rocas del arroyo, entre los fortines rusos. Sus cuerpos aparecían ahora sobre las piedras, con los ojos dilatados, la barba tenue y rojiza; las costillas, secas, habían reventado ya las guerreras verdes.

Alcanzamos la famosa carretera de Tuapse. El pueblo del cruce no era más que una serie de enormes cráteres. Los rusos habían convertido los pequeños túneles de evacuación de las aguas de la montaña, bajo la línea del ferrocarril, en una estrecha sala de hospital. Abandonados desde hacía dos días en les pasillos helados, los heridos habían perecido todos, faltos de cuidados.

Un hermoso río remansábase en un embalse. Quería bañarme, pero tuve que salir corriendo del agua: los cadáveres putrefactos pululaban entre dos aguas, y a cada braza se tropezaba con uno.

Pasamos la noche acostados por tierra, en el hedor de aquellos pudrideros pegajosos que, mejor que cualquier sermón, predicaban la vanidad de nuestros cuerpos de hombres...

HURACANES Y PRECIPICIOS

La conquista, en octubre de 1942, de una profunda sección de la carretera de Maikop a Tuapse representó una victoria importante. Restaban veinte kilómetros para llegar al gran puerto petrolífero del Mar Negro. Veíamos ya la meta.

Se nos dejó una noche de descanso, y, al día siguiente, saliendo nuevamente de la carretera,

emprendimos otro rodeo por el bosque. Unos kilómetros en la hondura del valle, y de nuevo nos cobijaron los robledales salvajes. Llovía a mares, encharcándose el suelo, cubierto de cuerpos podridos y espantosamente viscoso. Nada teníamos del magnífico equipo de las divisiones alpinas: ni chaquetas cortas, ni zapatos herrados. Nuestras largas capotas se arrastraban miserablemente por el barro, y resbalábamos sin cesar por los caminos lisos. En el caos anegado de la selva, el avance se convirtió en un sufrimiento de cada momento. Algunos hombres rodaron también por los barrancos. Al llegar a la cumbre de un monte, descubrimos el famoso oleoducto; a media altura por encima del valle saltaba audazmente de un cerro a otro. Enfrente, en la cúspide de los montes, los rusos nos esperaban fortificados en trincheras que dominaban de muy alto al asaltante. Mientras parte de los nuestros avanzaban por el anillo del valle, empuñé el fusil ametrallador y monté a horcajadas sobre el grueso tubo negro, avanzando a tirones por encima del desfiladero. Los precipicios se cruzaban a cincuenta metros debajo de mí. Sin novedad alguna pisé la otra vertiente, seguido por toda una caballería de voluntarios, entusiasmados por la improvisada sesión de equitación.

* * *

Poco antes de la noche pudimos encaramarnos sobre los montes enemigos, desbordados momentos antes por las vanguardias de cazadores alemanes. Los rojos nos recibieron de pie, muertos en largas filas, dentro de la estrecha trinchera. Se habían dejado matar allí mismo. Cuando estábamos acabando la instalación de nuestras minúsculas tiendas estalló la primera gran tormenta de otoño.

Consistían esas tiendas en pequeños toldos triangulares, rajados por el centro, que servían de impermeables individuales a la tropa. Para levantar una, bastaba acoplar cuatro toldos y mantenerlos por medio de un palo por encima de un espacio de unos dos metros cuadrados. Pero cuatro impermeables significan cuatro hombres: hubimos, pues, de cobijarnos cuatro, con la mochila y todo lo demás, en ese terreno reducidísimo.

Otra complicación suplementaria: durante el día había que desmontar la tienda, para que cada uno se cubriera con el impermeable.

Carecíamos de paja, de hojas secas para echarnos en el suelo mojado. La selva estuvo aullando toda la noche. Allí, justo en el espinazo del monte, las ráfagas de lluvia, de granizo, de nieve, podían llevarse a cada instante nuestras frágiles habitaciones. El agua chorreaba por los agujeros de los impermeables, rotos en diez sitios por año y medio de servicio, y pegados a nuestras caras. Algunos vociferaban en la tormenta: las tiendas se les habían deshecho; calados hasta los huesos, se agitaban soltando tacos.

* * *

Numerosos soldados soviéticos cogidos a la caída de la tarde sobre la montaña, nos fueron enviados durante la noche. Muchachitos de Krasnodar, la mayoría de dieciséis años, delgaduchos, llevados por fuerza a Tuapse, donde los acuartelaron cuatro días, plazo suficiente para aprender el manejo de un fusil ametrallador, constituyeron alrededor de nuestro campamento un lastimoso rebaño. Los zapatos les habían lastimado los pies; los más de ellos los habían tirado y seguían descalzos en el barro. Como no había ni una choza disponible, pegáronse unos a otros en pleno aguacero, anegados, aniquilados.

Por la mañana, con la asombrosa inconsciencia eslava, empezaron a zarandear sin contemplaciones a sus compañeros muertos. Al cabo de una hora, todos los cadáveres quedaron completamente desnudos, y ellos se pusieron no sólo las capotas y las guerreras de los caídos, sino también sus calcetines y hasta sus calzoncillos. Cuando la columna de prisioneros partió a retaguardia, nos dejó en compañía de largas filas de cuerpos blancos que los chorros de la lluvia azotaban.

* * *

La tormenta duró tres días. Las rachas de nieve aparecieron. Dentro de nuestras tiendecillas intentamos encender fuego, pero la leña empapada despedía una humareda acre que nos quemaba los ojos y la garganta. La tormenta seguía rugiendo día y noche, sin un momento de tregua, arrancando tiendas, calando los uniformes. Muchos soldados, sin impermeables siquiera, tenían que amontonarse en agujeros.

Habíamos podido empujar hasta el vértice de los montes a nuestros caballos. Azotados por el agua, nos lanzaban ahora miradas de desesperación. La última mañana, al entreabrir la cuadra, los hallé encogidos sobre las patas delanteras, muertos de inanición y de sufrimiento...

Los cadáveres de los rusos estaban más lívidos que nunca; el bajo vientre empezaba a verdear, con un color de hierba nueva. La continua presencia de esos muertos desnudos acabó por enfurecernos ; los empujamos a todos, a puntapiés, desde lo alto de los parapetos, y fueron a aplastarse, a quinientos metros más abajo, en el barro de los precipicios.

Nuestra ascensión extenuante, aquellos días y noches de sufrimiento en las cumbres barridas por el vendaval, no nos sirvieron de nada. En efecto, nos llegó la orden de volver a la carretera de Tuapse, para meternos de nuevo, por otro camino, en los bosques del Sur. Atontados de cansancio, cabalgamos de nuevo el oleoducto y acampamos en un valle. Restos carbonizados de tiros rusos cubrían la carretera del mar. Por todas partes, los caballos despanchurrados por centenares de tanques y de cañones alemanes habíanse convertido en charcas sobre las cuales flotaba el pellejo. La artillería disparaba de firme. Aviones soviéticos picaron sobre nosotros, arrojando torpemente sus bombas.

El Pschisch, poderoso riacho que corría a nuestra izquierda entre grandiosas peñas grises y rojizas, fué cruzado en barquillas colgadas de maromas, que nos condujeron como si fuéramos aeronautas a la entrada del túnel del ferrocarril de Tuapse.

Contaba éste con un kilómetro de longitud.

Los rojos no se habían contentado con volar el puente, echado sobre la corriente a la entrada de la montaña; organizaron, además, un carambolaje fenomenal en el interior tenebroso del túnel, precipitando trenes enteros, cien coches por lo menos, unos sobre otros.

La Infantería se introdujo en aquella baraúnda con las mayores precauciones. Había que avanzar en la oscuridad absoluta, durante un cuarto de hora, conservando la mano derecha pegada a la pared de roca; arrastrarse luego por debajo de los dos vagones montados uno sobre otro, para, por la otra pared del túnel, reanudar la misma progresión en las tinieblas, con la mano izquierda sobre la roca húmeda. Cada uno gritaba para advertir su presencia al vecino. Tras media hora de marcha, distinguimos unas pálidas claridades: los rojos habían dinamitado la salida del túnel, abriendo un cráter inmenso que era preciso escalar al final del dantesco corredor.

Los bagajes hubieron de trepar a la cumbre del monte para bajar por un camino practicado a toda prisa por los zapadores en el flanco del bosque cenagoso. Los animales necesitaron para ello un día entero... los que no murieron en el barro o no se fueron de cabeza al barranco.

Una vez fuera del subterráneo, repetimos nuestros ejercicios de equilibrio sobre los restos del segundo puente del Pschisch, y seguimos la vía férrea. Cuando cerró la noche, nos acostamos en un lodo fétido.

Pero eso mismo, al fin y al cabo, fué una suerte. El enemigo, en efecto, nos cogió bajo su fuego, y las granadas se hundían, con un ruido mate, en el barro, sin hacer explosión.

Al día siguiente volvimos a cruzar un valle. El gran puente del ferrocarril de Tuapse se balanceaba sobre el vacío, y la artillería de los rojos pulverizaba literalmente el pueblo por donde llegaríamos a los encinares del ¡Sudoeste; en torno nuestro, las isbas saltaban por los aires a diez metros de altura. Intentar el paso habría sido una insensatez. Fué preciso esperar la noche. Por las hondonadas pantanosas, atiborradas de cadáveres, nos acurrucamos, pues, al pie de un monte enorme, puro engrudo él también, y poco antes de medianoche, con todo el equipo y las armas ligeras y pesadas, emprendimos la ascensión.

* * *

La cuesta, más empinada que una escalera de mano y resbaladiza como betún, subía a novecientos metros; nuestros zapatos, desclavados y gastados, patinaban. Por hilo conductor, en la noche, teníamos el cable de teléfono que iba desarrollando un guía. A cada paso nos exponíamos a dar de narices con los rusos. Además, el menor error del guía habría despeñado la columna entera. Los jóvenes estaban medio muertos de agotamiento ; los más fuertes cargaron sus armas, para aliviarlos; yo llevaba una ametralladora al cuello y otra sobre los hombros; por otra parte, el menor taco de un hombre nervioso podía perdernos a todos.

Los últimos centenares de metros nos costaron sufrimientos indecibles. Muchos, incapaces de trepar más, se doblaban en dos, agarrándose crispados a un tronco de árbol, para no rodar al abismo. Tan densa era la sombra húmeda, que no se distinguían ni los troncos, ni las rocas, ni los cuerpos de los hombres desplomados.

Por fin, a las cuatro de la mañana pisamos la cresta de la montaña, disponiendo inmediatamente nidos de ametralladores y de fusileros. Las primeras luces del día se filtraban empañadas y glaucas. Consternados, miramos los árboles que el viento zarandeaba encima de los barrancos.

EL INDJUC

Pasaron los días. El sol volvió. Las cumbres del Cáucaso eran, sí, incomodísimas plataformas para los soldados, pero la naturaleza derrochaba desde ellas tal magnificencia que nos pagaba con creces nuestras servidumbres y dolores. El otoño extendió sobre las vertientes magníficas pieles de animales salvajes ; sus encarnados suntuosos y sus rojizos estirábanse durante kilómetros y más kilómetros hasta las aguas espumosas que brincaban entre las rocas de los barrancos. A las cinco, el alba alcanzaba la cima de las gargantas, mas la niebla seguía estrechando mucho tiempo aún los valles sinuosos, derramándose de uno a otro, lechosa y neta cual la superficie de un rosario de lagos. Los montes rompían su tersura, islas de lumbre dorada, en una hora de ensueño fantástico. Nuevos islotes iban apareciendo sobre los lagos de niebla: los montes menos elevados que emergían a su vez como las tierras de leyenda tragadas antaño por las aguas.

* * *

Los duelos de artillería comenzaban al amanecer; alemanes y rusos se bombardeaban a porfía y la montaña, con nuestras posiciones colgadas cual niños de cigüeña, interponíanse entre las baterías.

De noche, infantes soviéticos y de los nuestros tramaban disimuladas expediciones; durante el día, todos quietos, dejábamos a los artilleros partirse la crisma. El largo maullido de los obuses nos ensordecía a veces durante horas, a un ritmo de locura; los proyectiles de un bando y otro rozaban nuestro pico justo por encima de nuestras cabezas, silbando uno tras otro en las mismas copas de los árboles; varias veces nos cubrieron montones de ramas.

Estábamos a merced de un obús perezoso o distraído. Y, en efecto, los disgustos no tardaron. Un obús de 120, particularmente caprichoso, estalló a ochenta centímetros de mí, arrojándome por el aire en un torbellino de fuego. Cuando recobré el sentido me encontré entre un montón de escombros: a veinte metros a la redonda todo estaba destrozado y arrasado. Tenía el lado derecho de mi casco de acero arrancado y retorcido, a la altura de la oreja; mi cantimplora abierta como una flor; la ametralladora, colocada antes al alcance de la mano, hecha trizas. Todos me creyeron volatilizado. Pero no tuve más que una leve desgarradura en el antebrazo, una perforación del tímpano y una lesión interna en el estómago. Durante los cuatro años de guerra en el Este fui herido cinco veces, siempre de manera tan insignificante.

* * *

Al cabo de unos días, las tropas alemanas se encontraron listas para el postrer asalto. Nos desplazamos más hacia el sur, pero esta vez por la cresta misma de la cadena de montañas. Frente por frente de nosotros erguía la masa impresionante del Indjuc, de mil trescientos metros de altura, precedida por un formidable cajigal, tupido como una zarza, en el que aquí y allí, asomaban las hendiduras grises de unos peñascales. Desde arriba, al decir de los prisioneros, se veía el mar...

Una vez conquistado aquel monte bastaría bajar hacia las palmeras de las orillas azules y hacia Tuapse...

A casi mil metros por debajo de nuestras ametralladoras, entre el Indjuc y nuestra montaña, corría el riacho Pschisch. Una garganta de varios centenares de metros de profundidad, con un torrente y gigantescas rocas en el fondo, cortaba en dos nuestro sector. Nuestras posiciones subían de un tirón hasta el otro lado, por la cresta, descolgándose luego hacia el río principal. Allá

abajo, a escasos metros del agua impetuosa, ocupábamos una posición avanzada.

Según el plan de combate, los cazadores asaltarían el Indjuc partiendo de la extremidad sur del sector y empezarían cogiendo por detrás las primeras posiciones soviéticas, instaladas al otro lado del Pschisch, debajo de las rocas. En cuanto a nosotros, encaramados en nuestros nidos de águila, nos contentaríamos con vigilar al enemigo y esperar órdenes.

No se nos fué ni un detalle de aquel último gran combate del Cáucaso.

Luego, por los breñales, acometieron los cazadores alemanes, ticalmente sobre el mar amarillento del valle; haciendo alarde de extraordinaria habilidad, sólo enderezaban el vuelo cuando iban a estrellarse en el bosque.

Distinguimos, sí, algunos soviéticos en fuga por las crestas rocosas. Pero, en realidad, los stukas no veían más que nosotros: el encinar era un auténtico techo, bajo el cual resultaba imposible localizar los bunkers de los rojos. Los stukas querían más bien espantar que aplastar.

Luego, por los breñales, acometieron los cazadores alemanes-Oíamos las descargas de los cuerpo a cuerpo; los cohetes blancos de los asaltantes, elevándose regularmente de la selva, puntuaban con perfecta exactitud la progresión amiga. Era de una emoción tremenda. El avance fué rápido: los cohetes llegaban hasta nosotros partiendo cada vez más cerca de la cumbre de las gargantas. Al cabo de dos horas, surgieron de entre la arboleda, casi en el vértice del Indjuc. Pensamos emocionados, recordando el «Thalasse! Thalasse !» del Anábasis, en los primeros cazadores que pisarían la cumbre. Ellos también, como los diez mil héroes antiguos de la retirada narrada por Jenofonte, iban a gritar: «¡El mar! ¡El mar!».

No hubo tal grito, desgraciadamente. Los cohetes no avanzaron más. Las ráfagas de ametralladoras y de fusiles ametralladores se espaciaron. Los stukas ya no se zambullían entre las dos montañas. Incluso la artillería multiplicó sus silencios. Mucho más abajo algunos cohetes verdes esparcieron sus flores y lentejuelas. Crepitaron aún rabiosos tableteos de ametralladora ; pero aquello tocaba a su fin: las compañías de cazadores no habían podido con la enorme selva, desmenuzadas a medida de su avance y tragadas por el obstáculo.

El asalto había fracasado. En las lumbres violetas del crepúsculo el monte Indjuc nos pareció más salvaje y altanero que nunca. Nos había cerrado el paso para siempre.

* * *

Sopló el otoño en los bosques desgrediéndolos, alfombrando el suelo con millones de hojas abarquilladas, ligeras.

Desde nuestros puestecillos, balcanea asomados al valle, contemplábamos morir la selva.

La pendiente, terriblemente rígida, caía a nuestros pies a cientos de metros. Viendo que los rusos venían de noche a patrullar por el flanco abrupto, tendimos unos alambres colgando en ellos viejas latas de conserva. Al tocarlas los merodeadores, chocaban entre sí y abríamos el fuego: al día siguiente aparecían unos bultos pardos al pie de la quincalla.

Los cazadores alemanes que relevamos habían cavado a un metro de profundidad pequeños bunkers individuales, para descansar por turno. Igual que todo lo demás, los heredamos. Debía uno escurrirse por la boca de los agujeros, que tenía justo las dimensiones de un cuerpo, una vez en el fondo hacerse ovillo y luego culebrear por el foso, angosto como un ataúd.

Dada la escasez de pozos, teníamos que introducirnos y acostarnos dentro, de dos en dos, aplastados uno contra otro, con la nariz rascando la tierra. Producía la impresión horrible de que a uno lo habían sepultado vivo, y era menester dominarse para permanecer así estirados, como difuntos enterrados demasiado pronto. No obstante los cascos de obús y la niebla, algunos preferían enrollarse en una manta bajo los árboles; tan tremenda era la angustia que les apretujaba el corazón en aquellas tumbas negras y heladas.

* * *

Una noche cambió el tiempo. Sopló el viento del norte. La tormenta huracanada retorció las copas de los robles y anegó nuestras tumbas-bunkers, en las que el agua manaba por entre las raíces cortadas, subiendo hasta la boca de los agujeros.

Espantados, intentamos vaciar los hoyos con nuestras marmitas. Hubo que desistir.

La cuesta azotada por el viento y la lluvia quedóse en pocos días sin una hoja. El Pschisch se hinchó, desató su tumulto por la hondonada y desbarató los puentes de madera, llevándose detrás de nosotros cualquier posibilidad de abastecimiento en víveres y municiones.

LOS ÚLTIMOS

Las grandes tormentas otoñales, dueñas de los montes del Cáucaso, asestaron el golpe de gracia a cualquier veleidad de ofensiva.

Hubo que acampar en el barro, al azar de los combates. Al pie de nuestra montaña, los rusos batallaban como nosotros en sus agujeros inundados. Por la noche los oíamos vociferar.

Todos estaban chapoteando en la sombra, afanándose vanamente por desaguar los hoyos. De una línea a otra era como un concurso internacional de tacos. Los alemanes gritaban «Sacrament!». Los rusos vomitaban sus «Satana!». Nosotros nos aliviábamos con copiosos «¡Me c...!».

Pero los más favorecidos eran, al fin y al cabo, los bolcheviques, pues el invierno los salvaba; gracias a él, en efecto, las fuerzas del Reich quedaron separadas por unos pocos kilómetros de montaña y de selva, de Tuapse, en el mar Negro.

Frenar así, a tres leguas de la victoria, era desesperante.

Sin embargo, no había nada que hacer, sino estabilizar el frente sobre las cumbres calvas a donde nos llevaran tres meses de combates y de esfuerzos.

* * *

El alojamiento constituía el problema más urgente.

Todos los antiguos agujeros individuales rebosaban agua terrosa, y carecíamos de hachas, de sierras, de material de zapadores. Unas patrullas fueron a rebuscar por las ruinas del pueblo más cercano, para arrancar clavos y dar con un hacha...

A unos metros más abajo de la cima despejamos el suelo para las cabañas, con nuestras palas de infantería, trazando canalillos de desagüe; luego hundimos unas estacas acodando sobre ellas tres capas de troncos, cubiertos con un metro de tierra: un techo suficiente para amortiguar el choque de los cascos de artillería. Pero el agua se infiltraba continuamente entre los tablones.

Dentro de las eremíticas cabañas plantamos unos palos como de medio metro de altura; ramas peladas extendidas por encima de ellos nos servían de somier. Durante la noche el agua subía en la choza, alcanzando por la mañana de veinte a treinta centímetros. Así, por lo menos, se ahogaban los piojos. Estábamos cogiéndolos sin parar, a puñados, bajo las chaquetas o entre las piernas, para lanzarlos tristemente en el agua que chapoteaba bajo nuestra enramada.

Dos meses llevábamos con la misma ropa ; los parásitos nos comían ferozmente. Una mañana me desnudé al aire libre y en una sola función exterminé setecientos y pico.

Las lanas aparecían mechadas de liendres, pegadas unas con otras como granos de maíz. Para desalojarlas se colgaba el jersey encima de un fuego de leña: formaciones de piojos blancos, enormes, trepaban entonces hacia la parte superior de la prenda ; una sacudida echaba los bichos sobre una chapa candente ; chirriaban y estallaban como petardos en todos sentidos ; al fin, la chapa brillaba de grasa derretida.

* * *

El Pschisch, desbordado, hecho todo un señor río, llegóse en una noche al pie de la montaña y convirtió los prados en un golfo cenagoso absolutamente invadible, donde al azar de la corriente flotaban los cadáveres hinchados de los bolcheviques.

Nuestras cocinas estaban bloqueadas al pie de unos abruptos taludes. El agua las sumergió; al día siguiente aparecían * únicamente los tubos de las chimeneas, y las cabezas de algunos caballos que aún resistían aquí y allí. Los salvamos, pero luego perecieron de miseria en los contrafuertes.

Muy pronto sus asquerosas carroñas constituyeron lo esencial de nuestra alimentación.

Nada, en efecto, llegaba de nuestras bases de abastecimiento, ya que los puentes de los pontoneros habían sido arrancados como pajuelas por el agua crecida de dos o tres metros. Toda una semana vivimos masticando trozos de carne ledosa que íbamos a cortar con los cuchillos en las nalgas éticas de los jamelgos muertos ; tironeábamos como podíamos de las carnes inmundas y, crudas y sin sal, las engullíamos.

Con agua de lluvia y un poco de harina que pudimos salvar, confeccionamos unos buñuelos. Pero la menor lumbre en la cresta rapada hacia peligrar el sector. Los rusos nos espiaban ; un hilillo de humo que empenachase el monte nos atraía en el acto treinta o cuarenta granadas. Por otra parte, dentro de las chozas, el humo hacía la vida imposible, llorábamos a lágrima viva ; había que apagar en seguida el fuego.

Taladrados, roídos por el hambre en las covachas inmundas, pronto fuimos pasto de toda suerte de enfermedades. Una epidemia de ictericia invadió el sector; cada mañana salían de los hoyos hileras de soldados febriles, con unas caras azafranadas alucinantes. En cuanto se hubo restablecido un puente provisional, fueron evacuados en rebaños que daban espanto. Más de diez mil bajaron en pocas semanas con ictericia de la cadena del Cáucaso.

Cada uno de nosotros se sabía acechado por la ictericia, la pulmonía y diez enfermedades más. Los efectivos se derritieron, quedando pronto en la mitad.

* * *

Sin embargo era preciso cumplir con el deber y cargar hasta el fin con aquella cruz, pasando horas interminables de vigilancia, tumbando con las ametralladoras a los rojos que se escurrían hasta cerca de nuestras posiciones o entre nuestros puestos, distantes entre sí cincuenta e incluso cien metros.

Cada noche nuestras patrullas bajaban hacia las madrigueras soviéticas. Era una tarea extenuante, mas a nuestros soldados les gustaban aquellas expediciones imposibles.

Una de esas patrullas, sorprendida al alba por los bolcheviques, volvió sin el jefe, un tal Dubois.

Había caído cerca del Pschisch y le dimos por muerto.

Por la noche oímos pedir auxilio en francés, en las rocas abruptas que nos separaban del enemigo. Dos voluntarios bajaron al barranco y trajeron al «muerto» de la patrulla.

En verdad, casi estaba muerto. Con el hombro partido por una descarga, había vuelto en sí mucho después del combate. Ya que remontar en pleno día la cuesta era imposible, no quiso desperdiciar la ocasión de cumplir excepcionalmente la orden recibida de señalar las posiciones soviéticas: atravesó el agua, se escurrió entre dos bunkers y esiúvose varias horas examinando el plan entero del sector enemigo.

Pero lo hizo demasiado bien, pues habiendo descubierto la línea telefónica del puesto de mando ruso, con su única mano válida y tras penosos esfuerzos, cortó el cable con su cuchillo.

Los rusos, intrigados, salieron en reconocimiento. Nuestro Dubois tuvo que echarse de nuevo al agua ; blanco de nutrido tiroteo, recibió varios disparos y una bala explosiva le abrió en la pierna un agujero como una naranja. Arrastróse por los jarales, se hizo como pudo una ligadura y, al cerrar la noche, se dirigió hacia nuestros peñascos, empinados a novecientos metros de altura, encaramándose hasta la mitad con la energía de quien se está jugando el pellejo.

Nos lo trajeron casi exánime. Los enfermeros tuvieron que hacerle bajar aún en la noche la otra falda del monte.

Antes de que el cirujano lo cloroformase, pidió papel y lápiz, y durante veinte minutos trazó ante el coronel alemán que mandaba el sector el plano de las posiciones soviéticas, sorbiendo traguitos de coñac cada vez que iba a desmayarse. Sólo se acostó cuando todo estuvo claro.

Era un suboficial como los demás, del montón. Pero nuestros muchachos tenían una fe, sabían por qué ofrecían su vida...

* * *

Sólo y exclusivamente aquel ideal pudo sostener aún las fuerzas de nuestros camaradas

reducidos a un estado esquelético, en aquella cúspide helada en que vivíamos una atmósfera de locura.

A pocos metros descomponíanse, haciendo muecas, varios centenares de cadáveres rusos.

Una noche de octubre, a eso de las once, queriendo apoderarse de la cumbre, los rojos habían trepado hasta arriba, confiados en que nadie les había oído. Pero cada ametrallador estaba con su arma, y cuando llegaron a algunos metros de las piezas, un fuego violentísimo aniquiló al batallón soviético.

Los rojos fueron sorprendidos en el último instante de la ascensión, con los dedos incrustados en las raíces de los árboles ; algunos rodaron al barranco; otros avanzaron aún unos metros, muriendo en la meseta ; pero los cadáveres más horribles eran los que, asidos siempre de los troncos de las encinas, estaban haciendo muecas en nuestras propias narices.

Imposible llegar hasta los muertos sin que nos liquidaran las ametralladoras y los lanzagranadas rusos que espiaban al otro lado el menor movimiento sobre la cima munda.

Durante varias semanas, pues, hubimos de asistir a la lenta descomposición de esos cuerpos violentos. Por fin las cabezas fueron desgajándose una tras otra y rodaron rocas abajo; encima de los hombros quedaban las vértebras del cuello, blanquecinas y superpuestas como collares de negra.

* * *

A las tres y media de la tarde la sombra descendía sobre la montaña, y a las cuatro había cerrado la noche. Era necesario agazaparse en las chozas oscuras e inundadas, extendidos sobre ramas, roídos por bichos innumerables. A las once de la noche ya no podíamos aguantar más; horas y horas esperábamos, sin embargo, tiritando, a que se filtraran las húmedas palideces del alba.

El enemigo fué mostrándose más áspero. Acababa de efectuarse el desembarco americano en Marruecos y Argelia. Hasta esa aparatosa intervención, los bolcheviques no habían creído en los yanquis; pero la conquista del África del Norte lo cambió todo.

Antes, por ejemplo, venían muchos a rendirse. A menudo, cuando estaban ya por reunírseos, los infelices saltaban en la oscuridad sobre nuestras minas; los supervivientes, enloquecidos, corrían de nuevo hasta sus posiciones, donde eran fusilados en el acto. En cuanto se realizó el desembarco en Kabat y en Argel, ya no venía un solo ruso: renacía la esperanza.

Era preciso estar siempre atentos, y nos relevábamos cada dos horas. Relevos espantosos; nos caíamos en los antiguos pozos llenos de agua ; algunos desaparecían por completo, y los sacaban empapados hasta la medula; muchos entonces rompían a llorar como chiquillos.

Pero más que los hoyos de agua nos asqueaban los malditos cadáveres de los rojos caídos entre nuestros puestos. Al andar a tientas en las tinieblas patinábamos sobre los pútridos montones y enterrábamos el pie en un vientre pegajoso; entonces, sin saber cómo librarnos de aquel horrible fango humano que se nos pegaba a la piel y nos daba náuseas, nos abandonábamos a la desesperación.

¡Ya no podíamos más! ¡Estábamos agotados!

¡Físicamente agotados!

¡Moralmente agotados!

Sólo resistíamos porque andaba de por medio nuestro pundonor de soldados, y porque, voluntarios, queríamos serlo hasta el desgaste total, hasta el último latido de nuestros corazones consumidos...

* * *

Ya no esperábamos nada.

Una mañana, al leer las órdenes, nuestra incierta mirada tropezó con un párrafo estableciendo hora y condiciones de nuestro relevo.

Tardamos en comprender. Y era verdad, sin embargo. ¡La Legión «Valonia» volvía! Se le concedían tres semanas de permiso en la patria; y luego la reforzarían con varios miles de nuevos

voluntarios belgas.



Ilustración 3. Invierno ruso



Ilustración 4. En una aldea ucraniana

Desanduvimos la larga cuesta embarrada que tan penosamente escaláramos una noche de octubre. ¿Qué había sido de los pobres compañeros que aquella noche padecieron en silencio trepando hasta la cumbre? De nuestra Legión diezmada en el primer invierno, en el Donetz, y rehecha por completo en junio de 1942, antes de la gran ofensiva del Sur, ciento ochenta y siete hombres en total, ni uno más, ni uno menos, volvieron a pasar el puentecillo de madera del Pschisch.

Contemplamos despacio la cumbre de nuestros sufrimientos. En la altura ondeaban los girones de oro de algunos árboles que las furias invernales no habían podido arrancar. Como ellos, altivo y atormentado, nuestro ideal quedaba izado indómitamente en el cielo hostil.

V. AGARRADOS AL DNIEPER

Una noche de diciembre de 1942 nuestro tren de permiso cruzó el río Kubán.

Los ingenieros alemanes echaban entonces sobre las aguas verdes un puente metálico, de doble vía, colosal, definitivo, pese a que el frente estuviese crujiendo siniestramente al norte y al noroeste de Stalingrado.

Metódicos como siempre, impermeables a la menor duda, los alemanes continuaban acarreado sobre el terreno formidables vigas de hierro que reemplazarían los puentes de madera improvisados cuando las victorias de agosto anterior.

Con idéntica serenidad habían acumulado en Maikop y Kras-nodar stocks de botas forradas de piel, de prendas de vestir de cuero, de skis, de cigarrillos, de chocolate; depósitos que un mes más tarde volarían dinamitados por los cielos.

El alemán sólo escuchaba la radio alemana; nosotros, más indiscretos, nos habíamos enterado de que los rusos acudían desde el este con ánimo de cortar en Bostow las comunicaciones del Cáucaso, y sabíamos que se avecinaban.

La región permanecía perfectamente tranquila. Algunos centinelas vigilaban a lo largo de las lagunas heladas, de un color verde claro. No se oía nada. Unos cuervos animaban el cielo bajo.

* * *

Una mañana cruzamos los puentes de Eostow, protegidos contra los témpanos por gigantescos tajamares.

Desde la unión de Ucrania a Europa todo aquel «hinterland» habíase convertido en un fabuloso taller. Allí donde un año antes sólo encontráramos vías de ferrocarril carcomidas por la desidia eslava e inmuebles ennegrecidos por los incendios sistemáticos de los rusos, levantábanse estaciones modernas, de quince o veinte vías, flanqueadas de grandiosos edificios nuevos, de cemento o de ladrillo.

Por la entornadura de la pesada puertecilla del vagón contemplábamos atónitos tan maravillosas transformaciones. Infinidad de carteles con los nombres de las principales casas alemanas erguían orgullosamente sobre fábricas y hangares la lista de los vencedores de esa guerra industrial.

Nosotros los soldados habíamos conquistado un espacio asolado, arrasado minuciosamente, fábrica por fábrica, por los soviets en su retirada hacia el Este. Catorce meses habían bastado a la industria alemana para reconstruir, crear, ordenar, transformarlo todo de cabo a rabo.

En el Dniéper, el mismo espectáculo que en el Donetz. En escasos meses, sobre aquel río de más de un kilómetro de anchura, echóse un puente de dos pisos — un piso para los trenes, el otro para los coches. Las luces de la ciudad brillaban hasta en lontananza y de trecho en trecho resplandecían poderosas fábricas. El río corría hacia el mar, inmenso y negro, constelado de innumerables reflejos que se agitaban en la corriente como fuegos fatuos.

Bajo la nieve y la helada, Ucrania extendía sus horizontes rayados por bosquecillos color bronce, alegrados por los postigos verdes o azules de las isbas enjalbegadas. Pero por doquier habían surgido estaciones nuevas, almacenes, ingenios formidables. Descargábanse infinidad de máquinas agrícolas, verdes y coloradas, flamantes como juguetes de Nurenberg. En un año, Alemania había creado en Rusia la colonia más rica del mundo.

¡ Magnífica labor!

¡ Magnífica ilusión! Porque el Reich gastó prematuramente en esa obra de paz europea fuerzas que, según la ley salvaje del odio y del interés, habrían debido orientarse exclusivamente hacia la actividad guerrera de matanza y exterminio.

* * *

La guerra proseguía en 1943 y más que nunca reclamaba corazones fuertes. En 1941

habíamos partido para la Cruzada del Este, porque nos lo imponía nuestra consciencia. En 1943 nuestros motivos seguían siendo los mismos; el sacrificio también debía serlo. Sin parar mientes en los avatares de la lucha y sus tormentos, en el desgarramiento de las separaciones, en la incompreensión que a veces se nos manifestase, teníamos que permanecer firmes al servicio de los mismos deberes.

La vida vale únicamente en la medida en que la ilumina un gran don.

En aras de este ideal ofrecíamos nuestras vidas.

No fué ofrenda retórica: de los seis mil voluntarios belgas que se turnaron en la Legión «Valonia», desde el otoño de 1941 hasta la primavera de 1945, dos mil quinientos cayeron como héroes. Un ochenta y tres por ciento de nuestros soldados recibieron una o varias heridas durante la gigantesca epopeya. De los ochocientos primeros voluntarios de 1941, tres, nada más, entre los que combatieron todos los combates, alcanzaron vivos el final de la contienda: un soldado raso, un suboficial, ascendido a capitán, herido tres veces, y el autor de estas líneas, herido cinco.

Al comenzar noviembre de 1943, nuestra Legión, convertida en una poderosa unidad de los Waffen SS, la Brigada de Choque «Valonia», metió en seis largos trenes a sus dos mil hombres listos para el combate y sus trescientos cincuenta y cuatro vehículos motorizados o blindados.

Nuestros convoyes bordearon los ríos, los sauces, los álamos amarillos de los pelados bosques de ¡Silesia. Aquella cuenca industrial estaba intacta en 1943: hulleras, fábricas de gasolina sintética trabajaban a toda marcha. En los valles se apiñaban aldeas risueñas y felices.

Pero los truenos anunciadores de las grandes tormentas empujaban su fragor por el sur de Europa. El Mediterráneo había sido cruzado por los angloamericanos, en agosto de 1943, favorecidos desde luego por la mala voluntad y más tarde por la defección de los italianos, pero apoyados también por un material aéreo y naval de primer orden.

* * *

El frente ucraniano, al que nos llevaban nuestros trescientos vagones, acababa de soportar una segunda prueba.

Hasta el verano de 1943, todos creíamos en la posibilidad de un restablecimiento alemán en el Este. Stalingrado sin duda alguna constituyó un rudo golpe. Pero como en la primavera de 1942, el contraataque tendría lugar.

El contraataque tuvo lugar. Alemania arrojó todas sus fuerzas disponibles en dirección de Voronech, sobre el Don, y tras dramáticos combates que consumieron miles de tanques, el asalto fracasó. Los soviets, explotando su ventaja, arrollaron a las tropas alemanas hasta Karkow y conquistaron luego la ciudad.

Pérdida infinitamente más grave que la de Stalingrado, aunque menos espectacular, pues no se trataba de un accidente (¿qué país no ha conocido accidentes en la guerra?), sino del sistema mismo.

No se había podido ni rechazar ni bloquear al rulo soviético; desde Karkow, los ejércitos de la URSS alcanzaron el Dniéper, lo cruzaron, rebasaron Kiev y Dniepopetrowsk.

Pero a pesar de todo, nuestra decisión de voluntarios ya estaba tomada: luchar hasta el último segundo contra el soviets. Sabíamos que cada golpe asestado tendría su utilidad algún día.

Además, en la guerra, mientras no se haya perdido todo, no se ha perdido nada. Alemania disponía de un margen de seguridad muy amplio, desde Minsk hasta Burdeos, desde Atenas hasta Narvik, conservando en su poder recursos materiales inmensos. Y sus inventores, fecundos y precisos, podrían descargar bruscamente sobre un adversario demasiado seguro de sí, terribles y deslumbradoras sorpresas. Cruzamos numerosos convoyes, tropas de choque espléndidas, en particular las célebres divisiones «Adolf Hitler» y «Calavera». «Dentro de un mes re-ocuparemos Kiev» — nos gritaban al pasar aquellos soldados incomparables.

* * *

Nuestros trenes siguieron por el sur de Polonia, bajo un cielo seco, celeste y rosado. Era domingo; las mujeres, con faldas oscuras y tocados lugareños verdes, abandonaban sus isbas de adobe y por los senderos de tierra se dirigían a las iglesias de madera pintada.

Aspirábamos el olor del suelo helado..

* * *

Atravesamos la Galitzia, ahogados en las lluvias otoñales. Luego la fila de trenes se orientó hacia el Sur. En lontananza, a poniente, brillaban montes azules. Un río limoso acompañado de matorrales resbaló bajo los coches; atravesando el Dniéster penetrábamos en Besarabia.

Desde entonces la obstrucción de las vías fué tal que para ir directamente de Lemberg al frente se requerían quince o veinte días. Con regularidad de relojería pasaban aún en dirección de Odessa espléndidos coches-cama y coches-restaurante; desde los andenes donde nos carcomíamos esperando durante cuarenta o cincuenta horas veíamos de pronto el desfile de los largos coches de lujo y sus luces anaranjadas.

Pero el tráfico iba paralizándose cada vez más; el ejército fué encaminado con cuentagotas a través de Rumania por una línea de sentido único.

* * *

Nos habían dado a entender que íbamos a Crimea. Las comunicaciones con esta península acababan de ser cortadas a través del Continente por las fuerzas soviéticas, pero se enviaban refuerzos a los defensores alemanes por vía marítima, partiendo de Odessa.

Una mañana, pues, vimos sin extrañeza las murallas rojas de la vieja fortaleza de Tiraspol, sobre la margen derecha del Dniéster.

De la otra parte del río reaparecieron las isbas uniformes, los pozos con largos varales de madera negra, millones de cañas de girasol decapitadas, grisáceas, azotadas por el invierno incipiente. Bruscamente el tren se detuvo y después se lanzó hacia el Este. El viaje hacia Crimea se había desvanecido.

Durante dos días remontamos sin cesar. Las grandes estaciones ucranianas desfilaban cubiertas de nieve. Muchachotas alegres, de senos turgentes, bien redondeadas bajo las prendas de algodón, trabajaban como estibadores en los andenes, mordilleando y escupiendo granos de girasol.

Avanzamos cada vez más hacia el Dniéper, muy al norte de Dniepopetrowsk. Empezó a retumbar la artillería.

La última noche distinguimos a mano derecha los manojos de deslumbradores cohetes; luego otros, tan brillantes, a la izquierda. El tren avanzó durante varias horas cortando en dos el extraño fuego de artificio, y metiéndonos profundamente en un gollete. Algunos aviones bajaron para ametrallar la vía. Delante de nosotros ardieron unos edificios. Estábamos en Korsum.

Nos apeamos allí, en plena noche.

EL OLCHANKA

Teníamos que ocupar posiciones a unos treinta kilómetros al este de Korsum.

En Belloserje, gran poblado de varios kilómetros de radio, paraba el Estado Mayor de la famosa División SS «Viking», a la que seríamos asociados hasta el verano de 1944.

Maravillosamente armada, motorizada en su totalidad y compuesta de miles de muchachotes formidables, cuadrados como baúles y fuertes como leñadores, la «Viking» tuvo por misión defender el Dniéper, rebasado ya al Noroeste y al Sur por las divisiones de Stalin.

Tropas soviéticas habían sido lanzadas por aviones sobre la orilla derecha del río, en la región de Belloserje, cuando las divisiones alemanas en retirada refluían lentamente hacia la margen izquierda y esperaban en masa para cruzar por los rarísimos puentes practicables.

Los paracaidistas enemigos fueron perseguidos en seguida; muchos perecieron en rápidos combates; los supervivientes se escabulleron en la gran selva de Tcherkassy, juntándose con numerosos guerrilleros.

* * *

La zona asignada a nuestra Legión, al sur del sector de la «Viking», lindaba exactamente con el costado oeste de la selva de Tcherkassy.

En aquella comarca de tupida vegetación, formada sobre la orilla derecha del Dniéper, paracaidistas y maquis ucranianos llevaban incrustados varias semanas y habían acabado por establecer contacto con el grueso de las tropas soviéticas que habían franqueado la corriente más abajo.

Un río, el Olchanka, de quince o veinte metros de anchura, limitaba el bosque al Oeste.

Atravesado el pueblo, Starosselje, bifurcaba algo en dirección noroeste, para volver junto al bosque y bajar hacia levante; dejaba allí atrás una aldehuela aupada sobre una colina de la margen izquierda y que tenía el bonito nombre de Baibusy. Del otro lado, junto al límite del bosque y en poder del enemigo, existía un villorrio llamado Sakrewka.

El Olchanka proseguía sus meandros entre escarpadas riberas. Cinco o seis kilómetros más allá tocaba un cuarto pueblo, Mochny, alejándose definitivamente de la selva en aquel sitio y ensanchándose, cruzado por un puente de madera. Cada isba poseía nansas, garlitos, redecillas y otros aparejos de pesca de formas curiosas. Una iglesia admirable, de cúpula oriental, embellecía el horizonte.

Desde Mochny, el Olchanka corría aún unos kilómetros hacia el Este. En la extremidad de una estepa de cañaverales, el último pueblo, jocosamente llamado Losokow, se abría bajo el cielo aborregado de noviembre. Altas dunas blancas miraban el río al echarse éste en el Dniéper lodoso, entre islas rubias y sombríos abetales.

Ese fué nuestro paisaje de guerra, esos nuestros pueblos.

* * *

Empezamos ocupando el centro del sector, es decir, las localidades de Mochny y de Baibusy.

El grueso de la brigada bajó hacia Mochny, su puente negruzco y sus pescadores.

Se me encomendó la defensa de Baibusy. Era por aquel entonces comandante de la tercera compañía, compuesta en su mayor parte de futuros jefes de juventudes, cuidadosamente escogidos, y que habían permanecido mucho tiempo en un seminario de dirigentes; muchachos de dieciséis a diecisiete años, de una pureza, de un ideal transparentes.

Con ellos llegué a Baibusy: dos hileras largas de isbas sobre una cuesta y, al pie de las chozas, un kilómetro de pendiente suave hacia el Olchanka. La selva misteriosa nos contemplaba, con su entrada infestada de fortificaciones rusas que aparentemente no daban señales de vida. Instalamos nuestros lanzagranadas, nuestra artillería, nuestros antitanques y antiaéreos, y la Infantería ocupó sus posiciones.

El pueblo y el bosque estaban tranquilos; no vimos ni una silueta escabullándose entre las cañas grises de los girasoles. En la primera isba del Sudeste establecí mi puesto de mando.

De repente, a las ocho, una descarga, sólo una, desgarró la oscuridad. Cinco minutos después, el puesto de mando, atravesado por balas incendiarias, ardía, en lo alto de la colina, como una antorcha de oro rodeada del brillar de millones de chispas.

La altura entera quedó iluminada.

Sin embargo, después de la descarga no se había oído nada. Algunos uniformes oscuros habrían huido, encorvados, a cencerros tapados, hasta los juncos de la orilla. De los jarales de enfrente unos ojos brillantes contemplaban el incendio.

La batalla entre la selva y nosotros había empezado.

Los campesinos cuchicheaban. Acabamos por saber de ellos que unos diez mil hombres anidaban en el macizo de árboles de Tcherkassy.

Pero, ¿dónde?

Recibían material. Gracias a los periscopios de nuestros puestos de observación distinguíamos a los bolcheviques construyendo numerosos bunkers y trayendo piezas antitanques, que desplazaban a menudo.

-Pero eso en los cien primeros metros. ¿Qué había más allá, bajo las inmensidades de abetos y de robles tenebrosos, hasta el Dniéper al Este, hasta Tcherkassy al Sudeste?

Cada isba era un misterio.

Como casi todos los de Ucrania, nuestros campesinos eran acogedores y maldecían el comunismo, que los había arruinado y esclavizado, cerrando sus iglesias. Pero administradores alemanes los habían tratado a veces torpemente, y desde entonces cierto número de familias contaban con un padre o un hijo en las madrigueras de los bosques vecinos.

* * *

Hice cuanto estuvo de mi parte para que, pese a la guerra, el pueblo de Baibusy fuese un pueblo feliz. El valón, buen muchacho, era pronto amigo de la casa, se hacía útil, distribuía regalitos.

También cuidé de que se restableciera el culto: un pope maravilloso, salido de los bosques donde estuvo escondido veintitrés años, oficiaba el domingo, desde el alba hasta mediodía, vestido de oro y de morado. A las ceremonias asistía el pueblo entero, prosternándose cien veces, besando otras tantas el suelo y entonando durante horas enteras corales melancólicos y ardientes que nos conmovían. En las urnas de cobre y plata resplandecían, a la luz de los cirios, docenas de iconos. El pope, de barba amarilla, bautizaba a los bebés de la semana, les daba a besar interminablemente las imágenes una por una; luego, chillando hasta más no poder, paseaba por la sala a cada uno de los recién nacidos, a fin de que todos conocieran y contemplaran el nuevo lote de parroquianos. Por fin, extenuado, los devolvía a las mamás de mejillas chatas, modestas y radiantes, ataviadas, como casi todas las mujeres de Baibusy, con una larga cogulla monacal parda, con fruncidos en la cintura, y tejida en el pueblo mismo.

Sin tener en cuenta para nada los combates de la noche, asistí regularmente al oficio ortodoxo del domingo por la mañana, en medio de los viejos lugareños de enmarañadas barbas, con las buenas «mamkas» y el piojoso chiquillerío. Tras horas y horas de rezos del pope, nuestro capellán cantaba la misa católica. Nunca un asistente ucraniano se hubiera retirado; gente hambrienta de vida religiosa, se arrodillaban, impresionados, cuando comulgábamos.

Mi ayuda al viejo «pan» de mi isba, que en la otra guerra había perdido la pierna derecha, me dejaba al volver a mi puesto de mando, cubierto de parásitos pero impresionado por la admirable sencillez de costumbres y la fe de los campesinos.

Por dos veces un pelotón de mi compañía atravesó, en la oscuridad, el río Olchanka. Al filo del alba, mis exploradores, unos cincuenta, llegaron hasta las colinas arboladas más allá de Sakrewka.

El bosque no era más que una serie de alturas, donde resultaba imposible instalarse. Los nuestros no hubiesen logrado controlar el terreno desde ningún punto: surgían por doquier cerros cubiertos de maleza, desde donde, en pocos minutos, los rusos podían liquidar una compañía. Los hombres avanzaron dos kilómetros, descubrieron pistas, huellas de carros y de pasos, pero no sonó un disparo. El enemigo se alejaba, se hacía el muerto. La expedición topó, únicamente, con dos pelagatos, que escaparon en el acto, arrojando la manta apolillada, para correr más aprisa.

Únicos despojos de guerra para mi patrulla.

La Primera Compañía, a su vez, recibió orden de ir a sondear el terreno. A las cuatro de la mañana, quince voluntarios, capitaneados por un joven oficial de ardoroso temperamento, entraron sin hacer ruido en el agua glacial del Olchanka. La sombra se los tragó.

Llegaron a un viejo claustro, rebasando, pues, las primeras posiciones de guardia soviéticas y sin embargo, no oyeron en la noche un chillido de buho.

Tenues claridades posáronse en las copas de los árboles: el alba, color paloma, se alzaba sobre el Dniéper. El teniente y sus quince hombres prosiguieron el avance.

De pronto oyeron mugidos de animales; aparecieron unas pisadas. Arrastrándose de maleza en maleza se encaramaron a una altura: dos soviéticos montaban guardia a pocos metros. ¡ Al fin ! ¡ Ahí estaban los prisioneros que nos hacían falta!

En menos que canta un gallo cayeron sobre los centinelas, derribándolos y amordazándolos. Todo sin un grito. Desanduvieron entonces treinta metros, para escurrirse de nuevo por la

hondonada, a Oeste, y emprender el retorno.

Bruscamente, junto a unos pantanos helados, uno de los dos cautivos zancadilleó a su guardia y se escapó. El disparo fatal que lo atravesó dio la señal de alarma; en unos segundos surgió un ejército increíble, pero un ejército como nuestros hombres no lo habían visto jamás.

Al capturar a los centinelas, nuestros camaradas estaban operando, sin saberlo, en la misma entraña de un importante campamento de guerrilleros disimulado por la colina. En un santiamén, pues, se vieron acosados por centenares de combatientes paisanos.

¿Y qué clase de combatientes? No sólo hombres curtidos por la vida del bosque, sino también bandas de mujeres desgredadas y dando alaridos, y míseros chavales de trece o catorce años, ¡con fusiles ametralladores de sesenta y dos cartuchos! Acribillada por más de cuatrocientos guerrilleros, la patrulla formó en el acto un cuadrado.

El joven teniente cayó de los primeros, con una bala en la cabeza. Los otros tenían que salir de la trampa sin pérdida de tiempo: una ametralladora desenvolvía su cinta de fuego junto a cada árbol, cortando la retirada.

La última posibilidad de salvación sería arremeter en línea recta a través del campo soviético y procurar librarse con un movimiento envolvente. Por entre las vacas, los carneros, los fuegos, las cabañas, los soldados se arrojaron, pues, como bólidos, sembrando un pánico de padre y señor mío entre las hordas harapientas de las viejas.

De la matanza salieron vivos sólo dos camaradas, que anduvieron luego vagando en el bosque largo tiempo. Por la noche, un puesto avanzado los recogió medio muertos.

* * *

Se nos dio orden de lanzarnos a una operación de mayor envergadura que tendría lugar al alba del 23 de diciembre, conforme a un plan en extremo audaz: trescientos de los nuestros recorrerían, de noche, en el mayor silencio, los tres kilómetros de hondos pantanos que separaban de la selva de Tcherkassy la zona sudeste de Starosselje; la columna, aventurándose entre las posiciones soviéticas, entraría por la selva detrás de las líneas enemigas y progresaría lateralmente cuatro kilómetros, de Sudeste a Norte, hasta la altura de la localidad de Irdyn.

En la hora H, los trescientos hombres se arrojarían al asalto de la retaguardia rusa para aniquilar el sector.

Yo tuve que mandar la operación.

El 22 por la noche dejé mi testamento sobre la mesita de madera de mi isba y partí para la nueva aventura.

IRDYN

Debíamos estar en Starosselje a medianoche.

En cuatro horas los camiones recorrieron, sobre una pista de rodillos, los quince kilómetros que, a través de los abetales del Sudoeste, nos llevaban a la etapa establecida; para que el enemigo no descubriera preparativo alguno, el rodeo había de efectuarse por detrás del frente.

Desde Starosselje bajamos a los pantanos en dirección de los eriales al sur de las posiciones por aniquilar, con objeto de que tampoco los rojos de Irdyn sospechasen nada. La Segunda y Tercera Compañías de la Brigada «Valonia» operarían juntas, acompañadas de destacamentos alemanes de zapadores, con minas y lanzallamas, encargados de destruir, al compás de nuestro avance, los fortines de Irdyn. Las compañías de Infantería se desplegarían, al este de Irdyn, por toda la anchura del caserío, adueñándose de la localidad y aferrándose al terreno el tiempo necesario para los trabajos de aniquilamiento. En cuanto aquel punto eventual de partida de un ataque soviético quedara deshecho por el fuego y las minas, retornaríamos a nuestras posiciones a través de los pantanos, de acuerdo con las posibilidades del momento.

En un silencio de tumba fuimos siguiendo la pista escarpada. El paso de la columna endurecía la nieve ; de cuando en cuando, un hombre se despeñaba, soltando la ametralladora y el casco,

que rodaban con él hasta el fondo del barranco.

Casi a las cuatro la formación llegó a los lodazales.

El claro de luna acababa de ahogarse en una niebla propicia.

Misteriosos, negruzcos, atestados de trampas, los pantanos se extendían sobre tres kilómetros de profundidad.

Nos precedía un guía que, habiendo intentado solo la travesía la noche anterior, conocía más o menos las hondonadas. Me aventuré tras él con la fila india de mis trescientos hombres, mudos, sobresaltados al menor ruido.

Casi por todas partes el barro y el agua había absorbido la nieve.

Mis soldados, sudando a chorros bajo los gorros de pieles y enfundados en su voluminoso aparejo de invierno, se ahogaban. Hubo que cruzar sobre troncos unos arroyuelos; las piernas nos temblaban; algunos resbalaron en la oscuridad, metiéndose en el agua hasta la cintura.

De pronto, hacia el Sudeste, sonó, lúgubre, el bramido de una sirena. Creí que todo estaba perdido. Todos nos aplastamos contra el barro. Pero aunque la sirena siguió aullando, no ocurrió nada.

Nada. Nunca hemos comprendido aquello. ¿Alarma en otro sitio? El aullido duró veinte minutos.

Reanudamos la marcha.

A un momento dado dejóse adivinar la masa confusa de los matorrales; allí estaba la orilla y en ella, seguramente, los puestos enemigos.

Las botas de fieltro pisaban cautelosamente, para no denunciar nuestra presencia. ¡Menudo desastre, en efecto, si el fuego soviético estallaba de repente sobre una tropa agotada y que para retirarse en medio de la confusión no dispondría más que de aquellos terrenos esponjosos!

Hice pie en un bosquecillo. Llegó uno de los hombres ; luego otro, y así los trescientos contrabandistas, furtivos como murciélagos. La selva se acercaba. En un silencio de pesadilla, camuflada en la nieve, la tropa descansó unos minutos.

Habíamos entrado en un buen sitio. A izquierda y derecha, las posiciones soviéticas debían hallarse bastante lejos de los lugares donde nuestra expedición abandonara los pantanos, a no ser que los centinelas rusos estuviesen durmiendo con excesiva convicción, seguros de que jamás una tropa enemiga cruzaría en número suficiente aquella zona infame de tres kilómetros de charcas desconocidas.

En todo caso, varios centenares de hombres nos encontrábamos ya del otro lado de la línea de combate soviética. Aun debimos darle prudentemente la vuelta durante cuatro kilómetros hasta vernos justo al este del punto de apoyo ruso de Irdyn.

La marcha nocturna, silenciosa, en pleno sector ruso, siguió un sendero de leñadores que atravesaba la selva de Tcherkassy. Zapadores con detectores de minas iban en exploración a cincuenta metros delante de nuestra columna, distribuida en las dos cunetas del camino, con el dedo en el gatillo y dispuesta a replegarse sobre el bosque en caso de agresión.

Pero en semejante coyuntura, en pleno corazón del dispositivo enemigo, sin posibilidad de auxilio o de retirada, ¿no valía más no pensar en ataques? Si el enemigo hubiese adivinado que trescientos hombres se paseaban así, a las cinco de la mañana, a espaldas suyas, si hubiesen cerrado la trampa, tarde o temprano y fuese cual fuese nuestra resistencia, de nosotros no habría quedado ni uno.

* * *

Amanecía.

Nos aproximábamos al objetivo. Brújula en mano encaminó directamente a los nuestros hacia el linde del bosque, cerca de Irdyn.

La Segunda Compañía, encargada de lanzarse al asalto partiendo del Sudeste, encontróse, pues, muy pronto en su línea de partida.

La Tercera, por su parte, acometería desde el Este hacia el Sudeste; debía, resguardada por los árboles, remontar aún a lo largo del caserío, interminable como todos los de Rusia.

Ignorándolo todo de la colocación de los puestos de vigilancia enemigos en la selva de jóvenes abetos, tupidísima y hundida en la nieve, hice que mis hombres se desplegaran: la refriega podía estallar a cada minuto, y quería retrasarla mientras fuera posible. ¿Llegaríamos sino alguna vez al este de Irdyn? No había más remedio que evitar la alarma.

Después de arrastrarnos largo tiempo por la nieve, a cien metros del abetal distinguimos, por fin, los techos de Irdyn, humaredas y algunos cercados.

Veinte minutos llevábamos avanzando cuando, de pronto, aparecieron dos soldados soviéticos. Algo habían oído: tocados con la burda *schpaska* de algodón, miraban ansiosos en dirección nuestra.

Mis hombres se enterraron en la nieve, mientras yo, levemente incorporado, estudiaba el terreno; otros rusos, unos treinta, surgieron tan silenciosos como nosotros, empuñando el fusil ametrallador.

* * *

Seguimos arrastrándonos. Sin comprender ni pizca lo que ocurría en el bosque, los rojos avanzaron a nuestra altura. ¿No se hallaba el frente alemán al Oeste y no al Este? Donde nosotros andábamos era la retaguardia; pero entonces, ¿por qué crujían las ramas secas? ¿Por qué habían visto temblar unas ramas de abeto?

Acompañados a la izquierda por tan peregrina escolta, pudimos salvar cincuenta metros más. ¡Blanco a la verdad tentador!: unas cuantas descargas, y treinta enemigos rodarían liquidados... Hice señas desesperadas a mis compañeros para que dominaran su impaciencia; no nos jugábamos allí la cara para matar treinta hombres, sino para coger Irdyn. En aquel instante sólo importaba una cosa: avanzar más y más hacia el Este.

El centro mismo del caserío apareció a la izquierda.

El choque se produjo entonces, de repente. Dos bunkers soviéticos surgieron a veinte metros, dentro del bosque, abriendo el fuego. Dando voces nos arrojamos en cuerpo a cuerpo. Los rusos, verdaderos colosos hirsutos se defendían ásperamente. El fusil ametrallador saltó hecho pedazos de entre mis manos; le cogí a un herido la ametralladora pesada, salté a pies juntillas en medio de las fortificaciones bolcheviques. Fué una siega de soviéticos: los supervivientes se echaron de cabeza en el poblado, perseguidos por los nuestros.

* * *

Una vez dueños de los dos reductos, debíamos afrontar todo el sistema defensivo de los soviets, cogido por detrás, pero siempre de cuidado.

Oíase, al Sur, el estruendo de la refriega desencadenada por la Segunda Compañía, enzarzada de fortín en fortín en un tremendo combate, y ardían docenas de casas, prueba de que los zapadores también andaban metidos en faena. Nosotros, en tanto nos alcanzara la Segunda Compañía, aguantaríamos.

Los rojos volvieron contra nosotros ametralladoras, lanza-granadas y artillería; los obuses llovieron en derredor nuestro, tachonando de estrellas grises la capa de nieve.

Yo recibí un impacto en la mano derecha; muchos hombres se desplomaban sobre el terreno, pelado completamente hasta los aledaños de las casas. Para llegar a la primera isba, algunos cogimos la ametralladora y nos dejamos rodar como toneles por ím nieve de la pendiente en la que, como finas flores de coral, florecía la sangre de los heridos.

En la loma fronteriza, nuestros tanques captaron la llamada de los cohetes y sostuvieron exactamente nuestra progresión, abriéndonos brechas a cañonazos; así ocupamos la cúspide del poblado. Nuestras ametralladoras apabullaban al enemigo. Unas refriegas más, salvajes pero decisivas, expulsarían a los soviets de todo el sector, barriéndolos hacia el bosque del Noroeste.

Los asaltantes más audaces de la Segunda Compañía, que habían realizado grandes proezas, nos alcanzaron metiendo un ruido infernal; Irdyn, pues, había caído. Víctimas del cuerpo a cuerpo, más de ochenta rusos yacían diseminados, con las piernas abiertas y las manos ensangrentadas.

Movíanse por la nieve numerosos prisioneros. Sólo un ruso se dejó coger intacto. Como siempre, los zapadores alemanes avanzaban con lentitud y método. Por suerte, no había paisanos en el pueblo: las casas fortificadas, voladas por las minas, caían en el suelo chatas como tablas. En la transparente claridad del alba, los hangares y los kolkoses agitaron las banderas rojas y doradas de sus incendios. ¡Una hora aún y todo el dispositivo soviético quedaría aniquilado!

* * *

Muy pronto nos dimos cuenta de que aquella hora iba a ser infernal. Al ruido del combate cundió la alarma por toda la selva, afluyendo a diestro y siniestro nutridos refuerzos soviéticos ; el enemigo, rechazado hacia el bosque en declive, arremetía contra el pueblo incendiado. Tiradores rusos escogidos treparon a los árboles y aunque formábamos una barrera justo en el límite del bosque, su fuego resultaba mortífero.

Los zapadores alemanes se daban prisa. El torbellino enemigo se nos venía encima. ¿Qué íbamos a hacer, dentro de unos instantes, cuando la columna tuviese que retirarse en el fango pegajoso de los pantanos y recorrer sus treinta kilómetros al descubierto?

Ordené el movimiento de repliegue de las tres cuartas partes de la tropa; los demás contraatacaríamos sin descanso. En una hora, el grueso de la columna se puso fuera del tiro de las ametralladoras soviéticas. Los veíamos, allá lejos, pequeños como moscas, forcejeando en el engrudo de los pantanos. Ellos, por lo menos, estaban a salvo.

Los zapadores completaron su labor de titanes, retirándose a su vez. Y ahora, nosotros, ¡a desplegarlos!

Desde luego, no se trataba de un paseo.

* * *

Los tres kilómetros de hondonadas fangosas nos llevaron tres horas.

A la salida del caserío, aferrados con unas ametralladoras a un talud de Decauville que antes de la guerra contuviera la turba de las ciénagas, disparamos sin descanso para mantener a raya al enemigo e impedir traspasara el linde del bosque.

El grueso del pelotón de retaguardia, con los heridos, alcanzó los lodazales. Un joven obrero metalúrgico con un brazo arrancado y el vientre abierto, exigió lo recostaran tal como estaba contra una parva. «Quiero acabar de pie, viendo combatir a los camaradas», dijo con sencillez.

La mayoría de los heridos no podían dar un paso. A uno de mis «Jóvenes», en particular, le habían atravesado ambos pulmones ; los dos agujeros rosados temblaban en el torso amarillento desnudo sobre la nieve y la cara aparecía absolutamente verde. Había que salvarlos a toda costa. Los más fuertes los cargamos a cuestras; pero el barro se desmoronaba; al cruzar profundos arroyos los heridos caían desapareciendo en el agua glacial, de donde los retirábamos a duras penas.

Para este último repliegue nos fuimos turnando en dos pequeños grupos. Uno disparaba; el otro corría a apostarse a cien metros detrás, y cuando estaba listo ya para abrir el fuego, el primero bajaba por los flancos otros cien metros.

Uno de mis compañeros recibió una descarga horrible en el vientre; cada uno lo fué llevando con la espalda empapada en su sangre. Pudimos arrastrarlo con nosotros hasta el fin del combate. Dos días después murió, sufriendo, pero libre...

Por fin, a mediodía, sin haber abandonado un solo herido y sin perder nuestro prisionero soviético, tan deseado por el Mando, pisábamos, al final de los pantanos, la colina de Starosselje.

Nos unimos a los panzers por senderos escarpados, transportando a los heridos sobre camillas de ramas.

Irdyn había quedado pulverizado. Nuestro éxito era completo. Pero al subir a los camiones, con los rasgos endurecidos y la imaginación y los recuerdos vagando en otra parte, nos extrañamos, como avergonzados de disponer de tanto sitio.

FESTIVIDADES

Para la Navidad de 1943 cada cabaña plantó su árbol nevado con... algodones robados de la enfermería.

En el frente sólo he conocido Navidades tristes. El hombre bebía, cantaba, gastaba bromas; durante una hora aquello estaba bien. Luego cada uno recordaba la Nochebuena en casa, los troncos de la chimenea, los niños maravillados, la mujer conmovida y los cantos tan dulces. Los ojos se extraviaban en lejanías, mirando pueblos y habitaciones de días felices. Un soldado salía. Lo encontraba uno luego llorando o aislado bajo la luna.

Aquella noche hubo varios suicidios en la Legión. El corazón reventaba, harto ya de separación y de tanto sufrir.

A medianoche exactamente, el cielo se inflamó. No eran, no, los ángeles de la Buena Nueva, ni las trompetas de Belén, sino el ataque. Pensando que en aquel momento los nuestros estarían medio ebrios, los rojos habían abierto el fuego con todas sus baterías y se abalanzaban sobre nosotros.

En realidad, fué un alivio. Saltamos fuera. Y así, en la nieve iluminada por las explosiones, por las balas luminosas, por los disparos de los cañones, por los cohetes verdes, encarnados y blancos de los observadores, pasamos nuestra Nochebuena cerrándole el paso del río Olchanka al enemigo desencadenado.

El fuego disminuyó por la madrugada. El capellán distribuyó la comunión a la tropa, que acudió desde las posiciones, equipo por equipo, hasta la capilla ortodoxa en que fraternizaban cristianísimamente nuestro cura valón, en uniforme de feldgrau, y el viejo pope de mitra violeta.

Los corazones dolorosos o amargados encontraron allí el sosiego. Padres, mujer e hijos habrían oído allá en la Patria la misma misa y recibido la misma Eucaristía... Los soldados bajaron luego con sus almas sencillas, puras como la estepa blanca que refulgía en la tarde navideña.

* * *

En torno de la pequeña isba que me servía de puesto de observación y de mando, las granadas y los obuses había rajado o reventado todas las construcciones. Mi pobre choza, con sus tres cerezos pelados y su viejo pozo acorazado de carámbanos, salía cada vez más o menos inmune de la tormenta. La vieja campesina miraba espantada los cascos retorcidos de metralla hincados en el adobe y se metía corriendo en la oscuridad del cuchitril santiguándose sin parar.

El día de Navidad un obús, colándose por la ventanuca, había hecho pedazos a sus dos vecinas justo cuando estaban bebiendo el *bordj*. Pero no podía entrar un obús por cada ventana. Además, en el frente la guerra está por todas partes, y para que uno caiga basta con que pierda la cabeza un momento o retroceda.

En el combate, un hombre miedoso está perdido. El valor, más aún que exponer, se impone, porque la muerte también, con tal de que se la mire a la cara, se deja asustar.

Llegó Nochevieja.

Ansiábamos todos estar va a tres o cuatro de enero, con el año encarrilado, en días que fueran de los corrientes, durante los cuales no se recuerda o se recuerda lo menos posible.

Pero era de esperar una nueva intentona de los bestias de enfrente. ¿No se les ocurriría repetir a medianoche en punto la estocada de Nochebuena?

Recibimos orden de adelantarnos al enemigo ; éramos nosotros quienes atacaríamos en Nochevieja.

Dos pelotones de mi compañía se aventuraron, pues, en la oscuridad de la llanura nevada y cruzaron el agua, desperdigándose por los enmarañados matorrales.

A un kilómetro a nuestra derecha el tercer pelotón atravesó el Olchanka con misión meramente provocadora: la de abrir detrás de las breñas, a unos cientos de metros al sur del pueblo de Sakrewka, un fuego de mil demonios, a fin de atraer en esa dirección la masa del enemigo; entonces mis dos ^pelotones atacarían los bunkers enfrentados a nuestras posiciones de Baibusy. Nuestro soldados partieron y arrollaron al enemigo, sembrando una confusión fenomenal.

Volvimos de madrugada.

Traía yo a cuestas a un voluntario jovencito que al arrojarle antes que nadie a una casamata soviética había recibido toda una descarga de fusil ametrallador.

A pesar de tener las dos rodillas partidas ni siquiera gimió. Sus pelos de chaval se pegaban en rizados sobre la frente húmeda. Pobre chico, martirizado en el mismo instante en que por el mundo entero millones de seres humanos concluían una noche de orgía..

Primero de enero... Cinco de la mañana... Un sol coloradote y suave jube encima de la selva blanca y rojiza. Esfumóse el azul de la estepa y las armas callaron en el valle. Por toda la redondez de la tierra en aquella hora, la humanidad bailaba y bebía; las mujeres chillaban, los hombres medio borrachos ostentaban en el rostro los estigmas de todos los vicios.

Pero en el amanecer que ascendía lento sobre la llanura tendida de blanco, un muchachito, por haber creído en algo grande, iba a morir; porque un ideal puro y fuerte le había llevado al sacrificio...

¡Con qué lasitud posó aquella mañana sobre la nieve, junto a mi isba, al chico de rizados helados! Sus ojos habían dejado de ver un mundo cuya bajeza no había podido medir aún y por cuya salvación estaba muerto.

SAKREWKA

El año 1944 empezó mal.

Las tropas soviéticas embistieron potentemente al noroeste como al sudeste de nuestro sector, realizando progresos indiscutibles e impresionantes.

No obstante, no aparecía en las órdenes ni rastro de inquietud : hubiérase dicho que nos habían instalado hasta el fin del mundo en la confluencia del Olchanka y el Dniéper.

A unos kilómetros detrás de nuestras líneas llegaron incluso actrices de Berlín. Los motoristas, que a los sumos habían salpicado al pasar a tan ilustres bayaderas, nos describían sus encantos con una elocuencia febril y dando a entender... ¡muchas cosas !

Cada día, sin embargo, las pinzas colosales de la tenaza roja se iban aproximando detrás de nosotros.

Accidentes que no tenían por qué inquietarnos: para un soldado, la guerra es su sector; lo demás, asunto de generales y periodistas.

* * *

Vencida ya la noche del 3 al 4 de enero, ordenóse a la brigada de asalto «Valonia» emprender una operación con apoyo de tanques; como objetivo, el famoso pueblo de Sakrewka, que cruzáramos ya en Nochevieja. Esta, vez, más allá del poblado, volaríamos las fortificaciones construidas profundamente en la selva.

Se nos pedían, ante todo, prisioneros.

En 1941 y 1942 no sabíamos dónde meterlos; ahora los soviéticos luchaban hasta la muerte o se nos escurrían de entre los dedos como culebras. El general Gille, comandante de la «Viking», quería cinco por lo menos, para confrontar las declaraciones.

A las tres de la madrugada la primera compañía cruzaría el Olchanka, camuflándose en seguida en la selva cercana, al noroeste de Sakrewka, con objeto de que ningún refuerzo ruso interviniese durante la batalla. Mi compañía atravesaría el río sobre botes neumáticos, esperando la hora del asalto. La segunda iba a desembocar desde el sur, desde Starosselje por el camino forestal. Por la noche, discretamente, los zapadores limpiaron de minas el camino. La salida de los tanques, con la masa de la tropa montada en su blindaje, fijóse a las cinco de la mañana ; arremeterían contra Sakrewka, para que la infantería atacase desplegada entre ellos.

Dura operación. Nuestros tanques podían saltar en marcha; y en el frente el material importa más que nada.

* * *

Mis hombres se disimularon no lejos del Olchanka, a unos trescientos metros al norte de las acostumbradas posiciones de vigilancia del enemigo. Nuestras hopalandas blancas se confundían con la nieve. En la oscuridad bajé hasta la línea del agua, y por espacio de una hora tuve el oído pegado al suelo, sin oír ni un paso sobre la tierra helada, ni un chapoteo en la corriente.

Una vez inflados los botes neumáticos, los hombres los colocaron suavemente sobre el agua negra.

La impetuosidad de la corriente nos obligó a tender un cable. Cien hombres, bote tras bote, pasaron así a la orilla derecha.

Faltaban unos mil metros para llegar al bosque. Desde mi posición de mando, justo ante Sakrewka, escuchaba, con los nervios crispados, los maullidos del viento sobre la estepa; pero no traían ruido alguno, ni un ulular auténtico o simulado de buho, ni el choque del pestillo de una arma.

Mis hombres andaban ya por los árboles de las colinas.

Pasó el tiempo. Pronto resonaría el fragor lejano de nuestros tanques al hundirse en la selva por la ruta del Sur. Los zapadores, en plena zona soviética ya, descubrían las minas, arrancándolas con sigilo. El bosque estaba henchido de secretas presencias, y me oprimía el corazón pensar en tantos animosos muchachos que avanzaban y trabajaban como si tal cosa en la noche helada o transmitían órdenes arrastrándose en la nieve.

Cuando iban a dar las cinco de la mañana retumbó el rodar de las cadenas de los panzers, sacudiendo todo el bosque con su estruendo de hierro. Los rojos de los linderos ni siquiera pudieron despertarse del todo; nuestros soldados, saltando de los tanques, entraron, granada en mano, en las chavolas.

Atolondrados, los rusos empuñaron las ametralladoras. Pero la sorpresa había resultado completa: murieron todos, o se rindieron, o quedaron heridos. Sin perder un segundo, los panzers prosiguieron su marcha, sembrando el terror en el bosque.

* * *

Tan pronto como los cohetes de la Segunda Compañía dibujaron por el cielo sus deslumbradoras parábolas, disparé yo los cohetes de ataque. Parte de mis hombres corrieron a través de Sakrewka, por el Noroeste y el Este, detrás del enemigo, al encuentro de nuestros tanques que surgían del Sur; los otros, en las crestas salvajes, acabaron con los artilleros de las piezas antitanques.

El cuerpo a cuerpo, en que no tenían rivales los valones, decidió la situación. Al ver perdidas sus piezas, el oficial soviético que mandaba las baterías se hizo estallar él mismo una granada entre los pies.

Decenas de combates individuales librábanse al pie de la selva ; otros se acuchillaban en las isbas, en los barrancos, alrededor de los almiars. Uno de nuestros grupos de telegrafistas se dejó sorprender en una extremidad del campo de batalla; derribados, enredados en sus bobinas y sus aparatos telefónicos, los especialistas fueron arrastrados en un segundo dentro del bosque y desaparecieron para siempre.

Sólo un tanque alemán resultó alcanzado, pero pudimos repararlo sin excesiva dificultad; en nuestras manos, por el contrario, cayó un material pesado impresionante: todo, absolutamente todo lo que había en Sakrewka, y más de treinta prisioneros, desharapados como siempre, pero fuertes como animales.

Como animales vivían, por lo demás, durmiendo en cualquier guarida, envueltos en sus casacones astrosos. Sus víveres eran lo que hallaban en las isbas, en los campos invernales y sobre los cadáveres: flores de girasol averiadas, maíz lleno de barro y pan duro.

Pero a más de su robustez de bestias de las cavernas, disponían de fusiles ametralladores ultramodernos, con cargadores de sesenta balas. En el bolso pringoso colgado al hombro con una guita guardaban con qué luchar durante una semana, dos semanas, agazapados en los jarales, en una cueva del bosque, a la entrada de un caserío.

Aquellos peludos gigantes, mongoles orejudos de cráneo en forma de melón, con espesas

crines negras y mejillas chatas como tiras de cuero, aquellos asiáticos felinos de estrechas pupilas brillantes, que en su vida se lavaban, harapientos, incansables, hubieran dicho monstruos prehistóricos al lado de nuestros jóvenes de frágil cuerpo, de cintura agalgada y de fina tez.

Nos trajimos aquella hampa, jabalíes cogidos en sus revolcaderos. Sus fachas salvajes reían porque no los habíamos matado y porque les dábamos pitillos.

Habíamos apresado, pues, treinta salvajes; pero quedaban diez mil enfrente. Y cientos de miles al Este, al Nordeste, al Sudeste.

Las masas peludas avanzaban.

Barruntábamos, sentíamos ya el abrazo de la horda.

PRIMEROS CRUJIDOS

Los ejércitos bolcheviques, que presionaban desde el Norte al Sudeste, se iban acercando más y más. A ochenta kilómetros a espaldas nuestras, hacia el Oeste, sólo quedaba una abertura de unos ciento cincuenta kilómetros entre ambas hojas de la puerta soviética.

El 7 y el 8 de enero pudimos creer que en el Dniéper todo había concluido: partiendo del Noroeste, unos panzers rusos se habían precipitado, en efecto, a través de la retaguardia alemana, devorando cien kilómetros en dos etapas.

Los métodos rojos eran sencillísimos. Algunos de los tanques iban repletos de fusiles ametralladores y de cartucheras; la población civil de los caseríos invadidos al tun tun por cinco o seis tanques era convocada inmediatamente: descamisados, crios harapientos, recibían una arma automática, y una hora más tarde, sin más adiestramiento, trescientos irregulares en blusas astrosas acompañaban a los blindados de la U. R. S. S. El Ejército soviético iba reconstituyéndose así, a medida que avanzaba, con reservas de material humano prácticamente inagotables.

Por suerte, la carrera soviética del 7 y 8 de enero de 1944 no fué más que un lance afortunado de magnífica audacia: el paso había sido forzado sólo por un docena de máquinas, que organizaron, de prisa y corriendo, aquella zarabanda a cien kilómetros detrás del frente. Los *panzers* alemanes, reunidos a todo correr, acabaron por encuadrarlos. Faltos de gasolina, los tanquistas rusos trataron de esconder sus tanques en los bosquecillos o dentro de los matorrales, pero en dos o tres días, descubiertos todos, fueron aniquilados.

* * *

El susto, empero, había sido mayúsculo, y si los soviets hubiesen lanzado fuerzas más compactas habrían logrado su objetivo.

A la verdad, nuestra posición avanzada sobre el Dniéper no podía sostenerse; formábamos la punta de una lanza, siendo la División «Viking» y la Brigada de Asalto «Valonia» las únicas fuerzas de todo el ejército del sudeste agarradas aún al gran río ucraniano. Tarde o temprano acabaríamos copados.

A nuestra llegada, en noviembre de 1943, ya aparecía bien claro que estábamos condenados y que sólo suprimiendo aquella pértiga y estableciendo el frente en rigurosa línea hubiérase podido, siempre que no se perdiera el tiempo, evitar un cerco seguro.

Creímos que las altas esferas comprendían la situación, pues nos llegó una orden de repliegue: nos instalaríamos atrás, sobre una segunda línea, a veinte kilómetros más al Sudeste.

No había en ello nada extraordinario, desde luego; pero como primer paso no estaba del todo mal. El repliegue se efectuaría a medianoche; habíamos reconocido ya las nuevas posiciones, y todo estaba listo.

A las once de la noche, una contraorden de la división anuló todas las disposiciones. Hitler mismo había ordenado violentamente que permaneciéramos en el Dniéper: abandonarlo era aceptar una derrota moral y perder el último contacto con el río, desde donde un día, quizá, podría partir una ofensiva alemana hacia Karkow y el Donetz. En todo caso la contraorden fué categórica.

El soldado, conservador por esencia y poco al corriente además de la situación, bajó de los

camiones reanudando filosóficamente la guardia en el Olchanka y en la confluencia del Dnióper; pero nosotros, que cada día escuchábamos, por la radio, el parte soviético, y que marcábamos sobre el mapa el doble avance enemigo, al Norte y al Sudeste, sabíamos hallarnos en gravísimo peligro.

* * *

Tremendos golpes de ariete sacudieron el sector entero. La División «Viking» retiró del Dniéper la mitad de sus efectivos para concentrarlos al oeste de la ciudad de Tcherkassy.

En esa segunda zona la selva de Teclino formaba un triángulo temible, adelantado en cuña y controlado íntegramente por los soviets.

El general Gille decidió lanzar a los valones al asalto de aquel macizo arbolado. Por la noche del 13 de enero de 1944 abandonamos la orilla del Olchanka, en el mayor sigilo, y una noche de camión nos dejó en la nieve y la escarcha, a pocos kilómetros de la selva azulada de Teclino.

TECLINO

El asalto a la selva de Teclino debía efectuarse al día siguiente mismo, 15 de enero de 1944.

Antes de anochecer, los oficiales fueron a reconocer las posiciones de partida. Durante algunos kilómetros seguimos la carretera de Tcherkassy, cogimos luego a mano izquierda y por un camino convertido en torrentera alcanzamos una altura desde donde se veía toda la región. Grandes campos nevados subían hasta el bosque de Teclino, que, estrecho en sus comienzos, iba explayándose hacia el Este.

Cada comandante de compañía, recibida su misión, confrontó mapas y terreno. Cuando hubo caído el crepúsculo, convirtiendo el bosque en una alfombra violácea, contemplamos con angustia los campos inmaculados, los barrancos azules por donde esa misma noche los nuestros remontarían hasta la selva, donde estaba agazapado el enemigo. Los supervivientes alemanes de ataques infructuosos lo decían extraordinariamente fortificado.

El regimiento de Artillería de la división encargado de sostenernos aguardaba en posición, completo, tras los cerros del Oeste.

Días antes habíanme nombrado oficial de órdenes del jefe de nuestra brigada. A las tres de la mañana fui a ver al general Gille, y nos instalamos en un exiguo puesto de mando conectado telefónicamente con cada una de nuestras compañías.

Desde la una de la madrugada andaban éstas escurriéndose por las torrenteras y subiendo con tiento a ocupar sus puestos de asalto. Leves barcas blancas, parecidas a los trineos finlandeses, conducían en silencio, sobre la nieve, las reservas de municiones. Cada cuarto de hora, por el hilo casi imperceptible, la voz de un comandante de compañía nos indicaba la marcha de la preparación.

* * *

A las cuatro de la mañana, el diluvio de la artillería descargó sobre el límite del bosque.

Las piezas de la «Viking» eran viejas, con año y medio de campaña, y no habían sido revisadas. Para ajustar el tiro necesitábanse cálculos de diabólica complicación; pese a ello, demostraron una precisión magnífica: cuatro mil obuses cayeron sobre el enemigo con violencia inaudita, pulverizando las trincheras, sin dejar una, haciendo astillas los robledales.

Los nuestros, encorvados bajo tan prodigiosa sombrilla de metralla, con los oídos zumbando y los ojos desorbitados, partieron al asalto en el instante exacto en que la artillería alargó el tiro.

Mi antigua compañía, la tercera, se arrojó en cuerpo a cuerpo, con tal ímpetu que perdió contacto en seguida con el resto de la brigada, y tras una escalada épica ocupó dos cerros escarpadísimos, desnudos como acantilados, en cuyos vértices los soldados soviéticos, a pesar de los bombardeos, se obstinaban en luchar dentro de las trincheras derruidas.

Jóvenes mujeres-soldados gritaban, desenfrenadas, en el paroxismo del furor.

Nuestros soldados no estaban acostumbrados a matar mujeres. Y éstas eran bonitas. Una, sobre todo, con el rostro graciosamente salpicado de pecas, acometía como una leona. En el encarnizamiento de la lucha, un pecho blanco se salió de la túnica kaki. Lucían las pecas sobre la cara como florecillas de helecho, y el seno, menudo y helado, brillaba suave. Después del combate la cubrimos de nieve, para que el peso de la muerte le fuera leve...

Saltando más allá de las posiciones tan denodadamente defendidas, la tercera compañía se deslizó por entre los demás bunkers de la selva, escalonados sobre cuatro kilómetros de profundidad. Al cabo de un kilómetro agarróse al terreno y esperó en vano que el resto de la brigada se alinease a su derecha.

Las demás compañías habían pasado un mal rato.

Su penetración dentro de la selva montuosa fué apenas de quinientos metros. El combate era durísimo pese a que la artillería de la «Viking» apoyase los esfuerzos de la tropa abrumando a los rojos incrustados dentro del bosque en las puntas de una serie de crestas.

Intervinieron a su vez las contrabaterías de los soviets. Al este de la selva poseían unos «órganos de Stalin», estupendos lanzacohetes de treinta y seis bocas de fuego acopladas, que en un abrir y cerrar de ojos acribillaban un sector entero bajo una lluvia espantosa de granadas. En sólo una hora nos hicieron ciento veinticinco muertos y heridos.

Desde el puesto de mando veíamos nuestros pequeños trineos bajando la colina nevada, cada uno con un herido. No cabían ya en el hospital móvil; docenas de desdichados, extendidos sobre la nieve, tiritando, medio desnudos, con la sangre coagulada por el frío, esperaban dolorosamente su turno mientras los sanitarios partían incansablemente con sus trineos enrojecidos hacia la selva sangrienta.

* * *

Los rusos contraatacaron rechazando a nuestra brigada, excepto la tercera compañía, que se quedó aferrada a sus cerros, pero aislada ya de todas las demás fuerzas.

El comandante y yo corrimos para canalizar el repliegue. Pero el empuje soviético desplegaba una violencia tal que vimos llegado el momento en que, aparte la tercera compañía, relegada en las profundidades del bosque, toda la brigada sería expulsada de las posiciones avanzadas de la selva y barrida en los campos pelados donde la derrota se convertiría en matanza.

A las cinco de la tarde la situación se afirmó, pero siempre trágica: el bosque por conquistar aún; la brigada dueña apenas de doscientos metros en profundidad junto al límite del bosque; la tercera compañía, perdida; nada conocíamos de su paradero ; de un momento a otro podrían exterminarla.

Un consejo de guerra improvisado reunióse en una isba del valle. Todos meneaban la cabeza con desaliento. El general Gille, según su costumbre, estuvo diez minutos sin decir palabra. Tenía las mejillas atirantadas, las quijadas contraídas, la mirada dura. Levantó la cabeza. Se alzó.

—El ataque continuará — dijo simplemente.

Nos miró secamente, sin una sonrisa:

—Y ustedes ocuparán el bosque — añadió.

* * *

Cayó la noche, glacial. El termómetro registraba veinte bajo cero.

En el borde del encinar los hombres carecían de refugios y no podían encender lumbre; a pesar del equipo de invierno, se morían de frío, acurrucados en montón sobre la nieve, mientras los centinelas vigilaban ante ellos.

Los zapadores desenrollaron alambradas, clavándolas de árbol en árbol; minaron el terreno, excepto estrechísimos senderos indicados de modo casi imperceptible y por los cuales podrían escurrirse patrullas de reconocimiento.

Intentamos establecer contacto con la tercera compañía. Un pelotón compuesto exclusivamente de voluntarios se adelantó por el bosque hacia el noroeste.

Pero nuestras informaciones eran imprecisas: la tercera en realidad había avanzado menos de

lo que suponíamos, y nuestro pelotón se aventuró demasiado al este, cayendo sobre poderosas posiciones soviéticas. Armóse en la noche un alboroto monstruoso. Nuestro jefe de pelotón, el hombre más jaranero de la compañía, coloso ancho como una casa, se tiró con todo su peso en pleno bunker enemigo. Lo trajeron con el vientre abierto por una descarga de fusil ametrallador.

Por la mañana siguiente intenté alcanzar por mi parte a mis jóvenes camaradas.

Los blindados de nuestra brigada aguardaban camuflados en una llanura, al norte del bosque. Acostándome boca abajo sobre el blindado de uno de esos «sturmgeschutzen», me hice llevar así por la estepa hasta la entrada del bosque, a dos kilómetros al este del punto de partida de nuestro ataque de la víspera. En el Estado Mayor, en efecto, creían que la compañía perdida debía estar por aquellos parajes.

Error: hallábase sólo a mitad de camino de ese punto. Abordé, pues, el encinar un kilómetro más arriba. Estupefactos e impotentes, nuestros soldados vieron entonces desembocar al tanque delante de ellos, demasiado lejos en la llanura y depositarme en pleno sector soviético.

La calurosa acogida que se me dispensó cerca de los primeros árboles me hizo comprender que no había muchos amigos por descubrir allí. El conductor del tanque vino a sacarme a duras penas, entre veinte haces de tierra y nieve despedidos por la explosión de las granadas.

Pero, por la tarde, unos zapadores que empujaban sus rollos de alambrada entre las encinas, lo más lejos posible hacia el Noroeste, dieron de narices con unos chiquillos de la Tercera Compañía que cubrían la extremidad sudeste de su sector. Los chavales, verdes de frío, acampaban en medio de unos veinte cadáveres rusos. Establecimos rápidamente el contacto y lo consolidamos por medio de montones de minas. Por la noche teníamos ya un frente continuo.

* * *

Pero ¡ qué noche !

La Tercera Compañía seguía coronando las crestas conquistadas. El subsuelo escondía allí unas como tumbas cavadas antes de la helada y en las que podían introducirse dos hombres o a lo sumo tres. Esas ratoneras, auténtica especialidad soviética, alcanzaban la altura de un ataúd. Los rusos desparramaban en el interior hojas secas, cerrando luego el orificio con un viejo pedazo de lona o tela de cerdas. En esas madrigueras, donde no podía uno meterse sino a gatas, mongoles, tártaros y siberianos se arrimaban unos a otros recomfortándose, como alimañas, con sólo su calor animal.

Nuestros jóvenes habían, pues, sustituido a los mujicks, cuyos cuerpos, encogidos y duros, yacían diseminados fuera. Nada más que en aquellas dos lomas abruptas habían cogido siete cañones, gracias, desde luego, a una seria ayuda de la artillería alemana ; el terreno, en efecto, aparecía completamente asolado: árboles partidos, o hendidos, o acuchillados en cien sitios; racimos de cuerpos retorcidos ; manos que habían intentado aplicarse aún un apósito; rostros redondos y peludos de tschirghises, con la barba roja de sangre helada; muchachas de uniforme kaki, de espaldas, con los cabellos sobre la nieve...

Esa macabra mescolanza en la noche helada atormentaba como una pesadilla a nuestros niños-soldados, propietarios a lo sumo de diez o doce pelillos de barba rubia, al igual que los famosos «mocosos» valones de la emperatriz María Teresa. Ojerosos de agotamiento, montaban guardia valientemente, entre los cadáveres rígidos con que tropezaban a cada relevo.

* * *

Las demás compañías acampaban en un terreno fraguado como cemento. Para levantar en él, de noche, unos bunkers hubimos de transportar por la nieve bloques de troncos y ensamblarlos de mala manera. Nos acurrucamos dentro; el frío nos acuchillaba hasta las vértebras.

El 17 de enero de 1944 el general Grille vino a inspeccionar el estado del sector.

Un coche blindado seguía a su automóvil de reconocimiento, abarrotado de chocolate, cigarrillos y coñac. El soldado comprendió en seguida el significado de esas distribuciones: un nuevo ataque.

Casi era increíble: los hombres tenían ya las caras amarillas y verdes como puerros, idénticas a las de los rusos muertos sobre la nieve.

La noche aguda y cristalina vino a cubrir nuestros preparativos.

SETECIENTOS BUNKERS

" Lanzar, como el primer día, nuestra brigada entera al asalto del bosque de Teclino hubiera sido enviarla al matadero.

Tampoco había que contar ya con el efecto de la sorpresa, pues los rusos eran amos de todas las lomas en el corazón de la selva. Sólo los golpes audaces, especialidad de nuestros hombres, podían permitir un nuevo ataque.

Decidióse que a medianoche cinco grupos de valones se deslizarían, con ametralladoras, por los pasillos estrechos de nuestros campos de minas, avanzando profundamente en el dispositivo enemigo ochocientos metros por lo menos. Si por desgracia uno de nuestros grupos llamaba la atención de los rojos, un hombre se sacrificaría, fingiendo huir, para que el enemigo se imaginase habérselas con un patrullador aislado.

No se trataba de reconocer el terreno, sino de camuflarse en él y esperar; a favor de la oscuridad, nuestros grupos se agazaparían en medio o detrás de las posiciones enemigas, en sitios particularmente dominantes. Al amanecer partiría al asalto nuestra brigada y desencadenaría un fuego implacable de interdicción sobre los bolcheviques, atónitos de verse atacados por tantos sitios a la vez, dentro de sus líneas y hasta en sus mismas posiciones de retaguardia.

En los cinco grupos formaron únicamente voluntarios de los más decididos. Dos hombres para manejar cada ametralladora; el tercero haría por volver a nuestras líneas, para informarnos sobre el resultado de esas extraordinarias operaciones y facilitarnos puntos de referencia exactos.

* * *

Allá arriba, entre las copas monumentales de los robles, titilaban las estrellas en torno al estremecimiento de pieles del disco bermejo de la luna.

Pero bajo la bóveda de la enramada reinaba una compacta oscuridad, sólo agujereada por las lucecitas azules de algunas flores de luna, allí donde un árbol desgarraba la blanca negra del firmamento.

Llevábamos horas y más horas acechando en la oscuridad.

Los rusos vigilaban igualmente los contornos. Por tres veces, en una llamarada, un rojo saltó sobre nuestras minas; el choque sacudía cada vez, de rechazo, a nuestros observadores, pues la explosión ocurría a pocos metros de nuestros puestos de troncos. «¡Otro!», gruñían, frotándose con nieve la punta de la nariz congelada. Luego, de nuevo, sobre la selva tenebrosa se extendía el silencio.

Llegó, por fin, medianoche; nuestros muchachos, con sus ametralladoras a cuestas, se adelantaron hasta las zonas secretas donde nuestros zapadores no habían enterrado los explosivos.

Tres horas largas de espera y angustia.

El frío era horrible, ya andásemos o permaneciésemos quietos. De vez en cuando un haz de fuego estremecía el bosque con su explosión: era un mujick que había enredado su pie en el hilo escondido de un terreno minado. Nuestros observadores se hartaban de escrutar la noche, porque de haber obtenido éxito nuestros raids, los enlaces no tardarían en hallarse de nuevo ante nuestras alambradas; y la muerte los acechaba allí igual que a los rusos.

De repente reventó una mina; una voz empezó a llamar «¡Socorro!» «¡Socorro!». El primero de nuestros camaradas había enganchado un artefacto ruso.

Le oímos aproximarse, anhelante, arrastrándose por la oscuridad. Una segunda explosión, más estruendosa que la otra, hizo de pronto temblar los contornos: el infeliz había tocado ahora una mina de las nuestras.

Tuvimos que ir a levantarlo ; bulto de trozos de carne, de sangre caliente, de nieve que se derretía entre los intestinos desparramados; aun tuvo el valor de decirnos que a los otros les había

salido bien y que «todo se arreglaría».

De cuando en cuando, pensando en los demás que a su vez debían probar suerte a través del dédalo soviético, dábamos voces. Cuatro veces oímos un cuchicheo. «Quieto, que llegamos», murmurábamos; y un camarada audaz se escabullía por el senderillo no minado, para guiar al enlace y conducirlo al puesto de mando.

A las cuatro de la mañana el éxito fué completo, los cinco grupos estaban situados por lo menos a mil metros delante de nuestros puntos de partida; uno a mil trescientos, detrás de la segunda línea roja.

¡Magnífico!

* * *

Cuando, a las cinco, las primeras luces colorearon el bosque, cada una de nuestras compañías cruzó el pasillo no minado de su sector, señalado por cintas blancas.

Sólo faltaba arremeter.

La operación llevóse a efecto con maestría.

Los teléfonos de las compañías avanzaban con los comandantes, de modo que cada uno de éstos estaba al tanto de la situación general del avance minuto por minuto.

Hacia el ala derecha nos apoderamos con rapidez de las altas crestas. Los grupos de ametralladores, astutamente emboscados, habían hecho sin duda de las suyas desde el comienzo de la acción: pilas de muertos soviéticos se hacinaban en las vertientes.

El centro siguió el movimiento sobre un terreno menos accidentado. En cuanto al ala izquierda, sostenida por los tanques que, adelantados al margen del bosque, destripaban furiosamente el norte del encinar, echó adelante rapidísimamente.

Por unas horas volví, en calidad de invitado, al frente de la Tercera Compañía, avanzando, para evitar desgracias inútiles, a unos treinta metros delante de la masa de mis cadetes. Medio metro de nieve cubría el suelo. El enemigo, confiado en su trampa, esperaba.

Una explosión formidable atronó de pronto el bosque.

Los tres primeros muchachos que me seguían a veinte metros acababan de volar sobre un campo de minas. Yo había pasado, sin rozar un hilo, por entre una red de ciento cincuenta explosivos acoplados; los otros infelices, con mucha menos suerte, perdieron las piernas, horriblemente destrozadas. En cinco minutos los pies sanguinolentos quedaron congelados, marfileños, duros como cuerno. El invierno ruso es despiadado: miembro que reciba herida grave es miembro muerto. Unos trineos se los llevaron mientras el avance proseguía.

El enemigo estaba fuertemente atrincherado; el combate se prolongó hasta entrada la noche y sólo por la mañana, muy temprano, ocupamos todo el bosque. Antes de nuestro asalto, la artillería alemana había pulverizado por última vez las posiciones enemigas: a cada metro pasábamos por encima de un cuerpo endurecido junto a un gorro pardo, un fusil ametrallador, un pan viejo. Pero antes del cuerpo a cuerpo final, los rojos se habían portado horriblemente con los prisioneros: a un joven SS lo crucificaron vivo; otro apareció extendido, con la ropa abierta, el vientre y las piernas negros de sangre; unos monstruos le habían cortado con el cuchillo los órganos sexuales, metiéndoselos en la boca.

A pesar de la victoria, aquella salvaje visión nos espantó.

* * *

Setecientos bunkers: ese fué el botín de cuatro días de lucha.

Luego, tropas letonas de largas casacas blancas vinieron a relevarnos.

El valle lucía a doscientos metros bajo nuestras trincheras, y la gran selva quedaba libre a nuestras espaldas, pintada de nuevo con apacibles colores, blanco, azul, lila. Los cadáveres, tiesos ahora como ramas, no espantaban ya como el primer día.

Una a una, nuestras compañías se dirigieron hacia los grandes camiones de la brigada, que aguardaban abajo, en el valle, y nos fuimos por un camino nevado, bordeando las alturas. ¡Cuántas

veces nos volvimos hacia el triángulo lejano de Te-clino!

Triángulo cada vez más diminuto... Pero el porvenir estaba ya en otra parte.

LA JAULA CERRADA

Diez días transcurrirían todavía antes del gran drama.

Volvimos a ocupar las antiguas posiciones a lo largo del Olchanka.

Mientras tanto, descolgándose del Norte, los ejércitos soviéticos habían atravesado irresistiblemente toda la profundidad de Ucrania y se acercaban incluso a Vinitza y al último río en poder de los alemanes antes de la frontera rumana: el Bug.

Pero ¡es que Vinitza se encontraba a doscientos kilómetros... detrás de nosotros!

Lo que los ejércitos del Norte procuraban esta vez no era ya, como a primeros de enero, ahogarnos en un cerco reducido: estaba desarrollándose una operación gigantesca.

Porque los ejércitos soviéticos del Sudeste, por su parte, habían barrido Kirowogrado, y de empalmar luego con las fuerzas del Sudoeste nos pillarían. a todos en una trampa fenomenal.

A fin de conjurar semejante amenaza, la División «Viking» pasó casi entera al sector sudeste, en nuestra ala derecha, cuando, antes, se hallaba a nuestra izquierda, al Noroeste, desbordando el Dniéper sobre una distancia de ochenta kilómetros y remontando el curso del Olchanka hasta nuestras posiciones del pueblo de Mochny.

Tuvimos, pues, que extendernos desde Mochny hasta Losokow, luego hasta el mismo Dniéper, cargando solos, de esta forma, con la responsabilidad de un sector de cincuenta kilómetros.

Nuestras fuerzas de artillería, de antitanques, de antiaéreos, de zapadores, estaban, sí, más o menos intactas, pero en las compañías de infantería, duramente melladas por dos meses de golpes de mano y de combates, contábamos sólo seiscientos hombres de primera línea. íbamos a hacer frente, por consiguiente, a los mayores peligros con fuerzas desperdigadas a razón de doce hombres por kilómetro...

Expuestos, pues, cada noche a que nos atropellaran y estrangularan, fuimos espaciando cada vez más nuestros puntos de apoyo.

Al nordeste del gran puente de Mochny ensanchábase un desierto informe, con arbolillos rojizos, arenas, juncas, barrancos. Una vez atravesados aquellos lúgubres páramos, hallábase nuestra posición de Losokow.

Y en ella un puñado de soldados, una compañía nada mas, traída de Starosselje, defendía todo el este del sector, vale decir la estepa, el caserío de Losokow, varios kilómetros de puntos de apoyo sobre las dunas y, como postre, un trozo de la orilla derecha del Dniéper. El vernos allí y hacer que flameasen los colores de nuestro país nos colmaba, ciertamente, de orgullo; pero aparte aquellos hermosos sentimientos, nuestros hombres se sentían como pobres ratoncillos frente al río gigante y lodoso y a las islas magníficas, en un paisaje constelado de enemigos sin entrañas.

El Estado Mayor de la división emigró a treinta kilómetros más hacia el Sur. Belloserje, en adelante punto central para nosotros, recibió el puesto de mando de nuestra brigada. Allí donde el jefe de la «Viking» concentrara ayer sus instalaciones telefónicas, sus grandes camiones radio, sus coches sin cuento, sus «Abteilungen» de todas clases, sus feldgendarmes, nuestro pelotón de tropas de transmisiones navegaba como en una ciudad muerta.

* * *

El viernes, 28 de enero de 1944, fui en busca de órdenes a Goroditche, al Estado Mayor de la división, a través de un paisaje de miles de árboles frutales de lo más risueño; sobre las románticas pendientes nevadas volteaban las alas negras o rojizas de espigados molinos de viento.

El general Gille residía cerca de la iglesia ortodoxa, verde y blanca, en un edificio moderno ametrallado cada cuarto de hora por la Aviación soviética.

Comprobé que entre sus oficiales superiores menudeaban las bromas; mas aquello se me

antojó risa de conejo. Luego, confidencialmente, me mostraron el texto del telegrama-radio que la división acababa de mandar a Himmler: «Dentro de tres horas, el cerco de la «Viking» será un hecho.»

Nadie, sin embargo, quería creer que sería definitivo. ¡Algo se haría! ¡ Seguramente iban a venir en nuestra ayuda! El general Gille, él, con la mirada fija, callaba. Los aviones soviéticos reaparecían sin cesar, bombardeando furiosos el barrio entero, mientras los feldgendarmes registraban las isbas en busca de camuflados. Curioso ambiente, mucha bravata, pero saltaba a la vista que el soldado no podía ya con sus huesos y el Mando con la inquietud.

Volví a Belloserje aspirando el aire seco, admirando el cielo de un azul refulgente, maravillosamente límpido; pero bastante impresionado.

Dos horas después un telefonazo de la división dejó caer en nuestro puesto de mando la frase fatídica: «Las fuerzas soviéticas han enlazado al Sudeste.»

Once divisiones alemanas, más o menos completas, quedaban copadas. Un segundo Stalingrado, al año exacto de la tragedia del Volga.

VI. CERCADOS EN TCHERKASSY

El cerco de las once divisiones alemanas de la zona de Tcherkassy se consumó el día 28 de enero de 1944, a ochenta kilómetros detrás de nuestras líneas.

Pero el enemigo no andaba tampoco muy lejos de nuestros flancos: a quince kilómetros de Korsum, por ejemplo, al oeste de nuestro puesto de mando de Belloserje, atronaba el rugir de los tanques.

Vivíamos día y noche vestidos y calzados, con las granadas y el fusil ametrallador al alcance de la mano. Los zapadores se entregaban a innumerables destrucciones, poblando la noche de siniestros estruendos.

Transcurrieron tres días.

Empezábamos a acostumbrarnos al «kessel». De vuelta ya de cien emboscadas en el Donetz, en el Don, en el Cáucaso, no era aquél nuestro primer lance peligroso. Todos estábamos persuadidos de que el cerco sería una aventura más. ¿Acaso el Alto Mando iba a dejarnos abandonados? El contraataque haría saltar en pedazos el cerrojo soviético; no cabía duda.

Un radiotelegrama del célebre general Hube solucionó teóricamente el caso; telegrama corto y de los buenos: «Llego».

El general llegaba.

Una columna enorme de panzers alemanes subiendo desde el Sur acababa de morder considerablemente en el pasillo soviético formado a espaldas nuestras. Sobre el mapa seguíamos con pasión el progreso de nuestros liberadores. Docenas de aldeas iban sucumbiendo. El parte anunció la destrucción de ciento diez tanques rusos. En dos días quedaba sólo por cortar una cinta enemiga de nueve kilómetros de anchura.

Los que volvían de aquella dirección contaban, entusiasmados, que el contacto con nuestros salvadores se establecía ya por medio de los aparatitos de radio de los puestos de mando de los batallones. Un mazazo más provocaría la rotura y la liberación.

El mazazo se dio.

Pero quienes lo asestaron fueron los rusos.

Habían traído, a toda velocidad, nuevos contingentes blindados. Los trescientos tanques alemanes que llegaran tan cerca de nosotros hubieron de frenar, luego ceder y por fin retroceder, creándose pronto los rojos, detiás de nosotros, una zona de seguridad de cincuenta kilómetros de ancho.

Alentadas por el éxito, las divisiones soviéticas cayeron desde el Sudeste y el Sur hacia el interior de nuestro «kessel», empujando esta vez hacia el Norte y el Este el grueso de las fuerzas copadas, alejadas así, más y más, de aquel frente alemán de donde podía venir eventualmente la salvación.

Por si fuera poco, prodújose otra catástrofe.

Desde los comienzos del cerco, una tibieza primaveral siguió a la helada: hubiérase creído uno a principios de mayo.

Cuando la ofensiva del Donetz, en el invierno de 1941 a 1942, habíamos tenido así dos días de brusco deshielo, que nos convirtieron las pistas en un mar de cieno ; pero el frío había reaparecido sin tardar, restableciendo el orden.

Con curiosidad, pues, al principio, contemplamos cómo se derretía la nieve. Eachas rápidas de lluvia viajaban por el cielo. Azotados por una llovizna aguda, andábamos zigzagueando sobre la escarcha anegada, brillante, casi impracticable. Luego los campos se pusieron amarillentos y marrones, y la selva, completamente lavada, mostró sobre las colinas sus desnudeces violetas, donde los claros se recortaron como pantallas de color negro. Los caminos se ablandaron bajo el peso de un acarreo incesante, hasta convertirse en líquido, y los autos circularon pronto por

verdaderos ríos, con el agua grisácea hasta mitad de las portezuelas.

Aun reíamos. ¡Era tan curioso! Circulábamos todos con barro hasta la coronilla.

Cuatro y cinco días pasaron, pero la helada no reapareció. Las chavolas bajo las bóvedas derretidas y las trincheras invadidas por las aguas de los alrededores, eran verdaderas bañeras, en que los soldados, con jarros y marmitas, intentaban en vano achicar el agua.

De puro pegajosos, los campos resultaron intransitables. Caminos y encrucijadas, inservibles, se fueron hundiendo progresivamente en un metro de agua. En las pendientes, espantosas pistas de patinaje pringosas como goma, los tractores de artillería se pasaban días y noches sacando coches embarrados.

Ahora bien: dentro del «kessel» había quince mil vehículos motorizados que empezaban a dar vueltas de tiovivo, arrinconados cada vez más por el empuje de un enemigo primitivo, insensible a los elementos: aquellos millares de soldados-sapos que chapoteaban, encantados, en los interminables barrizales.

* * *

Los soviets se habían apoderado, además, de importantes depósitos concentrados a cincuenta o sesenta kilómetros al sur de Tcherkassy, en el sitio en que se habían juntado sus ejércitos ; cantidades considerables de gasolina y de municiones se perdieron de esa forma desde el primer día.

Gracias a los grandes aviones «Junkers», el Mando alemán socorrió inmediatamente a las divisiones sitiadas.

Korsum disponía de un campo de aterrizaje. Los «Ju. 2» cumplieron con su deber con precisión sublime. Cada día, repletos de municiones, de gasolina y de alimentos, aterrizaban unos sesenta aparatos, que, una vez descargados, recogían a los heridos graves; así pudieron evacuar a tiempo todos los hospitales del «kessel».

Pero los cazas soviéticos estaban al tanto de todo y surcaban el cielo gris rondando como gavilanes por encima del aeródromo. Cotidianamente, de doce a quince «Junkers», fulminados tras escasos minutos de vuelo, se venían abajo en llamas, entre los alaridos de los heridos, achicharrados vivos. Eran escenas espantosas.

El servicio continuó, metódica y heroicamente, sin un instante de desfallecimiento, hasta el momento en que el monstruoso engrudo acabó allí también con cualquier posibilidad de trabajo.

Al cabo de una semana de deshielo e inundaciones, el terreno de aviación desapareció, a su vez, bajo el líquido, a pesar de que los ingenieros intentaron por todos los medios desembarrar y consolidar la llanura. Los últimos aviones cayeron en un cieno de dos metros de profundidad. Desde entonces ningún avión saldría del «kessel» o aterrizaría en él.

No podíamos contar más que con nosotros mismos.

* * *

Instalada en el extremo de la punta Este, la brigada de voluntarios belgas «Valonia» no tuvo que soportar, durante los primeros días, zarpazos demasiado violentos del enemigo.

Este, lógicamente, estaba concentrando todos sus esfuerzos al sur y al oeste del «kessel», donde sus dos flechas temerariamente soldadas aguantaban las tarascadas de las fuerzas alemanas que pugnaban por romper la tenaza desde dentro y desde fuera de la bolsa. Los soviets lanzaron en el pasillo todos sus blindados y la masa de las divisiones de Caballería e Infantería.

En el Olchanka y el Dniéper, la ofensiva, de momento, era sólo radiofónica. Una potente estación emisora instalada justo enfrente de nuestras líneas, nos servía diariamente sus consejos en un francés meloso. Un locutor de acento parisién nos iba informando caritativamente sobre nuestra situación, tratando de seducirnos, haciéndose lenguas de las maravillas del régimen del buenazo de Stalin e incitándonos a pasar con De Gaulle. Bastaría con que nos acercásemos a las líneas rusas con un pañuelo blanco en la mano, igual que las lectoras de los pequeños anuncios sentimentales.

La azucarada propaganda de los soviets no estaba totalmente desprovista de imaginación y

astucia. Dos de los nuestros, por ejemplo, hechos prisioneros en Losokow, fueron conducidos al puesto de mando de un general de división. Este los invitó a su mesa; les ofreció un almuerzo regio; los inundó de champaña de calidad, les llenó los bolsillos de chocolate y, el muy zorro, los hizo conducir luego, en su coche, hasta cerca de las líneas, donde los guardianes soltaron a ambos invitados en dirección nuestra, como si abrieran la puerta de una jaula de canarios o ruiseñores.

La aventura tuvo un éxito incomparable en el batallón. Pensando en el champaña y en el chocolate de los dos afortunados, se nos hacía la boca agua. Pero el general filántropo y filoalón perdió sus cuartos: nadie picó en el anzuelo, bastante evidente debajo del cebo...

* * *

Cuanto más arreciaba el enemigo en sus ataques a retaguardia del «kessel», mayores eran los contingentes que la División «Viking» debía retirar del frente del Dniéper para arrojarlos al Sudeste. Al cabo de unos días, nuestro flanco izquierdo se halló casi completamente descubierto, y la defensa de esos ochenta kilómetros del Dniéper al noroeste de nuestras posiciones encomendóse a un destacamento de doscientos alemanes, nada más, de la «Viking», que correteaban sin parar, en cochecitos blindados, por las pistas cenagosas.

Patrullas enviadas por los rojos allende el río se encontraban con el vacío; sólo nuestras débiles posiciones protegían la confluencia del Dniéper y del Olchanka. Con forzarlas o atacarlas por detrás, el último obstáculo del este del «kessel» habría desaparecido.

Particular inquietud nos inspiraba, en la extremidad oriental de Mochny, el gran puente de madera. Más allá del río ocupábamos dos barbacanas con diez hombres y dos ametralladoras. Si a los rojos les daba por echarse en cantidad sobre ellos, aplastarían el infeliz fortín, adueñándose del puente intacto.

El Estado Mayor de la «Viking», advertido, no hizo caso. No podíamos ceder ni una pulgada de terreno, se nos dijo, ni causar la impresión al enemigo de que dudábamos del éxito del combate.

El general andaba lejos de allí; nosotros teníamos la catástrofe en nuestras mismas narices. Con la discreción que se imponía, el oficial alemán de enlace cargó con la responsabilidad de volar el puente. A las seis de la mañana avisó de un telefonazo al general que un obús ruso acababa de dar de lleno en las cargas explosivas, destruyendo por completo el puente. «Lo sentimos en el alma», añadió.

El general también lo sintió en el alma.

Pero la cuestión del puente estaba resuelta.

* * *

Aquella misma noche saltaron también nuestros últimos escrúpulos.

En Mochny teníamos a nuestra disposición un pelotón de cincuenta auxiliares rusos ex prisioneros, enrolados voluntariamente en el Ejército alemán, de una disciplina y abnegación hasta entonces ejemplares. Pero cometiése la torpeza de enviarlos a luchar en su patria, y pudo más la sangre. Al cabo de tres meses, la raza— ¡la famosa raza! — se impuso en ellos.

Empezaron a tener con los indígenas largos conciliábulos incomprensibles para nuestros oficiales y, por fin, unos guerrilleros se entrevistaron con ellos. En la noche del 2 al 3 de febrero de 1944, esos rusos, que atendían lanzagranadas pesados, algo retirados de las líneas, se deslizaron como sombras hacia el Olchanka.

Un muchachito valón montaba guardia en la oscuridad. Una cuchillada en la espalda acabó con él silenciosamente; la columna de prófugos pasó sobre su cadáver caliente, bajó al foso, cruzó el agua.

En adelante tendríamos enfrente cincuenta desertores que habitaron Mochny durante tres meses, conocedores del sitio exacto de nuestras posiciones, de nuestras baterías y de los puestos de mando, del teléfono y la radio.

Cincuenta guías a disposición del Mando soviético.

* * *

Confundiendo en ellos, a las ocho de la mañana, los rojos atacaron.

Pero el primer choque se produjo más allá de Mochny, entre Losokov y el Dniéper, en la extremidad este de nuestro sector.

La granizada de metralla ahogó al puñado de valones — unas docenas — desperdigados por los páramos arenosos y en una hora los rusos los liquidaron. La misma mañana se nos comunicó, en el puesto de mando de la brigada, que también Losokow había sucumbido.

Echazada detrás de las últimas casas, la Segunda Compañía tuvo que atravesar un riachuelo al sur del pueblo, siendo empujada incluso un kilómetro más allá, ya en la estepa, donde se aferró como pudo a un terraplén.

La defensa de la orilla del Dniéper no era posible: Losokow, encaramado sobre su loma de arena, nos pareció definitivamente perdido; propusimos, pues, a la división trajera a los supervivientes de Losokow a Mochny, donde nuestros exiguos efectivos estaban corriendo los mayores peligros.

Pero las órdenes fueron despiadadas: la Segunda Compañía no sólo no se replegaría hacia el Sur, sino que contraatacaría en el acto, volviendo a conquistar Losokow sin hacer caso de los obstáculos.

Allá lejos, del otro lado del teléfono, una voz casi imperceptible nos indicó dónde se había replegado la Segunda Compañía. Dado que el sector de Losokow me lo sabía al dedillo, obtuve se me encomendara la dirección del contraataque. Encima de los dos panzers que me dieron metí un puñado de muchachos decididos, y arremetimos en dirección este, por los caminos, ríos de barro de cien metros de anchura.

A derecha e izquierda emergían coches volcados y patas de caballos muertos, medio enterrados en las olas gelatinosas de las pistas.

LOSOKOW

Las humaredas del combate de Losokow subían, a lo lejos, por encima de los ramajes enmohecidos de la selva. Atravesamos Mochny, donde los enlaces ya no podían alcanzar a pie el puesto de mando de compañía, enterrado en el lodo, sino pasando por un puente hecho con unas veinte puertas de isbas.

Después de tres kilómetros de traqueteo entre cenagales y junqueras, nuestros tanques llegaron al talud al que se habían aferrado los supervivientes de Losokow. El enemigo machacaba los pantanos y el río crecido.

Tomamos las disposiciones para el asalto. La división nos prometió el apoyo de varias piezas de artillería que hundirían Losokow; una vez concluida la preparacón, nosotros avanzaríamos sostenidos por los dos panzers.

Eran las tres de la tarde. Tras una caudalosa verborrea telefónica, la artillería anunció que a los veinte minutos abriría el fuego. Pasamos ese tiempo incrustados en el engrudo, mirando la llanura por franquear, donde algunos caballos corrían desbocados.

Allá, al Este, unos cohetes nos indicaron que nuestros últimos grupos, a pesar de que las tropas soviéticas se les hubiesen adelantado varios kilómetros,, resistían aún en el Dniéper.

Silbaban las balas sin interrupción. El enemigo aguardaba al sur del pueblo, en una elevación de veinte metros sobre un arroyo. No sería un paseo el subir allí.

* * *

Cayó el primer obús alemán. Luego, mucho después, otro.

Cayeron dieciocho.

Insistimos. Nada, no podían ayudarnos más; las municiones del «kessel» se agotaban angustiosamente.

No tuvimos más remedio que contentarnos con tan parvos entremeses y tirar cerro abajo, a campo traviesa y entre breñales cortados por un torrente profundo e impetuoso de unos cuatro

metros de anchura.

Las granadas llovían. Sin pensarlo dos veces nos zambullimos en el agua glacial y luego, de bosquecillo en bosquecillo, llegamos al río, al pie de Losokow.

Nuestros dos panzers, acribillados, soltaron a su vez un fuego de mil demonios sobre las isbas de las tropas soviéticas, hundiéndolas e incendiándolas una tras otra; los rusos escapaban saltando las cercas.

En el ardor del combate, un puñado de magníficos valones se arrojó hacia el puente de madera que unía la llanura con el camino del pueblo, lo cruzó y se pegó al pie del alcor. Un hombre trepó, con su ametralladora, hasta la cima; cubiertos por él, los demás se escurrieron por la arena como serpientes, y treinta valones alcanzaron la cumbre.

Los panzers también habrían debido meterse en el puente. Pero un cartel indicaba: tres toneladas. El primero prefirió vadear el río, de unos veinte metros de anchura, pero en el lecho arenoso se rompió una cadena y el tanque se quedó varado en el agua.

El segundo no quiso atacar solo. Disparó aún unos obuses sobre las casas y se empeñó en destollar el panzer enarenado. Contaríamos, pues, exclusivamente con nuestra infantería.

Casa por casa y en cuerpo a cuerpo reconquistamos la aldea.

* * *

A las seis de la tarde, un crepúsculo deslumbrador mezcló sus nobles colgaduras a la lumbre bermeja de las isbas en llamas.

Últimas horas en el pueblo de Losokow, en las dunas blancas y doradas donde el Olchanka terminara su curso, echándose en el Dniéper entre grandes islas verdes y rubias.

No volveríamos a ver el alba encarnada y violeta renacer sobre las lomas de arena donde durante tantas semanas, modesta y orgullosa, flameara la bandera de nuestra Patria... No permaneceríamos más meditando junto al río legendario, gigante y refulgente, que se deslizaba hacia Dnepopetrowsk, hacia los peñascales pardos, hacia el delta y el mar... Febril y agudo llamó el teléfono ; la división nos daba nuevas órdenes: «Be-pliegue general del sector».

El movimiento había concluido en el ala izquierda; los doscientos últimos alemanes motorizados que cubrían nuestro flanco en el Dniéper habíanse ido. Teníamos que evacuar Losokow por la noche, juntarnos a las dos compañías valonas de Mochny y retirarnos con ellas, por la mañana, hacia nuevas posiciones, más al Sur.

Nuestro asalto no había servido, pues, de nada, sino para demostrar valor y disciplina: nos habíamos quedado los últimos, los últimos de los ejércitos del Este, resistiendo en la margen del Dniéper. Con el corazón oprimido aspiramos hondamente el perfume del río, y en el crepúsculo en que temblaba la superficie de la poderosa comente, arrugada en plieguecillos de plata, arriamos con melancolía nuestra pequeña bandera...

Por arenas movedizas y légameos y pistas viscosas retrocedimos con nuestros heridos. Cien veces nos volvimos hacia el Este. ¡Allí habían vivido nuestros corazones! Losokow en llamas parecía una brasa pequeñita en el fondo de la noche. ¡Dniéper! ¡Dniéper! ¡Dniéper!

* * *

A medida que nos acercábamos a Mochny nos fué ensordecido el estruendo del combate.

Por lo visto dejábamos una refriega para caer en otra.

Sí, el enemigo acababa de atacar Mochny, encabezado por los cincuenta auxiliares rusos y asiáticos traidores de la víspera, que los condujeron, en la obscuridad, hasta los puntos vitales de nuestro sector.

Cuando entramos en el pueblo, en torno de las baterías que disparaban a quemarropa sobre el enemigo, enjambres de hombres se mataban con furor. En cada calleja, en cada corralillo de isba, entre los barrizales y los taludes pringosos, la claridad de millones de chispas de los rastros incendiados alumbraba el cuerpo a cuerpo.

Teníamos en Mochny más de cincuenta camiones, numerosas piezas antitanques, antiaéreas, de artillería, cocinas de campaña, material de transmisión y de oficina de varias compañías.

Choferes, cocineros, telefonistas, contables, cada uno defendía su pieza, su material y su pellejo, en un degüello frenético.

Las consignas del Estado Mayor de la División «Viking» habían sido categóricas: permanecer en Mochny hasta caída la noche, para cubrir el repliegue general, que abarcaba veinte kilómetros de profundidad.

Lo trágico era que varias horas antes de realizarse el despegue, los rusos habían atacado en masa ; debíamos, pues, atornillarnos a toda costa en Mochny y durar hasta la mañana.

La noche pasó en un pugilato interminable, salvaje, aullante, en el negro y rojo crudo de los incendios. El pueblo, larguísimo, fué evacuado barrio por barrio, hora por hora, y únicamente cuando el material estuvo fuera, en la carretera del Sur.

Nuestras comunicaciones telefónicas no cesaron un solo instante, y asistíamos con exactitud absoluta a la retirada del material. Desencajados, envueltos en nubes de mongoles que surgían de los matorrales, de las cercas, de los hangares y de la basura de los estercoleros, nuestros soldados se batían de isba en isba.

Diez horas duró la matanza. Al rayar el alba, cubiertos por el último pelotón, los defensores de Losokow y de Mochny se encontraron en la carretera sur, hosclos, con el uniforme pringoso, encuadrando la columna de camiones que patinaba y bailaba en medio metro de cieno.

La consigna — que los hombres de protección se mantuviesen toda la mañana en las casas del sudoeste de Mochny — había sido cumplida heroicamente: era más de mediodía cuando los rojos ocuparon, por fin, la aldea. Sólo cogieron a dos valones vivos, dos pequeños telefonistas que hasta el último minuto, obedeciendo órdenes, señalaron al Mando el avance enemigo.

Aun seguían comunicando al pasar los rusos ante su ventana.

Pero en aquellos momentos, gracias a la fanática resistencia de Mochny, la Brigada «Valonia» había podido reagruparse en Belloserje, en vista de nuevas operaciones.

Seis kilómetros de barro alquitranado nos separaban del enemigo, inseguro de nuestras intenciones. Estábamos a jueves, 3 de febrero de 1944.

La orden de evacuar al este del «kessel» nuestra cuña de Losokow y el último sector de la orilla derecha del Dniéper sólo se había dado porque la situación general se había agravado considerablemente.

Los ataques del enemigo, al sur, arrinconaban más y más hacia el norte las tropas copadas, midiendo ahora el pasillo soviético ochenta kilómetros de ancho. Las divisiones del Reich perdían de cinco a diez kilómetros por día; una semana aun, y los rojos llegarían exactamente detrás de nosotros.

Habiendo sido retiradas de la región Dniéper-Olehanka todas las fuerzas alemanas, el mando nos dejó solos para cubrir aquella comarca, a merced de un alud que en veinticuatro horas nos barrería como paja y se tragaría el «kessel».

Se habían tomado grandes decisiones: abandono progresivo de los sectores sudeste y sur; luego, repliegue por etapas de las tropas del sector este, comenzando por una línea trazada de este a norte; desplazamiento, por fin, luchando, hacia la extremidad oeste del «kessel» donde tendría lugar la concentración general de las once Divisiones.

Las columnas blindadas liberadoras viniendo de fuera de la bolsa subirían desde el sudoeste de Ucrania, al tiempo que nuestras once divisiones, jugándose todo se arrojarían hacia ellas.

No cabía otra solución: o la tentativa desesperada rompía el cerco o moríamos todos.

Pero ¡cuánto faltaba aún, el 3 de febrero de 1944, para la reagrupación de fuerzas que permitiría el asalto final! Ibase antes a desarrollar toda una serie de operaciones preparatorias para evacuar el material y los depósitos.

Lo cual era una locura: cada uno de los hombres hubiera debido luchar y no distraer, como se hizo, del combate las tres cuartas partes de las fuerzas, para salvar aquella impedimenta que nos perdía.

Columnas enormes obstruían el camino de Goroditsche a Korsum, sitio elegido para el último

esfuerzo de ruptura; millares de camiones escalonados sobre veinte kilómetros, a razón de tres vehículos de frente, patinaban en los pantanos negruzcos de la carretera, convertida en una cloaca monumental. Los tractores más potentes de artillería trataban de desatancar la masa enorme de vehículos, blanco incomparable para la aviación. El avispero ronroneante de los aparatos soviéticos daba vueltas, en efecto, por encima del «kessel» picando en escuadrillas cada diez minutos sobre las columnas encerradas.

Ardía un sinfín de camiones.

El cieno amasado mil veces, se puso tan pegajoso y subió tanto que el paso resultó enseguida imposible.

Hubo que apelar a los grandes medios. Aventurarse a través de los descampados era hundirse a los cien o doscientos metros. En cuanto al camino, ni pensar en él: mil camiones por lo menos embarrados para siempre lo interceptaban y sería preciso prenderles fuego para que no los recuperase el enemigo. Quedaba la vía férrea de Gorodischte a Korsum. Por allí fué, pues, por donde se metieron los interminables convoyes motorizados.

Siguiendo los picados de los cazas rusos se podía localizar a varias leguas de distancia la marcha del convoy; hogueras gigantescas jalonaban el improvisado sendero. No hacíamos más que empujar a las cunetas camiones averiados y coches en llamas.

¡Y para proteger así el traslado inaudito de más de diez mil vehículos, sobre los maderos toqueteantes de una miserable línea férrea, nuestras tropas deberían contener varios días todavía la arremetida soviética!

Desde el cielo, los aviones estalinianos contemplaban cómodamente las tentativas de repliegue de las divisiones cercadas. Todo les indicaba el futuro punto de concentración: las hileras de camiones incendiados se alargaban hacia Korsum.

Por el sur, los asaltantes soviéticos embestían sin tregua contra las tropas en retirada. Las fuerzas de la URSS afluían por el noreste, abandonado desde la retirada de los últimos tanques de la «Viking». En el norte, las divisiones de la Wehrmacht bajaban siempre más rápidas.

Nosotros resistiríamos primero en Belloserje para contener las fuerzas soviéticas del Dniéper y de Mochny; desde Belloserje nos replegaríamos en el último segundo a quince kilómetros más al sur, sobre una línea de defensa construida cuando la alarma de principios de enero.

Esa línea corría del sudeste al noroeste, desde el pueblo de Starosselje hasta el de Derenkowez.

Una tercera operación nos reagruparía a todos en la extremidad noroeste de esa barrera de contención, en el mismo Derenkowez, donde, junto con otras unidades de la Wehrmacht y de los Waffen SS serviríamos de escudo final.

Cubiertos de ese modo, los cincuenta o sesenta mil hombres en retirada de todos los sectores se concentrarían en los alrededores de Korsum para el asalto decisivo en dirección oeste.

* * *

Belloserje constituía por consiguiente para nosotros el primer reducto donde el plan de retirada nos imponía resistir el tiempo necesario para que todas las piezas de artillería y todo el material se desplazasen sin catástrofe hasta la línea Starosselje-Derenkowez.

A lo largo del Olchanka, de Baibusy hasta Starosselje, se preparaba el traslado de nuestros cañones y de los artefactos pesados, cuya salida iba a efectuarse a favor de las tinieblas.

Enviábamos continuamente grupos de reconocimiento hasta la entrada de Mochny, manteniendo al sur de ese caserío algunas ametralladoras, camufladas en los abetales. Las patrullas soviéticas que se aventuraron hacia nuestras líneas sufrieron un tiro violentísimo.

Pasó la noche. Los artilleros se agotaban en los lodazales desembarrando sus piezas. Al alba, sólo quedaron en posición al borde del agua las tropas de infantería y los lanzagranadas. Los últimos transportes dejaron Baibusy poco después de la madrugada.

Unos conductores tuvieron a un momento dado que volver a la aldea para reparar el tirante de un carro que se había partido.

Einaba por doquier un silencio de muerte. Pero aparecieron unos cadáveres de campesinos, atravesados en medio de la carretera, de bruces, llevando aún el brazal blanco y negro con las letras negras: «Deustche Wermacht». Nuestros soldados habían evacuado el pueblo hacía diez minutos escasos y ya todos los ucranianos que sirvieran en las formaciones auxiliares alemanas habían sido asesinados por los guerrilleros.

La aldea callaba. Ni una silueta al acecho. Pero los cadáveres, clavados en el barro, hablaban bastante claro...

La infantería de la tercera compañía, atrincherada siempre en el paso del Olchanka al este de Baibusy, se retiraría la noche siguiente deslizándose a lo largo del río hasta el pueblo de Starosselje.

En cuanto a la segunda, después de su odisea de Losokow, había emprendido una vasta maniobra de repliegue, dirigiéndose antes hacia el noroeste. Tenía que contener la presión enemiga y seguir hasta Derenkowez en tanto nuestra ala derecha concluyese su maniobra en dos tiempos.

Se me ordenó realizar aquel enlace con la unidad aislada, separada de Belloserje por un desierto pringoso de unos diez kilómetros, poniéndose a mi disposición un viejo «Volkswagen» que resoplaba lastimosamente en la arena y los barrizales. Sólo me acompañó un soldado. Como un islote de resistencia perdido en toda una comarca, descubrimos a nuestros camaradas al borde de un abetal negro. Atravesamos una aldehuela sin vida, de la que, al penetrar nosotros, salía por el otro lado una patrulla soviética. Para pagar a los campesinos sus aves de corral, ésta había dejado generosamente una caja de cerillas con la hoz y el martillo,...

Las familias se quedaban agazapadas en el fondo de las isbas pues las vanguardias enemigas merodeaban por la región entera.

A cada instante temíamos caer en una emboscada. El «Volkswagen» humeaba, se detenía, evidentemente harto de todo aquello.

* * *

Nadie hubiese reconocido Belloserje a la caída de aquel día.

La población tomó a mi pequeña carraca de color isabelino por el primer vehículo soviético, y algunas cabezas se asomaron tras las cercas. Reinaba un silencio increíble.

Dando tumbos de bache en bache por el agua de las calles corrimos hacia el último pelotón que esperaba la hora de evacuar. Cañones, camiones, material, todo había salido.

Pero nuestra retaguardia sólo abandonaría Belloserje por la noche, dando hasta el último momento la impresión de una resistencia decidida. En el caserío más que kilométrico, el enemigo podía desbordarnos a placer: quedábamos unos cuarenta soldados.

Desmontamos el teléfono. Por fin murió la tarde, difumina-da por ligera niebla.

Los hombres abandonaron con prisa sus zahúrdas, montando en los dos camiones. Ni un grito. Ni un disparo. Ni una silueta. Sólo unos aldeanos nos vieron partir por la puerta entreabierta de sus isbas.

* * *

Las posiciones por ocupar abarcaban desde Starosselje hasta Derenkowez ; treinta kilómetros.

Parte de la brigada que alcanzaría directamente Derenkowez tropezó de noche con unos francotiradores que se habían infiltrado ya por los bosques y cortaban los pasos al oeste. En pleno bosque hubo que disparar a quemarropa con los cañones, de los que perdimos dos.

Más peligroso todavía aparecía el camino del sur, hacia Starosselje. ¡Si nuestros últimos grupos de combate, escalonados a nuestra izquierda, sobre el Olchanka, se amilanaban un momento, nuestra única vía de retirada quedaría interceptada sin remisión.

No habíamos recorrido dos kilómetros cuando topamos ya con vehículos embarrados. Las columnas cuyo repliegue habíamos cubierto desde hacía varias horas, se habían hundido: en derredor de un grupo de camiones que cortaban el camino, montones de hombres, con el cieno líquido hasta el muslo, juraban ; los tractores se dislocaban tratando de desescombrar los convo-

yes. ¡Y en el momento menos pensado los rusos podían venírse nos encima!

Tras varias horas de hercúleos esfuerzos, despejamos el material y llegamos por fin al bosque, luego a los extensos charcos que precedían Starosselje.

Era la una de la madrugada.

El final de la carretera parecía un estanque fenomenal; los camiones, para cruzarlo, debían rodar a todo escape.

En Starosselje la orilla izquierda del Olchanka estaba dominada por un cerro muy empinado. Todas las isbas ardían y multitud de mujeres, arrastrando sus niños o llevando en brazos sus cerdos, se recortaban en negro, trágicas, sobre el fondo fulgurante de los braseros. Chillaban, lloraban, suplicaban, pataleaban en un ambiente de locura.

El incendio desataba sus magníficas melenas rojas y rubias, veteando de reflejos de mármol la cuesta viscosa, inaccesible a los camiones. Inmensos tractores de artillería arrastraban a duras penas hasta lo alto del monte autos y camiones ahogados en el engrudo.

Durante toda la noche, los gritos agudos de las mujeres contestaron a los alaridos de los animales y a los tacos rabiosos de los conductores, embadurnados de escarlata por las hogueras.

Cuando se hizo de día aún andábamos remolcando vehículos.

De repente, al noroeste de las hondonadas, vimos adelantarse unos puntos oscuros: filas de hombres, de caballos, de equipajes. Los rusos.

STAROSSELJE

La línea de repliegue Starosselje-Derenkoweit había sido cavada a principios de enero por unos millares de ucranianos. Amanecía el 5 de febrero de 1944 cuando la brigada de asalto «Valonia» se instaló en ella.

El trazado de la línea, muy bien combinado, se desarrollaba de sudeste a noroeste sobre las crestas altas suspendidas sobre el valle, los pantanos y el canal de Derenkoweit al Olchanka, dividiéndose a lo lejos los bosques por donde habíamos retrocedido desde Bellosierje.

La trinchera, provista de numerosos emplazamientos de tiro, zigzagueaba ahondando en demasía, tanto que, una vez dentro de aquella interminable serpiente gredosa, uno ya no podía ver nada.

Menor habría sido el inconveniente de estar guarnecida toda la línea de combate; pero para la defensa de los treinta kilómetros no disponíamos más que de trescientos hombres.

La segunda compañía se apostó a quince kilómetros al norte de Derenkoweit. Otra defendía, enfrente, una línea que arrancaba en ángulo recto de lleno hacia el sur.

Para el frente principal nos quedaron trescientos soldados de infantería, es decir, diez hombres por kilómetro.

El resto de la brigada, conductores de los trescientos camiones, antitanques y antiaéreos, andaban repartidos detrás de la línea de combate o, con piezas ligeras, respaldaban los puntos más amenazados de la trinchera.

Experimentábamos profundo pesimismo.

A lo largo de tan vasto sector había sido imposible instalar una red telefónica completa; el enlace de los puestos de compañía con el mando de la brigada se comía él solo docenas de kilómetros de alambre.

Pues bien, aquella trinchera tan vulnerable representaba a noroeste el único baluarte protector de la gran maniobra de repliegue general hacia Korsum.

Los nuestros, desperdigados en grupitos minúsculos, incomunicados entre sí, agotados además por los últimos combates, por las noches de cuerpo a cuerpo por la neblina glacial, por las marchas embrutecedoras en un barro como pez, sin refugio alguno, sucios, demacrados, miraban con angustia y recelo la llanura donde hervía el ajetreo de las vanguardias soviéticas. Por más que,

desde el sábado por la tarde, nuestra artillería no se cansase de disparar, miles de hormigueros enemigos pululaban por los pantanos; ni el fuego ni los obuses los arredraban.

* * *

Los rojos hundieron nuestra línea antes de amanecer el día siguiente. Habían escalado en las tinieblas la contraescarpa y se colocaron como Pedro por su casa en la trinchera vacía, entre los diferentes puestos, cortándolos en tal guisa y ahogándolos. Un molino sobresalía en el cerro: en pocos minutos los bolcheviques se hicieron con él y desde allí atacaron hacia el Olchanka, cogiendo de revés a parte de los nuestros. A las siete de la mañana, la margen izquierda del río, en el pueblo mismo de Starosselje, caía en manos del enemigo.

Desde las colinas del este, desde donde controlaba la región, el enemigo se había derramado ya, a los ocho de la mañana, a varios kilómetros al sur.

Nuestro puesto de mando estaba situado justo a la altura de esa cuña. El comandante optó por correr en seguida hacia adelante. Metime con él en un «Volkswagen» y remontando la tumultuosa corriente de conductores, de caballos y de camiones, alcanzamos la orilla derecha del Olchanka, en Starosselje.

En los altos de la ribera izquierda resistían aún treinta hombres heroicos. Salté dentro de un coche blindado de mando, atravesó el agua, trepé por la cuesta y me arrojé entre mis camaradas. Acometimos en el acto en cuerpo a cuerpo hacia arriba, de isba en isba, rodando por el barro abrazados a los asiáticos.

Tras una hora de degüello quedó libre el pueblo y alcanzada la punta oeste del caserío. •

Por desgracia, la cresta y el bello molino de amplias aspas oscuras nos dominaban con su mole sembrada de nidos de ametralladora bolcheviques. Sus mejores tiradores acompañaban cada uno de nuestros movimientos.

De rodillas en el rincón de la última isba, podía yo derribar las cabezas que se asomaban; pero mi posición, muy visible, era peligrosísima. Una bala me dio en un dedo; otra en el muslo. A los dos minutos de ponerse a disparar junto a mí un pequeño voluntario de dieciséis años recibió una bala en plena boca. El pobre chaval, espantado, se incorporó un instante sin comprender lo que ocurría. Abrió mucho la boca, repleta de sangre, no pudiendo hablar ya, pero queriendo con todo explicarse. Cayó, retorcióse en el barro e hipó unos segundos antes de morir.

Detrás de nosotros, los cadáveres de los camaradas muertos cuando el empujón rojo del alba habían sido despojados por completo durante la media hora en que el enemigo fué el amo al oeste de Sakrewka. Los cuerpos se alargaban desnudos, amarillos y colorados, en el barro oleoso.

Desde el rincón de la isba veíamos subir en el llano la marea de refuerzos soviéticos y, a través de las charcas, hileras de batracios de uniforme acarreaban piezas antitanques. La loma, el molino, allá encima de nosotros, parecían inexpugnables.

El comandante nos iba enviando a todos los hombres recuperados en los contornos. Pero ¿podíamos hacer algo más que impedir que los bolcheviques bajaran al poblado?... Dejar la isba, asaltar la cuesta calva, sin accidente de terreno, verdadero trozo de betún en que nos hundiríamos hasta la rodilla, era organizar una carnicería general.

Y, sin embargo, no había vueltas que darle: necesitábamos el molino y el monte; si no, durante la noche el enemigo colocaría todas sus tuerzas sobre las alturas.

O restablecíamos inmediatamente la línea o aceptábamos la idea y el hecho de una ruptura definitiva del frente, con todas las consecuencias de semejante desastre.

* * *

Había pedido tanques. Detrás de ellos y al amparo de su tiro de barrera quizá podríamos alcanzar el molino y la cresta.

Pero no llegaba nada.

Mientras tanto había que actuar, tener en jaque al enemigo.

Unos voluntarios se escurrieron por la gran trinchera, remontándola en dirección a los rusos. Encabezábalos el joven teniente Tryssen, muchachote de dos metros que devolvía ágilmente a los

rojos sus mismas granadas. Una bala le perforó el brazo izquierdo, pero prosiguió inquebrantable, llenando con su risa sonora la trinchera y despejando por su cuenta cincuenta metros de terreno.

Por fin, a las catorce, los tanques alemanes llegaron. Eran... ¡ dos! Pero bastó su estruendosa aparición para sembrar el pánico entre los rusos; muchos echaron a correr. Otros desempotraban su ametralladora del barro chorreante del parapeto.

Los panzers arremetieron atronando el espacio y nuestra escuálida columna se precipitó a la zaga.

Allá en el llano los bolcheviques que subían como una marejada acarreado artillería ligera descubrieron nuestros panzers que avanzaban a lo largo del cerro pelado; los obuses antitanques llovieron en el acto, encuadrando los blindados, descrestando la muralla, infligiéndonos bajas.

Nuestro primer objetivo era el molino.

Sin parar mientes en nada, mi chófer, héroe de la guerra de 1914-1918, corrió delante de los tanques en el terreno descubierto. Era flamenco; un molino de viento era un elemento familiar en los paisajes de su patria... Alcanzó antes que nadie una de las aspas negras, barriendo a tres estalinianos con una descarga de pistola ametralladora.

Pero un mongol, pegado a un hoyo en el fondo de una trinchera, le seguía, apuntándole. La bala se introdujo por debajo de la mandíbula, saliendo por la parte superior del cráneo. Tuvo aún la energía increíble de meter la mano en el bolsillo y, como buen cristiano viejo, de coger el rosario. Rodó muerto, con los ojos azules abiertos, clavados en el molino amplio y poderoso, igual a los molinos ancestrales de las murallas de Brujas, en tierra de Flandes...

* * *

A las cuatro de la tarde teníamos reconquistada toda la montaña.

Apilábanse en la trinchera las bastas cartucheras soltadas por el enemigo en fuga, repletas, como siempre de cartuchos, pan duro y pasado y granos de girasol.

Hicimos un copioso botín de ametralladoras.

La victoria, empero, nos dejó bastante escépticos. ¿Teníamos acaso algo más que la víspera? Y habíamos perdido cierto número de camaradas. ¿De qué servía matar rojos? Se reproducían como cucarachas, renovándose sin cesar, diez, veinte veces más numerosos que nosotros.

Resultaba por demás irrisoria la protección de aquellos kilómetros de trinchera, defendidos a trechos por puñados de valones trágicamente aislados en la llovizna oscura que volvía ; a derecha e izquierda de cada uno de nuestros puestos, en efecto, abríase un hueco de un kilómetro.

El teniente Thyssen, con el brazo ensangrentado, vendado a la buena de Dios, había querido quedarse con los muchachos en la cúspide de la colina. Pisoteada en ambos sentidos durante el combate, la trinchera estaba hecha una pasta asquerosa, y la posición, ¿cómo hacernos ilusiones?, no podía sostenerse.

No tardaría en ocurrir algún drama. Era seguro.

* * *

Ruidos incesantes y furtivos llenaron la noche. Presencias invisibles animaban la cuesta. Por la trinchera estaban escurriéndose montones de rusos.

La tragedia de la víspera volvió a empezar al alba, cuando, a las siete de la mañana, el asalto soviético sumergió por segunda vez a nuestros camaradas.

Molino, trinchera, montaña, todo estaba perdido, y para siempre; lo sabíamos.

Nuestros panzers habían sido reclamados en el sur.

No volverían ya.

¿Cómo reaccionar?

En cuanto a, una retirada prematura, ni pensarlo...

Millares de hombres y de camiones se afanaban hacia Kor-sum: el flanco que los protegía estaba abierto...

SKITI

Pasamos el lunes 7 de febrero de 1944 intentando colmar la brecha practicada por los rusos en la línea Starosselje-Derenkowitz.

En el primero de esos dos pueblos nuestras fuerzas se reagruparon en la ribera derecha del Olchanka: buenas posiciones, sólidamente protegidas con fortines y por cantidad de alambradas y minas distribuidas en la orilla.

Del otro lado de la línea, en Derenkowitz, la primera compañía resistió repetidos asaltos, rechazando con denuedo los embates enemigos.

La segunda, a quince kilómetros al norte de Derenkowitz, proseguía la interminable maniobra de repliegue, de este a norte, y luego de norte a oeste, librando honrosamente aventurados combates de retaguardia, con exiguas bajas, y ateniéndose escrupulosamente al horario establecido.

Lo malo eran los kilómetros sin defensa al oeste de Starosselje.

Hundidos al amanecer, los restos de nuestra cuarta compañía habíanse retirado en dirección de Derenkowitz.

Reorganizados luego y con ayuda de elementos de la Primera Compañía, contraatacaron vigorosamente durante la noche.

Pero los rusos se multiplicaban, y por la brecha de Starosselje irrumpieron en un bosquecillo que bajaba hacia el sur.

Nuestras compañías de Derenkowitz y las fuerzas de Starosselje recibieron orden de aferrarse a los flancos de aquel bosque para impedir la salida del enemigo. Enviamos patrullas que escaramuceasen y cargasen por todas partes.

Nuestra artillería, con su potencia de fuego intacta, disparaba sin descanso, desencadenando sobre el cerro desnudo, paso obligado de los refuerzos bolcheviques, un fuego tanto más intenso cuanto que ninguna ilusión abrigábamos ya respecto a las posibilidades que nos restaban de desatascar en el próximo repliegue nuestras piezas pesadas.

Autos y camiones perecían a granel en el fango.

El más poderoso de nuestros tractores, verdadero monstruo montado sobre orugas, tardó un día y una noche en cubrir treinta kilómetros escasos.

Innumerables incendios jalonaban la vía férrea, última pista hacia Korsum, por la cual millares de camiones avanzaban dando tumbos bajo un vendaval de torpedos.

Nosotros constituíamos la retaguardia, al Noroeste; cuanto más lento fuera el repliegue, más duraría nuestra resistencia.

Con sangre fría incomparable, el Mando alemán tenía la situación a mano y, pese a la dramática suerte de los cincuenta o sesenta mil supervivientes del «kessel», no se traslucía en las órdenes la menor huella de agitación o de precipitación. Las maniobras se ejecutaron metódicamente, con sosiego. El enemigo no pudo tomar la iniciativa en ninguna parte.

Dentro de la trágica bolsa viscosa, divisiones y material se replegaban de acuerdo con las indicaciones recibidas; agarradas al terreno hasta el segundo exacto de la retirada, retaguardias y tropas de protección llevaban una lucha cronometrada.

Las brechas se reparaban inmediatamente a costa de lo que fuese.

Todos sabíamos que lo más cuerdo era atenerse al plan del Estado Mayor, porque siempre cualquier retroceso prematuro implicó invariablemente una serie de contraataques para reconquistar el terreno abandonado con demasiada prisa.

Las órdenes parecían duras, pero no estaba el tiempo para delicadezas. Cada soldado sabía lo que escogía: o el repliegue estudiado, con posibilidad de reacción final, dado el caso que nos reagrupásemos en orden, o el aniquilamiento tumultuoso en la desbandada general.

* * *

Amaneció el martes, 8 de febrero de 1944.

Starosselje resistía.

Derenkoweit resistía.

Incrustadas en los límites oeste, sur y sudeste de la selva invadida por los soviets, nuestras patrullas neutralizaron la brecha abierta.

Pero ese asalto no satisfizo al enemigo; redoblando su furia alrededor del «kessel», sus oleadas rompieron incesantemente al Sur, donde el ejército alemán operaba el repliegue más considerable. Desde el 2 de febrero, el Este entero se nos estaba viniendo encima.

Nuestro sector no abarcaba tan sólo la trinchera de treinta kilómetros de Derenkoweit a Starosselje y las posiciones avanzadas de la Segunda Compañía en el sector norte; encomendósenos, además, una línea suplementaria, como de una legua, que desde Starosselje arrancaba en ángulo recto hacia el Sur, hacia el caserío de Skiti.

Amenaza enfrente; amenaza en el flanco izquierdo, en la brecha abierta por el enemigo; amenaza profunda por el flanco derecho, y, a todo esto, Starosselje arrinconado en la punta de un pasillo. En cuanto las fuerzas enemigas de nuestro flanco este partiesen al encuentro de las tropas rusas victoriosas la víspera en el sector de poniente, nuestros soldados se verían copados, aniquilados.

Los valones del flanco derecho tenían por vecinos a jóvenes reclutas de la «Viking» que habían llegado un mes antes de paisano y con un barniz de instrucción militar recibido entre las luchas de enero; unos pobres muchachos molidos y muertos de emoción.

Por la mañana del 8 de febrero de 1944 el enemigo se arrojó sobre ellos, los desalojó, cogió sus puestos uno por uno y puso en fuga a los supervivientes; los vimos refluir en tropel detrás de nuestra cabeza de puente. No había nada que esperar de esos desechos; algunos lloraban como niños.

Aprovechando la desbandada y colándose por la brecha, los rusos cogieron por detrás nuestras posiciones del Sudeste, desperdigadas cada cien metros bajo los encinares. Los valones no tuvieron más remedio que ceder, abandonar el bosque e incluso el pueblo de Skiti, en la planicie. Seguidos de cerca por el adversario, se arrojaron al valle.

Las fuerzas enemigas de ambas brechas habían enlazado casi: entre los dos arietes rusos no quedaba más que nuestro puesto de mando, islote donde reagrupamos a prisa a los fugitivos.

Urgía rehacerse, descongestionar la posición. Una hora más de inactividad, en efecto, y ya no habría nada que hacer.

El enemigo ocupaba Skiti.

Nuestros antitanques escalaron el cerro. Tras ellos arremetió el comandante, seguido de nuestros muchachos, deshechos de cansancio pero con fuerzas aún para vociferar.

Los rusos se vieron barridos hasta el bosque, y a las cinco de la tarde Skiti era nuestro. De nuevo, y provisionalmente, habíamos salvado la situación.

Al día siguiente por la mañana, nuestro puesto de mando de brigada recibió orden de iniciar un nuevo repliegue.

Bastaría, pues, resistir una hora, una tarde, una noche... Y nuestro honor quedaría a salvo, y salvas las tropas amigas en lenta retirada hacia el Oeste, protegidos por nuestra vanguardia.

* * *

Por desgracia, los rusos, que calaban perfectamente nuestro propósito, habían decidido echar mano de todo con tal de hundir nuestras posiciones.

La reducción del «kessel» de Tcherkassy, para ser eficaz debía efectuarse sector por sector. Es lo que el enemigo intentó en Mochny.

Y lo que intentaba al sur de Starosselje.

Y lo que, por otra parte inútilmente, intentaría la infinidad de ataques alrededor de todo el «kessel».

A las cinco de la tarde, pues, Skiti había vuelto a nuestras manos; el comandante bajó de nuevo al puesto de mando. Los muertos ensangrentados de aquella tarde los apilamos en una trinchera de arena.

Estudiando estábamos el plan de repliegue de la brigada para el día siguiente, en dirección de Derenkowez, cuando, en la llovizna crepuscular, hacia nuestro flanco este, un centinela vio que la falda del monte se cubría de nuevo de soldados desbandados.

Por segunda vez el enemigo había atropellado y desconcertado a nuestros muchachos, reinstalándose en Skiti.

¿Quién le iba a impedir ahora descolgarse por la noche hasta las alamedas del valle, realizar el enlace Este-Oeste, aislar Starosselje y estrangular así, definitivamente, nuestro sector?

Había que volver a empezar; y con hombres agotados, diezmados, vencidos dos veces el mismo día.

La división me ordenó que rechazara personalmente al enemigo, que recuperase a toda costa la colina que protegía el camino de retirada y la dejase sólo a las seis de la mañana, cuando nuestras fuerzas de Starosselje se hubiesen desatollado del pasillo.

Cerró la noche.

Entre los abetos densos de la falda del monte, los rusos se escurrían ya hasta la bajada. Subimos hacia el alto, sin perder tiempo y con mucho trabajo: nuestras armas pesaban, y era menester adelantarse cuanto fuera posible sin ruidos y sin combate.

No pasábamos de cuarenta.

Recorrimos arrastrándonos los últimos cien metros, y luego dimos el salto.

Nuestra irrupción en la cima, en plena instalación enemiga, provocó una pasajera confusión, que nos permitió utilizar al máximo las ametralladoras y arrinconar al enemigo en Skiti. mientras dos de nuestros tanques, encaramados allá arriba no obstante la arena y el barro, apoyaban el asalto. Iban a bloquear victoriosamente la entrada del pueblo hasta por la mañana.

* * *

Esa reacción indujo a los rojos a deslizarse más hacia el Sur. Peor que peor para nosotros: la operación fallada en la altura la repitieron a espaldas nuestras.

Rusos y alemanes se atizaban de firme, a la una de la madrugada, a dos kilómetros detrás de nuestro puesto de mando de brigada, a unos cien metros de la carretera, ¡de la única carretera!

Pequeños grupos de la SS «Viking», inquebrantables como peñascos, contenían por sí solos el torrente innumerable de los soviets. Se oía el fragor de los combates aislados desgranados de Este a Sur sobre varios kilómetros.

El enemigo estaba delante, a derecha, a izquierda; detrás de nuestras líneas, el camino por seguir en cuanto clarease se dibujaba enrojecido por las antorchas de las isbas en llamas. Los hombres vociferaban en la noche. Nuestras vidas, las de mil hombres, dependían de aquellas vociferaciones.

Por suerte, a las cinco de la mañana el sector seguía vociferando.

Los coches demasiado endebles para afrontar los treinta kilómetros de cieno y engrudo fueron incendiados, y el grueso de la tropa se escurrió junto al Olchanka, hacia un puente de madera que los nuestros atravesaron en el sitio mismo en que un puñado de SS de la «Viking» estaba conteniendo al enemigo.

* * *

Algunos de nuestros grupos de ametralladores de Starosselje debían resistir hasta el último minuto, vale decir hasta la evacuación completa de nuestras compañías.

Durante tres horas largas lucharon sin desmayar.

Luego, con suavidad de reptiles, se escurrieron por los abetales del Sur, entré los rusos que los habían desbordado por todas partes.

No cayó uno prisionero; no perdieron una ametralladora; a todo correr, en medio de un diabólico concierto de balas, cruzaron los últimos el puente de madera del Olchanka. Este saltó entonces, detrás de ellos, como un geyser.

Hombres, camiones, caballos, trepaban por los taludes cercanos en un barro épico, pegajoso como resina. Entre el enemigo y nosotros mediaban sólo las aguas crecidas del río, cubiertas por los mil vestigios flotantes despedidos por la explosión.

TREINTA KILÓMETROS

La maniobra general de retirada del 9 de febrero de 1944 era muy vasta; las divisiones cercadas abandonaron el sur, el sudeste, el este y las tres cuartas partes del noroeste y del norte del «kessel» de Tcherkassy.

A fines de enero, el «kessel» había tenido más o menos la forma de África. El 9 de febrero por la noche, esa África, contraída considerablemente desde hacía una semana, debía haberse replegado hacia la Guinea, conservando como quien dice un escudo a la altura del lago Tchad.: El pueblo de Derenkowez era tal escudo.

Korsum, capital de nuestra Guinea rusa, constituía el punto de concentración general de las tropas cercadas desde el 28 de enero.

Muy lejos, hacia el suodeste de Korsum, desde fuera del «kessel», avanzaban, rugiendo, en dirección nuestra, varios centenares de «Tigres» y de «Panteras», los tanques más potentes de las divisiones alemanas del sur de Rusia, los cuales, pese a una enconada resistencia, iban abriéndose paso.

Salvando el material en medio de infinitas dificultades, los cincuenta o sesenta mil hombres se retiraban metódicamente hacia Korsum.

Mientras tomaban posiciones para el asalto decisivo que los llevaría al encuentro de los panzers salvadores del Sur, unas fuerzas de retaguardia pecharían con la misión de frenar el empuje de la masa rusa descolgada desde el Norte y el Este y que remontaba también desde el Sudeste y el Sur.

Derenkowez, en la extremidad izquierda de nuestra antigua línea, representaba el punto más avanzado de la resistencia.

Todos nuestros efectivos recibieron orden de replegarse sobre ese pueblo durante la jornada del 9 de febrero. Nuestra Segunda Compañía, que desde la evacuación de Losokow andaba operando un movimiento en forma de arco de Este a Noroeste, se retiraría también desde el Norte.

Sin apoyo de ninguna clase, nuestra brigada ocuparía la posición clave de Derenkowez.

Unidades de la Wehrmacht, con orden de resistir a todo trance, se escalonaron en el flanco oeste de la línea Derenkowez-Korsum; del lado este se encargaría el regimiento «Noordland», de la División «Viking».

Entre ambos frentes laterales alargábase, de Derenkowez a Korsum, una carretera campesina acompañada de un río, con una zona de seguridad de veinte kilómetros más o menos de Este a Oeste.

La posición más expuesta sería, sin duda alguna, la nuestra, en la punta norte del pasillo, pues habíamos de cegar a cal y canto el orificio por donde el enemigo, arrancando del Norte y del Noroeste, trataría de colarse en Korsum para rematar de una vez las tropas copadas.

* * *

No hubo novedad alguna al retirarse la Segunda Compañía sobre Derenkowez. Por el contrario, nuestro despegue, operado «in extremis» en el otro cabo de la línea, mientras nos oprimían por todas partes nubes de enemigos, sería una operación preñada de dramas.

Las unidades alemanas que se retiraban desde el Sudeste hacia el Oeste al mismo tiempo que nosotros huían acosadas también con encarnizamiento.

Gracias al deshielo, el río Olchanka detuvo un poco al enemigo después que hubimos volado el puente.

Según los planes del Alto Mando, para alcanzar Derenkowez debíamos seguir casi paralelamente nuestra antigua línea de Starosselje a esa población; pero por desgracia llevaba ya dos días cortada y rebasada. En la selva, donde el enemigo se había disimulado, y que colgaba como un bocio hacia el Sur, los vusos tenían acumuladas, el 9 de febrero, numerosas piezas anti-tanques.

El camino normal de retirada lindaba al Sur con dicho bosque ; los camiones alemanes que se habían adelantado a nuestra brigada tropezaron allí con innumerables avisperos soviéticos.

Detras de la columna no quedaba ya para retirarse sino un sendero de tierra abierto en una arcilla viscosa, análoga al mazut.

El terreno enarcado en cerros abruptos hacía imposible la subida de los camiones sin ayuda de tractores. Los vehículos se nos escapaban, patinando, en las hondonadas.

También había que atravesar arroyos desbordados, adoquinados todavía con bloques de hielo, donde las ruedas resbalaban ahondando más y más las huellas. El cruce de esas malditas corrientes nos costaba cada vez uno o dos vehículos. Tuvimos que meternos en un sendero de carretas que daba la vuelta hacia el Sur y, unos kilómetros más allá, torcer en dirección Oeste. Una vez articulados dentro de la descomunal culebra automóvil, excusado era pensar en desprenderse de ella: en la pista cenagosa, bordeada por un barranco profundísimo, cualquier movimiento torpe en el volante habría enviado precipicio abajo al vehículo.

Al pie del monte, en medio de los pantanos, una aldea se reflejaba en un gran estanque. El camino que pasaba junto al agua, convertido muy pronto en una pasta espesa de color carbón, con cerca de un metro de profundidad, resultó de todo punto intransitable. Hubo que apelar a todo, arrojar las parvas de heno y paja en el desagadero y colocar luego por encima el rastrojo de las isbas, las puertas, las ventanas, los tabiques y hasta las mesas sin patas.

Fuimos metiendo así sobre el barro al pueblo entero, Pero, con el enemigo a dos kilómetros, ¡cualquiera se enternecía!

Y ante la desolación de los aldeanos, cien camiones lograron destacarse sobre las míseras ruinas, remontar hacia la meseta y entrar, por fin, en la «pata de ganso» del camino de Derenkowez.

* * *

A las cinco de la tarde estábamos ciertos de haber salvado más o menos a todos nuestros hombres y, punto más sensacional aún, buena porción de material. Pero era preciso no retrasarse.

Los aviones ametrallaban las isbas de la encrucijada donde teníamos un depósito de cohetes; los cazas soviéticos lo alcanzaron: miles de cometas rojos, verdes, blancos, violetas, rayaron frenéticamente el aire, pasándonos entre las piernas y espantando a los animales.

Para llegar a Derenkowez había que aproximarse al linde oeste del condenado bosque donde el enemigo estaba al acecho.

Lo bordeamos a uno o dos kilómetros, avanzando con exasperante lentitud, pataleando sin cesar en medio metro de cola alquitranada, confundidos en estrecha hilera camiones alemanes y camiones de la Brigada «Valonia»; cada dos por tres, un coche embarrado frenaba el tráfico entero.

Fué necesario cortar y arrancar los árboles frutales de los huertos cercanos para consolidar algo el suelo; habíamos abandonado, en efecto, y destruido innumerables vehículos averiados e íbamos a pie, levantando a cada paso bultos de barro que nos partían los músculos.

Avecinóse la noche. Los nervios se iban descomponiendo. El bosque y los aviones nos hostigaban incesantemente. De pronto una bola colorada saltó de entre los árboles; luego otra. «¡Panzers! ¡Panzers!», gritaban unos conductores extranjeros; sin más ni más se apearon, prendieron fuego a los camiones y se dieron a la fuga.

En realidad, se trataba de los antitanques soviéticos.

Y, además, no era para tanto; otros dramas habíamos vivido ya. Pero, por el momento, los coches incendiados atascaron la circulación.

El convoy acarreaba «stocks» de bombas y de granadas. Comenzaron las explosiones.

Y entonces, ¡todos a tierra, bien pegados a la superficie de los campos!

Decidido a reunir hombres y a salvar algunos vehículos, salté sobre un caballo. Pero era demasiado tarde: la carretera ardía de cabo a rabo. En el atardecer grisáceo, más de cien camiones, pasto de las llamas, alargaban una como cinta rosada y grana con huecos negros.

Perdiéronse todos los archivos, los documentos, el material; sólo salvamos nuestras gloriosas banderas, enrolladas, desde el primer día de la retirada, al cuerpo de nuestros comandantes de compañía.

* * *

Por la noche, un puñado de hombres con las piernas desarticuladas por el esfuerzo y perseguidos por el tiro ruso, penetraron en la pista baja de Derenkowez.

El lodo, río de lava, descendía en cintas enormes hasta el valle cortado por el lago.

El puente apareció destruido, y derretido el hielo del estanque ; no hubo, pues, más remedio que atravesar la sombría hondonada con el agua hasta el vientre.

El enemigo llevaba dos días demostrando un encarnizamiento rabioso al este de Derenkowez; al Norte habíase pegado a la Segunda Compañía, que, al llegar nosotros, estaba entrando en el refugio; al Sudeste nos escoltaba a cañonazo limpio.

Rompió a llover a cántaros. En la noche estriada por las descargas de ametralladora bolchevique, chorreábamos, cegados, hundiéndonos en las pozas enredados en las armas, físicamente exhaustos y casi sin esperanzas.

LA CABEZA DE PUENTE

La brigada de asalto «Valonia» realizó la hazaña de reagruparse toda en la cabeza de puente e Derenkowez. La situación iba a volverse allí infernal casi en seguida.

La brigada formó en herradura alrededor del pueblo, frente al Norte, al Nordeste y al Este. Entre ambas extremidades de la herradura, a espaldas nuestras, la carretera de Korsum arrancaba hacia el Sur.

Hora tras hora, la zona de seguridad junto a la pista se fué achicando. Al oeste del pasadizo, los tanques rojos cargaban contra las posiciones de la Wehrmacht; lo mejor de los tiradores soviéticos habíanse insinuado a diestro y siniestro, y el jueves por la mañana estaban ya ametrallando el convoy mismo hacinado en la carretera Derenkowez-Korsum.

En menos de un día, los veinte kilómetros de seguridad relativa se redujeron a uno o dos.

Teóricamente, el otro flanco de la carretera, al Este y al Sudeste, contaba con fuerte protección, encargándose el regimiento SS «Noordland» de contener al enemigo a diez kilómetros del valle. Gracias, pues, a su acción, nuestra cabeza de puente en la extremidad norte del corredor resistiría lo preciso, y el reagrupamiento general tendría lugar en Korsum con tranquilidad y orden.

Por desgracia, desde el jueves el regimiento «Noordland» se había dejado zarandear de lo lindo; un nuevo empujón ruso lo arrinconó por fin en la última colina que cubría nuestra pista, a mitad de camino entre Derenkowez y Korsum, es decir, a siete kilómetros, poco más o menos, detrás de nosotros.

Creímos que todo o casi todo estaba perdido: el pasillo, en efecto, no medía ya sino unos cientos de metros de anchura, atravesados por las balas de parte a parte.

Al enterarse, el general Gille montó en una cólera terrible y endilgó, por teléfono, al comandante del «Noordland» un huracán de imprecaciones, completado por la orden formal de reconquistar en el acto el terreno perdido.

Pero, mientras tanto, las fuerzas bolcheviques victoriosas habían avanzado desde allí hacia Derenkowez, para cogernos de revés. En efecto, a primera hora de la tarde aparecieron al sudoeste del caserío, cerca de las isbas que dominaban la aglomeración entera.

Era Derenkowez un lugar muy alargado, con casas bien separadas entre sí. Los rojos acababan de meterse en el barrio más estratégico; de noche instalarían allí el material y, acribilándonos a derecha e izquierda, la artillería y las granadas darían buena cuenta de nosotros.

* * *

En aquella coyuntura pudimos disponer de algunas tropas suplementarias. Como reza el refrán, en efecto, «no hay mal que por bien no venga» ; puñados de choferes sin volante y de artilleros sin baterías constituían reservas de hombres que aumentaban con la voracidad del cieno. Los adaptamos inmediatamente a la Infantería. Nos vinieron admirablemente para reforzar las compañías diezmadas.

Fué un oficial de Artillería quien, al frente de cincuenta de sus antiguos sirvientes de batería, partió a la reconquista de la loma de Derenkowez.

Andaba de por medio el orgullo. Los artilleros, a quienes los de primera línea solían buscar las cosquillas, quisieron deslumbrarlos, y tal tunda administraron a los rojos que los arrinconaron dos kilómetros al sudeste, hicieron muchos prisioneros y conquistaron sobre un cerro un molino con unos establecimientos agrícolas.

Al arribar penosamente, en su contraataque, al sector que horas antes perdieran, los del «Noordland» se quedaron de una pieza: un puñado de belgas, embarrados y alegres, estaban allí, desplumando gallinas, cortando tocino y rodajas de salchichón; preparativos — granada al cinto — de una kermesse discretamente heroica.

La posición se mantuvo inquebrantable: nuestros artilleros eran orgullosos, y la granja de las buenas.

Pero en las demás zonas, el peligro nos iba estrechando trágicamente. El enemigo presionaba con tesón al este de Derenkowez ; hordas de mongoles surgían sin descanso, abalanzándose, aullando, sobre nuestras posiciones. Nos empujaron hasta las cercanías de la localidad.

Al caer la noche la situación era la siguiente: la cabeza de puente de Derenkowez, casi estrangulada; detrás, a mitad camino entre ese pueblo y Korsum, en el villorrio de Arbusino, una zona de protección ínfima a ambos lados de la carretera, expuesta a que la suprimieran de un momento a otro ; en tal caso, a nosotros, presos en Derenkowez, nos habrían ajustado las cuentas en un santiamén.

Y entonces ¿quién impediría al enemigo arremeter desde Arbusino sobre Korsum, donde los cincuenta mil, en espera de la salvación del Oeste, empezaban apenas a reagruparse chapoteando en el barro?

Aquella salvación se nos antojaba de hora en hora más problemática. La columna liberadora de tanques del Reich distaba aún cuarenta kilómetros de Korsum, y ella también se estaba hundiendo en el piélago de barro. Sombrios nubarrones nos cercaban. Las noticias eran desastrosas.

Las tropas cercadas estaban deshechas.

Las municiones casi no existían.

El abastecimiento era nulo.

Los hombres se caían medio muertos de cansancio.

¿ Soportaríamos mucho tiempo aún el diluvio de un adversario que nos sentía al borde de la agonía?... ¿Podrían los famosos tanques del Oeste, navegando por aquellos légamos d,e leyenda, extremar su esfuerzo y romper el cerco?

A lo sumo, y con buena dosis de optimismo, podíamos concedernos algunos días más, antes de sucumbir.

Una comunicación secreta del Estado Mayor de la división al jefe de nuestra brigada vino por la noche a soplar sobre las últimas esperanzas: «Hay cuatro o cinco probabilidades sobre ciento de evitar el aniquilamiento total». En el puesto de mando, enterrado en aquel momento en espesísima

lluvia, nos miramos, helados... Los rostros de nuestros hijos pasaron en una lejana visión.

Acercábase la hora en que habríamos de perderlo todo...

* * *

Múltiples y confusos combates llenaron la noche del 10 al 11 de febrero de 1944.

No se veía a un metro; el aire era un bloque de agua; el suelo, un río que nos cubría la rodilla.

Los rusos bullían como sapos en los cenagales negros, escabullándose por doquier en las tinieblas.

Cada uno o dos minutos, de un mismo punto partía una bala. Para llegar al sitio en que debía esconderse el tirador necesitábamos más de un cuarto de hora, pero entonces dábamos con un charco como los demás: aquel anfibio habíase escurrido como una sombra a otro agujero de agua y oscuridad. En cuanto nos alejábamos, las balas volvían a silbar, agudas, punzantes, crispaduras ; chocaban entre sí en torno de nosotros, estallaban contra las paredes, las puertas, los cobertizos.

Con ocho días ya sin dormir y las ropas pegadas al cuerpo, nuestros hombres se sentían enloquecer.

La división telefoneaba cada media hora al puesto de mando: «¡Hay que resistir! ¡Hay que resistir!». Casa que perdíamos, casa que había que recuperar a toda prisa, en las tinieblas.

Al fin, los rusos vinieron incluso a mezclarse con nosotros; les echábamos mano en la oscuridad. Cuando aquellos monstruos asquerosos, hirsutos, chatos y coloradotes eran llevados al puesto de mando se reían, descubriendo sus dientes amarillos.

Lo decían todo, en particular que eran diez veces más numerosos que nosotros. Luego engullían cualquier cosa, se tumbaban en cualquier parte como animales, roncando, gruñendo, en un fétido olor a sebo y a trapo húmedo.

MENOS CINCO

El viernes por la mañana Derenkowez seguía resistiendo.

Los costados oeste y este de la pista de Korsum aguantaban, pese a que los tiradores rojos se hubiesen insinuado aquí y allí en los matorrales y espinos próximos a la carretera.

Mejor que nosotros sabía el enemigo hasta qué punto nos estrechaba. Sus aviones llevaban varios días echándonos octavillas, con mapas y todo, describiéndonos nuestra situación desesperada. Daban la lista de las unidades cogidas en la ratonera, citando particularmente la «Brigada motorizada Valonia».

En el arte de la propaganda iban innovando mucho. Aparecía regularmente una bandera blanca, y con ella un soldado ruso con una misiva personal para el general de la división o del Cuerpo de Ejército: era una carta manuscrita de un general del Beich, prisionero y pasado al enemigo, que proponía insistentemente, en nombre de sus amos soviéticos, la capitulación honrosa del «kessel».

El mismo servicio de correos nos traía cotidianamente fotografías de prisioneros de la víspera, comiendo con el general de marras, bien vivos y fuera de peligro.

A las once de la noche del viernes 11 de febrero, cuando hubieron izado la consabida banderita, dos oficiales soviéticos, correctísimos, se presentaron con un mensaje del Alto Mando ruso para el comandante en jefe de las tropas cercadas.

Era el ultimátum.

Cortésmente recibidos, los dos oficiales pasaron a retaguardia de nuestras líneas. El ultimátum era terminante: «O se rinden, en cuyo caso se les tratará como a soldados valerosos, o a las trece horas se desencadenará el asalto de exterminio.»

Fué rechazado de plano. A través del barro devolvimos los dos oficiales a sus líneas, encaramados sobre un trepidante tractor.

* * *

La réplica soviética no se hizo esperar.

Los rojos acometieron, a primera hora de la tarde, por todos los puntos del «kessel», angustiosamente achicado.

En la cabeza de puente y en el camino Derenkowez-Korsum, los ataques, prodigados con rabia incontenible, nos adentraron en un peligro siempre más preciso y agobiador.

Dos días llevaban las tropas alemanas concentrándose en Korsum. Todos sabíamos que se entablaría el combate final, que millares de millares de hombres tomaban posiciones y se arrojarían al asalto con la energía de la desesperación. Un radiotelegrama del Alto Mando alemán nos había conjurado que sacáramos fuerzas de flaqueza: cuanto quedara de panzers del otro lado del «kessel» vendría en un postrer esfuerzo hacia nosotros.

Había que jugarse la última carta.

Los rojos nos creían perdidos sin remedio.

Sin embargo, durante quince días, sus esfuerzos se habían estrellado todos. Ahora querían terminar de una vez. Rechazado sin discusión el ultimátum, el alud se despeñó sobre el conjunto de los sectores.

* * *

Durante la noche, el pasillo de Korsum se estrechó más aún; pero la brigada de Derenkowez no soltó ni una pulgada de huerto ni un metro de tapia.

Nuestros soldados parecían estacas clavadas en los charcos ; insensibles ya a todo, si hubiesen llovido tanques no se habrían admirado.

Llegaron nuevas órdenes. La situación apremiaba tanto que se apresuraría el movimiento de ruptura; al día siguiente, sábado, 12 de febrero, el ejército probaría suerte de una vez cargando contra el enemigo en dirección sudoeste. Nosotros evacuaríamos Derenkowez a las cuatro de la mañana, para sumarnos a la marejada de asalto, al Sur, en la otra punta del «kessel». El regimiento «Noordland» formaría la barrera a retaguardia, a la altura de Arbusino, protegiendo Korsum.

Pero no eran más que las siete de la noche.

¡ Qué espera ! ¡ Qué angustia !

Las últimas fibras estaban rotas...

¿Lograríamos, de acuerdo con las órdenes, resistir nueve horas todavía? ¿No se derrumbaría, de pronto, la cabeza de puente, replegándose en un aniquilamiento de espanto?

Bajo el aguacero, las balas pegaban contra las chapas onduladas. Nunca había llovido con semejante furia.

Los gritos desgarraban la noche por todas partes.

A la una de la madrugada, por fin, las vanguardias del Este se despegaron. Verdaderos reptiles de barro y de noche, los rusos se metían en las isbas. Los nuestros no disparaban ya; bajaban sin chistar hacia el estanque desbordado, cruzando sus cien metros de anchura con el agua hasta la cintura y las armas levantadas en el puño. Escrutábamos en la oscuridad el líquido negro de donde salían pringosos como focas.

El fuego fué ganando en intensidad al Oeste y al Noroeste. Silbaban las balas perdidas, aplastándose contra los obstáculos.

De repente, un estruendo prolongado, sordo, nos heló de estupor. ¡Los tanques!

Tanques soviéticos acudían al Noroeste, a pocos centenares de metros de nosotros, forzando la marcha hacia la calzada de piedra donde aguardaban en fila nuestros camiones, los únicos que podrían salvarnos en el último instante.

Aquel profundo rodar de orugas era la sentencia; cinco minutos más y sobrevendría la catástrofe.

* * *

Salté sobre una batería antitanque evacuada a la vera del camino y con ayuda de un soldado la volví; otros acudieron a mis gritos, apuntando con otra pieza, y abrimos juntos un fuego de barrera infernal; los tanques rojos frenaron. Era la una y media de la madrugada.

Resguardada detrás de sus blindados, la infantería soviética trepó entonces hasta algunas decenas de metros de nosotros, disparando al tun tun sobre la pista ennegrecida.

Nuestros camiones debían estarse allí, avanzando o reculando indefinidamente, en espera de que subieran del estanque los grupos de camaradas que aun chapoteaban dentro.

A medida que llegaban se encaramaban en tropel sobre los vehículos; mas a cada cargamento varios rodaban sobre la carretera, heridos de muerte.

A las cuatro de la mañana se nos unieron los del último pelotón de retaguardia y acoplamos a toda prisa nuestros dos antitanques a los camiones de cola.

La cabeza de puente de Derenkowez habíase mantenido hasta el fin, sin contratiempos, sin un minuto de retraso sobre el horario.

Cruzamos Arbusino en llamas. El regimiento «Noordland» se reemboscaba allí tras la hoguera. Algunos aviones yacían tristemente de nariz en el barro.

Al filo del alba llegamos a Korsum ; nuestra brigada consideró deber suyo apearse de los camiones, formar y penetrar en la ciudad en orden perfecto, con la cabeza alta y cantando como en una parada...

SALIDA DE KORSUM

Era Korsum una ciudad admirable.

Reflejábase a Sudeste en un lago muy profundo de varios kilómetros, rodeado de isbas de colores vivos y enmarcado por la bronceada arboleda de unas colinas; costeábalo un sendero de arena que iba a terminar en una presa gigantesca. El agua se despeñaba bramando sobre rocas verdes y encarnadas, separándose a ambos lados de una isla chata que coronaba una vieja abadía blanca, de elegantes festones orientales.

Los muertos, todos de la división «Viking» y de la brigada de asalto «Valonia», habían recibido sepultura a ciento cincuenta metros sobre el agua atormentada, en un cerro sombreado hasta donde subía el rugido wagneriano de la catarata.

Al final de cada combate los habían conducido a aquel promontorio potente y solo, cumbre de muerte y de gloria.

Desde allí nos verían partir, a lo largo de las aguas, hacia el sacrificio o la liberación...

* * *

Las dimensiones del «kessel» se habían reducido sobremanera : algunos kilómetros de frente al norte de Korsum; algunos al sudoeste; una cortina doble de protección sobre los flancos.

Y nada más.

Extenso como Bélgica en un principio, cabría ahora dentro de un departamento francés.

Dado que el enemigo atacaba sin descanso, era indispensable conquistar al Sudoeste y, siguiendo el ritmo del repliegue, los kilómetros abandonados al Este y al Norte. Habíamos dejado Derenkowez; eran, por consiguiente, siete kilómetros menos; los asaltos alemanes tendrían, pues, que ganar otros siete al Sudoeste antes de anochecido si no queríamos que los cincuenta mil hombres del «kessel» se ahogaran por falta de espacio.

Pues bien, a las once de la mañana, cuando el comandante y yo recibíamos órdenes en la división, vimos al general Gille, colgado del teléfono, ponerse escarlata. La comunicación era una tragedia: ¡Arbusino, la barrera indispensable hasta el día siguiente, había caído en poder de los rusos !

¡Los rojos corrían a toda marcha sobre el mismo Korsum!

¡Cualquiera resistía las iras del general Gille! Se reconquistó el pueblo, y se restableció la barrera.

¡Era hora!

* * *

Nuestras divisiones llevaban largas horas atacando al Sudoeste, sin el éxito apetecido por el Mando alemán; la resistencia roja era acérrima. Se cogió, sí, una aldea a seis kilómetros de Korsum; registráronse igualmente ciertos avances por los flancos. Pero el enemigo nos oprimía más y más. Allí lo que se necesitaba era un éxito rápido y total, si no, en uno o dos días todo habría acabado.

El esfuerzo de la tropa había sido sobrehumano.

En diez días, oficiales y soldados no habían disfrutado un momento de descanso, sostenidos tan sólo por la energía feroz que inyecta la proximidad de la muerte.

En lo que a mí se refiere, desde Mochny — hacía, pues, una semana — no había dormido una hora; para resistir el acoso del sueño tragaba pastillas de «pervitine», la droga que se da a los pilotos para mantenerlos despiertos durante los vuelos largos.

No había medio, en efecto, de encontrar un minuto de tregua ; los teléfonos del puesto de mando llamaban sesenta veces por noche; el enemigo rompía las líneas a cada instante ; yo tenía que correr al punto crítico, pescar a los hombres con quienes topaba y acometer con ellos en contraataques.

No éramos más que haces de nervios.

¿Cuánto tiempo aguantaríamos aún?

* * *

La lucha encarnizada de esas dos semanas nos agotó casi las municiones. Ni un avión pudo aterrizar en ocho días. El ejército copado recibía las municiones en paracaídas.

Cuando íbamos a entrar en Korsum, vibró el ronroneo de los aeroplanos en el cielo entoldado y plomizo, y una nevada de paracaídas blancos descendió entre la neblina.

¡Un aterrizaje soviético!, pensamos... la última fase de la lucha.

Pero en lugar de cuerpos, bajo los globos de seda se balanceaban grandes cigarros plateados; cada uno traía veinticinco kilos de cartuchos o de cajitas de chocolate amargo, concentrado, antídoto contra el sueño.

Gracias al suministro aéreo, las unidades pudieron recibir una provisión seria de municiones.

Las panaderías de Korsum amasaron la última hornada de bolas de salvado. Fué, con el chocolate de los paracaídas, la única alimentación distribuida el 13 de febrero de 1944.

El soldado, llevándose su pan, sabía que era el último que recibiría antes de morir o de vencer.

* * *

A las veintitrés horas partiríamos al combate en el Sudoeste.

Abrigábamos aún algunas ilusiones, pues el Mando alemán nos daba a cosa hecha informaciones falsas, es decir optimistas. Y, por otra parte, ¿para qué decirlo todo? De saber la verdad desnuda habríamos renunciado a cualquier esfuerzo.

Según, pues, los oficiales superiores, nuestro infortunio terminaría al día siguiente, domingo: unos cuantos kilómetros por atravesar y ya estaba.

Nos lo creímos, porque el hombre cree de buena gana cuanto rima con sus deseos.

Por la mañana había cesado la lluvia. Subió la luna en la noche y nos pareció un presagio. Korsum brillaba suavemente.

Bajo el firmamento delicadamente plateado soplabá un aire-cilio picante. Unas pastillas de «pervitine» nos mantendrían hasta la victoria.

* * *

Habíamos sufrido severas pérdidas de camiones.

Pero nuestros muertos, muy numerosos, nos dejaron sitio en los que quedaban. La columna llegó en plena noche al lago azul iluminado por la luna, a la salida de Korsum.

Cruzólo el ejército sobre un puente de madera de cerca de un kilómetro de largo, atrevidamente colgado por los alemanes en lo alto de la represa, mas como no era un puente lo bastante ancho para permitir la circulación en ambos sentidos, los convoyes quedaban bloqueados a cada instante.

Felizmente, nada podía con la granítica disciplina de los feldgendarmes; ni el enemigo rondando en las inmediaciones, ni el nervosismo de la tropa; no obstante el fantástico amontonamiento de millares de vehículos, el paso se efectuó sin incidentes.

Medio muertos de cansancio como estábamos, no podíamos, sin embargo, dejar de admirar aquella máquina que funcionaba tan bien, aquel Mando tan dueño de sí, el repliegue regular cual un cronómetro de carrera: intendencia, distribución de gasolina y municiones, circulación, teléfono, radio, todo ello preciso y perfecto durante interminables semanas de pavorosa pesadilla. Ni un granito de arena estorbó el engranaje a pesar de la concentración de fuerzas heterogéneas día y noche perseguidas, a pesar de la pérdida considerable de material en los barrizales del deshielo.

Sin embargo, aquella noche todo dependía de unas docenas de metros cúbicos de tablas. Un aviador intrépido, picando con su aparato en la presa del lago, hubiese volado el puente de madera y ni un solo camión saldría de Korsum.

Pero no hubo aviador enemigo que intentara el golpe sensacional ; o bien ningún general ruso cayó en ello.

A las dos de la mañana estuvimos del otro lado de la presa, en la orilla del lago, cubierto en aquel momento de una pelusilla de claridades pálidas, en marcha hacia la línea del Sudoeste.

* * *

Nos costó muchísimo adelantar unos cuantos kilómetros. El frío arreciaba. El barro se endureció, haciendo aun más difícil la circulación; los camiones quedaron presos a centenares en aquella cola, obstruyendo el paso.

Todos pugnaban por poner en marcha los vehículos agarrados al cieno duro o por empujarlos a la cuneta; pero hubiera sido cosa de nunca acabar, pues los coches más inverosímiles ocupaban kilómetros y kilómetros, en tres o cuatro filas: monumentales camiones colorados de la «Feldpost», autocares de Mando, cañones, tanques, un hormigueo de carromatos tirados por caballos y bueyes. Las motos petardeaban en vano.

Finalmente tuvimos que apearnos y avanzar a pie en aquel maremágnun, augurando a nuestros conductores mucha filosofía y vientos violentos y propicios.

De madrugada entramos en el pueblo conquistado la víspera.

Las noticias nos consternaron.

Había sido imposible practicar una brecha profunda en el dispositivo enemigo, pues tras cuatro kilómetros de avance, las tropas alemanas se habían estrellado, en la aldea de Sanderowka, contra una resistencia inaudita, ocupando sólo medio pueblo.

Los tres últimos panzers de nuestra brigada, lanzados al asalto momentos antes de llegar nosotros, habían sido destruidos. Su comandante, bello como un dios, con unos ojos azules chispeantes de malicia y una magnífica schapska blanca de cosaco marcada con la calavera de la SS, había saltado junto con su tanque, alcanzado de lleno en la reserva de municiones: tras una trayectoria de diez metros volvió a caer, muerto, pero con la cara absolutamente intacta.

El ataque iba a empezar de nuevo.

En cuanto a los blindados salvadores que desde fuera iban a llegar a nuestro encuentro, seguíamos esperándolos. Las informaciones al respecto resultaban confusas.

* * *

No avanzábamos un palmo hacia el Sudoeste, pero, eso sí, al Norte retrocedíamos tremendamente: Arbusino, perdido por la mañana, reconquistado a mediodía, cayó definitivamente por la noche, es decir doce horas demasiado pronto. Los rojos, pegados a las tropas en retirada, habían entrado en Korsum.

¡ Sí, en Korsum !

Lo habíamos evacuado a las once de la noche y ya al rayar el alba los camiones enemigos se metían dentro.

Sin perder un segundo, había que correr al pueblo de Nowo-Buda, que, según el mapa, cubría por el Este la localidad tan disputada de Sanderowka.

Nowo-Buda, de nombre tan extraño, dominaba a lo lejos una cima alargada de Este a Oeste.

Partimos en fila india.

Cuanto quedaba de artillería machacó las casas de Sanderowka, refugio de los rusos.

Cogimos a mano izquierda, entre montones de cadáveres recientes de soldados alemanes.

Mientras forcejeábamos en el cieno, los aviones soviéticos picaban rasando el suelo; era preciso zambullirse de cabeza en el lodo hasta la desaparición de la escuadrilla; y vuelta a empezar. Diez veces hubo de repetirse la inmersión, y para cubrir cuatro kilómetros de engrudo a campo traviesa necesitamos tres horas.

Por fin entramos en Nowo-Buda, silencioso como un cementerio, de donde dos regimientos de la Wehrmacht acababan de expulsar magistralmente y por sorpresa a los rojos, que abandonaron magníficas baterías y unos veinte camiones Ford.

Pero esa inesperada victoria no engañaba a nadie. Quince tanques enemigos estaban subiendo desde el Sudoeste; los divisamos perfectamente en la carretera.

Se detuvieron a ochocientos metros.

NOWO-BUDA

Al día siguiente, 14 de febrero de 1944, debíamos relevar a los dos regimientos alemanes que conquistaran Nowo-Buda. El comandante y yo fuimos, pues, a informarnos sobre la situación al puesto de mando del coronel jefe del sector.

La travesía de Nowo-Buda nos sumió en amargas cavilaciones. Las calles de tierra del pueblo — dos senderos paralelos, hondos, encajonados—rebosaban agua: metro y medio de profundidad, a ratos, e incluso más; había que hacer de volatinero sobre los taludes resbaladizos como un encerrado.

En el despacho del coronel alemán, el ambiente era lúgubre.

El caserío había caído sin que se diera un golpe. Los dos regimientos llegados calladamente en las últimas horas de la noche provocaron el pánico entre los rusos, cogidos por detrás; el enemigo se había largado como alma que lleva el diablo, perdiendo hasta las piezas antitanque.

Pero habla recobrado muy pronto su sangre fría; un amplio arco de contraataque, de Nordeste a Sur, se dibujó en seguida en torno de Nowo-Buda.

De acuerdo con el plan primitivo, habíase ocupado esa localidad sólo por unas horas, con objeto de proteger el flanco de la enorme columna del «kessel», que, una vez dueña de Sanderowka, se lanzaría hacia el Sudoeste. Pero Sanderowka no había caído del todo, y más allá del caserío era de esperar una porfiada resistencia, puesto que durante dos días y medio el enemigo había logrado frenar el asalto alemán. Nowo-Buda, pues, posición de un día, desempeñaría de sopetón el papel de posición esencial. Porque si el enemigo lograba hacerse de nuevo con ella bastaría bajar unos cuatro kilómetros al Oeste, cortar la carretera detrás de Sanderowska y provocar el desastre final.

Era lo que temía el general alemán.

Nuestro sector contaba, en total, para su defensa, con cinco panzers y con los últimos cañones

antitanque, casi sin municiones y poco menos que imposibles de mover en el lodazal.

En sustitución de los tres mil hombres de los dos regimientos del Reich que partirían poco antes del alba, dispondríamos de un millar de valones, peregrino ejército de cocineros, contables, conductores, mecánicos, furrieles, telefonistas, amén del juez de instrucción, del dentista, del farmacéutico y del cartero, magnífico refuerzo de nuestras nueve esqueléticas compañías.

* * *

Los oficiales del Estado Mayor del regimiento alemán esperaban con los codos sobre la mesa y la cabeza entre las manos, en un mutismo absoluto.

Ellos se preguntaban si tendrían la suerte de pasar la noche sin contraataque. Nosotros, si tendríamos la desgracia de que el ataque surgiera cuando los alemanes se hubieran retirado.

Cerró la noche. Nuestras compañías llegaban, en la bruma, deshilvanadas, habiendo desperdigado rezagados por todas partes en los lodazales de los campos. Entraron en Nowo-Buda y la mayoría se desplomó en los rincones, medio muertos. Los de más temple exponían sus guerreras y pantalones empapados a la lumbre anaranjada de las cañas de maíz.

A las dos de la madrugada, unos pobres enlaces que reunían la brigada a través de los cenagales llamaron gritando a cada puerta.

Volvimos a enfundarnos en nuestra ropa dura como zinc; limpiamos más o menos el fusil o la pistola ametralladora y, en la noche fría, fuimos saliendo a centenares, dando la voltereta de rigor en el agua de las charcas. Los hombres avanzaban zigzagueando y maldiciendo.

Las compañías estuvieron dos horas reagrupándose al azar. Pobres muchachos, embadurnados de barro, deshechos, sin comer, sin más bebida que el agua sucia de las pozas... Debíamos conducirlos hasta los agujeros de donde salían tambaleándose los hombres del Reich: «¡Animo, muchacho, instálate... y sobre todo no te vayas a dormir... mucho ojo... que están ahí!»...

Sí, estaban ahí; no sólo los rusos europeos, sino los mongoles y los tártaros, los calmuco y los tjirgishes: semanas y semanas llevaban soportando como alimañas las correrías por tierras viscosas, el descanso en los breñales, el alimento grosero rebañado en los campos muertos donde, el verano anterior, llamearan los girasoles y el maíz...

Estaban ahí, seguros de sus cartucheras de sesenta balas, de sus lanzagranadas, de sus «órganos de Stalin», espanto de la noche con sus múltiples descargas...

Estaban ahí.

Y también estaban ahí los quince tanques, el estruendo de cuya partida aguardábamos con angustia en la oscuridad.

* * *

Sentados delante de nosotros, los oficiales alemanes esperaban que dieran las cinco. Ya nos habían indicado la situación en el mapa: teníamos al Noroeste un hueco de varios kilómetros, pues había sido imposible establecer por aquel lado una comunicación ; al Este y al Sudeste las posiciones se espaciaban al borde del pueblo, frente al punto donde el enemigo se reagrupara la víspera. Naturalmente, no existía continuidad alguna. Quedaban a nuestra disposición cinco tanques viejos y cansados ; no había otra cosa. Súbitamente, el coronel alemán impuso silencio: el rumor largo de las orugas de los tanques subía en la noche.

El coronel se levantó, cogió sus mapas, hizo una seña a su Estado Mayor. Sus tropas, relevadas por las nuestras, habían abandonado ya el pueblo; no tenía, pues, ningún motivo para retrasarse en Nowo-Buda; de quedarse con nosotros en plena refriega, habría corrido el riesgo de perder contacto con sus hombres.

Un instante después había desaparecido.

Nuestro comandante, con los ojos fijos, escuchaba.

Cesó el ruido de los tanques y restablecióse el silencio. El enemigo se había desplazado.

Transcurrieron sin novedad dos horas más.

Restregándose los ojos cansados, nuestros observadores miraban sin cesar hacia el recodo de

la colina que disimulaba los tanques soviéticos. De cuando en cuando las descargas de los «órganos de Stalin» estallaban en el pueblo, donde, completamente solo en un punto avanzado, se hallaba nuestro pobre puesto de mando.

Aquello iba a acabar mal.

A las siete, el sordo rumor de los blindados resonó de nuevo en Nowo-Buda.

Los cinco panzers alemanes retrocedieron, para cambiar de posición. Unos hombres correteaban en el barro sin oír ni mirar nada.

Tres obuses de tanque disparados a bocajarro atravesaron nuestra isba, arrojándonos de todo sobre la cabeza y sepultándonos bajo los escombros. Un morrillo enorme me cayó en pleno vientre; me desenterró a duras penas, incorporándome maquillado enteramente con yeso. A ambos lados de las ruinas de la casa, los soldados pasaban gritando, perseguidos por los tanques rojos.

Uno de éstos nos dejó atrás.

DOSCIENTOS MUERTOS

Los rusos se colaron en tropel en Nowo-Buda.

El comandante y yo cogimos dos pistolas ametralladoras y nos lanzamos en medio de un grupo de unos cincuenta valones. El fragor de los tanques resonaba en los dos caminos paralelos entre los cuales disparábamos nosotros.

Los quince panzers enemigos habían pulverizado nuestros hoyos de fusileros, y los hombres habían sido aplastados por las orugas o liquidados por la jauría asiática.

Los cinco blindados alemanes, por su parte, se habían replegado a un rincón del pueblo. Uno de ellos volvió y, frente por frente, topó con un tanque soviético; en unos segundos se deshicieron mutuamente.

Otro de los rusos se lanzó sobre nosotros con tal rapidez que no nos dio tiempo de ver nada: salimos todos por los aires, zumbándonos los oídos. Muertos y heridos aterrizamos juntos.

Nuestro oficial alemán de enlace quedó plantado, derecho como un huso, con la cabeza, metida en el barro espeso y los pies para arriba. Los tanques seguían atronando, rebuscando en ambos senderos, triturando a diestro y siniestro a los infelices soldados.

Logró arrojar me a una cuneta. Un casco de obús, cortante y caliente, aparecía en un desgarrar de mi chaqueta; me sentía herido en el costado y en el brazo, pero las piernas no Saqueaban.

Creyéndolo todo perdido, algunos hombres se habían echado cuesta abajo al oeste del pueblo. El tractor de una de nuestras baterías antitanque bajaba en medio de ellos; un obús lo volcó. Los atrapó a mitad de la pendiente e hice montar sobre un caballo perdido a uno de los oficiales, con misión de correr más lejos todavía y recoger otros elementos fugitivos.

Nuestros panzers seguían defendiéndose al sur de la aldea. Allí era, pues, donde había de formarse el núcleo.

* * *

Bajo el diluvio de las granadas de los «órganos de Stalin», cada uno remontó hacia las casas.

El efecto de aquellas explosiones era portentoso; cada una de las treinta y seis deflagraciones levantaba del suelo un haz en forma de manzano: grises vergeles, vergeles fantasmas sembrados de girones de carne humana.

Teníamos en una isba unos «panzerfausten» o sea puños antitanque, armas individuales que comenzaban a utilizarse en el frente oriental. Por aquellas fechas era menester esperar a que el panzer se pusiese a tiro, a diez o quince metros, antes de soltarle aquel grueso huevo metálico atornillado en la punta del tubo hueco. Por la parte trasera del cañón, apoyado sobre la espalda, salía, al disparar, una llama de cuatro o cinco metros, que carbonizaba instantáneamente a quien se hallase detrás del tirador. Era, pues, imposible servirse del puño antitanque resguardándose en una trinchera o en un hoyo; la llama se hubiese vuelto, quemando atrocemente. Arrodillarse en la es-

quina de una parva, de un árbol o junto al quicio de una ventana y disparar en el último instante era la única solución.

El riesgo era considerable porque, aunque el enemigo volase, quedaba uno señalado por la llama del artefacto a los demás blindados, cuya réplica no se hacía esperar.

Pero a nuestros soldados les gustaban los juegos peligrosos, las hazañas que suponían mucha audacia y poca constancia. «Panzerfaust» en mano, pues, unos voluntarios se deslizaron entre las isbas, detrás de las cercas y las paredes, encargándose allí de los tanques soviéticos. Los blindados del Reich, por su parte, hicieron cuanto pudieron junto con nuestras baterías. Una hora después el sur del pueblo era nuestro y ardían cinco tanques bolcheviques, hogueras negras y encarnadas con diez metros más de altura que los taludes...

* * *

Los rusos seguían controlando el este y el sudeste de Nowo-Buda, y sus nueve blindados sanos habíanse camuflado cortando el paso a cualquier contraataque.

Nuestras bajas fueron severísimas: en sólo dos horas de lucha, doscientos muertos.

Grupos extraviados la víspera por la noche en los terrenos viscosos se acercaban trabajosamente a nuestras alturas. Me desnudaron detrás de un matorral y me atendieron, hallándome dos costillas partidas por el casco, y el brazo derecho herido.

Pero eso no tenía importancia, porque mi papel consistía, ante todo, en animar a los nuestros. Piernas, voz y entusiasmo seguían intactos: era más que suficiente; sentíame capaz de reagrupar a los que llegaban, indicar la situación y pasar órdenes a los oficiales.

Pero todos habíamos visto el cortejo huraño de los heridos que volvían y oído los relatos de los camilleros, pródigos siempre en detalles horribles.

Los «órganos de Stalin» continuaban derramando una metralla infernal, poblándose a cada salva el barranco de grandes zarzas grises de donde partían alaridos de dolor, súplicas y estertores.

Aniquilados por aquel medio mes de horror, nuestros soldados se sentían el alma más pesada aún que el cuerpo, y el pueblo repleto de cadáveres empezaba a infundirles espanto.

Pero bastaba decirles las palabras que ahuyentan la angustia y serenar el ánimo. Entonces dibujaban una sonrisa embadurnada de tierra y, reajustando el macuto, se unían a los camaradas en peligro.

* * *

El tiempo había cambiado mucho; desde el claro de luna de Korsum ya no llovía. Tímido en un principio, el frío tornóse áspero. El viento agudo soplaba puñados de flechas.

Durante los quince días de marchas agotadoras en los barrizales, los hombres, empapados en sudor, habían abandonado lo esencial de su equipo de invierno; pieles de oveja y pantalones acolchados, todo fué cayendo prenda a prenda, de etapa en etapa. La mayoría ni tenía capota.

Nadie, durante la gresca gorda de por la mañana, notó la helada; ahora ésta sajava los rostros y mordía los cuerpos bajo el delgado uniforme encostrado de barro.

La Aviación enemiga aprovechó en seguida la serenidad del cielo, rasando en ruidosos picados la cumbre calva de nuestro cerro; cada vez había que echarse al suelo, flácido aún, mientras las balas se clavaban alrededor, partiendo guijarros y ramas.

Ataques y contraataques se multiplicaron incansablemente en el pueblo.

Estábamos casi sin municiones: unos ciento cincuenta cartuchos por ametralladora, es decir, para una descarga de pocos segundos.

SANDEKOWKA

Nuestro «kessel» se iba ahogando más y más.

El martes, 15 de febrero, por la mañana, la situación no había mejorado. Las tropas cercadas habían, sí, conquistado completamente Sanderowka, pero tras dos noches y tres días de cuerpo a cuerpo y con un resultado que a la postre no resolvía nada.

Lo que urgía era romper las líneas rusas y enlazar con los panzers alemanes que acudían desde el Sudoeste para salvarnos.

Nuestras divisiones del «kessel» habían ganado escasamente tres kilómetros al sur de Sanderowka, mientras el enemigo había rebasado considerablemente Korsum, detrás de nosotros, y desde el 12 de febrero ocupaba al norte del «kessel» tres veces más terreno del que perdiera al sur.

Restábanos una zona ínfima; menos de sesenta kilómetros cuadrados, en los que había agolpado una verdadera marea humana. Por cada combatiente, siete u ocho hombres esperaban en la hondonada: los conductores de los millares de camiones destruidos y el personal de servicios auxiliares, intendencia, material, hospitales, garajes, correos...

Sanderowka era la capital del ejército acorralado desde hacía dieciocho días, capital microscópica, triturada por sesenta horas de lucha, con sus isbas ruinosas sin un cristal sano, y en ellas los puestos de mando de la división «Viking», de sus regimientos y de nuestra brigada. Ochenta personas nos apilábamos en nuestro tugurio, sin lumbre, sin cristales, con sólo dos cuartuchos * sin entarimado: supervivientes de despachos del Estado Mayor, enlaces agonizantes y bastantes alemanes extraviados.

Mi herida me abrasaba. Echado en un rincón, con cuarenta de fiebre, bajo una piel de oveja, debía dirigir la Brigada «Valonia», cuyo mando se me había confiado la víspera por la noche. No había quedado ni un mayor, ni un oficial de órdenes. Noticias catastróficas llovían de día y de noche; suboficiales aterrados, soldados dando tumbos caían como sacos o rompían a llorar como criaturas.

Las órdenes eran implacables: en tanto se realizara íntegra la ruptura al Sudoeste, nuestra brigada se asiría como una lapa al flanco de protección de Nowo-Buda.

Barridas diez veces, otras tantas lanzadas al ataque, las compañías ocupaban posiciones improvisadas al azar en la refriega. Algunos pelotones, por ejemplo, se hallaban en acción muy lejos, hacia el Este, y las emboscadas mongólicas apresaban la mitad de los enlaces que llevaban órdenes. Los oficiales me enviaron notas dramáticas anunciando que aquello había concluido; veían diez tanques donde había dos. Me vi obligado a enfadarme, a dar voces, a reiterar consignas formales, a distribuir mordaces reproches.

También el comandante de la «Viking», que habitaba la isba de al lado, recibía cada dos por tres mensajes pesimistas de las unidades en lucha junto a la nuestra. Como suele ocurrir en el Ejército, cada uno imputaba al vecino los reveses de su propio sector.

Me llamaron. Hallé al general Gille duro, con los dientes apretados. Me dio órdenes rígidas como el hierro. «Prohibido retroceder; los oficiales son responsables de la tropa ; usted es responsable de los oficiales.»

Aquel hombre hacía bien mandando así. Sólo una energía de acero podía salvarnos. Pero le encontró muy poca gracia a la cosa...

Mis órdenes a los oficiales partieron aceradas como flechas. ¡Pobres muchachos, queridos muchachos, tan abnegados todos y tan valientes, con sus ojos hundidos, la piel gris y amarilla, los pelos enmarañados, los nervios deshechos... y que tenían que volver a arrojar al combate a hombres llegados ya al límite último del esfuerzo humano !

Obtuve cincuenta mil cartuchos más.

Los bravos «Ju» seguían abasteciéndonos, pero los límites del «kessel» habíanse restringido tanto que hubo de organizarse una verdadera maniobra de parachutaje. Cuando los aviones empezaban a dar vueltas por encima de nosotros, desde los cuatro rincones del «kessel» lanzábamos cohetes delimitando con exactitud nuestro minúsculo territorio. Los grandes cigarros de plata cargados de cartuchos bajaban salvándonos por unas horas.

Lo más trágico de todo fué la cuestión víveres: no nos quedaba ni una brizna de carne ni un

mendrugo de pan; nada, absolutamente nada. Las últimas provisiones de la división se habían agotado en Korsum. Los hombres, ateridos y sin dormir, no habían probado bocado, ni frío ni caliente, desde hacía tres días. Los jóvenes desfallecían, con la nariz sobre el fusil ametrallador.

* * *

En nuestra jaula de Nowo-Buda habíamos pensado que la brecha tendría lugar el lunes. Pero el martes no había ocurrido nada. ¿Hasta cuándo nos iban a hacer esperar?

Y mientras tanto, aun si las balas nos dejaban con vida, ¿cómo no perecer de hambre?

Cogí uno de los caballos que tiraran de las carretas de heridos hasta Sanderowka e hice montar a los más listos de entre mis valones: «Vayan, busquen, escudriñen en las isbas más apartadas, si es preciso pasando por las mismas barbas de los rusos, pero traigan con que hacer pan. ¡Hala! ¡Y a volver pronto!»

En la tropa había unos panaderos, y en la isba un horno medio derruido. En un abrir y cerrar de ojos lo pusieron en condiciones.

Nuestros jinetes regresaron al cabo de una hora con sacos de harina atravesados sobre los caballos.

Pero, ¿y la levadura? No teníamos ni un gramo. Nuestros merodeadores salieron otra vez, registraron el pueblo de cabo a rabo, descubriendo, por fin, un saquito de azúcar. Al parecer, con harina y azúcar se podía hacer algo. Sin perder-, pues, un minuto se puso manos a la obra.

A última hora de la tarde las posiciones recibieron unos panes redondos, de raro sabor, chatos como platos, y cada uno hincó el diente en un trozo del extraño pastel.

Los soldados habían traído unas cuantas vacas extraviadas. En menos que canta un gallo las sacrificamos, abrimos y cortamos, con muy poco arte, desde luego, en centenares de pedazos. No hubo medio de dar con una sartén. Hice, pues, encender unas hogueras ante las puertas, con las cañas de los tabiques, y tullidos e inválidos recibieron cada uno una pica o una bayoneta con que asar las raciones.

Faltaban, naturalmente, sal y especias. Mas a pesar de todo el soldado tuvo su porción cotidiana de vaca, más o menos hecha, que desgarraba a dentellada limpia, como un iroqués.

También intenté proporcionar algo de sopa a la tropa.

A dos kilómetros de Sanderowka el barro se había engullido, junto con montones de camiones, una cocina de campaña. Nuestros pinches la remolcaron tras inauditos esfuerzos, y compusieron luego un rancho sensacional a base de los ingredientes más inesperados.

Dos barricas sin tapadera se encargaron del transporte del exquisito caldo, y sobre un volquete estuvieron ocho horas recorriendo los tres kilómetros de lodo endurecido por el frío. Cuando el trasto aquel alcanzó Nowo-Buda, los toneles, sacudidos durante el trayecto como badajos, aparecieron vacíos en sus tres cuartas partes,, y lo que quedaba dentro resultó una inmundicia sin nombre salpicada de carámbanos.

Modestamente, pues, nos atuvimos al pan con azúcar y a la vaca quemada.

El tiro enemigo nos alcanzaba dondequiera que intentásemos instalarnos. Los «órganos de Stalin» acribillaban día y noche Sanderowka. No hacíamos más que pasar sobre caballos destripados, carros rotos, cadáveres que nadie enterraba ya.

Convertimos el kolkose en un hospital de sangre, abierto al viento pero donde nuestros heridos graves tuvieron por lo menos un techo. Carecíamos de la más mínima medicina: en todo el «kessel» no apareció una venda. Para detener las hemorragias de los heridos, los enfermeros se vieron obligados a arremangar en el suelo las faldas de las campesinas para quitarles bruscamente los largos canzoncillos militares obsequio de los «Don Juanes» del ejército alemán.

Chillaban y salían corriendo, apretándose las faldas contra las piernas. Las dejábamos gritar: dos o tres heridos recibirían un mísero vendaje.

Lo grotesco confundíase así, entre nosotros, con lo trágico y lo horrible.

* * *

Bajo el diluvio de balas de los «órganos de Stalin», el techo del kolkose se desmoronó, rematando a docenas de heridos, convertidos en bloques viscosos de sangre. Algunos perdieron el juicio y empezaron a aullar, aterrorizados.

Fué menester evacuar la barraca; también los heridos iban a quedarse a la intemperie.

Más de mil doscientos de ellos, pertenecientes a otras unidades, llevaban ya días y noches a cielo raso, echados en carromatos campesinos o sobre haces de paja. Las lluvias de la semana anterior los habían calado hasta los huesos; ahora les atormentaba la helada.

Desde el martes por la mañana, en efecto, estábamos a más de veinte grados bajo cero. Filas y filas de heridos, con la cara que no era más que una papilla morada, amputados de un brazo o una pierna, moribundos de ojos vidriosos, helábanse junto a las puertas, en un estado atroz.

A LAS VEINTITRÉS HORAS

Durante la noche no paró de nevar sobre Sanderowka, alcanzando la alfombra de nieve veinticinco centímetros. Los veinte o treinta mil hombres que en nuestra aldea esperaban la solución militar del drama no tenían donde cobijarse.

Hubiérase dicho el Beresina, con el ejército desbandado de Napoleón. Los soldados, ateridos, se agrupaban, pese al peligro, en torno a las fogatas encendidas sobre la nieve.

En cuanto a dormir, no había que pensar en ello: echarse a cielo raso con la helada era quedarse muerto.

Infinidad de fuegos destacaban en el valle sus llamas locas; como hogueras mayores que las demás ardían también unas isbas, y sobre el fondo luminoso recortábanse en negro las siluetas de los soldados acurrucados, con los ojos enrojecidos y con barbas de diez días, alargando al fuego sus dedos amarillos.

Esperaban.

No sucedía nada.

La mañana los sorprendió silenciosos, con los ojos clavados en el Oeste, sin pensar siquiera en buscar alimento.

Circulaban rumores descabellados, a los que apenas prestaban oídos. Las descargas de los «órganos de Stalin» venían a quebrar brutalmente la espera, obligando a cada uno a tirarse en la nieve y reincorporarse luego penosamente.

Para descargo de conciencia, los médicos atendían a algunos heridos que se ponían a aullar...

* * *

De los mil doscientos inválidos tumbados en los carros, muchos habían ya renunciado a pedir nada, a saber nada; hechos un ovillo bajo las mantas raídas, concentraban sus esfuerzos en la tarea de no morir.

Los caballos esqueléticos roían la madera de los carros que los precedían. Aquí y allí un herido prorrumplía repentinamente en alaridos o gemía largamente. A veces se erguía un loco, sangriento, con el pelo lleno de nieve.

¿Con qué alimentar a tanto desventurado?

Aguardaban inmóviles, con la cabeza debajo de la manta, y de vez en cuando los conductores quitaban con la mano la nieve que se iba acumulando sobre sus cuerpos inertes.

Diez días llevaban así algunos, sintiéndose pudrir en vida. Ninguna inyección para apaciguar el dolor de las más horribles heridas. No había nada. ¡Nada! Sino esperar la muerte o el milagro.

Los peores horrores nos dejaban insensibles; nada podía extrañarnos o conmovernos: habíamos visto demasiado.

* * *

Las embestidas enemigas redoblaron en lo alto de Nowo-Buda. Los tanques vigilaban,

manchando con sus moles terrosas el cielo blanco.

Resistíamos sólo porque no había más remedio, porque retirarse por aquel monte pelado era, irremediabilmente, hacerse perforar por las ametralladoras soviéticas.

Sin teléfono y sin radio, nuestras compañías estaban distribuidas a trechos sobre varios kilómetros: cinco hombres aquí, veinte allí.

Sólo al anochecer era posible arrastrar por la nieve a los heridos y a la cantidad de muchachos color cera que yacían impotentes aquí y allí, con los pies helados. El calzado, en efecto, desclavado y roto, no protegía nada; chorreando por toda la suela, convertíase en bloques de hielo.

Bajábamos, pues, a aquellos infelices hasta el valle y, al amanecer, iban a ocupar en las carretas el sitio de los muertos, alineados, rígidos, en la nieve de los taludes o cabe la rueda de los carros.

Entre sus pelos y barbas duras como dardos, sus ojos vidriosos se fijaban en nosotros. Gemían, se indignaban. ¿Qué le íbamos a hacer? ¿Qué les podíamos decir?... La solución se encontraba enfrente.

Lo sabían tan bien como nosotros y acababan por acurrucarse y callar.

* * *

El miércoles por la noche resultó por demás evidente que los tanques en marcha hacia nosotros desde el Sudoeste no nos alcanzarían o lo harían cuando hubiésemos pasado a mejor vida. Desde hacía dos días no avanzaban.

¿Por qué? Lo ignorábamos.

¿La ruptura de las líneas soviéticas no hubiera debido realizarse el sábado 12 de febrero?

¿Y luego el domingo?

¿Y luego el lunes?

Cinco días habían pasado así.

Ahora nos dábamos cuenta de que aquellos esfuerzos no bastaban o eran inútiles y de que los relumbrantes telegramas habían sido un cuento: los tanques no llegaban.

Mientras hubo esperanza, las fuerzas copadas resistieron. Pero ahora todo iba hundiéndose. Quemábanse los últimos cartuchos. Desde el domingo los furrieles no tenían una migaja. Congelados o agotados, los heridos morían a montones.

La presión enemiga estaba ahogándonos, pues las fuerzas bolcheviques que por el Norte venían de Korsum tenían la zona agarrotada ; el 16 de febrero patrullaron a tres kilómetros de ¡Sanderowka.

En Nowo-Buda mismo, nuestra resistencia no pasaba de ser una agonía. En el valle, las fuerzas alemanas acumuladas encajaban torbellinos de granadas y obuses cada día más horribles.

Transcurrido un día más, dos a lo sumo, los últimos contrafuertes saltarían y el ejército entero, muerto de hambre y de frío, o se rendiría o sería pasado a cuchillo.

Rumores optimistas circularon todavía entre la tropa, bulos lanzados por caridad para mantener la esperanza. Pero los jefes se sentían anonadados ante el espectro del desastre.

La solución había que encontrarla en el acto.

* * *

El general Gille me hizo llamar.

Estaban presentes todos los oficiales superiores del sector de Sanderowka.

No hubo grandes discursos: «Un esfuerzo desesperado es lo único que puede salvarnos. Esperar no servirá de nada. Mañana por la mañana, a las cinco, los cincuenta mil hombres del «kessel» se lanzarán, por encima de todos los obstáculos, hacia el sudoeste. Hay que abrirse paso o morir. Es la única alternativa. Esta noche, a las veintitrés, principiarán los movimientos de tropas.»

Los dos generales de cuerpo y el general Gille tuvieron mucho cuidado en no describir la situación tal cual era. Para enlazar con el ejército salvador quedaba por salvar, según ellos, una zona de sólo cinco kilómetros y medio. Aquél — decían — había realizado muchos progresos desde la víspera, Arremetiendo todos a una los cincuenta mil, podríamos desbordar y desarticular al enemigo.

Jefes y soldados estábamos todos ya con los nervios a punto de estallar. Nos sentimos, pues, invadidos, de pronto, por una ola ardiente de esperanza, y a toda prisa salimos a dar órdenes y a levantar los ánimos de la tropa.

* * *

Las consignas dadas a la brigada de asalto «Valonia» no serían de fácil ejecución: permanecer en retaguardia, en lo alto de Nowo-Buda, hasta el último extremo.

Los heridos leves capaces de andar saldrían, a las once de la noche, en dirección Sudoeste. La retirada de la infantería valona principiaría a la una de la madrugada, de Este a Oeste.

Pero las posiciones de Nowo-Buda deberían mantenerse firmemente hasta las cuatro de la mañana, y sólo cuando las decenas de millares de hombres del valle hubiesen llegado a tres kilómetros el sudoeste de Sanderowka, sólo entonces, nuestras retaguardias podrían retirarse también, cuidando de engañar al enemigo con un violentísimo fuego de último minuto.

Formada de nuevo en marcha, la brigada «Valonia» correría a la cabeza de la columna para sumarse a la vanguardia de las fuerzas de ruptura.

* * *

Dada nuestra situación, cualquier cosa valía más que estancarse.

Estar allí significaba la ruina; la tropa no lo ignoraba ; con el estómago dilatado por el hambre, tambaleándose de cansancio y torturada en su espíritu por la angustia, ya no podía más.

La noticia de que al alba siguiente nos lanzaríamos adelante provocó en la tropa una sacudida eléctrica, infundiéndole hasta a los más flojos un hálito de vida.

Desfallecientes y a punto de saltársenos las lágrimas, nos sentimos todos enfermar de exaltación. Con la mirada perdida y los brazos colgando íbamos repitiéndonos las mismas palabras: “¡ Mañana, libres !, ¡ libres !, ¡ libres !”

LA ÚLTIMA NOCHE

El «kessel» de Tcherkassy, pues, de una manera u otra, iba a acabar.

En cuanto la oscuridad tapó el valle, las columnas alemanas arrancaron hacia el Sudoeste; atravesarían Sanderowka y luego un puente. Un poco más allá, la estepa se alargaba hasta dos caseríos situados en el Sur y en el Oeste, a tres buenos kilómetros y recientemente ocupados a viva fuerza por los alemanes.

Desde ellos, a las cinco de la mañana, se desencadenaría el ataque de nuestras divisiones, después de que toda la impedimenta se hubiese amontonado al oeste de ambas localidades.

Aquellos benditos vehículos fueron el tormento de cada hora.

El primer día mismo del «kessel» hubiera sido preciso aligerar al ejército de la traba representada por los quince mil camiones. Libres en sus movimientos, organizados en potentes columnas de Infantería, los cincuenta o sesenta mil cercados hubiesen podido romper, con relativa facilidad, la tenaza enemiga.

Pero el Alto Mando había querido conservar primero el terreno. Luego consideró asunto de Estado salvar aquel fabuloso bazar. Cuando el general Gille propuso que se incendiara oyó de todo.

Tres semanas llevábamos perdidas en tirar de millares de magníficos coches, autocares de mando, coches-radio, coches-clínica, camiones gigantescos con millones de kilos de objetos de todas clases: papelotes, cofres variados, reservas de víveres antirreglamentarios, efectos

personales, vajilla, sillones, somiers, incluso «stocks» de acordeones, de instrumentos de viento, aparatos higiénicos y juegos de prendas.

Desde Petsamo al Mar Negro, el Ejército alemán se ahogaba bajo el peso de un material ultraperfeccionado y de bagajes cada año más voluminosos.

* * *

Pero, ¿para qué discutir ese problema, en pleno «kessel», con un Mando que se estaba tirando ya de los pelos?

La consigna era salvar el material; días preciosos se nos esfumaron, pues, empujando en las charcas millares de camiones que, al fin y a la postre, fueron a parar en los lodazales o salieron volando en pedazos bajo el vendaval de obuses de la artillería ligera y los tanques soviéticos.

El 16 de febrero de 1944, por la noche, restaban aún unos veinte panzers, un buen millar de vehículos motorizados (de los quince mil de un principio) y gran cantidad de carros requisados en los villorrios, con mil doscientos heridos dentro.

Los heridos eran sagrados; la columna formaría en cuadro en derredor de la lastimosa columna, protegiéndola en su avalancha hacia el Sudoeste, y lo intentaría todo con tal de salvar a aquellos infelices cuyo dolor había sobrepujado cuanto alcanza la imaginación del hombre.

¡ Qué explosión de alegría en nuestros corazones si mañana por la noche atravesaban la barrera infernal! ¡ Qué alivio poder confiarlos a las ambulancias y ver que los pobres cuerpos congelados y desgarrados serían por fin atendidos, que los corazones que latían dolorosos bajo las mantas oprimidas por la nieve encontrarían de nuevo el ritmo quieto del hombre que puede sufrir al menos con esperanza!

* * *

A las nueve de la noche el embotellamiento en Sanderowka adquirió proporciones inimaginables.

En aquel momento mi misión consistía en organizar metódicamente, en Nowo-Buda, pelotón por pelotón, sector por sector, el despegue de mi brigada. Un accidente cualquiera de nuestras posiciones de retaguardia habría acarreado el derrumbamiento total de la maniobra. Con ambas botas plantadas en la nieve y roído por los cuarenta grados de fiebre que no me soltaban, enviaba enlaces, recibía informes, cuidando de cada detalle.

La batalla iluminaba todas las colinas.

Para facilitar el paso de los heridos de mi brigada y verificar el dispositivo de reagrupamiento de nuestros soldados, fijado al amanecer, traté, a las once de la noche, de pasar a través de Sanderowka.

Al cabo de cincuenta metros tuve que abandonar el último tractor-camión de que disponíamos. Una enorme columna se atropellaba en el camino y el pueblo, donde bullía una colmena fenomenal: camiones, telegas, drochki, pugnaban en balde por avanzar en línea de cuatro o cinco coches en fondo. Corro a una carreta de heridos valones y supliqué a aquellos de mis camaradas que tenían las piernas válidas que, en un postrer esfuerzo, probasen suerte a pie, no obstante sus mutilaciones y sufrimientos. Reunidos unos cincuenta, me deslicé con ellos entre equipajes y camiones. íbamos a presenciar un espectáculo abominable.

Empujando por el Norte, el enemigo había logrado meter sus tanques y su artillería hasta las inmediaciones de Sanderowka, y desde las diez de la noche sus baterías descargaban un fuego graneado sobre el centro de la población.

Unas isbas, pasto de las llamas, iluminaron por completo el movimiento en curso, pudiendo los artilleros rojos, a partir de ese momento, hacer lo que les vino en gana. Sus obuses caían matemáticamente sobre la enorme columna, mientras los «órganos de Stalin» acribillaban la masa heterogénea de equipajes. A lo largo de la carretera estrangulada explotaban camiones de gasolina. Había que arrojar a cada paso en la nieve, bajo el tiro de los «órganos de Stalin».

Entre los vehículos humeantes, los caballos desplomados en la nieve agonizaban coceando con violentas sacudidas. Racimos de soldados alcanzados por la metralla morían entre estertores, cara al suelo o de espaldas, macabramente pintarrajeados por el incendio y la sangre, con un rojo

cobrizo, brillante, que daba miedo.

Algunos intentaban arrastrarse; los más, impotentes, se retorcían de dolor, con muecas horribles.

En el fuego y la nieve, la columna no era más que una carnicería espantosa.

Los camiones incendiados entre los taludes, muy altos, imposibilitaban casi cualquier avance, obligando a los soldados perseguidos por las descargas a escurrirse entre las gigantescas antorchas, los cuerpos moribundos, los caballos destripados cuyos intestinos resbalaban sobre la escarcha como gruesas víboras pardas y verdes.

Los conductores azuzaban vanamente sus tiros. Algunos camiones se adelantaron brutalmente, arrollándolo todo, triturando caballos, que relinchaban y pateaban en el fuego; pero sus salvajes esfuerzos de nada sirvieron: el embotellamiento, monstruoso, empeoraba, cubierto por el fragor de los motores, los estallidos, los gritos de furor, las imploraciones.

¿Qué ocurría, pues? Que para abandonar el valle de Sanderowka, la masa entera del ejército debía cruzar un puente de madera, y un panzer pesado alemán se había hundido, cortando el puente y bloqueando en absoluto la circulación hacia el Sudoeste.

Cuando descubrimos al monstruo emergiendo del desorden de los tablones, creímos que de veras ya nada había que hacer.

Las riberas, empinadas, eran de todo punto impracticables. Dinamitado por los bolcheviques dos días antes, cuando su expulsión, los alemanes habían reconstruido el puente a toda prisa. Los blindados ligeros pudieron pasar; también un tanque pesado había cruzado sin percance; pero el segundo lo echó todo abajo. En un minuto, la masa de hierro de cuarenta mil kilos, atravesada como un chuzo, aniquiló dos días de trabajo de los pontoneros.

En la claridad casi diurna, heridos y sanos se escurrían como podían junto al panzer fatal. Allí, en lo alto del barranco, asomaba Sanderowka, rojo y dorado en el fulgor de la nieve.

Subía un innumerable alarido. Y de los resplandores y gritos de, tragedia emanaba un vaho ardiente de locura.

* * *

Cuando nuestros heridos hubieron salvado el puente, los confié a uno de nuestros médicos, con orden de pegarse en vanguardia a las primeras tropas que arremetieran.

Partieron por la estepa, en un hueco de sombra, al margen de los desgarrones de luz de los camiones incendiados.

En aquella atmósfera de desastre y tras dos horas de esfuerzos inenarrables, los ingenieros alemanes lograron, por fin, despeñar el tanque y echar gruesos maderos sobre el agujero. Keanudóse la circulación bajo un bombardeo cada vez más intenso.

Caminábase sobre muertos y agonizantes ; pero se pasaba.

Con tal de adelantar, los hombres hubieran pisoteado cualquier cosa. Querían vivir.

* * *

Allá, al Noroeste, sobre el cerro escarchado de Nowo-Buda, nuestros valones de retaguardia, fieles a las órdenes recibidas, resistían impertérritos, cargando sin descanso, iluminados por el incendio de las columnas bloqueadas y trituradas de Sanderowka, y con los oídos llenos del griterío desmoralizador de millares de hombres atropellándose entre estallidos e incendios.

Desde la una de la mañana hasta las cinco, nuestros pelotones se fueron despegando uno por uno, en silencio, sobre la nieve y el suelo endurecido, reagrupándose en una hondonada del Sudeste. Tres kilómetros quedaban hasta Sanderowka, pero no necesitaban buscar la pista: las antorchas de los incendios bailaban en la aldea.

Los nuestros pasaron, Dios sabe cómo, entre los camiones en llamas, los caballos muertos, los cadáveres retorcidos que reventaban y se derretían, y así, en pleno huracán, durante toda la noche, los pequeños grupos fueron bajando rápidamente.

* * *

Nuestra retaguardia se mantuvo inquebrantable en su puesto de Nowo-Buda, ametrallando al enemigo y teniéndolo clavado en la cima.

A las cinco de la mañana, de acuerdo con la última fase del plan, se eclipsó ágil, y a todo andar se reunió con la última línea SS atrincherada a la salida de Sanderowka ; a la zaga luego de los últimos vehículos, cruzó por el Sur el famoso puente.

Una columna de carromatos y de camiones, de dos kilómetros de largo y ancha de cincuenta metros, alcanzaba hasta muy cerca de la línea de defensa. Encaramado sobre un cargamento de municiones, llamé y agrupé sobre la marcha a mis valones, vivos como gacelas y, pese a todo, de un buen humor indestructible.

El alba empalidecía desde hacía unos minutos la baraunda inexplicable de tanques, automóviles, carros, batallones, paisanos ucranianos, prisioneros soviéticos.

De pronto, un obús explotó en medio de la columna.

Luego diez. Luego ciento.

Tanques y cañones rusos acababan de asomarse a las lomas de Sanderowka, enfrente de nosotros. ¡Qué blanco estupendo formábamos!

Los veinte últimos panzers del Reich se apartaron bruscamente de la columna y se abalanzaron barranco abajo, laminando cuanto hallaron a su paso. Choferes, conductores de carros, saltaron a diestro y siniestro; los caballos escaparon a galope; algunos, con las patas cogidas bajo los tanques, relincharon estrepitosamente. En derredor, un vendaval de cascos de metralla levantaba torbellinos grises y negros, tachonando la nieve de chispas rosadas.

POR DONDE SEA

Las órdenes prescribían a la brigada de asalto «Valonia» encontrarse al alba en la punta de la columna para participar en la acometida que lo decidiría todo: o nuestra salvación o nuestro exterminio.

En el pánico general suscitado por la brusca aparición de los panzers soviéticos arremetimos, pues, a todo correr hacia el sudoeste.

De pronto un alboroto ensordecedor surgió detrás de nosotros: era Sanderowka, que no había resistido ni una hora, dejando que los blindados bolcheviques, rebasado el pueblo, cerrasen contra nosotros en la batida final.

Entonces, uno contra diez, unidad sacrificada cual un siglo antes los jinetes de Ney al este del Beresina, los tanques del Reich aceptaron el combate.

Pude verlos en el instante en que, con la cabeza y el busto fuera de la torreta, aquellos tanquistas arrancaron hacia el enemigo : eran jóvenes, de rostros admirables; vestían chaquetas cortas, negras, ribeteadas de plata. Sabían que iban a morir.

Muchos ostentaban con orgullo — blanco deslumbrador para el enemigo — la corbata tricolor y la ancha cruz negra y plateada de la «Ritterkreuz».

Ni uno solo de tan maravillosos guerreros parecía nervioso, ni siquiera impresionado. Hundieron la nieve con sus orugas y profundizaron a través de la maraña del ejército en retirada.

No volvió ni uno.

Ordenes son órdenes. El sacrificio fué total.

Para ganar una hora, la que podría quizá salvar a aquellos millares de hombres del Reich y de Europa, los tanquistas alemanes perecieron hasta el último al sur de Sanderowka, el 17 de febrero de 1944 por la mañana.

* * *

Protegido así por esos héroes, el ejército se apresuró hacia el sudoeste.

Caían gruesos copos, borrando por completo el cielo encima de nuestras cabezas. Con tiempo

despejado la aviación soviética nos hubiera aniquilado sin dejar uno; pero el toldo de nieve densa disimulaba nuestra frenética huida.

El pasillo era estrechísimo, pues las primeras tropas que desescombraron el camino delante de nosotros lo habían hecho sólo sobre una anchura de pocos centenares de metros.

El continuo saltar de colina en colina por aquel terreno montuoso convirtió el hueco de los barrancos en un hacinamiento enorme de vehículos descacharrados, de soldados muertos esparcidos por la nieve roja.

Las baterías soviéticas machacaban con especial ensañamiento aquellos sitios. Caíamos sobre heridos desangrados; nos disimulábamos detrás de los cadáveres, entre los carros volcados y los caballos que coceaban al aire hasta regar la nieve sucia con sus intestinos calientes.

En cuanto salíamos de un barranco nos acribillaban las descargas de los tiradores bolcheviques apostados en ambos flancos: un grito agudo, un hombre se cogía las entrañas, doblándose de rodillas en la nieve. Los copos espolvoreaban en seguida al moribundo. Cinco minutos después aparecían todavía los pómulos y la nariz y mechones de pelo. A los diez minutos no quedaban más que montículos blancos sobre los que se desmoronaban otros fugitivos.

En la desenfrenada carrera, los coches sacudían violentamente a los heridos, y al encabritarse los caballos y rodar por las hondonadas los despedían brutalmente al suelo.

Pero, a pesar de todo, la columna conservó cierto orden.

A una momento dado, dejando atrás los últimos vehículos, una oleada de tanques soviéticos cayó en pleno convoy. Los conductores se tiraron a tierra. Para conjurar la catástrofe, salimos al paso de los blindados, pero, sin un solo tanque, a nuestra disposición, no pudimos nada.

Los panzers soviéticos, con horrible salvajismo, avanzaron por encima de las carretas, haciéndolas astillas una por una, como cajas de cerillas, triturando caballos, heridos y moribundos. A los heridos leves los empujábamos cuanto podíamos y tratábamos de proteger, en la medida de lo posible, la huida de las carretas no destrozadas.

Pero los hombres continuaban cayendo incesantemente, o de bruces, tiesos como troncos, o arrodillados, con los pulmones perforados, el vientre abierto por los enjambres de balas que zumbaban como el viento a ambos lados del corredor.

* * *

Al embotellarse los tanques rusos en el desfiladero e intentar desenredarse del cúmulo de carros dislocados bajo sus cadenas, aprovechamos el momento de respiro para costear, corriendo, un bosque cobrizo y morado, por cierto muy hermoso, y desembocar en un valle.

En el momento de pisar la cuesta, una nube de jinetes apareció galopando colina abajo por el sudeste.

¿No serían acaso los ulanos alemanes?

Cogí los gemelos y reconocí inequívocamente el uniforme: eran cosacos, montados sobre sus oscuros y nerviosos caballitos; arremolinándose en todas direcciones, cayeron sobre nuestra retaguardia.

Nos quedamos petrificados de estupor: nos estaba ametrallando la infantería soviética, los tanques nos pasaban por encima, y ¡he aquí que también los cosacos venían ahora de caza!

¿Cuándo, pues, se dejarían ver esos panzers alemanes que acudían del sudoeste? ¿No habíamos cubierto por lo menos diez kilómetros sin que apareciera nada?

Había que avanzar, avanzar siempre más velozmente.

Al igual que a muchos heridos, la fiebre me consumía las fuerzas y ya no podía tenerme. Pero la carrera tenía que ser. Con mis valones, pues, lánceme al frente de la columna para estimular a los camaradas, aventurándome en la cuesta asperísima, con, a mano izquierda, una grieta enorme, de cuatro metros de ancho y quince de profundidad.

Casi al pisar el vértice del cerro, tres tanques surgieron a toda marcha en dirección nuestra. Un segundo de alegría nos anonadó: «¡Ellos! ¡Sil! ¡Por fin, los panzers del Reich!».

Una salva de obuses vació nuestras filas. Eran soviéticos.

Los blindados enemigos nos pisaban los talones a retaguardia; su infantería nos diezmaba por los costados, sus cosacos se hundían en nuestros flancos, y, en lugar de la salvación, lo que desembocaba delante de nosotros era otra horda de tanques rojos...

No podíamos demorarnos un segundo más, porque, cogidos así sobre la falda desnuda, sin arbolado, nos fulminarían instantáneamente.

Eché un vistazo al barranco, grité a los compañeros: «¡Haced lo que yo!», y me dejé caer desde quince metros de altura sobre el metro de nieve apretada que nos esperaba en el fondo. Me enterré como un torpedo. Todos los camaradas aterrizaron a su vez.

* * *

En un abrir y cerrar de ojos nos hallamos apiñados en lo hondo del barranco varios cientos de hombres, temiendo, a cada segundo, que los mongoles se asomasen al brocal de aquel pozo y lo llenaran de granadas.

Esta vez nuestra situación no tenía literalmente salida.

Algunos se empeñaron en avanzar a despecho de todo, y cogiendo por el fondo de la grieta treparon hasta lo alto. Lacerados allí por los disparos de los tanques cayeron rodando en el acto como espantosos bultos calientes. La nieve volvió a cubrir el montículo de dos metros formado por sus cadáveres.

Beagrupé a los valores que me rodeaban y los preparé para el peor de los desenlaces. A fin de no morir de frío estábamos pegados unos contra otros. Nos deshicimos de nuestros papeles, anillos, alianzas. Los consolé como pude.

Pero ¿qué esperanza nos quedaba de salir vivos o libres de aquel agujero, con los tanques enemigos apostados a la salida sur y cuando el volver atrás era lanzarse al encuentro de los primeros blindados soviéticos, de la infantería y la caballería que desde el norte bajaban como un rulo sobre los últimos obstáculos?

De pronto ocurrió lo inesperado.

Dos soldados alemanes aparecieron en nuestra hondonada, extenuados, con un puño antitanque cada uno. Tan grande era su cansancio que parecían no comprender nada; llevaban su arma maquinalmente, como la cabeza sobre los hombros.

¿Dos puños antitanques?

Nos arrojamos sobre ellos y un voluntario alemán y otro va-lón empuñaron las armas escalando el pozo hasta el borde. Les dio tiempo de apuntar; dos fantásticas explosiones retumbaron y los dos panzers más próximos, alcanzados casi a bocajarro, saltaron en añicos.

Encaramado en la otra vertiente, un joven oficial alemán asistía a la explosión, brincando como un colegial y prorrumpiendo en vivas y gritos de triunfo. De pronto estalló y se volatilizó: el tercer tanque le había plantado un obús en mitad del cuerpo.

Transcurrieron unos segundos de terror. Luego innumerables trocitos de carne, no más voluminosos que orejas, fueron cayendo sobre la nieve, lentamente, sobre nosotros y por los alrededores... ¡Pim! ¡Pam! Era cuanto quedaba del alegre teniente que un momento antes festejaba nuestra pasajera victoria.

* * *

Había que darse prisa.

Pistola ametralladora en mano escalé en la punta del barranco la colina de soldados muertos. Llevaba seis peines de treinta y seis balas cada uno en el cinturón; otros seis en mis botas de nieve; trescientos cartuchos de reserva en el saco. Tanta descarga logró alejar a los cosacos que se asomaban ya al borde, mientras alemanes y valones emergían del pozo.

Las últimas carretas de heridos, alentadas por nuestros gritos, partieron corriendo al pie de la cuesta.

A cuarenta metros quedaba un tanque soviético que irremediablemente causaría enormes

estrágos, pero nada podíamos hacer, sino salvar lo salvable y tirar adelante.

Estar en la hondonada era condenarse a muerte, arremetiendo, existían probabilidades de no morir.

* * *

Sabíamos de memoria el mapa del país, estudiado concienzudamente durante semanas enteras, y, sin ayuda de nadie, me hubiera sido posible llegar hasta la frontera rumana, a trescientos kilómetros de Tcherkassy.

Decidido personalmente a no caer con vida en manos de los soviets, tenía tomadas mis precauciones: llevaba con qué luchar durante meses si fuera preciso.

Al desembocar del barranco indiqué a los míos, en el otro extremo del llano, un gran bosque cuya existencia y posición aprendiera en el mapa. Allí por lo menos, a cubierto de los *panzers* soviéticos podríamos respirar un momento.

Ochocientos metros de terreno descubierto nos separaban de él; esperamos a que las carretas llegaran a nuestra altura y, con ellas, nos lanzamos.

Pero lo mismo hizo el tanque soviético, rodeado de un enjambre salvaje de cosacos.

Sin dejar de correr en medio del enemigo y tumbados diez veces por las explosiones de los obuses debíamos disparar con las armas automáticas, resollando y abrasados y sin poder ya con nuestra alma. El tanque la emprendió con los carros de heridos, los volcó y los laminó; desgarraron el aire gritos pavorosos de agonizantes y gritos nunca oídos de caballos triturados que sacudían febrilmente sus patas.

Por fin, medio muertos, nos dejamos caer entre los primeros troncos del bosque. Detrás de nosotros, en la nieve grisácea salpicada de cadáveres, el tanque, rodeado de la horda cazadora de los cosacos, terminaba su carrusel de locura.

LYSJANKA

Ni tanque ni caballería numerosa podrían seguirnos en la maraña ramosa de las malezas.

Un pequeño sendero nos condujo a un claro en que un buenazo de viejo coronel de administración procuraba en vano, sobre un vacilante caballejo, hacerse oír de varios millares de hombres tumbados alrededor suyo sobre la nieve.

Bajo la arboleda se disparaba de firme. ¿Cómo íbamos a dejar a la deriva a esos hombres que habían sorteado ya los peligros más graves?

Díme a conocer al viejo coronel y le pedí cortésmente me confiara la dirección del combate en el bosque. Mi proposición le agradó sobremanera, se apeó y se fué a sentar también sobre la nieve.

Un joven oficial, de quien sabía hablaba francés, tradujo frase por frase el discursito que lancé a la tropa: «Sé perfectamente dónde estamos: quedan sólo tres kilómetros para enlazar con las tropas del sur; correr ahora hacia ellas es perder el pellejo; me comprometo a conducirlos a todos allí durante la noche. Lo lograremos. Pero en tanto llegue la oscuridad hay que formarse en cuadro en los lindes del bosque y no dejar que pase la infantería soviética».

Solicité voluntarios, los únicos que me interesaban.

Un tanto perplejos, los alemanes se presentaron en masa.

Formé grupos de diez hombres, en cada uno de los cuales metí un valón que me serviría de enlace ; confisqué luego armas, municiones y puños antitanques, a los que no se sentían con ánimos de luchar y, a toda prisa, instalé a alemanes y valones en los confines del bosque.

Mientras los rusos que rechazáramos al sudeste del bosque derrochaban metralla, los nuestros recibieron orden de permanecer en la defensiva más estricta, puesto que no sería por aquel lugar por donde saldríamos durante la noche.

A tres kilómetros al sudoeste, el mapa indicaba la ciudad de Lysjanka. Yo tenía la certeza

absoluta de que aquella localidad se hallaba en manos de las fuerzas alemanas lanzadas a nuestro encuentro. Parecíame, en efecto, imposible que, situada a veinte kilómetros del punto de partida de nuestro asalto matutino, los soviets la ocuparan aún. No cabía duda: los tanques liberadores estaban allí.

Gracias también al mapa supe que un arroyo atravesaba la ciudad. Con llegar pues a las primeras casas, luego nos bastaría encontrar o improvisar un puente.

En cuanto anoheciera bajaríamos por nuestro bosque, que se extendía hasta Lysjanka.

Partieron unos enlaces para reconocer discretamente el terreno.

* * *

Era a oeste donde el peligro más inmediato se cernía sobre nosotros: a trescientos metros de nuestros árboles, sobre la loma fronteriza, esperaba una columna de tanques rusos, la misma que, una hora antes, nos delegara los tres blindados que estuvieron a pique de despacharnos. Alineada a lo largo de la cresta de Lysjanka dominaba la posición entera y mantenía bajo su fuego el sector oeste por donde se iba avecinando otra columna de tropas copadas; dominaba igualmente el valle que las separaba del bosque.

Aquel valle, pelado, sin un solo arbusto, era una continua tentación. ¿No conducía acaso a Lysjanka? Un salto... ¡el último !... ¡ y la libertad !

Por desgracia, una infantería numerosa rodeaba los tanques rusos; quienquiera se aventurase por aquella hondonada quedaría hecho papilla: lo decía a las claras el terreno pelado.

Resuelto a calmar las impacencias visité cada uno de mis puestos.

Pero no podía contener más que a mis efectivos.

Justo en el ángulo noroeste del bosque, a nuestra derecha, surgió una oleada de varios centenares de soldados alemanes que habían cruzado la planicie detrás de nosotros, pero que en lugar de meterse en el bosque, se habían escurrido por los lindes. Un grito formidable, grandioso, que nos sacudió hasta la medula estalló de repente: «¡Hurra! ¡Germania !». Arremetieron a ciegas.

Detrás de nuestras arboledas asistimos a la matanza.

No pasó ni uno.

Los tanques rusos abrieron sobre ellos un fuego de infierno. Los desgraciados rodaban en racimos sobre la nieve. Fué el exterminio. Luego la infantería soviética se echó sobre las pilas de muertos y heridos para el saqueo final.

A cien metros de la carnicería, acurrucados en la espesura en nuestros hoyos de ametralladoras, no se nos fué un detalle. Los limpiafultriqueras bolcheviques, armados con cuchillos cortaban a porfía los dedos de los muertos y de los moribundos, porque el quitar de otro modo los anillos hubiera sido una engorrosa complicación; a fin, pues, de ganar tiempo se metían en los bolsillos puñados de sangrientos dedos.

Tuvimos que asistir a tan atroces escenas, espantados e impasibles ; tenía dada orden formal de que no se hiciera un solo disparo, que no habría beneficiado a ninguno de los agonizantes y, por el contrario, habría atraído contra la selva el asalto general de la horda asesina. Lo que yo quería era salvar a los tres mil hombres de que me encargara y no lo lograría enviándolos al tun tun, sin artillería y sin tanques, a una matanza inútil, sino demostrando energía suficiente para esperar con sosiego la noche: pronto se obscurecería el valle, quedando neutralizada la caza de los panzers soviéticos.

* * *

Por la mañana la masa de los cincuenta mil hombres del «kessel» había corrido hacia adelante, en una confusión de todas las unidades.

Provisionalmente y gracias a la densa pantalla del bosque, nosotros, unos cuantos miles, habíamos logrado librarnos de la columna blindada enemiga.

Pero la situación del grueso de las tropas del Reich que cargaban a nuestra derecha o a nuestra izquierda era bien distinta. El estruendo del combate denunciaba el descenso de una columna alemana importante al oeste de la pista ocupada por los tanques rusos, que volvieron sus

torretas y su metralla en dirección de aquella cuña. Otra oleada de volumen mayor aún habíase lanzado al sudeste de nuestro bosque con intención de llegar a Lysjanka por la estepa.

Existía una dificultad suplementaria: el cruce del río. Siempre, gracias al mapa, conocía al dedillo la configuración de aquel obstáculo y pensé sortearlo bajando directamente, de noche, hasta la misma ciudad de Lysjanka, diseminada a ambos lados del agua; la tropa se ahorraría así el atravesar a campo raso, con quince o veinte grados bajo cero, la corriente honda y rápida.

Habíamos tenido la suerte, en el embrollo de la refriega, de conquistar a tiempo aquella selva providencial que nos permitiría escurrirnos en las tinieblas hasta muy cerca de la aglomeración. Pacientemente, pues, aguardaríamos cuanto fuera menester, pero, llegado el momento oportuno, sabría sacarle el mayor partido posible a nuestra privilegiada situación.

Por desgracia, los demás, es decir, decenas de millares de hombres, habían tomado hacia el oeste y el sudeste.

En aquella coyuntura cayó al frente de sus hombres el general de cuerpo de ejército que mandaba el ala sudeste, siendo sustituido en el acto por el general Gille. Hacia la una de la tarde desembocó éste frente al río con su columna, acuciada por los tanques soviéticos.

Muy engrosada por las tres semanas de deshielo—unos dos metros de profundidad por ocho de ancho—, la rápida corriente habíase cubierto, con el frío de los últimos días, de gran cantidad de afilados témpanos.

Veinte mil hombres se vieron arrinconados contra la ribera en menos de media hora.

En primer lugar lanzáronse al agua y al amontonamiento de carámbanos los tiros de artillería que se librarán de la destrucción. Pero la margen era escarpada; los caballos se fueron al fondo y se ahogaron.

Algunos hombres se arrojaron entonces a nado, pero apenas salieron del otro lado del río quedaron convertidos en bloques de hielo, la ropa helada a la par que el cuerpo. Otros cayeron muertos de congestión.

La mayoría optó por desnudarse. Dábanse maña por lanzar sus efectos al otro lado del agua, pero como las más de las veces se los llevó la corriente, al poco rato centenares de individuos, absolutamente desnudos y colorados como langostas, poblaron la otra orilla.

Los tanques enemigos se pusieron a disparar ferozmente sobre aquella masa humana, haciendo sangrienta carnicería.

Muchos de los soldados, además, no sabían nadar, pero enloquecidos por la proximidad de los tanques rusos que venían cuesta abajo cañoneándolos, se zambulleron en tropel en el líquido glacial: muchos excusaron la muerte asiéndose de troncos que echaron a toda prisa en la corriente; pero muchísimos perecieron ahogados.

Botas, macutos, armas, cinturones, montones de aparatos fotográficos atestaban la ribera, entre un hormiguero de heridos incapaces de cruzar el río. A pesar de todo, el grueso del ejército pasó.

Miles y miles de soldados a medio vestir o desnudos como adanes corrieron por la nieve, bajo el fuego de los tanques, hacia las isbas lejanas de Lysjanka.

* * *

A trescientos metros de nosotros, sobre la carretera, los tanques bolcheviques mantenían sus torretas apuntando al noroeste, segunda zona de ruptura del «kessel», donde la avalancha se presentó también en masa. La actividad de los blindados y de la infantería enemiga quedó absorbida así en parte durante unas horas.

Esa diversión nos salvó.

La noche bajó sobre la tragedia, mientras la nieve seguía cayendo en copos enormes y lentos.

A lo lejos, desde el confín de la estepa partían las llamadas desgarradoras de los heridos, gritos de desesperación que nos hendían el alma: «¡Camaradas !... ¡Camaradas !... ¡ Cama-radas !».

Súplicas que no encontrarían respuesta.

¡Pobres compañeros de por la mañana, que la nieve y la noche amortajarían y que con sus manos ensangrentadas luchaban aún en la estepa sin fin contra la muerte salvaje!...

* * *

En espera de que oscureciera por completo, los oficiales reunieron a los tres mil supervivientes desparramados por el bosque.

Todas las armas andaban mezcladas. Habíamos incluso empujado con nosotros hasta la punta del «kessel» unos treinta prisioneros soviéticos, ajenos a todo, que corrían a través de las granadas y de los cosacos sin veleidad de huida o de crear dificultades.

Seguíamos igualmente en el bosque numerosos paisanos, en particular mujeres jóvenes, hermosas ucranianas de ojos celestes, de pelo color trigo, sin aliento ya, pero que preferían a la esclavitud bolchevique el huracán de los combates de ruptura.

A muchas las tumbó la metralla. Durante la ascensión de la última cuesta corría entre nosotros una de ellas, maravillosa, radiante, elástica como un gamo, tocada con una pañoleta azul y blanca: un obús la proyectó ante mí como un bolo, cercenándole por completo la cabeza. Algunas apretaban contra el pecho rubias criaturitas espantadas por tanto horror y tanto estruendo.

Desde la mañana, faltos de alimento y de bebida, vivíamos de puñados de nieve. Pero ésta exacerba aún más la sed; los heridos que pudimos salvar tiritaban de fiebre.

Apretados cuanto podíamos en los hoyos de los fusileros para luchar contra el frío, y roídos por la ansiedad, esperábamos todos que ese trágico día se apagase de una vez, pues sólo entonces, cuando los tanques del cerro no notasen nuestros movimientos, la columna podría abandonar el refugio.

* * *

A las diecisiete y media nos pusimos en marcha en perfecto orden.

El coro de lúgubres alaridos de aquella agonía diseminada en la estepa nos llamaba a lo lejos.

La planicie cerrada por los tanques soviéticos ; el fondo de los valles hollados por nosotros esa mañana, alzaban, innumerable, el conjuro desgarrador que la hora nevada de la noche nos traía con trágica nitidez.

«¡Camaradas !... ¡ Camaradas !».

¡Cuántos estertores de espanto allá lejos!... La nieve iría amortajando inexorable los centenares de bultos oscuros: centenares de cuerpos que padecían... centenares de almas que dentro del hielo gemían en el abandono total. «¡Camaradas! ¡Camaradas!», repetían las voces cada vez más lejanas, golpeando con aquel lamento, explosión postrera de esperanza, la estepa sin eco.

Duramente ajenos a las terribles quejas avanzábamos hacia la liberación por un sendero a orillas del bosque. La noche tornábase más clara. La columna callaba, con una potencia de silencio sobrecogedora: ni una voz, ni un murmullo en esa masa de tres mil hombres.

Ni el aliento.

* * *

Otros gritos, no menos escalofriantes, porfiaban llamándonos, hacia la derecha, en aquel fin de crepúsculo.

El valle mortífero que nos alejara de los tanques soviéticos empalmaba por aquella parte con extensísimos pantanos. Por la mañana cierta cantidad de carretas alemanas, arremetiendo en un primer empujón a rienda suelta, fueron a hundirse en los barrizales profundos, espesos como resina.

A la pálida claridad de la luna veíanse únicamente la cabeza y el cuello de los caballos. Sus relinchos macabros alternaban con los alaridos de terror, de los conductores, que, crispados en lo alto de las ruedas de las telegas, casi completamente engullidas ya, sentían que el cieno los iba sorbiendo también.

Nosotros, llevados del instinto enfurecido de conservación, los maldecíamos por llamar la

atención de los rusos con aquellas vociferaciones. Los pobres hubieran debido morir en silencio..

Intentar salvarlos hubiera sido inútil; veinte o treinta hombres más hubiesen perecido en el lodo sin resultado alguno apreciable. Tuvimos, pues, que dejar que se fuesen al fondo del barro nocturno, que luego se cerraría sobre ellos, del mismo modo que habíamos dejado desvanecerse detrás de nuestra huida la voz tremenda de los heridos de la estepa separados de nosotros por el enemigo; unos y otros agonizando en una soledad más cruel que los hierros que los partieran, que el cieno que los absorbía, que la nieve que los borraba con su despiadado sudario.

* * *

Los exploradores nos llevaron, dos kilómetros más lejos, a un pasadizo jalonado que atravesaba largamente los pantanos y donde el barro nos llegaba hasta la rodilla.

Ni un ruso siquiera nos había descubierto.

Escalamos una pendiente nevada. Bajo la luna, hacia el otro lado, lucía un brazo de agua, que, uno por uno, fuimos cruzando por encima de una viga resbaladiza. Anduvimos luego unos cincuenta metros. Y de repente el corazón se nos paralizó: tres sombras con casco de acero acababan de surgir ante nosotros. Nos arrojamos en sus brazos, llorando, riendo, brincando, libres de angustia, de todos los dolores que, de pronto, se nos habían caído de las espaldas.

¡Era el primer puesto de los alemanes del sur!

¡No éramos ya venados acosados, no éramos ya unos condenados con prórroga de vida !

¿El «kessel»? : una atroz pesadilla desvanecida. ¡ Salvados, sí, salvados ! ¡ Estábamos salvados !

EL GOLLETE

Después de pasar por el puesto avanzado de los alemanes de Lysjanka nos metimos por un camino muy encajonado donde los remolinos de nieve nos azotaban el rostro y lo borraban todo a un metro.

Luego, al azar, nos acomodamos en unas isbas de los contornos, alrededor de las cuales rondaban los bolcheviques. Pero ¿dónde hubiésemos corrido, en plena noche y cegados por el vendaval?

En una casucha nos apiñamos más de cincuenta echándonos en montón sobre el suelo. A cada instante, los hombres dormidos se erguían, gritaban, desvariaban, aporreando a diestro y siniestro.

En los meses que siguieron también yo forcejearía cada noche, presa de horribles pesadillas, asestando puñadas contra la pared, los muebles y cuanto me rodeaba en la sombra. Diecisiete combates cuerpo a cuerpo tenía librados en las tres semanas de cerco; mucho tiempo después, en las noches atormentadas, vendrían a perseguirme los rostros convulsos de tártaros, tschirgises, samoyedos y mongoles estranguladores a quienes cada día hube de disputar mi vida. Y aun hoy, cuando evoco esos días de pavor, esas muecas, esos cuerpos y los golpecitos secos de mi pistola ametralladora, caliente, en la mano, siento como un mareo...

* * *

A las cinco de la mañana desperté a toda mi gente. Nos desperezamos en la nieve y descendimos por la carretera hasta el mismo corazón de Lysjanka, donde corría el río, ancho, crecido, ribeteado de témpanos.

Los rojos habían volado el puente y miles de hombres hacían cola para cruzar sobre una hilera de tablones inseguros, alargados sobre una ringla de barriles de gasolina que hacían las veces de pilares.

Teníamos orden de salir de Lysjanka acto seguido, de andar lo más aprisa que pudiéramos, mientras pudiéramos.

Dibujábamos sobre la nieve una cinta interminable, pues si durante la penetración habían

sucumbido unos ocho mil hombres, eran más de cuarenta mil los que se habían salvado.

Únicamente las unidades de choque, como la división SS «Viking» y la brigada de asalto «Valonia», enzarzadas constantemente en combates de retaguardia, sufrieron pérdidas elevadísimas.

En noviembre de 1948 habíamos llegado al Dniéper dos mil hombres poco más o menos; el 18 de febrero de 1944, al salir del «kessel», éramos exactamente seiscientos treinta y dos.

Nuestros heridos de diciembre y enero habían sido ciertamente evacuados en avión, cuando los primeros días del cerco; pero a pesar de todo, las bajas representaban la mitad de nuestros camaradas, el porcentaje más elevado de cuantas unidades implicó la epopeya de Tcherkassy.

* * *

Al sucumbir Korsum, los soviets habían creído que nos tenían cogidos y pregonaron en sus partes una victoria que daban por segura. Pero una carga desesperada que enfrentó tantos hombres como Waterloo, había roto el cerco, asegurando nuestra liberación.

El enemigo, burlado, se dedicó entonces a distraer su malhumor bombardeando insensatamente nuestro camino. Sus baterías alineadas a ambos lados del estrecho pasillo machacaban con furor casi cómico nuestra retirada.

Era harto difícil avanzar en la nieve espesa, pero, por muy agotados que estuviésemos, apretábamos el paso, pues los obuses caían cada minuto o dos, agujereando la nieve, despidiendo andanadas de tierra.

La infantería enemiga participó también en la persecución. Pero los tanques alemanes de protección que cubrían los flancos exploraban sin tregua el terreno, los terraplenes, los almiarres, a cuarenta o cincuenta metros de la carretera. Los soldados rusos se incorporaban, brazo en alto, y los tanques los traían a nuestras líneas. Hormigueaban por la nieve prontos a cualquier fechoría.

Bastón en mano, los generales alemanes andaban a pie entre los hombres, alimentándose, como ellos, con el aire de la estepa.

Hubimos de salvar varios kilómetros antes de topar con los primeros puestos de abastecimiento.

El Mando había enviado a todo vapor a nuestro encuentro cocinas de campaña. [Pero cualquiera llegaba a ellas! Éramos cuarenta mil hambrientos, cuarenta mil sedientos.

Mil, dos mil soldados sitiaban a un infeliz cocinero a punto, a cada momento, de ir a parar al fondo de la olla.

Era inútil perder tiempo haciendo cola. Acertamos apenas a llenar en una fuente una cantimplora con agua espléndidamente helada. A los heridos con fiebre por lo menos aquello les sabía a gloria.

¿Pero cómo conservar el agua fresca, si a los cinco minutos el gollete de la cantimplora se helaba, cegándolo el hielo, y el agua sonaba dentro como un cascabel de cristal?

Según avanzamos, comprendí cuál había sido el precio de la marcha realizada hacia nosotros por los panzers del Reich. La estepa era un cementerio de blindados: ochocientos tanques rusos y trescientos alemanes destruidos en las tres semanas del combate liberador... que estuvo en un tris de no liberar nada.

El suelo esponjoso había absorbido muchos tanques alemanes hasta por encima de las cadenas; más tarde la helada había petrificado el barro, bloqueando los panzers en una formidable costra de hielo.

Una vez despejado el «kessel», era evidente que el pasillo abierto en dirección nuestra estaba viviendo sus últimos días; había, pues, que descombrar sin demora los tanques incrustados, so pena de verlos caer en manos del enemigo. Los tanquistas partían a hachazo limpio la nieve y el barro, más duros que el hierro; regaban el suelo con gasolina, encendían grandes hogueras en torno a sus máquinas inmovilizadas, intentándolo todo con tal de descongelar el lodo y liberar las cadenas. Sus esfuerzos, empero, no nos parecieron victoriosos.

Docenas de «tigres» y de «panteras», los tanques alemanes de mayor potencia, provistos de

blindajes de una resistencia elemental, nos protegían firmemente, atropellando sin descanso al enemigo, que presionaba sobre los flancos y a retaguardia.

Pero la puerta entornada no estaba más que entornada. Había que apresurarse.

* * *

Aquellos cuarenta mil hombres hubieran debido descansar de noche.

Estuvieron, sin embargo, vagando mucho tiempo aún en la tempestad que acababa de levantarse. Acuchillados por millones de cristalillos acerados, avanzábamos sin parar, sin saber si iríamos a caer a izquierda o a derecha.

El segundo día tuvimos que cubrir veinte kilómetros.

La tormenta amainó. La nieve era espesa aún, pero el sol vino a acariciarla, sacándole chispas rosadas. El corredor fué ensanchándose y dejamos de oír la artillería. Ofrecíanse a la vista fondos azules, lilas, verdeantes y hermosos molinos de aspas negras desplegadas en la blancura de los campos.

Un caserío importante marcó el final del pasillo. El orden alemán volvió por sus fueros inmediatamente, representado por grupos de rollizos muchachos, con mejillas apetitosas como «beefsteacks», que enarbolaban grandes letreros con los nombres de cada una de las unidades.

¡De nuevo al pelotón, a la compañía!

Los suboficiales de carrera vociferaban órdenes. Desde luego, si los «Stabfeldwebels» alborotaban el cotarro de esa manera, era porque la aventura había terminado de veras.

* * *

Por mi parte agrupé como pude a mis valones, que, menos disciplinados que sus camaradas prusianos, prolongaban un poquito el tiempo de la fantasía.

De pronto se formó un remolino.

Venía hacia mí un general de Cuerpo de ejército.

Hirsuto como estaba y acorazado de barro helado, me cuadré.

—Venga—me dijo—. El Führer ha hecho telefonear tres veces. Le espera. Llevan ya dos días buscándole.

Me llevó con él.

Al filo del alba apareció en el cielo un «Fieseler Storch», diminuto aparato de reconocimiento, bonita caja de mica desde donde podía estudiarse cualquier detalle del terreno.

El aeroplano resbaló sobre los patines. Mis camaradas me empujaron dentro, cual estaba, enredado en mis botas de fieltro y en el abrigo de pieles.

CON HITLER

El pequeño «Fieseler Storch» voló hacia retaguardia.

Las interminables cintas del ejército en retirada inscribíanse en la blancura de los campos: hileras de camiones, de compañías de soldados, menuditos como moscas.

En las aldeas bullía un hervidero de tropa. ¡Qué esplendidez prodigaba la Naturaleza entre los infinitos destellos de la nieve moteada con las manchas cobrizas de los huertos, los ribetes rubios de los techos de rastrojo y, en lo alto de las colinas, los molinos girando en el cielo de plata y azul!

En Umán subí a un avión especial del Führer. El trimotor voló media hora sobre la estepa, luego se elevó mucho, metiéndose en las nubes. Ucrania se desvaneció bajo el aparato. Aquello había concluido. Nunca jamás volvería a ver la estepa blanca y amarilla; los largos caseríos enfundados en las nieves o zumbando con los mosquitos del estío; las isbas enjalbegadas, con sus postigos verdes y pardos adornados con palomas; los crepúsculos suntuosos; las mozas de pómulos prominentes, flores del Asia entre los millones de girasoles dorados...

En el algodón opalino del cielo cruzamos los pantanos del Pripet.

Ibase despejando algo la atmósfera, y los huecos de las nubes nos mostraban abetales, alamedas, una aldea con tejas coloradas. Europa.

Brillaron, al fin, unos lagos azules, alegres por islitas blanquecinas como lunas de agua. Estábamos en la proximidad de Lituania, por encima del Cuartel General del Eührer.

* * *

En primer lugar me esperaba Himmler.

En el auto que me recogió en el aeródromo me sentía comido por una multitud de piojos.

Mis ropas militares eran una calamidad.

Habían previsto que en un Cuartel General, sencillo pero de gente vestida como Dios manda, los salvajes del frente como nosotros experimentaríamos, al llegar, la necesidad de recogernos un poco. Entré, pues, en un cuarto de baño y durante una hora me quedé en remojo como un trozo de bacalao.

Himmler me había regalado una estupenda camisa verde, lo cual me dispensó de coger la otra, rodeada, en un rincón del cuarto de baño, por una tribu de simpáticos piojos de Ucrania, deslumbrados al verse de punta en blanco en tan impresionante atmósfera.

Según me han dicho, se habló mucho tiempo de ellos entre los acompañantes del Reichsführer SS.

Un suboficial me cosió el cuello de la chaqueta, arrancado en un cuerpo a cuerpo del «kessel». Conservé mi uniforme de soldado; me lo rasparon, rascaron, cepillaron, y, por la noche, metido en las enormes botas de fieltro, me senté junto a Himmler en el gran coche verde que conducía él mismo y en el cual, a cuarenta kilómetros de su campo, me llevó al Puesto de Mando de Hitler.

* * *

El gran Cuartel General del Führer, en el este de Prusia Oriental, era, a principios de 1944, un inmenso taller.

Llegamos a medianoche. Los faros iluminaban bajo los abetos cientos y cientos de hombres construyendo fantásticos refugios de cemento, una verdadera Babilonia subterránea en el misterio de la selva.

El Führer disponía de una modesta barraca de tablonos.

Penetramos en un vestíbulo cuadrado. A la derecha, el guardarropa. En el fondo, a la izquierda, una puerta ancha nos separaba del despacho de Hitler.

Mientras aguardábamos un poco, Himmler sacaba a relucir, encantado, los escasos términos franceses de su repertorio.

Las hojas de la puerta se abrieron.

No pude ni ver ni oír nada: el Führer se había adelantado hacia mí y me había cogido la mano derecha entre sus dos manos, estrechándola con afecto. El magnesio iluminaba la habitación. Unos aparatos de cine filmaban el encuentro.

Pero yo no veía más que los ojos de Hitler, extraordinariamente vivos y buenos; sólo sentía sus manos estrechando la mía; no oía más que su voz, un poco ronca, que me acogía repitiendo: «¡Cuánta inquietud me ha causado!...»

Frente a una maciza chimenea nos sentamos en unos sillones de madera.

Yo contemplaba, pasmado, al Führer. Sus pupilas despedían aún su fulgor extraño, dominador, mágico, pero las preocupaciones de cuatro años de guerra habían infundido en él, encanecido, encorvado de tanto estudiar los mapas y de aguantar el peso de un mundo, una impresionante majestad.

No existía ya el Führer de antes de la guerra, el Führer ardiente, de cabellos castaños, de cuerpo firme, enhiesto como un pino de los Alpes.

Llevaba en la mano gafas de concha.

Todo en él respiraba recogimiento y preocupación.

Y una energía rápida como el fuego. Decía su voluntad de vencer fuesen cuales fuesen las dificultades, y hacía contar detalladamente cada una de las etapas de nuestra tragedia.

De vez en cuando se ensimismaba, quedando cinco minutos sin decir una palabra; sus mandíbulas se movían levemente, como si triturase en silencio un obstáculo.

Todos callaban.

Luego el Eührer abandonaba su meditación, reanudando el interrogatorio.

Cada detalle, en aquel cuarto de estudio, descubría la simplicidad y la claridad de su vida: largas mesas de madera corriente, tabiques desnudos como un refectorio monacal, lámparas con pantallas metálicas de color verde alargadas sobre los mapas por tijeras cromadas.

El Führer trabajaba noches enteras en un recogimiento absoluto, yendo y viniendo en la barraca hasta por la mañana, meditando, preparando órdenes. Junto a él vivían únicamente el fuego, en la vasta chimenea inspirada de la prehistoria germánica, y un hermoso perro bermejo que descansaba en un cajón junto a la mesa.

El noble animal acompañaba en silencio el lento andar de su amo inclinado, encanecido, madurando en la noche sus cuitas y sus sueños...

* * *

Hitler me entregó la corbata de «Ritterkreuz» ¹.

Había luchado como buen soldado. El Führer lo reconocía.

Y yo estaba orgulloso.

Pero lo que en aquella noche vibrante me exaltó por encima de todo fué el prestigio que a los ojos de Hitler habían conquistado mis soldados.

Éramos hombres del país de Carlomagno, de los Duques de Borgoña, de Carlos V. ¡Después de veinte siglos de maravilloso esplendor, un país así no podía hundirse en la mediocridad o el olvido ¹

En aquella barraca, ante el genio en pleno poderío, decíame a mí mismo que en el futuro el mundo entero se enteraría de lo que los belgas realizaron en Tcherskassy y sabría de qué modo espléndido el Reich, país de soldados, había reconocido sus méritos.

Sentíame destrozado, corroído por las semanas terribles; pero con un canto dentro del alma. ¡Allí estaba la gloria, la gloria para mi Legión heroica; y, a través de ella, para nuestra Patria en trance de resurrección !

BRUSELAS

Logré del Führer un permiso de tres semanas para la brigada «Valonia». Este permiso había sido una bendición, ya que apenas nuestros soldados habían embarcado en un tren de permisionarios, el frente de Ucrania se había desplomado como un viejo abeto herido por el rayo.

Ello no me sorprendió grandemente. Había experimentado cuántas habían sido las dificultades que encontró la columna de tanques destinada a liberarnos del cerco de Tcherkassy, sin haber podido lograr por sus propios medios el objetivo que le fuera señalado.

Apenas las tropas liberadas del cerco se habían instalado en sus acantonamientos, cuando la marea soviética, devastadora y potente, inundó toda Ucrania, llegando en pocos días a la frontera rumana.

Ucrania entera, el bello país de los dorados campos y de las blanquiazules aldeas, enquistadas entre las mieses como ramilletes de flores, desbordante de trigos y maizales, dotada en dos años de centenares de nuevas fábricas, había sido anegada por la horda enfurecida de mongoles y kalmucos, ebria por haber recorrido en año y medio los vastos espacios comprendidos entre el

¹ Cruz de Caballero

Volga y la Galitzia y la Besarabia.

Tenían los bolsillos llenos de anillos y relojes, comían bien, habían matado a muchos alemanes. Eran felices.

* * *

Me reuní con mis hombres en la frontera de la antigua Polonia, en Vlodawa, desde donde proseguimos la marcha hacia nuestro país.

Nos detuvimos en el campo bávaro de Wildflecken, de donde partiéramos el 11 de noviembre de 1943.

Esta vez volvíamos con una brigada mutilada, pero una Legión de nuevos voluntarios valones esperaba a los vencedores de Tcherkassy para ocupar el puesto de los heridos o de los muertos. Dos semanas después, la nueva brigada de asalto «Valonia» sería más potente aún que la antigua, con sus tres mil hombres, entusiastas como los veteranos, bien adiestrados, ansiosos ya de partir y de batallar.

Pero antes de pisar otros campos de batalla debíamos desfilas en nuestra Patria.

El 2 de abril de 1944, llegamos a la frontera belga-holandesa.

Nuestra columna blindada ocupaba diecisiete kilómetros. Flores y coronas de ramas de roble, de dos metros de altura, adornaban nuestros blindados. Cortejos de muchachas entusiasmadas nos esperaban, con los ojos relampagueantes, a las puertas de Bruselas.

El centro de la capital fué un prodigioso remolino de caras y banderas. Los panzers se abrían paso penosamente entre las decenas de millares de rexistas que acudieron a toda prisa aclamando locamente a nuestros hombres. La multitud subía como el mar, gritando y arrojando rosas, las primeras, las más suaves, las más tiernas, las que anuncian la claridad de la primavera.

Mi tanque se detuvo ante las columnas de la Bolsa. Había aupado sobre el blindaje a la banda emocionada de mis hijos, teniendo entre mis manos las suyas, pequeñas y ardientes. Contemplaba la fiesta maravillosa, la comunión de ese pueblo, tan sensible a la gloria, con mis soldados. Inagotables, nuevos tanques desembocaban zumbando por la calzada florida.

La misma calle, exactamente, por donde cinco meses después los panzers angloamericanos penetrarían en Bruselas.

VII. LA EPOPEYA DE ESTONIA

En el mes de mayo de 1944, nuestra Legión fué a Polonia a reorganizarse en el inmenso campo de Debika, entre Cracovia y Lemberg.

Más de ochocientos obreros belgas de las fábricas del Reich se habían alistado voluntariamente en nuestra brigada, durante el verano, después de una de mis arengas.

Acababa de llegar al campo, en junio de 1944, un primer contingente de trescientos de esos compatriotas, cuando se desencadenó la nueva ofensiva soviética.

Minsk fué barrido. En una semana, una marejada enorme anegó el frente alemán, aplastándolo todo y desparramándose hasta trescientos kilómetros de profundidad. En ese mismo mes los bolcheviques llegaron hasta las fronteras de Lituania y de Prusia, metiéndose en el bolsillo la mitad de Polonia y presentándose en los mismos arrabales de Varsovia.

Quedaba abierto el camino de Berlín.

El Mando echó a toda prisa sobre Varsovia en revuelta la división «Viking», con sus nuevos tanques aun en rodaje.

Un segundo y tremendo golpe de ariete dio contra el frente, haciendo tambalear esta vez el sector estoniano en el fondo del golfo de Finlandia.

La posición extrema de Narva estaba defendida por un Cuerpo escogido de SS, el tercero de los *panzers*, compuesto de voluntarios de todos los países germánicos: flamencos, holandeses, daneses, suecos, noruegos, estonianos, letones. Todos habían resistido valerosamente, pero a costa de graves pérdidas.

Allí también había que tapar agujeros sin perder tiempo.

* * *

Taparlos, pero ¿con qué?

Algunos centros de Berlín se desconcertaron en extremo, lanzando sin ton ni son telegramas inauditos. El campo de Debika, por ejemplo, recibió orden de dirigir el mismo día hacia Estonia a nuestros trescientos voluntarios valones recientemente desembarcados.

De ellos un centenar no llevaban cuatro días de cuartel; los otros dos tercios contaban dos semanas de acantonamiento y sabían apenas manejar un fusil. ¡Ni uno había tocado una ametralladora !

Por aquellos días me encontraba yo en Bélgica, donde los terroristas habían asesinado salvajemente a mi hermano.

Cuando, por un mensaje, me enteré de aquellas instrucciones descabelladas, nuestros trescientos muchachos rodaban ya hacia el Báltico con los cien veteranos que hubieran debido entrenarlos en Debika. Los habían cargado a todos, a tontas y a locas, entregándoles, en el último minuto, unas ametralladoras, con orden de aprender su complicadísimo manejo en marcha, en los furgones.

Al principio ni quise creer en ello.

Hice telefonar a Berlín. Confirmaron la noticia: lo mismo ocurría con los demás voluntarios.

Quedé aterrado. Los trescientos nuevos reclutas me iban a tomar por un estafador. Habían venido a la Legión confiando en mí. Y ni bien llegaban con toda buena fe, creyendo recibir una buena formación militar, ¡he aquí que los arrojaban a una insensata aventura!

Para colmo de angustia, Hitler, después de lo de Tcher-kassy, me había prohibido volver al frente. ¿Qué hacer para salvar a mis soldados o, por lo menos, compartir honradamente su suerte?

Telegrafíé, sin más, al Estado Mayor de Himmler, protestando violentamente contra aquella salida, reclamando la anulación de la orden o la autorización de juntarme con los míos.

No me contestaron.

Los pies se me iban solos.

Esperé tres días y envié otro telegrama: «Con autorización o sin ella, salgo mañana para el frente de Estonia.»

Horas después Berlín respondió secamente: «Es un caso de Consejo de Guerra.»

Explicué, sin andarme por las ramas: «También es un caso de Consejo de Guerra mandar al combate reclutas con cuatro días de cuartel.»

Durante la noche llegó de Berlín la última contestación: «Haga lo que le dé la gana.»

Partí, y después de una breve odisea, a través del Báltico me reuní con mis hombres.

GOLFO DE FINLANDIA

El frente de Estonia parecía sostenerse como para mantener una atrevida paradoja.

Con los rusos, en efecto, a las puertas de Varsovia, algunas decenas de miles de voluntarios de todos los países germánicos se aferraban todavía a los bosques asolados próximos a Leningrado...

Narva marcaba el límite de la antigua Europa y del Asia eslava. A ambos lados del riachuelo que cortaba la ciudad alzábanse dos mundos: en la margen occidental, el viejo castillo alemán de los Caballeros Teutónicos; justo en frente, más allá del agua, la ciudad rusa escalonaba los bulbos de sus templos orientales.

De la vigilancia de ese cerrojo se encargaba el Tercer Cuerpo germánico, en el que los alemanes eran minoría. En julio de 1944, el cerrojo había estado a punto de saltar. Más de mil tanques rusos fueron destruidos en rabiosos combates.

Las legiones y voluntarios europeos sufrieron tremendas sangrías : uno de los dos regimientos holandeses salvó en total veinte hombres, de tres mil; los demás, cercados, se dejaron matar en el terreno.

La ofensiva de los soviets fracasó: el Tercer Cuerpo sólo retrocedió quince kilómetros.

* * *

Los cañonazos retumbaban sin cesar y, particularmente por la noche, se nos antojaban extrañamente cerca.

Barcos rusos aparecían a menudo de popa a Finlandia, pero nuestros cañones abrían fuego, obligándoles a retirarse.

El camuflaje de las baterías de marina — una línea interminable — era extraordinario; tropa y oficiales disponían de refugios perfectos, cavados en la costa. A cincuenta y ochenta metros debajo de aquellos nidos de águila, las olas rompían, se despeñaban sobre la arena y se desmenuzaban en los árboles.

El mar brillaba en lontananza. A veces, el tiempo muy claro nos dejaba ver la línea, fina como ala de gaviota, de una isla blanca. Los crepúsculos eran hogueras magníficas de oro, coronadas con masas de nubarrones arrebolados.

Las tardes que morían en un tumulto de grana y de violetas, las noches cargadas de estrellas que se interpelaban, la fresca soledad de las auroras, entregábanse sin duda a nosotros, soldados, testigos por deber de la belleza, para revivificar nuestra alma antes de los días de infierno en que los cuerpos sangran y los corazones se crispan ante los momentos decisivos...

* * *

A mediados de agosto, los rojos iniciaron un amplio movimiento envolvente para pulverizar de una vez Estonia. Fracasada su intentona de ruptura entre Narva y la punta norte del lago Peipus, desencadenaron una gran ofensiva al sur del mismo lago, partiendo de la ciudad fronteriza de Pleskau.

El objetivo era evidente: Dorpart, luego Revaí, a fin de coger por la espalda el sector entero del

golfo de Finlandia.

La Aviación del Reich vigilaba cotidianamente el desplazamiento en masa de las fuerzas soviéticas de Narva.

El Tercer Cuerpo recibió orden de imitar el movimiento, pegándose al enemigo, y de enviar inmediatamente al Sur un potente «kampfgruppe» (grupo de combate); éste se cruzaría al través de los ejércitos rojos que a marchas forzadas corrían hacia el Noroeste, casi sin encontrar resistencia.

El general calculó. Debía utilizar todo lo utilizable.

Decidió dejar aún unos días de instrucción a nuestros reclutas más bisoños, pero inscribió en la lista a los trescientos hombres virtualmente listos.

Cantando, pues, nuestros viejos coros del terruño, rodamos hacia el puntito rojo que el mapa alemán llamaba Dorpat y el estoniano Tartu.

¡Tartu! La antigua capital espiritual de los Países Bálticos. Tartu, aquel mismo mes veríamos arder su famosa Biblioteca, sus casas tan donosamente coloreadas, los centros artísticos, las imprentas, la venerable Universidad; blandones gigantescos que llamearían durante ocho días entre las humaredas de la tierra y el cielo impasible.

FRENTE A FRENTE

El lago Peipus, en cuyas dos extremidades se iba a jugar la vida de Estonia, había separado durante mucho tiempo a este país de la U. R. S. S.

El río Narva unía el lago con la ciudad de ese mismo nombre, sobre el golfo de Finlandia, verdadero mar interior cruzado por barcos que, en aquel agosto de 1944, exhibían sus cascos calcinados en las aguas de oro.

Para llegar al Peipus se bajaba del Norte, atravesando perfumados bosques de abetos rayados de claridades rodadas y acribillados de arándanos salvajes.

En la playa árida del lago, hierbajos y guijarros. Algunos caseríos se asomaban en el hueco de las bahías luminosas, pero la Aviación había reventado las casas y no quedaban más que barquillas hundidas y ruinas que servían de campamento a los soldados alemanes.

En realidad, el lago constituía la mayor parte del frente estoniano : del otro lado estaban los rusos; en una noche de remo los habríamos alcanzado fácilmente. La defensa de nuestra margen era ridícula; aquí y allí, algún bunker de troncos; algún trozo que otro de trinchera en la arena, defendidos por tropas casi inexistentes. Cuando estuviésemos instalados al sur del lago, nuestro flanco izquierdo se hallaría a merced de un desembarco soviético.

Según las órdenes del Alto Mando, la línea principal del kampfgruppe tenía que ir desde el lago Wirz, plantado casi en el centro de Estonia, hasta el sudoeste del lago Peipus. El río Embach, enlace de ambos lagos, constituiría la línea natural de combate si el enemigo lograba acercarse a la región de Dorpat.

Lleguéme por noticias al Ayuntamiento de la vieja ciudad universitaria. Unos oficiales superiores parloteaban sobre la situación ; en extremo confusa. Llegó el jefe del kampfgruppe, el general de las Waffen SS Wagner: un gigantón, como de costumbre ; auténtico condottiero del Eneacimient, alegre, potente, enérgico, incansable; en una palabra, el hombre que requería el golpe que todos barruntábamos.

El kampfgruppe Wagner se escalonaba sobre treinta y seis kilómetros; una columna de autos blindados de reconocimiento, de panzers, de tropas de choque transportadas; poca gente, sí, pero luchadores de categoría.

En Dorpat mismo le regalaron unos heterogéneos y azorados refuerzos: revoltijo de unidades alemanas dispersas; tropes de guardias estonianos, de paisano, con el brazal en la manga y con un armamento calamitoso, sudando de cansancio y de miedo en las carreteras polvorientas, ¡y acompañados por sus mujeres!

* * *

Al apuntar el día me despertó un enlace: había que avanzar.

Desde Dorpat hacia el sudeste, en dirección de Pleskau, partía una calzada ; otra hacia el sudoeste, hacia Kiga. Instalé seis puestos avanzados a veinticinco kilómetros de Dorpat y del río Embach, en el triángulo trazado por ambas carreteras.

Jamás habíamos encomendado misión más embrollada. Pregunté, por ejemplo, qué era lo que existía entre mis pobres puestos y la masa enemiga en marcha. La respuesta •me dejó confundido: en teoría, dos divisiones amigas estaban en contacto, pero prácticamente no se sabía nada de ellas; sin duda se habían volatizado en dirección oeste, hacia Eiga. «En todo caso — añadieron— no cuenten con ellas y estén listos.»

¡Listos, con seis puñados de hombres, para tapar un sector de cuarenta kilómetros a vuelo de pájaro!

El resto del frente se improvisó en idénticas condiciones. El kampfgruppe Wagner había lanzado al encuentro del enemigo patrullas blindadas de reconocimiento. Día y noche surcaban sin descanso la infinidad de caminos por donde se nos venía encima la marejada de las vanguardias soviéticas.

* * *

En lugar de infiltrarse entre las dos rutas principales, el enemigo atacó por delante, desviándose poco del lago Peipus y de la carretera Pleskau-Dorpat. El punto débil que buscaba lo halló al este de ese camino, y el lunes, 19 de agosto de 1944, metió una cuña de ocho kilómetros de profundidad por diez de anchura, a un tiro de mosquetón de nuestra ala izquierda.

Acudieron unos camiones y un motorista que me traía orden de atacar, de correr con toda la reserva de hombres, a las cinco de la tarde, de Oeste a Este, colmando la brecha abierta por los rusos.

Tropas alemanas lanzadas de Oeste a Este liarían la mitad del camino a nuestro encuentro, y enlazaríamos en el caserío de Patska, colgado junto a su molino de viento, en la punta de un cerro. Nos prometieron cuatro panzers.

El combate se anunciaba interesantísimo: el enemigo se había colado por la grieta y, de acertar nosotros en el contraataque, su ofensiva quedaría dislocada por varios días.

Pero debíamos ganar tiempo, mientras los zapadores alemanes y millares de paisanos construían a todo correr una línea fortificada, en forma de media luna, a unos ocho kilómetros al sur de Dorpat. El Mando quería construir allí una cabeza de puente, telón corrido a la entrada de la ciudad, y que a Oeste y Este se apoyaría en la profunda defensa natural constituida por el río Embach.

Pero esas obras no habían terminado aún.

Estaban en camino los refuerzos y transcurrirían varios días antes que tomaran posiciones. Ahora bien, la cuña de por la mañana nos ponía el enemigo a pocos kilómetros de los trabajos, y como un poderoso contraataque no rompiera su empuje, mañana o pasado los alcanzaría.

* * *

A las cuatro de la tarde, los camiones descargaron a mis hombres a seis kilómetros de Patska.

Contaba con magníficos oficiales jóvenes salidos recientemente de la Escuela de Guerra de Tolz, en Baviera, los cuales no veían el momento de poner manos a la obra.

Nuestros panzers aguardaban también, camuflados entre unos manzanos.

Establecí el plan de ataque: partiríamos a las cinco en punto, acompañados por los cuatro tanques.

Las compañías debían apostarse en seguida, sin dejarse ver, pues el enemigo andaba a un kilómetro. Indiqué a cada comandante de compañía su punto de partida para el asalto.

Nuestros soldados se escurrieron agachados por entre los trigos que se agostaban en la tarde cálida.

EL MOLINO DE PATSKA

Los minutos que preceden el cuerpo a cuerpo resultan siempre penosos. De todos esos muchachos ansiosos, ¿cuántos yacerán en tierra dentro de unos momentos, con los ojos bien abiertos, y cuántos se arrastrarán, ensangrentados, para librarse de la metralla?

Oíamos la batahola armada por el fragor del avance enemigo, a la vista ya seguramente de las torres de Dorpat.

La aldea de Patska, en la cúspide del cerro, parecía sólidamente ocupada.

Me deslicé hasta unos acebos; desde allí, con los anteojos, se veía el paso de las fuerzas bolcheviques, contingentes importantes, apoyados por artillería, que ocupaban los lados del camino del que debíamos conquistar cinco kilómetros.

Era el terreno un verdadero erial; al contrario, las colinas enemigas, a derecha e izquierda, presentábanse bien pobladas de árboles.

Mis soldados se agazaparon en las cunetas y entre el trigo, silenciosos, inmóviles como leña seca.

A las cinco en punto me adelanté con los tanques. Los nuestros se desplegaron y acometieron.

Al esparcirse por la llanura el ruido de los blindados, un estremecimiento general recorrió el sector enemigo; por todas partes los soldados rojos corrían a sus trincheras, a las baterías, a los lanzagranadas. Un oficial ruso, un coloso, en jarras sobre la cumbre, daba órdenes, a cuerpo descubierto, desafiándonos a todos.

Los primeros obuses de nuestros tanques penetraron directamente en el molino.

El oficial ruso no se inmutó.

Una tras otra saltaron todas las casas vecinas.

El gigante seguía en su puesto. Al disiparse el humo, aparecía siempre semejante a un bloque de piedra.

Nuestras compañías emprendieron la ascensión de la cuesta. Un diluvio de hierro se desató sobre nuestros *panzers*; las ametralladoras soviéticas fulminaron la vertiente; un tanque recibió un impacto directo, pero siguió lo mismo.

A pesar de todo, nuestros valientes escalaron corriendo los novecientos metros de cuesta. La defensa del molino fué atroz. Dos de nuestros oficiales, abalanzándose a ciegas, se desplomaron en la puerta misma de la construcción, uno muerto en el acto; el otro, gravemente herido. Pero la compañía pasó sobre sus cuerpos; el gigante ruso cayó, y el molino fué nuestro.

La otra compañía que subía por la falda derecha había cerrado con ímpetu igual contra las posiciones rusas, y con iguales sacrificios. Su comandante tenía tres heridas, y ya no podía avanzar; aferróse a un cañón antitanque cogido a los rusos y, en un postrer esfuerzo, lo volvió contra ellos: veinte minutos estuvo disparando, hasta caer muerto sobre una pila de cartuchos.

En cincuenta minutos habíamos avanzado, pues, cinco kilómetros, cogido Patska y, en él, la artillería soviética.

* * *

Por desgracia, nos no llegaba noticia alguna del ataque amigo que, partiendo del Este, tenía que empalmar con nosotros en el molino.

Urgía impedir que el enemigo se rehiciera. Ordené, pues, que, más allá de Patska, mis hombres penetrasen en la zona de cinco kilómetros reservada al asalto de nuestros compañeros. La operación de Patska, en efecto, carecía de sentido si no se cortaba en seco la flecha enemiga; de lo contrario, los decapitados seríamos nosotros.

Practicamos una nueva brecha de dos kilómetros; eran, pues, siete sobre diez los kilómetros recorridos. Las pérdidas habían sido sensibles: de mis cuatro nuevos oficiales de Tolz, tres muertos y el cuarto herido grave. En las Waffen SS, por lo demás el término medio de vida de un oficial en

el frente era de tres meses.

LA EPOPEYA DE ESTONIA

Hubimos de evacuar a mi oficial de órdenes con el brazo izquierdo fracturado; de mis hombres, cien estaban ya heridos o muertos.

¿ Qué demonios estaba haciendo la tropa que desde el este hubiera debido venir hacia nosotros?

Estábamos luchando rabiosamente en los flancos por donde el enemigo trataba continuamente de ahogarnos, pero correr más adelante hubiese sido al fin y a la postre meterse en una trampa.

La falta de noticias de las fuerzas del este me tenía angustiado. A las ocho de la noche todavía seguíamos solos.

Nuestros tanques, llamados a otra parte, nos abandonaron.

Sólo a las nueve conocí el fracaso total del ataque amigo que, numéricamente demasiado débil, ni siquiera había podido rebasar sus posiciones. Se nos ordenó incrustarnos al oeste de Patska, de donde podríamos atajar lo mismo nuevos refuerzos enemigos.

Pero la flecha de la ofensiva rusa no había sido eliminada.

* * *

Una vez anochecido, los bolcheviques se replegaron para caer sobre nosotros. Con ciento cincuenta camaradas defendía yo una cabeza de puente plantada en el corazón del sector enemigo, en la punta de una estrecha lengua de terreno, sin disponer siquiera de una batería de artillería ligera, y contando como protección de flanco con ametralladoras. Los tanques no habían vuelto.

El enemigo emplazó sus «órganos de Stalin» y toda la noche nos mantuvo bajo sus descargas acopladas de treinta y seis granadas.

Al alborar, el rocío helado empapaba la hierba. Teníamos dispuesta una serie de ametralladoras en el linde de un abedular, clave de la vía de penetración soviética hacia Dorpat; metro por metro, los «órganos de Stalin» se ensañaron con ese bosquecillo sin que nosotros, enterrados en estrechos agujeros, nos moviéramos. El paso del enemigo por la localidad de Patska siguió siendo imposible; nuestros disparos barrían implacablemente la carretera desnuda.

Los motoristas me traían curiosas noticias: detrás de nosotros, a varios kilómetros al oeste, los rusos nos estaban envolviendo por completo; aparecían por todas partes desde el límite del bosque ; varios soldados rojos habían sido muertos en la carretera misma ¡a tres kilómetros de nosotros!

El general Wagner nos envió entusiásticas felicitaciones anunciándonos que nos citarían en el parte del Gran Cuartel General, pero que debíamos resistir aún más, mientras el Mando disponía su barrera al sur de Dorpat.

Como para distraernos de nuestros cuidados, unas bandas de zorros plateados se nos echaron entre las piernas. Existía cerca un criadero de unos dos mil de aquellos graciosos animalitos. Antes de escapar, los propietarios habían abierto de par en par las puertas de las madrigueras, y los zorros se precipitaron entre las explosiones, con maravillosa fluidez, barriendo el suelo con sus largas colas relucientes.

El enemigo extendió su asalto hacia el oeste; por la tarde la carretera de Pleskau cedió. Más al oeste todavía, en el mismo centro del sector Wagner, el asaltante logró meterse en cuña hasta un poblado llamado Kambja.

Un motociclista cruzó por la noche a todo escape la selva plagada de enemigos y nos trajo orden de alcanzar en el acto los alrededores de la localidad de Kambja, donde se acusaba más evidente el peligro de ruptura.

Nos deslizamos de bosquecillo en bosquecillo, con discreción de culebras, y a las dos de la madrugada, tras un circuito de veinte kilómetros, topamos cara a cara con la otra ola de rusos,

dueños ya del caserío de Kambja y decididos a tirar hacia adelante para enlazar con las tropas victoriosas del este y del sudeste.

KAMBJA

El 21 de agosto de 1944 por la mañana la situación del frente estoniano era la siguiente:

Hundida la defensa avanzada de Dorpat, entre el lago Peipus y la carretera de Pleskau, los rusos desembarcaban en gran número en la orilla oeste del lago.

Las oleadas soviéticas arremetían violentamente contra el dispositivo central, tras ocupar Kambja.

El ala oeste del frente, desde Kambja hasta la carretera Kiga-Dorpat y desde ella hasta el lago Wirz, permanecía aún tranquila.

En una palabra, cuando el general Wagner miraba hacia el enemigo veía su ala izquierda aplastada y el centro amenazado seriamente; su ala derecha sola gozaba de una última tregua, por estar la más alejada de los puntos de partida de la ofensiva soviética.

Un sendero unía Kambja con la carretera de Pleskau, a unos quince kilómetros al sur de Dorpat. Pero la amenaza de las fuerzas rusas provenientes del sudeste cerníase también sobre esa horquilla.

La primera misión mía consistió en contener al enemigo en Kambja, con ciento cincuenta soldados, un pelotón de lanzagra-nadas y algunas baterías alemanas.

La segunda misión era asegurar la protección de la encrucijada de las carreteras Pleskau-Dorpat y Kambja-Dorpat, pues el enemigo vencedor había llegado a un kilómetro de ese nudo de comunicaciones, enteramente despejado y liso como la mano ; su artillería, los lanzagranadas, los «órganos de Stalin» utilizaban los bosques a nuestra izquierda. Para cerrarles el paso yo disponía de tres cañones antitanques...

Una alquería junto a la encrucijada albergaba mi puesto de mando. Los «Tiflegers» de los soviets venían cada hora a inundarla de metralla. Por la noche, temiendo continuamente la aparición de los tanques rusos en el patio de la granja, no pegábamos el ojo más de diez minutos seguidos, calzados, con las granadas y la pistola ametralladora al alcance de la mano.

Tres o cuatro veces por día y por noche, desde ese nudo de carreteras iba yo hasta nuestras posiciones de Kambja, a cuatro kilómetros al sudoeste.

Los rusos hormigueaban en los alrededores. Mi pequeño «Volkswagen», escoltado de enjambres de balas zumbantes como mosquitos, tenía que desarrollar velocidades locas.

Cuando me hallaba en Kambja, temblaba por mis baterías antitanques del nudo de comunicaciones; una vez en la encrucijada, temía una catástrofe en Kambja y miraba con terror hacia la carretera, pensando ver los restos de mi unidad perseguidos por una jauría de tchirghises y de calmuco frenéticos.

* * *

Detrás de nosotros ofrecíase un espectáculo desgarrador: Estonia entera huía de los rojos. Ni un ser humano permanecía en su hogar.

Aquella gente había conocido a los soviets, no a los de 1918, sino a los de 1940, los supuestos civilizados, mejorados y democratizados, y conservaban de ellos un miedo cerval.

Pánico general más aleccionador que cualquier discurso político.

No sólo los burgueses, sino decenas de miles de destajistas, de ganapanes, de campesinos, de cazadores de los pinares emprendían la fuga; las mujeres se afanaban por los caminos tirando de un cerdo o de dos o tres borregos, pobres animalitos con las patas ensangrentadas. Una muchacha empujaba un cerdo, como una carretilla, cogiéndolo por las patas traseras. Los animales chillaban entremezclados; muchos caían muertos.

El calor era horrible; las viejas no aguantaban más. Los cazas soviéticos aparecían de pronto y

picaban sobre las columnas de campesinos, ametrallándolos salvajemente entre los gritos de horror de mujeres y niños, los relinchos estridentes de los caballos destripados, patas arriba entre las ruedas partidas de las carretas.

El mísero haber de veinte o cincuenta familias, víveres, colchas desgarradas, se esparcían en la carretera soleada.

Los desgraciados se enjugaban el sudor; las mujeres, abrazadas convulsamente a los bebés, corrían con los pies magullados hacia los campanarios lejanos; los viejos meneaban la cabeza, recogiendo los cacharros o tirando de las vacas agotadas. ¿Hasta dónde irían? ¿Dónde les daría alcance el enemigo? ¿Dónde irían por fin a morir? Porque columnas idénticas de fugitivos se precipitaban por el país entero, acribillados por los mismos cazas.

Al volver del puesto del general Wagner, en un arrabal de Dorpat, para llegar a mi puesto de mando, tenía que codearme con esos cortejos de miseria que me partían el corazón.

Enfrente todo era una pira, todo: las granjas cuadradas, con sus rebaños de vacas negras y blancas; los pueblos; los soberbios castillos al borde de los lagos azules; los techos de las granjas de pizarra, e incluso, escalonadas en la falda de las colinas con el noble adorno de los cipreses, las gloriets de los cementerios sembrados de rústicos bancos desde donde tantas veces los vivos miraban pacíficamente las campiñas pensando en sus muertos. /

Un país moría entre los hachones de las aldeas incendiadas que salpicaban las maravillosas noches de agosto. Vacas, cerdos, gallinas, gansos, vagaban abandonados en los cortijos y los pasturajes. Ya no vivía nada: a la dominación soviética todos preferían la carretera, el destierro, la metralla.

* * *

Habíase confiado una tercera misión: volar la línea férrea de Pleskau a Dorpat. Nuevo oficio por aprender. Como colaborador recibí a un joven e intrépido oficial alemán y un puñado de zapadores de pelo en pecho. Cada diez metros minaban la vía, luego esperaban mis órdenes... y doscientos o quinientos metros de carriles saltaban por los aires.

No había que sacrificar la línea así como así, pues el Mando de Dorpat abrigaba aún la esperanza de lanzar un día la contraofensiva. Era, pues, menester esperar el último segundo, sin dejarlo pasar, sin embargo, ya que de otro modo los rusos se hubieran apoderado del ferrocarril intacto.

Aquellos rosarios de explosiones nos sobrecogían, en particular de noche. En poco tiempo hice saltar rieles, estaciones, pasos a nivel, contracarriles, cruces de vías, hasta tener la cabeza rota para el resto de mis días.

Pero había que ganar tiempo. En el teléfono, siempre aquella dichosa frasecita: «¡Ganar tiempo! ¡Ganar tiempo!» ¡Ganar tiempo sacrificando para ello riquezas sin cuento y, por desgracia, vidas humanas!

A diez kilómetros de nosotros la población de Dorpat acabó, o casi, de cavar su cinturón de defensa. Pero ¡qué poco me tranquilizaba el espectáculo de las hordas de defensores empujadas dentro de las largas trincheras: guardas de campo, agentes de policía, los ciudadanos más inverosímiles, militarizados por obra y gracia de un brazal aomarrillo y de una vieja escopeta francesa del tiempo de Napoleón III!

La presión de las fuerzas rusas era agobiadora. ¿Cuándo llegarían, para resistirla, fuerzas militares serias, divisiones de verdad?

* * *

Los panzers soviéticos temían mucho los efectos de los antitanques ; nuestros artilleros disparaban con excelente puntería. La encrucijada resistió.

La mayor parte del tiempo la pasaba yo en Kambja, donde el enemigo hostigaba mucho a los hombres instalados en las cimas, a la salida del pueblo, descargando constantemente sobre ellos los chaparrones de metralla de los «órganos de Stalin».

Pero nuestros ases no se dejaban amilanar, y con sus ametralladoras y lanzagranadas bien camuflados en la paja hacían una labor excelente.

Los ánimos desbordaban entereza. En el suelo mismo donde cayeran condecoró a nuestros heridos más valientes, víctimas de las balas explosivas que los agujereaban espantosamente, sin quitarles las ganas de bromear y de chupar del pitillo que el camarada les ponía entre los labios ensangrentados.

Muchachos verdaderamente invencibles, dondequiera se les pusiera, el ruso tenía que detenerse. Su demiedo sonriente y sencillo me petrificaba de emoción: porque toda aquella broma era modestia, era reírse de ellos mismos en el momento en que estaban escalando las cumbres del heroísmo... ¿Había que frenar a los rusos? Los frenaron. El 21 de agosto, los rusos no pasaron. El 22 tampoco. El 23, a medio día, cuando se nos relevó, no habían ganado diez metros al norte de Kambja. Debieron incluso escapar del pueblo reducido a polvo por nuestros lanzagranadas y por la artillería alemana a nuestra disposición.

* * *

Los ciento cincuenta reclutas que dejáramos en instrucción cerca de Toila llegaron a nuestra base de abastecimiento con objeto de reforzar lo que me quedara de tropa. Nos encontramos en María Magdalena.

La reorganización y último adiestramiento de los efectivos duraría teóricamente una semana.

Pero no bien hubimos dejado el sector central, los rusos asaltaron al oeste el ala derecha alemana y cortaron la carretera de Riga a Dorpat. Nuestro pelotón de antitanques no tuvo tiempo siquiera de partir para María Magdalena-; recibí orden de enviarlo al punto crítico; aquella misma noche nuestras piezas se apostaron a la entrada de un poblado de extraño nombre: Noô.

Luego del crepúsculo fui al puesto de mando del general Wagner. Tenía los ojos espantosamente inyectados; echaba sin parar sus blindados ligeros por los caminos secundarios por donde iba avanzando la marea soviética. Casi sin infantería digna de ese nombre se veía sumergido por millares de estonianos de todas clases que se le enviaban en montón, azorados, con sombreros de plumas y chisteras, armados con fusiles de caza o con trabucos, y, todos, acuciados por unas ganas tremendas de tomar las de Villadiego.

—«Grosse scheisse ! Grosse scheisse !» (M... ! Requetem... ¡) — gritaba incansablemente el general.

—«Grosse scheisse» — confirmaba, convencido el jefe de Estado Mayor.

—«Grosse scheisse» — repetía, igualmente categórico, el ordenanza que nos traía bocadillos.

Tuve la impresión clarísima de que mis compañías no se iban a apolillar en María Magdalena.

Aquella misma noche quise salir por la carretera de Riga para visitar en Noô a los artilleros de mis piezas antitanques. Pero junto con mi citación en el parte, el general Wagner acababa de recibir de Himmler un telegrama muy seco que lo hacía responsable de mi pellejo. Aprovechó de ello para prohibirme formalmente el raid nocturno que proyectaba.

Hice como que obedecía. Pero lo que valía para la noche no valía necesariamente para el día. La política habíame inculcado el arte de las sutilidades. Además, no por nada era yo sobrino y resobrino de seis padres jesuítas...

Volví, pues, juiciosamente a María Magdalena. A las cinco de la mañana acabé de dictar órdenes para la inmediata reorganización del batallón. A las seis, bien afeitado, crucé de nuevo Dorpat hacia el sur.

Para obrar como era debido hubiera tenido que visitar al general Wagner para saber de él si durante la noche la situación no había sufrido alteraciones. Pero entonces, ¿qué duda cabía?, me comunicaría una nueva prohibición; renunció, pues, a la visita y lancé a ciegas el «Volkswagen» por la carretera de Riga.

Pero, efectivamente, había habido novedades: al amanecer los rusos se habían adueñado... ¡de Noô ! ¡Y hasta lo habían rebasado!

Sin saberlo, pues, iba yo a echarme en sus brazos.

LEMNASTI

Me acordaré mientras viva de la mañana del 23 de agosto de 1944.

En la salida misma de Dorpat me había llamado la atención la cantidad de camiones que llegaban a toda marcha hacia la ciudad, con soldados encaramados por los cuatro costados.

Topé luego con individuos aislados que corrían como el viento. Las balas silbaban. Una estalló en el parabrisas, casi a la altura de mi hombro.

Me apeé del «volkswagen» y empuñando la pistola ametralladora me planté en medio de la carretera. Llevaba al cuello la corbata de la «Ritterkreuz», lo cual tenía siempre cierto éxito. Añadiéndole la amenaza de la pistola, el primer camión se detuvo.

El chófer, a quien se le saltaban los ojos, me gritó:

— ¡Los rusos!

— ¿Dónde, los rusos?—pregunté.

— ¡A quinientos metros! ¡Los hay por todas partes!

¡ A quinientos metros! Comprendí en el acto el desastre: los bolcheviques, no sólo habían cogido Noô, unos quince kilómetros al sudoeste de Dorpat, sino que llegaban a rienda suelta a la ciudad misma de Dorpat. El famoso cinturón había caído. ¿Cómo? No lo sabía. Ni tenía tiempo de enterarme.

Sólo vi una cosa: que en Dorpat había centenares de camiones en retirada, que no se había evacuado nada, simplemente porque por la noche no se combatía aún ni a diez kilómetros de los arrabales. Dentro de media hora, los mujicks entrarían en Dorpat, echarían mano a todo y pasando el Embach por sorpresa harían migas el sector entero.

Hice bajar a todos los del primer camión y a los de los dos que vinieron luego. Gracias a Dios, un suboficial comprendía perfectamente el francés. Le di a traducir mis órdenes: «Vamos a contraatacar en el acto. Esta noche misma habrá cruces de Hierro para los que se hayan portado mejor. Los rusos no esperan ahora una reacción. Es el mejor momento para tirarnos encima de ellos. ¡Ya verán! Es cuestión de audacia. ¡Adelante, eamaradas!».

Llevando, pues a contrapelo a aquellos sesenta soldados, cinco minutos antes desbandados, me abalancé sobre los bolcheviques que avanzaban por la cuneta de la carretera.

Según mi vieja costumbre, llevaba conmigo doce cartucheras de reserva, seis en la cintura, seis en las botas, es decir, unos cuatrocientos cartuchos. Las descargas fueron de ley: al cuarto de hora, las tropas rusas — elementos desperdigados, fuertes únicamente porque no tropezaban con ningún obstáculo — ponían pies en polvorosa delante de nosotros. Alcanzamos la línea de fortificaciones del cinturón donde los millares de individuos con plumas y brazales de por la mañana no habían combatido un segundo, y extirpamos a bombazo limpio a los rusos que corrían por los pasillos, reocupando a paso de carga todo el sector oeste de la cabeza de puente de Dorpat.

¡Bonita situación, empero! En la trinchera, de medio kilómetro de largo y que en principio debía contener firmemente al enemigo que cargara por la carretera de Riga, me vi así por las buenas y por pura casualidad jefe de una defensa improvisada, al frente de tropas alemanas y estonianas reunidas al azar de los remolinos del pánico.

Catequicé en el acto a algunos de los hombres de más agallas y a través de las dehesas y matorrales los lancé en persecución de los bolcheviques.

A cinco metros a mano derecha de la carretera encontré un espléndido cañón ruso de gran calibre, magníficamente instalado por los constructores alemanes del atrincheramiento. Dominaba por completo las inmediaciones, pero nuestros malos hados quisieron — ¡ nada en la tierra es perfecto ! — que no tuviera ni un obús.

Dos cañones huían a lo lejos a campo traviesa. Lancé el «volkswagen» con orden de que vinieran en el acto. No se hicieron de rogar; si ellos se largaban era porque todos lo hacían. Los puse en batería. Contaba con ciento veinticinco obuses. ¡ Estupendo!

Pero lo que había ocurrido era menos estupendo.

Los rusos se habían infiltrado por la noche entre Noô y Dorpat, y habían bajado hacia el sur cogiendo por detrás y cercando Noô. Un desorden apocalíptico cundió entre las columnas en estacionamiento; los chófers dormían en paz creyéndose protegidos por la primera línea; la sorpresa revistió proporciones de catástrofe.

Desde Noô mismo, por los abetales y pantanos, llegaban fugitivos. No había lugar a dudas: el cerrojo había saltado.

Pero ¿cómo conocer con exactitud el alcance del desastre?

La línea recién conquistada descendía hacia un barranco con un riachuelo reluciente en el fondo. Cuando la acometida soviética, nadie pensó en volar el puente; ahora era ya tarde; el enemigo infestaba las granjas, los setos y los bosquecillos colindantes. Hacerse de nuevo con el valle en cuerpo a cuerpo y con mi exigua tropa heterogénea era pensar en lo excusado; hubieran caído las tres cuartas partes de los hombres para perder la línea entera una hora después.

La carretera cortaba en dos el paisaje. Después de dibujar una amplia curva y de pasar el río sobre el arco blanco del puente intacto, trepaba de nuevo por la colina detrás de las casas y cruzaba unos descampados hasta desaparecer frente a nosotros en un bosque.

Los rusos se instalaron a la defensiva no lejos del agua.

Yo esperaba que las tropas en retirada desde Noô desembocarían del bosque del sudoeste y que juntos podríamos aplastar al enemigo en el valle. Pero los supervivientes nos decían que la retirada de aquellas fuerzas era imposible pues el enemigo andaba por todas partes.

Había que avisar sin dilación al general Wagner.

¿Estaría al corriente? Nada, en todo caso, llegaba de Dorpat.

Un soldado descubrió un hilo telefónico; los artilleros poseían lo necesario para instalar un aparato. Me puse con la Kommandantur, luego con el general, atónito al enterarse de lo ocurrido y de que yo estuviera allí. Tanto como él me hacía cargo de que el destino de Dorpat estaba decidiéndose en mi colina; no necesitó explicarme muchas cosas. Le prometí que estando yo vivo los rusos no pasarían.

Pero los tanques rojos podrían sobrevenir de un momento para otro y desbordarme. Se necesitaban hombres y blindados, y enseguida.

—«¡Resista! ¡Resista!» — vociferaba el general Wagner en el teléfono, derramando un torrente de «Grosse scheisse! Grosse scheisse!» más oportunos que nunca.

* * *

Sin pérdida de tiempo había organizado mis efectivos.

Distribuí los fugitivos recogidos, un buen centenar de hombres, en dos pelotones, a horcajadas sobre la carretera. El ala izquierda obedecía a un joven oficial de abastecimiento arrollado muy de mañana por el torbellino cuando, despreocupado, conducía hornadas de pan a Noô. Jamás había disparado en el frente. Un ayudante alemán mandaba el ala derecha.

Envié dos patrullas al este y al oeste, bastante lejos, a camuflarse en los zarzales desde donde protegerían nuestros flancos.

Vacíé los camiones desbandados, confiscando ametralladoras y municiones. Mis soldados recobraron ánimo. Iba de uno a otro alentándoles en una jerga mitad alemana mitad francesa ; la mayoría habían visto mi fotografía en los periódicos y se iban haciendo a la idea de que la situación tomaba un cariz original.

Los rusos ametrallaban concienzudamente.

Con objeto de que ninguno de mis muchachos Saqueara, me planté de pie sobre el parapeto de la trinchera. No era gran hazaña: hay veces en que se sabe exactamente que no es el día en que se ha de morir. Es lo que me ocurrió allí: que dispararan cuanto les viniera en gana; me fallarían; estaba seguro.

Quise utilizar a un oficial superior estoniano que acababa de recuperar, para que mandase a

sus compatriotas desperdigados entre mi tropa. Pero estaba poseído de un terror pánico. Al oír los silbidos de las balas se puso verde y se acostó junto a mis botas, largo como un tablón. Una bala, en lugar de darme en el pie, le entró en mitad de la cara, atravesólo de parte a parte, y salió entre ambas nalgas.

Se retorció como un gusano, escupió, gritó, excretó: demasiado tarde; la digestión de la bala se había hecho demasiado aprisa. Diez minutos después había muerto.

* * *

Los rusos iban reforzándose incesantemente. Llegaban de las alamedas del sudeste en pequeños grupos — seis, siete, ocho hombres — escurriéndose a lo largo del río.

Tenían prohibido disparar sin necesidad, pues había que conservar las municiones para un cuerpo a cuerpo de evidente inminencia.

A las once de la mañana descubrí de pronto algo que desembocaba del bosque, hacia el sur. ¡Un panzer!

Quise persuadirme de que era un alemán enviado de Noô.

Detrás de él surgió otro panzer. Y otro. Hasta ocho. ¿Rusos o alemanes? A tal distancia era imposible darse cuenta.

Ni siquiera respirábamos. Los tanques bajaron la cuesta. Pronto sabríamos a qué atenernos: si la infantería rusa concentrada en el hoyo disparaba contra ellos serían tanques amigos.

Llegaron a la primera casa detrás del agua. No sonó un tiro. Eran soviéticos.

¡ Cielo santo! ¡ Qué segundos aquellos ! Teníamos dos infelices cañones. Dejó acercarse los tanques, visiblemente seguros de sí mismos, y sólo cuando su hilera estuvo al lado, a mis barbas, en pleno sol, y cuando el primero hubo llegado a pocos metros del puente, descargué de lleno en la columna las dos piezas de artillería.

El tanque conductor quedó frenado; los otros se arrojaron del otro lado de las granjas, bajo un diluvio de obuses. Uno dio una soberbia voltereta quedando con el cañón de narices en el barro. Sólo suspendí el fuego cuando estuvo bien claro que el enemigo desorientado no pensaba más que en escabullirse. Como postre, solté un puñado de obuses sobre las casas para demostrarles que sobraban municiones.

Doce, ni uno más ni uno menos, eran los obuses que me quedaban de aquellos ciento veinte. Me había dado mucho rumbo ; si el refuerzo no acudía enseguida estábamos perdidos sin remedio.

* * *

Me llegaron algunos... refuerzos. En Dorpat, donde la nueva de los acontecimientos había producido el efecto de una V-I, el estado mayor recogía cuanto vestía uniforme y me lo echaba por la carretera de Riga. De esta forma heredé una apoplética colección de viejos mayores valetudinarios, de gente de cuartel, de capitanes de vestuario, bodegueros, proveedores de víveres, oficiales de administración. No podían con sus uniformes y sudaban a mares bajo la mochila; partidos en dos por los ocho kilómetros de marcha. Alrededor de ellos agitábase un tropel de c... tintas con gafas y de ordenanzas. Por lo demás, valientes todos, dignos y deseosos de cumplir con su deber.

Pero ¿eran acaso aquellos especialistas de la pluma los que me detendrían a los seis *panzers* que estaban gruñendo frente a nosotros? /

Por lo menos serviríanme para guarnecer los flancos. Los envié pues a ocupar lo más lejos que fuera posible nuestra línea a fin de impedir que la infantería soviética nos cogiera de revés.

En cuanto al general Wagner no lo dejaba un minuto al teléfono:

— ¡Por favor! ¡Tanques y Stukas!

—Se está haciendo todo lo posible por ayudarle. ¡Aguante, pues, aguante!—gritaba, dando voces.

Aguantaríamos, desde luego, pero cuando hubiésemos disparado los doce obuses, ¿qué pasaría?

Eran las doce y media de la mañana y yo llevaba ya cinco horas de pie sobre el parapeto, yendo y viniendo, animando con palabras de cariño a mis alemanes y estonianos... y teniendo un ojo clavado en las alquerías del valle. Los rojos habían tenido ya una hora para percatarse de que no éramos muy fuertes.

Al fin, uno de los tanques soviéticos, cargado con unos veinte hombres, desembocó cerca de la primera granja. Los otros cinco lo siguieron en seguida, dándome apenas tiempo de gritarle al general Wagner: «¡Ya está! ¡Los panzers rusos se nos echan encima!». Allí estaban, en efecto, y cruzando como bólidos el puente, cogieron cuesta arriba; su infantería se apeó a treinta metros de nuestra línea para el asalto final.

Nuestro papel era de los más sencillos: disparar todas las municiones y morir. Pero en el preciso instante en que estallaban los últimos de los doce obuses, un fragor horroroso conmovió el cielo entero: ¡los Stukas! ¡Cuarenta Stukas picando con estruendo hacia el suelo! Todo saltaba, y nosotros mismos salíamos despedidos por todas partes, porque los enemigos nos estaban casi pisando los talones y los Stukas tiraban sobre el montón como demonios. Tres tanques rusos ardieron y los demás se largaron arrojándose al bosque. Aquellas de nuestras ametralladoras que se libraron del huracán empezaron a segar con encarnizamiento la infantería rusa desbandada. Chillábamos como locos. ¡Habíamos ganado la partida!

* * *

Acudieron a su vez algunos tanques alemanes del tipo «Tigre».

Por la noche, la flor y nata de las oficinas, sin faltar uno, estaba en la línea. Un coronel alemán vino entonces a relevarme, para que fuese cuanto antes en el «Volskswagen» al puesto del general Wagner, donde, durante el día aquel habían pasado las de Caín, y donde los generales alemanes, todos, de arriba a abajo, habían seguido ansiosos nuestro duelo, del que dependía Dorpat, el Embach y, de rechazo, Estonia.

Un telegrama del Cuartel General del Führer me comunicó a media noche que Hitler me concedía las Hojas de Roble.

De esa forma terminó un paseíllo sin pretensiones a Lemnasti, por la carretera de Estonia a Letonia, el 23 de agosto de 1944.

EL EMBACH

Pero ¿qué había sido, durante la refriega de Noô, de nuestras tres baterías antitanques y del pequeño pelotón correspondiente? Sólo un hombre huido en medio de un sangriento cuerpo a cuerpo nos había alcanzado en la barrera de Lemnasti, y los dimos a todos por perdidos.

Y, sin embargo, nuestros hombres no se habían dejado barrer; tenían buenas ametralladoras y tres buenos antitanques, y los habían manejado certeramente a quemarropa. Al despuntar el alba del día 24, el teniente Gillis, que los mandaba, me hizo saber que sus hombres y sus cañones habían roto el cerco y se hallaban en posición delante del río Embach, al oeste de Dorpat. Orgullosos de su hazaña, esperaban se les presentase la ocasión de otras nuevas.

No iban a aguardar mucho. A las cuatro de la tarde, diez tanques soviéticos de los de mayor tonelaje, los «José Stalin», la emprendieron con ellos.

Eran taques difícilmente vulnerables, pero Gillis, zorro viejo en el frente ruso, los dejó avvicinars a veinte metros de sus cañones, muy bien camuflados. Los rusos se creían ya amos del paso del Embach. Cuando estuvieron casi hierro contra hierro, los tres cañones dispararon.

León Degrelle dirige la palabra a la población de Bruselas, a su regreso del frente

Fué un combate de una saña atroz. Los panzers abasaron literalmente a nuestros grupos de combate; una de las piezas antitanques saltó; y luego otra, acompañada por los cadáveres destrozados de sus sirvientes. El teniente, horriblemente quemado, seguía vociferando órdenes a los- supervivientes.

Cuando dos de los «José Stalin» ardieron — lo cual era una pérdida considerable para el atacante—, los demás rompieron el combate y se fueron más al oeste.

No quedaba más que un cañón; la mayoría de los artilleros yacían muertos o heridos; pero el honor estaba incólume y los panzers soviéticos no se habían salido con la suya.



Ilustración 5. León Degrelle rodeado de jóvenes obreros en una fábrica belga



Ilustración 6. León Degrelle rodeado de jóvenes obreros en una fábrica belga.

* * *

Hasta una distancia de treinta kilómetros al norte de Dorpat, la vida convirtiéndose pronto en un verdadero infierno. La aviación soviética, antaño inexistente, dueña y señora hoy del cielo, utilizaba muchos aparatos americanos. Cual enjambres de avispas, las escuadrillas zumbaban por la comarca, ensañándose con cada carretera, multiplicando los incendios, volando camiones de gasolina y de municiones, arrojando los pedazos de los miserables carros campesinos sobre los caballos hinchados como barriles.

Diez veces por día asaltaban los poblachos más insignificantes: en un caserío modesto, por ejemplo, como María Magdalena, alejado de las vías de comunicación, los aparatos viraban incansables alrededor del campanario, acribillándolo todo de ráfagas incendiarias, para enderezarse luego verticalmente, vivos como golondrinas, en un maravilloso sol de fiesta.

Las humaredas, negras y grises, que se erguían en el azul del cielo, señalaban inequívocamente los pueblos a veinte kilómetros a la redonda.

La circulación quedó así paralizada por completo: lo que había que atravesar eran verdaderas balsas de fuego; las cascadas de obuses cortaban además el paso en torno de los caminos en llamas.

Llamado con urgencia, llegué a duras penas al puesto de mando del general Wagner, que tenía sus camiones de mando camuflados en un bosquecillo tras Dorpat. Los «Grosse Scheissen» caían como pilas de platos: comprendí que la situación iba de mal en peor.

El general me puso pronto al corriente: el asalto de los panzers bolcheviques, frenado por la épica resistencia de nuestro pelotón antitanque, habíase reproducido cuatro kilómetros más al oeste. Un puente de gran importancia cruzaba allí el río Embach, custodiado por más de mil estonios, quienes, al aparecer las columnas de «José Stalin» se habían largado con viento fresco sin destruir siquiera el puente. Los tanques rusos, naturalmente, habían salvado ya el río y a las siete de la tarde ocupaban una encrucijada a quinientos metros al norte del Embach, escoltados por dos batallones de infantería rusa.

La orden que me dio fué de neutralizar el desastre, llegando de noche a la encrucijada con el apoyo de unos tanques y, desde allí, lanzar mis hombres hasta el puente para volarlo.

—Hay que volar el puente, ¿me entiende? ¡Volar el puente !

«Grosse scheisse ! Grosse scheisse ! Grosse scheisse !», seguía repitiendo, en un monólogo, nuestro general Wagner, con los ojos más colorados que nunca.

Tuve, pues, que volver a María Magdalena para preparar el batallón en su primer día de reorganización y cargarlo sobre los camiones, que se me prometieron para las diez de la noche, pues sólo entonces partiríamos en columna hacia el oeste. Antes de medianoche o de la una de la madrugada tropezaríamos difícilmente con el enemigo. Pero ¿adonde habría llegado ya a esa hora?

No sabíamos más que una cosa: que, bastante antes del crepúsculo, dos batallones y unos quince tanques soviéticos se habían adueñado de una encrucijada esencial a quinientos metros allende el Embach.

Pero con el mapa de la región no era difícil imaginarse lo demás. De la encrucijada conquistada partía un camino casi paralelo al río que iba a meterse en un bosque de abetos extendido en dirección nuestra sobre una profundidad de diez kilómetros y que atravesaba varios poblados. El enemigo, ¿qué duda cabía?, habíase dado prisa desde las siete de la tarde hasta medianoche, en mejorar sus posiciones, ocupando ampliamente el bosque y los centros habitados, que, llegado el caso, servirían de línea de defensa.

Era esencial para él establecer cuanto antes aquella zona de seguridad que permitiría durante la noche entera el paso en masa de los hombres y del material pesado.

Ante el general Wagner había arriesgado una pregunta: «¿ Se ha hecho hasta ahora algo para detener a los rusos? ¿Existen fuerzas amigas que les impidan ensanchar su cabeza de puente hacia la selva...?». La respuesta había sido una catarata de «grosse scheisse». La abertura era

completa.

Allá en los grandes abetales, los /rusos no perdían seguramente el tiempo.

* * *

Nuestro batallón estuvo reunido a las nueve de la noche.

Había en él mucha gente bisoña, sí, pero ferozmente ansiosa de arrojar a la refriega. Los veteranos, además, se encargaban de caldear a los nuevos. Aquella noche los ánimos me parecieron particularmente electrizados.

Mi modo de entablar combates era bastante original, y los buenos alemanes que nos acompañaban para el servicio de radio y de enlaces se quedaban siempre de una pieza: primero organizaba un mitin... Nuestros hombres se reunieron, pues, en la pradera. Moría el día, pero los gladiolos encarnados de los pueblos en llamas se balanceaban en el cielo. Desde lo alto del talud exhorté a los camaradas a que fueran dignos de nuestra vieja Legión: «¡Van a ver los rusos lo que es un contraataque valón!». Los muchachos todos proclamaron su voluntad de vencer.

Una vez más, pues, nos lanzaríamos al cuerpo a cuerpo; pero éste en plena noche, a través de eriales desconocidos donde no se veía ni gota. Al ponerse en movimiento, la columna de camiones comprendió que aquello se las traería...

LA NOCHE DE NOELA

Un ataque nocturno no es nunca una operación fácil.

Mientras nuestros camiones corrían hacia el oeste, en dirección del pueblo de Noela, yo intenté trazar mi plan de batalla.

Desconocía por completo lo ocurrido desde el atardecer. ¿Por dónde andaba el enemigo? ¿Con qué fuerzas contaba ahora? ¡Misterio absoluto!

La aviación soviética vino a arrancarme de mis cavilaciones, desgranando a lo largo de nuestro camino un rosario de paracaídas luminosos. La carretera, salpicada de grandes camiones, brilló como en pleno día. Tuvimos diez segundos a lo sumo para echarnos de bruces en el campo; empezaron a caer centenares de granadas, hiriendo hombres, destrozando vehículos. Nuestro desplazamiento había sido descubierto.

Sobre la zona entera se balancearon paracaídas idénticos. Las explosiones retumbaban en los campos. Los pueblos ardían, dibujando sobre la danza roja y oro del fondo las vigas y traviesas de los techos.

A las once de la noche, en una bifurcación, encontramos la media docena de tanques alemanes encargados de apoyar nuestro asalto.

Pero también allí se me presentó, sofocado, un ayudante a quien enviara a reconocer el terreno. Había topado con los rusos. Rebasando en más de diez kilómetros el puente del Em-bach, completamente cruzada la selva de abetos, ocupaban ya las tres aldeas, escalonadas a lo largo de la carretera. Sus tanques, numerosísimos, iban avanzando en la noche; habían surgido de pronto en el pueblo de Noela, situado exactamente enfrente de nosotros, y sólo la sangre fría de los hombres de una batería antiaérea que los encañonaron en seguida, había contenido la avalancha a la salida del caserío.

Por medio de mi camión-radio, un modelo excelente, telegrafíé tan notables noticias al Estado Mayor del Kampfgruppe. Poco después me llegó la inevitable contestación: «¡Ataque! ¡Ataque inmediatamente!».

Atacamos.

Mis cuatro compañías, de unos sesenta hombres cada una, se alinearon a la salida del poblado. Expuse a los oficiales los objetivos inmediatos. Primero, recuperar Noela; luego, conquistar la carretera de enlace con la segunda aldea. Pero esa carretera se metía en plena selva. A los oficiales les tocaba dar la pauta, encabezando la carga de los hombres. Urgía obrar.

* * *

Era la una de la madrugada. Sostenidos vigorosamente por los seis panzers, nuestros muchachos arrollaron a los primeros contingentes enemigos. Los tanques de los rojos, en la ignorancia de la potencia exacta del contraataque, retrocedieron. Nuestras Compañías acometieron con su velocidad acostumbrada contra Noela; a granada limpia, tomaron al asalto las casas y cogieron muchos prisioneros.

Eran éstos unos crios, con caras de lirones atontados; la mayoría mozalbetes de dieciséis años, agotados por las marchas y la falta de sueño. Llegaban a pie desde Plaskau, en cuatro días, con doscientos kilómetros en las piernas y animados a culatazos por los oficiales. Sus rostros delataban el vicio, y los más de ellos, con el propósito solapado de engañar a los soldados del Reich, vestían los impermeables abigarrados del ejército alemán. Traición evidente. Pero como se trataba de unos chiquillos, y con mucho miedo, les dije que durmieran. Se derrumbaron en un montón, como perrillos.

Nuestros panzers muchacaban duramente los tanques enemigos. Muchos de éstos empezaron a arder y los demás dieron media vuelta a toda velocidad. Había, pues, que aprovechar la confusión. Mandé entablar la segunda fase del combate, la conquista de la carretera en el bosque. La infantería rusa ocupaba sólidamente sus flancos y en la noche espantosamente oscura sólo vislumbrábamos sus ametralladoras al escupir de entre los matorrales sus trazos plateados y rosáceos.

Nuestros soldados se abalanzaron gritando contra el enemigo. Uno de mis subtenientes, jefe de pelotón, a quien había tenido que reprender la víspera, me había contestado: «¡Me desquitaré, se lo juro!». Era un gigante color ladrillo, de pelo crespo y grandes ojos azules. Se precipitó como un bólido, lo atravesó todo y, vencedor, fué a parar de cabeza en la oscuridad, sobre una ametralladora soviética. Pero estaba agujereado como un colador, con los brazos, el pecho y las piernas acribillados. Había cumplido su palabra, y por aquella brecha se colaron los nuestros. En la sangre pegajosa de su guerrera colgué a tientas la Cruz de Hierro.

Nuestros hombres se abalanzaron, por ambos lados del camino, tras los rusos que huían. Los tanques, una vez seguros sus flancos, despejaron profundamente la carretera. A las tres de la madrugada alcanzamos y barrimos el segundo caserío, echando por la ventana a sus defensores.

De las tres aldeas habíamos recuperado dos, arrancando la mitad del terreno a los soviets. Un esfuerzo aún, cinco kilómetros más, otro pueblo por ocupar con granadas y fusil ametrallador, y podríamos entonces librar ante el puente el combate decisivo.

Operación factible siempre que se explotara rápidamente el éxito obtenido. Pero hubieran hecho falta por lo menos quinientos hombres. En dos horas acababa de perder ochenta; quedábanme, pues, ciento cincuenta. Indispensables, igualmente, veinte panzers más; de los seis que nos dieran al empezar, uno había explotado en la* refriega de Noela. Y ahora íbamos a pechar con los obstáculos más duros...

* * *

El éxito de este combate nocturno había sido debido a que el enemigo, cansado por un largo esfuerzo, había sido desalojado a paso de carga. Aun siendo un simple puñado, hubiéramos podido alcanzar nuestro objetivo; no debíamos, en efecto, aniquilar la masa enemiga, sino pasar a través de ella y llegar al puente veinte hombres, o diez, o los que fueran. En ese momento, cada uno de nuestros pelotones intentaría el golpe por su cuenta, sin cuidarse de lo que ocurriera a los demás. Les había entregado las minas para la explosión.

Lo sabíamos: aquella misión significaba el sacrificio; pero estábamos dispuestos, y con voluntarios diez veces más numerosos de los que eran menester para el golpe.

Pero sólo la furia de la acción, la oscuridad, el efecto de la sorpresa, el pánico en el enemigo, podían dar resultado.

Por desgracia, algunos antitanques soviéticos, instalados a la salida del pueblo nos detuvieron momentáneamente. Había que agarrarse en cuerpo a cuerpo en el borde del abetal plagado de trampas. Los oficiales supervivientes — la mitad habían caído — arrastraron una vez más a la tropa. El dramático forcejeo duró una media hora.

Los tanques rojos se hallaban apostados por todas partes. Un segundo *-panzer* alemán explotó.

Por aquellas fechas, el Mando del Reich escatimaba muchísimo el material. Prudencia: tal era la consigna de los oficiales de los panzers. Pero para lograr algo allí era preciso arriesgar y probablemente perder los cuatro últimos tanques: algunos de nuestros hombres llegarían así, seguramente hasta el puente y podrían volarlo.

Consternados vimos cómo los cuatro tanques alemanes se retiraban. Nuestros muertos cubrían de arriba abajo la carretera; nuestros heridos andaban arrastrándose sin una queja...

Al ver el despegue de nuestros blindados, los rojos se rehicieron; ahora, después de aquellos soldados-niños de hacía un rato, teníamos que habérnoslas con un batallón de forajidos, colosos chatos y rapados.

Pero tampoco aquellos villanos habrían podido con nuestros muchachos, obstinados, tercos como muías? si en aquel instante, atronando el aire con su cadencia salvaje, no hubiesen atacado unos quince tanques soviéticos que volvieron a penetrar en la aldea en llamas.

Ninguna réplica les dieron los tanques alemanes, que, sin detenerse a la salida del pueblo, volaban hacia Noela, pugnando por desembocar cuanto antes del sendero abierto entre los abetos, verdadera trinchera larga y peligrosa. La claridad anunciadora del alba empezaba ya a iluminar los cortafuegos.

Nuestros soldados, considerablemente rebasados por los pan-zers enemigos, pudieron a duras penas desandar tres kilómetros de pinares y volver a la aldea de donde partiera nuestro asalto. Allí los cuatro blindados alemanes, jadeantes, intentaban desesperadamente contener el empuje de los tanques rojos. Improvisé una línea junto a ellos. Habíamos fracasado; me quedaban ciento diez hombres.

Toda nuestra fuerza pesada consistía en los cuatro tanques alemanes. Según los prisioneros de los distintos batallones enemigos, que interrogué ansiosamente, más de treinta blindados soviéticos acababan de cruzar, de noche, el río Embach.

De ellos, unos quince, como quien juega a los bolos, estaban tumbando, una tras otra, las casas de nuestra línea de defensa.

TREINTA Y DOS

El 25 de agosto de 1944 fué el día más dramático de la batalla de Dorpart.

Eran apenas las cuatro y media de la mañana. A pesar de nuestro contraataque nocturno, los hombres y el material de los soviets habíanse impuesto, y en aquel momento asestaban tremendos golpes de ariete a diez kilómetros al norte del Embach. ¡Y Dorpart ocupaba la orilla sur del río!

Preveíamos peripecias poco ordinarias.

¿Cómo un centenar de hombres íbamos a resistir en nuestra línea improvisada de Noela?... Y dado que lo lográramos, ¿no nos envolvería el enemigo? Otros caminos salían, en efecto, del bosque, lejos, hacia nuestra derecha...

Tenía señalada nuestra situación crítica en unos mensajes al general Wagner. No llegó respuesta alguna. Y con motivo: los rusos habían cruzado nuevamente el Embach, esta vez al este del sector. A las nueve de la mañana, Dorpart, en el centro del dispositivo había caído, en un abrir y cerrar de ojos, en poder de los soviets, lanzándose éstos, sin parar al otro lado del río.

Pero la refriega brutal en que estábamos enzarzados no nos daba casi tiempo para pensar en el resto del frente.

Dos veces en dos horas saltó mi puesto de mando. Salí del apuro con unos cuantos maderajes y montones de escombros sobre el casco. Pero ¡adiós mi material de radio, y mi coche de mando, y sus cuatro cubiertas, hechas trizas!

Me instalé en un campo; los restos de mi Compañía ya no podían recibir órdenes sino por medio de enlaces, que corrían como gamos a lo largo de los setos y de los abetos. A mis pobres

muchachos, heridos, mutilados, sucios de sangre, y no obstante sonrientes, los vi pasar uno tras otro... El camino de Dorpart a Reval arrancaba detrás de nosotros; hacia él se arrastraban, para encaramarse en los camiones: una fuga de centenares de camiones, ahogada en grises torbellinos.

* * *

Cada compañía se formó a lo erizo, para contrarrestar el avance de los rojos. Estos trabajaban como bestias, pasando, a brazo, a través de los abetos, pequeños cañones antitanques e instalándolos a espaldas nuestras.

Lo esencial era conservar los sitios de tránsito obligado, pues un ejército no arrastra su material pesado por barrancos y pinares. Sólo dos tanques soviéticos lograron infiltrarse ; surgieron como dos elefantes a nuestra izquierda, a unos veinte metros. Sin impresionarnos mucho, los dejamos correr, limitándonos a aislarlos. Durante unos instantes cortaron la carretera de Dorpart, y, al fin — no podía ser de otro modo — ardieron. Parapetados en el camino Dorpart-Reval, seguíamos combatiendo siempre a lo largo de la cima-control de la salida de Noela.

Un mensajero me entregó un pliego con orden de personarme urgentemente en el puesto de mando del general Wagner.

A un kilómetro de nuestras posiciones y hasta donde alcanzaba la vista, descubrí un espectáculo apocalíptico. Todo cuanto era ejército autóctono de Estonia corría por la arena de los caminos, en el pánico más tremendo. Miles de hombres se habían quitado los zapatos, agitándose en medio de un inimaginable éxodo. Metidas entre los camiones, millares de carretas campesinas. Y la carretera en llamas. Las mujeres lloraban y apaleaban sus vacas, que no podían más. En las cunetas, alforjas, bultos, cazos de cinc, tinajas, carneros muertos, jaulas de pájaros. Y en medio de tanto batiburrillo, paisanos, soldados estonios, coches, carros, todo ese hosco río humano, con sus ruidos siniestros, corría hacia Reval.

Generales de Cuerpo de Ejército estaban bregando como jóvenes comandantes de compañía, para reagrupar los últimos contingentes alemanes que aun podían afrontar al enemigo. Una nueva ducha me esperaba en el puesto del general Wagner.

A más de la resistencia de Noela, se me encargaba organizar en el acto, en la planicie de Dorpart, una línea Parna-Lombi-Keerdu. Los rusos del Oeste y los del Este intentaban unirse. Cuanto quedara en el acantonamiento había que volcarlo en aquella llanura esa noche misma.

Para ello no tenía a mi disposición sino heridos leves y personal de oficinas. Bordeando los admirables lagos azules, espejo de todas las luces del estío, e insensibles a la desbandada de los caminos cercanos, corrí a María Magdalena. No quería más que voluntarios. Todos nuestros viejos camaradas de los servicios administrativos se adelantaron en el acto, valientemente. ¿Qué utilidad, además, podía entonces representar para mí una Administración?... Los contables cerraron sus registros; legionarios de más de sesenta años y que desde 1941 cortaban rajas de salchichón y contaban los panes, soltaron sus cuchillos y sus cuentas para empuñar los «panzerfausten».

El espectáculo era como para llorar. Los heridos con las piernas aun buenas se alinearon ante el presbiterio. De los dos oficiales que me quedaban, a uno le habían partido el brazo; e) otro tenía un casco de granada en el pecho; los dos se pusieron en primera fila de la formación heroica.

Eran, en total, unos sesenta.

Los llevé. Dos horas después establecieron contacto con los soviets, cavando hoyos a toda prisa, camuflándose detrás de las parvas. Cuando iba a caer la noche estaban listos.

Y por la tarde presagiábamos en la cima de Noela un derrumbamiento total y en breve plazo.

Dejé combatiendo en Lombi a nuestros heridos, a los furrieles y a los contables, y me fui corriendo a la colina en que habíamos vivido tan terrible mañana y donde mis soldados de Infantería, espantosamente diezmados seguían resistiendo.

Cayeron las sombras. Nuestro frente permaneció inmovible, dando tiempo al Mando a reforzar con tropas frescas nuestras dos alas. Todos los combatientes alemanes estacionados aún en Reval acudían en camiones.

Durante la noche la situación mejoró indiscutiblemente. Los mismos rusos parecían extenuados.

Desde luego, si ya no se trataba para nosotros de llegar al famoso puente del Embach, por lo menos habíamos conjurado una catástrofe.

La lucha costó lo suyo a, todos; a los rusos, derribados a montones; a los alemanes y a nuestros soldados que habían atajado al enemigo dejándose ametrallar durante más de veinte horas.

* * *

Los residuos de mis cuatro compañías de Noela se agarraron como lapas, ocho días y ocho horas, en lo alto de la loma. No eran más que treinta y dos hombres. De aquellos doscientos sesenta a quienes, a la una de la madrugada del 25 de agosto arrastrara al asalto en la oscuridad traicionera quedaban ¡treinta y dos!

Imposible llegar de día a sus posiciones de fusilería y ametralladoras, en que con aquellas caras terrosas, erizadas de pelos como púas, hundidos en la paja que forraba los agujeros (y que arrancaban de noche en las parvas cercanas) semejaban nidadas de espantosos pájaros nocturnos.

El general de Cuerpo de Ejército, maravillado de sus hazañas, les había concedido a todos juntos — gesto casi único en el frente — la Cruz de Hierro.

Se la llevó, arrastrándome por la loma, una noche lluviosa. Me escurrí en cada agujero: el hombre vigilaba, tiritando en la paja húmeda, a diez metros de los rusos. Les colgaba la cinta y la Cruz, besando sus mejillas peludas. Me susurraron al oído que resistirían cuanto fuera necesario, que estuviese tranquilo, que los rojos no pasarían...

A diez kilómetros de allí, mi otra inválida compañía, reducida a los efectivos de un pequeño pelotón de heridos, de cocineros viejos, de cantineros, de contables, velaba con idéntica fe, con los mismos ojos ardientes de hombres vencedores de los otros y, sobre todo, de sí mismos...

ROMMEL y MONTGOMERY

En general, al acabar una dura batalla, el que va a ganar y el que va a perder se encuentran ya ambos a punto de desplomarse. El vencedor es entonces aquel que aguanta con mayor energía, aprieta los dientes y crispera los nervios en un postrer esfuerzo. Eso ocurriría en la meseta de Dorpart en los últimos días de agosto de 1944. Los bolcheviques habían conquistado la ciudad, franqueado el Embach, ocupado al norte de este río un terreno de unos diez kilómetros de profundidad. Pero ése no era el objetivo de su campaña. Su fin — y bastante lo proclamaban sus manifiestos — era caer sobre Reval, rodear el frente de Narva, empujar bruscamente al mar a los ejércitos alemanes o imponerles la capitulación. Durante el día 25 de agosto todo eso había sido posible; las tropas estonianas habían cedido, dándose a una fuga memorable; los tanques soviéticos pululaban y trepando por las colinas, millares de soldados rojos alcanzaban los nudos de comunicación. Llevaban las de ganar.

Sin embargo, prácticamente habían perdido, ya que quedaban detenidos. Su tropiezo había sido el Mando alemán, incomparable como siempre, como siempre dueño absoluto de sí mismo, sin un gesto prematuro, sin un instante de fatiga, a pesar de la exigüedad de sus medios.

En el Estado Mayor del general Wagner nadie pegaba los ojos desde hacía una semana. Los camiones de Mando aguardaban alineados bajo los abetos, con el enemigo a medio kilómetro ; con las granadas de los «órganos de Stalin» que caían a bandadas alrededor del puesto de mando.

Los camiones se quedaron allí.

El general se quedó allí.

La victoria se quedó allí, finalmente, en manos del más inteligente y tenaz.

* * *

Los efectivos alemanes eran numéricamente débiles, pero de muy alta calidad.

Las unidades de Infantería, esqueléticas ya, se hallaban dispersas como nosotros y como nosotros expuestas a insensatos ataques.

Para respaldarnos teníamos un material pesado admirablemente servido.

Panzers y «panzerspewagen» (cañones blindados de reconocimiento) habían participado en el combate, noche y día, durante toda la semana, corriendo al Este, volviendo al Oeste, siempre en contacto, en grupos de cuatro o seis, con quince o veinte adversarios.

De tanto subir y bajar, la mitad del material blindado alemán estaba destruido o era inservible; pero la otra mitad no dejaba un momento de tregua al adversario, menos sagaz, menos hábil, y desangrado por pérdidas enormes: la chatarra de los tanques soviéticos ennegrecía el campo de batalla de Dorpat.

La desorganización de las unidades blindadas del enemigo, completamente dislocadas, influyó mucho en el fracaso ruso.

A nuestros muchachos les gustaba sobremanera trepar a los tanques alemanes, meterse entre las posiciones soviéticas y liquidarlo todo a granada limpia.

Hombres prudentes de los *panzers* del Reich e infantes valones, pletóricos todos de dinamismo, formaron equipos de estupenda camaradería; para los alemanes, los valones eran los voluntarios más ardientes del frente del Este. Comunicaban entre sí con mímicas de lo más curioso, discutían largamente de chicas y de granujadas, chapurreando a las mil maravillas un «volapuk» germano-ruso inverosímil, nuevo esperanto del frente oriental.

La resistencia de cada kilómetro del frente de Dorpat permitía a fuerzas alemanas bastante considerables llegar del Norte.

Hubo, pues, de prolongarse la lucha una semana más. Entonces, la contraofensiva, lista ya, se nos adelantó: las tropas frescas hundieron a los rusos y en pocos días arrinconaron sus bandas contra el Embach, obligándolas a volver a pasar el agua atropelladamente.

No cabía duda: pese a sus éxitos iniciales, los rojos habían perdido la batalla de Dorpat.

Más adelante, los alemanes evacuarían Estonia por orden de Hitler, deseosos de reagrupar fuerzas exageradamente desperdigadas; pero se retirarían con toda tranquilidad, invirtiendo un mes en reembarcar las divisiones y las armas pesadas destinadas a los frentes del Reich y de Lituania.

Otras unidades sustituyeron al «kampfgroupe» Wagner; éste había cumplido gloriosamente con su misión, salvando a Estonia en el momento en que la caída brusca de este país — con la capitulación aneja de las tropas y la pérdida del material — habría constituido para el ejército alemán un revés aplastante.

* * *

¡Cuán poco, por desgracia, quedaba aún en pie de nuestras ardientes compañías de principios de agosto!

Al contemplar por última vez la planicie de Dorpat, sus abetos bajos, sus campos cenicientos, la ciudad con los campanarios partidos humeantes aún, no tenía junto a mí más que un puñado de camaradas: entre muertos y heridos evacuados a los hospitales había desaparecido el ochenta por ciento de mis soldados, sin hablar de los muchos heridos leves que rehusaron ir a retaguardia. En unas semanas la metralla enemiga alcanzó el noventa y cinco por ciento de nuestros hombres.

Pero su valor honró nuestro nombre. El general-coronel Steiner, que durante esas semanas épicas los había citado tres veces en el Orden del Día del Cuerpo de Ejército, concediéndoles cerca de doscientas Cruces de Hierro, quiso entregar en persona a la tropa las condecoraciones. Terminó su arenga con esta declaración lapidaria: «Un valón vale por mil soldados de los otros.» Algo exageraba, sí. Pero lo cierto era que nuestros voluntarios, los cuatrocientos cincuenta, habían bregado como los buenos.

No se ufanaban de ello. Era la tradición.

Igual que los valones del Donetz, de Karkow, del Don, del Cáucaso, de Tcherkassy.

Olvidaban ya sus miserias y su gloria. Bromeando como muchachos preguntaron al general Steiner si conocía los nombres de los dos últimos soldados condecorados por él. Uno se llamaba Rommel; los antepasados del mariscal alemán fueron oriundos de nuestros grandes Países Bajos;

su tumba, con sus armas, el León de Flandes, existe aún en Brujas. El otro condecorado se apellidaba Montgomery, como el mariscal inglés. Las dos celebridades del día, en la Legión: Rommel y Montgomery, voluntarios valones, recibiendo juntos, en el frente del Este, la Cruz de Hierro de segunda clase.

* * *

Nuestros soldados bajaron otra vez hacia Beval.

Sus hazañas llenaban los periódicos de Estonia. En el barco que los trajo hacia las costas del Reich se les colmó de botellas de champaña, a las que dieron alegre sepultura.

Hitler me llamaba a mí para entregarme personalmente las Hojas de Roble y la distinción más alta de la Infantería, la Insignia de Oro del combate a corta distancia, concedida a los poseedores de cincuenta citaciones personales de combate cuerpo a cuerpo, oficial y convenientemente extendidas.

Cerca de Toila subí a un pequeño «Fieseler Storch». Los acantilados blancos y las aguas celestes del golfo de Finlandia brillaron en el alba, en un postrer adiós. Bajo el minúsculo aparato iban resbalando los pinares tristes e incommensurables, los plantíos de abedules con sus llamas de plata, los retamales, los grandes menhires y las chozas de pastor; perdidas en la campiña verde y rojiza, las losetas de madera de algunas granjas solitarias... A veces, una gran mancha marrón y un armazón metálico recordaban la presencia hostigadora de los cazas enemigos. El aparato maniobraba salvando las pequeñas colinas con saltos de lebre.

Luego Riga, el avión del Führer, la curva más allá de las costas de Lituania ocupada casi enteramente por los soviets y, por fin, el aeródromo del Gran Cuartel General.

Allá lejos, en el fondo de los Países Bálticos, quedaban nuestros muertos, para decir eternamente a todos que, en la lucha trágica que llevara Europa por su vida, los hijos de nuestro pueblo habían cumplido con todo su deber, sin pedir nada, y sin esperar nada...

¿Acaso habían ido allí a ganar tierras, o a asegurar intereses materiales? No. Éramos unos paladines que muchos no comprendieron, pero felices y decididos. Sabíamos que un ideal puro y ardiente es un bien maravilloso y que por él un hombre joven, de firme corazón, debe saber vibrar, luchar y morir.

VIII. LA VÁLVULA DE LAS ARDENAS

El desarrollo de la batalla de Estonia, en agosto y septiembre de 1944 coincidió con el desmoronamiento de todo el frente del Oeste.

Nuestras pequeñas radios de campaña nos transmitían los partes: batalla del Sena, avalancha de los blindados americanos hacia el Somme y hacia Reims... Luego le llegó la vez a Bélgica: Tournai, Mons, Bruselas.

Cada uno de nuestros soldados pensaba en su hogar. ¿Qué estarían pasando allá lejos nuestras familias?...

También cayó Lieja. Cuando llegué cerca del Führer, los aliados actuaban en Holanda, en Alsacia y Lorena, ante Aquisgrán.

Encontré, sin embargo, un buen humor general. Himmler bromeaba en la mesa, interesándose por infinidad de detalles durante los diez minutos exactos en que absorbía un plato espartano y algunos brexels, acompañados de un vaso de agua que bebía de un trago.

El lugarteniente del Führer, Martín Borman, rechoncho, rojizo, de grasas pálidas, discutía a voces con el general de los SS, Sepp Dietrich, recién llegado en vuelo planeado del frente del Este. Sepp, en jarras, con las piernas abiertas, con su cara cobriza como un caldero, comentaba extensamente la potencia de la aviación angloamericana y los destrozos causados por los «Tiepfliegers»; pero sin inquietud especial, distribuyendo porrazos a diestro y siniestro y bebiendo coñac a cada respiración. Se retiró a su cuarto a las cinco de la mañana, vigorosamente sostenido por cuatro gigantes de la guardia.

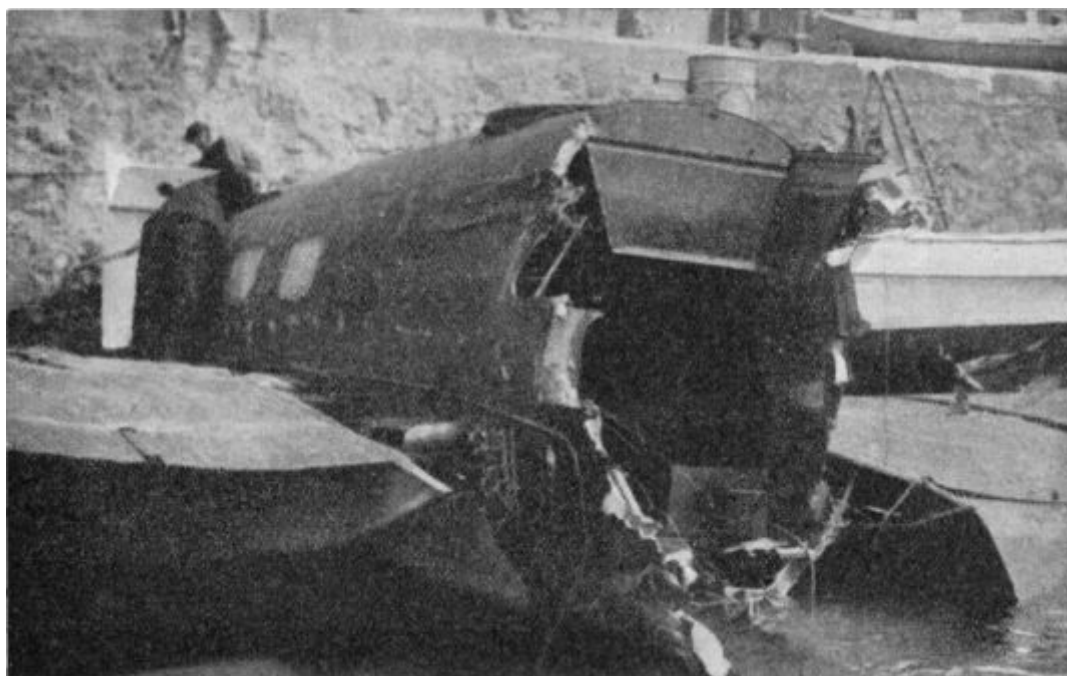


Ilustración 7. El avión en que viajaba León Degrelle, tras de su aterrizaje forzoso en el Bidasoa



Ilustración 8. León Degrelle convaleciente de sus heridas

Himmler preparaba unas veinte divisiones nuevas de Waffen SS. Me confió el mando de la «Valonia», la vigésima octava división SS, en la que además de nuestra brigada de choque, formarían los miles de rexistas que vagaban a través del Reich ahuyentados por la ocupación aliada.

Entre los acompañantes de Hitler se reconocía generalmente la dureza del repliegue del Oeste. Pero, en secreto y en silencio, se estaba preparando una reacción.

Por la noche, Himmler se retiraba para su interminable trabajo nocturno y para recibir a las quince o veinte personas en espera de su turno, a veces hasta por la mañana. Los oficiales superiores me hablaban entonces a media voz de las sorpresas reservadas por las armas nuevas. Afirmando; sin explicaciones. «Dentro de dos o tres meses, Alemania dará un gran golpe». Era un verdadero baño de fe.

Me sorprendió particularmente cómo Hitler había mejorado en los últimos seis meses. Su paso era firme, apacible; el rostro tranquilo, de una magnífica frescura. Desde la guerra había encanecido mucho. Andaba encorvado. Pero una sensación de vida, de vida medida, disciplinada, emanaba de todo su ser.

Me condecoró. Luego me llevó a una mesita redonda.

Tuve la impresión de que no le apremiaba ninguna preocupación ; no le oí ni una palabra de desengaño que delatase la más mínima duda acerca de las posibilidades de un restablecimiento final de la situación.

Pronto abandonó las consideraciones militares para explayarse en la cuestión del liberalismo burgués, y con lucidez maravillosa me fué explicando el por qué de la caída ineluctable de éste. El buen humor brillaba en sus ojos. Luego se abandonó a un debate sobre el porvenir del socialismo, vibrante el rostro admirablemente cuidado. Las manos, finura y perfección, vivas compañeras del orador, dibujaban gestos elementales, pero rezumando pasión.

Estas discusiones me infundieron ánimos. Si a Hitler, en efecto, los problemas sociales le preocupaban hasta el punto de vivirlos y exponerlos con semejante nitidez, durante una hora

entera de la tarde, tenía seguramente motivos serios de tranquilidad para todo lo demás.

Y sin embargo, esa misma semana, las divisiones aerotransportadas de Churchill intentaban establecer una cabeza de puente en Holanda, cerca de Arheim.

En el momento de la despedida, como queriendo grabar para siempre en mi corazón un recuerdo más personal, Hitler se acercó por dos veces a coger mis manos en sus dos manos: «Si tuviera un hijo — me dijo — querría que fuera como usted...»

Miró por última vez sus ojos claros, tan sensibles, de una pasión natural y expansiva. Y se fué bajo los abetos, por un sendero sembrado de ramitas, encorvado y siempre ágil. Lo contempló largamente. Últimas palabras, última visión del hombre que estuvo a punto de cambiar el mundo...

SORPRESA

En los pueblos chatos y embarrados de Hanóver se instalaron a la buena de Dios los millares de refugiados belgas ahuyentados por los tanques americanos e ingleses. Obtuve que mi nueva división se entrenara en esta provincia: fuera de las horas de servicio cada uno de los soldados alentaría así, en lo que cabía, a su familia desterrada.

De pronto surgió lo inesperado.

Acababa yo de hablar en la clausura del Congreso de la Prensa europea en Viena. Ocho días antes, el ministro von Ribbentrop, cordialísimo, había departido extensamente conmigo, confiándome, en tono misterioso: «Acuérdese de lo que le digo. Nunca nos hemos acercado tanto a la victoria».

Una humorada, *me dije*. Ningún indicio, en efecto, permitía pensar en un cambio de la situación. Recordó, sí, las explicaciones de dos meses antes en el cuartel general del Führer. Pero, el invierno estaba a las puertas. Y la nieve. Pronto, las fiestas de Navidad. ¿Qué podía ocurrir de nuevo?

A mi regreso de Viena, me hospedó en el hotel Adlon, en Berlín.

Cuando salí de cenar, por la noche, me encontré con un alto funcionario de asuntos exteriores. No le cabía la alegría en el cuerpo.

—¿Sabe usted?—me dijo—. ¡Estamos en plena ofensiva!

—¿Ofensiva? ¿Dónde, una ofensiva?

—Pues, ¡en su tierra! ¡En Bélgica! nuestras tropas se encuentran ya en medio de las Ardenas.

* * *

Al día siguiente reinó una efervescencia extraordinaria en los centros oficiales de Berlín. Dábanse detalles increíbles: Lieja había caído; ocho mil aviones de tipo nuevo estaban atacando...

Me trajeron un telegrama de Himmler con orden de partir en el acto con mi división para Bélgica. Pasábamos bajo el mando táctico del mariscal Módel, responsable de la ofensiva, y del general de los Waffen SS, Sepp Dietrich, jefe de un grupo de ejércitos.

Se nos prohibió formalmente entablar combate en nuestro territorio. Partíamos para que se evitasen los errores de la ocupación alemana de 1940 a 1944; los reorganizadores de Bélgica serían Valones y Flamencos.

Pasé toda la noche en coche. Camiones llegados de Hanóver cargaron por la mañana un primer destacamento de soldados que me acompañarían, sin perder un segundo, hacia la frontera.

El resto de la división seguiría en trenes rápidos.

En el dintel de las puertas, nuestros refugiados lloraban de felicidad pensando en el próximo retorno al país...

Pobre gente ¿en qué condiciones iban a encontrarlo, seis meses más tarde?

Al alborear, atravesamos Colonia...

NAVIDAD EN BÉLGICA

En diciembre del 44, Colonia era un montón de ruinas.

Encontré al Gauleiter Grohee a la salida de los arrabales, en el fondo de un bunker construido en un parque de árboles destrozados, hechos astillas.

En esos subterráneos sentí un optimismo menos vivo que en Berlín, en la Wilhelmstrasse.

—¿Los anglo-americanos?... Pero si están a treinta y dos kilómetros de aquí.

Y así era. La bolsa aliada de Aquisgrán se extendía hasta unas leguas al oeste del Rin. El gauleiter se atenía a la realidad. Una nueva embestida en su sector, y ¿por qué no?, los tanques yanquis estacionarían aquel mismo día ante su escalerilla de cemento.

Para cada cual, el umbral de su casa es el umbral del mundo.

Sin embargo, si los jeeps de los aliados se mostraban el 24 de diciembre de 1944 a treinta minutos al noroeste de Colonia, también era verdad que en el mismo momento, al oeste y al sur de Renania, ingleses y americanos ponían pies en polvorosa hacia el Mosa y el Semois.

El gauleiter nos indicó, casi al borde de la frontera belga, el puesto de mando de Sepp Dietrich, y con el corazón palpitante, nos pusimos en marcha.

Caían girones de sol, de cuando en cuando. Con el ronroneo de los Tipliegers ingleses en los oídos, pero protegidos por el cielo encapotado, nos lanzamos rápidamente hacia el sudoeste.

Alcanzamos las colinas del Eifel. El camino se deslizaba en el fondo de un valle encantador. Los poblados, con sus viejas casonas, a la vera del arroyo, su recinto medieval, las puertas macizas y las atalayas, se conservaban aún relativamente intactos. Ayuntamientos de sillería y recias arcadas asentaban su nobleza en las plazuelas públicas, apretujadas por los salidizos de las casitas, con sus muebles de volutas doradas.

En lo hondo de los valles relumbraban techos violetas y campanarios azules anunciadores del esquisto y de las pizarras, y brillaba la nieve, purísima, en los campos. Potentísimas baterías antiaéreas dominaban la carretera, en el vértice de todas las colinas. Todo eso nos produjo buena impresión; las columnas de camiones avanzaban sin trabajo.

A las cuatro de la tarde dimos con Sepp Dietrich, que volvía de inspección.

Sepp no me confirmó, ni mucho menos, las falsas noticias espléndidas que corrían como fuegos fatuos por Berlín. Lieja no había sido tomada. Pero los tanques alemanes habían alcanzado Livramont y Saint Hubert, conquistado Laroche y Marche, y mucho más allá de esas localidades, habiendo rebasado las Ardenas, patrullaban a unos kilómetros de Namur y de Dinant. En tres días, el macizo ardenés había quedado atrás y se atravesó el Ourthe sin un disparo. La avalancha hacia el Mosa había sido tan rápida como en mayo de 1940.

* * *

Dormí en una casa helada, bajo el aullido siniestro e ininterrumpido de las V-I alemanas semejantes a largas cometas de cola roja.

El frío había sido durísimo.

A las diez de la mañana asistí a la misa de Navidad. Cuando salíamos todos juntos, viejos campesinos, chiquillos con la nariz colorada, soldados soñadores, unos cazas americanos giraban en torno al campanario; tuvimos el tiempo justo de aplastarnos contra la nieve. Los largos regueros blancos de los bombarderos estriaban el aire frío, entrecruzándose como pistas de esquí. Reventando sobre las humildes chozas campesinas, las bombas sepultaron familias enteras. Del fuego de las granjas se empezaron a sacar mujeres, niñas, amarillas de yeso y cubiertas de chorros de sangre polvorienta.

Comenzaba el contraataque aliado; no en tierra, sino en los aires,

Durante diez días íbamos a tener el mismo sol espléndido, sin interrupción. Las noches resultaron fabulosamente límpidas: cada pared, cada cabaña resaltaban en los valles como cubos

claros de artistas vivas, blancos como ropa tendida en un prado.

Aquel sol acabaría siendo para los alemanes más mortífero que una contraofensiva de dos mil tanques, pues gracias a él miles de aviones aliados pudieron pulverizar sistemáticamente las carreteras, las aldeas, las encrucijadas y las baterías antiaéreas que intentaban atajarlos en el cielo.

El día de Navidad, Sepp Dietrich había trasladado su puesto de mando a un punto entre Malmédy y Saint Vith. Nosotros también nos pusimos en marcha. Sólo unas horas habían transcurrido desde la salida del sol y los destrozos aparecían ya incalculables. Por cierto, la mayor parte de las bombas caían al margen de los objetivos, abriendo sin resultado enormes cráteres grises en la nieve de los campos y tumbando hileras de abetos. Pero la granizada era tal que centenares de ellas estallaban en el sitio justo. Junto a montones de autos en llamas, inmensos agujeros habían arrancado la carretera colgada como una cornisa.

Casas replegadas como acordeones obstruían por completo el camino.

Esos bombardeos estaban previstos. Eebaños de prisioneros rusos e italianos, escalonados en los puntos críticos, despejaban rápidamente los escombros, colmando las excavaciones. Pero eso suponía tiempo. Los aviones picaban sobre las columnas de vehículos inmovilizados, incendiando los camiones y multiplicando así las dificultades.

Fué evidente desde aquel día que los transportes no se efectuarían sin gran trabajo.

Yo disponía de un gran coche de mando «para cualquier terreno» ; potentísimo, se encaramaba por todas partes como un tanque; pero bebía sus sesenta litros de gasolina cada cien kilómetros. En una parada se me fueron cinco minutos de parloteo para obtener un bidón. Ese bidón me salvó la vida. De no haber sido por él, en efecto, me habría encontrado en Saint-Vith cuando éste fué lanzado por los aires.

Unos trescientos metros me separaban de tan bonita aldea cuando, al desembocar del bosque y lanzarme por los zig-zags de la cuesta, vi que las escuadrillas aliadas entoldaban el espacio aéreo, encima de nosotros.

Podían ser las cuatro y media de la tarde.

Fué un espectáculo de fin de mundo.

Cruzó un cohete, y de repente una calle entera se alzó en el cielo. No una casa, ni tampoco andanadas de escombros: la calle entera y verdadera, se levantó en un solo bloque, a diez metros de altura, desplomándose luego en un tumulto horrible.

Durante veinte minutos las escuadrillas se fueron relevando. A lo lejos, por los campos, correteaban unos puntos azules en la nieve: los hombres. Luego el enorme zumbido torció, se alejó hacia el sol poniente que rozaba la punta de los abetos...

La ciudad había desaparecido.

Pies, cabezas, bustos de mujeres y de soldados emergían de entre la confusión de las vigas. Calles enteras se acostaban por tierra, como hileras de naipes tumbadas de un papirotazo.

Logramos aserrar unos gruesos árboles caídos en plena calzada a la altura de las primeras casas. Pero como si nada; todo estaba aplastado, amalgamado. Imposible pasar, en absoluto; mi coche, a pesar de su extraordinaria potencia, tuvo que renunciar como loe demás. Esos veinte minutos arrasaron de tal modo la localidad de Saint-Vith, que durante toda la ofensiva, resultaría infranqueable.

* * *

Intentamos dar la vuelta por los campos a aquellas ruinas apocalípticas. Derribando cercas y resoplando en la nieve, mi coche fué a para a una trinchera en la cresta oeste de Saint-Vith. En ella, unos muchachos americanos muertos, perfectamente alineados aún, conservaban la tez agradable, color ladrillo, de los jóvenes bien alimentados, y tostados por el sol. Los habían segado unas ráfagas de tanque. Las caras de dos de ellos, aplastadas como un sobre, aun así, sin relieve, expresaban una impresionante nobleza.

En la trinchera, ni un solo hueco: todos los muchachos se habían quedado sin desmayar en

sus puestos, a pesar de la oleada de cincuenta o cien tanques que arremetió contra ellos; la mordedura de las cadenas aparecía claramente en la nieve espesa...

Queríamos alcanzar la salida norte de Saint-Vith e introducirnos en la carretera de Malmédy, pero no quedaba salida practicable. Los Feldgendarmes, desbordados, no conocían camino alguno secundario por donde desviar las columnas bloqueadas.

Estuvimos andando toda la noche por senderos de bosque atestados de camiones a cubierto, que imposibilitaban una y mil veces la circulación.

Llegamos, por fin, al clarear el día, a unos ocho kilómetros de Saint-Vith, a una aldehuela acurrucada en el fondo de un valle. Tumbas campesinas, sencillas, coronadas por hermosos Cristos de pizarra azul, se arrimaban a la iglesuca construida sobre un promontorio.

Teníamos cerca el frente norte; la artillería tronaba; durante la noche baterías americanas venían a disparar en los lindes mismos del bosque.

Sepp Dietrich residía en una casa blanca aislada en lo alto del caserío. Allí conocí al mariscal Módel, un hombrecillo rechoncho, coloradote, de ojos vivarachos, de legendario valor. Se suicidó en 1945, por no sobrevivir a la derrota de su patria.

La resistencia norte, desde Malmédy hasta Motjoie, era tenacísima. El famoso coronel Skorzeny, aquel que libertara en avión a Mussolini en agosto de 1943, intentó penetrar en Malmédy por sorpresa, con unos centenares de hombres de acción especialmente entrenados por él para los golpes arriesgados. Perdió en la refriega buena parte de sus soldados, no obtuvo resultados apreciables y salió herido. Bajo la frente rasgada por una desolladura, un ojo tremendamente hinchado daba un aspecto más macabro aún a su cara magullada, remendada, llena de cortes y costurones.

* * *

Las V-I seguían aullando incansables, día y noche, paseando su larga cola de fuego rosado. Una de ellas viró dos veces, enloquecida, encima del pueblo; luego, como asqueada de todo, se lanzó en picado sobre un campo vecino.

En el mapa la situación no evolucionaba mucho durante los tres últimos días. Siempre los mismos nombres: Bastogne, Saint Hubert, Marché, Dinant, Ciney.

El plan alemán era de mucha envergadura, y durante unos meses por lo menos, habría podido trastornar considerablemente la situación en el oeste.

Tratábase de una maniobra triple. No se intentaba únicamente correr hacia el Mosa o el mar del Norte; eso constituía sólo la primera de las operaciones previstas. Con la segunda se quería coger de flanco y rodear las tropas aliadas concentradas al este de Lieja, en la cabeza de puente de Aquisgrán: labor encomendada a las fuerzas de Sepp Dietrich, alineadas al norte de las Ardenas. Tercera operación: liquidar el ejército de Alsacia.

Allí igualmente el frente alemán estaba listo para el asalto, con Himmler mismo en el Ein, esperando quedara el paso libre en Lieja y en Sedán para repetir la maniobra de 1940 en la línea Maginot.

La presión sobre Lieja (operación número 2) no logró en los primeros días un éxito decisivo: la línea Lieja-Aquisgrán resistió.

Sepp Dietrich optó, pues, por intentar la operación más arriba, sobre el Mosa. Era preciso atravesar el río en Huy: sólo entonces la verdadera batalla cortaría la retirada a los doscientos mil angloamericanos de la región de Aquisgrán, copándolos con su material.

Sepp Dietrich me mostraba en su mapa la zona Tongres-Saint-Trond, al noroeste de Lieja: «Ves, me dijo, aquí es donde los voy a arrinconar». Sus ojos chispeaban; puso su grueso pulgar bajo el nombre de Aquisgrán, la ciudad santa del Imperio: «Aachen ! Aachen !, exclamó. ¡En enero estaré en Aachen !». Aquella misma noche, las divisiones de choque de las Waf-fen SS se deslizaron hacia el norte, escalonándose a la altura de Barvaux y de Liernaux. El puesto de mando de Sepp Dietrich instalóse en el molino de un pueblecillo junto a un camino vecinal entre Houffalize y Laroche.

* * *

Con el corazón en un puño, asistíamos de espectadores al torneo.

Atravesamos nuestros hermosos pueblos ardeneses con sus granjas enjalbegadas, en cuyos muros leímos aún las grandes letras R E X que pintáramos en los días vibrantes de nuestros combates políticos.

Bajando hasta la aldea de Steinbach, a escasos kilómetros al noroeste de Houffalize, detuvimos nuestra pequeña columna ante un viejo castillo, glacial y desierto. Los campesinos ardeneses salieron de sus casas y vinieron a acogernos con conmovedora campechanía. Todos hablaron de mis abuelos, que habían vivido en esa región, y recordaron mis mítines. Nos llevaron a comer a sus granjas bajas, a la luz de viejas lámparas de petróleo. Las patatas con tocino humeaban en bonitos platos decorados, como en nuestras comidas de la infancia.

Rostros duros y nobles, labrados por la labor de los campos; los rostros queridos de la gente de nuestro terruño... Respirábamos libremente. Nuestras almas resplandecían. En las casas tibias, pobladas de sombras y al amor de la lumbre charlatana, que brincaba alegremente, nos abandonamos a la dulzura de haber regresado a nuestra tierra y a los hombres de nuestro pueblo.

RUTAS PERDIDAS

El sol prodigioso seguía derramando a raudales su oro sobre la albura de los valles, sobre los bosques rojizos, violetas y azules que trepaban por la pendiente de las colinas. La aviación angloamericana, con violencia acentuada, venía a alfombrar de bombas el sendero más minúsculo, las más estrechas encrucijadas.

Los bombarderos evolucionaban a centenares, como brillantes peces.

¡Sí; el ejército alemán había practicado una brecha sensacional, mas sin hacerse con ninguna de las dos vías principales de comunicación al norte y al sur: la ruta de Aquisgrán a Lieja y la de Tréveris a Arlon.

Los novecientos tanques y los trescientos mil hombres del Reich lanzados a la ofensiva se habían abalanzado hacia adelante en línea recta, por caminos secundarios, de tráfico dificultoso. Las cadenas de los tanques arrancaron el suelo, mezclado a espesa nieve. Pasar por las aldeas, dando vueltas y más vueltas, resultaba un problema. Además, los obuses llovían sobre esos caminos, rompiéndolos cien veces o echándolos abajo en cada cornisa.

Luego volaron los pueblecillos y las pequeñas ciudades, tan preciosas.

Houffalize, absolutamente intacto hasta entonces en su abrupto valle, entre grandes peñas severas, fué triturado y desmenuzado por dos veces. Después del primer raid podíase aún transitar por la calle principal. Las casas estaban destripadas, pero entre las ruinas se trazaron con bastante rapidez algunas pistas. La aviación aliada completó otra mañana el destrozo. Las bombas arrancaron de las rocas la carretera que bajaba en curva del este y la dejaron colgando sobre el precipicio.

En lo hondo del valle, una casita aislada, rodeada de fantásticos embudos, mostraba el techo cubierto de tierra, como un jardín. Entre los abetos grises y sucios, Houffalize aparecía laminado. Imposible pasar.

Al huir de Laroche, las tropas americanas habían dejado intacto el puente; pequeño olvido que los aviones aliados se encargaron más tarde de reparar: el bombardeo transformó la encantadora ciudad en un monstruoso hacinamiento de cascotes y, debajo, montones de habitantes muertos.

En pocos días, del aplastamiento total de las Ardenas no se libró ni una localidad de tránsito, ni un solo cruce de caminos.

Terrible manera de hacer la guerra, a expensas de las mujeres y de los niños, destrozados en los sótanos. Pero ese medio, empleado sin miramientos por los angloamericanos, resultó pronto decisivo: al cabo de una semana todos los caminos utilizados por las columnas del Reich se demostraron casi intransitables.

Los inmensos convoyes de abastecimiento, de municiones, de gasolina tuvieron que aventurarse por caminos de leñador, estrechos, en que los camiones patinaban sobre la nieve,

embotellándolo todo interminablemente.

En una noche entera, las columnas adelantaban cinco o seis kilómetros. Los alemanes perdieron la batalla de las Ardenas, no en las inmediaciones del Mosa o en Bastogne, sino en esos abetales y hayales que inmovilizaron indefinidamente millares de vehículos a lo largo de caminos imposibles, encaramados peligrosamente en lo alto de terraplenes de esquisto o cortados en el declive resbaladizo de las pendientes.

Un ejército sólo puede triunfar cuando material, víveres, municiones y carburante le siguen con facilidad, rapidez y seguridad.

Un fracaso vino a demostrar desde un principio esa verdad elemental. Los tanques lanzados contra Dinant, y que hubieran podido conquistarlo fácilmente, tuvieron que parar en el pueblo de Celles, a ocho kilómetros del Mosa, no, como tan ridículamente se ha dicho, porque los detuviera una mujerona con gafas, sino porque no les quedaba gasolina. Los tanquistas alemanes esperaron dos días. Sus aparatos de radio estuvieron llamando en vano incansablemente. No llegó ni una gota de carburante. Al fin tuvieron que incendiar sus magníficos panzers.

El problema se fué agravando cada día.

Hubiera sido preciso aprovechar la sorpresa, echarse adelante, como Eommel en 1940. El fruto estaba maduro; las retaguardias aliadas, vacías; una vez traspuestas las Ardenas, no existía ninguna barrera. En cuarenta y ocho horas los blindados del Reich se hubieran apoderado de Sedán o Charleroi.

Pero la gasolina no pudo avanzar, cuando, en la frontera, superabundaba: depósitos de varios millones de litros se hallaban no lejos de Saint-Vith.

Las divisiones disparadas como saetas victoriosas quedaron aisladas, sin carburante, porque durante diez días el sol deslumbrador inundó las Ardenas de la mañana a la noche, permitiendo a una fantástica flotilla de bombarderos americanos desbaratar sistemáticamente todos los nudos de comunicaciones.

La suerte de los alemanes hubiera sido disponer, caso tan frecuente en las brumosas Ardenas, de diez días de niebla. Era entonces seguro el paso de víveres, de municiones, de millones de litros de gasolina.

Mas la fortuna tenía abandonado al Reich. Y en los paisajes nevados de diciembre siguió brillando un sol de agosto.

* * *

Durante el día, hasta las comunicaciones por enlace y los transportes aislados eran virtualmente irrealizables.

En cuanto uno se aventuraba por un camino, los Tipfliegers caían sobre el vehículo. Iban merodeando dos; luego acudían otros dos; dos más por fin completaban el trabajo. Tenían vigilado cada kilómetro de camino.

Camiones y automóviles incendiados jalonaban las carreteras, componiendo un espectáculo espantoso.

Sin noticias del Mando alemán desde hacía días, intenté alcanzar el puesto de mando del general Dietrich. No tuve tiempo para contemplar el maravilloso paisaje de las Ardenas: a mitad de camino entre Houffalize y La Baraque-Fraiture, un Tipflieger se arrojó sobre nosotros, rozando casi nuestras cabezas. Dos balas, gordas como el pulgar, atravesaron el motor, otra me cortó el casco, la cuarta me perforó unos legajos de papeles, pasando exactamente entre las costillas y el brazo izquierdo. Un camión que se nos había adelantado dio una voltereta loca en el barranco y ardió como una formidable antorcha.

Acertamos a sacar de la hoguera a un soldado más o menos válido. Los demás se asaban vivos bajo la masa del coche; vimos cómo se les achicharraban los muslos. Durante un cuarto de hora, los Tipfliegers pasaron sin cesar con feroz encarnizamiento, disparándonos cada vez a quemarropa ráfagas incendiaria[^].

A lo largo de todos los caminos, idéntica caza al hombre y al vehículo.

DÍAS DE ESPERA

Pasamos la Nochevieja entre nuestros ardeneses de Steinbach.

Mis soldados se sentían por todas partes en familia. Los lugareños los llamaban por sus nombres; juntos cocían la carne de vaca con legumbres. Buena gente, sólo querían una cosa: ¡paz! ¡Que se les dejase trabajar! ¡Que no se les hablase más de política! ¡Y a vivir tranquilos en su casa, a ocuparse de su familia, de sus animales, de sus campos! Tenían razón. El dejo dulce y cansino de su lengua repetía, como un eco, deseos y añoranzas de los campesinos de Virgilio.

En Nochevieja fui a comer con ellos los barquillos. A media noche nos besamos todos, a la pata la llana; rudos besos de labriegos tostados y de campesinas con bigotes.

A pesar de todo, sentí un pellizco en el corazón. Mis compañeros cantaban. Pensé en las nieves de la batalla, ante Bastogne, a lo largo del Ourthe, en los bosques de Lierneux y de Stavelot. Las Ardenas despedazadas eran una hoguera en la noche rosa y blanca.

¿Qué traería ese Año Nuevo?

* * *

Al día siguiente hubo que entregar nuestro helado castillo a un hospital de campaña que no sabía ya dónde guarecerse y que acostó en las lúgubres salas de la casona a los heridos del sector de Bastogne. Emigramos a tres kilómetros de allí, a una rica aldea llamada Limmerlé.

Teóricamente hubiera debido encargarme de la reorganización administrativa de la comarca. El comandante en jefe de las operaciones, mariscal Módel, acababa de transmitirme oficialmente por escrito la autoridad política completa en el territorio belga arrebatado a los aliados.

Pero las autoridades civiles habían huido. Los curas, lo mismo. Aterrorizados por los bombardeos angloamericanos, las familias vivían como podían, desde principios de enero, escondidas las más de las veces en el fondo de las bodegas. ¡Bonito momento para publicar decretos y reformar la Constitución!

Me limité a proporcionar a los habitantes de Limmerlé y de Steinbach el consuelo de la misa: nuestro capellán SS, el E. P. Stockmans, santo trapense de la abadía de Forgeslez-Chimay, nos había acompañado. Y a pesar de los Tipfliegers, el repicar de las campanas de las iglesias rústicas reunió a civiles y soldados en un mismo amor, al pie del altar del Dios de la paz y la misericordia.

Varios enlaces partieron en distintas direcciones para obtener información sobre los municipios, para liberar a nuestros compatriotas encarcelados, recoger colecciones del «Moniteur» y otros periódicos. Los relatos de nuestros camaradas liberados nos helaron la sangre. Nos describían el salvajismo con que, en toda Bélgica, y en nombre de la «democracia», miles de hombres y de mujeres eran encarcelados en condiciones abominables, escarnecidos, maltratados, cubiertos de insultos, incluso asesinados, por sus ideas políticas distintas de las de los «liberadores» de septiembre de 1944.

Los periódicos de Bruselas y de Arlon, que nos traían los emisarios, no eran más que una provocación enconada de los instintos bestiales de las multitudes. Azuzaban a sus lectores contra personas respetables, catalogadas en un sinfín de listas, y que habían ido a parar a los calabozos de los politicastros vencedores porque antaño compartieron más o menos nuestras opiniones o porque se habían abonado a nuestros periódicos. Más de sesenta mil habían sido amontonados sin ton ni son en las cárceles, en los cuarteles, a merced de las vociferantes violencias de unos polizontes energúmenos. Cerca de medio millón de belgas quedaban desterrados de la nación.

Lo más emocionante que entonces nos fué dado contemplar fué la llegada de unos quince muchachitos evadidos del penal de la ciudad de Saint Hubert.

Aquel correccional para criminales y degenerados precoces tenía en todas las Ardenas una siniestra reputación. Fué allí precisamente donde se tuvo la desvergüenza de encerrar a cierto número de muchachos de familias rexistas. El padre y la madre, en prisión; los hijos, arrancados del seno de la familia, vivían en promiscuidad, como niños mentalmente degenerados, con jóvenes anormales roídos por los vicios más infames.

No sólo el profesar ideas políticas distintas de las que se habían enseñoreado del Poder constituía un crimen causa de prisión y de muerte; a las mujeres mismas y a las muchachas las amontonaban en rebaños en infames ergástulas, apaleándolas y violándolas; madres de familias numerosas, bárbaramente arrancadas a su deberes, se consumían en los calabozos, y los viejos, arrestados por crimen de paternidad, perecían allí de miseria ; hasta los niños pagaban en la forma más inicua.

Se vengaban en la familia, procurando ensuciar, corromper y pervertir a criaturas completamente ajenas a la política. Y todo ello, desde luego, invocando el «derecho», ¡en cuyo nombre se odiaba, se corrompía, se mataba!

UNA MAÑANA...

A fines de diciembre de 1944 lo esencial para el Reich era copar, cercar rápidamente y deshacer el potencial militar aliado en el frente del Oeste.

Esa batalla de aniquilamiento se le esfumó al Mando alemán al cabo de una semana.

En sesenta horas escasas, las tropas motorizadas del Reich habían introducido una cuña deslumbradora a través del macizo ardenés: en Jemelle se alcanzó el ferrocarril Luxemburgo-Bruselas; frente al Oeste, la divisiones alemanas atravesaron de parte a parte los bosques y las montañas, desembocando en las grandes llanuras del Condroz y de la Famenne.

La desbandada aliada culminó a los tres días. Si los alemanes hubieran podido suministrar gasolina y municiones a sus panzers y a sus divisiones transportadas, habrían explotado fácilmente, sin pérdida de tiempo, su ventaja.

Aun entonces, a fines de 1944, el armamento de aquellas divisiones era admirable. De la labor ordinaria ocupábanse, es cierto, unidades de relleno, especialmente algunas simiescas unidades de tapaagujeros mongoles, azafranados, en uniforme de feldgrau, que se dejaron ametrallar como rebaños aturridos en las nieves de Bastogne.

Pero los tanques del general Manteufel, a las puertas ya de Dinant, los «Tigres» de Sepp Dietrich, las filas de camiones flamantes de las tropas motorizadas, eran aún capaces de realizar con éxito un raid temerario y sensacional.

En total no se disponía más que de novecientos tanques; de acuerdo. Pero ¿cuántos mandó Eommel en Abbeville, en 1940, y en El Alamein en 1942? ¿Cuántos poseían los anglo-americanos al entrar en Bruselas y en Amberes, el 3 y el 4 de septiembre de 1944?

La sorpresa de los aliados en las Ardenas fué absoluta. Las carreteras quedaron libres. Cincuenta mil hombres transportados que el 26 o el 27 de diciembre de 1944 se hubiesen arrojado sobre Namur, Andenne o Huy, habrían podido asegurarse en el acto el paso del Mosa.

En aquel mismo momento, bajo un sol que quemaba la carreteras quedaron libres. Cincuenta mil hombres transportamiento en masa y de transporte de carburante.

La dificultad se fué agravando cada día.

Alemania no pudo utilizar sus motores.

Ni siquiera logró asegurar un abastecimiento suficiente a unidades lanzadas a ciento cincuenta kilómetros más allá de la línea Sigfrido. La situación de esas divisiones rayaría pronto en la tragedia.

* * *

Ni Sepp Dietrich pudo ahogar en su puño de hierro al enemigo copado al Norte, ni el general Manteufel despejar claramente su flanco izquierdo al sur de Bastogne.

Allí, lo mismo que en Malmédy, hubo unos cuantos miles de aliados testarudos que, con valor que cualquier militar aprecia, dieron la cara en vez de escaparse como tantos otros. Se dejaron rodear, resistieron y ganaron el tiempo necesario.

La resistencia de Bastogne entorpeció toda el ala izquierda de la ofensiva del Reich.

Pero, una vez más, tanto Bastogne como Malmédy habrían sido liquidadas con relativa facilidad si las divisiones blindadas, abastecidas con tiempo, hubiesen podido aprovechar al máximo la ruptura inicial del frente, llegar muy lejos, sembrar el desorden, apoderarse de los depósitos, quebrantar las posibilidades de reagrupamiento y de contraataque. A causa de la desastrosa situación en que el sol puso a los alemanes a partir del tercer día, Malmédy y Bastogne, focos de resistencia aislados y, por consiguiente desahuciados, pudieron desempeñar un papel capital.

Al cabo de sólo ocho días, la situación resultó absolutamente insoportable para el mariscal Model. Sus divisiones se habían aventurado al Sudeste, en el fondo de una trinchera de ciento cincuenta kilómetros, alimentada por caminos secundarios metódicamente machacados y por pistas nevadas abarrotadas de modo indescriptible. A ambos lados de ese callejón sin salida, mucho más atrás de las primeras tropas alemanas, el eje angloamericano Malmédy-Bastogne iba fortificándose progresivamente. Saltaba a la vista el plan de una próxima doble contraofensiva lateral de los aliados.

Y sobre el resultado del duelo ya no cabía duda.

Los alemanes son realistas: el movimiento de repliegue empezó en seguida.

* * *

Lo realizaron con la precisión meticulosa y la sangre fría perfecta que han caracterizado siempre las órdenes del Alto Mando del Reich.

Las divisiones de Waffen SS se echaron sobre ambos flancos, en los puntos más disputados, mientras los conquistadores de Navidad iban abandonando escalonadamente, con método, la región del Mosa. luego Saint-Hubert y Marche, y, por fin, el valle del Ourthe.

Las fuerzas americanas que subían del Sur, las inglesas bajando del Norte, se acercaban cada vez más, amenazando cortar en pleno centro la cinta de trescientos mil soldados alemanes en retirada que se estiraba desde el Ourthe hasta el Eifel.

Al principiarse la segunda semana de cerco, entre ambas oleadas asaltantes, la inglesa y la americana, no quedaba más que un corredor de unos veinte kilómetros de anchura.

Finalmente sólo existió una carretera, sólo una, para asegurar el desenvolvimiento de la maniobra alemana.

Vivíamos días y noches de vibrante tensión. Y de asombro: ni un solo batallón se dejó desmoralizar; las tropas, formadas con la incomparable disciplina moral del pueblo alemán, aceptaban el repliegue con la calma que demostraran quince días antes al atravesar las orillas del Ourthe.

En las noches glaciales, mientras rugía por doquier la innumerable artillería yanqui e inglesa, miles de soldados del Reich se escurrían hacia el Este. Panzers de protección vigilaban, apostados en la sombra, en cada encrucijada; como perrazos guardianes, jadeaban echando hacia atrás sus lenguas de fuego, mientras las columnas iban avanzando por la nieve, encorvadas, silenciosas, en orden.

Aquello había concluido.

Se había intentado. Se había fracasado.

Y el soldado partía de nuevo, como había venido, hacia nuevos combates, sólo Dios sabía dónde; hacia nuevos dolores, sólo Dios sabía cuáles.

Ni una protesta.

El servicio es el servicio: «dienst ist dienst».

* * *

Mientras el mariscal Módel maniobraba en las Ardenas con sus excelentes divisiones de la Wehrmacht y de las Waffen SS, otras divisiones igualmente aguerridas y pertrechadas esperaban en vano, frente a Alsacia, la orden de lanzarse sobre el territorio francés.

Himmler se aferraba a ese plan.

A él se atuvo hasta la última posibilidad, aun después de iniciada la retirada de las Ardenas. Cualquier trastorno, en efecto, introducido en los planes del enemigo, por caro que resultase, cualquier perturbación en la elaboración de sus planes ofensivos, representaba más que nunca para el Reich un interés incalculable: ganar una tregua de dos meses, de tres acaso, para fabricar y utilizar a tiempo las armas nuevas, artífices de una nueva situación.

Alemania lo intentó todo con heroísmo sobrehumano, alentada por esa postrera esperanza.

La ofensiva de Alsacia quedó, pues, en el programa. Debía desencadenarse a mediados de enero de 1945.

Pero en aquel instante los rusos, arrojándose al ataque, saltaron Varsovia, cayeron sobre Dantzig, sobre Posen y sobre Breslau; Berlín corría peligro de muerte.

El gran sueño: despejar el Oeste, se había derrumbado.

Y las divisiones de las Ardenas y las que esperaban listas en Alsacia partieron a marchas forzadas, con Himmler a su frente, hacia las atroces refriegas orientales.

* * *

Nosotros permanecemos en Limmerlé hasta que los tanques aliados se aproximaron. Tres días antes, el Mando alemán se había instalado ya en territorio del Reich.

Pero era nuestra tierra natal la que debíamos abandonar, nuestro país, la gente de nuestro pueblo. ¡Cuánto nos costaba arrancarnos a la última aldea... a pesar de que nada nos quedara por hacer en ella! Cualquier esperanza de restablecer la situación había muerto...

Rondábamos alrededor de las casas, en la nieve, contemplando sin cesar los campos blanquecinos, los techos de las granjitas humeando a lo lejos, el campanario de pizarra hermano de los campanarios azules de nuestra infancia...

Hubo que decidirse. Abrazamos a la buena viejecita hospitalaria. Último beso del país. Dimos aún la vuelta a una larga granja color rosa; costeamos unos abetos negros; la frontera estaba cerca. Hijos de Europa, no lo éramos menos de nuestra pequeña Patria; con el corazón desgarrado cerramos los ojos para no ver nada más...

IX. LUCHA A MUERTE EN POMERANIA

A mediados de enero de 1945, el fantástico alud soviético marcó el fin de la guerra en el Oeste.

Era tal el peligro en el Este, que el Alto Mando alemán tuvo que escoger, y sacrificó el frente occidental, sacando de allí las más robustas divisiones y parte importante de los blindados.

En la orilla izquierda del Rin se corrió apenas una cortina de tropas; todo cuanto representaba algún valor fué arrojado en la lucha sin cuartel que se libraba entre el Vístula y el Oder.

Los soviets no habían comprometido nunca efectivos tan considerables ni, en particular, material tan prodigioso. Todo se desmoronaba a su paso como madera podrida. Cayó Lodz. Cayó Posen. Miles de panzers rusos corrieron hacia Bromberg y hacia Breslau. Prusia estaba aplastada. Be pusieron a salvo, a toda prisa, antes de volar el famoso monumento de Tannenberg, los restos de Hindenburg.

La marea lo sumergiría todo.

Ardían millares de aldeas.

Y el ladrido salvaje de los tanques retumbaba en el interior mismo del Reich, sembrando el espanto.

En aquel mes el invierno fué particularmente crudo.

Los habitantes de las regiones amenazadas escaparon a millones ante los bolcheviques, cuya crueldad temían todos los alemanes. Algunos supervivientes, huidos al empezar la invasión soviética, contaban a los pueblos todavía intactos las abominaciones cometidas.

Se replegaron provincias enteras.

La población de los grandes centros se amontonó en el material móvil que quedaba en las estaciones: decenas de miles de niños y mujeres tuvieron que permanecer en plena borrasca días y noches; de pie, en cada uno de los vagones abiertos se apiñaban de cincuenta a ochenta personas. Muchos murieron de frío en el viaje. En cada convoy había niños que se helaban en brazos de sus madres. Cadáveres rígidos arrojados de los trenes para dejar algo de sitio a otros fugitivos sin aliento, cubrían los taludes de las líneas férreas. Un tren quedó abandonado en una vía, cerca de Breslau: ciento cuarenta y dos cuerpos de niñas y niños yacían congelados sobre los coches descubiertos.

Con objeto de no espantar a la población de Berlín, las terribles caravanas, en marcha desde hacía una o dos semanas, pasaban por la autopista exterior.

A fines de enero de 1945 nuestra división recibió también orden de marchar al frente del Este, vía Stettin.

De Berlín a Stettin la grandiosa «autobahn» habíase trocado en una gigantesca pista de dolor, por donde andaban arrastrándose, sin exagerar, doscientas o trescientas mil mujeres y niños, desencajados, desgredados, ateridos de frío.

Las inacabables columnas de vehículos disponían del lado derecho de la autopista, pues la guerra continuaba.

A cada instante se encargaban de demostrarlo las feroces escuadrillas de aviones soviéticos asolando las filas miserables.

Y, sin embargo, ¿cómo equivocarse? Aquello no era más que pobre gente indefensa. Los equipajes estaban tan pegados unos con otros, en dos hileras, que cada sarta de granadas hacía una matanza repugnante; los caballos, forcejeando entre los carros volcados esparcían en la nieve las entrañas calientes. Mujeres, niños, con agujeros oscuros en la espalda, se aferraban a los restos. Sangre espesa corría por las medias negras. Unos colchones colorados agitaban al aire sus tripas de lana.

Pueblo infeliz que, mes por mes, iba a descender a lo más hondo de la peor de las tragedias, la más atroz de cuantas conociera el Universo...

Habían soportado años de privaciones y de bombardeos inimaginables ; se les anunció la muerte de un hijo, de dos, del padre, caídos allá en las nieves rusas, nadie sabía dónde; y ahora, a millones, arrojados a los caminos, habiéndolo perdido todo, morían de frío, y las ráfagas de cartuchos incendiarios acababan de acosarlos, de perseguirlos, de mutilarlos.

¡ Si al menos terminaran allí sus penas !...

Pero, mirando su trágico cortejo sin fin, pensamos en los miles de tanques soviéticos que los perseguían; una noche u otra caerían en poder de los bárbaros; aquellas muchachas tan limpias, tan sanas, serían violadas, manchadas, contaminadas ; miles de pequeñines morirían por falta de leche; y las pobres viejas que se afanaban trabajosamente en el cierzo acabarían un día como humildes bultos negros, sin vida, agotadas por la miseria y las privaciones...

¿Para qué correr? Había que detenerse, esperar; esperar al mongol que les abriría por la fuerza las piernas, esperar que el techo familiar ardiera...

Mas el instinto de la vida íbalos empujando con sus lágrimas y su coraje en la baraúnda de las carreteras...

* * *

Atravesé el Oder y a mano derecha cogí el camino del Este.

En lo alto de las pendientes y de las colinas construyéronse febrilmente kilómetros de trincheras en una arena que se desmoronaba sin cesar. Los camiones descargaban miles de palas nuevas para miles de mujeres movilizadas.

Me adelanté a mis soldados, llegados a la estación de Stettin y que se dirigían por sus propios medios a Stargard. Medios en verdad miserables. Ellos mismos arrastraban sus vehículos, como animales de tiro. Nuestro lote de caballos, en efecto, no nos había llegado a tiempo, y los soldados, haciendo de tripas corazón, se habían enganchado, riendo, para salvar así en la nieve los treinta y cinco kilómetros que nos separaban del enemigo.

Al pasar, los soldados aclamaban mi «volkswagen», contentos de meterse en jaleo y de verme con ellos.

Costeé el lago Madu, que se estiraba muy a lo lejos hacia el Sur; surgieron luego las majestuosas torres, cuadradas y coloradas, de las iglesias de Stargard. En las antiguas puertas de la ciudad, también de ladrillo, resplandecía la gracia y la majestad; la ciudad databa de la Alta Edad Media. De toda aquella comarca de Pomerania, de sus murallas patinadas, de su cielo aborregado, de sus landas de abetos, de sus estanques pálidos en que chapoteaban unas barcas, emanaba un profundo encanto, vigoroso y triste.

Pero la población entera se daba a la fuga; Stargard parecía un ruidoso mercado; se corría por todas partes.

En una escuela tropecé con el puesto de mando del general de panzers encargado de defender la región. «¡Por fin aquí!», exclamó, al vernos.

Tenía a su disposición dos tanques, residuos de tropas sin cohesión y algunos batallones de viejos caballeros del «volksturm» ².

¡Y aquella mañana los rusos estaban avanzando ya a una docena de kilómetros de allí!

ANTE STARGARD

La irrupción de los ejércitos de la U. R. S. S. en la provincia alemana de Pomerania durante la segunda quincena de enero de 1945 se presentó con la violencia de un huracán. ¡Los creíamos en Bromberg y uno de sus tanques de reconocimiento, avanzando como un loco, había aparecido ya en la estación de Scheidemühl!

El ataque soviético, siguiendo tres grandes directrices; se clavó, poco después, como tres lanzas, en el viejo suelo pomeraniano: una hacia el Este, para separar Dantzig del Reich; otra hacia

² Tropas populares compuestas de individuos de toda edad

la célebre ciudad de Kolberg, sobre el Báltico; la tercera hacia Stettin.

Era Stargard la última ciudad por conquistar en esa carretera, a treinta y cinco kilómetros escasos del Oder inferior.

El 6 de febrero de 1945, por la mañana, al llegar a Stargard, la situación era poco más o menos desesperada, ya que los tanques rusos habían hundido cuñas profundísimas al sudeste, al sur y al sudoeste de la ciudad.

De la defensa, nula o casi nula, respondían los animosos abuelitos del «volksturm», que hacían cuanto podían, pero que estaban fatalmente destinados a cosechar más catarros que laureles.

* * *

Convenía colmar la abertura del Sur. Nos despacharon, pues, sin demora, a Krémsew y a Repplin, localidades a tres leguas de Stargard, en la carretera de Arnswalde.

Cortaba ésta una zona de praderas ligeramente onduladas, de pocos kilómetros de anchura, con seis aldeas, entre los dos ríos Ihna; el Ihna normal, que seguía llanamente su camino, sin genialidades, y el Ihna perezoso, más simpático, que se ponía a soñar, y trazaba las curvas más graciosas, por distracción o porque descubriera im rincón más bonito que los demás.

Ambos Ihnas, no obstante su diversidad de carácter, acababan por mezclarse al fin de su carrera, como un matrimonio que hace las paces al anochecer. El Ihna único atravesaba entonces Stargard, para, después, por las selvas del Norte, echarse en el golfo del Oder, más abajo de Stettin.

Las consignas recibidas eran precisas. Se contaba con nosotros. Dentro de unos días llegarían los tanques alemanes. Si mientras tanto no salvábamos Stargard, si retrocedíamos, los tanques soviéticos entrarían en la ciudad una hora después.

Desde el primer instante mandé unos hombres al límite extremo del sector, hacia el pueblo de Repplin; un destacamento soviético llegó poco después. Para unos y otros, la posición, por dominar los alrededores, resultaba excelente. Una patrulla de bolcheviques lo había comprobado sin duda alguna horas antes, cuando el lugar se hallaba vacío aún. Un contingente enemigo se presentó, pues, tan tranquilo, con las manos en los bolsillos. Los nuestros dejaron que material y tropa se adentraran profundamente en el poblado, y luego, desde todos los rincones, se les echaron encima. Sólo un soldado rojo pudo escapar, por el cementerio.

Esta primera escaramuza puso en excelentes condiciones a mis bravos y nos dejó cuarenta y ocho horas para organizar-nos. La niebla se espesó; comenzó a llover; un barro como masilla se pegaba a nuestras botas, aprisionándolas. Para librarnos del agua estancada en los pozos de los fusileros nos habíamos parapetado en largos silos de remolacha.

Los rusos progresaron peligrosamente al Sudoeste, ocupando pueblos importantes en nuestra ala derecha. Los incendios teñían de rosa las lluvias nocturnas.

La audacia de los tanques soviéticos se hizo increíble. Al volver de Stargard, a donde fuera para recibir órdenes, topó con uno que se me venía encima, a unos siete kilómetros detrás de nuestras posiciones. El tanque había atravesado los campos hasta nuestra carretera embaldosada, y avanzaba a descubierto, completamente solo. Un alemán, por suerte, armado de un puño antitanque, se escondió entre unos espinos y lo voló al pasar.

En la cartera del joven oficial ruso que pereció junto con el tanque encontré una carta, escrita sin duda poco antes. Decía, triunfante, a su familia: «Estos días he aplastado muchos Fritz bajo mis cadenas. Pronto la bandera roja flameará sobre Berlín.» Y había añadido, como conclusión extraña y conmovedora: «Entonces podremos volver a nuestras aldeas...»

Algunos panzers alemanes llegaron, por fin, al sector.

Decidióse que el viernes, 9 de febrero de 1945, al despuntar el día, desencadenaríamos un contraataque entre el lago Madu y el río Ihna.

Se nos encomendó la misión de franquear el Ihna perezoso, de adelantar uno de nuestros batallones en dirección sudoeste, y de tomar al asalto las colinas y luego el nudo de carreteras de Lindenberg, utilizado regularmente por las columnas blindadas del enemigo.

A las cinco y media de la mañana, en un silencio absoluto, nos lanzamos...

LINDENBEEG

Las masas soviéticas que se arrojaron a través de Pomerania y que intentaban forzar el paso de Stargard disponían de material poderoso y de miles de soldados valientes, ebrios de incesantes victorias.

El contraataque del 9 de febrero de 1945 en nuestro sector perseguía sólo un fin limitado: quebrantar el empuje de los rusos, recuperar algunos kilómetros de terreno y reocupar el nudo de comunicaciones de Lindenberg.

Debíamos alcanzar este último por unos labrantíos, con punto de partida en Strebelow; en cuanto a los panzers alemanes, saliendo del lago Manu, al Noroeste, tomarían al asalto varias aldeas antes de unírseles en la encrucijada.

Protegidos por pequeños grupos de ametralladores, que según nuestra costumbre infiltramos antes del alba en el dispositivo enemigo, pudimos trepar fácilmente por una larga cuesta de arcilla, ante la cual, a dos kilómetros, apareció el abetal que coronaba la «pata de ganso» de Lindenberg.

A la izquierda, el enemigo andaba disimulado entre unos bosquecillos; pero el estilo fulminante de los valones influyó siempre de modo decisivo en los ataques. En el estruendo de nuestras baterías, los jóvenes comandantes de compañía salieron a la cabeza de sus unidades, desplegadas como en las cargas de antaño. Como única arma llevé un bastoncillo; mis oficiales, en alarde de hombría provocadora, hicieron lo mismo. La, tarea no duró demasiado.

A pesar del barro, a las nueve y treinta y cinco éramos dueños del nudo de comunicaciones. Machacados y zarandeados por nuestros antitanques, los blindados rusos cedieron, retrocediendo precipitadamente hacia el Sur.

Arrastró la primera ola de asalto a la extremidad del pinar; lancé dos grupos de combate más allá del cruce, y a toda prisa coloqué mis cañones antitanques: a la salida sur del bosque, para prevenir la vuelta del enemigo, y a la salida noroeste, para acoger una irrupción de tanques soviéticos si los alemanes, victoriosos, los encauzaban en dirección nuestra.

Las patrullas volvieron muy pronto. Unos zarzales a ochocientos metros de nosotros tapaban un parque de blindados enemigos. Nuestros hombres habían notado allí intensa animación.

Nada de eso olía a tranquilidad.

Los caminos se cruzaban detrás de nosotros o atravesaban el bosque en el fondo de una hendidura. El terreno se empinaba bordeado a Oeste por un barranco perpendicular. Los abetos cubrían la loma. Hacia el Sudeste extendíanse terrenos pantanosos.

Desgraciadamente, fuera de esa colina cubierta de árboles, la protección era nula; íbase desleyendo en una amplia zona pelada como la palma de la mano. De haber salido de nuestro pinar, no nos habrían quedado, para retirarnos, a nosotros y a nuestras baterías, más que los cuatro kilómetros de llanura fangosa por donde habíamos llegado. Un repliegue así, de día, y bajo la hostilización de los tanques enemigos, sería prácticamente irrealizable. Pero, puesto que allí estábamos, no había más remedio que pegarse al cerro de Lindenberg, en espera de los blindados alemanes.

* * *

Habíamos conquistado el terreno bastante rápidamente, y pudimos presenciar el apasionante combate de los *panzers* del Reich, que avanzaban desde el Norte, y que habían alcanzado el pueblo más próximo a nuestra encrucijada.

Los «Stukas» se abalanzaron, en formaciones aullantes, sobre los blindados y las baterías de los soviets. Sabíanse éstos en peligro de muerte, ya que se hallaban sin retirada normal por el Sudeste; pero no intentaron retroceder sobre nosotros; sus tanques estaban alineándose ya francamente hacia el Sur, y disparaban. Los «Stukas» machacaban la aldea con fantástica violencia. La región era una hoguera.

Hubo dos o tres pausas de algunos minutos, y creímos que los alemanes habían pulverizado definitivamente la resistencia; pero el combate volvía siempre a empezar.

A mediodía se luchaba con el mismo furor. Los prismáticos nos recortaban los desplazamientos de los tanques en el huracán rosa y oro del pueblo incendiado.

La artillería antitanque rusa no cejaba. Cuando la columna de blindados soviéticos se retiraba detrás de la aldea, sentíamos exageradas esperanzas. Pero el ataque se reanudaba en seguida.

* * *

A las once de la mañana, de un bosquecillo del Sudeste salieron dos tanques enemigos y corrieron a ametrallarnos: uno de nuestros hombres, deslizándose con un «panzerfaust», dio de lleno en uno de ellos. La escaramuza terminó.

Una hora después oyóse el chirriar, siempre angustioso, de las cadenas: de entre los abetos, cinco tanques, seguidos más lejos de otros tres, cargaban contra nuestra línea. En el mismo momento, los «órganos de Stalin» inundaron nuestro bosquecillo con un chaparrón de granadas cuyos cascos cortaban centenares de ramas. Oíase el estertor de los heridos. Los tanques nos cañoneaban a quemarropa, siendo imposible casi levantar la cabeza. Y, sin embargo, de no disparar, de no resistir con los «panzerfaust», los blindados nos habrían copado, rodeando el bosque.

Corrí de un grupo a otro para arrancar de la tierra a los que, enloquecidos por semejante diluvio, se habían pegado al suelo o, hechos un ovillo, permanecían agazapados como erizos en el fondo de los agujeros.

Los abetos, fuertes y apretados, nos resguardaban algo; gracias a ellos los tanques no podían llegar exactamente hasta la posición y triturarnos bajo su mole. Nuestros cañones disparaban sin descanso.

Los tanques rusos llegaron cuatro veces a unos metros de nuestros hoyos, en el límite de los abetos; cuatro veces tuvieron que volverse atrás.

Dos de ellos fueron alcanzados de lleno. Una de nuestras baterías antitanques quedó deshecha. Abundaban los muertos y los heridos. Pero el cerco no había tenido lugar.

Era sangre fría sobre todo lo que se necesitaba allí: el cieno de los pantanos aguardaba a la izquierda; a la derecha, la pendiente con una caída vertical de veinte metros.

Retroceder, pues, era suicidarse.

* * *

A las tres de la tarde los ruidos se fueron extinguiendo hacia el lago Manu. El pueblo, a dos kilómetros al noroeste de nuestra «pata de ganso», no había sido tomado, y los tanques alemanes habían reconquistado la estación y parte del caserío. Los rojos resistían, sin embargo, frenéticamente y cortaban el camino. El enlace se hacía cada vez más problemático.

Nuestro éxito carecería en absoluto de alcance, de no avanzar el frente entero, para unirse, y a no ser que la victoria de los tanques consolidase la nueva línea; si nos quedábamos en el vacío, contando con nosotros mismos en nuestra loma solitaria, tarde o temprano los rusos nos rodearían y aniquilarían.

Lloviznaba. La sombra se difundía, helándonos hasta los huesos. Llamó el pequeño teléfono de campaña: era el general de Stargard. Su ataque no había logrado el éxito apetecido, la unión resultaba imposible, los tanques alemanes iban a retirarse en la oscuridad; a las once de la noche nosotros también nos reintegraríamos, en silencio, a las posiciones de por la mañana.

Apenas efectuada la retirada, rabiando en los barbechos pegajosos, se me remitió la orden de enviar una de mis compañías al pueblo de Krusow, en nuestra ala derecha, ocupado por escasos elementos del «Volksturm».

La localidad se hallaba a caballo sobre el camino Linden-berg-Stargard. Un nuevo empuje de los rusos, alentados por su triunfante resistencia de la víspera, no se haría esperar.

LUCHA A MUBETE EN POMERANIA

Nuestros hombres llegaron a Krusow al mismo tiempo, exactamente, que los tanques soviéticos ; éstos, los barrieron al otro lado del Ihna.

Mala suerte.

El comandante de la compañía organizó entonces la defensa de la orilla derecha. El no tenía la culpa de que se le enviara demasiado tarde a Krusow. Pero el pueblo aquel era importante. Nuestros oficiales no soportaban de buena gana un fracaso. Cuestión de orgullo.

Sin manifestar nada, pero interiormente ulcerado, nuestro joven comandante de compañía arregló, pues, su dispositivo, me comunicó el plan por teléfono; luego, solo, por la carretera, corrió sobre Krusow y se hizo matar ante las murallas...

Murió porque sí, por la gloria, por el honor del uniforme.

* * *

Con una docena de tanques y los Stukas disponibles, el Mando alemán procuró reconquistar Krusow al día siguiente.

Tentativas vanas: el castillo ardió; se redujo el pueblo a pavesas; y los rusos siguieron aferrados a sus cañones antitanques junto a los panzers, clavados en las ruinas.

Mientras tanto perdimos la localidad de Damnitz. Las noticias empeoraban.

Me llamaron a Panke, al tren-alojamiento del Estado Mayor del Ejército. Su comandante general era precisamente el general-coronel Steiner, nuestro antiguo jefe del frente estoniano de Narva y Dorpat.

Me anticipó confidencialmente que en breve plazo se intentaría restablecer la situación. Alemania tenía preparada una gran ofensiva en el Este y, el día indicado, abriría dos enormes tenazas, una desde Pomerania, otra desde el sudeste del Reich; Sepp Dietrich esperaba preparado al sur de Breslau. En cuanto al grupo de ejércitos al que portenecíamos, los mandaría directamente el mismo Himmler.

Varias divisiones blindadas se encargarían de reforzar nuestro sector. Su primer objetivo sería profundizar atrevidamente desde Stargard hasta Landsberg. La segunda operación debía llevarnos, en Landsberg, al encuentro de la ofensiva que irrumpiría entonces desde la frontera eslovaca.

Volví vibrando de emoción. Sí, íbamos a jugárnoslo todo.

¡ Qué audacia! ¡ Qué fuerza en las reacciones de un Mando que agobiado por doquier oponía la ciencia militar y la voluntad al vertiginoso desencadenamiento de la fuerza ! ¡ Y qué hecho inaudito si los ejércitos convergentes del norte y del sur, empalmando rápidamente, lograban copar y aniquilar, como a principios del verano de 1941, la masa de las fuerzas soviéticas en acción a lo largo del frente del Reich!

* * *

Observóse un silencio tan estricto como cuando la ofensiva de las Ardenas. Goering vino a visitar las posiciones avanzadas, como un aficionado, y desde luego, no sin valor. Tuvo mucho éxito entre nuestros soldados, con quienes conversaba con bonachona y truculenta sencillez. Su volumen más que respetable empaquetado en toda una serie de abrigos de un peregrino color pardo-reseda, le daba el aspecto de una enorme nodriza en uniforme de general serbio. Iba sacando de su seno cigarros como biberones.

Todos bebieron de tan ilustre fuente.

En la noche del 15 al 16 de febrero de 1945 revelóse rápidamente la inminencia de grandes operaciones: tres divisiones blindadas, con un rodar interminable de tanques, cañones y camiones, se presentaron en nuestra estrecha plataforma de lanzamiento.

Hasta entonces, nuestros regimientos valones habían ignorado el plan ofensivo. Los soldados se miraron, pasmados, con los ojos desmesuradamente abiertos. ¿Qué sucedía?... Un alegre entusiasmo nos embargó pronto a todos. Cuando alboreaba, los tanques avanzaron. ¡La ofensiva!

LA ÚLTIMA OFENSIVA

El Alto Mando alemán lanzó cuanto le quedaba como fuerza móvil, en particular tanques, en la contraofensiva del 16 de febrero de 1945, en el frente del Este.

Himmler había dirigido a las tropas una arenga fulgurante. Insistía, repetía: «¡Adelante! ¡Adelante por el barro! ¡Adelante por la nieve ! ¡ Adelante de día ! ¡ Adelante de noche ! ¡ Adelante para liberar el suelo del Reich!».

Al llegar a Landsberg íbamos a coger por las espaldas al enorme ejército soviético, que ya atravesaba el Oder, frente a Berlín.

Si Sepp Dietrich salía con la suya detrás de Breslau, si todos por fin acertábamos a reunimos en Polonia, hacia Lodtz, las repercusiones de esa victoria invernal serían incalculables.

Himmler quería conseguir aquí lo que, a fines de diciembre de 1944, se le esfumara en el frente del Oeste: en lugar de la tenaza Ardenas-Alsacia, la tenaza Pomerania-Eslovaquia.

El general Steiner, cuyo ejército debía asestar el golpe inicial más potente, saltaba de alegría, la víspera del combate.. «Este año estaremos de nuevo en el Dniéper», repetía, golpeándome afectuosamente en el hombro.

Los Estados Mayores pensaban más en las dificultades. Respirábase una atmósfera semejante a la de Montmirail, cuando los últimos destellos de Napoleón, los más vibrantes, pero también los más efímeros... Los técnicos no se dejaban engañar por moralejas; no obstante, especialistas y no especialistas, todos sentían que sobre el tapete sangriento era preciso jugarse las últimas cartas.

* * *

Los valones, no estando ya motorizados, no tenían por qué participar en el choque inicial.

Aguardarían que la primera oleada embistiese, para prestar ayuda en caso de contraataque lateral del adversario.

El Mando alemán temía una reacción soviética en el flanco oeste de la plataforma de lanzamiento que atajase las divisiones motorizadas del Reich en su ataque por la extremidad sur del pasillo. Con objeto de anular tal peligro se nos ordenó, la noche de la gran arremetida, ampliar la zona de seguridad y reocupar el famoso cerro de Lindberg, tomado al asalto en la madrugada del 9 de febrero y evacuado la noche siguiente.

El éxito coronó por segunda vez la operación. Una compañía reforzada se instaló firmemente en los montículos. La mandaba un héroe del frente estoniano, el joven teniente Capelle, tostado gigante flamenco, tenaz, modesto, dechado de las virtudes más puras.

Las fuerzas que custodiaban nuestros flancos se habían adelantado también por la extremidad sudoeste de la cuña, arrebatando al enemigo un punto estratégico a dos kilómetros de nuestra línea principal.

A las diez de la mañana, gracias a la rapidez habitual de los valones, los objetivos habían sido ya alcanzados. Pude entonces visitar la parte sur del sector, Repplin, desde donde habían debido arrancar las divisiones motorizadas.

Los primeros vistazos no nos produjeron buena impresión. El asalto no se había efectuado a las cinco de la mañana, según dispusieran las órdenes: los tanques se habían movido sólo a las diez.

Instalado en un nido de ametralladoras, no perdía detalle.

Los blindados alemanes poseían aún un gran estilo; trataban, sí, con más miramiento el material, pero la armonía de su labor seguía siendo estupenda. La abundancia de baterías anti-tanques rusas era enorme. Antes de adentrarse en el bosque de la colina fronteriza, gran cantidad de panzers alemanes ardieron; parecían árboles frutales en flor. Pero otros panzers avanzaban por los flancos y rebasaron la selva. Aquél era para la infantería el momento de tirar adelante, con idéntico vigor.

Desgraciadamente, la infantería, resultó floja.

No eran aquellas las tropas fulminantes de antaño. En el Este los hombres habían muerto a

millones. Los claros de las divisiones exhaustas se habían cubierto a la buena de Dios, con gente de cuarteles y reservistas faltos de la salud, la fe, el tesón, la formación técnica, el entrenamiento de los vencedores de los primeros veranos. Faltaban allí los maravillosos mandos subalternos de 1941 y 1942 para dirigir y animar a los recién llegados.

Fué menester esperar a las dos de la tarde para ocupar el primer poblado, Brallentin, que normalmente hubiera debido caer al alba.

Esos titubeos frustraron el efecto de la sorpresa.

A partir de media noche, en efecto, entre el fragor de los blindados alemanes en marcha interceptamos las radios rusas pidiendo urgentemente auxilio. Las horas habían transcurrido, permitiendo al enemigo reagruparse.

* * *

El interrogatorio de los prisioneros nos dejó perplejos.

Según ellos, la primera barrera soviética de Brallentin se apoyaba en dos líneas de tanques, de potencia igual, escalonadas a veinte kilómetros de intervalo. El país de enfrente estaba erizado de blindados rusos. «Los hay a centenares», decían los prisioneros, e indicaban los nombres de las aldeas en que los habían concentrado con precisión de detalles reveladora de su sinceridad.

¿Cómo iban a desarticular aquello los reservistas de por la mañana? Teníamos muchos tanques: nada más que en nuestro sector habían partido sesenta; otros doscientos cincuenta tanques alemanes habían arremetido simultáneamente en Pomerania, a través de las líneas soviéticas; pero, como se diese a los rojos el tiempo de rehacerse, opondrían un material blindados o tres veces más potente.

Tenían muchísimos más que nosotros.

Urgía cogerles la delantera. Y la batalla empezaba mal.

Dos aldeas más cayeron antes de la noche. La cuña iba hundiéndose a unos diez kilómetros hacia el sur.

Algo era. Pero los Estados Mayores señalaban ya durísimos contraataques de los rusos. Estos, en gran número, habían penetrado en el tercer caserío, entablando un duelo furioso.

* * *

Al caer el día, la aviación soviética se desplomó en masa sobre el centro de la ofensiva, Stargard.

El martilleo comenzó a las veintidós, en el deslumbramiento de paracaídas luminosos. Surgieron incendios fantásticos: un depósito de ochocientas mil botellas de licores, los famosos licores Mampe; un stock de cien millones de cigarrillos; y calles enteras. El bombardeo se mantuvo sin descanso, oleada tras oleada, horas y horas.

Desde nuestros puestos, a diez kilómetros al sur de la ciudad, sentíamos retemblar el suelo como un parche de tambor. Por encima de nosotros el cielo aparecía color rosa. La comarca entera resplandecía.

A las dos de la mañana me llamaron al puesto de mando del Cuerpo de ejército, y hube de atravesar en mi «volkswagen» aquella rugiente hoguera. El general me dio órdenes en un hotelito situado en lo alto de Stargard.

Al salir me detuve en el jardín.

A mis pies, la ciudad no era más que un inmenso navio en llamas.

Las torres cuadradas de las iglesias medievales, erguidas y negras, se recortaban en el penacho de antorchas gigantescas. Resistían en medio del huracán como si quisieran empujar aún hacia el cielo el clamor de los siglos civilizados que fenecían en aquel incendio.

¡Qué patéticas, oscuras, sobre el fondo dorado y rojo! Nunca estuvieron más hermosas. Nunca atestiguaron con tamaño testimonio.

Pobres torres de Stargard, mástiles calcinados del navío ardiente que a lo largo de cinco siglos ostentara el noble escudo de la Europa cristiana...

Aquella Europa que estaba quemándose viva era el país de cada uno de nosotros. Las torres tiesas, austeras del Este, hermanas eran de las grandes torres grises de Saint Rombaud de Malinas y del Ayuntamiento de Brujas. Todas nuestras patrias de Europa se respondían como suelen responderse los campanarios. Sentí resonar en mi corazón los ingentes cantos de dolor de aquellos desastres y no pude por menos de llorar, solo en la terraza rojiza, frente a la vieja urbe que se hundía bajo las enhiestas torres aun de pie, fuertes y opacas en su desgracia...

* * *

La jornada del 17 de febrero de 1945 debía ser decisiva.

Ya que los rusos habían replicado con tan salvaje rapidez en el aire, en tierra se trataba de no perder un solo minuto.

O explotábamos en el acto, a fondo, aquel medio éxito, o iba a producirse el contraataque.

Los blindados alemanes que embistieran partiendo del lago Madu, también habían progresado.

De acuerdo con el plan de la ofensiva, los tanques del noroeste hubieran debido enlazar la primera noche con los tanques del Reich lanzados desde el sudeste. De esa forma todas las fuerzas rusas comprendidas entre el Ihna y el lago Madu quedaban copadas sin tiempo para reaccionar.

En realidad, el éxito mitigado de la víspera constituyó todo un fracaso, ya que la maniobra de envolvimiento quedó descubierta antes de concluida; el enemigo había dispuesto de toda la noche para organizar una línea en ambos sentidos.

El asalto retrasado resultaría evidentemente más duro.

Pero la partida no estaba perdida.

Las unidades recibieron orden de enlazar a toda costa.

El día despuntaba apenas cuando el duelo alcanzó su punto álgido.

Decenas de tanques alumbraban el campo de batalla. Delante de nosotros las escuadrillas de Stukas se arrojaron como flechas de lo alto del cielo.

EL FRACASO

Normalmente, con la amenaza de las dos enormes garras blindadas que se acercaban a espaldas de los soviets, éstos hubieran debido retirar sin pérdida de tiempo tropas y material de la bolsa de Stargard, casi cerrada ya.

La víspera, el pasillo de salida de los rusos se había quedado en la mitad, con una anchura de apenas veinte kilómetros.

Indudablemente, aquellos veinte kilómetros iban a ser cortados al principiar la segunda jornada de ofensiva.

Nuestros observadores escucharon toda la noche para descubrir los síntomas de la retirada enemiga; los panzers soviéticos metidos en Krusow retrocederían sin duda alguna a la par que el material pesado, a favor de las tinieblas.

Registróse, en efecto, intenso movimiento nocturno.

Pero aquellos ruidos que percibíamos denotaban intenciones completamente opuestas a nuestras previsiones y a nuestros deseos. Iban, en efecto, del sur hacia el este. Los rusos, pues, en lugar de escaparse se estaban reforzando en aquel «casi-kessel»...

A la amenaza alemana en su retaguardia los soviets iban a contestar amenazando la retaguardia alemana. En las últimas horas de la noche atacaron con tremenda violencia a quince kilómetros de las divisiones atacantes del Reich.

El ataque más duro le estaba reservado a nuestro infeliz punto de apoyo de Lindenberg.

* * *

Era normal.

Dominar la cúspide de Lindenberg equivalía a controlar varias vías de comunicación.

Los rojos, desalojados de aquella colina, pensaban que pronto servirían de base a otro ataque destinado a despachar el «kessel», en cuanto éste quedara cerrado por el sur.

Ambos adversarios corrían como por gusto el máximo riesgo: los asaltantes acumulando su esfuerzo en la extremidad sur; los defensores consolidándose al este, dentro del sector rodeado en sus tres cuartas partes.

Este alarde soviético no tenía por qué desagradar al mando alemán, de creerse éste seguro del triunfo. ¿No era acaso su objetivo destruir y capturar cuanto material y cuantas tropas pudiese? Cuando amaneció, material y tropas soviéticas se hallaban aún en el «medio-kessel».

¡Cómo que cayeron como un rayo sobre nosotros!

No había que pensar en ceder. Rusos y alemanes lo darían todo durante el día entero y triunfaría aquel que pudiera volcar en la refriega el último panzer y el último hombre.

El mando alemán de Stargard se dio cuenta del destino particularmente cruel de nuestros ciento sesenta muchachos encaramados en Lindenberg. No había un tanque para sostenerlos. Blindados, artillería antitanque, toda la artillería trabajaba en el sur; distraer material para operaciones defensivas en los flancos equivaldría a mermar las posibilidades de cerrar el «kessel» y a ayudar así al enemigo.

El 17 de febrero mis armas pesadas consistían en dos trenes blindados de la Luftwaffe. Incapaces de avanzar más hacia el sur a causa de la ruptura de la línea ferroviaria, nos habían sido regimiento otorgados. Su eficacia resultó preciosa, aunque, una vez descubiertos, los «órganos de Stalin» los sumergiesen bajo una lluvia de granadas. Pero no pudieron impedir lo inevitable.

Los tanques soviéticos acosaban por todas partes a nuestros camaradas. Al cabo de unas horas resultó imposible abastecerlos. Entre los barrizales espantosos de ambos lados y de retaguardia los «José Stalin» abrasaban los escasos senderos practicables. Los heridos de por la mañana llegaban a duras penas, chapoteando en el fango bajo una metralla incesante.

Intentamos enviar refuerzos: media docena de hombres nada más pudieron salvar la cortina de fuego soviética; los demás fueron liquidados o quedaron clavados en los pantanos.

El teniente Capelle conservó una sangre fría impecable, y cada cuarto de hora nos enviaba por radio un breve resumen de la situación. Los panzers rusos, colocados astutamente fuera del alcance de los puños antitanques, pulverizaban nuestras posiciones metro a metro; eran muchos los muertos y maravillosa la resistencia de los camaradas.

Capelle tenía orden de aferrarse a la cresta durante veinticuatro horas, las veinticuatro horas que decidirían el éxito o el fracaso de la operación general de cerco.

Tantos eran los estragos de los tanques soviéticos que algunos voluntarios tuvieron que salir de los hoyos de fusileros, y, con las «panzer-fausten» escurrirse al descubierto, al encuentro de los blindados enemigos. Uno de los oficiales dio un ejemplo sublime a la tropa. Herido dos veces y consciente de que lo suyo estaba concluido, prefirió sacrificarse a esperar la muerte: arrastróse chorreando sangre hasta cerca de un «José Stalin» y disparó el «panzerfaust». Pero el proyectil no perforó el blindaje; el tanque entonces aplastó a nuestro héroe.

Sobrevino la noche. Capelle resistía inquebrantable. Dos tanques enemigos habían explotado. Pero los demás habían barrido y ocupado varias de nuestras posiciones.

* * *

¡Y al sur la tenaza alemana no se cerraba!

Los panzers del Reich habían, sí, ganado terreno, pero los «José Stalin» parecían invulnerables.

Uno de ellos, ancho como un boabad, se había quedado obstruyendo solo, durante una hora la salida de una aldea, conquistada a viva fuerza. Nadie lograba expulsarlo del interior de un edificio donde se había colado.

En último extremo intervinieron los Stukas. Los torpedos hundieron toda la salida del pueblo:

esta vez se le habrían ajustado las cuentas al «José Stalín». Las nubes de polvo se disiparon, y ¿qué vimos entonces? Las ruinas empezaron a agitarse: el «José Stalín» se sacudía. Coronado de escombros avanzó sobre la carretera. Recibió una granizada de obuses, prosiguió incólume su camino y, más al sur, desapareció en un bosquecillo.

Por lo noche quedaban por cubrir cuatro kilómetros.

¡ Sólo cuatro kilómetros !

Pero cuatro kilómetros...

Los tanques alemanes se lanzaron al ataque diez, veinte veces, desde el este, desde el oeste. Los blindados soviéticos, las baterías antitanques soviéticas, la infantería soviética resistieron y mantuvieron el pasillo a fuerza de contraataques.

Fué preciso detenerse, esperar al día siguiente para intentar el enlace final.

Los tanques alemanes no enlazarían.

El 18 transcurrió en medio de esfuerzos desesperados.

En vez de atravesar los cuatro kilómetros y de cerrar por fin el círculo, las dos flechas alemanas comenzaron a perder terreno desde el alba.

Los refuerzos enemigos habían tenido tiempo de acudir. En cuarenta y ocho horas, los tanques y antitanques rusos afluyeron en masa, aplastando a los alemanes agotados por sus tentativas, y desalojándolos de varios de los pueblos tan duramente conquistados.

No sólo había que renunciar a la gran avalancha sobre Landsberg; había fallado incluso la primera parte del asalto: la llave se abría. Desde ese momento la operación iba al fracaso.

* * *

Sobre el espolón de fango de Lindenberg nuestros desgraciados compañeros habían acatado indómitamente las órdenes. Ninguno de ellos aceptó que se pudiera decir un día que no llegaron hasta los últimos límites del sacrificio para permitir a los camaradas alemanes, en lucha encarnizada al sur, jugarse la última carta.

Nuestros heridos se batieron como los demás, rojos de sangre, prefiriendo morir en el combate a ser asesinados a culatazos o a golpes de azada.

Setenta y siete hombres le quedaban aún al teniente C apelle ; todos ellos se fueron dejando matar en el terreno desde el amanecer hasta las tres de la tarde.

La radio de Capelle nos contaba tranquilamente las últimas fases de la agonía. Los tanques rusos pululaban. Los hombres luchaban con ferocidad en islotes. Por fin sólo quedó el puesto de mando, cercado por los alaridos de la horda.

Cuando el cuerpo a cuerpo hubo terminado, Capelle, gravemente herido, pero capaz aún de disparar su revólver, se incorporó como pudo ante los rojos que se le echaban encima y erguido a un metro y medio de ellos, se levantó la tapa de los sesos.

Cuatro heridos con el ceno hasta el cuello, presenciaron los postreros minutos del drama; eran los únicos supervivientes.

Durante la noche fueron buceando a través de los horribles cenagales. Dos, exhaustos, quedaron en el fango. Una patrulla encontró a los otros dos, casi cadáveres.

El sacrificio total de los valones de Lindenberg conmovió profundamente a las divisiones alemanas de Pomerania. En todo el ejército se leyó una orden del día exaltando su gesto heroico. El parte del Gran Cuartel General alemán los citó.

Para Capelle se propuso, a título póstumo, la Ritterkreuz.

Modesta, y oscuramente se habían dejado destrozar sin ceder un milímetro, por el honor de obedecer y de ser fieles.

* * *

En el sur, el jaque mate se reveló inevitable.

Había fracasado la última tentativa alemana de restablecer el frente oriental.

Cabía esperar, no obstante, que las pérdidas de material del enemigo retrasarían el asalto a Stargard. Falaz esperanza: los tanques soviéticos destruidos fueron reemplazados por otros mucho más numerosos, que iban a caer a toda marcha sobre nuestras fangosas posiciones.

Las divisiones blindadas del Reich, en cambio, se fueron con la misma rapidez con que aparecieran; abandonando el plan de ruptura del frente hacia Landsberg, tanques y camiones desaparecieron la noche siguiente. Los necesitaban en Kustrin. A nosotros nos dejaron profundas rodadas, el sitio vacío de las baterías e, inminente, la amenaza del sur.

El parte alemán aludió apenas a esa ofensiva fallada que encarnó las últimas esperanzas del frente del Este, mencionándola vagamente en unas líneas, como un contraataque local.

Volvimos, pues, a nuestros hoyos de antes, con, a espaldas nuestras, Stargard derrumbado, aniquilado, lúgubre como un cementerio en ruinas.

EL DILUVIO

Brallentin, un pueblecito cualquiera, y unos cuantos caseríos más: he ahí el botín de la ofensiva alemana de Landsberg, del 16 de febrero de 1945; el resultado de aquel desfile de pan-zers, de camiones, de cañones, presenciado durante cuatro días.

La guerra se había vuelto materialmente insostenible.

A oeste había fracasado la gran tentativa Ardenas-Alsacia, llevándose hasta la más remota posibilidad de desquite en el frente occidental.

Al este, la contraofensiva proyectada por Himmler, igualmente desbaratada, hacía vana, y para siempre sin duda, cualquier veleidad de cortar las fuerzas soviéticas.

Sabíamos a los rusos diez veces más fuertes que nosotros en hombres y sobre todo en material.

A menos de sacar en el último instante un arma fabulosa y casi mágica, la victoria era de los soviets y de los anglo-americanos.

El Beich se veía entre la espada y la pared: el oeste vacío de tropas; el este completamente desmantelado; algunas divisiones blindadas corriendo aquí y allá, jugándose todo, de Stettin a Kustrin, de Kustrin a Dresde; fuera de eso, tropas exhaustas, barridas cada día, casi sin tanques y sin municiones. Ese era el frente.

Una orden telegráfica sumamente estricta me tenía prohibido, como a todos los jefes de las divisiones de Pomerania, gastar por día más de seis o de diez obuses, según el calibre de la pieza...

¿Producíase un asalto ruso? Nuestros cañones disparaban durante algunos minutos, y luego ¡a callarse hasta el día siguiente !

La tropa diezmada por descargas inimaginables debía aguantar el choque de fuerzas enemigas casi intactas, apoyadas por tanques diez, veinte veces más abundantes que los nuestros.

Idéntico duelo en cada sector: algunos centenares de hombres faltos de todo, aniquilados por el cansancio, el barro, la granizada de proyectiles afrontaban un alud de adversarios montados en infinidad de tanques, vendaval de hierro que se llevaba todo por delante.

* * *

El fracaso de la última ofensiva nos había dejado más solos que nunca.

Nuestro sector ostentaba la forma de una espina de pescado: la cola en Stargard, la cabeza en las aldeas de Kremsow y de Repplin, al sur.

Nuestro flanco izquierdo (este) lindaba con el Ihna principal y la carretera de Stargard a Schoneberg; el flanco oeste con el Ihna perezoso, el pueblo de Strebelow y el poblado de Collin.

Desde la caída de las crestas de Lindenberg, los soviets mantenían esas dos localidades bajo un fuego ininterrumpido. Los techos aparecían hundidos, los animales — los últimos — destripados en los establos, los caminos de enlace casi intransitables, tachonados de hoyos de granadas.

Debíamos aprovechar los intervalos-de las descargas que barrían el camino para lanzar a toda velocidad los «Volkswagen».

Los rusos se iban reforzando cada vez más; lo veíamos, lo sentíamos, pero sin saber nada exacto. Ocho días llevábamos ya sin hacer un solo prisionero. A los rojos, azuzados por sus éxitos, encuadrados perfectamente por las columnas de panzers, no se les podía coger.

En las últimas semanas de la guerra del este, en 1945, se perdieron más soldados para conquistar un mongol que en 1941 para apoderarse de una provincia de la URSS.

Pero aquel mongol mofletudo o el calmuco color verde o el presidiario siberiano eran indispensables al Mando.

El Cuerpo de ejército, pues, nos ordenó organizar una expedición de envergadura, en que comprometeríamos doscientos de los nuestros, en plena oscuridad, únicamente para capturar uno o dos rojos.

Fué objetivo de nuestro asalto una gran alquería llamada Carlsburg, al oeste de Strebelow, vasto cuadrilátero de ladrillos, con largos establos y dependencias y con los rusos sólidamente atrincherados dentro.

Había que coger al adversario por detrás, expulsarlo cuerpo a cuerpo, sacrificando si fuera preciso diez o veinte hombres para que uno o dos prisioneros embrutecidos, hirsutos, apestando a comadreja, vinieran a decir al Estado Mayor lo que los de enfrente se traían entre manos.

* * *

La operación tuvo lugar una noche a eso de las nueve.

Parte de nuestras tropas de Collin se había puesto en marcha desde el anochecer. Iban a gatas, por los pantanos. En el silencio más completo debían desembocar al oeste de Carlsburg, es decir, a espaldas del enemigo; el resto de las fuerzas implicadas en el asalto realizarían simultáneamente un movimiento análogo por el norte.

Con objeto de incendiarla y de hacer perder la cabeza al enemigo, las baterías antiaéreas dispararían previamente seiscientos veces sobre la granja. Diez minutos antes de las nueve, una de nuestras compañías apostadas ante Krusow iba a realizar una operación de diversión.

Para esos golpes, a los valones no se les conocía rival en el frente del este; saltaban como gatos sobre el enemigo; el éxito era matemático.

A las veinte y tres cuartos, nuestra antiaérea abrió el fuego sobre la casona. Un troje se incendió... El viento soplaba aquella noche con terrible violencia: los graneros repletos de enormes cantidades de lana empezaron a iluminarse fabulosamente. Seiscientos carneros se asaban vivos junto a sus pesebres. La tormenta desparramaba hasta las nubes millones de lentejuelas doradas.

Primero nos lanzamos de norte a suroeste para acorralar al enemigo contra nuestras líneas. Los rusos se defendieron fanáticamente en la hoguera. Los fuegos claros de los fusiles ametralladores fulguraban alrededor de las construcciones. Sombras chinescas pirueteaban, corrían, caían.

A las nueve y tres cuartos subió un cohete verde, anunciando prisioneros y que nuestros hombres iban a volver.

Tuvimos pérdidas relativamente elevadas. En realidad no hubiéramos debido coger nada y estrellarnos ante la posición enemiga; sólo el entusiasmo, el empuje irresistible de nuestros hombres habían permitido el éxito. Incidente curioso: después del combate, dos asiáticos, a pesar del incendio, del estruendo de la antiaérea y de la fusilería, seguían durmiendo a pierna suelta en su hoyo de centinelas ante la granja. Para encaminarlos a nuestras posiciones hubo que despertarlos.

Carlsburg enrojeció durante toda la noche el horizonte barrido por la tempestad.

* * *

Fui a entregar al general del Cuerpo de Ejército el lote de cobrizos mujicks que tanto necesitaba.

Los interrogatorios resultaron terminantes.

El mando alemán se enteró de que el asalto a Stargard estaba listo, de que el golpe principal lo asestarían al este del Ihna.

Efectivamente, al día siguiente los rusos sumergieron Brallentin y Repplin, defendidos por SS alemanes y holandeses; cruzaron el Ihna principal y se acercaron a Schoneberg, a veinte kilómetros más o menos al sureste de Stargard.

¿Cómo iba a resistir el frente, privado en absoluto de defensa pesada? Schoneberg cayó. Algunos *panzers* alemanes perdidos en esa brecha de treinta kilómetros, intentaron en balde encauzar la corriente que se desbordaba. Los tanques soviéticos hicieron añicos todo el sector, al este de nuestras posiciones y como en un rallye automovilístico cogieron la carretera real Schöneberg- Stargard.

Entre ellos y nosotros mediaban el Ihna principal y una suave pendiente. Los lomos terrosos de los tanques enemigos llegaban escalonados uno tras otro a la altura de nuestro puesto de mando.

Ya al segundo día la batalla se libró por detrás. Para seguir el avance de los blindados rusos, teníamos que mirar al noroeste.

Nuestros reductos de Collin, allá en la extremidad sudoeste, habían aguantado el ciclón. El pueblo desbaratado, con las calles desiertas sepultadas bajo los escombros, olía a desastre y a muerte; pero los hombres habían echado raíces en las casas derrumbadas y en sus agujeros.

Excusado, sin embargo, pensar en un restablecimiento de la situación. Así pues, se nos ordenó evacuar Collin y Strebelow y retirar las fuerzas de dichas aldeas a Kremsow, cabeza de puente y defensa de la segunda carretera de Stargard.

* * *

Los rusos entonces quisieron rodear Kremsow por los campos del oeste. Nuestras posiciones — una línea completamente descubierta — habían sido cavadas allí a prisa y corriendo. Los rusos las desbordaron diez veces; diez veces, rotas, cortadas, a pedacitos, las reconquistamos en cuerpo a cuerpo. Cadáveres embarrados, informes, pesados como plomo, yacían por doquier en los légamos.

Tan sólo los tanques hubieran podido valemos.

Obtuve por fin del Cuerpo de ejército que nos socorriesen cuatro *panzers* alemanes. ¡Cuatro!

Pero debimos antes facilitar cuanta gasolina nos quedaba; y además, no bien se alinearon, nos fueron retirados dos.

¡Los otros dos disponían, cada uno, de cuatro obuses!

Y tampoco iban a intervenir, pues a su vez fueron suprimidos con su brillante stock de municiones.

Por lo visto tendríamos que salir solos de apuros.

En realidad, si nos habían abandonado así era porque allá en la carretera de Schöneberg la ruptura se agravaba incesantemente. Todo se resquebrajaba. Los tanques soviéticos — lo veíamos perfectamente desde nuestro puesto de mando — avanzaban a lo largo de las casas y de un cementerio.

Cuando hubieron rebasado nuestro sector, adelantándose varios kilómetros, se nos ordenó abandonar Kremsow y formar más o menos una línea. Línea ilusoria... Allí detrás retumbaban los blindados, entre el tableteo de la metralla. La infantería, encuadrada por los tanques enemigos, acababa de atravesar de noche el Ihna principal.

Un poco más y estaríamos copados.

LOS SOVIETS EN STARGARD

Stargard sucumbió el 3 de marzo de 1945.

Entre la vieja ciudad de Pomerania y la improvisada trinchera quedaron una aldea bastante importante, Vittichow, y la encrucijada de carreteras de Klütsow, con su fábrica de azúcar.

Quince días antes, los panzers alemanes, listos para la ofensiva, llenaban los patios y los cobertizos de la fábrica; hoy reinaba allí una soledad absoluta sólo rota por un pequeño «Volkswagen» en sus idas y vueltas al compás de la lucha.

Los tanques enemigos se movieron por la mañana hacia los barrios del sudeste de Stargard. La infantería rusa cruzó por segunda vez el Ihna, junto a la ciudad, cortando a nuestra retaguardia la pista arenosa de Vittichow.

Lancé en seguida una compañía. Demasiado tarde: habíamos perdido la carretera. Cientos de balas silbaron en nuestros oídos; una me perforó el cuello del capote, rozándome el mío. Se luchaba en todas partes a corta distancia.

Nuestros hombres, molidos y roídos de angustia, tenían la cara color aceituna, toda arrugada. Agarrados a las vertientes pegajosas y a los guijos, o a medio enterrar en los silos de remolachas, amarillas y grises, de rancio olor, ametrallaban sin descanso al enemigo.

Los mujicks salían a centenares de los barrizales, como nubes de ruidosos batracios, violáceos y grises.

Nuestros soldados de Vittichow no claudicaron, combatiendo como combatían a ocho kilómetros delante de los muros de Stargard, cañoneada ya, desde muy de mañana, por los tanques enemigos.

Últimos en el sector sudeste y sur, se atornillaban al terreno, totalmente desbordados al este y, por el sudoeste amenazados continuamente.

Contraatacaban, disparaban, soltaban tacos, rodaban en el cieno sangriento con tchirjischs y mongoles. Pero no cedían por nada.

* * *

El ruido del combate de los tanques nos anunció que los rusos tenían que estar luchando a las mismas puertas de Stargard.

Nuestra situación era increíble: flecha aislada en el sur, expuestos cada vez más a vernos cercados, el puesto de mando de la división no nos enviaba ni una información ni una orden desde principios de la tarde.

Eran ya las cinco. Íbamos a caer sin remedio en manos de los rusos. ¿Cómo podían habernos abandonado así? Monté en mi «Volkswagen», decidido a ver al general.

A mil leguas de imaginar que todo hubiese acabado, me introduje... en Stargard. Entrar, echarme sobre los frenos, darle al volante y meterme volando en un arrabal, fué todo uno: los tanques rusos estaban patrullando por las calles. Cerca del puente de la estación unas mujeres muertas yacían apiladas en medio de un montón de maletas, asesinadas por la metralla de los tanques. Al noroeste de la ciudad los panzers soviéticos estaban alineados a ambos lados de la carretera de Stettin, en orden de batalla.

En el Cuerpo de Ejército, a unos kilómetros de allí, me dijeron que al Estado Mayor de Stargard, del que dependíamos, acababa de tragárselo la ola enemiga: el general había desaparecido como en una trampa; a última hora, además, se nos había transmitido la orden de repliegue; pero al motorista lo habían cazado seguramente en el camino.

Atravesando el campo como una exhalación, volví en dirección de Vittichow. Tuve la suerte de tropezar con uno de nuestros hilos telefónicos. Lo corté, enchufé un aparato portátil y de esa manera dispuse a tiempo la retirada de mis efectivos.

Para evitar el estrangulamiento realizarían un amplio movimiento envolvente, por el oeste y el noroeste a lo largo del lago Madu, y desde allí descenderían en dirección de Stargard, tomando posiciones al noroeste de la ciudad.

Los desgraciados, deshechos por diez días y diez noches de lucha, iban a tener que efectuar de un tirón una marcha de veinticinco kilómetros en la oscuridad, por el barro pegajoso o hundiéndose en la arena, con el temor de que los coparan o alcanzaran las correrías del enemigo.

* * *

No faltaron incidentes.

Uno de nuestros pelotones, en lucha hasta por la noche en el camino arenoso de Vittichow, no había entendido la orden verbal; tampoco estaba muy al corriente de la situación general. Con ánimo, pues, de abreviar, dirigióse inocentemente, como yo al atardecer, al mismo Stargard. En fila y arma al hombro se adentraron en la ciudad ocupada por los soviets horas antes.

La noche se presentaba opaca, encharcada. Unos soldados rojos montaban la guardia ante el puente del ferrocarril. Ellos tomaron a nuestros hombres por una patrulla soviética; los nuestros los creyeron alemanes. Atravesando, pues, la ciudad entera, salieron por el noroeste, sin que nadie los interpelara. Toparon entonces con la línea del fuego de escape de los panzers enemigos. Brújula en mano, a través del engrudo negro de los campos, les dieron la vuelta a toda prisa.

* * *

Serían las nueve de la noche cuando llegué a nuestro nuevo sector, para hallar la región en plena anarquía.

Dos batallones de la organización Todt, enviados a la región para construir una nueva línea, se replegaron presa de loca agitación. «¡Los rusos! ¡Los rusos llegan!», gritaban a voz en cuello aquellos maneja-palas.

A un tanque alemán en retirada lo habían tomado por ruso. Se armó un tiroteo general.

Resultaba complicadísimo obtener informaciones. Los soviets, en efecto, debían haber rebasado profundamente la región noreste de Stargard.

Tenía, en total, conmigo dos soldados de infantería y un motorista. Instaló mi puesto de mando de acuerdo con las órdenes recibidas, colocando a mi motorista a tres kilómetros delante del pueblo, en la ruta desierta, para que a todo correr me advirtiera la llegada eventual de tanques enemigos.

Al amanecer no había aparecido nada por la carretera.

Nuestros hombres llegaban del oeste en grupos, desconocidos, embarrados hasta las orejas, tambaleándose como metrónomos ; no comprendían nada, no sabían nada.

El Cuerpo de ejército exigía su alineación inmediata.

Pero hubiera sido como alinear adoquines.

Eran incapaces de luchar ni un solo instante. Los amontoné, pues, en las granjas vacías, diciéndoles: «Coman, beban, duerman y no se preocupen». Poco después toda la legión roncaba como una escuadrilla de Junkers.

Coloqué algunos oficiales hacia el sudeste con misión más bien simbólica.

El enemigo debía sin duda sentirse también rendido, pues hasta la noche no pasó nada.

A las ocho de la mañana siguiente empujé a mis hombres, algo rehechos, hacia sus puestos de observación. No tuvieron tiempo para aburrirse: una oleada de quince tanques rusos, luego otra de veintiuno, se venían encima como un huracán.

ACOSADOS POR LOS TANQUES

El 5 de marzo de 1945 estábamos todavía en el Ihna. Pero no al sur de Stargard, en el páramo fangoso que separa ambos brazos del río, sino en el norte de la ciudad perdida donde aguardábamos, a caballo sobre el Ihna único.

Volvió a lucir un sol bastante débil.

A ambos lados del agua se miraban dos aldeas, Lübow y Saarow. La orilla izquierda, poblada de árboles, dominaba el río; en la derecha, en absoluto yerma, sólo un terraplén de ferrocarril, más allá de las casas de Lübow, quebraba la monotonía del terreno pardo, levemente ondulado.

La primera oleada de tanques rasos asomóse a la entrada de este pueblo. Andaba yo verificando las posiciones cuando estalló el estruendo. No disponíamos ya en cada una de las orillas sino de un batallón esquelético y no existía un tanque alemán en todo el sector.

Sin perder tiempo, los quince tanques enemigos arremetieron a través de Lübow. Nuestros hombres se defendían casa por casa. Ordené que, del otro lado del agua, todos nuestros lanzagranadas de Saarow disparasen para contener la infantería soviética, que se venía detrás de los tanques.

Al cabo de media hora nuestros soldados fueron arrojados a la llanura fuera de las granjas; los veíamos cómo trataban de alcanzar a todo correr el terraplén del ferrocarril para organizar allí una nueva línea de resistencia. Pero los obuses de los tanques inundaban el terreno a su alrededor; a cada disparo, dos, tres hombres no se levantaban más, manchas verdes sobre el suelo rojizo.

Otros valones, acorralados contra el río, tuvieron que embarcarse, como último recurso, en unas tinajas de lavanderas. La improvisada flotilla arribó a nuestra orilla.

* * *

Veintiún tanques soviéticos se presentaron esta vez a la entrada de Saarow. Nos dio apenas tiempo de ver desmoronarse las paredes alrededor nuestro: los monstruos estaban en el centro de la localidad.

Uno de los valones, escondido detrás de una puerta, salvó momentáneamente la situación volando con el puño antitanque el panzer de cabeza.

Pero, ¿qué podíamos hacer? Sólo para quienes hayan vivido de cerca las horribles semanas del fin de la guerra en el Este representan algo las matanzas perpetradas entonces. Puede decirse que no quedaba ya material blindado. A nuestro Cuerpo de Ejército, el III Panzers Corps, antaño célebre por sus cientos de tanques, restábanle unos treinta, pronto reducidos a una docena. Aquel puñado debía multiplicar su presencia, noche y día, en un sector de más de sesenta y seis kilómetros.

Cuatro mil blindados precedían a los rusos sólo en Pomerania. Aquel día, nuestras dos pobres aldeas tuvieron que habérselas con treinta y seis. ¡Y para frenarlos, nada! ¡Nada, sólo pechos y «panzerfausten» !

Combatir con el puño antitanque parece interesante... en el cine. En realidad, los resultados no fueron muy brillantes. Era indispensable esperar que el blindado se pusiera a tiro, a quemarropa, antes de darle al gatillo.

Tratándose de un solo tanque, si el proyectil lo alcanzaba en un punto vital, muy bien. Pero a menudo el panzer no explotaba.

Además, el ataque, casi siempre en oleada, iba limpiando previamente el terreno; la llama de la «panzerfaust», de cinco metros de largo, delataba al tirador, y aunque éste destruyese un blindado, otro lo liquidaba a él con la ametralladora, medio minuto después.

Hasta el último día, cada unidad tuvo sus héroes de los «panzerfausten», magníficos cazadores de tanques soviéticos. No había más remedio, puesto que carecíamos de cualquier otra arma. Pero el hombre que aceptaba aquel duelo tenía la certeza casi absoluta de morir.

* * *

Las órdenes eran de una severidad draconiana, sin parar mientes en cuestiones sentimentales, psicológicas o políticas. Sólo importaba el hecho brutal: resistir.

Prohibido retroceder; aun desbordados por todas partes era preciso agarrarse al suelo y hacerse matar. General que cediera terreno, general destituido e incluso detenido. En un mes de batalla de Pomerania cambiamos dieciocho veces de Mando...

Los comandantes de Ejército, de Cuerpo de Ejército, de División, saltaban como pelotas de tenis, Acababa uno por no saber a qué atenerse ni a quién obedecer. Conscientes de la inestabilidad de su posición, los generales impartían rigurosas consignas, aplicables o no.

Mi batallón de Lübow, acosado por los tanques y a medio exterminar, se hallaba bloqueado en la orilla derecha del Ihna. Ya no me quedaban fuera de Saarow sino doscientos cincuenta hombres, y para ayudarnos a resistir, ni un solo panzer.

Mi puesto de mando se hallaba en una aldea inmediatamente al noroeste de los dos caseríos invadidos; localidad totalmente imposible de defender con el puñado de hombres que me

quedaban.

Sin embargo, exigieron que la defendiera.

Nuestros heridos yacían diseminados en la llanura. Lívidos de dolor y de furor, asistíamos a su asesinato: los infantes soviéticos, avanzando entre los tanques, les iban rompiendo el cráneo con azadillas de trincheras. Uno de ellos agitó inútilmente su pañuelo blanco por encima de la cabeza; aquellos asesinos le hundieron la cara como a los demás.

Coloqué en posición, a la entrada del pueblo, unos cañones alemanes que aun existían en mi sector, y, siguiendo mi vieja costumbre, mandé esperar hasta el último minuto para desencadenar a quemarropa sobre los blindados enemigos un fuego de barrera.

Bajo el ciclón de acero, los tanques rojos corrieron a reemboscarse detrás de un robledal, contentándose por el momento con bombardear la localidad. Las casas se derrumbaban encima de mis oficiales de Estado Mayor, y de mis telefonistas.

Nuestros hombres tenían improvisada una línea en la entrada sudeste de la aldea. Su moral, a pesar de lo crítico de la situación, era increíble. Bromeaban a cual mejor, y se acentuaban sus chanzas al enviarles yo a todos los rezagados de la región, fuere cual fuere su nacionalidad. Los adoptaban y se los repartían.

Yo iba informando regularmente sobre la marcha de los acontecimientos al nuevo Estado Mayor, bastante quisquilloso, que acababan de adjudicarme, por pocas horas sin duda. Los doce blindados afectados al sector sudeste y este, los tenía él celosamente guardados. Por medio del teléfono de campaña no cesaba de colmarme de magníficas y categóricas afirmaciones: ¡ya no había panzers soviéticos delante de nosotros ! En otros términos: aquella situación tenía un no sé qué de paradisiaco...

Y mientras se me regalaban certezas tan formales, con mis propios ojos veía yo cómo los pobres heridos cazados por los obuses, se achataban contra el suelo; intentaban gatear; pero los obuses no los soltaban.

Si el enemigo podía gastar tantas municiones en sádicas diversiones de ese tipo, ¿ qué iba a ocurrir luego?

* * *

Tenía delegado en dicho Estado Mayor a uno de mis jóvenes ordenanzas, un gran mutilado, muy listo. Teóricamente, agente de enlace, de hecho su papel consistía más que nada en ser todo ojos y oídos.

Mientras a mí se me telefoneaba fríamente que podíamos estar tranquilos en aquella nuestra cresta de gallo, en los quintos infiernos, los aviones alemanes de observación señalaban al Estado Mayor de marras el despliegue en dirección nuestra de una columna de cuarenta y un tanques...

¡ Cuarenta y uno! Tony Gombert saltó sobre la moto y vino a avisarme. Pero estábamos tiroteando ya entre las paredes de las casas derribadas: los blindados nos pisaban por todas partes.

Otra sorpresa vino a agobiarnos más aún. Al tratar de establecer contacto con nuestra ala derecha, una de las patrullas no encontró más que el vacío: nuestros vecinos se habían eclipsado, y por la grieta, los rusos estaban entrando en tropel en el bosque del Sudoeste.

También hacia el Este un batallón de Infantería soviética que al atardecer cruzara el Ihna bastante más hacia atrás de nuestra línea, había desbordado nuestra ala izquierda.

Esa era nuestra situación cuando se nos descolgó la masa ensordecedora de los cuarenta y un panzers enemigos. En diez minutos reventaron en veinte sitios la línea. Los nuestros, dislocados en múltiples pedazos, disparaban sus últimos puños antitanques, procurando al mismo tiempo alcanzar bajo la metralla el oeste del bosque.

Los rusos corrían por las calles del pueblo. «¡Es usted responsable del pueblo! ¡Hay que resistir!», me repetía incansablemente, por teléfono, el Estado Mayor.

Anocheció. Contemplamos entonces un espectáculo asombroso: los tanques soviéticos encendieron sus faros; como los automóviles en las autopistas de antes de la guerra, y arrancaron

así hacia el bosque de donde las baterías alemanas huyeran horas antes.

Los rusos, dueños de todas las granjas, organizaron una zarabanda de mil demonios. En total quedábamos unos quince hombres enraizados a la salida norte de la aldea, en los lindes del bosque. Logré replegar allí también mi milagroso teléfono, siempre intacto.

En medio de la baraúnda seguía comunicando: «La Infantería soviética se esparce por todas partes. Frente completamente hundido. Aquí, créanlo o no, hay cuarenta tanques. Ni un solo cañón para obstruir la entrada del bosque. Los blindados rusos entrarán cuando les venga en gana. ¿ Se dan cuenta?»

Me contestaron con una palabra: «Resista».

¡Resistir! ¡Y contener con corrientes de aire cuarenta y un tanques pesados!

* * *

A las ocho de la noche éramos aún cuatro. Mi teléfono acababa también de morir. Cualquier contacto habíase esfumado.

Varios tanques cerraron contra nosotros para franquear la primera línea del bosque. Sacrificamos el último de los puños antitanques en nuestro poder. Eso nos acarreó inmediatamente y casi en mitad de las narices un obús que descalabró a uno de los tres supervivientes e hirió a otro.

Tenía que recuperar como fuera a mis soldados perseguidos entre los pinos. El chofer cargó con el herido y el descalabrado hasta el «Volskswagen» camuflado en un matorral, y yo los alcancé tiroteando. Después de recorrer el bosque, acribillado a balazos, dimos con un caserío, en un claro, a cinco kilómetros al Noroeste.

En todo el trayecto no habíamos visto un puesto militar, ni una trinchera antitanque. A pesar de la inminencia del peligro, no tenían en la aldea ni taponamientos ni defensores.

El pueblo se extendía a lo largo de un par de kilómetros, atiborrado de material de hospitales de campaña y de Estados Mayores de unidades dispersas o desaparecidas. Nadie parecía darse cuenta de nada.

En las granjas se comía con buen apetito. La sopa humeaba en las mesas... ¡Con tal que los tanques soviéticos no se colasen en plena noche a través de aquel inmenso bosque desconocido !

Empezó a nevar. ¿Qué era de mis soldados? ¿Cómo se librarían de aquella batida, diseminados entre los pinares? ¿Alcanzarían a tiempo, al otro lado del bosque, el poblado de Augustenwalde, donde mis oficiales tenían orden de reagrupar sus hombres si los tanques nos copaban en la oscuridad? Los imaginaba escurriéndose con su brújula por el dédalo traidor, en profundidades de decenas de kilómetros de abetales.

Luego se me aparecían de nuevo los tanques de antes, con sus faros descomunales.

¿Dónde estaban?

AUGUSTENWALDE

Eran las once de la noche.

La batalla arreciaba.

Pero no era aquella nuestra primera noche accidentada.

Debía llegar al alba a Augustenwalde, luego a Altdamm, donde, según las órdenes que me transmitiera el Cuerpo de Ejército, teníamos que reorganizar los restos de nuestra división. Pero queríamos descansar unas horas.

Nevaba cada vez más.

El chofer entró repetidas veces para comunicar que las balas rebotaban contra la pared. Pues bien, que rebotasen, si les parecía bien.

De pronto, unos gritos formidables desgarraron la noche a proximidad de nuestra casa.

Conocíamos bien esos trágicos ladridos ; sólo los tanques podían aullar así, breves, roncós. Corrí a la puerta. Las lenguas coloradas de los disparos lamían la entrada del pueblo. ¡Aquellos blindados habían cruzado ya los cinco kilómetros de bosque!

En el horizonte nevado erguíanse los "ramilletes de flores nocturnas del país en llamas. Cientos de camiones se afanaban en ambos sentidos. Una columna de acarreo alemana proveniente de la autopista se había metido de lleno entre los tanques rusos. Otra se obstinaba en remontar la corriente. El camino era estrecho. Las balas rebotaban o se aplastaban contra cubiertas y carrocerías. La claridad de los incendios y de las explosiones era tal que casi parecía de día.

Con toda seguridad, todo aquel material iba a ser pulverizado. Los blindados soviéticos arremetían en el montón, a unos cientos de metros de nosotros. Sus aullidos se turnaban, horrorosos.

Logré meter mi pequeño «Volkswagen» en los campos nevados. Pasando por encima de todo, nos metimos en la autopista antes que los rusos. Detrás de nosotros, antorchas rosadas, gritos, arrancadas de tanques soviéticos, explosiones. ¿Qué resistencia iba a oponer aquel tropel confuso de médicos, choferes, escribientes, corriendo como gazapos y en plena noche?

Los grandes camiones del Cuerpo de Ejército habían olido la cosa, esfumándose un cuarto de hora antes. Todo lo demás estaba perdido sin remisión. No hubiera dado un céntimo por los centenares de vehículos hacinados en la «taza» contra la que arremetían furiosamente los panzers rusos.

La caravana de miseria se estiraba en la autopista cada vez más atroz ; decenas de millares de mujeres y de niños inmóviles en sus pobres carromatos, encapuchados con nieve fresca. Algunos, hoscós, contemplaban el cielo encendido. Sus ojos sin mirada parecían no comprender. Los caballos tenían los ojos medio cerrados y no se movían más.

A unos kilómetros de allí me eché en una casa abandonada, entre un hormigueo informe de soldados.

Al despuntar el día subí aún cuanto pude en dirección de los rusos, para pescar uno u otro de mis soldados rezagados. Calma total en la autopista. Seguramente los rusos habían proseguido su avance por los atajos del bosque.

Pero aquellos senderos debían ser seguramente impracticables y me pareció casi absurdo que los tanques se atreviesen a adelantarse bajo los árboles, a lo largo de aquellas pistas arenosas, estrechas, que algunos cañones antitanques podían interceptar.

Y, sin embargo, los blindados soviéticos debían estar en alguna parte... En la carretera no estaban.

A las diez de la mañana llegué a Augustenwalde.

Augustenwalde, en la extremidad noroeste del bosquej a unos doce kilómetros al este de Stettin, parecía tan bien protegido por las arboledas, que, la tarde antes, los despachos del Cuerpo de Ejército se habían replegado allí.

Fui a ver al general. El jefe de Estado Mayor, colgado del teléfono, me hacía gestos desesperados, señalando en el mapa a medida que llegaban los informes: «¡Aquí veinte tanques ! ¡Aquí, quince! ¡Aquí, treinta!» Se enjugó la frente: «¡Están en todas partes, llegan de todas partes !», me dijo.

Pero desde el Dniéper conocíamos ya los días en que todo se derrumba.

Los camiones del Cuerpo de Ejército estacionaban por allí. Por consiguiente, no ocurría nada especialmente catastrófico. Logró, al fin, agrupar en la aldea parte de nuestros hombres y sus oficiales. Aves de corral, cuidadosamente liadas, cocían a derecha e izquierda a fuego lento, según la buena tradición militar.

Nos consagramos alegremente a saborearlas.

* * *

Unas balas rebotaron en la fachada.

Otra, más indiscreta, partió un cristal y se hundió en la pared. «Están matando gallinas», observó, imperturbable, uno de mis jefes.

Llegaron treinta o cuarenta balas más. Me permití una ligera observación.

«Creo que están matando muchas gallinas.»

Cada uno siguió hincando el diente en la suya.

Esta vez las descargas de obuses sacudieron toda la habitación.

«A las gallinas las cazan con tanques», insistí, pasando a mi vecino un plato de deliciosa fruta hallada en un frasco de la bodega del dueño huido.

Me alcé un poco: los hombres corrían por doquier. Nos asomamos al umbral. Los grandes camiones-radio del Cuerpo de Ejército se largaban en medio de una bulla tremenda, sin desmontar siquiera su antena de diez metros de altura. Las balas silbaban. «¡Ahí están! ¡Cuarenta tanques!»

Los blindados soviéticos habían atravesado el bosque sin tropezar, en treinta kilómetros, con ningún obstáculo.

Nuestros hombres, ágiles como ardillas, treparon en los camiones. Los rusos corrían ya por la estación, al Noroeste, barriendo el camino por donde se iba dando tumbos todo el material estacionado en Augustenwalde. Algunos coches frenaron en seco, catapultando de cabeza en la nieve fangosa, como sapos, a los rutilantes oficiales de Estado Mayor asidos a las capotas de los vehículos.

Imposible improvisar una resistencia: no quedaba un blindado, ni un cañón antitanque o antiaéreo; la región entera había sido desbordada y quedaba obstruida la misma carretera Augustenwalde-Stettin. Tuvimos que bajar por el Sur hasta la ruta de Stargard. Por ella llegamos a Altdamm.

El grueso de los nuestros nos esperaba allí.

La retirada se había realizado con habilidad, y muy pocos de los nuestros desaparecieron durante la noche.

Pero ¡qué situación lastimosa la de nuestra división! En Stargard había sido preciso ya fundir nuestros dos regimientos de Infantería. Los dos batallones de ese regimiento combinado constaban ahora sólo de unos cuatrocientos hombres. Muchos oficiales habían muerto. No quedaba en pie una sola compañía.

Los rusos nos habían hundido una cuña impresionante; antes, pues, de que su material atravesase el bosque, transcurrirían varios días. Algunos contraataques partían ya de Altdamm.

Podríamos, pues, descansar un poco.

Obtuve una semana para reorganizar mis tullidos efectivos y fundirlos con los refuerzos que aquella noche misma nos llegaron a la estación de Stettin.

Pero sólo deseaba conservar conmigo a los más valientes. Beuní a todos los hombres y les agradecí su magnífica conducta, exponiéndoles escuetamente la situación y los duros combates que les esperaban. «Cada uno podía escoger entre la refriega o quedarse en una compañía de descanso. Estaban todos en la Legión como voluntarios. Ya no había esperanza; sólo se aceptaba la sangre libremente derramada. No se diría, más tarde, que en la lucha final uno solo de los valones había caído a pesar suyo.»

Ochenta hombres prefirieron no volver más a la lucha.

Los traté con tanto cariño como antes. Yo no era un negrero. Por otra parte, la mayoría de esos muchachos se encontraban agotados. Hice que los alojaran y alimentaran cuidadosamente, a treinta kilómetros al noroeste del Oder.

Con los seiscientos otros, supervivientes de aquel terrible mes, y con los recién llegados, combiné un batallón de choque.

Al sexto día, antes del alba, partimos cantando hacia los docks y los puentes de Stettin.

* * *

El frente había menguado a ojos vistas de ocho días a esa parte; defendía aún una porción del golfo del Oder, al noroeste de Stettin, lindando con la autopista de Augustenwalde, y cubría Altdamm, extendiéndose más allá del gran puente de ce-Nos alineamos más o menos en el centro del dispositivo, delante de Finkenwalde, largo caserío, prolongación hacia el mentó de la autopista. Sur de los arrabales de Altdamm.

Los rusos se habían hecho fuertes en numerosas lomas de la orilla derecha del Oder, dominando nuestra posición. Allí también tenían instalados más de mil cañones que, con su fuego incesante, desmenuzaban nuestra línea, las casas, las calles de Altdamm y de Finkenwalde y los tres puentes. Nunca, desde 1941, habíamos presenciado semejante trituración.

EL PUENTE DE STETTIN

A mediados de marzo de 1945 no se pudo vivir ya sobre la margen derecha del Oder, en la cabeza de puente de Stettin.

Las casas de Altdamm y de Finkenwalde aparecían desfondadas o por los suelos; los postes de las líneas de tranvías, tronchados ; los árboles, hechos astillas o mondados como fustes. Los embudos nos detenían a cada paso.

La Artillería soviética ametrallaba cada calle, seguía cada desplazamiento.

Para llegar a nuestras posiciones debíamos cruzar el campo de aviación, desierto; aquí y allí aparecían unos cuantos aparatos carbonizados. Pudimos trepar aún a la terraza del aeropuerto, por una escalera cubierta de pedazos de cristales, y contemplar en prodigioso panorama los panzers rojos; todos alineados en el límite de los bosques del Este, y todas las baterías enemigas encaramadas en las alturas.

Desde el norte de Altdamm hasta el puente de la autopista, las fuerzas europeas ocupaban escasamente una faja de terreno de unos 3 o 4 kilómetros de anchura. Los rusos cargaban frenéticamente para cortar y hacer pedazos esa línea y arrojarlos en el Oder.

Los contactos con la tropa resultaban casi imposibles aun de noche. Llovían los obuses a millares. Los puestos de mando de compañía, señalados por el vaivén, eran el blanco de un bombardeo inaudito. Los cadáveres de los soldados obstruían los caminos.

Diéronse órdenes tremendamente severas. Los fugitivos eran ahorcados en el acto, y los «feidgendarmes» los colgaban a la entrada del puente de enlace entre Altdamm y Stetin.

Horrible espectáculo el de los cadáveres rígidos de aquellos buenos mozos alemanes que, físicamente aniquilados por semanas espantosas, habían flaqueado un instante. Sus cuerpos se bamboleaban con un letrero al cuello y esta palabra: «Cobarde». Blanco el color, la lengua dura y azulada, balanceábanse siniestramente en la cuerda, sacudidos por innumerables explosiones, que les echaban encima cables de tranvía.

Los soldados sabían lo que significaba retroceder... Mejor, pues, quedarse en el frente, bajo la metralla, entre los aullidos de los tanques.

* * *

Sufrimos pérdidas espantosas: en tres días, el sesenta por ciento de nuestro sector quedó muerto o herido.

Sepultados como estaban los nuestros en sus agujeros, con la cabeza y los brazos fuera, los cascos de obuses y granadas los herían en la cara. Venían a mi puesto con huecos monstruosos y sangrientos en lugar de la mandíbula, donde a menudo la lengua vibraba aún, rosada, febril, ¡tan larga en aquella papilla!

Presentábanse veinticinco o treinta a la vez; algunos de ellos, heridos al correr, traían pedazos de acero hundidos en los órganos sexuales, que se estremecían, espantosamente azules.

Había que mandar, estar en todo, respirando sangre coagulada, excrementos que se derramaban entre trapos rezumando pus...

Los refugios se fueron hundiendo uno por uno. El primer día, mi puesto de mando, de donde

acababa yo de salir dos minutos antes, fué alcanzado de lleno, aplastado, arrasado, hecho polvo. El sótano glacial de Finkenwalde, en el que pasó la última noche dirigiendo el combate a la luz de una vela, recibió un torpedo que atravesó todo el techo y cayó sin explotar en medio de la estancia.

Tuve que acudir a toda prisa a nuestros puestos avanzados, a la derecha, pues los rusos, a la una de la mañana, nos desbarataron la línea. Los nuestros luchaban magníficamente, clavados en el terraplén del ferrocarril, sin echar pie atrás. Se nos sumaron tres tanques alemanes de modelo viejísimo pero servidos por heroicos muchachos.

Sólo se asomaba al terraplén la boca de sus cañones. En media hora inutilizaron cinco de los panzers soviéticos, al otro lado de la vía férrea. De un tanque a otro hubieran podido interpelarse. Los fulgores plateados de los disparos nos cegaban.

Iba a quebrar el alba cuando el general encargado de la defensa me indicó como puesto de mando otro sótano de Finkenwalde, más cerca del suyo pero allá en la extremidad sur de las posiciones valonas. Así, a un palmo de los rusos, mis contactos con los distintos Mandos de Compañía tenían que ser difíciles...

Como buen oficial disciplinado, me instalé en seguida y envié unos enlaces a por mi Estado Mayor, los telefonistas y la radio.

Era un chaparrón de metralla lo que caía. Primero saltó el puente de la autopista ; los rusos se escurrieron luego, por Finkenwalde, a mi derecha, y llegaron hasta el Oder. Sus ametralladoras, sus piezas antitanques y sus blindados dominaban cualquier ruta eventual de repliegue.

El general que una hora antes tenía su puesto a quinientos metros detrás del mío, no daba señal alguna de vida, y su teléfono no contestaba. Me sentí totalmente inútil, sin saber siquiera lo que sucedía.

Mi respeto por las órdenes estuvo a pique de costarme caro.

En el último minuto me salvó la sangre fría de un motociclista flamenco. Al cruzarse con el general, que se replegaba, le recordó resueltamente que yo debía encontrarme aún en mi puestecillo aislado. El general puso el grito en el cielo: ¡En medio de tanto tumulto me había olvidado! El motociclista arremetió sin fijarse por dónde, llegó y me subió en su máquina. Soldados alemanes muertos yacían numerosos en el camino, de bruces en la arena. Ametrallados y cañoneados por los tanques, alcanzamos el refugio del general, justo para que se nos dijera que acababa de ser relevado de su cargo.

Todo me pareció perdido aquella mañana.

Pero el nuevo jefe nos ordenó mantenernos en el terreno que quedaba.

Era lo más sensato: un repliegue en masa, a campo descubierto, bajo semejante diluvio, hubiérase convertido en una matanza. Los puestos de mando tuvieron que quedarse en la orilla derecha. El general se quedó.

Hundióse el puente mismo de la ciudad de Stettin. La Artillería soviética venía acribillándonos sin tregua. Los obuses rebotaban en el suelo. Otros levantaban columnas enormes en torno de los arcos y sacudían como muñecos a los ahorcados.

La Aviación soviética nos inundaba con centenares de bombas.

Las escuadrillas picaban, volvían, rozaban los techos. Se desmoronaban paredes enteras. El puesto de la Cruz Roja se vino abajo detrás de nosotros; gritos desgarradores de heridos enterrados vivos partían de los escombros...

En lo alto de la línea férrea de Finkenwalde, nuestros soldados, apoyados por unos cuantos tanques, resistían con heroísmo igual al de sus camaradas alemanes pegados a las ruinas de Altdamm.

Como en todas las ocasiones desesperadas, los valones se distinguieron por su encarnizamiento y su buen humor.

Introducíanse en el sector enemigo hasta por los hangares.

Un puñado de ellos, cogidos prisioneros y metidos por los rusos en un bosque de las colinas del Este, aprovecharon un violento bombardeo de la Artillería alemana para evadirse: llegaron

todos, corriendo como gamos, excepto uno que murió en el camino.

Los oficiales, por su parte, dieron el ejemplo más extraordinario.

Teníamos en el batallón a un joven oficial endeble, paliducho, el teniente Leroy, de Binche, voluntario a los 16 años ; había perdido el brazo derecho y el ojo izquierdo cuando los combates de Tcherkassy. Pero se había empeñado en volver al frente, haciendo de oficial de enlace. La presencia de aquel mutilado conmovía hondamente a la tropa.

Leroy tenía un hermano jefe de pelotón. Lo mataron en el terraplén de Finkenwalde, tres días antes de que terminase la batalla del Oder. En vez de abandonarse al dolor, nuestro joven amputado ocupó inmediatamente el puesto del muerto. Accedí. Y presenciábamos el espectáculo admirable de un gran inválido, con el busto deforme, combatiendo tres días y tres noches en cuerpo a cuerpo y disparando con la pistola ametralladora, que manejaba hábilmente con la izquierda.

Una de nuestras enfermeras belgas, viuda admirable, tenía tres hijos en el frente. Los tres se hicieron matar con idéntico heroísmo. La madre, tan dolorosamente afectada, no dejó ni un instante su labor; al contrario, quiso permanecer donde cayeran sus tres chicos, y me rogó le permitiera ejercer su apostolado en primera línea. En pleno huracán de metralla socorría a nuestros heridos con tan inaudito valor que ganó la Cruz de Hierro.

* * *

El encarnizamiento de nuestros hombres era tal que cuando se evacuó la margen derecha del Oder fué a los voluntarios valones a quienes cupo el honor de velar, la última noche, por la seguridad de Finkenwalde. Tuvieron que permanecer tres horas después que los demás en el terraplén del ferrocarril, cubriendo la retirada de las tres divisiones. Estas tres no sumaban juntas mil hombres...

La lucha de Stargard-Oder había durado cinco semanas. Durante aquellos 35 días, los rojos habían lanzado cien asaltos, perdido un material enorme, sacrificado unos 400 tanques, para salvar los 35 kilómetros que los separaban de Stettin.

La noche del despegue fué particularmente patética.

Nuestros voluntarios, respaldados por dos tanques, fingían una actividad enconadamente agresiva, mientras las contrabaterías del Reich volcaban sobre el lado izquierdo del río un diluvio de obuses.

Protegidos de esa manera, los supervivientes de las tres divisiones se escurrieron hacia el Oder, con material y armas, pasaron en silencio el primer puente y se instalaron del otro lado del agua, camuflados entre extensos depósitos de madera que cubrían la primera península.

El gran puerto, iluminado por los incendios, alzaba aún sus docks de cemento de ocho o diez pisos, en los cuales los obuses soviéticos venían a estrellarse en balde. En sus sótanos tenebrosos, donde se acomodaron los puestos de mando, millares de rusos y polacos yacían tendidos sobre viejos sacos; hombres y mujeres confundidos en una promiscuidad de ghetto.

A su entrada en Stettin, el Oder se divide en cinco brazos. Sólo el puente del primero, el más ancho, iba a saltar al acabar la noche.

A las tres de la mañana cada unidad tenía ocupadas sus posiciones en el nuevo sector. Nuestro último pelotón de voluntarios en contacto en aquel momento a tres kilómetros del río, se subió a los dos últimos tanques que lo habían sostenido hasta el fin, y arrancó a toda velocidad. Atravesaron como una exhalación el gran puente de hierro, que se acostó estruendosamente tras ellos en el agua arremolinada.

* * *

Alboreaba.

Los esqueletos ennegrecidos de los grandes barcos incendiados yacían, no lejos de donde estábamos, en los diques secos.

Hacia la otra parte del golfo, Altdamm ostentaba todavía algunos bellos campanarios de ladrillos.

Alzábanse nubarrones de humo.

Unos rezagados alemanes, que ignorando la retirada se habían dormido en las ruinas de Finkenwalde, aparecieron vociferando del otro lado, con los rusos pisándoles los talones. Se tiraron de cabeza al agua; algunos nos alcanzaron a nado; a los demás llevóselos la corriente.

Veíamos cómo los rojos se aproximaban al Oder, en pequeños grupos, como temerosos de una trampa.

Pero la batalla había concluido de veras.

Horas más tarde, la artillería de ambas partes se calló.

Lucía el sol.

El golfo nos traía el olor del mar.

En las vigas de hierro, a la entrada del puente, tres ahorcados colgados aún de la cuerda, a pesar de las explosiones, se recortaban siniestros y verdes en la luz cruda.

Ellos únicamente, entre el enemigo y nosotros, con el letrero blanco, los ojos vidriosos, la lengua retorcida, hinchada y violeta.

X. AGONÍA EN EL BÁLTICO

A fines de marzo de 1945 se derrumbó el frente occidental.

En este tiempo las Divisiones de Pomerania se refugiaban en la localidad de Saint-Vith, que durante toda la ofensiva, resultaría sus tumultuosas aguas entre los dos ejércitos enemigos, momentáneamente paralizados.

Escuchábamos la radio con creciente angustia: la Pomerania había sido conquistada, el Rin franqueado, el Ruhr desbordado, los tanques americanos en las inmediaciones de Cassel.

Teníamos todavía muchos valones en nuestro campo de instrucción de Hannover: los reclutas que estaban adiestrándose, los heridos convalecientes. Además, parecía que, según órdenes recibidas, setecientos hombres de nuestro regimiento de artillería y doscientos de nuestros reclutas juveniles que se hallaban en los alrededores de Praga, estaban en camino hacia tal campo de instrucción.

Deseaba reagrupar todos estos efectivos, por lo que, una vez estacionados mis hombres tras el Oder, me dirigí hacia nuestra base de Hannover.

La región estaba casi tranquila. La llegada de los aliados aparecía sólo como una lejana eventualidad. Sin embargo, el día 29 los tanques americanos avanzaron ciento diez kilómetros, colocándose a unos cuarenta de las riberas del Weser. Un salto más y llegarían hasta Hannover.

En Gronau desmovilicé a los heridos, cuya evacuación era imposible.

Por una orden del Alto Mando, doscientos reclutas valones habían sido puestos en línea de fuego. Estos muchachos se habían alistado para luchar contra los bolcheviques y no tenían por qué hacerlo contra los anglosajones. Tras una larga discusión logré que les retiraran de allí, y embarcándoles en un tren, junto con los trescientos artilleros, los dirigí hacia Stettin.

El Reich ya no oponía ninguna resistencia en el Oeste. Entre los americanos y Berlín existía un desierto total. El frente había desaparecido. Las carreteras estaban desiertas.

Por el contrario, el frente del Este se defendería hasta el último minuto con feroz resolución.

A toda prisa me reuní con mis soldados en las inmediaciones de Stettin.

El Oder semejaba una gran serpiente durmiendo al sol.

El frente yacía silencioso. El aire era tibio, dulce, alegrado por el gorjeo de los pájaros.

La agonía se aproximaba envuelta por el perfume de las tempranas flores primaverales.

A principios de abril de 1945 los blindados aliados sumergieron Baviera, alcanzaron por otra parte el Elba y subieron hacia Bremen y Hamburgo.

Enfrente de nosotros el ejército rojo no se movía; la batalla de Pomerania había costado mucho a los soviets. Cuando la contraofensiva alemana de mediados de febrero de 1945, al sur de Stargard, se habían visto obligados a desguarnecer el frente de Kustrin; habían luchado duramente durante cinco semanas para bloquearnos y conquistar la margen derecha del Oder, alrededor de Altdamm; estaban, pues, lamiendo sus heridas y aprontando nuevo material.

Organizamos Stettin como cabeza de puente autónoma, con 18 batallones. Al III Cuerpo germánico, al que pertenecíamos, encomendósele la zona de Penkum.

El sector por defender era, como de costumbre, exageradamente largo.

Las ilusiones persistían tenaces. A mediados de abril de 1945, tres semanas antes de la capitulación, el general coronel Steiner me anunció la reorganización completa de mi división: iba a recibir el refuerzo de un regimiento de artillería y de uno de infantería, extraídos de unidades alemanas. Mi división alcanzaría así su efectivo máximo.

Previóse incluso para fecha próxima la constitución de un Cuerpo de ejército «Occidente», integrado por las divisiones «Carlomagno» (Francia), «Valonia» y «Elandes», de las que se me confiaría el mando general.

No me entusiasmé demasiado. Yo me atenía a los hechos: con mis supervivientes de Pomerania, mis artilleros sin cañones y mis ingenieros sin pontones, tenía justo para formar un regimiento de infantería digno de ese nombre.

Algo más tarde decidí evacuar a los enfermos y a los heridos leves. La resistencia del Reich estaba quemando los últimos cartuchos y valía más salvar a tiempo lo que en las últimas luchas no hubiera hecho más que entorpecer. ¿Que no era muy reglamentario? Eso no importaba. Firmé un rollo de órdenes de marcha y 200 inaptos se encaminaron hacia Rostok, el viejo puerto del Báltico.

Discretamente, pero echando mano de todos los medios, iba descartando así los pesos muertos para reducir el estropicio final.

* * *

De pensar lo que iba a ser de aquellos supervivientes de la división, que, buenos para el combate, permanecían junto a mí cerca del Oder, me entraban escalofríos.

Ocupábamos la extremidad del frente oriental. En dos días de combates desgraciados podíamos hacernos pulverizar o bien copar por los soviets.

* * *

En vísperas del postrer asalto de los soviets, nuestra legión recibió una misión doble.

El primer batallón, con sus seiscientos cincuenta hombres, retirado momentáneamente de mi mando, había sido escalonado a seis kilómetros más allá, hacia el oeste del puente destruí-do de la autopista del Oder.

Ocupaba un pueblecito encajonado. En caso de necesidad ayudaría a un regimiento alemán de policía que estaba instalado en las alturas de la margen izquierda del río.

Yo asumí el mando de la segunda línea de defensa, a quince kilómetros al oeste del Oder, línea que se extendía sobre cuatro leguas de longitud por encima de una ancha depresión pantanosa.

No disponía para ocuparla sino de mi segundo batallón de infantería y de un regimiento de voluntarios flamencos, de la división «Flandes», colocado bajo mis órdenes.

* * *

A mediados de abril los rusos se lanzaron al asalto final. El sector norte — el nuestro — de Stettin al canal Hohenzollern, permaneció durante algunos días extrañamente callado. Pero Sajonia había sido forzada y se estaba consumando la ruptura frente a Berlín.

En los mapas del puesto del Cuerpo de Ejército del general Steiner, las flechas soviéticas apuntaban hacia la capital del Reich.

De no defenderse la línea principal — y ya había cedido—, ¿ cómo impedir que los miles y miles de tanques soviéticos forzasen la entrada de Berlín?

El 19 de abril por la noche el general Steiner me indicó la magnitud del desastre: los panzers rojos rodaban por el «Ring», la famosa autopista de circunvalación de la ciudad.

Cierto número de camaradas míos se hallaban en Berlín en misión. Con sangre fría poco común seguían publicando, la víspera misma del cerco, nuestro periódico en francés «L'Avenir». Volé con mi «Volkswagen» para informarles de la gravedad del peligro. Berlín estaba a hora y media de mi puesto de mando. Remontando las miserables columnas de refugiados que huían en todas las direcciones penetré a las nueve de la noche en la antigua metrópoli prusiana.

El hotel Adlon continuaba funcionando a pesar de las bombas, de los obuses que caían ya en plena calle. En el restaurante, espléndidamente iluminado, los mozos de smoking, los «maîtres» de frac, seguían sirviendo, solemnes e impasibles, rajas violetas de «kolrabi» en las grandes fuentes de plata de los días felices. Todo con orden, con distinción, sin una palabra destemplada, sin indicio de precipitación.

Mañana, pasado mañana, el edificio ardería sin duda, o bien los patudos mongoles irrumpirían en el *hall* dorado. Pero el «buen tono» seguía siendo el mismo.

Era algo espléndido: el comportamiento, el dominio de sí mismo, el sentido de la disciplina del

pueblo alemán, incluso en los detalles más anodinos, hasta el último minuto, quedarán como noble recuerdo humano en quienes vivieron el fin del Tercer Reich.

En aquel Berlín en trance de derrumbarse, era imposible descubrir la menor señal de pánico.

Y, sin embargo, ¿quién podía dudar aún del desenlace? Las obras defensivas de los arrabales eran ridículas; las fuerzas de infantería, mínimas; los blindados, insignificantes.

El verdadero baluarte había sido levantado frente a Kustrin; había sido hundido; el camino estaba abierto.

Por la noche di una vuelta por la ciudad machacada. Llegué hasta Potsdam. Ni rastro de saqueo. Ni un grito de cizañero derrotista. Los viejos de la «Volksturm» y los chiquillos de la Juventud Hitleriana aguardaban al enemigo, con sus puños antitanques, serios cual los grandes caballeros teutónicos.

Por la mañana cortaron la corriente eléctrica y el teléfono. Centenares de aviones enemigos volaban sobre los techos trazando infinidad de estrías blancas. Los obuses caían a granel. Las baterías soviéticas — miles y miles — armaban un barullo de espanto.

Los tanques rondaban rugiendo a la entrada de la ciudad.

Cuidé de que los camaradas saliesen.

A la una de la tarde dejé el Adlon. Uno de mis amigos alemanes, gran mutilado que en 1941 recibiera ante Moscú veintiún balazos, vino a despedirme bajo la metralla. Le acompañaban unas berlinesas encantadoras, cargadas de una poética cosecha primaveral. Adornaron con profusión de pensamientos morados y de dorado corazón, y con tulipanes rojos el motor del «Volkswagen». Sencillas y esforzadas, sonreían. El Reich se iba, Berlín estaba por hundirse, las peores humillaciones las acechaban a todas ellas; no obstante, delicadas, bellas, ardorosas, traían flores.

* * *

Alcancé a duras penas el viejo camino de Prenzlau a Stettin. Los soviets tenían interceptada la autopista y sus tanques disparaban de firme. Los fugitivos, en una confusión inenarrable de carretas, se sentían perdidos. Los rusos estaban llegando.

Al acercarme a Brusow, sede de mi puesto de mando, unas humaredas fantásticas escalaban el cielo sobre unos treinta kilómetros.

Sobre el último sector intacto del frente del Este acababa de producirse el choque final.

Justo enfrente de nuestros pantanos, los rusos irrumpían a través de la arena de la margen izquierda del Oder.

ADIÓS, ODER

El 20 de abril de 1945, cumpleaños de Hitler, a las seis de la mañana, la artillería soviética abrió un fuego inaudito sobre las posiciones alemanas defensoras de las ruinas del antiguo puente de la autopista, al sur de Stettin.

Llevábamos tres días observando una animación extraordinaria en la zona derecha del Oder: los rusos se habían instalado en una isla alrededor de la primera arcada del puente destruido, y habían acarreado material pesado, ayudándose con barcas, pontones y viejas dragas. Un ataque seguro.

Pero ¿a qué tropas se había encomendado la defensa de ese sector particularmente amenazado? A unas fuerzas de Policía... Más de mil baterías rusas concentraron repentinamente sus disparos sobre la aldea y sobre las dunas, domicilio de los respetables gendarmes. Estos no pudieron contener los potentes kom-mandos soviéticos que, explotando sin pérdida de tiempo la ventaja inicial, despacharon sobre barquichuelas varios batallones de choque al otro lado del agua.

Dado que no era de buen gusto anunciar los fracasos, el jefe de los policías creyó oportuno silenciar lo más posible la derrota de sus efectivos. Resultado: cuando la división de que él dependía se enteró del drama, los bolcheviques corrían ya tierra adentro, al oeste del río, y sus

desembarcos habíanse incrementado considerablemente.

El desquiciamiento tuvo lugar antes de las siete de la mañana. Cuando se apeló a mi batallón de Infantería, incorporado a esa división, daban ya las dos de la tarde.

Partió al contrataque a las tres.

* * *

El estudio del terreno, antes del 20 de abril, nos había enseñado a- mis oficiales y a mí, que de perderse la orilla izquierda del Oder, un contrataque que no partiera con la mayor rapidez fracasaría casi infaliblemente.

En, efecto, a partir de las colinas de la vertiente izquierda del Oder, el terreno bajaba hacia el oeste en landas arenosas, sin accidentes, sin obstáculos naturales. Cargar a través de semejante eriazos, desalojar el enemigo atrincherado en las alturas, equivaldría a ofrecerse a la matanza.

Ahora bien, el 20 de abril, a las tres de la tarde, varios miles de rusos ocuparon la orilla izquierda, franquearon la zona de arena y alcanzaron las ondulaciones a seis kilómetros al oeste.

Tácticamente, aquel batallón de valones, no dependía ya de mi división. Unos carniceros que no tenían los motivos que yo para tratar con miramientos a los hombres les dieron órdenes tremendamente duras: en plena tarde, cubriendo aquellos terrenos pelados, debían recuperar los kilómetros perdidos y volver a instalarse en la orilla del Oder.

Pobres muchachos... Sin una palabra de desaliento obedecieron como era en ellos costumbre, quedando bien claro así, hasta el último día, que su juramento no había sido mera fórmula.

Urgía por lo menos facilitar aquella contraoperación de despeje por medio de intensa preparación artillera. Pero ¿cómo disparar? ¿Con qué?

Dos meses antes, en Stargard, podíamos gastar sólo de seis a diez obuses por batería y por día. Para esta última batalla del Oder las órdenes recibidas fueron aún más draconianas: un obús por día y por cañón.

¡ Un obús ! ¡ Uno!

Restricciones casi tan severas para los lanzagranadas pesados: dos disparos por día. Para los lanzagranadas ligeros: una al día.

Como si dijéramos: cero.

Los rusos contaban con un millar de piezas de artillería y municiones sin tasa. La metralla soviética se despeñaba torrencialmente sobre la zona del frente. No podíamos oponerles sino armas pesadas, sin vida.

Nuestro batallón tuvo que componérselas con las armas individuales. Media docena de tanques apoyaron el ataque, al empezar la acción, pero a distancia y prudentísimamente.

Pese a todo ello, los rusos fueron desalojados: en menos de una hora conquistamos en cuerpo a cuerpo tres kilómetros de terreno.

Pero nuestras pérdidas eran ya severísimas.

El batallón se acercó a las dunas del río luchando hasta entrada la noche. Los rusos habían tenido tiempo de cavar nidos de ametralladoras en cada montículo y su artillería daba de lleno sobre nuestros camaradas.

Llegué al puesto de mando del batallón sólo para animar a nuestros hombres ya que, por desgracia, los habían separado de nuestra unidad. Al atardecer, más de cien heridos llegaron arrastrándose hasta nosotros; habían caído muchos oficiales; pero el ataque proseguía rabiosamente.

Una de las compañías acabó por meterse en el pueblo que dominaba el Oder: nuestro soldados lograron aferrarse a las crestas de arena, a 200 metros del agua.

Habían alcanzado, pues, el río, cumpliendo fantásticamente las órdenes.

Pero ¿de qué servían aquellos desgraciados, solos, en aquel ribazo? Hubiéranse debido enviar en seguida varios miles de hombres y, ante todo, aplastar con artillería y aviación las baterías

enemigas y las tropas soviéticas que iban desembarcando sin cesar.

Algunas compañías letonas llegaron hacia el río por las pistas de arena, detrás de ellos. Pero ¿qué significaban tan reducidos refuerzos? Sin contar con que la aviación soviética no les dejaba respirar. Los incendios estallaban por todas partes, en todos los cruces de caminos. Los pueblos de las cercanías enarbolaban en el crepúsculo sus antorchas pardas y rojas.

El huracán de metralla arreciaba.

Ya no sabíamos donde meter a los heridos.

Los embudos partían las calles, y hasta seis o siete kilómetros del campo de batalla las casas aparecían acribilladas.

* * *

Durante la noche, los rusos transbordaron tropas en masa y descargaron barcasas de material.

El paso del río quedó virtualmente libre: nuestra artillería sin municiones, nuestra aviación sin gasolina no reaccionaban.

Al alba, tanques soviéticos, largos como cocodrilos, prudentes, quietos aun, dibujaban de este lado del río una temible muralla de protección, delante de los pilares del puente destruido de la autopista.

Durante los combates nocturnos, la compañía establecida sobre algunas lomas del Oder, había perdido las cuatro quintas partes de sus efectivos. Cada metro recibía un obús o una granada.

Pero las órdenes eran implacables: ¡ contraatacar ! ¡ contraatacar otra vez! Una auténtica aberración.

Para lograr así al descubierto, como se pretendió, que la presión aflojara, hubiera sido más que nunca necesaria la ayuda de un tiro potente de artillería con blindados, Stukas, y media docena de batallones de asalto.

Pero, tras cuatro años de obediencia, ¿ íbamos entonces a desobedecer?

Nuestras compañías salieron nuevamente, diezmadas cada vez espantosamente.

Seis veces, durante la terrible jornada del 21 de abril de 1945, los valones recibieron orden de llegar al asalto a la margen izquierda del Oder. Seis veces se arrojaron a la hoguera.

Nada más elocuente que esta cifra espantosa: aquella noche del 21 de abril, de los 650 hombres enzarzados desde la víspera en el cuerpo a cuerpo de las dunas, sobrevivían treinta y cinco.

Los otros 615, es decir el 94 por ciento del batallón — heridos o muertos — se habían sacrificado por una causa que todos sabían materialmente perdida.

Pero los alentaba la fe en la inmortalidad de su ideal, empeñados como estaban en obedecer hasta el fin, en ser fieles hasta el fin, los últimos si fuera menester, en una tierra que ni siquiera era la suya...

* * *

Pasé el día intentando preparar la segunda línea, ancha de 20 kilómetros, para la defensa del este de Brüssow.

Pero el sector se quedó pronto vacío. Compañía tras compañía me fueron quitando a todos los camaradas del regimiento flamenco para lanzarlos a su vez cerca del Oder sobre los cadáveres de los soldados valones.

De esa forma, la defensa sobre una segunda línea resultaba absolutamente ilusoria. Sólo me dejaron el último batallón de voluntarios válidos para cubrir 20 kilómetros de terreno contra un enemigo que desembarcaba en tropel.

Los pontoneros rusos, en efecto habían echado un puente sobre el Oder: blindados, piezas de artillería, divisiones enteras pasaban como un huracán. Por otra parte, los soviets lograron instalar a unos kilómetros más arriba dos cabezas de puente más, de mayor anchura aun que las de la autopista.

¿ Quién iba a resistir ahora al cataclismo?

El mando alemán no salió de las duras consignas: ¡ agarrarse !

Había que jugarse la cara y salvar el terreno salvable.

Pero los rusos, millares y decenas de millares, desbordaban nuestros eriales. El país entero chisporroteaba alrededor nuestro.

A pesar de todo, desde el 22 hasta el 25 de abril nos quedamos aferrados inquebrantablemente a nuestra línea de Brüsow, porque tal era la consigna.

La aviación soviética ejercía una dictadura absoluta en el cielo. Los aviones con estrella se descolgaban sobre nosotros, hendiendo el aire ceniciento ametrallando, destrozando paredes, puertas, tabiques. Acribillaban sin cesar el puesto de mando. Luego ardió el centro de Brüsow. Los animales gritaban. Algunas mujeres traspasadas por las largas balas incendiarias, se retorcían en el suelo, con los dedos amarillos, las uñas crispadas como espolones de gallo. Cada cuarto de hora la granizada arreciaba.

A las cinco de la tarde llegó un motorista. El Cuerpo de Ejército renunciaba a la línea de Brüsow, rebasada por el enemigo en ambas alas; teníamos que replegarnos sobre nuevas posiciones, al noroeste de la ciudad de Prenzlauw.

Emprendimos la marcha en el acto. Pero la situación era ya realmente insostenible. Una última ráfaga de avión reventó tres de los neumáticos de mi pequeño «Volkswagen»; los reparó a toda prisa, en medio de unas pjaras de cerdos enloquecidos huidos del fuego de las pocilgas.

Los rusos infestaban la región como ratas.

Las compuertas estaban abiertas. ¿Cómo lograríamos librarnos del torbellino final?

HACIA LUBECK

Era Prenzlauw una vieja ciudad con iglesias de ladrillos, macizas como torreones, pero labradas y bordadas con admirables y esbeltas ojivas.

Cuando la atravesamos, el 25 de abril de 1945, ella también empezaba a agonizar; la aviación soviética llevaba varios días acribillando sus calles; las casas derribadas obstaculizaban la circulación. Los paisanos huían en rebaños, azorados.

Debíamos organizarnos a unos kilómetros al noroeste de Prenzlauw.

Instalé mi puesto de mando en el castillo de Holzendorf, abarrotado de lastimeros rebaños de fugitivos, evacuados en su mayoría de Renania y en fuga hacia el este. Los bolcheviques se les echaban ahora encima arrojándolos de nuevo hacia el oeste, de donde vinieran.

Tantas emociones los habían aniquilado. En muchas mujeres noté miradas inquietantes. Una de ellas andaba arrastrando tres chiquillos rubios, asidos a su falda; esperaba a otro y empujaba en la tremenda baraúnda un vientre enorme, puntiagudo. Al caer la noche, enloqueció. Acostada de espaldas, el hipo entrecortaba su llanto; rehusó cualquier cuidado. Los aviones soviéticos la echaron al amanecer, idiotizada, perdida en la corriente espantosa que se derramaba interminable hacia el norte y el oeste.

La aventura final cogió mezclados a flamencos y valones. Al día siguiente intenté alcanzar el Estado Mayor alemán, del que dependíamos todos tácticamente. Lo encontré muy al oeste, en un feo castillo de ladrillos, escondido en el fondo de un bosque.

Naturalmente, la consigna era resistir. No pude saber más. Volví a mi puesto de mando de Holzendorf.

Prenzlauw ardía. Las columnas de humo se erguían, descomunales, color gris claro, tiesas en el crepúsculo dorado.

A las nueve de la noche, el rumor de la batalla recrudeció hacia el sudeste. Caían los cristales hechos añicos. Los tanques soviéticos zumbaban a la entrada de Prenzlauw.

La ciudad se defendió apenas un cuarto de hora.

Por la mañana, mis observadores me anunciaron que los tanques enemigos se paseaban hacia el sudoeste, muy lejos a varios kilómetros más allá de nuestras líneas.

Se me había prometido un camión de radio receptor y emisor ; pero no lo vimos; ignoraba en absoluto las decisiones del Alto Mando. Por fin, a las once de la mañana, un motociclista alemán me consignó una orden de repliegue, fechada la víspera a las veinte horas. El motociclista se había extraviado y había estado corriendo entre los rusos. Llegaba con quince horas de retraso...

Desde la noche los rusos nos habían rebasado completamente. No sería coser y cantar salir ahora del avispero.

Una vez más, los nuestros habían luchado con maravilloso heroísmo, desde el amanecer, arremetiendo en contraataques desesperados para librarse del empuje enemigo. Uno de nuestros jóvenes oficiales se había metido solo con el fusil ametrallador en una casa convertida en bunker por los soviets. Hizo una matanza espantosa; por fin le destrozaron el brazo.

En vez de obstinarse contra aquella terca resistencia, los rojos se habían bifurcado, avanzando profundamente sobre las dos alas, amplias como el cielo.

Imposible replegarse por el oeste: los rusos bullían a diez kilómetros de Prenzlauw.

Seguimos la dirección norte, al parecer menos amenazada. Las ciudades habían cerrado ya las barreras antitanques: tanto peor para los desgraciados que como nosotros combatían a retaguardia. Nos costó muchísimo sortear los montones de obstáculos o trepar por ellos con los «Volkswagen», últimos medios de comunicación en medio de los tanques enemigos que nos perseguían aullando.

El comandante alemán, nuestro jefe táctico aquellos días, había hecho constar en su orden de retirada que trasladaba su puesto de mando al límite de un bosque, a 20 kilómetros al oeste de Prenzlauw. Llegué allí a las tres de la tarde, tras interminables rodeos e incesantes aventuras. Como era de esperar, no di con nadie en el sitio indicado: únicamente con unos tanques soviéticos que se adelantaban al borde del bosque. De tanto forcejear durante horas y horas entre campos arados y taludes, el motor de mi pequeño coche se había calentado hasta reventar. Llevábamos ocho días sin recibir una gota de gasolina, de modo que para tirar adelante tenía que llenar mi depósito con bidones de un alcohol de patatas confeccionado en la región, carburante en extremo pobre y asfixiante. Nos camuflamos tras un matorral y aguardamos durante un cuarto de hora, reparando la correa del árbol del ventilador, mientras el motor se enfriaba.

Los tanques rusos avanzaban como flechas.

Llegamos por senderos de tierra al cruce de Scarpin. Quinientos voluntarios franceses, con su distintivo rojo, azul y blanco, esperaban en posición, de muy buen humor, aunque no dispusieran sino de fusiles frente a los tanques de la URSS.

Indicáronme por los alrededores el Estado Mayor en cuya busca andaba. De noche y con mucha dificultad lo encontré y, en él, nuevas órdenes de repliegue: un salto, de 50 kilómetros esta vez, hasta el norte de la línea Seu-Strelitz-Neuen-Brandenbourg.

Constábame el agotamiento total de los míos, pero no había más remedio: juntar todas las fuerzas y largarse. «¡El norte! ¡El norte ! ¡Huir de los soviets !»

Mis oficiales de enlace no se hicieron explicar el problema dos veces.

Racimos de jóvenes fugitivas se asían a nosotros. ¿ Qué íbamos a hacer? Nada ya las salvaría de caer en manos de los bolcheviques. Sus chiquillos estaban aniquilados de cansancio, morían de hambre y de sed. Las jóvenes madres, tan bonitas en su desesperación, sabían lo que les esperaba...

* * *

Era el 28 de abril de 1945.

El barullo de las carreteras se había vuelto infernal.

Miles de deportados políticos mezclaban sus uniformes blancos rayados de azul a la baraúnda de los camiones, de los carros, de centenares de miles de mujeres y niños, de las columnas de soldados de toda clase de armas.

Nuestros dos últimos batallones de infantería avanzaban penosamente, pero pasando, a pesar de todo, a través de la gigantesca y abigarrada columna.

Los surtidores color de coral de los incendios de Neu Strelitz, que estallaba, se elevaron en un cielo de locura a espaldas nuestras, a las ocho de la noche. En cuanto a catástrofes, a lo largo de cuatro años de guerra, creíamos haber presenciado los mejores números; aquella noche, sin embargo, Neu Strelitz batió todas las marcas. Como fuego de artificio final de la guerra, no se reparaba en gastos. Prodigiosas explosiones surgían en un estruendo de fin de mundo.

Habíamos penetrado en la escollera de un pequeño lago gris asaeteado por los ardientes reflejos de aquel crepúsculo de magia. Yacía abandonada una barca. La sombra olía a musgo, a «no me olvides», a hojas nuevas. Rincón admirable ideado para murmurar poemas a alguna damisela de sedosos cabellos... Pero era un mundo en llamas el que allí arrojaba su vida al cielo y se despeñaba en vertiginosas cataratas estremeciendo hasta el infinito la noche de primavera...

Los rusos llegarían por la mañana.

Recibimos órdenes: retirarnos más aún hacia el noroeste, atravesando en una sola etapa 60 kilómetros suplementarios.

Estábamos muertos de cansancio, pero el peligro inyectaría a todos la energía necesaria para el nuevo esfuerzo.

Sacudimos nuestros viejos «Volkswagen» agujereados veinte veces.

Hacia el sudeste el cielo entero ardía cada vez más rojo.

Debíamos alcanzar la ciudad de Waren, en el Mecklemburgo, por la mañana misma, rebasar los grandes lagos de la región y acampar provisionalmente en el sector de Tottiner Hütte.

Muchos fugitivos se habían derrumbado durante la noche a ambos lados de la calzada. Decenas de viejecitos, de niños, de mujeres, envueltos en mantas, estaban desplomados unos contra otros en la niebla, bajo los abetos.

Tres hileras de vehículos se apresuraban en filas apretadas, conducidos a menudo por prisioneros franceses, muy abnegados y visiblemente solidarios de la familia alemana apilada en la carreta.

Mis soldados, bien colocados, no perdían tiempo; se escurrían entre los carruajes embotellados con su buen humor de siempre.

Les aconsejé a todos apretar el paso, pues no abrigaba la más mínima ilusión. Tenía en mi «Volkswagen», entre las piernas, un aparatito de radio de pila, y las emisiones inglesas me iban anunciando cada hora, gentilmente, cuál era la situación.

Ahora bien, el frente inglés en Alemania se había puesto de nuevo en movimiento desde hacía dos días. Los «tommies» habían atravesado el Elba al sudeste de Hamburgo; Lubeck constituía a todas luces su meta. Si los soviets llegaban antes a ese puerto del Báltico, nos estrangularían.

Debíamos, pues, a todo trance acuciar la marcha, ir con precauciones y meternos en Lubeck a tiempo. 'Luego veríamos. No había que echar lo sogas tras el caldero, rendirnos como los rebaños sin nervio derrumbados a lo largo de las carreteras que esperaban con sus rostros terrosos la ley incondicional del vencedor.

Quizá desde Lubeck podríamos retirarnos más al norte. Empujé cuanto pude a mis hombres.

Pero estábamos lejos aún del Báltico.

Y los acontecimientos se precipitaron.

* * *

El 30 de abril de 1945, a las ocho, Radio Londres me facilitó una noticia que me pasmó: «Himmler negociaba un armisticio». Las conversaciones se desarrollaban, al parecer, en las cercanías de Lubeck.

El comandante de la división «Flandes» se me había unido en Tottinger Hütte. Desde hacía dos días pugnábamos ambos vanamente por establecer contacto con el Cuerpo de Ejército. La retirada se aceleraba a tal punto, los caminos estaban ya tan atascados que, por vez primera

desde el principio de la guerra, y a pesar de toda la sangre fría del Alto Mando, los enlaces resultaron imposibles. ¡Cualquiera averiguaba lo que tenían que hacer nuestras divisiones y ni siquiera el paradero del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército! Los camiones-radio se esfumaron. Ni un motorista acertaba a remontar la corriente de carretas y refugiados. Tendríamos que bastarnos a nosotros mismos.

La Italia fascista acababa de hundirse. Habían asesinado a Mussolini con un sadismo repugnante; su cadáver colgaba, liado por los pies, como un animal muerto, en plena ciudad de Milán.

Mis precauciones estaban muy bien tomadas para respaldar cuanto fuera posible a mis soldados en peligro.

Al abandonar Berlín, el 20 de abril, había obtenido que me entregasen un millar de tarjetas de trabajadores extranjeros; por lo que pudiera ocurrir...

Había llegado el momento de ponerlas en práctica. Por la mañana del 30 de abril distribuí confidencialmente esas tarjetas a mis comandantes de unidades. Así, en el momento del jaleo final, de quedar dislocadas algunas de mis compañías, aquellos de mis hombres que no quisieran rendirse podrían vestir cualquier cosa, disfrazarse de obreros deportados, evitar los campos militares de internamiento y con esos providenciales documentos falsos dar con algún hogar cómplice en Bélgica o en el Reich.

* * *

Nuestros voluntarios llevaban cien horas caminando de día, caminando de noche. No les di tregua en ninguna parte. Urgía no abdicar ante el peligro, no perder la cabeza; al contrario, agarrarse a las posibilidades de sobrevivir, hacer por alcanzar Dinamarca, luego el glacis noruego, donde quizá la lucha proseguiría; intentarlo todo, por fin, ante las autoridades, para ahorrar a nuestros soldados un tenebroso derrumbamiento en el anonimato de la derrota.

Pensar que un milagro podría contener aún la marea soviética era absurdo. No existían ya ni líneas de combate, ni ninguna resistencia. Rezagarse era suicidarse. Redacté órdenes de repliegue sobre Lubeck. Mis comandantes de batallones y de regimientos tenían que echar mano de cualquier medio de transporte y meter la tropa en cualquier vehículo.

Instalé mis «feldgendarmes» valones en todas las encrucijadas, para guiar a los nuestros de parada en parada, estimular a los remolones y evitarles complicaciones.

* * *

Decidí ver a Himmler, como fuera, y obtener de él órdenes claras para mi división y para la «Flandes», recordándole la existencia de decenas de millares de voluntarios extranjeros, bravos entre los bravos. ¿Los tenía presentes a ellos en los debates de Lubeck? ¿Iban a dejarlos hundirse en un abismo?

Mientras quedara una posibilidad de ayudar a los muchachos tendría que aprovecharla. Acortando por los campos, sorteando cuanto encontró por delante, lancé el «Volkswagen» hacia Lubeck y hacia Himmler.

«HITLER HA MUERTO»

En aquel 30 de abril de 1945 la carretera de Lubeck presentaba el cuadro exacto de la situación.

El torrente de habitantes y de ejércitos provenientes del Este se desparramaba a sus anchas, inmenso y tumultuoso, hasta Schwerin.

Schwerin constituía la confluencia fatal.

Sólo el castillo de los duques, entre las aguas color pizarra, conservaba la serenidad de las piedras que han visto correr hombres y siglos. Las masas revueltas, despeñadas del Este y del Oeste, anegaban el resto de la ciudad. Allí fué donde, con cegadora evidencia, palpamos el inminente desenlace de la guerra en Alemania. Un río humano, procedente de Waren, huía, des-

alentado, de los tanques soviéticos. Otro río humano bajaba del Elba huyendo ante los ingleses. Ambas ofensivas aliadas iban aproximándose como dos hojas de puerta que se cierran.

La proximidad de los ingleses se podía leer escrita en el cielo. A partir de Schwerin, escuadrillas de «Tipfliegers» patrullaban con ensañamiento feroz por encima de las carreteras.

Descolgábanse sobre las columnas, levantando a cada picado diez, quince, densas humaredas. Ardían los depósitos de gasolina, ardían las cubiertas, ardían los equipajes.

Sobre quinientos o mil metros, aquello no era más que un compacto llamear sacudido por las explosiones.

Columnas interminables yacían abandonadas. Mi «Volkswagen» y el de mi jefe de Estado Mayor abríanse paso dificultosamente entre aquellos montones de residuos y aquellas hogueras. Cada cinco minutos nos metíamos en las cunetas, silbándonos en los oídos las descargas de los «Tipfliegers».

El espectáculo más trágico lo ofrecían los soldados heridos. Los hospitales de la región habían evacuado a toda prisa, pero no existía una sola ambulancia. Encontráronse así en los caminos centenares de pobres muchachos con brazos o bustos escayolados, con vendas en la cabeza. Muchos se apoyaban en sus muletas.

Debían llegar así, a pie, hasta el Báltico, entre la metralla, entre vehículos incendiados, dentro del maremágnum de un tumulto indescriptible.

* * *

Poco a poco fui cubriendo los kilómetros, y por la tarde llegué, al fin, a Lubeck, al Estado Mayor del gran almirante Doenitz.

Uno de sus inmediatos colaboradores me apartó a un rincón del despacho y, a media voz, me hizo—era el 30 de abril de 1945, a las cinco y media de la tarde— esta confidencia, que me heló la sangre: «¡Fíjese bien: mañana se anunciará la muerte del Führer!».

¿Había muerto realmente Hitler?... ¿Querían ganar tiempo antes de dar la noticia? ¿Estaban preparando otra cosa?

Sea lo que fuere, un día entero antes de la declaración histórica del gran almirante Doenitz: «Hoy, primero de mayo, a las dos y media de la tarde, el Führer ha caído, como un héroe, durante la lucha de Berlín», la noticia del «fallecimiento» de Hitler me había sido susurrada en el Estado Mayor mismo del gran almirante.

Parecióme más patente aún la inminencia del desenlace cuando, al norte de Lubeck, junto al golfo rayado por la lluvia, entré en las oficinas del Estado Mayor de las Waffen SS. «Dése prisa en ver a Himmler — me dijeron—, es sólo cuestión de horas.»

Pero nadie sabía con precisión dónde se hallaba el Reichs-führer SS.

Acertaron apenas a indicarme en el mapa el castillo que debía albergar su puesto de mando. Para ir a él era preciso volver primero a Lubeck, remontar después la carretera del Este, bordeando el Báltico durante unos cuarenta kilómetros en dirección de Wismar.

Me costó muchísimo, en aquella noche lúgubre, abrirme paso contra la corriente de miles de camiones que volaban hacia el Noroeste. Nos exponíamos a cada instante a hacernos aplastar por los monstruos.

A las dos de la mañana, cuando llegábamos a la región de Kladow, me llamó la atención un fenómeno asombroso. Las largas claridades blancas de un reflector alumbraban la costa cercana y el cielo. Debía ser el campo de aviación de Himmler.

Pero semejante alarde de iluminaciones suponía que el enemigo las toleraba.

Imaginé a Himmler volando en aquel momento en las tinieblas. Y, efectivamente, volaba.

El castillo ocupado por su puesto de mando estaba casi desierto cuando penetré, por fin, después de haberme extraviado interminablemente en un bosque arenoso de los alrededores.

Era una lúgubre construcción en falso gótico. 1900, verdadera decoración para un film policíaco. Pasillos y escaleras estrechos, siniestros, casi sin luz. Estandartes de gremios colgaban

apretados como en una capilla fúnebre. En el comedor, unas pinturas modernas representaban todas las categorías de comilones, involuntarias caricaturas estilo Picasso. A lo largo de las almenas de ladrillo rojo y bajo los álamos del parque velaban policías de largos rostros cenicientos y arrugados.

No descubrí más, en aquellas profundidades, que al jefe del tren especial de Himmler, persona alegre, siempre servicial, con profusión de motitas grises en la cara, como si ésta hubiera servido de terreno de maniobras a una colonia de moscas.

Me condujo al despacho de un coronel, de ojos cansados y sin color.

Saludé con el «¡Heil, Hitler!» de costumbre. Ningún «¡Heil, Hitler!» me contestó. La abstención me pareció curiosa. Interrogué discretamente. Todos me parecieron muy apurados. Era evidente que el tema Hitler habíase convertido en un tema de conversación prohibido en aquellas salas cavernosas.

Nadie pudo decirme cuándo volvería Himmler. Había salido, en avión, «para el Norte».

Por la mañana reapareció como un relámpago, pero sólo por unos minutos. No nos dio tiempo de verlo. Cuando llegamos a la escalera había salido ya, pálido, sin afeitarse. Sólo distinguimos tres autos resbalando sobre el camino de arena,

Himmler había firmado, sin embargo, acto continuo, cual la dejé preparada aquella noche misma, la orden de repliegue de la División «Valonia» y de la División «Flandes» hacia Bad-Sedeberg, localidad del Schleswig - Holstein, al noroeste de Lubeck.

Había declarado que deseaba verme, recomendando que buscara alojamiento por allí y esperase su vuelta.

Metí inmediatamente a mi jefe de Estado Mayor en uno de los dos «Volkswagen», con la orden oficial, y lo lancé al encuentro de las tropas flamencas y valonas por la carretera de ¡Schwerin. Al mismo tiempo envié, con el otro coche, a mi segundo oficial de órdenes a Bad-Sedeberg, con objeto de que se dispusieran acantonamientos para nuestros agotados soldados. El oficial transmitiría, además, las órdenes de Himmler a los puestos de Feldgendarmes y a la Kommandantur de Lubeck.

Me quedé solo.

Alójeme en la casita de un herrero, sobre la ruta de Wismar. Cogí una silla y me senté en el umbral de la puerta, como cada tarde hiciera, de pequeño, junto a mis padres, en mi ciudad natal.

Los camiones pasaban incontables. Los «Tipfliegers» eran, más que nunca, amos de las carreteras. Los disparos pasaban zumbando al Este, al Norte, al Oeste, sobre interminables filas de hogueras rojas y grises.

Soñaba. Mis ojos vagaban por el vacío, como si aquel mundo en que tan intensamente viviera hubiese expirado ya y se deshilaclase en triste humareda.

A una media hora se hallaba el Báltico, del otro lado de unos labrantíos, con sus trigos, despuntando en el día abrileno. Al caer la tarde me fui a sentar allí, sobre una piedra oscura. Era un atardecer rosado apenas. Ni un eco del inaudito tumulto de las carreteras. De cuando en cuando un avión alemán, para pasar inadvertido, rozaba las olas junto a la costa.

¿Acaso mi sueño estaba muriendo también, como aquel cielo pálido invadido por la noche?

Me levanté, torné por el sembrado y me tendí, con armas y todo, al lado del herrero, inmóvil en la oscuridad.

A las dos de la madrugada sacudieron la puerta con estruendo.

Corrí a abrir.

Una vela iluminaba más o menos la modesta habitación.

Un joven coronel alemán, enviado por Himmler, se mantenía ante mí rígido, con los rasgos endurecidos.

Comprendí antes de que desplegase los labios.

«El Führer ha muerto», murmuró...

Los dos callamos. También callaba el herrero.

Luego dos lágrimas, lágrimas de corazón puro, resbalaron por sus curtidas mejillas...

MALENTE

El coronel alemán portador de la nueva de la muerte de Hitler añadió que Himmler abandonaría aquella noche misma la región, para establecerse al norte de Lubeck, hacia Kiel, en Malente.

Nombre enfermizo, con blanduras de fiebre.

Himmler me pedía fuera a verlo allí, por la tarde del 2 de mayo, a las tres.

Pasé el resto de la noche pensando en Hitler. Ignoraba los términos de la declaración de Doenitz, materialmente falsa. Por consiguiente, no hubiera podido sospechar entonces nada sobre la muerte del Führer.

Lo veía de nuevo, sencillo, tan sensible de corazón, rebosante de genio y de potencia. Su pueblo le había amado y seguido hasta el fin. Ningún movimiento conmovió, a lo largo de la guerra, la admirable fidelidad de las masas alemanas hacia el hombre cuyo desinterés, honradez, espíritu social y sentido de la grandeza germánica, conocían.

Hecho casi único en la historia del mundo: maltrecho, triturado, ahogado en los dolores más atroces que un pueblo pueda soportar, ese pueblo no se permitió una murmuración contra el jefe que lo puso y mantuvo en tan terrible camino.

En cada casa, en cada carreta fugitiva, se lloraba en aquel momento o se rezaba, sin duda alguna. Pero a nadie se le ocurriría una palabra de reproche. Nada de quejas. Lo compadecían a él. Desaparecía en la apoteosis de los dioses vencidos, en el tronar de un mundo agonizante, como surgido de los coros de Wagner. Desaparecer así era resucitar con inmensidad sobrehumana en la imaginación de los pueblos, proyectado en una epopeya inextinguible.

* * *

Pero, ¿qué sucedería mañana, en aquel día conmocionado por semejante vacío?

Eclipsado el Führer, Berlín perdido.

El sur del Reich se derrumbaba.

Una marejada prodigiosa había barrido el Norte.

Los ejércitos no luchaban ya, no por falta de valor o de disciplina, sino por no existir ya ni frente, ni panzers, ni municiones, ni enlaces.

Las carreteras alargaban kilómetros de sufrimiento, de hambre, de sangre. La desaparición de Hitler era el aldabonazo final de la guerra en Alemania.

A las cinco de la mañana, mi pequeño «Volkswagen» frenó ante la muestra de la herrería. Allá, en Bad-Sedeberg, mi segundo oficial de órdenes se había enterado, por la radio, de la muerte de Hitler. Comprendiendo en el acto que todo se rompía, había vuelto grupas, remontando otra vez, de noche, el alud de la retirada, para tratar de salvarme. En ocho horas de esfuerzos había logrado cubrir los cuarenta kilómetros.

Me puse en marcha sin demora. Sorteamos millares de camiones abollados en los caminos.

A medida que íbamos acercándonos a Lubeck, se iba haciendo casi imposible avanzar, y los tanques enemigos arremetían con furia a espaldas nuestras.

A diez kilómetros de Lubeck, antes de entrar en la ciudad, el camino atravesaba un bosque. Era aquello una maraña inimaginable. Columnas de inmensos camiones azules y blancos de la Cruz Roja sueca se esforzaban por avanzar hacia el Este, a fin de socorrer a los deportados políticos liberados que acudían de Waren y de Schwerin escapando igualmente de las tropas de la U. R. S. S.

Como todos querían pasar, no pasaba nadie.

Apelando a los grandes medios, empujé mi «Volskwagen» por un terraplén de tranvía que

pasaba cerca, y recorrimos así los últimos kilómetros, como verdaderos equilibristas, zarandeados, tirando adelante sobre los tarugos y las vías.

* * *

Lucía el sol sobre Lubeck.

La noble ciudad hanseática sufrió relativamente poco de los bombardeos y erguía aún en el aire brillante sus nobles mansiones de antiguos ladrillos patinados y sus edificios góticos de las épocas gloriosas, cuando los barcos de altura de la Hansa

Teutónica cortaban las espumas del Báltico y del mar del Norte.

Mis feldgendarmes esperaban en las encrucijadas a los voluntarios valones y flamencos para canalizarlos hacia Bad-Sede-erg. En el cuartel de Lubeck encontré un primer contingente.

En cuanto nos alcanzara el grueso de la tropa, formaríamos un cuadro en Bad-Sedeberg, por lo que pudiera ocurrir.

Mi decisión estaba tomada: o bien la suerte de los voluntarios antibolcheviques se decidía con toda claridad en el momento del armisticio, o, constituyendo, como lo hacíamos, una-unidad extranjera, no nos estimaríamos obligados por los negociadores alemanes. Nos batiríamos furiosamente, mientras fuera menester, en tanto no se nos garantizara una rendición humana y honrosa. Para facilitar esa solución tenía decidido entregarme a la policía política belga, puesto que era yo el fundador de la Legión, a condición, sin embargo, de que mi sangre sacrificada al odio, pagase la salvación de mis compañeros del frente oriental.

Si no, nuestro combate continuaría hasta el fin, a rajatabla, lo mismo después que antes del armisticio.

Mis soldados no eran muñecas. Nuestro «Alcázar» también hubiera resistido espléndidamente.

Por desgracia, unas horas más tarde, un prodigioso ciclón se llevó hechos pedazos mis proyectos. Pero intentaría aún, obstinadamente, realizarlos en Copenhague, e incluso en Oslo. Pero el tifón que nos barría a todos iba a soplar cada vez más vertiginosamente...

* * *

Me quedé hasta principiada la tarde en el cuartel de Lubeck y envié un destacamento de oficiales y de soldados a Bad-Sedeberg, a donde llegaría yo mismo al acabar el día, después de mi entrevista con Himmler.

Luego salí para Malente.

Comarca suavemente ondulada, fresca, armoniosa; pinares, abedules, extensos pastos de color verde oscuro, lagos azules y negros, bordeados de villas y hoteles. Antes había atravesado la pequeña ciudad de Eutin. Halló trabajosamente el puesto de mando de Himmler, detrás de un bosque, en una granja apartada de Malente.

No lo vi allí. Las noticias que me comunicaron fueron particularmente catastróficas: los ingleses habían conquistado Schwerin, cortando la retirada al ejército que retrocedía desde el Mecklemburgo.

El ambiente de la casa me pareció macabro.

En las habitaciones de la granja rondaban y cuchicheaban, cabizbajos, grandes funcionarios de policía, quienes me explicaron, compungidos, que Himmler se había ido sin que nadie supiera adonde, sin que nadie pudiera decir si volvería.

¡Tanto peor! Monté en mi «Volkswagen». Me las arreglaría solo con mis soldados.

Por la carretera de Lubeck y de Bad-Sedeberg regresé al Sur. Eran las cuatro de la tarde.

En saliendo de los bosquecillos de Malente y una vez en la ruta de Eutin comprendí la importancia de las dificultades que me esperaban. Los «Tipflieger» británicos fulminaban, con furor de posesos, cada kilómetro de carretera.

En las cunetas y umbrales de las casas, desgraciadas mujeres y niñas estaban tendidas, en vana espera de socorro, con las piernas perforadas, las tibias partidas por los horribles cartuchos incendiarios.

Al penetrar, desde Eutin, en la carretera, el espectáculo adquirió caracteres dantescos: innumerables carros de refugiados, un sin fin de camiones militares, ardían. La calzada parecía una fragua.

Los conductores de los vehículos se tendían boca abajo en las cunetas o corrían por los campos.

Para conocer la red de los caminos del país bastaba mirar al cielo. Rabiosos como aves de rapiña, los «Tipfliegers» picaban; inmediatamente metía yo el «Volkswagen» entre dos camiones en llamas. Era el sitio mejor: el torbellino de fuego y de humo camuflaba más o menos el vehículo; terminada la ráfaga saltaba de nuevo en el coche y avanzaba quinientos metros, antes de que me cayera encima el nuevo ataque.

Un chofer alemán junto al cual me tiré detrás de la cerca de un huerto me dijo que los ingleses estaban en Lubeck. No lo creí. Era un bulo; imposible. ¡Si por la mañana las fuerzas del Reich ocupaban aún Hamburgo!

Alcanzamos el empalme de la carretera de Bad-Sedeberg.

Las descargas atronaban, horrorosas. Desde la carretera lateral, lo mismo que desde la de Lubeck, llegaban soldados corriendo como locos; su camión ardía por 'allí cerca. Me acerqué a un mayor que los estaba interrogando. Todos anunciaban idénticas noticias: Lubeck se había rendido, a las cuatro de la tarde, sin un solo disparo. Los hospitales de la ciudad albergaban 20.000 heridos. Los puentes habían caído intactos. Los tanques ingleses acudían por la carretera, justo en frente de nosotros.

¿Y Bad-Sedeberg?

El golpe de gracia: ¡Bad-Sedeberg también había caído!

Quise discutir. Pero así era. Por Hamburgo, declarado aquella mañana misma ciudad abierta, los tanques británicos habían cruzado inmediatamente, remontando luego, sin combatir, hasta más de cien kilómetros al Norte. Los «Tipfliegers» lo asolaban todo a su paso. Bad-Sedeberg cayó durante la tarde.

Me quedé anonadado, deshecho. A mediodía estaba aún, con mis camaradas, fuera de la tenaza del Meckleraburgo, y he aquí que un torbellino prodigioso, un ciclón, acaba de arrancármelos en unas horas, sin poder salvarlos, ni compartir siquiera con ellos esos momentos de angustia. Me quedaban dos oficiales y un soldado. Todo se había roto. De repente, como una torre que se desploma sobre los transeúntes, la catástrofe caía sobre mí. No había nada que hacer, sino intentar nosotros mismos huir del tifón en marcha.

* * *

Esperaba, a pesar de todo, juntarme con parte de mis muchachos en Dinamarca. Doscientos de ellos, enviados a tiempo a Rostock, habían podido seguramente embarcar allí.

Otros, en la imposibilidad de alcanzar a tiempo Lubeck, habían debido llegar también a la costa. Mis hombres eran entre los listos, listísimos y pasaban por donde no pasaba nadie.

Pero a mí, personalmente, cuatrocientos kilómetros me separaban de Copenhague, con el «Volkswagen» cayéndose a pedazos, treinta litros de alcohol de patatas en reserva y el camino hecho un brasero.

Quería luchar y esperar mientras hubiera esperanza; reanudé el viaje al Norte.

A cada picado de los «Tipfliegers» temía que una descarga liquidara el cochecillo. Varias balas lo habían atravesado, sin romper nada esencial.

Una interminable fila de camiones en llamas lo bloqueaban todo. El ministro Speer, con el coche inmovilizado en aquella batahola, trataba de despejar el camino, rodeado de miembros del Estado Mayor de la Organización Todt, con rutilantes uniformes color cacahuete y caca de ganso; unos tipos buenazos, chuscos a más no poder, en medio de aquel tumulto.

Logré empujar mi auto «todo terreno» por los campos, y **por** los surcos adelanté unos kilómetros.

De pronto, de una carretera lateral, desembocó un gran coche negro; al volante un hombre de

rasgos enérgicos, palidísimo, con gorra de cuero.

Lo reconocí: Himmler.

Lancé locamente mi pobre «Volkswagen» en pos de él.

KIEL-COPENHAGUE

Me fué imposible mantener la distancia con el potente coche de Himmler. Pero noté su dirección; iba a Malente.

Mi cacharro hizo una entrada sensacional en el patio del hotelito del Reichführer SS, en el momento en que subía al coche todo el elemento policíaco.

Himmler impartía aún órdenes a dos generales de la SS. Reconocí en uno de ellos a mi buen amigo, el célebre profesor Gehbart, médico del rey de los belgas, Leopoldo III. Me acerqué ; Himmler me demostró la más sincera amistad.

Su sangre fría era impresionante. Todo estaba consumado. Sobre todo para él. Demostraba, empero, una tranquilidad asombrosa. Le pregunté qué pensaba hacer: «Soy alemán — me contestó—, no abandonaré el suelo de Alemania.» Cumplió su palabra. Es tierra alemana la que hoy estrecha su cuerpo, a la vera de algún camino hacia Luneburgo.

Me aconsejó fuera cuanto antes a Copenhague para reagrupar allí a mis soldados. El gobernador de Dinamarca, doctor Best, se hallaba junto a él. Le dio instrucciones a ese respecto.

Sus ojillos vivos parpadeaban en la semioscuridad del crepúsculo. El, tan seco siempre y tan reservado en sus sentimientos, me cogió con fuerza las manos: «Han sido de los fieles, usted y sus valones — me dijo—, han sido los últimos a nuestro lado en el combate y en la desgracia. Un día Alemania se acordará.»

Dio breves órdenes y se puso al volante.

De pronto, en el instante de arrancar, bajó el cristal de la ventanilla y machacó estas palabras: «Degrelle, usted será necesario un día, Todo cambiará pronto. Eesista seis meses. ¡Debe vivir!»

Arrancó.

Quince grandes coches se lanzaron detrás del suyo, en dirección Norte.

Mi modesto «Volkswagen» intentó seguir el zumbante cortejo, pero quedó pronto aislado. Solo en la noche hermética, siguió afanándose con su alcohol de patatas.

* * *

Una hora más tarde volví a topar con la columna.

Esta huía hacia el Sur, atestando enteramente la carretera salpicada de embudos. Una enorme flotilla aérea apareció a cuatro kilómetros delante de nosotros, por encima de Kiel.

Himmler hizo rodar los coches por un sendero lateral. Las bombas caían a montones sobre el puerto.

Se produjo una parada. Luego la columna volvió a avanzar.

Pero cuando nos hallábamos a las puertas de la ciudad sobrevino una nueva oleada de bombarderos aliados. Hubo que abandonar los coches en la carretera y zambullirse en el barro de los jardines. Las dos secretarías de Himmler, una muchacha larga, negra, huesuda, zancuda, y otra pequeña, rechoncha, pecosita y con la piel llena de granos, se agitaban entre generales y policías. Por lo visto, las infelices habían perdido los zapatos en el barrizal. Himmler daba voces para restablecer el orden en la expedición: «Disciplina, señores, disciplina».

Hizo subir a los suyos en los coches y emprendieron nuevamente la marcha hacia el Sur, en busca de un refugio. No volvieron más. Había dejado a Himmler para siempre.

* * *

Kiel fué tapizado de bombas durante varias horas. Explotaban muy cerca de nosotros,

innumerables. El suelo retumbaba como si emitiera ondas ; resplandores gigantescos iluminaban el cielo. Pudimos por fin colarnos entre montones de escombros, cables de tranvía y la muchedumbre que surgía de los refugios en un silencio sepulcral.

Cruzamos el gran puente de Kiel.

Mi pequeño «Volkswagen» avanzaba juiciosamente en el frío de la noche. De pronto comenzó a resentirse, a sobresaltarse y acabó por detenerse muerto de veras, con las bielas fundidas. Había probado de todo, todo lo había dado.

Eran quizá las tres de la mañana.

Los aliados estarían avanzando por todos los caminos. ¿íbamos a perdernos estúpidamente por una simple avería de motor?

Marchábamos por un sendero desierto, extraviados en la noche, sin un mapa de la región.

Por suerte, al clarear, pasó un automóvil y montamos a horcajadas sobre el guardabarro. El pobre «Volkswagen» quedóse en el camino, melancólico, con su guerra perdida, en espera de los ingleses...

Llegamos por la mañana a Flensburg donde un general me proporcionó otro «Volkswagen». A la una de la tarde rodábamos sobre el macadám danés, entre las pingües dehesas, doradas, con bosquecillos, molinos, alquerías, blancas de postiguillos azules, verdes, encarnados...

* * *

También en Dinamarca se sentía el fin cercano.

Habíase prohibido terminantemente a las tropas alemanas en retirada rebasar la frontera germano-danesa. Los aduaneros nos retuvieron pues durante una hora: fué preciso un telefonazo del mariscal Keitel en persona para que los guardas se decidieran a dejarnos proseguir nuestro camino.

Una fila de autocares de la Cruz Roja sueca transportaba delante de nosotros montones de prisioneros políticos liberados de los campos de concentración alemanes.

Una multitud enorme se agolpaba en cada localidad para aclamarles.

Nuestro cochecito de la SS, en cola del cortejo, no alcanzó, ni mucho menos, éxito tan rotundo. Los hombres nos mostraban el puño; las mujeres nos mostraban otra cosa, desde luego encantadora, arremangándose la falda por detrás.

Éramos los únicos de uniforme, enredados bien a pesar nuestro, en aquellas manifestaciones incesantes. Siendo imposible adelantar dentro del convoy, tuvimos que recorrer así los herbazales de Jutlandia, salvar el pequeño Belt por el espléndido puente de Fredericia y luego cruzar de parte a parte hasta el puerto de Nyborg, la isla entera de Fünen.

Nyborg se hallaba virtualmente sitiado; las tropas alemanas, como si hubieran querido internarse ellas mismas, aguardaban detrás de densas cortinas de alambradas.

Luego había que emprender la travesía del Gran Belt, a bordo de un barco, en una atmósfera terriblemente electrizada. Muchos navios alemanes, con decenas de miles de refugiados del Reich, fondeaban en el puerto sin atreverse a desembarcarlos.

Se empezó por cargar en un primer trasbordo los camiones de la Cruz Roja sueca. Entre aclamaciones y flores para los prisioneros liberados, y la multitud entonando himnos, nosotros esperábamos que de un momento a otro nos arrojasen al Gran Belt.

Estuvimos esperando cuatro horas.

Por fin se efectuó la travesía. El desabrimiento del personal era algo serio. Desembarcamos en la isla de Seeland en plena noche.

Los maquis pululaban en el país, y quedábannos por recorrer más de cien kilómetros antes de alcanzar Copenhague por carretera. A las dos de la mañana dejamos atrás las alambradas que defendían el acceso a los edificios alemanes de la Grand Place.

* * *

Mis cálculos resultaron exactos: un grupo de soldados valones llegado por mar estaba en Copenhague. Nos encontramos con gritos de alegría.

Se convino con el general Planke, jefe de la SS en Dinamarca, que a medida que llegaran nuestros hombres partirían hacia Noruega, donde nos reagruparíamos y arrostraríamos la situación.

Aquel era el último frente antibolchevique. Los 300.000 soldados alemanes estacionados allí disponían de armamento y de abastecimiento perfectos ; podían resistir aún mucho tiempo ; su rendición, la última, les valdría sin duda mejores condiciones.

Fijé todos los detalles para el traslado de mis hombres. Los valones empezarían a partir para Oslo al día siguiente.

Esos proyectos nos serenaron. El sol picaba. Estábamos asomados a la ventana. La Grand Place de Copenhague bullía de animación. Día de mercado, con los titiriteros, sus números y sus chistes. Contemplábamos el dorado espectáculo con ojos divertidos de turista.

* * *

El general de las SS me propuso habitar en su casa de campo, la Haus Vikingen en las afueras de la ciudad, junto al mar. La casa estaba libre y allí podría descansar un poco. Al día siguiente por la mañana, un avión me dejaría en Oslo.

La tarde fué maravillosa.

En el hotelito reinaba un gusto perfecto. Al borde del césped se extendía el mar, apacible, gris azulado, ondulado con olas minúsculas. Aquella noche se nos sirvió una cena copiosa. A pesar de la guerra, Dinamarca vivía bien: pasteles, huevos, quesos, tocinos, chacinas variadísimas...

Pero yo estaba pendiente de otra cosa.

Tenía colocado en marcha, cerca de mí, el aparato de radio. Eran quizá las diecinueve y media. En una emisión alemana me pareció oír que se hablaba de la capitulación de Dinamarca. Corrí de estación en estación y escuché por fin la frase fatídica: «Los ejércitos de Dinamarca han capitulado sin condiciones. Depondrán las armas mañana por la mañana a las ocho».

Intenté telefonear a los despachos de la SS; por el aparato no pude oír más que los alaridos de la muchedumbre delirante que asaltaba los edificios.

Todas las campanas de la ciudad se pusieron a repicar.

Habíamos corrido para nada.

La ratonera estaba cerrada.

MAQUIS E INGLESES

Era el viernes 4 de mayo de 1945, por la noche.

Mis oficiales de órdenes, el chófer y yo hicimos el balance: la rendición de los ejércitos del norte del Reich y de Dinamarca era un hecho; estábamos solos en un rincón de Copenhague, en un barrio absolutamente desconocido; dentro del hotelito del general de la SS, lo cual no mejoraba en nada nuestra situación...

El más joven de los oficiales se carcomía de impaciencia: «Mañana, decía, será demasiado tarde. La solución hay que encontrarla en seguida, Yo voy al Estado Mayor alemán».

Llevó consigo al chófer e instaló un fusil ametrallador sobre sus rodillas.

Un cuarto de hora después, en el centro de la ciudad, caía en medio del motín desatado. Los revoltosos atacaban a los soldados aislados que no se habían guarecido a tiempo. Oficial, chófer y automóvil desaparecieron en aquella oscura tragedia.

A las once de la noche el balance se había simplificado: éramos sólo dos; sin auto; sin señas de nadie.

* * *

Una llave rechinó en la cerradura. La puerta se abrió.

Entró un hombre.

Era un paisano alemán convaleciente en Copenhague. Vivía— lo ignorábamos — en la misma casa que nosotros.

El muchacho había ido a pasear desde mediodía, a lo largo del mar y volvía para dormir. ¿ Que la guerra se había acabado? ¿Ya él qué? El no era soldado. Esperaba, pues, filosóficamente los acontecimientos.

Se desnudó, se puso un pantalón de pijama verde pálido; tenía el busto bronceado como un maltes. Y se comió los plati-tos de entremeses que en nuestra emoción habíamos abandonado.

Lo volvimos a la realidad.

Nuestro caso le pareció entonces indudablemente algo más complicado que el suyo.

—¿Conoce usted alguna personalidad que viva en los alrededores ?

Masticó despaciosamente un huevo con mayonesa, esperó un momento:

—Sí — dijo—, el gobernador alemán de Dinamarca vive a cinco minutos de aquí.

No nos lo hubo de decir dos veces. Mi último oficial de órdenes, el capitán Du Welz, se vistió de paisano y se dirigió en seguida a la propiedad del doctor Best.

Este, en la cocina, desplomado detrás de 19 maletas, se tiraba de los pelos. No veía medio de sacarnos de Copenhague.

—¡Voy a probar! — dijo—. Si es posible aún, dentro de una hora un oficial de marina irá por ustedes y tratará de embarcarlos.

Esperamos toda la noche tendidos en el vestíbulo.

No vino nadie.

Por la mañana ondeaban banderas rojas y blancas sobre todas las villas cercanas.

Una lancha automóvil patrullaba a cien metros delante de nuestra terraza. Camiones repletos de guerrilleros con casco, fusiles ametralladores, pasaban como torbellinos por el bulevar. Todos señalaban con el dedo la Haus Viking.

Sin duda alguna nos iban a atacar de un momento a otro.

* * *

Los criados habían ido a pescar informaciones: alboroto total en la ciudad; el populacho había asesinado a unos alemanes ; varios miles de maquis se habían adueñado de la calle. Los inmuebles alemanes del centro hallábanse rodeados por una multitud furiosa.

Y, con todo, casi envidiábamos a nuestros camaradas sitiados allí. Ellos por lo menos estaban juntos, podrían resistir hasta la llegada de las tropas inglesas; mientras que a nosotros dos no tardarían en hacernos pedazos.

Llegaban de la ciudad los ruidos violentos del combate, el tableteo de las ametralladoras y hasta algunos cañonazos. Una rendición bastante ruidosa.

¿Cuándo y cómo íbamos a sucumbir?

De pronto, un magnífico coche cerrado, color azul, con matrícula danesa, paró ante la puerta. Se presentó un hombre.

—Vístanse de paisano en seguida y monten en el coche.

En unos momentos nos pusimos pantalón y chaqueta de burgués sobre el uniforme.

—Intentaremos atravesar la ciudad—nos dijo el conductor, un caballero de dos metros, impecablemente trajeado.

—¿Y si nos atacan?

—Entonces nada que hacer. Deben dejar aquí todas sus armas, hasta los revólveres. Las tropas de Dinamarca han capitulado. Tenemos que respetar la palabra del Reich.

Vaciamos los bolsillos.

El coche partió por la avenida.

Nuestro piloto era un oficial de paisano. El doctor Best, magníficamente fiel, le había mandado hacerlo todo por salvarnos. Lo intentaría. Unos navios alemanes fondeaban todavía en un rincón del puerto de Copenhague y haríamos por llegar a ellos.

Pero antes era preciso atravesar la ciudad entera.

Apenas en los bulevares tropezamos con las primeras barreras. De cruce en cruce seis guerrilleros apuntando con ametralladoras cortaban el paso. Nuestro conductor hacía entonces como que frenaba; luego, con la mano, dirigía un saludo de viejo amigo a los centinelas. Estos creían tratar con alguno de los jefazos del maquis; aprovechando la sorpresa., el oficial alemán apretaba rápidamente el acelerador.

Salvamos así media docena de barreras.

Pero cuanto más nos adentrábamos en la ciudad más intenso se hacía el barullo. Todo Copenhague andaba por las calles. El coche se abrió paso trabajosamente. Se nos miraba de modo extraño.

Torcimos por varias callejuelas y acabamos por volver al bulevar a cincuenta metros de una multitud rugiente, en pleno asalto a un edificio. Arrastraban por el suelo a unas personas. Tropas de maquis obstruían la calzada.

Tuvimos apenas un segundo para lanzarnos en una bocacalle. Cuando el coche estuvo metido allí era ya demasiado tarde para retroceder: habíamos penetrado exactamente en el patio de un cuartel ocupado por la «resistencia».

En los puestos de vigilancia los guerrilleros montaban guardia con ametralladoras.

Nuestro conductor, imparable, se lanzó hacia adelante, viró luego de forma asombrosa, burló un bloque antitanque y se tiró del otro lado con una agilidad perfecta. Pasamos de nuevo junto a la masa delirante, y a toda marcha corrimos por las callejuelas próximas.

* * *

El conductor se sabía Copenhague al dedillo; siguiendo las calles laterales consiguió acercarse al puerto.

A cada instante topábamos con enormes tropeles saqueando casas de colaboracionistas o cargando sobre camionetas a individuos medio descalabrados. Debíamos virar bruscamente cada vez para no caer en medio de aquellas jaurías.

Por desgracia, antes de alcanzar el puerto no había más remedio que pasar por encima de una estación de Copenhague. ¿Cómo evitar que nos arrinconasen cuando nos aventuráramos por una de las largas pasarelas custodiadas que salvaban las vías?

Una vez más en esta ocasión, mi vieja suerte decidió mi destino.

En aquel mismo instante estalló un tiroteo formidable. Los comunistas daneses habían querido apoderarse, a unos doscientos metros de nosotros, del depósito de gasolina del puerto. Los alemanes replicaron violentamente con todas las armas de a bordo, incluso las baterías antiaéreas. En un desorden desenfrenado, paisanos, terroristas, centinelas, «resistentes» salían por pies, zambulléndose en las casas. ¡El segundo decisivo! El coche partió como una flecha por aquellos cuarenta metros de pasarela estrecha, tomó una gran curva y frenó ante una barrera: ¡estábamos salvados! Era la barrera del puerto.

* * *

Guerrilleros daneses con revólver, y soldados alemanes desarmados andaban revueltos allí. Mostré discretamente a un oficial de la marina mi condecoración de las Hojas de Roble, que escondía en el hueco de la mano. Hízome sentar, como si tal cosa, en una lancha automóvil que nos llevó, a mi oficial y a mí a un buque dragaminas.

El espectáculo de la rada de Copenhague era emocionante. Frente a la ciudad desatada, toda una flota alemana con magníficas unidades como el «Prinz Eugen», fondeaba en la bahía azul. Las banderas de la Kriegsmarine flameaban siempre altivas en los mástiles.

Había a bordo veinte mil hombres.

Pero aquellos barcos espléndidos, encadenados ya por los pesos muertos, hoy o mañana serían presa de los aliados. ¿Había acaso escapado a los terroristas para que los ingleses me cogiesen ahora en la rada?

El comandante de los dragaminas era un oficial decidido.

—Nuestros ejércitos de Noruega no han sido comprendidos en la capitulación — repetía—. Todavía cabe la posibilidad de llegar hasta allí.

Pero el almirante, consultado, respondió que se renunciara a cualquier proyecto de viaje a Noruega.

* * *

La ciudad resplandecía al sol.

A las tres de la tarde el comandante me mostró un radiograma. Una división aerotransportada inglesa iba a desembarcar.

Un cuarto de hora más tarde un avión británico voló por encima de los mástiles. Viró y lo vimos aterrizar en el aeródromo de Copenhague.

A las cinco un rugido inmenso llenó todo el cielo; centenares de grandes aviones de transporte ingleses llegaban, en magnífica formación. Aterrizaron en el aeródromo a algunos kilómetros de nosotros.

Seis de la tarde.

Jeeps y motocicletas salían de las amplias carlingas. Los «tommies» se dirigían a la ciudad entre la multitud que los aclamaba entusiasmada. De un momento a otro iban a desembocar en los muelles...

Los ojos del comandante fulguraban. Me cogió fraternalmente por los hombros.

—¡No! ¡No! — exclamó—. ¡No se dirá que Alemania le ha abandonado!

Llamó a un joven comandante de dragaminas.

—Fuerce usted el paso — le dijo—; quiero que llegue usted a Oslo con Degrelle.

Acercóse un bonito barco de guerra, gris como el agua, delgado, fino cual un lebre. Me puse un abrigo de piel de oveja y pasé a estribor.

Frente a los ingleses que taconeaban en el empedrado de los muelles, a las seis y media de la tarde largamos a toda velocidad hacia la costa de Suecia, luego francamente hacia el norte.

OSLO, 7 DE MAYO DE 1945

A proa, en el barco de guerra que «in extremis» me salvaba de Copenhague, el olor rudo del mar me proporcionó un apaciguamiento vivificante.

Los reflejos del crepúsculo dormían en las costas de Suecia. La playa estaba cerca, salpicada de paredes encaladas, de chimeneas rosadas y respaldada en colinas que se iban oscureciendo. Del lado danés, más románticos que nunca, perfilábanse a contraluz los techos verdosos de Elsinor.

El mar era como un río ancho.

Tenía prisa por salir de aquel estrecho, de arribar al Kattegat, de que se desvanecieran los colores de un cielo hostil.

Hízose de noche sin que se nos acercaran aviones británicos. La brisa soplaba viva. Apoyado en la punta de proa me puse a soñar, a recibir la brumazón y la áspera caricia del viento, a mirar en el claror de millones de estrellas brotar de la proa junto a los escobenes manojos frescos de cristal.

El mar temblaba fosforescente, brillando sin fin. Dejé que su canto calmase mi fiebre.

Nuestro navio era muy veloz. Para evitar un ataque en masa por los aires debía alcanzar los

fiordos de Noruega por la mañana temprano.

Nadie a bordo tenía autorización para dormir, porque a cada momento podíamos chocar contra una mina. Pero el mar es amplio y había sitio para las minas y para nosotros. No tropezamos con ninguna.

Por tres veces durante la noche, aviones aliados vinieron a merodear por encima de los mástiles. Los marinos nos dijeron que la persecución en el mar era tan implacable como en las carreteras.

Gozábamos una noche espléndidamente clara.

Pero los aparatos ingleses se contentaron cada vez con volar muy bajo, casi al nivel del agua.

Nos abstuvimos cuidadosamente de reaccionar de cualquier forma.

Seguramente se preguntaban qué demonios estábamos haciendo allí, en el Kattegat, cuando la guerra de Dinamarca había terminado.

No insistieron.

Cortésmente, imitamos su discreción.

A las ocho de la mañana aparecieron los acantilados pardos y negros de Noruega. Entrábamos en el fiordo deslumbrador de Oslo: ni una barca, ni una lancha de pesca en el horizonte; el agua lisa como metal, de un azul helado, color de dorada, con regueros de plata. En los ribazos, casas de madera pintadas de azul, de gris, de blanco, de verde oscuro, disimulábanse a medias entre los abetos. Recordó la flota de desembarco del Reich, el avance en una mañana luminosa idéntica, en abril de 1940... Las rocas ennegrecidas, magníficas, bajaban profundamente en el fiordo, desdoblándose lustrosas en el agua.

Nuestro pequeño barco gris avanzó durante dos horas. Las costas soleadas se acercaban cada vez más.

Más allá aparecieron unos techos, torres de iglesias, docks, grúas, elevadores.

Oslo.

Eran las diez de la mañana. Nos contestó una sirena. Atracamos junto a dos sorprendentes submarinos de bolsillo, del tamaño de ligeros esquifes, color amarillento como hojas de tabaco a medio secar.

* * *

La ciudad de Oslo se encuentra incrustada en el fondo de una de las ensenadas más radiantes de Europa.

Dormía aún. Era domingo. Pasaban pocos tranvías. Telefoneamos y vino a buscarnos un automóvil que nos llevó a las montañas que costean el fiordo de Oslo por el sudoeste.

Hacía un tiempo espléndido.

Miles de muchachas de cuerpo magnífico ceñido por leves pijamas de varios colores pedaleaban en bicicleta a lo largo de las caletas, de las peñas grises y pardas, de los abetos negros.

Aquella riada se encaminaba a los bosquecillos de las colinas. El agua, de color azul oscuro, espejeaba, rodeando los potentes acantilados de piedra, para remansarse en amplias bahías lisas y brillantes.

Nos detuvimos dos veces para preguntar el camino. Los paseantes nos observaron y dijeron que no con la cabeza... A pesar del paisaje, de las rubias cabelleras, de los bonitos pantaloncitos colorados y azules de tan hechiceras criaturas, a pesar del esplendor de la primavera, la guerra y su rabia eran lo primero...

Llegamos a lo alto de la montaña, al castillo del príncipe heredero Olaf, donde debía encontrar al gobernador alemán de Noruega, doctor Terboven. Me recibió en seguida. Tenía un rostro hermético, unos ojillos parpadeantes como Himmler.

Le expliqué mi plan; deseaba alcanzar rápidamente el frente septentrional de Noruega;

mientras continuara la guerra contra el bolchevismo, queríamos afirmar la presencia de nuestra Legión en la batalla ; otros valones se me juntarían sin tardanza.

Noticias particularmente desalentadoras debían haber llegado. Meneaba negativamente la cabeza. Me habló de Suecia y del Japón. Yo había pensado en Narvik y en el Cabo Norte...

Hizo servir un viejo coñac francés y me ofreció succulentos bocadillos. Desde la terraza del castillo la vista abarcaba el golfo inmenso, sinfonía inolvidable de azules sombríos, blancos, verdes, pardos. ¿Por qué tanto furor enconado en el corazón de los hombres cuando la tierra era tan hermosa?

El doctor Terboven me hizo reservar un piso en Oslo. Me tendría al corriente de los acontecimientos. Volví al valle esmaltado. Era un país espléndido; pero no comprendía del todo cómo me las compondría para salir de él.

Tomé un baño. Hice instalar la radio en mi habitación; los aliados bailaban de alegría, pero yo estaba rendido; me dormí, cerrada la noche.

Al día siguiente, lunes 7 de mayo de 1945, al despertarme oí hablar a los guerreros de Radio Londres; ¡la rendición, la capitulación general del Reich era asunto concluido, cuestión de horas, quizá de minutos !

El primer ministro noruego, Quisling, a quien no conocía, me había invitado al Palacio Real, residencia suya,

Fui a visitarle a las once y media, después de callejear un poco por la capital. El palacio no me mostró nada de particular. En la escalera de honor, de mármol blanco, colgaban dos tapices de bastante mérito; los muebles reales eran detestables, tipo piso amueblado; ante el palacio, un monarca clásico, imponente, salpicado de excrementos de pájaro, cabalgaba sobre un voluminoso caballo de bronce verde.

Quisling parecía anonadado por el destino. Hablamos del tiempo durante media hora. Terboven me había pedido que lo tranquilizara; eso suprimía la mayor parte de los temas de conversación. Me dio la impresión de que estaba roído por dentro. Tenía la cara hinchada; sus ojos miraban a todas partes; los dedos tecleaban sobre la mesa.

El hombre se sentía perdido.

Fui su última visita. Por la tarde corrió a la frontera sueca; lo rechazaron; volvió de noche a Oslo, no sabiendo ya en qué fiordo arrojarle.

* * *

Los acontecimientos no habían agitado el Borgoña del hotel.

Durante el almuerzo me bebí una deliciosa botella; pero la radio me impidió paladearla como se merecía: a las dos de la tarde anunció una declaración del nuevo ministro de Asuntos Exteriores del Reich.

¿Un discurso de aquel señor en semejantes circunstancias? Antes de que pronunciara una sola palabra ya sabía yo cada párrafo.

La rendición fuera del Reich era completa: en Bohemia, en Lituania, en Creta, en los puertos franceses del océano Atlántico ; y los 300.000 soldados de Noruega como los demás.

¿Para qué Alemania había de seguir combatiendo, sacrificando vidas alemanas, cuando los últimos metros de su suelo estaban ocupados desde el Schleswig hasta los Sudetes?

Las tropas del Reich en Escandinavia recibirían trato correcto, serían repatriadas y liberadas. Concedíanse honores de guerra para las fuerzas alemanas de Creta: partirían con sus armas en barcos ingleses hacia su país.

Pero a nosotros, últimos voluntarios extranjeros, no nos quedaba más que el abismo. Permanecí toda la tarde en la ventana. ¿Para qué entristecerse? Había hecho cuanto estuviera en mi mano. Había resistido hasta el fin, obstinado, dueño de mis nervios. Ahora era imposible subir más arriba: el Polo Norte también había capitulado...

La multitud se amontonaba en las calles, más digna que en Copenhague. Las muchachas agitaban banderitas. Soldados alemanes circulaban aún sin que ningún noruego los molestase; las

refriegas, los asesinatos, los suicidios empezarían con la llegada de los guerrilleros, que al día siguiente bajarían de las montañas cercanas.

Esperaba noticias del doctor Terboven. A las seis de la tarde me hizo llamar al palacio del príncipe Olaf.

Di de nuevo un maravilloso paseo a lo largo del fiordo y otra vez contemplé el panorama deslumbrador de la terraza.

El doctor Terboven me acogió en compañía de su amigo el general Reedis, magníficamente tranquilos ambos, y serenos. Sin embargo, a la mañana siguiente los hallarían a los dos, exangües, con un revólver en su mano helada, pues ni uno ni otro quisieron entregar Noruega a los vencedores.

Admiramos juntos el prestigioso paisaje. Un «maitre» de frac nos servía bebidas como si estuviéramos en un «Garden-Party» en una inocente tarde de primavera.

El doctor Terboven me dijo entonces con voz grave:

—He pedido a Suecia que le recibiera. Ha rehusado. Acaso un submarino hubiera podido llevarlo al Japón. Pero la capitulación es absoluta; los submarinos no pueden zarpar.

»Aquí, al pie de la montaña, en el aeródromo, queda un avión privado. Es el aparato del ministro Speer. ¿Quiere usted probar suerte e intentar esta misma noche alcanzar España?

Calculamos. De Oslo a los Pirineos, en línea recta, había unos dos mil ciento cincuenta kilómetros. Teóricamente, el aparato podía recorrer dos mil cien.

Volando muy alto, para economizar carburante, no era imposible llegar allí.

No había alternativa.

Acepté. Dos semanas llevaba ya arriesgando mi vida cotidianamente; me la jugaría por última vez.

* * *

Volví a Oslo, convertido a la sazón en un hormiguero humano.

No podíamos emprender el vuelo antes de cerrada la noche.

Todo en el raid sería aventura.

Y en primer lugar penetrar secretamente en el campo de aviación. En teoría, la tripulación llevaba a Tronhjem el «Heinkel» del ministro Speer. Hasta el comandante del campo ignoraría el destino real del bimotor y la presencia de dos pasajeros clandestinos.

A las once de la noche, un soberbio piloto de pelo crespo, con unas manos como raquetas, condecorado con la Cruz alemana de oro, trajo ante el hotel un pequeño coche. Subí junto con mi último oficial.

La multitud se manifestaba en todas las calles. Yo vestía siempre uniforme de coronel de las Waffen SS y llevaba al cuello la corbata de la Eitterkreuz y las Hojas de Eoble. Decenas de millares de muchachos rubios y de magníficas muchachas de cuerpos perfectos obstruían la carretera. Pero se apartaban sonriendo para dar paso al coche.

Fuera de Oslo no se había quitado ni un sólo obstáculo antitanque.

Nuestro aviador nos condujo en la oscuridad bajo las alas del avión, sin que nadie nos hubiese descubierto.

Los tres ayudantes tomaron asiento.

Un minuto después estábamos en el cielo.

¡VIVIR!

Lo primero que experimenté cuando el avión dejó el suelo de Noruega, fué una sensación de alivio.

Al despegar cortábamos las últimas amarras de la incertidumbre.

Ahora todo estaba claro: cuando aterrizase el aparato, o todo habría salido bien o nos veríamos irremediablemente perdidos.

La suerte estaba echada: ¡ vida o muerte! Sabríamos definitivamente cuál de las dos. Habría concluido ya el cavilar, el combinar, el comparar...

Iba a ser medianoche.

La guerra efectiva había terminado desde la emisión de la radio alemana a las catorce horas.

Pero la capitulación sólo entraría en vigor oficialmente al día siguiente, 8 de mayo de 1945.

Andábamos, pues, entre guerra y paz, como entre cielo y tierra.

Volamos cierto tiempo sobre el Skagerrak.

A partir de ese momento sólo la brújula y la ciencia maravillosa de los pilotos nos guiarían en la tormenta; resultaba imposible, naturalmente, orientarse por radio; no disponíamos ni de mapa de Europa.

El comandante alemán del campo de Oslo había entregado a nuestros aviadores un magnífico mapa de... Noruega, puesto que iban a... Trondheim. Ellos no habían insistido.

Uno poseía un minúsculo mapa de Francia, de atlas de bolsillo, que indicaba generosamente tres ríos: el Sena, el Loira, el Ródano.

Subimos a cuatro mil metros, para economizar gasolina, pero la tormenta desencadenada allá arriba nos obligó pronto a volar bastante bajo.

* * *

Un avión aislado, sin protección alguna, por encima de dos mil kilómetros de territorio ocupado, exponíase cien veces a que lo derribaran.

Pensé que la única probabilidad de salvación residía en la fiesta monstruo que sin duda alguna se desarrollaba desde la tarde en el campo aliado.

En todos los terrenos de aviación del oeste, los vencedores estarían tragando ríos de champán y de whisky.

Los miles de pilotos de caza, ingleses y americanos, liberados ya de la preocupación de los combates nocturnos, se encontrarían al borde o en el fondo de la borrachera, mientras nuestro «Heinkel» se aventuraba por sus antiguas zonas de vigilancia.

Noche única entre todas para salir con la nuestra.

¿Quién se iba a imaginar, además, que un avión solitario, con altivas esvásticas, volaría con tanta audacia sobre Holanda, Bélgica, toda Francia, una vez concluida la contienda?

Y sobre todo, ¿cómo figurarse un aparato del Reich desembocando del Mar del Norte desde las costas escocesas?

Nos habíamos acogido, en efecto, a esa estratagema, corriendo primero hacia Inglaterra, abordando luego el continente europeo como si llegáramos de la costa británica.

Las tierras negruzcas desfilaban debajo de mí; unos automóviles rodaban con los faros encendidos, en la masa oscura; brillaban pequeñas ciudades, semejantes a cajas de cerillas que se quemaran.

Por todas partes debían estar cantando y bebiendo...

Era quizá la una y media de la mañana cuando observé un fenómeno inquietante: un potente reflector se había encendido detrás de nosotros y exploraba el cielo.

El corazón me latió más aprisa.

* * *

Pese a todas las fiestas terrestres, habíamos sido señalados.

Los faros se encendieron justo a nuestra altura; otros, muy lejos, delante de nosotros. Los

campos de aviación trazaban amplios cuadrados de luz. Las pistas brillaban como sábanas blancas.

Nuestro aparato voló cuanto pudo para librarse de esos malditos faros. Pero se iban encendiendo otros y subían hacia nosotros como para pillarnos.

Las luces irrumpían alrededor de las alas.

La radio empezó a chirriar. Desde los campos de aviación aliados los observadores nos llamaban: «¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen ustedes?...».

No respondíamos nada. Huíamos acelerando siempre.

Allá abajo se extendía Bélgica.

Y Amberes, resplandeciente en la primera noche de paz.

Pensaba en nuestros ríos, en nuestras carreteras, en los pueblos donde hablé, en las llanuras, en las colinas, las viejas casas que quise tan hondamente. Todo ese pueblo vivía allí, bajo mi negro aparato, el pueblo que yo anhelé ennoblecer, exaltar. encaminar por las ruta de la grandeza. A mi izquierda, las luces de Bruselas, la mancha oscura del bosque de Soignes, donde estaba mi espaciosa y querida casa...

¡ Ah! ¡ Qué pena ser vencido y ver que el sueño sucumbe! Apreté los dientes para no llorar... En la noche y en los vientos, perseguido por mi amargo destino, esa era mi última cita con el cielo de mi Patria.

* * *

Lille quedó atrás. Los faros de los campos de aviación seguían persiguiéndonos.

Pero cuanto más adelantábamos hacia el sur, afianzándose más la esperanza de librarnos de la muerte.

Nos acercamos a París; el «Heinckel» voló a escasísima altura y distinguí perfectamente las calles y las plazas plateadas como palomas.

¡ Aun vivíamos ! Ahora la Beauce, el Loira, la Vendée. Pronto el Atlántico...

Sin embargo, los aviadores se miraban con inquietud: corríamos, sí, menos peligro de que nos derribara la antiaérea o la caza nocturna, pero la gasolina bajaba.

La noche estaba espantosamente negra.

Espió ansiosamente la tierra. Las agujas luminosas marcaban las cinco de la mañana. Un claror efímero aligeró la sombra: el estuario de la Gironda. Lo reconocí en seguida. Seguíamos el buen camino.

Costeamos el mar.

Podíamos distinguir apenas los ribetes retozones de las olas, al borde de la playa. Al Este, en lontananza, el horizonte se estremecía de modo casi imperceptible.

A la azulada claridad de los aparatos de a bordo escruté los rasgos crispados de los pilotos.

Disminuyó la velocidad; el avión perdía altura.

Cruzábamos Arcachon; había vivido allí antaño, bajo los pinos olorosos. El puerto estaba iluminado como en un 14 de julio.

Seguimos de lejos la masa negra de las Landas, agujereada por el brillo del gran pantano de Biscarosse.

El «Heinckel» falló varias veces.

Uno de los aviadores nos trajo los salvavidas. La gasolina había llegado al punto muerto, y podíamos caer al agua de un momento a otro.

* * *

Con una tensión que me quemaba los nervios, estudiaba la línea probable de los Pirineos. Clareó vagamente.

Tenían que verse las cumbres... No se veían.

El avión fallaba cada vez más ruidosamente.

Allí, al Sudeste, muy lejos, una línea azul claro ribeteó el cielo: ¡ los Pirineos !

¿Acertaríamos a mantenernos en el aire hasta la costa de España?

La tempestad nos había obligado a recorrer cerca de dos mil trescientos kilómetros. El piloto volcaba el aparato sobre el ala izquierda, luego sobre la derecha, para derramar en los motores los últimos litros de gasolina de los depósitos.

Conocía la región de Biarritz y de San Juan de Luz. Vislumbré las curvas blanquecinas de los Pirineos en la embocadura del Bidasoa.

Pero el aparato ya no podía más: iba rozando casi el agua. ¡Perecer así, a veinte kilómetros de la costa ibérica!

No hubo más remedio que disparar los cohetes rojos de naufragio: desde la costa francesa dos lanchas militares de vigilancia se dirigieron hacia nosotros.

¡ Qué tragedia! ¡ Y decir que allá lejos parpadeaba un faro español!

¡Qué extraña impresión la de los lomos encrespados de las olas, la del mar agitado, allá abajo, que nos tragaría!... Sin embargo, no caíamos. La costa se acercaba, adelantando hacia nosotros sus rompientes, sus arrecifes, sus montes negros y verdes, casi mezclados con la sombra.

De repente, el piloto enderezó el aparato verticalmente, lo volvió abajo casi por completo, en un terrible zumbido, para aprovechar las últimas gotas de gasolina; luego se lanzó por encima de una colina rocosa, raspando, en un estruendo ensordecedor, algunos techos rojos.

No tuvimos tiempo de pensar. En un relámpago se nos mostró una corta faja de arena. El «Heinckel», que no había bajado el tren de aterrizaje, resbaló sobre el fuselaje, a 250 kilómetros por hora. Vi saltar el motor derecho, brillante como una bola de fuego. El aparato torció y precipitose al mar, estrellándose en el agua.

El mar entraba a borbotones en la cabina hundida y nos llegaba a medio cuerpo. Yo tendría cinco fracturas. Sobre la playa de San Sebastián, ante los chalets y los hoteles, gesticulaban unos guardias civiles. Algunos españoles, desnudos como tahitianos, llegaron nadando hasta el avión naufragado.

Me subieron a un ala del bimotor, luego a una barca. Una ambulancia se acercó.

Esta vez, sí, la guerra estaba terminada.

* * *

Dios me había salvado.

Mis heridas mismas fueron una bendición.

Iba a pasar algunos meses en una cama de hospital.

Pero con toda mi fuerza y toda mi fe.

Sin probar la amargura de caer inútilmente en manos de mis enemigos.

Quedaba yo, testigo de la gesta de mis soldados. Podría lavarlos de las calumnias de adversarios insensibles al heroísmo ; decir lo que fué su fabulosa cabalgata en el Donetz y en el Don, en el Cáucaso y en Tcherkassy, en Estonia, en Stargard, en el Oder.

Un día se repetirían con orgullo los nombres sagrados de nuestros muertos. Nuestro pueblo, al escuchar esa historia de gloria, sentiría hervir su sangre y reconocería a sus hijos.

Sí, materialmente habíamos perdido.

Dispersos, nos perseguían en toda Europa.

Pero podíamos mirar al porvenir con la frente alta. La Historia pesa los méritos de los hombres. Por encima de la abyección de la tierra habíamos tendido nuestras juventudes, alcanzando los extremos de la sinceridad y del sacrificio. Tarde o temprano, Europa y el Mundo tendrían que reconocer lo justo de nuestra causa y la pureza de nuestra entrega.

Porque el odio muere, muere ahogado en su estupidez y su ruindad, mas la grandeza es eterna.

|Y habíamos vivido en la grandeza!